

KRISTÍN MARJA BALDURSDÓTTIR

# La pintora de hielo



«Un maravilloso ejemplo de la literatura islandesa actual.»

*Livres Hebdo*



KRISTÍN MARJA BALDURSDÓTTIR

# La pintora de hielo



«Un maravilloso ejemplo de la literatura islandesa actual.»

*Livres Hebdo*



Kristín Marja Baldursdóttir

Traducido del islandés por Enrique Bernárdez



Título original: *Karitas án titils*  
Traducción: Enrique Bernárdez  
1.ª edición: noviembre, 2014

© Kristín Marja Baldursdóttir, 2004. Publicado por acuerdo con Forlagid Publishing House, [www.forlagid.is](http://www.forlagid.is)  
© Ediciones B, S. A., 2014  
Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)  
[www.edicionesb.com](http://www.edicionesb.com)

DL B 21700-2014

ISBN DIGITAL: 978-84-9019-905-3

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

# Contenido

- I
- II
- III



Este libro está dedicado a la memoria de mi abuela paterna, Guðný Sæmundsdóttir, quien me crio, de mi madre, Hulda Elsa Getsdóttir, de mi abuela materna, Kristín Jónsdóttir, y de mis bisabuelas Sigríður Ólafsdóttir y Karitas Guðnadóttir.

Agradezco especialmente a Hrafnhildur Schram, historiadora del arte, su ayuda y su información sobre las artistas islandesas de tiempos pasados, así como a Bogga Sigfúsdóttir de Skagafjörður, Elsa Jónsdóttir de Borgarfjörður Eystri, y Erna S. Jónsdóttir, primera mujer que trabajó de bracero en la región de Örfæfi, sus relatos e información sobre la vida de la gente en esos escenarios históricos. También doy las gracias a Arngrímur Víðar Ásgeirsson de Borgarfjörður Eystri y a Guðrún Bergsdóttir de la comarca de Örfæfi, por su ayuda y su hospitalidad.



**Karitas**  
Sin título, 1915  
*Dibujo a lápiz*

Quitadme al niño, que me está viniendo la locura.

La criada mira al infinito con grandes ojos muy abiertos.

Nos miramos de reojo unas a otras, mi hermana calla a mitad del salmo.

Nuestra madre se acerca tranquila a la criada, toma de su falda a nuestro hermano dormido y la criada añade, como de costumbre: Tengo que irme abajo.

Se pone en pie, camina señorial con las agujas de punto en las manos, pega un brinco, se pone la mano delante de la boca cuando llega al borde y baja. Nuestra madre se sitúa en el borde como para impedir que salgamos mi hermana y yo, pero no hace ninguna falta, hemos crecido tranquilas dentro de la granja mientras le dan los ataques de delirio, nunca hemos visto qué es lo que hace la criada en el pajar, pero los ruidos que suenan cuando chilla, gime y maldice a la escarpada montaña se oyen desde el interior.

Desde fuera llega el sonido de un aullido prolongado.

Mi hermana alza la voz de nuevo, intenta ahogar el ruido.

Nuestra madre sale a toda prisa. Yo la sigo. Es la única vez que lo hago, tengo que ir con ella para ver cómo es cuando una persona enloquece. Bajo y ni siquiera miro de reojo a mi hermana para disculparme. Nuestra madre está en el pajar junto al último edificio de la granja, mira las cerdas, yo me encojo, me acerco a hurtadillas hasta la fuente y me siento en cuclillas.

Las cuatro cerdas destacan frente al cielo de azul oscuro y la luna blanca.

Sobre una de ellas está sentada la criada, a horcajadas, con los brazos extendidos, gimiendo. Abre las piernas y las golpea contra la cerda como si estuviera azuzando a la guarra para que echara a andar, agita las manos y da palmadas mientras escupe maldiciones y palabras sin sentido, luego extiende los brazos, inclina la cabeza y aúlla. Parece la cruz del tejado.

Una mujer, una cruz, sobre una casa.

La escena se repite, la criada cabalga a horcajadas y maldice, extiende los brazos rígidos y aúlla.

Desde el interior de la granja llegan cantos religiosos a voz en cuello.

La luna ríe pero las montañas callan.

Mis hermanos llegan caminando a la luz de la luna, en las manos traen manojos de cabezas de bacalao. Se detienen bruscamente en el pajar, miran estupefactos la cerda.

Ha perdido las agujas de hacer punto, dice nuestra madre.

La cuerda cantaba en la helada cuando las hermanas la tocaban, los delantales que habían colgado a secar se habían acurrucado unos junto a otros en el frío, estaban entrelazados y congelados. El viento del norte, llegado desde el mar, había estado azotándolos durante la noche, y ellas intentaron imaginar sus métodos: ¿soplaba primero desde el norte, luego desde el este y terminaba rolando con un largo soplo desde el sur, o hacía un círculo en dirección contraria? Atisbaron en todas direcciones como si esperasen ver al viento viajando, entero, de la cabezota al rabo, pero ya se había ocultado al otro lado de la escarpadísima montaña mucho antes del alba. La helada se había quedado y gruñía bajo sus pies.

La criada salió al patio a buscar la aguja de hacer punto que había perdido en su último ataque, vio las prendas en la cuerda y dijo después de palparlas y soltar un grito: Os pasaréis la vida arrebujadas unas con otras como estos delantales, ovejitas mías. Y baló al gélido aire matutino mientras buscaba la aguja. Llegó entonces la madre al pajar. No dijo ni una sola palabra mientras observaba el lío de delantales. Se limitó a arrojarse mejor con el chal de lana sobre el pecho y entornó los ojos como hace la gente en las grandes heladas. Con cara de frío apartó los ojos de los delantales y los dirigió a la bahía, corta, ancha y con fuerte oleaje, aguzó la vista hacia el mar abierto como si quisiera sacar de las profundidades, con un acto de magia, al padre de sus hijos, y se dio media vuelta, miró apesadumbrada la montaña cubierta de nieve que en cualquier momento en que se le antojara podía dejar caer su carga para enterrar a personas y bestias y, finalmente, de espaldas al mar, pasó los ojos por el valle y por allá arriba, por el páramo, donde vivía el espíritu malo. Tras dar una vuelta completa sobre sí misma dijo secamente: En primavera nos iremos a vivir al norte.

El mar era azul casi claro por las mañanas. La bahía como un plato de porcelana con una línea blanca en el borde. Las hermanas creyeron al principio que debieron de ser los vientos del oeste los que aconsejaron a su madre aquella decisión. Esos fríos vientos del cielo, que amasan anillos sobre las granjas que dormitan en el valle, se funden al descender, se desgarran y rompen, azotan a personas y bestias, enfurecen al mar, que se convierte en un monstruo depravado que se traga a los hombres jóvenes. Jóvenes y apuestas padres que llenos de optimismo se hacen a la mar en sus barcas de remos antes de la salida del sol, y no vuelven después del ocaso como habían prometido. Karitas solía despertarse cuando su padre estaba a punto de salir, él la veía despierta en la cama, le ofrecía una rebanada de pan con azúcar candé, que ella mordisqueaba mientras los demás dormían. Él le regaló el primer cuaderno de dibujo, lo había comprado en Ísafjörður, dijo que era de lo más mañosa dibujando, probablemente lo había heredado de él. Su padre hacía unos dibujos preciosos, él le enseñaba cómo tenía que hacer. Y una mañana se fue y no volvió al anochecer.

Las hermanas echaron cuentas de que su madre estaría ya harta de la criada y de sus ataques. La mujeruca tenía siempre días malos entre la Candelaria y la Cruz de Mayo, pues en esa época, decenios atrás, la montaña había arrojado la muerte negra sobre el valle. Pero aunque hubiera perdido las entendederas cuando la avalancha de nieve se tragó a sus hijos, entre un ataque y otro se comportaba bien y trabajaba como una mula, y la mudanza no tenía nada que ver con ella, lo supieron cuando los hermanos preguntaron a su madre a bote pronto por qué tenían que cambiarse de casa.

Tenéis que ir al instituto de Akureyri, dijo ella. Y añadió: He oído decir que en esa ciudad hay mucha vegetación.

La habían oído hablar muchas veces de las ventajas de ir a la escuela, de lo importante que era tener cultura y educación, ella siempre había querido estudiar para enfermera, pero para eso habría tenido que irse a la capital o a Copenhague y algo debió de suceder, pues su padre tenía una posición bastante aceptable y habría podido costeárselo. A lo mejor fue que papá prefería tenerla tranquila en el este, dijo Halldóra. Era un hombre tan guapo, ella no quería perderlo y que se lo quedara otra. El maestro ambulante indicó a su madre que tenía que hacer que Ólafur, su hijo mayor, estudiara, sin olvidar en absoluto a Páll, el segundo, eso había dicho. Pero a las hermanas, que eran mayores que los hermanos y que sabían leer igual o mejor que ellos, no las mencionó siquiera. Pero su madre había contado desde el principio con proporcionarles instrucción también a ellas. Decía: Los tiempos están cambiando; en la capital, las mujeres van a la escuela, incluso hacen bachillerato, editan periódicos, forman parte del ayuntamiento y hasta participan en el sindicato. Al final acabarán siendo diputadas en el Parlamento.

Pero la criada no quería acompañarlos al norte.

Ni hablar de ir a ningún sitio, en el oeste he nacido y en el oeste me moriré. No abandonaré la bahía mientras mis niños sigan esperando a su mamá, enterrados en ese valle lleno de hierba. No hacía más que decir que era un disparate que la madre echara a correr por montes y eriales con seis niños, y que a finales de invierno no se hablaba de otra cosa en el valle que de la horrible decisión de la viuda: lanzarse a lo desconocido, y con seis niños nada menos. A todos les daban escalofríos de pensarlo. Si a ello se sumaba su determinación de meter a toda la chiquillería en el colegio, todos sacudían la cabeza un buen rato y se preguntaban en serio si no sería que era Steinunn Ólafsdóttir la que estaba loca, en vez de la pobrecilla de la criada. Y la criada a la que nadie había querido hasta ese momento se convirtió en objeto de compasión de sus paisanos, y la invitaron a irse a vivir a tres granjas del valle. El campesino, y pescador, que había llevado a los hijos de la viuda a pescar en su barca fue el único que se atrevió a preguntar a la buena mujer cómo es que ella, una viuda sin propiedades, pensaba mantener a seis hijos en la ciudad. Imagino que con la máquina de hacer punto, respondió ella, tan tranquila.

Ólafur y Páll estaban muertos de ganas de ir a Akureyri a estudiar, y al momento se dedicaron a convertir en dinero contante sus posesiones terrenales, como navajas y piedras de amolar, pero las reacciones de las hermanas fueron muy distintas. Karitas, que era como un escollo en medio del mar, unas veces tiesa como una roca que sobresale de la superficie, otras veces sumergida en lo más hondo de sus fantasías insondables, hacía como si no fuera con ella, mientras Bjarghildur, que mantenía la creencia de que era la niña mimada de su madre, pues muchos pensaban que era su viva imagen, se disponía para la partida con decisión y cuidado, y apoyaba los planes de su madre con el máximo entusiasmo. Pero la hija mayor, en la que más se apoyaba la madre, estaba con la cabeza en las nubes. Se había ennoviado con un héroe del valle, Sumarliði. Cuando la gran avalancha de cuatro años atrás se llevó por delante dos granjas y cubrió una tercera, Sumarliði salvó varias vidas gracias a su tenacidad y su constancia. Después de muchos días, los del equipo de salvamento habían desenterrado cuatro cuerpos y querían dejar de rastrear la nieve, pues parecía inimaginable que hubiera nadie más con vida, pero el joven no se rindió. Casi extenuado por el frío y la falta de sueño, se obstinó en continuar la búsqueda, y cuando los demás hombres vieron su determinación, no pudieron menos que coger otra vez las palas. Con el gélido silencio de la montaña a sus espaldas siguieron escarbando en la nieve y dieron por fin con un tejado. La parte del edificio donde se encontraban los de la granja cuando cayó la avalancha no se había derrumbado y cinco personas, entre ellas un matrimonio con un niño de ocho meses, volvieron a ver la luz del día. Todos estaban sanos y salvos, y la mujer contó más tarde que el momento más difícil de su vida fue cuando los hombres dejaron de cavar. Ella y su marido regalaron a Sumarliði un reloj de oro en agradecimiento por haberles salvado, y su heroico acto se comentó por todo el fiordo.

Cuando Halldóra vio a Sumarliði con la pala en las manos otra vez, se dijo a sí misma en voz baja, aunque lo bastante fuerte como para que pudiera oírlo su hermana, que era ya una puritana, este hombre o ninguno. Tenía entonces quince años. Y las hermanas pequeñas, once y trece, y aún no usaban vestidos de mayores. Sin embargo, comprendieron lo que sus palabras querían decir. Pero lo cierto es que fue complicado hacer comprender al héroe los deseos de la chiquilla y a casadera, aunque hicieran todo lo habido y por haber para aguzar sus entendederas. Durante cuatro años, nada menos. Halldóra estuvo yendo a su casa con la excusa de ver a su hermana, que no podía ser más tonta, y por eso mismo una compañía terriblemente aburrida, en una ocasión le dirigió a él una cálida mirada, y reía sus chistes cada vez que había reunión de jóvenes. Pero todo era inútil, el buen hombre seguía totalmente impasible. A las hermanas pequeñas les había resultado total y absolutamente incomprensible teniendo en cuenta lo guapa que era Halldóra y el buen tipo que tenía. Además, habían convertido en costumbre apoyar el asunto amoroso de su hermana, paraban a Sumarliði en los caminos transitados y le avisaban de que Halldóra estaba en casa, por si le apetecía pasar un momento con ella. Pero él siempre se reía de una forma muy viril y decía que había que ver lo graciosas que eran. Como no había forma de hacer entrar en razón al joven, Halldóra estaba como suelen ponerse las chicas que padecen mal de amores, unas veces alegre y esperanzada, y otras taciturna y abatida.

De modo que la partida no le provocó alegría sino todo lo contrario. Mientras estaban haciendo los preparativos, ella deambulaba macilenta por la aldea haciendo lo que le habían pedido, aunque con total desgana. Pero todas sabían de dónde procedía su desazón, y como no había nada tan penoso para el alma como las penas de amor, todas intentaban ayudarla a sobrellevarlo, incluso la amparaban cuando era necesario, y eso que ninguna de ellas había sufrido jamás de penas de amor. Pero todas sabían lo apenada que estaba. La última chispa de esperanza de Halldóra se apagó cuando Sumarliði se marchó a la capital junto a otro hombre para embarcarse, poco antes de que la familia se mudara, y se fue sin despedirse de ella.

Se vendieron las tierras y la mayor parte de las cosas de la granja, animales, edificios, aperos y herramientas, y luego hubo que organizar lo que tenían que trasladar al norte. Hubo que cargarlo en un carro de caballos, y Karitas vio cómo su madre, una y otra vez, apretaba los dientes al ir separando las cosas en grupos para meterlas en cajas: ropa, sábanas y edredones, y también las tazas, el molde de las tortitas de manzana, la plancha y otros objetos imprescindibles. La señora había pensado regalarle a la criada la plancha de los gofres como despedida, pero Bjarghildur se negó tajantemente. Encima de los jaleos que montaba, ahora regalarle la plancha. Si por ella fuera, se podía ir a vivir a otra casa con una mano delante y otra detrás. Eso era lo que tenía que hacer. Pero Bjarghildur no le dijo tales cosas a su madre, solamente puso cara de pena y protestó con una extraña dulzura: No solo nos tenemos que marchar a vivir al norte, encima ni podremos comer gofres los días de fiesta. Funcionó.

La plancha para los gofres fue a parar al cajón.

**Karitas**  
Sin título, 1915  
*Dibujo a lápiz*

La mañana es gris bruma.

Los colores del mar, la montaña y el valle están amortiguados como si la neblina hubiera dado a toda prisa una pincelada sobre el cuadro antes de llevarse el frío punzante que se adentró en la bahía antes del amanecer. Por el páramo que sigue blanco aunque ya estemos cerca de Pentecostés marcha el carro tirado por fornidos rocines. Hombres del valle acompañan a la viuda por el páramo, hacia el barco.

Ella cabalga muy estirada, con Halldóra alicaída a su lado, los hermanos mayores van detrás del carro escuchando cada sonido que ella emite.

En medio de baúles, máquina de tejer y sacos, las hermanas menores intentamos aguantar el frío, arropadas en lana. Nuestro hermano pequeño va sentado sobre la falda de Bjarghildur, que le canturrea cancioncillas, y yo voy encajonada entre dos baúles y miro la playa que se aleja.

Un carro de caballos sobre un páramo blanco.

La travesía por el páramo me ha dejado sin dormir muchas noches, sé que allí habita el espíritu malo que atrae con hechizos a los viajeros y los arrastra a profundas hoyas ocultas en grietas y barrancos roqueros atravesados de regatos.

Miro con rencor a mis hermanas y a mis hermanos que jamás han sentido como yo la presencia de ogros y trolls, ni siquiera han sido capaces nunca de percibir la presencia de aparecidos, y lamento no haberme quedado, como la criada.

Sobre el blanco páramo cuelga una bruma que está esperando para tragarnos.

En la gélida calma oigo murmullos que llegan de todas partes.

Las escotillas de la bodega estaban tapadas, el escotillón junto a la escalera lo cerraron en cuanto empeoró el estado de la mar, y un acre olor a mareo flotaba sobre la gente tumbada aquí y allá. Las familias se habían organizado en los camastros, pero dos mujeres de las que el mareo no había logrado adueñarse estaban sentadas en los catres entreteniéndose con historias de partos. Hablaba Steinunn.

Karitas salió del mar y Bjarghildur de la tierra, como una mata patatera. Yo estaba sacando patatas cuando me puse de parto, y estaba sola en casa porque todos estaban en los prados, segando la hierba. No hice caso del jaleo al principio porque las patatas había que atenderlas, igual que la siega, y pensé que tendría tiempo suficiente, porque había tardado tres días en traer al mundo a la hija mayor. Pero cuando los dolores se hicieron más violentos y decidí meterme en la casa, ya era demasiado tarde, tan fuertes y seguidos eran los dolores. No quedaba más opción que ponerse en cuclillas en medio del patatal y dejar que las cosas siguieran su curso. Dos años después, cuando tuve mi tercera hija, se repitió la historia, pero yo estaba en la playa recogiendo alga dulce cuando empezó el parto. Por la experiencia que tenía ya, sabía perfectamente lo que iba a pasar, de modo que me coloqué de espaldas sobre una roca de la playa, allí tenía arena debajo, pero mientras paría empezó a subir la marea y fue solo gracias a Dios que a la niña no se la llevó la escancana. Después de dos partos fuera de casa opté por no abandonar la granja en cuanto había salido de cuentas, y por eso mis tres chicos nacieron sobre paños mucho más blandos, en vez de en el mar y la tierra.

El gesto de la compañera de travesía dejaba ver que no estaba nada segura de si lo que decía la mujer era cierto o solo estaba contando un sueño. Pero se contuvo y no preguntó, pues era una historia preciosa, y en vez de eso miró de reojo a las hermanas, como si intentara adivinar de dónde había salido cada una y cuál era la que había venido al mundo de la forma habitual. Estaban tumbadas, cruzadas unas con otras, como cachorritos de zorro en el cubil, pálidas como muertas, destrozadas por las náuseas, ya no podían ni mantenerse sentadas, pero los hermanos, aparte del más pequeño, que dormitaba en el regazo de su madre, habían dejado de marearse hacía ya tiempo, de tanto salir de pesca en las barquichuelas, y estaban en cubierta con los marineros.

La compañera de viaje no tenía historias parecidas que contar de sí misma, pues a todos sus hijos los había parido dentro de casa, pero a fin de no ser menos que la viuda, decidió relatar unos partos poco comunes que le habían contado. Llevaban largo rato hablando y habían llegado ya al capítulo de la historia en el que cada cual habla de su situación y de sus planes, y Steinunn refirió brevemente sus deseos de dar una educación a sus hijos. La compañera de travesía se extrañó de su osadía, se fue a su camastro después de preguntar si no era un desvarío que una viuda se lanzara a lo desconocido con seis hijos y sin un céntimo. Steinunn respondió que el dinero no importaba.

En Islandia nadie se muere si sabe trabajar.

La compañera de viaje se mostró de acuerdo, pero dijo que nunca se le había pasado por la cabeza a ella, una pobre pordiosera, educar a sus hijos, y que, claro, ya era demasiado tarde porque todos estaban crecidos y se habían ido de casa hacía ya mucho. Pero no podía dejar de recordar a uno de sus hijos varones, que era persona de lo más principal, «es marino, y nada menos que en el *Gullfoss*, el barco ese nuevo que llegó al país en primavera. A bordo bailan y cantan, según me han contado, en mar abierto casi ni se balancea, por lo grande y lo estable que es, los camarotes son todos de primera clase y cuando el barco se acerca a los puertos de Europa, en las cubiertas se congregan los pasajeros, que en su mayoría son personas principales, y saludan con la mano a la muchedumbre que espera en el muelle». Steinunn, que se había visto obligada a dejar sitio en la bodega para ahorrar dinero y tenía pocas ganas de escuchar historias de los lujos de la gente principal, dijo tras una corta reflexión que dudaba de que en los países extranjeros la gente fuese a esperar en los muelles, «desde luego que los hombres no, pues por lo que sé toda Europa está metida en una guerra, y lo más seguro es que los hombres estén en el campo de batalla, y aunque no pretendo discutir lo maravilloso que es el barco, me cuesta imaginarme que las mujeres de por allí vayan a salir de casa para irse al muelle, como tampoco hacemos nosotras en el oeste aunque arribe un barco». La compañera de viaje se acordó entonces de la guerra que bramaba por el continente, se quedó muy preocupada de que algo pudiera sucederle a su hijo en la travesía, y no oyó cuando Karitas preguntó en voz baja si sabía lo que costaba viajar al mundo en un barco tan estupendo. Al no recibir respuesta, le dio un golpecito a Bjarghildur y le susurró al oído: ¿Tú crees que alguna vez podremos embarcarnos en un barco tan estupendo como ese? Bjarghildur se puso furiosa al oírlo, la apartó de un empujón y resopló sin fuerza: Déjame en paz, yo no tengo casa. Karitas vio que no sacaría mucho de ella tal como se encontraba, e iba a preguntarle lo mismo a Halldóra, pero se interrumpió al ver el semblante de su hermana. No se debía solamente a las náuseas, hasta ahí no tenía duda alguna, y le acarició el brazo para mostrarle su aprecio y su simpatía. Su hermana no se movió, seguía hecha un ovillo encima del camastro, desdichadísima, pero la congoja de su rostro no lograba debilitar su belleza, recordaba un cuadro del redentor en la cruz.

La niebla se extendió sobre la bodega, habían salido a mar abierto y el balanceo aumentó. La gente lo estaba pasando mal, se incrementaron los vómitos, los niños se meaban encima y las hermanas se taparon la nariz, intentaban respirar tan solo por la boca. Notaron entonces que disminuía la velocidad del barco, los motores tosían, finalmente se detuvieron. La gente se sentó en los camastros y clavaron los ojos en las portillas. Por un rato dejaron de oírse toses y gemidos.

Hielo, dijo alguien en un rincón, con un suspiro. El maldito hielo.

Abrieron las escotillas.

El gélido aire marino inundó la bodega.

## **Karitas**

Sin título, 1915

*Dibujo a lápiz*

La claridad blanca y penetrante inunda la cubierta.

Pasajeros de ropa oscura, abatidos, en absoluto silencio, se restriegan los ojos y vuelven a abrirlos. Finalmente se les aclara la vista.

El barco está en el borde de una capa de hielo que se extiende hacia el norte todo lo que alcanza la vista.

El capitán, con barba y espesas cejas, se sitúa delante del grupo, las piernas abiertas y las manos a la espalda, e informa a los pasajeros de que no podrán ir hacia el norte por el cabo Horn, el ancestral enemigo del país ha cerrado el camino, cualquiera lo puede ver, pero antes de que el barco vire para regresar a Ísafjörður se congregarán para una breve oración en ese frío domingo de Pentecostés. Los pilotos, cada uno a un lado del capitán, le entregan un libro de salmos y una Biblia. El capitán se quita la gorra.

Todos se miran unos a otros. Están todos desgreñados de tanto rato tumbados en la bodega.

Con calma chicha y cielo raso se lee la palabra de Dios y se cantan salmos.

Servicio divino en cubierta.

Nuestra madre está de pie, el gesto sombrío, junto a sus hijos. Halldóra y yo estamos sujetándonos el vientre, intentamos canturrear nosotras también para guardar las formas, pero Bjarghildur se siente reconfortada con la palabra de Dios. Valerosa, da un paso adelante sobre la cubierta cuando llega la segunda estrofa del salmo, hincha el pecho, dirige la vista con ojos centelleantes hacia la superficie de hielo, y canta con tanta fuerza que se le ve la campanilla.

Dirige el canto y se gana la admiración de los demás pasajeros, el capitán elogia con palabras encendidas la potencia de voz de la señorita. Bjarghildur resplandece

El barco vira de borda para tomar rumbo a Ísafjörður.

Nuestra madre va con nosotros a merendar en casa de unos conocidos suyos del pueblo. Cuando estos se enteran de que la banquisa impide su viaje hacia la libertad y la educación, dicen con tono indignado: ¿De modo que se acabó la temeridad que ibas a hacer con los niños?

Oímos la fría y breve respuesta de nuestra madre.

Iré dando toda la vuelta al país.

La travesía hacia el sur y luego al este siguiendo la costa fue tan larga que las hermanas perdieron el hábito de caminar de forma normal. No malgastaron apenas tiempo en escalas, el viejo buque costero solo se detuvo en tres puertos y solamente en el último, en el este del país, se permitió a los pasajeros bajar a tierra. Se llevaron la decepción de no poder visitar la capital. Fue una tremenda sorpresa al llegar al puerto de Reikiavik y ver que no había muchedumbre alguna para recibirles. Unos cuantos hombres que estaban allí de guardia se ocuparon de amarrar el barco, y en el muelle había alguna que otra persona inmóvil, en medio de la llovizna, mirando hacia levante. Los seis estaban apiñados en la borda mirando las casas de la capital con impotente asombro, hasta que los marineros soltaron amarras. A causa del retraso inicial, navegaban a toda máquina. Hasta la capital, con rumbo sur, el tiempo había sido aceptable, de modo que los pasajeros pudieron estar en cubierta mientras había luz y solo tenían que resignarse a permanecer en la bodega durante lo más cerrado de la noche, pero más tarde el mar se picó, de modo que las hermanas volvieron a perder las ganas de vivir y se contentaron con pasar el tiempo bajo cubierta. En el puerto de las islas Vestmann subieron a cubierta casi a gatas para respirar aire fresco mientras el barco permanecía relativamente quieto, y contemplaron apáticas las aves marinas que graznaban en los acantilados. Todo está lleno de fincas, y hay un montón de pájaros y de pescado, le gritó Karitas al fulmar, dispuesta a animarse a sí misma y a sus hermanas, pero aquellas palabras fueron suficientes para que todas empezasen otra vez con las arcadas y, como pudieron, volvieron a bajar a tuestas a la bodega. Pero cuando iban navegando hacia levante siguiendo la costa sur y vieron glaciares blancos y arenas negras, el mar empezó a calmarse y almas y cuerpos se recompusieron. Las hermanas asomaron la cabeza por la escotilla de la bodega, vacilantes y con el rostro blanco como la leche, aunque aún podían mantener la espalda erguida. A pesar del aire frío y de la fresca brisa del sur, el tiempo era estupendo y los pasajeros iban subiendo a cubierta uno a uno, llenos de expectativas optimistas, como sucede a los islandeses cuando hace sol. El mar estaba liso y de un bello color azul, y en medio de tanta alegría le entró a Steinunn un sueño tan tremendo que apenas podía mantener la cabeza levantada. Y antes de verse obligada a meterse otra vez en la bodega para tumbarse un rato les dijo a sus hijos, como excusa, que si tenía tanto sueño era porque no navegaban en el sentido del sol.

Las hermanas se sentaron en cubierta encima de una pila de cabos y se pusieron a peinar unas a otras con largas y ágiles pasadas. El aire marino danzaba en los mechones de cabellos y ellas entornaban los ojos al sol. Cuando llegó el momento de hacer las trenzas, Halldóra dijo que ella era la primera, pues para eso era la mayor. Las otras la pusieron entre ambas, le dividieron el pelo en dos para que cada una pudiera manipular un mechón, lo trenzaron con dedos diestros y cuando terminaron las trenzas cambiaron de lugar y fue la segunda en edad la que ocupó el sitio de la primera. Había llegado el turno de Karitas cuando la conversación derivó hacia su futuro en aquella ciudad norteña llena de vegetación. ¿Qué será de nosotros en el norte? Halldóra le apretaba tanto las trenzas a Karitas que le hizo daño en las raíces del pelo: Como si no diera igual lo que sea de nosotros, es difícil que las cosas vayan a peor. Somos como vagabundos, hemos deshecho la casa, nos alejamos de amigos y tierra chica, es como si me fuera a un convento. Tienes que viajar al extranjero, dijo Karitas de pronto, volviendo la cabeza, aunque recibió como respuesta un fuerte tirón de pelo. Mamá dijo que vamos a vivir en casa del mismo señor que nos da trabajo, dijo Bjarghildur, ya repuesta y con las trenzas recién hechas, deseosa de volver a encarrilar ella la conversación. Pero la hermana mayor la interrumpió: Una sola habitación con acceso a cocina, ese será el alojamiento para los siete, o algo así. Y allí tendremos que aguantar el invierno que viene, con frío y probablemente con corrientes por todos lados, porque me han dicho que esas casas de madera conservan el calor de dentro mucho peor que las de turba, porque ¿con qué se va a calentar una casa de esas?, me pregunto, no creo que baste con una estufa de carbón en un rincón del cuartucho, aparte de que en Akureyri siempre sopla viento fuerte del norte y no hay montañas que la protejan de él, como en nuestra casa del oeste. Nos moriremos de frío antes de que acabe el año, ya lo veréis. Las hermanas menores soltaron un grito. No sabían que Halldóra guardase tantísimo rencor, siempre tan afectuosa e ingeniosa, culparon a la indecisión de su héroe en la aldea, cuando se produjo el gran cambio. Pero Karitas no pudo evitar pensar en el viento que soplaban en el oeste, no parece que las montañas protegieran los delantales cuando soplaban, eso estaba bien claro, pero no se atrevió a decir nada, se limitó a preguntar con gesto inocente, para ablandar los ánimos de su hermana: ¿En el extranjero hace más calor?

Su madre dormía como un tronco cuando dejaron atrás los Fiordos del Este que se abrían uno sobre otro a la fuerte luz del sol. En la boca del Seyðisfjörður decidieron despertarla, lo que no fue cosa fácil, porque el sueño se había adueñado de ella con todas sus fuerzas, pues la entrada en el fiordo, el relajante calorcito, la profundidad y el azul del mar, tenían precisamente ese efecto sobre algunos de los pasajeros. Lo que no era nada extraño, aquello era como entrar en el seno de Dios. Nadie decía una palabra, todos se limitaban a contemplar en silencio las montañas y los lugares más llamativos del entorno, y cuando se pudo ver una iglesia situada sobre un pequeño banco de arena, a mano derecha, quienes volvían a su hogar tuvieron que reprimir la alegría que sentían. Karitas les observaba con disimulo, su reacción le parecía natural, aquel era su fiordo, y al ver el rostro iluminado de su hermana mayor, al ver el resplandor de sus ojos clavados en el azul, sintió cierta ansiedad. Era como si Halldóra hubiera descubierto otro mundo, y Karitas tuvo que darle dos golpecitos con el codo para que volviera en sí. Miró entonces a su hermana, como pensando en otra cosa: Yo me quedo aquí. A Karitas ni se le pasó por la cabeza que aquellas palabras hubieran sido pronunciadas en serio, ya había oído otras veces a la gente poner por las nubes la belleza de montañas y fiordos sin que aquello tuviera ningún significado especial. Pero las cosas fueron por otras vías y ni antes ni después consiguió entender absolutamente nada de lo que se le había metido a Halldóra en la cabeza.

En el muelle, la atmósfera era distinta que en la capital, había gente con la cabeza levantada, todos muy animados, dando la bienvenida a los viajeros que vivían en la región, preguntaban noticias, inquirían sobre las personas principales de la capital e indicaban dónde podían conseguir leche fresca y pan de Viena. Con tierra firme bajo los pies caminaban con desenvoltura los seis hermanos, y también su madre, que se iba recuperando tras la larga siesta. Ninguno hizo mención del cambio que sufrieron el ánimo y la mirada de la mayor de las hermanas al contemplar las casas y los habitantes de la ciudad. Se sentaron con sus compañeros de travesía en la ladera de una colina que había más abajo de un secadero de pescado, desde donde se disfrutaba de una magnífica vista del soleado fiordo, saborearon panes de Viena y bebieron grandes tragos de leche; cuando Halldóra se puso en pie, se limpió los labios y dijo sin rodeos que había decidido quedarse en Seyðisfjörður y que tenía que subir a bordo un momento a recoger sus bártulos. Las trenzas ni se movieron cuando bajó muy ceremoniosa hacia el muelle. La familia dejó de comer. Solo cuando Halldóra volvió a aparecer con sus bultos consiguieron preguntarse unos a otros qué era lo que pasaba. En vista de que los demás pasajeros esperaban curiosos a ver cómo se desarrollaban las cosas, Steinunn no quiso precipitarse, pidió a sus hijos que esperasen tranquilos, se puso en pie y fue al encuentro de su hija. Estuvo charlando largo rato con Halldóra. Al cabo volvieron las dos, se sentaron en la pendiente como si no hubiera pasado nada. Pero al acercarse la hora de la partida, quedó claro que Halldóra había conseguido lo que pretendía. Se puso a despedirse de sus hermanos, que se miraron unos a otros, desconcertados. Halldóra se queda, dijo Steinunn, encontrará un buen trabajo. Karitas no entendía qué significaba aquello, pero Bjarghildur miró el gesto de pesar de su hermana y le preguntó de qué pensaba comer. No será demasiado difícil, respondió la madre a la hija, había estado preguntando y sabía que mucha gente necesitaba una criada. A los hermanos se les saltaron las lágrimas y el pequeño rompió a llorar al despedirse de su hermana favorita. Halldóra les fue abrazando a uno tras otro, les besó y rogó que Dios les protegiera, se echó entonces el hato sobre el hombro y se marchó. Como si nunca hubieran pensado que se pudiera hacer otra cosa.

Se quedaron con los ojos clavados en ella, sin decir nada, incapaces de moverse. La joven había dejado atrás un trecho considerable, avanzando hacia el sur por la calle que bordeaba el fiordo, cuando Bjarghildur volvió en sí. Primero soltó un bufido, después se quitó el chal bruscamente, gruñó, dio una patada en el suelo y finalmente exclamó «maldita sea». El resto de la familia la miró boquiabierta, el alma entumecida todavía por la inesperada despedida, sin saber muy bien cómo interpretar aquellos gestos. No movieron ni un dedo cuando echó a correr detrás de Halldóra. Alcanzó a su hermana, dio una vuelta a su alrededor, hizo grandes aspavientos con las manos, la amenazó con el dedo índice y finalmente le dio una bofetada. Después, el tiempo se detuvo unos instantes, y Bjarghildur volvió de nuevo hacia donde estaban los demás, a grandes zancadas y con aspavientos. Halldóra la siguió. Rígida.

Estaban soltando amarras cuando la familia subió a bordo otra vez. Steinunn llevaba a su hija mayor cogida por los hombros para evitar que se cayera, pues la gente decía que la chica debía de haberse puesto muy enferma, tenía un aspecto horrible. ¿Y qué es lo que le dijiste?, le musitó Karitas a su hermana al oído cuando estuvieron en mar abierto, pero lo único que respondió Bjarghildur, cortante, fue que no era asunto suyo. Y siguieron sentadas, Bjarghildur en silencio, con las cejas fruncidas. El rostro de Halldóra parecía petrificado. Karitas no se atrevió a preguntarle nada.

El frío aumentaba según iban más al norte, y las tibias planchas de madera del barco costero emitían dolorosos crujidos. En la bodega, la gente se acurrucaba todo lo posible, los hombres se echaban el aliento en las palmas de las manos y las mujeres se arrebujaban en sus chales de lana. La hija mayor seguía con los ojos vacíos, fijos en el infinito, no había dicho una sola palabra desde que salieron de Seyðisfjörður y hacía como si Bjarghildur fuera un viento del norte que era mejor evitar. El final del trayecto se aproximaba.

Llegaron los chicos con noticias del capitán, a mediodía llegarían a la boca del Eyjafjörður, pero no hacía falta decirle a Steinunn que quedaba poco para el final del viaje, hacía ya rato que estaba preparada con niños y enseres. Estaba cabizbaja y movía la cabeza sin parar, arriba y abajo, como haciendo cálculos mentales o rememorando sucesos del pasado ante los que más valdría estar prevenidos en el futuro. Después se echó sobre los hombros el gran chal de lana gruesa, pasó la vista

por el grupo que formaban sus hijos y ordenó con sequedad: Poneos también los guantes, noto que ha empezado a refrescar.

La banquisa los acompañó en la entrada al fiordo. Las laderas de las montañas estaban moteadas de blanco y cubiertas por un velo gris. Un frío cortante se abría paso por los cuellos y por debajo de las faldas. Los témpanos flotaban a la deriva en el fondo del fiordo y chocaban y se separaban cuando el barco costero arremetía cruelmente contra ellos. La mujer que pretendía que sus hijos recibieran una educación en la ciudad norteña y llena de vegetación palideció al salir de la bodega y mirar a su alrededor. Los hijos salieron tras ella y aspiraron con fuerza el aire frío al ver su nuevo terruño adornado de hielo. ¡Pero si estamos en junio!, exclamó finalmente Bjarghildur. ¿Dónde están los árboles, mamá, y las flores?, preguntó el benjamín. Los hermanos mayores, cuyo raciocinio les convertía en garantes de que la viuda no se sintiera culpable por proporcionarles una educación, apenas podían ocultar su decepción al ver aquella ciudad fría, aunque las casas que había junto a la playa, algunas de dos y hasta de tres plantas, no eran menos imponentes que las de la capital, y escupieron por la borda. Fue Karitas la única que intentó, una vez más, animar a la familia, diciendo alegre cuando el barco se acercó al muelle: Bueno, mamá, ya hemos terminado de dar la vuelta.

Su alojamiento estaba en un almacén de pescado.

En el piso de abajo había grandes pilas de pescado, y el olor a salazones era tan intenso que se les metía por la nariz, y en el piso de arriba había habitaciones con literas para las chicas que trabajaban allí, y allá treparon como pudieron cargados con los bultos. Tan grande fue la decepción de Steinunn al no encontrar el alojamiento que esperaba, que se quedó un buen rato como petrificada en el umbral de la habitación que se les ofrecía. De no haber sido porque tomó las riendas Ólafur, que recordó que la educación estaba ya a tiro de piedra, no está claro cuál habría podido ser la reacción de la mujer. Qué suerte tenemos de poder disponer de este sitio hasta que encontremos algo mejor, dijo el joven en voz alta, con tono muy viril, y eso empujó al grupo a entrar.

Dos literas, cuatro camas. Como siempre, compartirían una cama cada dos, excepción hecha de Halldóra, que dispuso de una para ella sola. Todos tenían la sensación de deberle algo a Halldóra, pues aunque no estaban muy seguros de qué culpa podían haber cometido, estaban deseosos de hacer todo lo posible para volver a ver la alegría en sus ojos. La habitación disponía también de acceso a la cocina, y cuando las chicas del pescado se reunían para tomar un bocado, se ponía de bote en bote, aunque tampoco sobraba sitio cuando era la familia llegada del oeste que ocupaba la cocina. Pero las chicas no se lo tomaron mal, les dieron una palmadita en la espalda y un café hirviendo, y su amabilidad se encargó de que Steinunn consiguiera hacerse con la situación. Invitó a sus hijos a ir a ver la ciudad mientras ella volvía a visitar al armador.

Los expatriados de los Fiordos Occidentales fueron a la orilla del mar por las calles de la ciudad norteña, mirando curiosos en todas direcciones, como si fueran fugitivos de la justicia. Les faltaban palabras para expresar lo que se les ofrecía a la vista, las altas y elegantes casas de madera que bordeaban toda la playa y se extendían hasta el guijarral les llenaban de confusión y extrañeza. Los dos hermanos sacaron los pañuelos para limpiarse las babas al ver la escuela, que destacaba majestuosamente sobre el resto de la ciudad como un palacio sobre una colina. Dondequiera que mirasen había comercios, Thomsen y Hansen, Jónsson y Björnsson, perfumerías, carnicerías y panaderías, se sentían perdidos con tanta maravilla que veían y tropezaban unos con otros y metían los pies en los charcos, y veían un banco y un hospital, un taller y una congeladora, y en el muelle auténticas montañas de barriles de arenque. Todo superaba su comprensión, como los postes de nueve brazos que bordeaban las calles, aunque dedujeron que debían de ser eso que llamaban postes de teléfonos, y la casita que había en medio de una plaza con el rótulo «Cigars & tobaccos» les despertó la sospecha de que en aquella ciudad no hablaban islandés, sino extranjero. Francés, dijo Páll entre dientes. Inglés, le corrigió Ólafur. Danés, que no tenéis ni idea, dijo Bjarghildur, harta de su ignorancia. Pero cuando pasó atronando a su lado un velocísimo automóvil, lleno de ruidos y estruendo, se llevaron un susto terrible y el pequeño Pétur se echó a llorar.

Huyeron al almacén de pescado.

La primera noche se congregaron todos en torno a la mesita de la habitación y comieron pan con sardinas que la madre había comprado en la tienda de Jónsson y Björnsson, y cuando estuvieron hartos les dijo qué tareas les corresponderían a cada cual durante los días siguientes en aquel nuevo lugar. «Mañana por la mañana, las mujeres iremos a trabajar en el pescado, los chicos a la congeladora y a lavar pescado aquí abajo. Karitas se quedará en casa para cocinar y lavar, y ella se ocupará de Pétur.» La última vez que habían estado todos sentados alrededor de la mesita, el padre acababa de morir. Ahora no había muerto nadie, pero era como si estuviese muriendo una florecita sin nombre. Estaban como perdidos, sentados en un cuartucho como sujetos amarrados a una cadena sin poder ir a ningún sitio, ni siquiera tenían patio. Karitas se moría de ganas por irse a tomar el aire, como en su casa de la bahía, levantar las manos al cielo, bailar con los pájaros y poder sentirse alegre, y de repente se veía transformada en algo así como una vieja que ya ni recordaba por qué estaba precisamente en aquel lugar. Pero su madre sí que lo recordaba. Carraspeó, se agachó para coger un bulto que había a sus pies, sacó caramelos y los repartió. Luego cogió las Sagradas Escrituras. Esta noche no tejemos, pero ¿preferís que lea historias del Antiguo Testamento, o del Nuevo? No estaban acostumbrados a poder elegir pasaje de las escrituras, y se miraron unos a otros, extrañados. Del Antiguo, farfullaron entonces. Les resultaban más interesantes las vidas de esa parte de la Biblia. ¿Jacob o Moisés?, continuó Steinunn, metiéndose un caramelo en la boca. Moisés, dijeron los chicos, les parecía emocionante oír la historia de la separación del mar Rojo. Ya os lo he leído un montón de veces, dijo Steinunn. Creo que será preferible contaros la historia de cuando la hija de Jacob acaba en las garras del hijo de Hemor. Masticó el caramelo a toda prisa, abrió la Biblia y pasó las páginas, encontró el pasaje que buscaba y leyó el primer capítulo. Luego dejó caer el libro sobre su falda, miró atentamente la brillante tarde de verano por la ventana, y continuó la historia. No era nada infrecuente, pues conocía la Biblia de memoria. Pero según avanzaba, el relato fue provocando poco a poco gestos de extrañeza en las hermanas mayores, que no eran menos conocedoras que su madre de los libros de Moisés, aunque no alardearan de ello, y con muda indignación, Bjarghildur abría y cerraba la boca una y otra vez. Halldóra hizo una mueca de burla. Debajo del edredón, concluida la lectura, Karitas se dio cuenta de que el relato, tal como lo había relatado su madre, había sufrido considerables modificaciones, y que las acciones de las hijas de Jacob eran de lo más extrañas. El hijo de Hemor violaba a la chica y eso no lo cambiaba, pero lo que venía después no podía ser más raro. Las heroínas de la saga de Njáll se habían colado en el Libro de Moisés.

La inquietud se extendió por el cuchitril cuando estuvieron todos metidos en sus literas, intentaban respirar con normalidad para no preocupar a su madre, pero la inseguridad les mantuvo despiertos hasta bien entrada la noche, y cuando la fría claridad del día septentrional se abrió paso por las escuálidas cortinas de la ventana, el sueño se les fue por completo, con una sensación extraña en la cabeza. Se pusieron a pensar en todo lo divino y lo humano mientras se preparaban para su primer día de trabajo sobre los guijarros de la playa, y no consiguieron encontrar muchas cosas que habían metido en las maletas a la vista de todos. En la cocina, las faldas levantaban aire al moverse y las palabras y los jarros creaban bullicio, y al final todos consiguieron beberse en ruidosos tragos el café, negro como la pez, antes de que dieran las seis. En el piso quedaron solo Karitas y el pequeño Pétur, mirándose el uno a la otra con gesto de preocupación. Ya que a Karitas se la había responsabilizado de las labores del hogar, mandó a su hermanito que ordenase los edredones de las camas, y ella se puso a recoger calcetines y otras prendas que necesitaban un buen lavado después de la gran travesía marítima.

**Karitas**  
Sin título, 1915  
*Dibujo a lápiz*

Hierve el agua en un caldero grande sobre la cocina de carbón.

Vierto el agua en un barreño esmaltado, meto la ropa interior en el agua hirviente, cojo el jabón verde, lo aprieto y lo estrujo entre los dedos, froto con él la ropa interior, meto las muñecas en el agua y disfruto del calor.

Sin casi darme cuenta, miro por la ventana.

Al este de la casa hay un bote de remos en la playa.

A su alrededor, doce mujeres, de pie, formando un anillo en el frío de la mañana, fregando bacalao que sacan del agua casi congelada.

En la proa de la barca hay un hombre, de pie. Tiene las manos en los bolsillos.

Las mujeres van bien abrigadas, con faldas largas, gruesos jerséis, la cabeza cubierta con una pañoleta que les cubre parte de la cara. Están inclinadas sobre la barca. Tengo que escudriñarlas un buen rato hasta distinguir a mi madre y mis hermanas. Están las tres juntas, una junto a la otra. Pasan frío, las manos están rojas y azules. Las faldas están completamente empapadas. Se afanan con el fregado.

Mujeres lavando pescado.

Me apresuro más con la colada cuando las veo, froto restringo enjuago, bragas calcetines jerséis. Escurro las prendas hasta que me duelen los dedos y los brazos, luego pongo la colada en el barreño y cojo la bolsa de pinzas.

La cuerda de tender está en la parte norte de la casa.

Dejo el barreño en el suelo, tengo que ponerme de puntillas para alcanzar la cuerda. A lo lejos veo la barca de remos y a las doce mujeres. Mientras estoy atareada colgando los jerséis, noto que hay alguien a mi espalda. Miro.

Detrás de mí hay un chavalito. Sus ojos son tan bellos que llaman la atención y no puedo fingir que no le veo. ¿Qué estás mirando ahí como un tonto?, pregunto, sin la más mínima hostilidad, aunque estoy cansada y sigo con el sopor metido en la cabeza. El mocoso no responde pero sigue con la mirada clavada en mí. Luego se agacha, coge las pinzas de la ropa y me las da. Me va dando las pinzas una tras otra. Luego echa a correr y se marcha antes de que pueda preguntarle su nombre.

El sol de medianoche se reflejaba en los cristales pero el hielo que se acumulaba en un lado de la bocana se mostraba indiferente hacia las estaciones del año, no daba señales de querer marcharse aunque ya hubiera entrado el mes de julio. Pero las chicas del pescado pasaban menos frío ya, habían dejado de lavar y extender el pescado y trabajaban ahora a destajo, con los brazos y por momentos también la cabeza metidos en los barriles de arenque. Llegaban historias desde la playa a la explanada donde salaban, pero a Karitas no le permitían ir a salar aunque suplicó a su madre que la dejara. Hacía falta en casa, dijo Steinunn, pues le parecía inadmisibles no tener a nadie dedicado a las tareas del hogar con una familia tan grande como la suya. Además, Karitas llevaba a la familia café y algo de comida cuando estaban en la explanada del arenque, lavaba coladas enormes y encima tenía que cocer pan de centeno, pese a que en la ciudad había dos panaderías estupendas. Ahorrar, le decía su madre varias veces por semana, pues custodiaba cada corona igual que un dragón protege su tesoro.

Con la salazón del arenque, la ciudad se animaba muchísimo y la actividad era tal que los forasteros creían encontrarse en una gran ciudad. En el muelle todo era un auténtico caos, unos hombres hacían rodar los toneles, afilaban los cuchillos y corrían dando gritos entre las arenqueras que no daban abasto a salar por mucho que se afanaran, los chicos iban de acá para allá con las carretillas y echaban el arenque en los barriles, y los armadores iban y venían con paso firme, el sombrero en la cabeza y el cigarro puro en la comisura de los labios. Las pilas de arenque no hacían más que crecer y los barriles se convertían en montañas imposibles de escalar. La Laguna se llenó de barcas arenqueras pero también de barcos de vapor que producían ruidos atronadores. En las calles de la ciudad, el ajetreo no era menor, unos obreros excavaban zanjas para el abastecimiento de agua y se afanaban en llevar gravilla a las calles que las lluvias y el deshielo habían transformado en una masa de barro, los carreteros circulaban a toda prisa con sus traqueteantes carretas arrastradas por caballos, las amas de casa cargaban cubos de agua o corrían entre las casas y las tiendas, y en todos los patios había niños jugando. En su constante ir y venir a la explanada del arenque y vuelta a casa, Karitas contó más de cuarenta comercios en la ciudad. A veces, después de bajarles comida y café a la explanada, cogía de la mano al pequeño Pétur para que viera con sus propios ojos las maravillas de los escaparates. Y ella podía pasarse horas delante de la jabonería. El maravilloso y fresco aroma se extendía a toda la acera y cada vez que alguien entraba o salía, Karitas se ponía delante de la puerta y aspiraba el olor del jabón con los ojos cerrados. Los jabones y las esencias del escaparate habían llegado desde todos los rincones del mundo y tenían todos los colores del arcoíris, veía esencias de limón y almendra, jabón de Marsella y hasta detergente italiano en polvo. Estuvo pensando en cómo sería lavar con aquel detergente, y su mente echó a volar por el mar, hacia el sur, intentando imaginar cómo hacían la colada las italianas, ¿utilizarían tabla y cepillo, como ella? Pero el pequeño Pétur no tenía demasiado interés por el detergente italiano y tiraba de ella hacia el norte, para que volviera a Islandia, y se la llevó cuando creyó haber visto ya suficientes jabones, mentalmente se había metido ya en la tienda donde el tendero, al que tanto le gustaban los niños, se dedicaba a pesar higos y dátiles por solo un céntimo, cuando se trataba de pequeños clientes sin mucho dinero. No era solamente el ajetreo del puerto y los buques de vapor lo que daban al pueblo el aspecto de verdadera ciudad, los nombres de las tiendas, que se llamaban Hamburgo, Edimburgo y París, decían bien a las claras que allí vivían unos ciudadanos del mundo que caminaban con zapatos daneses.

Un día de estupendo tiempo veraniego, como no podía encontrar a Pétur por ningún lado, Karitas fue a buscarle y pudo ver a aquellos ciudadanos del mundo, como denominaba su madre a la gente que usaba zapatos de cuero. Oyó ruido de niños cerca de una casa elegante situada al pie de la ladera y se dirigió hacia allá, pero sin darse ni cuenta se encontró junto a la valla de un idílico jardín pletórico de vegetación, en el que había unas personas emperifolladas, sentadas al sol al lado de una mesa preparada para la merienda, bebiendo a sorbitos té y café con el dedo meñique bien levantado. Se quedó embobada, con los ojos fijos en el majestuoso grupito, y hasta el más mínimo detalle se quedó firmemente grabado en su memoria. El mantel blanco, las tazas con decoración floral, la jarra de plata, las copas de licor, la caja de cigarrillos, los hombres llevaban chaleco, las mujeres, blusa blanca con una cinta de seda oscura en el cuello, todos calzados con zapatos daneses. Zapatos de cuero con cordones. No la podían ver a ella, porque estaba detrás de un árbol y jugueteaba con sus hojas como en éxtasis. Pero sobre ella estaban posados unos ojos de otra naturaleza. El chaval de ojos bonitos estaba detrás de ella mirándola con fijeza, igual que la vez anterior. ¿Qué haces tú aquí?, siseó ella en voz baja, y con el susto rompió una ramita. El niño se metió la mano en el bolsillo y sin decir nada sacó un soldadito de plomo y se lo dio, para echar a correr al momento y marcharse. Llevó la figurita metida en el bolsillo del delantal durante muchos días, la sacaba de vez en cuando y le daba vueltas a quién podía ser aquel chavalillo mudo. Luego se olvidó de él, pero lo que había visto en el jardín no pudo olvidarlo. Sin embargo, en casa no mencionó a aquellas personas tan importantes de la fiesta del jardín, pues aunque se moría de ganas por hablarles de la mesa con manteles y cubiertos y de los zapatos de cuero, se limitó a decir: Tenías razón, mamá, en esta ciudad hay muchísima vegetación.

Cuando las salazoneras se quitaban las ropas enceradas, se había hecho bastante tarde. Pese al dolor en todos los miembros del cuerpo, las hermanas subían muy tiesas al piso de arriba, sobre todo Bjarghildur, que creía gozar de una posición superior a la de Karitas, pues a fin de cuentas era una trabajadora que ganaba dinero para el hogar, mientras que su hermana menor no iba más allá de guisar gachas. Y encima, pensaba que Karitas pasaba el día tan ricamente, y para mostrar su indignación y su superioridad, había adoptado la costumbre, cuando estaban las dos en su litera compartida, de darle una buena patada en la espinilla antes de dormir. En cambio, los chicos, que descargaban arenque de las barcas y tenían sueldos más altos que ella, porque eran hombres, o al menos así se les consideraba hasta cierto punto, no mostraban arrogancia ninguna, daban las gracias a su hermana con un beso por lavarles los calcetines. Aunque las hermanas no aludieran nunca a ello, estaban muy contentas del servicio que les prestaba, igual que la madre y los hermanos, pues resultaba más que dudoso que pudieran lavar ellas su propia ropa, teniendo en cuenta cómo se les quedaban las manos. Las tres tenían heridas causadas por el arenque, y aunque Steinunn se las embadurnaba con bálsamo de leche, no conseguían librarse de las moraduras. Tenían la piel de las manos como cocidas por las tripas del pescado, la humedad y la sal, contra las que eran inútiles los guantes de tela, y una vez se habían formado las manchas rojas, la piel empezaba a corroerse y la sal lograba meterse hasta el hueso. Al cabo de varias jornadas salando, se retorcián de dolor en las literas. Pero, con todo, estaban más que decididas a aguantar lo que hiciera falta, y a pesar de sus terribles heridas y del hedor que salía de sus ropas y su pelo, en realidad no estaban descontentas. Lo que se debía a la animación que vivían en la explanada del arenque y por las expectativas de ganar dinero. Había tal abundancia de arenque que ninguna mujer en su sano juicio podía desperdiciar la ocasión.

Cuando los barcos se veían obligados a interrumpir la pesca durante unos días para dar tiempo a que sanaran un poco las heridas de las saladoras, Steinunn se dedicaba a hacer arqueos. Ni los chicos ni las chicas vieron jamás una sola corona de sus salarios, era la madre quien los recogía el día de paga, pero todos se alegraban cuando les explicaba en qué pensaba utilizar aquel dinero. Estaban ya en las literas y ella seguía sentada a la mesa ordenando coronas y céntimos en montoncitos, aprovechando el sol vespertino, y todos asomaban la cabeza por el borde de sus literas para observar con la mayor atención cómo iban las cuentas. Una vez había terminado de contar y de formar montoncitos encima de un cuaderno abierto que tenía delante, se quedaba mirando pensativa por la ventana y decía: Tenemos que juntar mucho para el otoño. Tengo que encontrar un alojamiento mejor, comprar camas y quizás una mesa y sillas, y pagar los cuadernos. Y además tengo que mandar hacerlos unos zapatos de cuero a medida.

Los corazones de sus hijos dieron un respingo, se quedaron de lo más alterados, se movieron a un lado y otro en sus literas. Si trabajamos mucho y ahorramos, podríamos llegar, pero no podemos permitirnos derrochar el dinero. Ni una corona. Pero si necesitáis muchísimo alguna cosa, dijo, hablando a los mayores aunque sin mirarlos directamente, podéis venir y decírmelo. Desde la litera de las mayores, que por culpa de las heridas de las manos no habían podido ni lavarse la cara antes de acostarse, se oyó: Yo necesito dinero para comprar jabón.

Al alba del día siguiente, la viuda se puso en marcha rumbo a la zapatería con su grupo de hijos en fila india. Iban todos solemnes, como si la calle fuera la nave de la iglesia y la estuvieran atravesando para encontrarse con la Gloria Divina en persona, ni siquiera osaban carraspear, tal era su miedo a que su madre fuera a cambiar de idea si algo la distraía en su decidido caminar. Aquel era uno de los momentos más grandiosos de sus vidas. Jamás se les había pasado por la cabeza que un día podrían llegar a ser dueños de unos zapatos de cuero, e imaginaban cómo aquellos zapatos cambiarían sus vidas y su lugar en la sociedad. Los zapatos de piel de oveja, por muy flexibles y ligeros que fueran en un prado recién segado, se hinchaban con la humedad y se quedaban todos arrugados al secarse, y pesaban tanto que producían heridas en los dedos. Aparte de lo desagradable de ir con los pies permanentemente mojados cuando llovía. Con zapatos de cuero podrían tener los pies secos en la nieve y en el barrillo del deshielo, tal vez hasta dejarían de pasarse el rato con los mocos colgando, y lo que era aún más inestimable, podrían mirar a la cara a los niños de la ciudad sin pasar vergüenza.

El zapatero dejó escapar un profundo suspiro al ver al grupo. Llevaba todo el mes sin dormir sus horas, por el exceso de trabajo. ¿Hace usted zapatos?, preguntó Steinunn con gran amabilidad una vez estuvieron todos dentro, aunque resultaba más que evidente, porque no se veía ni una pared libre de cueros y suelas. El zapatero respondió que eso creía, y continuó con su trabajo, un tanto malhumorado, pensando que quizá se largarían al verle tan atareado. ¿Sería usted tan amable de tomar medidas a mis hijos?, dijo Steinunn, sin ceder ni una pulgada; puede empezar por las chicas. El zapatero respiró hondo, se dio media vuelta sin moverse del sitio y con los brazos levantados, dispuesto a soltarle una bronca a la viuda, pero se topó con la mirada de tres muchachitas rubias que tenían los ojos fijos en él, como si fuera el

Redentor en persona. Dejó caer los brazos. Cogió en silencio su herramienta de medir y les ordenó con las menos palabras posibles que se sentaran en el taburete y se quitaran los escarpines. Entonces se puso en cuclillas delante de ellas sin hacer un solo gesto, midió con esmero y profesionalidad los lindos pies de doncella, dedicando un buen rato a cada uno. Fue bastante más expedito con los pies de los chicos, y cuando hubo concluido con las medidas y se puso en pie, miró altivo a la viuda al tiempo que le decía, casi gritando enfadado: ¡¿Y tú también, quizá?! Steinunn se limitó a sacudir la cabeza. Pero al despedirse, el hombre estuvo de lo más amable, la nada fingida admiración de las muchachitas no había disminuido lo más mínimo al tomar las medidas, y dijo que los seis pares de zapatos estarían listos para el otoño. Steinunn hizo ademán de pagar, pero entonces fue él quien sacudió la cabeza.

Unas chicas solteras de movimientos gráciles llamaban fuertemente la atención de los jóvenes, aunque sus ropas tuvieran solamente los colores de las ovejas de las que procedían. Los chicos que iban hacia el sur para alguna cosa daban media vuelta y tomaban rumbo norte si era ese el rumbo que llevaban ellas. Para Halldóra no era novedad despertar la atención del otro sexo, aunque su elegido hubiera ignorado sus deseos, de modo que no hacía el menor caso a las payasadas de los hombres, como decía ella. En cambio, Bjarghildur estaba emocionada y temblaba de emoción cuando los chicos le guiñaban el ojo. Pero las dos tenían la precaución de bajar la vista cuando las miraban, sobre todo si su madre estaba más cerca de lo debido. Bjarghildur ardía en deseos de hablar de los chicos en voz baja con su hermana mayor, pero no encontró terreno abonado, de modo que se lo podría haber contado todo a sí misma. Halldóra era rencorosa, nadie sabía de quién lo había heredado, pues el rencor no era un rasgo de la familia de su padre ni la de su madre, y su gente se había acostumbrado a que pasara muchos meses con cara de palo si se sentía ofendida por el motivo que fuera. No se había olvidado, todo lo contrario, de la conducta de su hermana en Seyðisfjörður. De modo que Bjarghildur hubo de sufrir las consecuencias. Bjarghildur no tenía ningún interés en hablar de esas cosas con su hermana pequeña, pues Karitas no despertaba el deseo en los pechos de los chicos, por lo infantil y desgarrada que era. Y, sin embargo, ella también tenía admiradores, igual que sus hermanas, aunque fuera solo un mocoso. El bribonzuelo andaba siempre detrás de ella, asomaba la cabeza en cualquier parte por donde anduviera, y le ofrecía alguna cosilla cada vez, y últimamente, dátiles. Vaya si el zagal no está tirándote los tejos, le decía Bjarghildur para tomarse el pelo, y Karitas se ponía furiosa. Es mi compa y se llama Dengsi, dijo el pequeño Pétur, todo ufano, pero las hermanas no se dignaron escucharle. ¿Quiénes son sus padres?, preguntó Steinunn a su vez. Pétur no lo sabía pero pudo informarles de que su padre tenía una tienda muy grande donde vendían órganos y pipas, y un montón de dátiles, lo que agradó bastante a Steinunn. Pero aunque Halldóra se mostraba reacia a charlar con su hermana de los esfuerzos de los chicos por despertar su interés, en el piso de arriba de la casa no faltaban cuchicheos y risitas por parte de las chicas del pescado, siempre que se hablaba de hombres, lo que molestaba bastante a Bjarghildur. En el piso superior de la casucha del pescado no dejaban de parlotear a todas horas del día en la pausa de las heridas, como llamaban las chicas a la obligada pausa en la pesca de arenque, y aunque tenían las manos inútiles, su inventiva no se veía afectada en absoluto, si lo que circulaba eran historias y poemas. Los hermanos preferían hacer cualquier cosa con ellas en la cocina, pues les trataban a cuerpo de rey. Todas daban vueltas a su alrededor, les mimaban, admiraban las formas de sus cabezas, les daban palmaditas y les hacían carantoñas, pues lo cierto es que eran los únicos hombres de la familia. Ólafur y Páll estaban en el séptimo cielo, jamás en la vida habían disfrutado de tanta popularidad entre las mujeres, y cuando las arenqueras tenían días malos, ellos compensaban el salario perdido. Sus hermanos se arremangaban y les lavaban calcetines y jerséis y ellas les regalaban golosinas y cantaban tan fuerte que Steinunn se veía en la obligación de chistar para que callaran un poco, por eso de guardar las formas. Todas acataban lo que decía, era la mayor de todos, la respetaban y estaban convencidas de que lo que decía era siempre lo más juicioso. Además era la única mujer de la casa con derecho a voto, y cuando llegaba el momento de descansar la voz y dejarse de canciones, se sentaban a charlar con gran animación sobre los derechos de las mujeres. Cada una parecía tener sus propias opiniones, pero todas coincidían en que el derecho de sufragio, aunque no alcanzaba más que a las mujeres que ya habían cumplidos, los treinta, era una gran victoria para el género femenino islandés.

—Ahora también nosotras podremos decidir, igual que los hombres, lo que hay que hacer con el país.

—¡Y con el pescado, chica!

—Que las mujeres vayan al Parlamento se considera cada día cosa más natural, por no hablar de que empiecen a estudiar. Seremos médicas, abogadas y curas.

—¡Bah, no te pases!

—Al final nos pagarán el mismo salario que a los hombres.

—¡Eso ya me parece demasiado!

—El diecinueve de julio fue un gran día para la liberación.

—Ya, no sé, bueno. Leí un periódico de la capital, donde pone que ahora las mujeres tienen que mantenerse bien informadas de las grandes cuestiones políticas del país, que deben leer artículos sobre política, y cosas por el estilo, acudir a reuniones y dar discursos, y todo mientras siguen dedicadas a ordeñar, a las labores de la casa, a guisar, a cuidar a los niños, a tejer y a coser.

—¿Dónde dices que lo leíste?

—En un periódico de la capital.

—¿Y decía todo eso?

—Como te lo cuento.

Y fue como si Steinunn no se pudiera mantener sentada, se puso nerviosa, preguntó qué hora era y salió a ver qué estaban haciendo los chicos. Les mandó que entraran en casa a lavar las cosas de sus hermanas.

Había arañas colgadas en los bordes del tejado, tejiendo sus telas como si les fuera la vida en ello, el verano había entrado tarde y el otoño se acercaba deprisa. Karitas tendió su tela con el mismo afán. En los ratos libres entre la cocina y la colada, se lanzaba a toda máquina por la ciudad entera en su eterna búsqueda de comida para la familia, y según el verano iba tocando a su fin, ya había trabado conocimiento con agricultores y marineros e incluso le habían prometido espacio de almacenaje para la carne en la congeladora para el invierno entrante. Es increíble cómo engatusa a esos tipos, decía Halldóra asombrada, aunque por regla general no acostumbraba a hablar demasiado. Bjarghildur redujo sus patadas a la espinilla de su hermana. El sentido práctico de su hija alegraba a Steinunn, quizás ella podía entender mejor que nadie la hazaña que representaba el ser capaz de adquirir leche en una ciudad donde los que tenían dinero recurrían siempre directamente a los granjeros. La carencia de leche en la ciudad se había convertido en motivo de preocupación para todo el mundo, y las mujeres habían empezado a amamantar a sus hijos durante más de un año para no tener que empapuzarles con patatas y salazones, que sus delicados estómagos apenas toleraban. Pero Karitas gozaba del favor de un granjero de la colina. Tenían leche cada dos días. Ella la ponía en las gachas y Pétur la tomaba directamente. Se quedaban todos encantados cada vez que se llevaban a la boca una cucharada de gachas y sentían el sabor de la leche, chasqueaban la lengua para saborearla, y varias veces al día, mientras se partían las manos trabajando, pensaban en las gotas de leche que les esperaban al concluir su jornada. El paseo ladera arriba hasta la granja se había convertido en algo inexcusable, aunque le causara palpitaciones y extremado cansancio, especialmente si las tareas del día eran muy numerosas e inaplazables, pero a cambio, el camino de vuelta, cuesta abajo, era sencillo si bajaba haciendo zigzag. No era nada raro que para Karitas fuera aquel el mejor momento del día, y reposaba un poco en las pequeñas cornisas que había repartidas por la ladera.

Con el pescado pasaba lo mismo que con la leche. Cecina y salchichas había de sobra, pero encontrar pescado fresco era otra cuestión y no estaba al alcance de cualquiera, todo se salaba o se vendía, los comerciantes compraban el pescado para exportarlo. Pero Karitas lo conseguía. No conocía solamente al granjero de lo alto de la colina, sino también al dueño de una barca motora que se paseaba por el muelle y que tenía muchos hijos. Cómo había podido convencer a aquellos hombres era incapaz de recordarlo con precisión cuando le preguntaban, pero lo que sí recordaba era que les contaba historias de gentes y elfos de los Fiordos del Oeste, y que les había prometido unos jerséis tejidos a máquina, para que sus hijos fueran bien abrigados en invierno, cuando su madre ya no estuviera trabajando en la salazón del arenque. Steinunn estaba pasmada. No hallaba explicación a la capacidad de iniciativa de su hija, que achacaba, si acaso, a que, de una u otra forma, tenía que haberse abierto paso hasta las venas de la menor de sus hijas la sangre meridional que trajeron a la familia unos marineros el siglo pasado. Aquellos hombres del sur eran habladores y descarados, pues siempre tenían sol y por eso mismo tenían temas de sobra para hablar. Pero ¿cómo demonios se le habría ocurrido a su hija pedir permiso para almacenar carne en la congeladora? Las más de las veces se lo decía ella hablando sola, pero Karitas pilló sus palabras al vuelo y se pasó un buen rato mirando la máquina de tejer que seguía en el piso bajo, empaquetada en medio de las pilas de pescado.

Empezó a salir en busca de alojamiento.

El armador tenía medio prometida a su madre otra vivienda para el otoño, ya que la primera no había salido demasiado bien, pero por su previa experiencia con las

promesas de aquel hombre tan honrado, Karitas no estaba por la labor de fiarse demasiado de las palabras de aquel hombre tan serio, así que comenzó a buscar por su cuenta. Lo primero que pensó fue preguntar a las criadas o lavanderas de los comerciantes que veía por las calles, pues ellas se enteraban de lo que pasaba dentro y fuera de sus casas y estaban enteradas de la economía doméstica de los habitantes de la ciudad. Pero se limitaban a encogerse de hombros después de pasar un tiempo nada largo con la cabeza gacha, pensando. La falta de vivienda era un serio problema, seguramente algo deberían de saber en la explanada del pescado. Pero tampoco estaba del todo excluido que pudieran instalarse en alguno de los depósitos de la playa, donde vivían los pobres, bueno, claro, si alguien la palmaba a tiempo. Karitas quedó tremendamente decepcionada y tomó la determinación de dejar de charlar con las criadas y, en su lugar, ir a hablar con quienes tuvieran algo de poder. Pero entrar así por las buenas en la oficina de una persona principal para preguntar si sabían de algún alojamiento era demasiado pedir. Pasó muchos días devanándose los sesos.

Una mañana, mientras retorcia la colada, descubrió la forma de llegar hasta uno de ellos. Se puso a buscar al niño de ojos bonitos que de vez en cuando le regalaba dátiles sin decir nada, y un día lo pilló por fin. ¿La casa en la que vivís es de tu papá? El chico se quedó mirándola, sin duda alguna un poco atemorizado, porque ella nunca le había hablado excepto para preguntarle qué miraba que parecía tonto o qué era lo que quería, pero dijo que sí con la cabeza, no del todo tranquilo. ¿Tiene más casas en la ciudad?, continuó Karitas, despiadada, sin soltar el jersey del muchacho, que lanzó una rápida ojeada a su alrededor pero finalmente se concentró en el norte, en una casita al lado de la calle que salía de la ciudad. Ya veo, dijo Karitas sin separar los ojos de la casa que parecía acurrucada al pie de la ladera. Le pareció que sería perfecta para su gente, otra cosa bien distinta era si sus habitantes o su propietario compartían su opinión. Llévame a ver a tu papá, le ordenó, empujándole suavemente delante de ella como a un corderito, en dirección a la casa del comerciante. La oficina estaba a un lado de la entrada a la tienda y pasaron directamente al interior. El comerciante estaba de pie hablando bien alto por teléfono. Karitas se olvidó por unos momentos del motivo de su visita, tan embobada se quedó con aquel espectáculo, pues nunca había visto utilizar un teléfono. Tuvo que tragar saliva varias veces y humedecerse los labios cuando concluyó la conversación telefónica, por lo confusa que se había quedado, pero al final, cuando el comerciante le hubo preguntado varias veces, ya impaciente, qué buscaba en la oficina, consiguió la muchacha volver a la normalidad, sonrió feliz y soltó sin pensarlo: ¡Qué bueno es el teléfono ese que tiene usted, puede hablar con reyes y con curas y decirles las mercancías que tienen que comprar en su preciosa tienda! Dejémonos de reyes, refunfuñó el negociante, que produjo un ruido sordo al dejarse caer en la silla del escritorio. Estaba un poco agitado después de la conversación telefónica e iba a preguntar otra vez por qué le estaba importunando, pero Karitas se adelantó y le habló de una vieja de Seyðisfjörður que le tenía un miedo cervical al teléfono, pensaba que los sonidos que se oían lo hacía el diablo en persona: Cuando estábamos dando la vuelta al país y bajamos del barco en Seyðisfjörður para tomarnos unos bizcochos, esa mujer nos dijo, había viajado con nosotros y era muy conocida en el pueblo porque en una ocasión había trabajado de criada para un comerciante de allí, que precisamente tenía teléfono y la muchacha tenía tanto miedo al aparato que le zurraba con el palo de la escoba cada vez que sonaba. Al final acabó rompiendo el aparato ¡y el comerciante no volvió a comprarse otro hasta que la criada se quedó postrada en cama por culpa de la edad y ya no podía ni sostener una escoba!

Padre e hijo se rieron del grave problema del comerciante del este, y cuando el del norte iba a preguntarle otra vez más a qué habían ido, pues cada segundo de su tiempo poseía gran valor en plena temporada, Karitas volvió a interrumpirle diciendo que menudo era el viaje por mar que habían hecho en Pentecostés: Pero al capitán le importaban un pito las olas, se limitaba a poner proa al este y al norte a toda máquina, de manera que el estómago se te ponía patas arriba, pero a mamá le daba igual, porque ella lo que quería era llegar hasta aquí para trabajar, pero resulta que cuando bajamos a tierra, con un ventarrón tremendo del norte, el canalla del armador ya había alquilado el alojamiento que teníamos comprometido, porque habíamos tardado mucho en llegar. Y créaselo, tenemos que vivir apretujados los siete en un cuchitril diminuto de un almacén de pescado, y a ver qué pasa cuando acabe la temporada de la salazón y mamá tenga que dedicarse a tejer para sacar algo con lo que darnos de comer, en ese sitio tan estrecho del almacén no va a poder colocar la máquina de tejer, eso es imposible, así que estaba pensando si quizás usted tendría algún alojamiento donde cupiéramos la máquina y nosotros, como por ejemplo ese de ahí, de la falda de la colina, y no habría ningún problema para que mamá tejiera ropa interior o jerséis para su familia.

El comerciante se quedó mirándola estupefacto, ya no reía. Finalmente, cuando se aseguró de que la muchacha había terminado de decir lo que tenía que decir, dijo él, bueno, vaya. Después añadió, un poco con la cabeza en otra parte, que en realidad tenía pensado dejarle aquella casa a un maestro de la capital que vendría a la ciudad en otoño, claro, en cuanto se mudara el artesano. ¡Vaya, se va a quedar libre!, exclamó Karitas, que no podía estar más feliz. No son más que dos habitaciones pequeñas más una cocina y una buhardilla en la que apenas se cabe, y en la parte norte de la casa vive otra familia, farfulló el hombre, que aún no acababa de creerse la situación. ¡Dos habitaciones y cocina!, repitió Karitas inhalando el aire con la boca muy abierta, eso es justo lo que mi madre necesita. Se pondrá loca de contenta, ¡qué cielo de hombre es usted, señor comerciante! Él se pasó la mano por los ojos, aturdido, pero dijo al momento: ¿Tú crees que tu madre podrá pagar la renta? Sin la menor duda, dijo Karitas resoplando, una viuda que es capaz de abandonar su casa y atravesar hielos y tormentas con seis hijos, solo para darles una educación, seguro que podrá ganar de sobra para un alquiler. El comerciante se quedó otra vez sin palabras. Luego, tras un breve silencio, dijo que le pidiera a su madre que fuera a verle a la mañana siguiente. Luego añadió severo a su hijo, que no había abierto la boca más que para reír: No te dediques a meterte aquí dentro, chico.

Karitas se levantó el borde de la falda y se inclinó sobre una pierna.

**Karitas**  
Sin título, 1915  
*Dibujo a lápiz*

El sol matutino colorea el fiordo y la ciudad.

Una luz extraña sobre el fiordo. Pálida y brumosa en las horas de la mañana, llena de colores y exuberante a medio día, profunda y calmada en el crepúsculo.

La montaña al otro lado del fiordo cambia de ropaje varias veces en el mismo día, como una dama rica, vestido mañanero azul claro, azul oscuro el de tarde, violeta el vestido de noche.

Este otoño, cuando llegué, llevaba sombrero blanco en la cabeza.

Me siento encima de la lechera, en la ladera de la colina, y miro la montaña y el fiordo.

Estoy como en trance, pensando, y el bienestar que me produce poder grabar aquel inmenso panorama en mi mente, para conservarlo allí y sacarlo por las noches cuando la falta de espacio me tiene prisionera en el cuartucho.

Entonces veo a la mujer del sombrero.

Está al pie de la ladera, de espaldas a mí, la hierba le llega hasta las corvas y le acaricia la suave falda de terciopelo.

En la mano izquierda sostiene una paleta, la derecha la mueve deprisa por un cuadro que tiene delante de ella, sobre tres largas patas.

Una mujer pinta un cuadro.

Una imagen matutina del fiordo y la ciudad a la luz del sol.

Semejanza exacta, una fotografía en colores.

Un cepillo diminuto en su mano da vida a las nubes, que es como si se moviesen en la imagen y un aroma extraño llega con la brisa, como si brotase de las nubes.

Una anciana sale a la puerta de la casa bajo la colina y yo espero reteniendo la respiración para volver a verla de nuevo en el cuadro.

La mujer del sombrero hace como si no viese a la anciana pero de pronto deja de mover la mano derecha, la acerca al pecho, da unos pasos hacia atrás, se vuelve un poco y se le ven el perfil y las mejillas.

Ella no me ve a mí en la falda de la colina, sentada en la lechera.

Luego tose en el silencio.

Me sobresalto, me pongo de pie a toda prisa para volver a casa, pero la falda se queda atascada debajo de mis pies. Doy un tirón y la lechera, feliz por la libertad obtenida, empieza a correr ladera abajo. Vuelca, se abre y de ella brota un arroyito blanco que se desperdiga entre la hierba.

La lechera se enredó en la falda, todo fue por culpa de esa mujer, lloriqueó a su madre en el muelle, estaba tan apenada por la pérdida de la leche que no era capaz de expresar de forma comprensible su infortunio ni los motivos de este. Steinunn se dio cuenta de la desesperación de su hija y procuró no hacerle reproches, pues habría sido injusto después de todo lo que hacía por su familia día tras día, e intentó consolarla mientras seguía cortando arenques, dijo que no se morirían por estar dos días sin leche. Karitas seguía inconsolable, dejó el muelle apesadumbrada e inundada en lágrimas. Pero esa noche, en la cocina, su madre quiso saber quién era aquella mujer, nadie podía ir por ahí molestando a sus hijos, y además era conveniente explicar bien las cosas pues en el cuartito estaban empezando a enfadarse todos por no tener leche. El pequeño Pétur aulló con la cara en la boca de la lechera vacía, y Bjarghildur, exhausta y enfadada, se puso en pie de guerra, agarró a su hermana y le soltó una tanda de improperios. Los chicos vieron que se estaba pasando de la raya y apartaron a la fuerza a Bjarghildur de su víctima, pero eso la hizo enfurecerse aún más, se volvió contra ellos e hizo uso de los codos. Steinunn pensó que había que poner fin a aquello, intentó mostrarse seria y enfadada, pero no sirvió de mucho, se había prendido fuego a la sangre joven y las cosas llegaron a tal punto que las otras chicas del almacén fueron saliendo de sus habitaciones y entraron en la cocina, pálidas y atemorizadas. No estaba nada claro cómo habrían acabado las cosas si Halldóra no hubiera entrado allí desde un cuarto en el que le habían permitido echar una brevísima siesta. Entró toda tiesa en la cocina, cogió tranquilamente un cubo de agua, lleno, que había en el suelo, y se lo echó encima a los camorristas. Empapados y espantados, les mandó que se sentaran. El silencio invadió al grupo, Steinunn se pasó la mano por la frente y las chicas del pescado se sacudieron el agua que les había salpicado las faldas.

Nadie va a tratar de esa manera a una chica que ha conseguido alojamiento para siete personas, dijo Halldóra en voz baja y grave. Todos se miraron unos a otros, lo habían olvidado con todo el jaleo, miraron con gesto de reproche a Bjarghildur, que respiraba deprisa por la furia que hinchaba su pecho sin encontrar un sitio por donde salir. Bjarghildur intentó liberarla soplando por la nariz y los labios apretados: ¡Podía haber dicho que había tirado la leche por una torpeza suya, no tenía por qué inventarse una historia de miedo de una tía con sombrero!

Cuando la gente del piso alto del almacén de pescado fue calmándose después de la riña, comprendieron que resultaba más ventajoso para todos olvidarse de los gritos y el baño y volverse hacia la persona responsable de todo, y que seguía hecha un ovillo miserable en un rincón de la cocina. Háblanos de la mujer que viste, dijeron con dulzura las chicas del pescado; se pusieron a secar el agua del suelo, y madre e hijas se mostraron todas de acuerdo mientras preparaban la comida para la tropa.

Pues que la vi, estaba en la falda de la colina, pintando un cuadro encima de unos palos, balbuceó Karitas, que casi ni hablar podía, yo estaba sentada en la lechera y cuando la mujer tosió me llevé tal susto que se me cayó la lechera. ¿No os lo había dicho? ¡Sentada encima de la lechera holgazaneando cuando tenía que estar trabajando!, exclamó Bjarghildur. Las hermanas cuchichearon enfadadas, pero después de pensarlo un poco dijeron que qué curioso, ver a una persona adulta haciendo tonterías con unos palos y un cuadro en la colina mientras la gente normal estaba en el muelle, trabajando. ¿Y dices que era una mujer? Sí, era una mujer. ¿Estás segura? Le vi los pechos cuando se puso de perfil.

Los chicos aguzaron los oídos y pidieron más detalles. Karitas describió el cuerpo de la mujer y sus actos con toda la precisión que pudo, y entonces una de las chicas del pescado se golpeó en el pecho como si hubiera descubierto un nuevo aspecto del asunto, y miró a las demás con ojos interrogativos: ¿Podría tratarse de una pintora de esas?

Las otras sacudieron la cabeza despacio, e incluso Halldóra se quedó mirando el techo con gesto cansino. No, jamás habían oído hablar de su existencia, aunque alguna vez sí que les había hablado alguien de hombres que pintaban con pincel cuadros de esos, pero casi todos vivían en el extranjero.

¡Ver fantasmas en pleno día!, exclamó Bjarghildur, irónica, sin poder contenerse, y las chicas callaron, pues eran incapaces de encontrar explicación a lo que estaba haciendo aquella mujer, si es que se trataba de una mujer. ¿Y si es una vidente?, susurró una de las chicas del pescado a Steinunn, que estaba demasiado enfrascada en sus propios pensamientos como para contestarle. Aunque nadie dijo nada en voz alta, flotaba en el aire la idea de que, o bien Karitas había visto un fantasma en la ladera, o que la imaginación se le había desbordado al caérsele la leche. Pero cenaron en silencio, y las chicas del pescado hablaron de qué tiempo tan bueno hacía, antes de irse a sus habitaciones.

Pero a Karitas, la mujer aquella no se le iba de la cabeza, la veía moverse, sentía su olor, la oía toser, pero no volvió a verla. Todos los días subía jadeante por la cuesta, fuera o no día de leche, buscando con la mirada a la mujer del cuadro, la esperaba en el mismo sitio en el que había estado sentada en la lechera, pero la mujer no apareció. Finalmente empezó a hacerse a la idea de que aquella mujer solo existía en su mente.

Fue una ilusión, le dijo a la lechera.

**Karitas**  
Sin título, 1915  
*Dibujo a lápiz*

El aroma de la grama sigue aún en las sábanas.

Mi hermana y yo nos llevamos los edredones a la nariz para oler el desaparecido viento de estío.

Estamos las dos tumbadas de lado, Bjarghildur tiene una pierna apoyada en mi cadera y me da calor al cuello con su cálida y pesada respiración.

La lluvia tiene prisionera a la casa, los cristales lloran.

La luz de la lámpara de aceite se afana por mantener la calma, bosteza y se estira para disimular su malestar.

Yo sudo bajo el edredón, siento ganas de echarlo a un lado, de estirar las piernas, pero mi hermana me tiene sujeta. Mientras se va acercando el sueño poco a poco, como una vagabunda llegada del páramo, la asusta hasta el movimiento más imperceptible. La cama es blanda, Bjarghildur necesita descansar después del duro trabajo. Para evitar enfados estoy dispuesta a soportar las apreturas y dejo que la luz de la lámpara de aceite conduzca mis pensamientos por el aire y las paredes y salga por los cristales de la ventana, que lloran.

El reloj de la pared tiene problemas con el tictac, porque se ha pasado todo el verano inmóvil en un cajón, parado. Mientras hace tictac me asomo y observo a mi madre, que está sola, cosiendo.

Una mujer cose al anochecer.

Los demás ya están acostados. Los chicos están acurrucados debajo del tejado abuhardillado, en un altillo en el que apenas se cabe. Desde arriba llega el sonido de sorber la nariz, o de toses. Halldóra está sentada en camisón, en el borde de la cama de la sala de delante, junto a mi madre, embadurnándose de pomada las manos. Sus piernas desnudas están hinchadas pero no parece importarle, se concentra solamente en las manos mientras se pone crema en los dedos, uno tras otro, y se los frota como si estuviera poniéndose un anillo demasiado estrecho. Después de un rato de dedicación y bañada en pomada, levanta el edredón, se acuesta, suspira y se vuelve hacia la pared. Ella duerme sola en una cama.

Al otro lado de la mesa, en el centro de la habitación, el pequeño Pétur está tumbado en su cama durmiendo tranquilo con la boca abierta, sabe que en algún momento de la noche su madre se acostará con él bajo el mismo edredón. Ella sigue sentada en un rincón al lado de la máquina de tejer, absorta en unir las piezas, solapas y espaldas, mangas y cuellos. De vez en cuando mueve la lámpara de la mesita que tiene a su lado para ver mejor las prendas.

Luces y sombras juguetean, cambian los rasgos de su semblante, le desdibujan las líneas de la boca, suavizan las arrugas junto a los ojos, la hacen luminosa y joven, luego cubren el rostro, trazan profundas líneas verticales en la frente, entre los ojos, pintan bolsas marrones bajo los ojos, adelgazan los labios, afilan los rasgos.

—¿Sigues despierta, Karitas?

—Estoy muerta de calor.

—Me alegro, peor sería que tuvieras frío.

—Bjarghildur tiene una pata encima de mí.

—Déjala dormir, las trabajadoras necesitan reposo. Nunca tienen ni un momento para sentarse a descansar. Cuando yo trabajaba de bracara en mi juventud, muchas veces estaba tan cansada al acabar la jornada, que hasta deseaba la muerte. Por las noches, cuando había terminado de matarme a trabajar en los prados secando el heno y atando pacas, tenía que ayudar a los obreros a quitarse los zapatos y los calcetines empapados, casi desnudarlos, secarles los pies y luego darles de comer. Eran peores que niños pequeños. Luego se tumbaban a descansar mientras yo tenía que arreglarles los zapatos y remendarles los calcetines y las ropas hasta bien entrada la noche. Si no trabajaba con la suficiente celeridad, se me echaban encima todos, los obreros, el señor de la casa y la señora también. Yo tenía que ir por ahí con unos andrajos sucios y nunca tenía tiempo para atender a mis propias necesidades. Recuerdo que durante todo el tiempo que fui bracara, jamás sonreí. Cuando éramos las chicas las que trabajábamos, nos trataban como a esclavas. Se lo conté a mi madre y nunca más me volvió a poner de bracara. Lo que más me repugnaba era la injusticia. Era mucho más difícil recoger y empacar que segar, pero a nosotras solo nos daban la mitad de salario que a los hombres, y encima teníamos que servirles de criadas a ellos.

—¿Bjarghildur tiene que desnudar al comerciante por las noches?

—¡Pido a Dios Todopoderoso que eso no suceda jamás! No, los tiempos han cambiado, mi niña querida. Una nueva era traerá horas más luminosas para las mujeres. Podemos instruirnos y podemos votar. ¿Quién lo hubiera creído cuando yo crecía? No tienes que envidiar a tus hermanas, aunque las obreras ya no tengan que sacarles de encima los harapos a los hombres. Pero tienen que cocinar y cocer pan, fregar suelos, lavar la ropa, restregarla y plancharla, zurcir y coser, y no pueden parar de trabajar ni un momento, ni dejar la labor para luego. Pero juntarán dinero para ir a la escuela femenina el año que viene.

—Pero ganan una miseria, se pasarán toda la vida ahorrando.

—No, yo creo que no. Pero necesitamos encontrarte un trabajo a ti para que tú también puedas ahorrar para la escuela. Sea para ir a la escuela femenina o al instituto de enseñanza media.

—En el instituto hay muy pocas chicas, solo hijas de gente con dinero.

—Lo sé muy bien, pero mientras llega el momento tendrás que aplicarte a estudiar las lecciones de Ólafur, así estarás mejor preparada y podrás entrar en segundo o tercer curso cuando llegue el momento. ¿Qué aprendió hoy Ólafur en la escuela, y qué estuviste estudiando tú con él?

—Dieron los héroes antiguos. Guerreros y gentes capaces de proezas de toda clase. Ólafur dice que al profesor le encanta hablar de ellos, y a los chicos también. Las chicas no dicen nada porque son muy pocas y les da vergüenza hablar. Todos los chicos quieren nadar como Kjartan, el de la saga Laxdaela, y saltar como Gunnar, el de la saga de Njall, que era capaz de saltar su propia altura.

—Sería bajito. ¿Y no estudiaron también a Guðrún Ósvífurisdóttir y a Hallgerður *Calzas Largas*, que salen en esas mismas sagas?

—No tanto, porque eran muy malas. Y Hallgerður se pasaba el día en la despensa.

La despensa era como una niña preciosa que espera el futuro con impaciencia. Las provisiones de invierno ya estaban en casa. Un barril de cecina y otro de alimentos en escabeche, así como sacos de patatas, azúcar, café, arroz y miel, decoraban los estantes, al igual que la mantequilla y los quesos. Lo único que falta son hortalizas, pero las cultivaré el verano que viene, cuando tenga preparado el huerto, decía Steinunn entrando y saliendo de la despensa. Tendremos nabos, zanahorias, coles y ruibarbo. Siempre cerraba al salir para que el calor de la estufa de carbón no afectase al frío de la despensa, aunque ella nunca sentía frío por mucho tiempo que pasara poniendo en orden toneles y sacos y limpiando un polvo invisible de las estanterías pintadas de blanco.

A pesar de las penurias de este país, mis hijos siempre han tenido comida suficiente, decía mientras recolocaba la mantequilla para mayor seguridad. Pero lo que más le fastidiaba eran los dos estantes vacíos de abajo del todo, y pensó si convendría cocer carne fresca y meterla en frascos, como hacía en el oeste, pero no estaba segura de tener tiempo para hacerlo, pues además había que tejer. Había recibido un montón de encargos de jerséis y ropa interior de lana, y Karitas ya tenía comprometidas algunas prendas, e iban llegando más pedidos sin necesidad de salir a buscarlos. Y recordaba sus deudas y volvía a entrar al calor de la habitación. Aunque la despensa estuviera tan llena como en las mejores granjas y la carbonera estuviera repleta hasta la trampilla, los salarios del verano iban agotándose y no quedaba más remedio que rehacer lo perdido. Pero antes de ponerse a tejer abrió el grifo de la cocina. Lo hacía cada vez que entraba allí desde la despensa. Abría el grifo y lo volvía a cerrar. Miraba encantada, embelesada, el agua gélida que caía al fregadero. No, no hay que ser tan holgazana, decía entonces, cogía una olla, la llenaba de agua, la ponía en la cocina de carbón y la encendía. Y la cocina suspiraba de felicidad mientras cocía la salchicha de hígado dispersando lentamente su vapor por la negra noche.

La ciudad estaba envuelta en la oscuridad, y los viandantes no podían verse ni la mano delante de la cara si no llevaban una luz. Las dos trabajadoras que andaban con los pies doloridos, agotadas por la jornada de trabajo, portaban unos farolillos colgados al costado. Cuando Karitas miró hacia las tinieblas y vio dos lucecitas acercándose a la casa se colocó en la puerta abierta, y el aroma de la morcilla recién hecha se filtró a la calle y a los sentidos de sus hermanas.

No dejes que se escape el calor, gritó la madre, siempre pendiente del frío y el calor.

Las agotadas hermanas se sentaron a la mesa junto a sus hermanos, en la habitación de delante, y aunque la señora les había dejado tomar un bocado en la granja mientras cocinaban, dieron buena cuenta de la salchicha de hígado, sobre todo Bjarghildur, que tenía el apetito de un hombre robusto.

Me comería un caballo entero y más, dijo sin parar de masticar. Pero la energía no le llegaba hasta los pies, que estaban helados tras las horas pasadas en el húmedo suelo de cemento del lavadero, en el sótano de la casa del comerciante, de modo que mandaron a Karitas que echara agua hirviendo en un barreño de lavar para que sus hermanas pudieran meter los pies y calentárselos antes de acostarse. Y Halldóra se miró las manos en el resplandor de la lámpara de la mesa y comenzó la ya vieja costumbre de untarse la pomada. Las chicas metían baza en los deberes de sus hermanos cuando estudiaban sus lecciones, les corregían lo que les parecía equivocado y mandaban a los más pequeños, que asistían a la escuela primaria, que dejaran más espacio entre los problemas de aritmética para que la página no pareciera un enorme manchurrón negro. Karitas se había entretenido en leer las lecciones de Ólafur antes de que sus hermanas volvieran a casa para censurar; sus críticas podían llegar a ser muy acerbas si participaba Bjarghildur, que no podía perdonar a su hermana por quedarse en casa y, encima, leer los libros de su hermano. Solo tiene dos años menos que yo y se queda en casa vagueando y estudiando, era su queja, aunque había olvidado totalmente que el plan era que ella acudiese el año próximo a la escuela femenina si había dinero suficiente. Halldóra no parecía tener mucho interés en asistir a la escuela, se limitaba a mirar pensativa a su hermana menor cuando dibujaba en un papel. Intenta dibujarme a mí, dijo de pronto, desafiante, y Karitas se puso de inmediato manos a la obra. Buscó una buena hoja de papel y se concentró tanto que le dolieron los ojos. El resultado no estuvo del todo mal y Halldóra movió la cabeza como señal de reconocimiento. Ólafur dijo con presunción, como si aquella maña para dibujar se la debiese a él, que Karitas dibujaba todas las estampas de geografía y botánica que necesitaba él, y que el maestro siempre se las alababa mucho. Bjarghildur dijo: ¿Y no sería mejor ir a un fotógrafo en vez de que te pinten una caricatura? A nadie se le había ocurrido semejante idea. Pero la cabeza de familia dijo que por supuesto, que lo harían. La idea fue recibida con alegría, también por la dibujante, que por fin veía un posible destino para sus ahorros. ¿No deberíamos ponernos el vestido de fiesta?, preguntó Bjarghildur como si la fotografía fuera ya cosa decidida. Steinunn puso gesto de duda: No sé cuánto cuesta una fotografía, pero seguro que gratis no es. Seguro que los chicos necesitarán chaquetas, y eso cuesta dinero, tiempo y seguramente bastantes conocimientos de sastrería masculina. Entonces dijo Halldóra, mirándose pensativa las manos: Mañana empiezo en un taller de costura, no me sería tan difícil coser algo para los chicos.

Se habría podido oír el ruido de un alfiler al caer.

Las hermanas no recordaban haber visto nunca a su madre sentada a la mesa, mucho menos cuando había alguien comiendo, pero esta vez acercó el taburete, se sentó y exigió explicaciones con la mirada. Halldóra dijo que había conseguido trabajo en el taller de costura antes de despedirse de la casa en la que servía: La vieja se pasaba el rato metiéndose conmigo, no hacía más que regañarme y criticar todo lo que hacía. Esta tarde me despedí con toda cortesía y le dije que podía enviarme la paga a casa. La paga en el taller es mucho más alta. Steinunn se quedó un buen rato mirando a su hija, y dijo: Eres de lo que no hay. No dijo ni una palabra más, pero cuando fue a la despensa, las piernas parecían más ligeras. Las hermanas estaban ya en la cama y Bjarghildur tenía la pierna encima del muslo de Karitas, y comentaron lo bien que le iba todo a la hermana mayor. Debajo del edredón, que aún llevaba en sí el viento del verano, se oían cuchicheos. Bjarghildur se admiraba de lo lista que era Halldóra que había conseguido encontrar otro trabajo antes de dejar la casa en que servía; y Karitas no paraba de hablar: La vieja se pasaba el rato metiéndose conmigo, ¿oíste lo que

llamó a la mujer del comerciante, «vieja», lo oíste, Bjarghildur?

No me hables tan fuerte al oído, ¿te crees que estoy sorda? Pero era muy propio de ella no decir ni pío. Nunca decía nada.

Al callar y no anunciar a nadie sus intenciones, Halldóra se aseguraba de que nadie pudiera interferir en sus planes. Cuando la gente se enteraba, ya era demasiado tarde. De modo que usaba el silencio como arma para poder imponer su voluntad. Nunca decía a las claras lo que quería, se limitaba a insinuar cuáles eran sus deseos y los demás bailaban como gallinas a su alrededor, como si fuera culpa de todos los demás que hubiera perdido a su futuro marido y encima no se hubiera podido quedar en Seyðisfjörður. Naturalmente, irse a vivir al norte fue cosa de su madre, pero nadie ignoraba quién había impedido que se cumplieran sus deseos de instalarse en los Fiordos del Este, aunque Karitas, que nunca llegó a saber qué había pasado realmente con su hermana mayor, tenía remordimientos de conciencia e intentaba desagrarla de todas las formas posibles. Las indirectas de Halldóra, en cambio, no impresionaban en absoluto a sus hermanos. Si alguien quería sacar algún provecho de ellos, tenía que decir las cosas de forma clara y directa.

Lo peor es que me hace muchísima falta una máquina de coser, dijo una noche, como quien no quiere la cosa. En el taller no puedo usar las máquinas para coser las chaquetas de los chicos, menos aún para cortarlas, el trabajo no me deja ni un momento libre. Pero si tuviera una máquina podría traerme los patrones a casa y coserlas. Es un fastidio no tener máquina, repitió su madre. Y cuesta bastante dinero traer una modista a casa. Sí, un fastidio enorme, repitió la hija, quizá la única forma sería comprarle al comerciante una de esas de manivela, a plazos. Pero claro, sería preciso conocer a alguien. Dudo mucho de que quieran vender a plazos un objeto tan valioso a unos forasteros.

Y su madre se mostró de acuerdo con sus palabras, era un problema de mil demonios y se pusieron a darle vueltas para encontrar posibles soluciones que, sin embargo, parecían todas inviábiles, pero por algún motivo incomprensible, Karitas descubrió que ella podía solucionar el asunto aunque ni su madre ni su hermana se habían dignado mirarla mientras decidían qué medidas tomar. Al cabo de una semana le proporcionó a su hermana Halldóra una máquina de coser, en plazos de lo más cómodos. El hijo del comerciante la había acompañado a la oficina, como de costumbre.

Por las noches, Halldóra se quedaba cosiendo hasta medianoche, tenía ocupada la mesa de la salita delantera con los trastos de costura. Los chicos escribían sus cuadernos en el suelo de lo más contentos, pues todo aquel trajín era en beneficio suyo. Pero aunque Halldóra hubiese adquirido fama de habilidad para los trabajos manuales nada menos que desde que tenía apenas trece años, «esa chica será famosa en todo el país por sus bordados», como acostumbraba a decir la gente en el oeste, ahora estaba encontrando serios problemas con las chaquetas. Nunca lo decía directamente, pero en sus muecas y en la desmaña de sus movimientos se notaba que aquel trabajo representaba un serio problema para ella. Los chicos tenían que dejarse tomar medidas cada media hora, y si ya habían subido a su cama del altillo, se les obligaba a bajar al momento, estuvieran dormidos o despiertos. Pero la máquina de coser gozaba de la atención y la admiración de todos, tanto de la familia misma como de las mujeres que venían para encargarle a Steinunn algún trabajo de punto, e incluso aportaba cierto toque de distinción a la casa, pues estaba situada en la mesa de la sala, con su color negro brillante y sus adornos dorados. Todos tenían que acariciarla al menos una vez al día. Nunca preguntaron cómo había engatusado Karitas al comerciante para conseguir la máquina, y ella ni siquiera se acordaba ya.

La nieve anidó en el tejado y todos se dormían arrullados por el zumbido de la máquina de coser, los chasquidos de la máquina de hacer punto y el inconstante tictac del reloj de sobremesa.

Pero lo propio de Halldóra era no decir nada, como pudieron comprobar una vez más. Un día se supo que había ido al médico. Fue el pequeño Pétur quien llevó a casa tal nueva, y la familia entera palideció. Steinunn hizo una señal a su hija mayor para que entrara en la cocina al volver del taller de costura, y le preguntó en voz baja a qué había ido al médico. No, no pasa nada, dijo Halldóra, y fue a la sala para que todos los que quisieran pudieran enterarse del motivo de su visita al médico. Solo fui a buscar un certificado médico para enviarlo a la capital con mi solicitud. Tengo intención de matricularme en la escuela de comadronas el otoño que viene.

Por segunda vez, la ambición de Halldóra les dejó a todos sin palabras, y esta vez la viuda se sintió tan conmovida que se puso a servir café, aunque no eran horas de tomar café. Su sueño de la instrucción de sus hijos estaba ya a la vista y no era un sueño cualquiera, pues había sido el sueño de su propia vida desde la infancia. Estaba inquieta: Llegarás a ser una buena comadrona, pero no podrás dormir siempre que quieras, cariño, dijo con la voz un poquito ronca. Esa noche, el hogar rebosaba de optimismo y orgullo, de algo así como una felicidad interna que se abría camino hacia el exterior en bromitas tontas, y todos se estuvieron tomando el pelo unos a otros hasta muy tarde, aunque la madre tenía la cabeza en otro sitio e iba una vez tras otra a la despensa a hacer algo urgentísimo. Pero a la noche siguiente, Bjarghildur tuvo dificultades para dormir. Se movía sin parar y daba golpes alrededor.

Todos a la escuela menos yo, dijo a la mañana siguiente, sin haber podido pegar ojo, enfurruñada.

Karitas le recordó que había más gente en su barco, pero nadie le prestó oídos. Alguna forma habrá de que asistas a la escuela femenina, dijo su madre con total tranquilidad, pero no me atrevo a decir si podrá ser el otoño que viene, estos tiempos de vacas flacas son terribles, y las alumnas de las escuelas femeninas no reciben ayuda de las autoridades, aunque sí las que comienzan estudios de partera.

Muy propio de ella elegir una escuela en la que no tiene que pagar, exclamó Bjarghildur furiosa, con acritud. Para dar más énfasis a lo penoso de su propia situación en el hogar y en la sociedad, se quejó a la familia contando historias de las condiciones de vida de la familia del comerciante, dando a entender que la incapacidad de sus propios antepasados era el motivo de que ahora no fuera más que una miserable criada, «y si mis antepasados hubieran tenido la más mínima audacia y hubieran fundado un negocio, yo estaría ahora aprendiendo a tocar el órgano igual que la hija del comerciante a la que le lavo la ropa, vaya que sí, y hasta es posible que estuviera ya camino de la capital para estudiar en una estupenda escuela femenina».

Aquella canción no sonó nada bien a los oídos de la viuda: Avergüenzate, Bjarghildur, tú procedes de sólidas estirpes de los Fiordos del Oeste.

Steinunn, sin embargo, no se tomó demasiado a mal las protestas de su hija, pero estas parecieron llevarla a pensar en los antepasados y en sus logros y miserias, según como se mirasen las cosas, pues en los días siguientes habló de ellos bastantes veces. Mencionaba sus logros en uno u otro asunto, según en qué parte de la casa se encontrara, y era como si intentara comprender a fondo los lazos que ligaban a antepasados y descendientes, y si las consecuencias de los actos de los primeros influían sobre el futuro de sus hijos, o si ella misma estaba en condiciones de vivir según sus propias ideas, sin tener en cuenta los lazos de sangre. En los meses finales del invierno, mientras hacía punto por la mañana, disponía de tiempo suficiente para reflexionar, aunque sus pensamientos no salían de las paredes de la casa excepto cuando la vecina de la otra ala del edificio venía a verla por cualquier motivo. Entonces mencionaba como por azar lo que pensaban sus hijas casaderas, y sus palabras recibían contestación al momento, pues la vecina había tenido nueve hijos en once años, de modo que sabía a la perfección por dónde soplaban el viento en todo lo referente al estado de ánimo de los jóvenes, sobre todo de las chicas. Un día se puso a llover de repente a primera hora de la tarde, y la vecina dio unos golpecitos en la puerta y le preguntó si no pensaba que sería cosa de recoger su ropa tendida a la vez que ella recogía la suya de la cuerda, y Steinunn dijo que sí, encantada, añadiendo que estaba tan enfrascada en sus pensamientos mientras hacía punto que ni había oído que empezara a llover a cántaros otra vez. Mientras las dos recogían a toda prisa la ropa húmeda, comentaron las novedades y el aumento de precio del jabón, que naturalmente era por culpa de la guerra, «como si tuviera que llegar hasta el norte para fastidiarnos, mientras ellos se destrozan unos a otros por el mundo», y luego la vecina aceptó un cafelito, solo una gotita, y mientras se bebían el café a sorbitos, de pie, examinaban con todo detalle las prendas de punto y manoseaban las chaquetas que estaba cosiendo Halldóra. Las conversaciones giraban en torno a los estudios de los hijos, Steinunn hizo alusión a los ataques de envidia de Bjarghildur, a quien la falta de medios y la impotencia de los antepasados impedían matricularse en la escuela femenina. Evidentemente, pensaba que no había ningún problema en contárselo a su vecina, pues, aunque Jenny fuera doce años menor que ella, era una persona sincera y digna de confianza. Además tenía mucho aplomo, lo que se comprobaba sobre todo en que nunca se quejaba de los estrecheces de su vivienda, dos habitaciones pequeñas, una cocinita y una buhardilla en la que casi no cabía una persona, el mismo espacio del que disponían los otros, pero claro, una mujer casada con el mejor carpintero de la ciudad debería poder vivir en una casa de dos plantas con un buen sótano, «pero el bueno de Guðmundur nunca tiene tiempo para construirla, tan agobiado está de trabajo edificando en la ciudad, y cada vez que decide empezar con nuestra casa, se produce un incendio en algún sitio, porque la mayoría de las casas son nuevas, están hechas con madera noruega de desecho, que no sirve para nada, y que arde como una tea en cuanto salta una chispa, y entonces le llaman a él, sin pensárselo ni un momento, para que construya otra casa, de modo que la nuestra está siempre esperando que llegue el momento adecuado». Pero nunca se enfadaba con su Guðmundur e iban acumulando niños, aunque prácticamente el marido no estaba en casa más que de noche. Lo que menos le gustaba a la buena mujer, según le dijo a Steinunn en confianza al hablar de partos, algo que hacía con frecuencia, era que cada vez que tenía un hijo se le caía un diente. Me quedará totalmente desdentada si no para ya de una vez, dijo al tiempo que se pasaba la lengua por los dientes que aún seguían en su sitio.

Aunque los partos le quitaran los dientes a la vecina, para las mujeres que estaban en posesión de una máquina de hacer punto eran una bendición. No solamente

Steinunn cosía todo lo habido y por haber para los niños del otro lado de la casa, sino que hasta la última prenda la cobraba en cuanto la terminaba. Los carpinteros no tenían problemas de dinero. En cambio, Steinunn tenía demasiados, por eso no se conformaba con desahogar sus preocupaciones con la vecina, que pagaba todas sus deudas con escrupulosidad y honradez. Steinunn no albergaba esperanzas de que pudiera solucionarse la cuestión escolar de Bjarghildur, pero Jenný conocía a una mujer que conocía a otra mujer, y esta mujer a su vez sabía de escuelas femeninas, sobre todo las de la capital, y se mostró dispuesta a hablar con una mujer a la que conocía personalmente para averiguar si era posible hacer algo al respecto. Y no pasaron más de dos días cuando llegó al otro extremo de la cuerda la noticia de que la directora había dicho que claro, faltaría más, que la chica del norte tenía abiertas las puertas de la escuela femenina pero que tenía que enviar la solicitud y estar en condiciones de abonar las tasas.

Ahí estaba el intríngulis del asunto. Empezaron los cálculos y las especulaciones de cómo solucionar las cosas; en la cocina, en el tendedero y en la cama en el piso de arriba, todo era cuestión de saber cómo podía conseguir Bjarghildur aquel dinero antes del invierno. Al final, y con ayuda de Jenný, Steinunn le consiguió un segundo empleo para el verano. La criada de la mujer del comerciante no supo nada de lo que estaba pasando hasta que su madre le entregó una noche papel y pluma y le dijo: Venga, tienes que escribir la solicitud para asistir a la escuela femenina de Reikiavik.

Bjarghildur se puso loca de alegría. Se pasó la noche siguiente hablando y cantando en sueños. Una vez la solicitud había sido remitida a la capital, dormía la noche entera de un tirón sin cambiar de postura y sin chistar, para gran alivio de su compañera de cama, pues Bjarghildur vocalizaba siempre con toda claridad cuando hablaba en sueños. Pero, en cambio, Steinunn no hacía más que revolverse en la cama sin dejar de pensar en los problemas en que se había metido por la educación de sus hijas. No solo estaba endeudada por las tasas, sino que aún quedaba por pagar la mayor parte de los plazos de la máquina de coser de la hija mayor, y no había excesivas esperanzas de que la futura comadrona fuese capaz de pagar la totalidad antes de irse a vivir a Reikiavik. Pagaré la máquina de coser antes de irme, decía Halldóra, quien no dejaba que las críticas afectasen a su trabajo de costura, pero lo peor de todo será tener que cargar con Bjarghildur cuando esté en la capital.

En la fotografía tomada después de Pascuas, con un tiempo gélido y nevadas un rato sí y otro no, los hermanos mayores llevaban puestas sus nuevas chaquetas como unos auténticos señores, el más pequeño en camisa y chaleco, la madre en ropa de punto y las hermanas más jóvenes con vestido tradicional de fiesta y delantal. Halldóra iba vestida a estilo danés, con ropa cosida por ella misma, aunque tenía un precioso vestido de punto que aún estaba de bastante buen ver. Ay, ese vestido de punto es ropa de vieja, dijo al negarse a vestir la ropa de orgullosa islandesa. Las hermanas pequeñas se enfadaron muchísimo y rezongaron por la ocurrencia de la mayor, aunque en lo más íntimo sentían envidia al ver lo bien que iban los zapatos de cuero con la falda danesa. Por suerte, en la foto solamente se les veía hasta las rodillas, de modo que no se veían los zapatos de cuero por muy llamativos que fueran. Además de la foto de familia sacaron una de Páll vestido de confirmando, pues a Steinunn siempre le había parecido prudente matar dos pájaros de un tiro. El ajetreo que rodeó la confirmación y las fotografías puso la casa patas arriba, pero todo parecía indicar que a la señora no le disgustaba aquello ni lo más mínimo. Por primera vez desde el traslado recibió invitados en casa: la familia del otro lado del edificio y dos chicas del pescado, oriundas de Dalvík pero que estaban ya instaladas definitivamente en la ciudad, y a todos les invitó a café y tortitas. Con tanto huésped no había sitio ni forma de moverse. El confirmando recibió de regalo dos libros y una pluma, y esa noche la alegría le impidió dormir. Cuando todo terminó y el fotógrafo les hizo entrega del retrato familiar y de la foto de confirmación, se sintieron todos de lo más orgullosos y se pasaban días enteros mirando las fotos. Desde luego, echaban en falta a su padre en la foto grande y sentían una añoranza enorme cuando intentaban imaginar cómo habría sido el retrato con él allí sentado al lado de la madre, apuesto y rubio, «papá era muy guapo», y discutían de quién se le parecía más, pero aunque se entristecieran y se pusieran melancólicos con el recuerdo, pensaban que el retrato demostraba lo bonita y encantadora que era la familia.

Estamos juntos, dijo Steinunn con gran determinación cuando la fotografía se enmarcó y se colgó en la pared, y siempre nos apoyaremos unos a otros en la lucha de la vida, nuestra obligación es permanecer juntos, así han conseguido prosperar las familias en Islandia y por eso la naturaleza no consigue amilanarnos. Los islandeses peleamos, sí, peleamos.

**Karitas**  
Sin título, 1916  
*Dibujo a lápiz*

El sol vespertino va a acostarse.

Sus rayos iluminan la ladera por encima de la casa roja.

Halldóra está sentada en lo alto de la ladera, tan lejos de la casa que no podemos verle los ojos. La posición de la cabeza y de las piernas indica tristeza. Nuestra madre se pone una mano de visera delante de los ojos y mira hacia arriba.

Llévale las gachas de fruta, le dice a Bjarghildur.

Bjarghildur se levanta la falda y trepa hacia donde está su hermana, con el cuenco de gachas en la mano.

Allí arriba se quedan las dos un rato.

Sube tú a ver cómo están, le dice nuestra madre a Páll. El chico obedece, sube y vuelve al poco con el cuenco de gachas vacío y dice que Bjarghildur se ha comido las gachas de su hermana y ahora las dos están gimoteando allí arriba. Nuestra madre pone más gachas en el plato, le pide que se las lleve a Halldóra, que se asegure de que es ella quien se las come, pero él se niega a hacer más tonterías y se va a la cama. Entonces me toca a mí el turno de trepar por la ladera. Me siento al lado de mis hermanas, que tienen los ojos húmedos y utilizan las faldas de pañuelo.

Tres hermanas en una ladera.

Les pregunto por qué lloran. Bjarghildur agarra el cuenco de gachas y dice que no es nada raro que la gente llore, vaya, que yo tenía que saberlo, y se toma una buena cucharada de gachas. Y luego otra, rápidamente. Devora las gachas mientras Halldóra mira al infinito con ojos apáticos.

Bjarghildur me da el cuenco de gachas vacío.

Imagínate, ha perdido al mejor partido de los Fiordos del Oeste. No hay ni la más remota esperanza de que vaya a aparecer un día por este agujero ventoso, aunque nosotras no tuviéramos más remedio que venir para que los zoquetes esos puedan ir al colegio. Claro que tampoco es plan casarse con un marinero, el mar se los traga a todos.

Yo no quiero hacerles eso a mis hijos, dice Halldóra en un susurro.

Nos damos cuenta de todo por lo que hemos tenido que pasar las tres, y se nos hace un nudo en la garganta. Y, sin embargo, hemos conseguido superar todas las pruebas. Huérfanas de padre, hemos sabido luchar al lado de nuestra madre, hemos superado los ataques de locura de la criada, hemos tenido que presenciar la disolución de nuestro hogar, hemos pasado días y días en una apesosa bodega, hemos vomitado hasta la última de las tripas, hemos dormido en el desván de un almacén de salazones durante todo un verano, hemos padecido las llagas causadas por los arenques y las inclemencias del tiempo, hemos perdido al mejor partido de los Fiordos del Oeste, y aún seguimos con la cabeza muy alta, como rocas en un mar helado. Nunca nos hemos quejado, nunca hemos lloriqueado, pero ahora sí, y quién sabe qué futuro nos espera a las tres, ¿conseguiremos algún día tener un buen marido y unos hijos, como todas las mujeres normales? ¿Nos espera el horrible destino de quienes tienen que estar siempre sacrificadas? Como hasta ahora. Para agradecer a nuestra madre.

Hacemos todo lo que podemos para ahorrarle trabajo, sollozamos.

Lloramos amargamente hasta la medianoche.

Cuando la lavandera blanca empezaba a pasear con sus inconfundibles andares por la mancha de terreno que habría de convertirse en huerto cuando la tierra se deshelara, todo se trastocó. No es que el pájaro causara daño alguno, fue el aire de primavera que le acompañaba. Se llevaba el sopor que cubría el alma como una costra. De pronto todos tenían algo urgentísimo que hacer en algún sitio, los ancianos volvían a levantarse de la cama, daban vuelta a la esquina pasito a pasito para vaciar sus bacinillas, las amas de casa ponían la ropa de cama a airear y los hombres acudían en masa al muelle. Las goletas competían con los botes de motor, con cada vez mayor frecuencia arribaban barcos.

Karitas había ido a por pescado a casa de su amigo, el propietario de una barca motora que tenía un montón de hijos, cuando se percató de la llegada del barco de motor, o más exactamente, de las personas de los Fiordos del Oeste que iban a bordo de aquel buque, con los rostros azotados por el viento. Uno de ellos era el héroe de su bahía natal. Seguía deslumbrante de energía. La muchacha se quedó sin aliento al ver al gran campeón. Mientras los observaba, dándole vueltas a qué podía ser mejor que hiciera en ese momento, en esa situación, pasó un cordel por las agallas del eglefino. Decidió ir corriendo, antes que nada, a llevarle la noticia a Bjarghildur, y que fuera ella la que tomase la decisión, de ese modo ella solo sería responsable en un grado ínfimo. Pero era una gran noticia, y casi sin darse ni cuenta echó a correr, con el eglefino boquiabierto meciéndose a su lado, hacia la casa del comerciante donde trabajaba Bjarghildur de criada, y llamó con insistencia a la puerta de atrás hasta que la criada abrió una rendija y le preguntó si se había vuelto loca. Karitas soltó atropelladamente que en un barco había llegado Sumarliði, el de Halldóra. Bjarghildur dio un brinco de alegría, bailó inclinándose adelante y atrás, se puso las manos en las mejillas, se dio bofetadas como para tranquilizarse. ¿Y estaba bien vivo, estaba bien?, susurró con los ojos muy abiertos. Sí, susurró Karitas en respuesta, aunque no había un alma por allí cerca, y sigue siendo igual de robusto que antes. ¿Qué vamos a hacer, qué vamos a hacer?, balbuceó Bjarghildur, hablando consigo misma, y miró en todas direcciones, más allá de la cabeza de Karitas, que tenía los ojos fijos en ella, confiada en que le daría al momento insuperables instrucciones. Vete corriendo al taller de costura, dile con mucho cuidado lo que pasa, luego vuelve aquí como una flecha sin tardar un momento y cuéntame lo que haya dicho, y si no vienes directamente a decírmelo te garantizo una buena patada, le dijo muy seria, alzando la voz como si estuviera hablando a un niño chico, y Karitas echó a correr con su eglefino. Tuvo que esperar un buen rato mientras iban a buscar a Halldóra a la sala de costura. Finalmente salió a la puerta con un metro colgado del cuello y miró el eglefino que llevaba su hermana en la mano: ¿No tenías que llevar eso a casa? ¿El eglefino? Sí, sí, claro, eso voy a hacer, pero primero tenía que traerlo aquí, bueno, tenía que venir yo, no el eglefino, claro, el eglefino lo llevaré a casa, lo llevo a casa en cuanto haga lo que he venido a hacer aquí, ¡Sumarliði está en el muelle!

Halldóra miró unos momentos a su hermana a los ojos, entonces se quitó el metro del cuello, se puso a enrollarlo, despacio, mientras miraba hacia el cielo como intentando adivinar si se iba a poner a llover, y cuando la cinta de medir era ya un rollito miró a su hermana, sonrió y dijo: Lleva el eglefino a casa.

Lo único que me dijo es que llevara el eglefino a casa, jadeó Karitas cuando Bjarghildur entreabrió la puerta de atrás. Bjarghildur no se alegró demasiado: Eso es mentira, tiene que haber dicho algo más, será que ya no te acuerdas. No, se limitó a sonreír y dijo llévate el eglefino a casa. ¿Sonrió? ¿Cómo? Pues sonriendo, dijo Karitas y frunció los labios con los dientes apretados para mostrar cómo era la sonrisa, aunque no guardaba la más mínima semejanza con la sonrisa de su hermana. No es indiferente cómo sea la sonrisa, hermanita, una sonrisa no es solo una sonrisa, dijo Bjarghildur, irritada, el pecho subía y bajaba de enfado. Llévate el eglefino a casa, le ordenó, y a continuación cerró con un portazo.

La llegada del héroe de las tierras del oeste también emocionó a Steinunn, y Karitas se quedó muy sorprendida pues hasta ese momento su madre nunca había mostrado demasiada sensibilidad en lo tocante a los posibles maridos de sus hijas. ¿El Sumarliði ese estaba en el muelle?, repitió extrañada, y Karitas se dio cuenta de que se había quedado un poco alterada. Le quitó el eglefino de la mano, lo dejó sobre el banco de la cocina y de pronto fue como si no supiera exactamente qué hacer con el pescado, cosa inaudita en ella, que era una mujer que siempre hacía las cosas sin la menor vacilación. Ordenó unos cuantos utensilios, abrió botes y latas, entró en la despensa y se quedó allí un rato sin mover nada, volvió, midió a Karitas de la cabeza a los pies con mirada pensativa y preguntó de sopetón: ¿Estaba solo? No, eran tres. Ah, vaya, entonces el eglefino no bastará para la cena. Volvió a entrar en la despensa, dio la vuelta mirándolo todo y recolocó algo en los estantes, «y una de dos, o te vas pitando e intentas sacarle otro, o tendré que preparar el eglefino en estofado y acompañarlo con pan y unas buenas gachas, pero no te quedes ahí como un pasmarote, coge un paño y ponte a trabajar».

El jaleo no fue mucho menor que el día de la confirmación. Poco antes de la cena, cuando las mujeres habían concluido ya sus labores domésticas, aparte de la cocina, y empezaba a extenderse el silencio por el hogar, Karitas tuvo que ponerse a barrer y fregar, ordenar y recoger, mientras su madre se afanaba con ollas y cazuelas y ponía la cocina patas arriba, como si estuvieran esperando la visita del rey en persona. Hasta ese momento, absolutamente nadie había anunciado su presencia. Aquella situación dejó asombrada a Karitas, aunque no se atrevió a dejar que se notara, ni a decir una sola palabra a su madre de que quizá si los chicos esos estaban en la ciudad podía deberse a algún otro motivo, no solo para visitar a unas chicas solteras que habían llegado allí desde los Fiordos del Oeste. Los hermanos no quedaron menos pasmados al comprobar el huracán que recorría la casa, pero, al igual que su hermana, se cuidaron muy mucho de que se les notara el asombro.

Al dar las siete, la calma invadió el hogar, los enseres estaban relucientes y olían de maravilla, la señora de la casa se había puesto un delantal limpio, y el aroma a estofado de eglefino y a gachas se derramaba por las ventanas abiertas. Pero no había ni la menor señal de huéspedes llegados del oeste. Los jóvenes se miraban boquiabiertos unos a otros. Steinunn se movía inquieta junto a la ventana de la cocina, pero de repente sus hombros se encogieron, dio media vuelta, cogió a toda prisa los platos y los llevó como una tromba a la salita de delante y empezó a poner la mesa rápidamente. Entonces llamaron a la puerta.

Anda, Sumarliði, ¿qué ven mis ojos? ¿Tú por aquí? ¿Cómo es que has venido a esta ciudad? ¿Estás solo?

Los demás no oyeron la respuesta en la escalera, delante de la puerta, pero sí retazos de sus palabras sobre un bote de motor de siete toneladas con red de deriva y cargamento de salazones, y también oyeron a la puerta de la casa lo que parecía una conversación de negocios, pero luego oyeron a su madre pedir al chico que entrara y tomara un bocado, acababan de sentarse a la mesa, y que por qué no había llevado a sus compañeros, en la casa había comida de sobra, eso seguro.

Y luego apareció él en el umbral de la salita de delante, con su quijada poderosa y varonil, y miró al grupito de hermanos y hermanas. Se notó cómo la expectativa se apagaba en sus ojos al ver quiénes estaban allí reunidos para la cena, pasó la vista a su alrededor y Karitas comprendió a la perfección a quién echaba en falta, y lo mismo debió de pensar su madre, pues dijo sin vacilar: Mis hijas mayores estarán a punto de llegar, es que Bjarghildur trabaja para la señora del comerciante y Halldóra tiene un empleo en un taller de costura finísimo que hay en esta maravillosa ciudad, pero tendrás hambre después de la travesía, ¿no?, y ¿qué tal os fue?, ¿no encontrasteis el mar helado en Horn?

El joven se sintió visiblemente aliviado al oír que las hermanas seguían viviendo en la casa aunque no estuvieran allí en aquellos momentos, se sentó con los chicos, que contemplaban boquiabiertos de emoción aquel modelo de hombría sin conseguir articular ni una palabra, y dijo que se habían librado del hielo, aunque habían tenido que ir navegando en la estela del barco costero hasta entrar en Húnaflói. Pero habían visto icebergs, «y pensé que ya que pasaba por aquí, tenía que venir a hacerlos una visita». Estupenda idea, querido Sumarliði, dijo Steinunn mientras le servía la comida, echándole tal cantidad de pescado en el plato que los chicos se quedaron pasmados; ¿y qué novedades hay de por allí? Contestó que no había demasiadas novedades dignas de mención pero enumeró las más importantes y se ciñó principalmente a la pesca. Y ¿qué tal os va a vosotros aquí en el norte? Pues pasablemente, creo, respondió la señora de la casa mientras probaba la comida, aún de pie. El invierno fue de lo más frío, eso sí, pero tuvimos la fortuna de haber comprado suficiente carbón, y aunque muchas casas son difíciles de calentar, pues la mayoría está hecha con madera noruega de desecho, barata, esta casa nuestra está hecha con madera islandesa de raque, y nos las apañamos bien para mantenerla caliente. El joven miró a su alrededor, vio el suelo deslumbrante, recién fregado, las camas limpias y ordenadas, la máquina de hacer punto, la máquina de coser colocada sobre un tapete de ganchillo en una mesa pequeña, el delantal de la señora de la casa, y dijo entonces con tono de reconocimiento: Has montado una casa estupenda para tus hijos, Steinunn. Bueno, no sé, dijo ella con humildad, entró en la cocina y abrió con fuerza el grifo del agua.

¿Y a vosotros qué tal os va?, preguntó el joven, dirigiendo sus palabras a los jóvenes de la casa, que llevaban todo el rato esperando que el héroe les prestara algo de atención. No había terminado casi de pronunciar esas palabras cuando Ólafur dijo en voz fuerte: Voy a la escuela media.

Ah, vaya. Y luego miró a los más pequeños: Y vosotros a la primaria, claro.

Asintieron con la cabeza, tímidos. Karitas no dijo nada. Yo iré a la escuela secundaria el otoño próximo, dijo el que había recibido la confirmación poco antes, con voz inesperadamente grave. Vaya. Todos a la escuela. Desde luego, cuando vuelva al oeste podré llevarles noticias estupendas. Steinunn entró en la sala con un brillo de victoria en la mirada.

El joven comió bien aunque estuviera inquieto esperando, no hacía más que mirar hacia las ventanas y la puerta, pero ya había empezado las gachas cuando se oyeron unos pasos en la gravilla de delante de la entrada. Un hormiguero recorrió toda la casa. ¡Ya ha llegado Halldóra!, exclamó Steinunn en voz bien alta, pues una

alegría que no era nada habitual se había adueñado de ella en los últimos minutos, con la consecuencia de que se le hacía difícil controlar bien la voz, y salió corriendo al encuentro de la señorita. Pero fue la criada de la mujer del comerciante la que entró en la salita de delante, cuidadosamente peinada y el rostro luminoso tras un buen lavado con jabón, relajada y deslumbrante como si se hubiera pasado el día bailando la polca. ¡Anda, Sumarliði, cómo me alegro de verte! dijo tan contenta. No tenía ni idea de que hubiera llegado gente de los Fiordos del Oeste. ¡Pero si eres tú realmente, me he quedado de piedra! Los rígidos movimientos del joven al levantarse para saludarla dejaban ver con toda claridad que aquella señorita no era la persona a la que esperaba, pero su sincera bienvenida y su visible admiración le pusieron de mejor ánimo.

La conversación en torno a la mesa se hizo ahora mucho más animada, pues la señora de la casa participaba con el mayor gusto, y los más jóvenes no dejaban de decirle cosas al invitado, una vez hubieron conseguido interrumpir a Bjarghildur, que era la que más animaba la situación. Pero según iba pasando el tiempo sin que Halldóra hiciera acto de presencia, todos aguzaban los oídos con la esperanza de escuchar sus pasos en la gravilla. No comprendo qué pueda estar retrasando a Halldóra, dijo Steinunn, preocupada. ¿No se habrá ido al cine?, preguntó el huésped, no había ya duda alguna de que si estaba allí era para ver a la mayor de las hermanas, y no para saludar a unos paisanos por mera cortesía. Halldóra no va nunca al cine, repuso Steinunn con arrogancia, pues era contraria a entretenimientos y pérdidas de tiempo de la clase que fuera.

Al dar las nueve, el joven renunció a seguir esperando, o al menos dio por concluida su visita, porque se puso en pie, dio las gracias por la generosa acogida y por una cena tan deliciosa, dio la mano a todos para despedirse, dijo que volvería antes de zarpar y salió. Las hermanas se quedaron mirando una a la otra consternadas, Steinunn recogió la mesa tarareando algo.

Entonces llegó Halldóra. Los dos se encontraron en el camino de grava.

Y aunque las hermanas habrían preferido, sin duda, ser espectadoras de sus saludos, no fue posible, pues su madre les hizo al momento una señal muda de que no salieran de casa. Pero se sentaron al lado de la ventana, que estaba abierta y daba al futuro huerto, y tuvieron suerte, porque los jóvenes parecían dispuestos a charlar en el mismo lugar donde había estado paseando la lavandera blanca, y además la luminosa noche de primavera era tan calma que por la ventana abierta entraban todas sus palabras.

Él escarbaba en la gravilla con el pie mientras le hablaba del barco de motor de siete toneladas, de sus padres y de su hermana enferma, mientras ella daba vueltas a su alrededor con las manos apretadas a la espalda, escuchando con toda cortesía y asintiendo de vez en cuando con la cabeza. Ninguno de los dos se acercaba al otro, guardaban las distancias, pero al final, y como de repente, él se acercó a ella, le cogió el brazo y la atrajo hacia sí. Dijo a media voz algo que nadie pudo entender, y Halldóra sonrió. Ahora estaban muy próximos y de ese modo pasó un buen rato. Pero en un instante, las esperanzas se desvanecieron. Halldóra se alejó del héroe, volvió a juntar las manos a la espalda, dio unos pasos hacia la ventana abierta como si no le importase que pudieran oír sus palabras quienes estuvieran dentro, y preguntó impetuosa: ¿Por qué no viniste a verme, Sumarliði? Al parecer, él no supo qué responder y se produjo un silencio, dejando aparte los sonidos que producía al chasquear la lengua, bueno, tcha... Finalmente dijo en voz alta y sin tapujos: Se me pasó. Ella le miró largo rato, alta y delgada como era, y luego dijo en voz bien clara: Nunca me casaré contigo, Sumarliði.

**Karitas**  
Sin título, 1916  
*Dibujo a lápiz*

Las negras faldas de misa acarician la nieve acumulada.

Nos levantamos los bajos de la falda e intentamos caminar sobre las huellas de pisadas anteriores hasta que salimos a la calle, que ya está toda pisada. Entonces soltamos las faldas, apretamos el paso, vamos una al lado de otra. Las faldas se mecen despacio a derecha e izquierda siguiendo el mismo ritmo suave.

Llevamos largas faldas negras, mi madre y yo.

Mujeres vestidas de negro volviendo de la iglesia.

El sol de invierno y el resplandor de la nieve hieren los ojos, así que vamos con la mirada baja, para no ver manchitas oscuras. Fijamos la vista en nuestros zapatos de cuero recién embetunados, que asoman con regularidad por debajo de la falda. Ninguna dice una sola palabra. A mí ni se me ocurre ser la primera en hablar, sé que mi madre necesita repasar el sermón del pastor y analizar mentalmente el servicio religioso al que acabamos de asistir.

En la Laguna hay unos muchachos haciendo piruetas sobre los patines. Mi madre se pone la mano sobre los ojos para protegérselos de la hiriente luz y escudriña el hielo: ¿Me equivoco, o esos de allí son tus hermanos?

Creo que sí, ¿no pensaban ir a patinar después de misa?

Puede ser, pero nosotras tenemos que ir a casa deprisa.

Camina tan rápido que tengo que esforzarme mucho para seguir su marcha.

¿Qué recibe el hombre a cambio de su lucha y de los esfuerzos de su corazón, cuando pierde el resuello bajo el sol?, exclama de repente.

No sé si está citando algo que dijo el pastor, porque yo olvido sus palabras en cuanto las oigo, o si se trata de una pregunta filosófica a la que espera que le responda.

No es fácil decirlo, contesto, pues he optado por decir algo, pero de todos modos, así la gente está ocupada en algo y no se aburre.

Mi madre sonríe.

—He visto que la señora Eugenia te saludaba en la iglesia, Karitas, ¿cómo es eso?

—Sí, nos conocimos en casa del comerciante y voy a ir a visitarla dentro de poco.

—¿Ah, sí?

—Pues sí, pero ¿quién es Eugenia, mamá?

—Por lo que sé y lo que he oído decir, estudió dibujo en Copenhague a principios de siglo, hasta el invierno pasado no tenía ni idea de que hubiera mujeres que estudiaran eso, pero resulta que se casó con un alto funcionario y se dedicó a la costura. Debe de ser mañosísima para las labores. ¿Te pidió que lavarlas para ella?

—No, lo que quiere que haga es una cosa mucho más fina.

—¿Y de qué se trata?

—Pues resulta que yo estaba haciendo la colada en el sótano cuando vino la doncella y dijo que la señora quería verme. Pensé que iba a echarme una regañina por usar demasiado detergente italiano, que hace tanta espuma, pero afortunadamente no era eso. El caso es que me dijeron que fuera al salón y que me sentara con la señora Eugenia.

—¿Y?

—Estaban tomando el té.

—Espero que hicieras una reverencia cortés al entrar.

—¡Vaya que sí, casi hasta el suelo! Y entonces dijo la señora: Pues esta es Karitas. Su hermana estuvo de criada conmigo el año pasado y trabaja estupendamente.

La madre vino del oeste hace año y medio, viuda con seis hijos, y los metió en la escuela. La mayor está estudiando para comadrona, la que estuvo en casa asiste ahora a la escuela femenina, las dos en Reikiavik, los chicos mayores van a la escuela media y el más pequeño está en primaria. Y entonces me preguntó si yo no pensaba ir también a la escuela. Le dije que esperaba que sí, y entonces dijo que tú eras una mujer estupenda, leal y de buena madera.

—Sabes que tú también irás a la escuela femenina, Karitas, solo que tienes que esperar.

—Sí, sí. Pero el caso es que luego nos pusimos a hablar de los dibujos que le hice a la hija del comerciante cuando estaba indispuesta, el otoño pasado, y me dejaban pasar ratos con ella para animarla. La mujer del comerciante los tenía encima de la mesa y dijo que la señora Eugenia los había estado mirando.

—¿Qué aspecto tenían?

—¿Los dibujos?

—No, la señora Eugenia y tu señora.

—La señora Eugenia iba vestida a la danesa, un vestido con galoncitos negros, y mi señora, oye, espera, ¿cómo iba vestida la señora? Creo que llevaba blusa blanca y bufanda negra.

—¿Qué quería de ti la señora?

—Bueno, la señora Eugenia me preguntó dónde había aprendido a dibujar mujeres, y yo le dije que imitaba las estampas que había visto en revistas de moda francesas e inglesas, en casa de la hija de la señora.

—¿Qué quería de ti?

—Pues bueno, las dos sonrieron y luego la señora Eugenia preguntó si había hecho más dibujos, y le dije que dibujaba barcos y montañas y personas y cosas por el estilo, y entonces quiso saber cuánto tiempo llevaba dibujando y yo le dije que dibujaba desde que papá me regaló el primer cuaderno de dibujo, en casa, en el oeste.

—Karitas, ¿qué quería de ti la señora?

—La señora Eugenia quería enseñarme dibujo. Dijo que yo tenía dotes y facilidad y que para ella sería un auténtico placer dirigir mi aprendizaje.

—¿Y cuánto tendrás que pagarle?

—¿Pagar? ¿Por qué?

—Por las clases, naturalmente. No se te habrá ocurrido la peregrina idea de que te va a dar las clases gratis, ¿no? Nadie te dará nunca nada gratis, Karitas.

**Karitas**  
Sin título, 1916  
*Dibujo a lápiz*

Siéntate al lado de la ventana, donde las flores, señorita Karitas.

Vuelve el lado izquierdo hacia la luz. Me gusta que llegues a la hora en punto, me fastidia mucho la impuntualidad. Por esta vez, pon el bloc de dibujo en la mesa, pero tendrás que acostumbrarte a sujetarlo bien para dibujar, por si tienes que hacer esbozos al aire libre o donde sea; usa este lápiz, toma una goma de borrar, intenta usarla lo menos posible, y ahora pon ahí delante el jarrón que vas a copiar, un jarrón muy bonito, sin decoración, y ahora te dejo en paz un rato y luego me enseñas de lo que eres capaz.

No está nada mal, señorita Karitas, las líneas del perfil son bastante buenas, un poco distorsionadas, pero ¿por qué no has utilizado toda la página? ¿Por qué has puesto el jarrón en el rincón de arriba a la izquierda, y tan diminuto?

Estabas ahorrando papel, comprendo. Pero también es más fácil dibujar un jarrón de cuatro centímetros que un jarrón de veinte centímetros, ¿no es verdad? Ahora vamos a intentarlo otra vez, y vas a usar el papel entero. Ay que ver cómo nieva, se está amontonando, la luz será mejor cuando pare un poco.

¿Sigues con él? Ah, bien, ahora el jarrón está un poquito más decente que el primero, aunque está un poco torcido. Pero ¿dónde está la luz que cae sobre el jarrón, señorita Karitas, y dónde está esa sombra de la derecha? Ya, te extrañas, eh, ¿qué has hecho con la luz y la sombra? Ahora estudiaremos la luz, Karitas, y vas a sombrear el jarrón, aunque esté torcido. Me sentaré aquí a tu lado.

Mujeres junto a una ventana con flores.

El tono de su voz es seductora cuando critica, reprende, corrige, enmienda, dirige. Siento una timidez tremenda, no consigo articular palabra, cerca de ella me encuentro como en otro mundo. Me siento junto a la ventana y dibujo las tres horas que me mandan, no me muevo de mi silla, no digo ni una palabra, me concentro en el jarrón, lo dibujo una y otra vez, innumerables jarrones.

¿Te apetece un té?, oigo que me pregunta, y doy un respingo y vacilo al decir que sí.

La señora Eugenia manda a la doncella que nos traiga el té en una bandeja, y cuando me llevo la tacita a los labios con el dedo meñique bien levantado, comprendo que es así como quiero vivir. Sentada al lado de una ventana y dibujar en paz y con alguien que me sirva el té.

Peleo con luces y sombras. La señora Eugenia está dedicada a sus labores y piensa. Nunca levanta la vista excepto cuando un carromato pasa traqueteante por delante de la casa. Entonces vuelve la cabeza despacio hacia la ventana, se va hacia la luz, erguida y tranquila, desaparece para el mundo.

Un alfiler se le clava en la yema del dedo. Sus ojos penetran de nuevo en la sombra, se chupa la sangre del dedo.

Sombrea mejor, dice, evitando mirar la luz.

Aquel jarrón le quitaba el sueño a Karitas. Su forma adoptaba imágenes insólitas, era negro, torcido, en él aparecía a veces un rostro con los ojos abiertos de par en par. En sus sueños se quebraba y los pedazos le caían en la cara, cuando estaba despierta se le aparecía en la espuma del barreño de lavar, lo moldeaba con la espuma y las sábanas antes de golpearlas sobre la tabla de lavar. ¿No vas bien con el dibujo en casa de la señora Eugenia?, preguntó la señora del comerciante, que se mantenía a distancia prudencial del barreño para evitar las salpicaduras. Sí, creo que sí, balbuceaba Karitas frotando enérgicamente la ropa sobre la tabla porque no recordaba si había estado vagueando o hablando consigo misma cuando apareció la señora.

He oído que las artes florecen en los salones de la casa, dijo el esposo de la señora Eugenia cuando Karitas se topó con él de improviso en la esquina de la casa. Ella no había visto nunca al funcionario en carne y hueso, y se quedó muy confusa. ¿Va bien el arte?, preguntó él, su rostro rechoncho aclarado por una sonrisa. Sí, creo que sí, respondió Karitas haciendo una reverencia. Magnífico, magnífico, sé que a mi mujer le encanta la enseñanza, la ayuda a pasar las horas en estos días tan horriblemente breves. Era una dibujante excelente, para un hombre es maravilloso casarse con una mujer con tendencias artísticas pues es capaz de crear un hogar bellissimo para su marido, y no me cabe la menor duda de que usted misma sabrá hacerlo también en los años venideros, y hasta luego, dijo levantándose sonriente el sombrero al tiempo que entraba en el salón del arte.

Lo único que le interesaba a su madre era saber qué pensaba sacar la señora Eugenia a cambio de sus enseñanzas. Por el arte del dibujo tenía muchísimo menos interés, en realidad le parecía una pérdida de tiempo dibujar el mismo jarrón una vez tras otra. ¿No ha mencionado nada del pago? No, pero quiere que titule los cuadros, y no sé cómo titular los dibujos del jarrón. ¿Jarrón y ya? No, no ha mencionado nada del pago. Karitas intentaba decidir si debía o no preguntarle a la señora Eugenia cuánto costarían las clases, quizá si volvía a invitarla a tomar el té podría preguntarle con toda cortesía y como de pasada, mientras bebía sorbitos de la infusión, cuánto solía cobrar la señora por sus enseñanzas, pero en la señora Eugenia siempre había algo que le impedía dar el paso. Por fin, cuando ya había empezado a tenerle más miedo a su madre que a la señora, sacó fuerzas de flaqueza. Estaba al lado de la ventana, tenía el lápiz en la mano y carraspeó varias veces cuando la señora Eugenia, que había estado revoloteando por el salón como buscando algo, se volvió de pronto hacia ella como un soplo de aire.

¿Qué piensas dibujar ahora?

Pues, el jarrón, balbuceó Karitas, tan extrañada ante la conducta de la señora, que se olvidó de lo que tenía intención de decirle.

El jarrón está ya pintado y repintado, no vamos a seguir pintando más jarrones, dijo la señora Eugenia en voz alta y con tono de victoria, y antes de que Karitas consiguiera darse cuenta de la transformación, la señora cogió el jarrón con las dos manos y lo estampó con todas sus fuerzas contra el borde de la mesa. Los pedazos se desperdigaron por el suelo. Karitas se cubrió el rostro con las manos. La señora Eugenia estaba tiesa como un palo al lado de la mesa, mirando fijamente a su alumna. Karitas dejó caer las manos y por decir algo adecuado a aquella situación exclamó en voz baja: ¡Pero si debía de ser carísimo!

Carísimo, susurró la señora Eugenia, que se acercó hasta que su rostro estuvo casi pegado al de la joven, que vio el anillito amarillo que rodeaba sus pupilas. ¿Cuánto cuestan las clases?, preguntó Karitas precipitadamente, y al momento no comprendió por qué había soltado aquella pregunta en aquel momento concreto. ¿Crees que necesito dinero?, la señora Eugenia respondió con una pregunta, extrañadísima.

Karitas no supo qué responder.

Yo no necesito dinero, pero tú, dijo, cogiendo a Karitas por la barbilla, deberías ser una pizquita más habladora.

Karitas nunca había oído un solo reproche por culpa de su escasa locuacidad, y se quedó tan confusa que no fue capaz de articular una sola palabra por mucho que lo intentó. La doncella recogió los pedazos y se los llevó con la escoba y la mujer había encontrado lo que buscaba antes del sacrificio del jarrón, y entonces, por fin, se le soltó la lengua. Retorcía el borde del delantal entre las manos y se puso a hablarle a la señora de sus hermanas, que estaban estudiando en la capital y que casi ni se veían aunque las dos estuvieran en Reikiavik, y era porque Halldóra había tenido que vender su máquina de coser y lo que sacó fue a parar a las tasas escolares de Bjarghildur, porque su madre no tenía dinero suficiente, y aunque las tres se pasaron el verano trabajando en la salazón como unas locas, no bastaba, porque como es lógico su madre también necesitaba dinero para los gastos de la casa. Y no pudo continuar su relato porque la señora la interrumpió: ¿Allí en los altos no sabéis pensar nada más que en el dinero?

Después del jarrón, la señora Eugenia decidió ponerla a copiar caras. Se sentó en frente de Karitas y le dijo que empezara dibujándola para ver de lo que era capaz, y Karitas lo hizo ahora bastante peor que cuando dibujó a su hermana Halldóra, pues con la excitación que le había causado hablar de dinero, no era capaz de concentrarse.

¿De qué podía hablar con la señora Eugenia?

La cara era ovalada, la frente alta, los ojos profundos bajo las cejas rectas, la nariz recta, la boca redonda y con labios carnosos, la barbilla tenía un diminuto hoyuelo, el cabello castaño, peinado en moño, el cuello largo, los hombros rectos, esbeltos, hacía todo lo posible por hallar un tema de conversación, la señora Eugenia estaba esperando. Es usted muy bella, dijo finalmente, desesperada por no poder hablar de las pocas cosas en torno a las cuales giraba su vida: la familia, las escuelas de sus hermanas y sus hermanos, la colada. El dinero habría teñido cualquier relato que intentase comenzar.

La belleza es la maldición de la mujer, dijo la señora Eugenia.

Karitas se quedó desconcertada y vaciló por un instante, no sabía cómo reaccionar ante una reflexión filosófica, pero se salvó del apuro desviando la conversación hacia terrenos más prácticos. Mi hermana Halldóra también es bellísima, empezó, olvidando que había decidido no hablar de la familia, pero le dio calabazas al mejor partido de todos los Fiordos Occidentales porque tardó demasiado tiempo en hacerle proposiciones. Y eso que estuvo muchos meses con mal de amores porque él no se le proponía antes de venirnos al norte, y además un día se pasó toda la noche en lo alto de la ladera, y Bjarghildur con ella. Mis hermanas son unas lloronas tremendas, aunque son muy guapas. Una vez nos comparamos las caras en el espejo y vimos que Halldóra tiene los ojos más bonitos, la nariz de Bjarghildur es la mejor, y yo tengo la boca más linda. Si juntáramos a las tres tendríamos una mujer muy bella. Como he dicho, Halldóra va siempre con los ojos por delante, Bjarghildur con la nariz muy tiesa y yo con la boca debajo de la nariz.

Para gran asombro de Karitas, la mujer rio a carcajadas y la joven la miró feliz. Hacía tanto tiempo que no veía reír a una mujer..., habitualmente las mujeres que tenía a su alrededor no reían nunca, y descubrió el placer de hacer reír a la gente.

—Eres un cielo, mi querida Karitas, siempre pensé que lo eras.

Se secó las lágrimas de la risa con el dedo corazón y se quedó un rato pensativa, mirándola.

—Karitas, tienes que salir al mundo. Tienes que conocer personas sabias e instruidas, las artes y los maestros, tienes que ver castaños en flor iluminados por el sol, dejar que los trenes te lleven por campos y bosques, tienes que contemplar palacios y coches de caballos, tienes que ver cisnes cantando en los estanques, oír el bullicio de las calles de una gran ciudad, tienes que sentir el aroma de los restaurantes, saludar al pasar a las mujeres que venden pescado en el puerto.

—¿Huelen mucho?

—¿Que si huelen? ¿Las pescaderas, dices? No, Karitas, no huelen. Y el olor del pescado es distinto al de aquí, anuncia un almuerzo exquisito, frito en aceite y con almendras, se nos hacía la boca agua.

—¿Son felices?

—¿Las pescaderas? ¿Sigues con ellas? Claro que sí, nos devolvían el saludo con la mano e intentaban atraernos hacia ellas. Pero estábamos a pensión completa, no tenemos necesidad de comprar pescado.

La señora Eugenia no necesita dinero, le dijo más tarde a su madre.

¿Qué necesita, entonces?, preguntó Steinunn, haciendo una pausa mientras quitaba la nieve. Todo el mundo necesita algo, tanto los de arriba como los de abajo. Pero quizás a ella no le han llegado las vacas flacas, probablemente no tiene ni idea de cuánto ha subido el precio de la harina de centeno, la mantequilla, el cordero, el pescado. En Copenhague, las mujeres no trabajan en el pescado, solo lo venden, dijo Karitas con un tono burlón dirigido realmente a ella misma, pues en el camino se había dado cuenta de lo estúpido que había sido discutir de pescaderas nada menos que con una mujer de mundo, en lugar de decir a todo que sí cuando hablaba de artes y cisnes cantarines. ¿Qué pensaría la señora Eugenia de ella y de su familia?

Acaba tú de quitar la nieve, Karitas, y yo tengo que poner la comida.

Karitas cogió la pala, pero aún no había empezado a quitar nieve cuando se abrió despacio la ventana de la cocina de la vecina. ¿Cómo es por dentro la casa de esa mujer?, dijo Jenný en un susurro, asomando la cabeza por la ventana. Dirigió una mirada rápida al otro lado de la casa y cuando se aseguró de que la señora había desaparecido, carraspeó y esperó respuesta, impaciente.

Karitas se acercó a la ventana, apoyó las manos en el mango de la pala e intentó proporcionarle una imagen lo más exacta posible de la casa del alto funcionario: Todo es tremendamente fino y no puede estar más limpio, todo de seda y felpa, un montón de cuadros en las paredes, mesas barnizadas y los suelos cubiertos de alfombras con dibujos. Yo me siento en una sala amarilla al lado de una ventana con flores, las paredes están empapeladas y hay una luz estupenda. Ahora estoy dibujando caras, se me da mal sacar los ojos como es debido, pero las narices me salen bien. Jenný aspiró muy hondo el aire frío: ¿Y qué hace ella todo el santo día?

Karitas fijó su mirada en el huerto, que dormía bajo un edredón blanco, e intentó recordar las actividades de Eugenia: Hace labores y da órdenes a las chicas, creo. Jenný dijo: Tiene dos, ¿verdad? Y en la casa no hay niños. No hay niños que tengan que comer, no hay niños a los que vestir, bañar y dormir. ¿Qué clase de vida es la de esa mujer?

Jenný cerró de golpe la ventana de la cocina.

La mujer del comerciante no estaba menos interesada por los movimientos de su amiga, la señora Eugenia, aunque no lo manifestaba tan a las claras ni tan directamente. ¿Qué tal va el nuevo detergente?, ya veo que hace mucha espuma. Karitas se quitó la espuma de jabón de los brazos e intentó sonar natural aunque se había quedado pasmada al ver a la señora entrar en el sótano: Sí, sí, es el mejor detergente con el que he lavado en toda mi vida. Me alegra oírlo. ¿Y en casa de la señora Eugenia te va bien? Sí, estupendísimamente, ahora dibujo caras, me resulta difícil mantener los ojos en línea, pero la señora Eugenia me dijo que me iría saliendo mejor con la práctica. Yo también lo creo, la señora Eugenia no para de hacer cosas estupendas, es increíble que pueda dedicar parte de su tiempo a guiar a otras personas, ella tiene un montón de cosas que hacer. Pero también tiene quien la ayude, ¿no tiene ahora dos chicas? Sí, la camarera y la cocinera. Una de ellas tiene ya la barriga muy gorda. La señora dio un respingo, se puso nerviosa y sin darse cuenta pisó un charco que había en el suelo del sótano: Vaya, así que eso. Entonces tendrá que contratar a otra cuando llegue el momento. Pero mira, si te lo dice a ti, sabrás que yo no puedo prescindir de ti para la colada, mi querida Karitas, menos todavía ahora que mi hija está muy indispuesta y hay que andar cambiando constantemente la ropa de cama, necesita que esté siempre muy limpia, lo sabes perfectamente, y no hace falta decir ni una palabra más.

Los hermanos eran los únicos que mostraban algún interés por el arte de su hermana y sus luchas con las caras, y nunca la importunaban preguntando por lo que hacía su tutora, pues era cosa que no entraba en la esfera de sus intereses. Estaban más que dispuestos a posar para ella y girar la cara y los cuerpos desgarbados en todas direcciones para facilitarle el trabajo a la dibujante. A pesar de que los ojos salían algo descolocados y las barbillas demasiado protuberantes, lo que hacía los dibujos de sus caras no demasiado reconocibles, ellos quedaban encantados con el resultado y alababan a su hermana del modo más encomiástico. Llegarás a ser una artista de fama mundial, Karitas, decían, compitiendo uno con el otro en sus halagos, pero ella pensó por un momento que si competían a ver quién la alababa más era para aprovecharse de su facilidad para dibujarles hierbas en los cuadernos de botánica. Pero las alabanzas eran bienvenidas en cualquier caso, se debieran a sus propios intereses o fueran destinadas a encomiarla a ella, así que les dibujaba plantas de toda clase, y lo hacía encantada. Los nuevos blocs de dibujo que había ido reuniendo poco a poco se llenaron de caras y de personas en distintas posturas.

Una tarde vio en el gesto de su madre que más valdría guardar el libro de dibujo debajo de la almohada y dedicarse a las agujas. Los hermanos necesitaban muchos calcetines. Aunque no lo dijera en voz alta sino solamente mediante indirectas, bisbiseos y murmullos, era evidente que a la cabeza de familia le agradaban más las tardes en que ella y su hija se sentaban a tejer con sus ovillos de lana mientras los hijos recitaban las lecciones. Si los encargos de prendas iban bien y la despensa estaba en buen estado, a la madre le gustaba oír historias de la vida escolar, sobre todo de las clases, pero no tenía el menor interés por las travesuras de los compañeros de clase. A veces mandaba a Ólafur o Páll que leyeran en voz alta las últimas cartas de Bjarghildur y Halldóra, que siempre hablaban de sus estudios con todo detalle, y que describían a sus maestros, lo que hacían y decían, con tal precisión que su familia en el norte creía conocerlos a todos desde la infancia. Nunca mencionaban la vida social de la capital, pues los internados cerraban a las nueve y por las noches no pasaba nada, según contaban en sus cartas, y Steinunn se lo repetía una y otra vez a los hermanos cuando le pedían permiso para visitar por las tardes a sus compañeros de clase que se alojaban en el internado. Mis hijos se quedan en casa en cuanto llega la noche, decía severa, aunque según su calendario particular, la noche empezaba inmediatamente después de la cena en invierno, y a medianoche en verano. Una vez al mes, el sábado por la noche, hacía una excepción a sus incommovibles normas y permitía a los hermanos quedarse hasta las diez con sus compañeros del internado.

**Karitas**  
Mujer bañándose, 1917  
*Dibujo a lápiz*

El barreño de madera vacío en el suelo de la cocina.

La luz de la lámpara de aceite parpadea en las paredes huyendo del viento frío que intenta colarse por una grieta de la ventana. Ha caído nieve en el alféizar de fuera y cubre el cristal como un velo blanco.

En la cocina de carbón borbotea el agua en dos grandes ollas.

Mientras mi madre y yo esperamos que hierva, le quitamos la ropa al pequeño Pétur. Le restregamos con un guante de baño húmedo y áspero hasta enrojecerle la piel.

Le frotamos con fuerza, pero él no se atreve a quejarse. Le decimos que si quiere bañarse tendrá que estar antes limpiito como una patena, «pues este es un baño de señoras y las señoras están siempre limpias cuando se meten en el agua». Pero ya que está allí le permitimos que nos acompañe. Nos damos ese gustazo porque los dos mayores no están en casa. El agua del baño no basta para todos y hay que ahorrar carbón.

El agua hierve, la ventana está perfectamente cerrada. Levantamos con esfuerzo las ollas y las ponemos encima de la tina, echamos el agua con cuidado y la mezclamos con el agua gélida del grifo. Ayudamos al pequeño Pétur a meterse en el gran barreño de madera.

Le dejamos bañarse unos minutos. Luego lo sacamos, lo secamos bien, lo vestimos, lo metemos en la cama y le decimos que se quede quietecito.

Una vez cerrada la puerta empieza el auténtico baño.

Pétur no comprende por qué no puede quedarse sentado en el banco de la cocina y verme chapotear con el agua. Solo ve el vapor que se desliza por el umbral de la cocina, oye mis cuchicheos al entrar y salir de la tina. Ha empezado a adormilarse cuando entro en la sala con mi camisón blanco, la cara roja y el cabello empapado.

La puerta de la cocina está entreabierta, alguien más se mete en el agua caliente.

Oye, Karitas, ven a echarme agua en el pelo.

Limpia y aromática me pongo detrás del barreño y vierto agua tibia sobre el cabello de mi madre.

Espero un momento con la jarra en las manos.

Miro los hombros desnudos, suaves y torneados, el cabello mojado que flota en el agua, la luz de la lámpara que ilumina la blanca piel plateada, el vapor que surge de la olla en la cocina negra de carbón.

La ventana de azul nocturno con una cruz blanca.

Cuando dibujas te sientas como un violonchelista.

Karitas se quedó desconcertada y se puso nerviosa, no porque no se sentara como era debido a la hora de dibujar, sino porque recordó que jamás en su vida había visto un violonchelista. Ni siquiera en foto, ni siquiera el instrumento. ¿No le había dicho alguien que era un violín grande? ¿Debía atreverse a decir algo, a hacer algún movimiento que pusiera en evidencia su ignorancia? Si ni siquiera sabía lo que era un violonchelista. Quizá, dijo sonriendo. Esa palabra no desvelaba nada sobre su conocimiento o su ignorancia. Pero señora Eugenia, cuando dibujo en casa lo hago casi siempre por las noches, metida debajo del edredón.

—¿Qué es lo último que dibujaste metida en la cama? —dijo la señora Eugenia en un susurro, inclinándose hacia ella.

—Dibujé a mi madre en el baño —respondió, y en el momento mismo en que pronunció esas palabras se dio cuenta de que había cometido la inmoralidad de dibujar a su madre en tal circunstancia.

—¿La dibujaste desnuda? —preguntó la señora Eugenia, y en sus ojos apareció una chispa.

Karitas bajó la vista, avergonzada.

—Cuando yo estudiaba en Copenhague, las chicas no podíamos dibujar personas desnudas. Pero lo hacíamos, nos dibujábamos unas a otras en las habitaciones por la noche. Pero no lo sabía nadie, nadie. Así que tú has dibujado a tu madre desnuda, Karitas, muy bien hecho, estupendo. Déjamelos ver.

Karitas dijo que no podía.

—Claro que puedes, el próximo día me traes el dibujo.

Y lo hizo, y era incapaz de comprenderse a sí misma. Pero ardía en deseos de oír la opinión de la señora Eugenia sobre su dibujo.

La señora Eugenia fue pasando las páginas del libro de dibujo muy despacio, tremendamente despacio, hasta llegar a la estampa de la madre en el baño. Karitas estaba como pendiente de un hilo. En su interior, todo empezó a moverse a enorme velocidad, el corazón latía más rápido, la sangre le ardía en las mejillas y le desapareció la saliva. La acometió la sensación de que todo lo sucedido hasta entonces carecía del más mínimo valor, únicamente importaban las palabras de la mujer que estaba sentada delante de ella.

—Vete. Tienes que irte.

Solo eso fue lo que dijo la señora Eugenia cuando bajó el libro de dibujo.

Karitas se tragó la decepción.

—¿Irme, adónde, tengo que irme ya? —dijo por fin, en un gemido.

—Vete hacia el arte. Te está llamando. Será un largo viaje y te acecharán los trols. Cuando por fin alcances la montaña verdosa y azulada que flamea en medio de las negruzcas, se cerrará detrás de ti y te convertirás en prisionera, condenada a cadena perpetua. Pero tu cautiverio te granjeará más felicidad que toda la que pueda ofrecerte la libertad. Karitas —dijo entonces, como si hasta entonces hubiera estado hablando de aquella montaña a alguna otra persona y ahora se dirigiese a ella—, voy a quedarme tu libro de dibujo, pero te daré otro nuevo. En él dibujarás todo lo que se te ocurra, y me lo enseñarás cuando regrese.

Fue al gran armario decorado con flores, abrió un cajón con una llave que sacó del bolsillo de la falda, dejó allí el libro de Karitas y volvió a cerrar el cajón. Karitas miró el libro, angustiada. Luego, la señora abrió otro cajón que no estaba cerrado con llave, sacó un cuaderno de dibujo nuevo, el doble de grande que el otro, se lo entregó. Ella lo cogió un tanto insegura, no le disgustaba en absoluto que le diera un bloc nuevo, y tan bonito, además, pero ya echaba de menos el viejo. No se atrevió a protestar, pero notó una sensación extraña en el vientre, por la simple idea de que su libro, con el dibujo del baño, estaba encerrado bajo llave en casa de otras personas.

—¿Piensa ir a algún sitio? —preguntó anhelante.

—Me voy al extranjero la semana que viene, en barco, pero espero volver para el otoño.

Karitas la miró asustada:

—¿No ha oído lo de los submarinos? Los alemanes han amenazado con hundir todos los barcos sin excepción.

—A mí no me hunde nadie —dijo la señora Eugenia.

El huerto se quitó de encima el blanco edredón.

La ladera de detrás de la casa se limpiaba las manchas, los estantes de la despensa, vacíos y oscuros de polvo, pedían a gritos una buena limpieza con jabón. Asearon la casa de arriba abajo, fregaron hasta la última tabla, lavaron y retorcieron hasta el último trapo, y finalmente hicieron masa para frutas de sartén. Era lo usual en primavera, y también cuando llegaba gente tras un largo viaje. En esta ocasión, el motivo era doble. Estaba a punto de llegar el barco de primavera.

La llegada de huéspedes era lo que motivaba la exhaustiva limpieza, aunque no estaba del todo claro si era una muestra de cariño por quien regresaba al hogar, o si con ella se pretendía mostrarle que la casa se mantenía perfectamente cuidada sin que su presencia fuera imprescindible; en verdad debería ser justo al revés, en opinión de quienes se habían tenido que quedar en casa muy a su pesar. Quienes volvían a casa de un viaje placentero deberían dar muestras de agradecimiento agarrando cubo y bayeta nada más entrar por la puerta. Pero en esta casa jamás habían saludado así a nadie. A consecuencia del escaso número de mujeres que allí vivían, los varones se habían visto obligados a encargarse de humillantes tareas femeninas. De modo que los hermanos no tenían mucha cara de alegría aunque estuvieran esperando a sus hermanas mayores. Para garantizar la limpieza y las frutas de sartén, Bjarghildur había telefoneado a casa del comerciante para pedirle a la señora que informase a la lavandera de que ella y su hermana, ambas recién graduadas, llegarían en el siguiente barco.

La familia llevaba una hora esperando en el muelle cuando por fin arribó el barco a puerto. Se espantaron un poquito al ver lo refinadas que se habían vuelto las hermanas, de pie en la borda. Halldóra llevaba sombrero. Bjarghildur vestía traje islandés y guantes. Pero no era el atavío de las jóvenes lo que produjo mayor sensación en sus parientes, sino sus maneras. Cómo movían la cabeza pausadamente a ambos lados y levantaban los brazos con mucho cuidado, como si fueran de porcelana, para saludar a los que esperaban en el muelle. A los chicos, tanto amaneramiento les pareció ridículo, y no hicieron nada por ocultar su impresión. Karitas, que por un momento se emocionó al ver tanta solemnidad, habría empezado a ver también el otro lado del asunto a no ser porque miró a su madre sin querer. En los ojos de esta danzaba el orgullo. La alegría era contagiosa y borraba cualquier otra emoción. Las dos se pusieron de puntillas y gesticularon al saludar con los brazos a las triunfadoras.

Se repartieron besos volados y personas que no guardaban con ellas parentesco alguno felicitaban a las hijas, y expresaban a la madre sus mejores deseos para con sus hijas. Las maletas fueron transportadas a una carretilla y los siete fueron tras ella, festivos y con una pizca de afectación, pues todos los que se cruzaban con ellos tenían que enterarse de que esas personas se habían graduado en sus estudios.

Por fin, Steinunn tenía otra vez a toda la familia bajo el mismo techo. A la misma mesa. Podía moverse a su alrededor. Les sirvió café, les ofreció frutas de sartén, les animó a comer, «coged más, que tenemos de sobra», aunque ella solamente se sentó un momentito. Bjarghildur movía las manos sin parar y hablaba y hablaba de gentes y sucesos, y los que se habían quedado en casa sonreían y se desternillaban de risa. Después, las hermanas sacaron regalos de las maletas, una cinta nueva para el cuello del traje islandés de mamá, pañuelos bordados para Karitas, una antología de poesía y una baraja para los hermanos, y Steinunn no hacía sino dar vueltas a la mesa animándoles a que comieran más frutas. El plato de las frituras se vació, el café se acabó y entonces se hizo notar el cansancio. Los hermanos fueron desapareciendo uno tras otro en la tibia noche primaveral, y quedaron en la sala las hijas y su madre. Todo estaba ya como aletargado.

No deberéis nada a nadie por los gastos del invierno, ¿verdad? No, mamá. Vuestra conducta en la capital espero que sea motivo de honra para vuestra familia, ¿es así? Sí, mamá. Enseñadme los certificados.

Habían estado esperando aquel momento y no tardaron ni un segundo en sacar sus papeles de las maletas. No habían sido motivo de vergüenza para su familia en lo tocante a calificaciones, de eso no cabía la menor duda. Karitas soltaba una exclamación tras otra, admirada, y a Steinunn no le resultaba fácil disimular su satisfacción. No está nada mal, dijo sin dejar de manosear los certificados, escritos en ornada caligrafía. Nada mal. Calculo que habréis estado entre las primeras de la clase, ¿no? Yo diría que sí, respondió Bjarghildur, jactanciosa. No está nada mal, no. Steinunn repasó otra vez las cifras y dejó los diplomas: ¿Y ahora qué piensan hacer mis chicas? Halldóra miró a Bjarghildur, quería que fuese ella la primera en responder, para tener ella la última palabra, como siempre, pero como su hermana se puso a rascarse el cogote y no parecía nada dispuesta a abrir la boca, carraspeó y dijo con humildad al tiempo que alargaba el brazo hacia la credencial: Me han dado un puesto de comadrona en los Fiordos del Este.

Las demás miraron asombradas a la comadrona.

No está nada mal, dijo Steinunn por fin, y sus ojos brillaron aunque sin mudar el semblante. Iba a añadir algo pero Karitas se le adelantó: ¿Y tú, Bjarghildur, qué piensas hacer, qué trabajos pueden tener las mujeres con diploma de una escuela femenina? Bueno, desde luego puedo hacer muchas cosas, empezó Bjarghildur con cierta arrogancia, pero en ese momento no parecía recordar qué cosas eran esas, y guardó silencio. Halldóra se frotó los dedos con calma, uno tras otro. Las demás bajaron la mirada y pasaron un dedo por el borde de la mesa. Ya le saldrá algo, dijo Steinunn, golpeando el borde de la mesa con los dedos. Algunas se dedican a la enseñanza, otras administran casas de categoría, lo principal es tener instrucción, eso no os lo quitará nunca nadie. ¿Y cuándo te incorporarás a tu puesto, cariño?, preguntó, dirigiéndose a la matrona. Y Halldóra, que era experta en el arte de tener siempre la última palabra, miró con alegría a su madre: Embarco para Seyðisfjörður mañana.

**Karitas**  
Jinetes, 1917  
*Dibujo a lápiz*

El estruendo de los cascos se oye mucho antes de que lleguemos a ver el polvo.

La calle que sale de la ciudad está vacía, aún no se ven los jinetes.

Nos peinamos al sol de la mañana sobre el camino de grava de delante de la casa y escuchamos el ruido que llega hasta nosotras rompiendo el silencio.

Estamos a punto de bajar juntas a la playa, ya estamos en la esquina del lado norte de la casa cuando Bjarghildur se queda inmóvil mirando la calle, hipnotizada. El tabaleo de las herraduras es más claro.

No podemos seguir perdiendo el tiempo, digo al ver que mi hermana no parece dispuesta a moverse del sitio, continuo pero giro la cabeza para mirar atrás.

Bjarghildur sigue como hechizada en medio de la calle, con las manos abiertas, esperando.

Aparecen unos jinetes, seis hombres, cada uno con dos caballos de silla. Llegan a la ciudad al galope. La distancia entre ellos y Bjarghildur disminuye muy deprisa, el ruido de los cascos ahoga cualquier otro sonido. Veo que mi hermana corre peligro y le grito.

Los jinetes se han percatado de la presencia de la chica inmóvil en mitad de la calle. Detienen los caballos cuando casi están ya encima de ella.

Los caballos bufan y relinchan. Los jinetes resoplan sobre sus nerviosos caballos esperando el mensaje o la gran noticia que creen que desea transmitirles la muchacha.

Bjarghildur calla, mira fijamente a los hombres que reciben el sol en el rostro, pasa su mirada de uno a otro.

Me doy cuenta de que no es dueña de sus actos, le paso el brazo sobre los hombros para alejarla del lugar.

—¿Querían decirnos algo, señoritas? —pregunta en voz bien alta el que parece estar al frente del grupo.

—No, solo estábamos viendo qué tiempo hacía —respondo yo.

Se miran unos a otros.

—Estábamos buscando un broche que había perdido mi hermana —me invento.

El jefe del grupo mira un instante a sus compañeros y desmonta. Se acerca despacio hacia nosotras sin apartar la mirada de Bjarghildur. Cuando solo les separa un paso, saca del bolsillo de la pechera un papel de seda y lo rompe. En la palma de su mano hay un reluciente alfiler de plata con piedrecitas rojas.

—¿Es este el broche que están buscando?

Él y ella se miran, sus ojos llameantes.

Bjarghildur toma el alfiler de las manos de él, se lo pone en el pecho, sonrío.

—Este es el broche que estaba buscando.

El grupo de jinetes que llegó a la ciudad desde Skagafjörður para vender caballos de montar se quedó tres días en el hotel. La primera noche, el mismo día en que apareció el alfiler nunca perdido, llamaron a la puerta de Steinunn y su familia: en el umbral estaba el jefe de los jinetes, que dijo en voz alta en cuanto abrió la señora de la casa: Me llamo Hámundur Sveinsson, mi padre es el pastor luterano de Skagafjörður, y estoy aquí para invitar al cine a la señorita Bjarghildur.

Karitas habría podido llorar de envidia.

Al día siguiente llegó un poco antes y dijo sin volver a presentarse: Ahora he pensado que podía invitar a la señorita Bjarghildur a un café. Y la tercera y última anunció a la señora, tomándose la libertad de esbozar una sonrisita: Bjarghildur y yo vamos a dar un paseo a caballo por los alrededores de la ciudad.

La familia estuvo en ascuas durante aquellos tres días de diversión de Bjarghildur. No sabían cómo entender la situación, aunque sospechaban que se estaba cociendo algo que presumiblemente tendría consecuencias para el futuro de la joven, así que para que no les acusaran nunca de entrometerse, todos intentaban echar el freno a su atroz curiosidad. Bjarghildur no les permitió sonsacarle la más mínima información relativa al hijo del pastor de Skagafjörður. A primerísima hora de la mañana ya estaba en la playa lavando y cortando pescado, y no volvía a casa hasta la hora de la cena, cansada y jadeante, y no podía perder el tiempo contando cotilleos a los presentes, pues tenía que darse prisa para arreglarse antes de que apareciese el jinete. Su relación con la familia se caracterizaba por las frases breves. El pequeño Pétur era quien solía llevarle a la orilla del mar una jarra de café caliente metida en un calcetín de lana, pero, uno de esos días, Karitas le sustituyó en la ardua tarea. Dejó la colada de la comerciante en un barreño al lado de la cuerda de tender, le arrebató la jarra de café a su hermano y se fue a toda prisa adonde estaba su hermana.

Pero por Dios, Bjarghildur, dijo con voz temblorosa, ¿te has besado?

Bjarghildur dijo que no era asunto suyo y ni por un momento pensaba contarle a ella ni eso ni nada, porque era una parlanchina. Pero yo estaba contigo cuando os visteis la primera vez, gimoteó Karitas, y su hermana se ablandó un poco.

Él no me ha besado pero yo sí que le he dado un beso a él. Por el broche, entiéndelo.

Steinunn no preguntaba nada en absoluto. Abría cuando el joven llamaba a la puerta, y cada vez, en cuanto él exponía su plan, decía «si espera usted un momento», llamaba a Bjarghildur con voz bien fuerte y desaparecía en la despensa. Ni los chicos ni las chicas tenían la más remota idea de cuál era su opinión de aquel joven, y cuando el grupo de jinetes de Skagafjörður se despidió y la salada actividad cotidiana volvió a dominarlo todo, Bjarghildur no hacía más que dar vueltas de puntillas en torno a su madre. Quería saber su dictamen sobre el muchacho, era evidente que el juicio de su madre era fundamental para ella. Tiene buena pinta, dijo Steinunn, sin añadir nada más. Bjarghildur entendió sus palabras como que el chico le encantaba y más que eso, de modo que decidió informarla a su vez. Dijo que tenía idea de irse a trabajar de bracara a Skagafjörður, que le apetecía dedicarse a las actividades agrícolas como en tiempos. ¿Y por qué no?, dijo Steinunn, imposible. Karitas, en cambio, respondió con una queja. Afirmó que no podía soportar la idea de que sus hermanas se marcharan de casa para andar por ahí, porque aunque las dos, por la diferencia de edad, la mangoneaban todo lo que podían, a ella le gustaba su compañía. No tengo amigas, sollozó cuando estaban acostándose, y ahora tú también te vas, nada más volver de la capital. Tienes que hacerte amigas, pobrecita mía, dijo Bjarghildur, extrañamente simpática. ¿Cómo voy a hacerme amigas si me paso todo el santo día encima del barreño?, dijo entre lágrimas, y Bjarghildur repuso que sí, que eso era verdad. La última noche antes de la marcha de Bjarghildur, estuvo casi inconsolable y se quedó sentada en el borde de la cama, afligida, hasta mucho después de que su hermana se hubiera metido bajo las sábanas. No solo me voy a quedar más sola que la una, sino que ahora todas las preocupaciones y todo el curro caerán sobre mis espaldas, porque seré la mayor de los que quedamos en casa. Naturalmente, Bjarghildur lo sabía perfectamente, pero no quiso hablar de ello, se volvió hacia la pared, contenta de quedar por fin libre de aquella carga.

Antes de montar para irse a Skagafjörður, Steinunn la llevó a la cocina para hablar con ella en privado. Lo que se dijeron madre e hija no llegó a saberlo la hermana menor, pero Bjarghildur fue incapaz de estarse callada y dijo algo amargada cuando cerró el baúl con cierta violencia: Vaya, a Halldóra no le echó ningún sermón cuando se marchó al este.

Esa noche, cuando Karitas se había metido en su fría cama y estaba mirando la habitación con los ojos vacíos, vio que su madre se cubría el rostro con las manos y se inclinaba hacia delante.

¿Estás mareada, mamá?

No, qué va, respondió Steinunn al poco, y se incorporó, solo que me paré por un momento a pensar que ya se habían marchado de casa dos de mis hijas.

La señora Eugenia regresó por la noche.

Karitas no la vio desembarcar, pero oyó a la mujer del comerciante decirle a la cocinera que la señora Eugenia no acudiría a la cena prevista en su honor porque estaba indispuesta, sus palabras daban a indicar que su amiga había vuelto al país pocos días antes. Karitas esperaba que la llamaría, en la creencia de que las clases no se habían de dar por concluidas, al menos la señora nunca había hecho alusión a tal cosa en ningún momento. ¿No había dicho solo que tenía que estar fuera una temporada? Recordaba que era eso lo que había dicho, de modo que seguía esperando. Pero pasaban los días sin que le llegara mensaje alguno de la señora Eugenia.

Aquellos días de otoño, el cielo de la ciudad estaba encapotado. Con el viento del norte y la lluvia, el salado mar inundó las calles con un anticipo de los rigores del invierno por llegar. La falta de carbón condenaba al insomnio a los ciudadanos, y aunque intentaron utilizar carbón de turba y tepes de hierba seca para calentarse, el fuego vegetal no conseguía mantener el calor en los grandes edificios. Se cerró la escuela media por falta incluso de carbón vegetal, y Steinunn se quedó con los dos escolares adolescentes, sin nada que hacer y permanentemente hambrientos. Después de las gachas de las mañanas les mandaba a la calle a buscar trabajo, y aunque recorrían la ciudad como leones rugientes mendigando cualquier trabajillo, aunque no fuera sino una chapuza sin importancia, no tuvieron ningún éxito hasta que la vecina tomó cartas en el asunto. Mientras colgaban la ropa detrás de la casa, las dos vecinas charlaron de la miserable situación de la ciudad, y al saber que el carpintero tenía por cobrar un favor que había hecho al presidente de la fábrica de ropa, tomaron la determinación allí mismo, junto a las cuerdas de tender, de hacerle responsable a él de que los chicos dispusieran en la fábrica de un trabajo temporal de la clase que fuera. Allí, los telares cantaban como nunca y la producción islandesa florecía porque la guerra hacía imposible la importación de productos textiles del extranjero. Los hermanos consiguieron su trabajo y así pudieron contribuir, aunque humildemente, al bienestar de su hogar, pues la guerra mundial se endurecía más y más, y la carestía aumentaba. La despensa andaba bastante floja.

Pero lo que lo había trastocado todo era el carbón.

Nos espera un invierno bien duro, dijo Steinunn, lo he visto en un sueño.

No hubo forma de hacerle contar el sueño, de modo que sospecharon que debió de tratarse de algo más bien frío.

Karitas tenía escalofríos y malestar. Todas las noches se dormía agotada y muerta de frío, y por las mañanas se despertaba toda dolorida. La mujer del comerciante le había subido el salario, por fin, aunque al mismo tiempo le encargó nuevas tareas. Además de la colada en el húmedo sótano, ahora se encargaba de fregar a fondo los suelos de los dos pisos y tenía que salir pitando si la señora la mandaba a algún recado si le faltaba cualquier nadería, lo que no era raro que pasase dos o tres veces al día, y con tantas cosas estaba de servicio permanente, subiendo y bajando escaleras y corriendo al otro extremo de la ciudad. Si pasaba por delante de la casa del funcionario refrenaba un poco el paso y miraba con ojos esperanzados la ventana de las flores. Nunca vio a la señora Eugenia, ni tan siquiera por un instante. Pero sabía con toda seguridad que estaba en casa. Con sus dibujos guardados bajo llave en un cajón, con el cuadro de su madre en el baño.

Una tarde miró hacia la ventana con tanta intensidad que no se fijó en dónde pisaba y chocó con un poste. A su espalda oyó que alguien se echaba a reír a carcajadas. No iba a hacer ni caso pero no pudo aguantar y miró. El ojos bonitos estaba detrás de ella sonriendo de oreja a oreja, pero se apresuró a poner gesto serio al verla levantar la barbilla. Karitas le observó un rato. Había crecido bastante, le llegaba ya hasta la barbilla. Cruzó los brazos, le llamó con un gesto y esperó. El chiquillo hurgó en los bolsillos pero no encontró nada para darle y puso cara de pena. Karitas rio: Venga, chiquillo, ¡así que hoy no me regalas nada!

Él apartó la mirada y la dirigió hacia el mar, rápidamente, como si hubiera visto un barco. ¿Y cuántos años tienes ya, chiquitín?, preguntó ella, pero, antes de que el chico pudiera decir palabra, tuvo una idea: Oye, chaval, ¿y si te vienes conmigo a ver a tu papá?

Él obedeció sin decir ni una palabra.

El hotelero de la casa vecina y el armador, que vivía al otro lado de la calle, estaban sentados en la oficina del comerciante pasándolo estupendamente con un puro y un café humeante. Esta es la hija de Steinunn Ólafsdóttir, la viuda que ha conseguido meter en la escuela a todos sus hijos, dijo el comerciante, presumiendo de saber quién era hijo de quién en la ciudad, y los hombres miraron a Karitas, chuparon sus cigarros y bebieron la juventud de la muchacha. Mi hijo me la trae con cierta regularidad, continuó el comerciante, y los hombres mostraron su acuerdo moviendo la cabeza y mirando al hijo, que pestañeó con sus preciosos ojos, y quítate la gorra,

chico, cuando entres en casa, y ¿todo marcha bien en tu casa, señorita?

—Sí, muchas gracias, respondió Karitas haciendo una breve reverencia, en casa todo va perfectamente, porque el edificio está construido con espléndida madera islandesa de raque, como el señor sabe sin duda mejor que nadie, claro que la cocina de carbón se estropeó cuando íbamos a cocer el grano, las placas se negaron a calentarse, pero entonces dijo Jenný, la que vive en el otro lado de la casa, que había ido a recoger unas prendas de punto que había encargado a mi madre, que no era nada extraño que la pobre cocina no calentara, no era más que un trasto danés al que no le parecía suficientemente bueno el carbón de turba de Tjörnes y por eso no calentaba aunque le pusieramos fuego. Y entonces la señora Jenný le arreó una patada sin avisar y con toda su fuerza a la base de la cocina para bajarle los humos y pasó lo que suele pasar, según dicen, se puso a funcionar, aunque el dedo gordo de la señora Jenný se hinchó tanto que ahora no puede ponerse los zapatos daneses y tiene que andar renqueante por la nieve con los zapatos islandeses de piel de oveja.

Los hombres soltaron una violenta carcajada, se retorcieron y el café se columpió en el borde de las tazas.

—¿Y qué es lo que puedo hacer hoy por ti, señorita? —preguntó el comerciante una vez se calmó—, supongo que no necesitarás otra máquina de coser, ¿o sí?

—No, en casa ahora casi no necesitamos una máquina de coser, porque la costurera se ha marchado a los Fiordos del Este; ahora se dedica a cruzar fiordos y montañas para ayudar a nacer a los críos de por allí, legítimos e ilegítimos, pero en cambio lo que sí usamos es la máquina de hacer punto, que está funcionando noche y día, todo son chasquidos y ruidos del demonio, porque se anuncia un invierno duro y hay falta de buena ropa interior, y por eso yo querría saber si usted estaría dispuesto a vender calzoncillos largos, de lana fina, en su comercio.

Los hombres volvieron a divertirse muchísimo, se revolvieron en sus asientos, estaban disfrutando de aquella tarde tan entretenida, fumaban echándose el humo unos a otros, y entonces dijo el armador: Pero ¿sabéis una cosa, chavales?, la señorita tiene toda la razón, todos nos habremos quedado sin calzoncillos cuando llegue la primavera si esos malnacidos de allí lejos siguen empeñados en mantener cerradas las vías marítimas.

—Estaba pensando en un trueque —dijo Karitas—, les doy a ustedes un montón de calzoncillos y ustedes a mí me dan un saco de carbón.

Se tragarón el humo y se la quedaron mirando como si hubiera perdido el juicio, de modo que ella se apresuró a explicar que el saco de carbón era para la chiquirritina guapa, pero en esta ocasión no cazaron el chiste, se quedaron con el carbón como combustible y antes de que ella tuviera ocasión de añadir algo, los hombres se pusieron a discutir a voces, culparon a la guerra de estar acabando con la industria pesquera islandesa, condenando a la población al frío y a la crisis económica, y se pusieron en pie bufando y resoplando, se echaron al colete lo que quedaba de café y empezaron a pasear por la oficina como leones enjaulados, tan apretados unos a otros que Karitas tuvo que despedirse a toda prisa para poder escapar antes de recibir algún empujón. Cuando estuvo fuera se sintió confusa y malhumorada, sin saber a ciencia cierta si habían aceptado el trueque o se había quedado con las manos vacías. El de los ojos bonitos le dio un tironcito del jersey por detrás, había salido él también sin que ella se diera cuenta, y dijo en voz baja: ¿Señorita? Ella se volvió.

Él la miró a los ojos, se puso el dedo índice debajo del ojo derecho, intentó abrirlo todo lo posible y dijo que tenía una motita en el ojo, que si podía quitársela. Ella le vio cara de sufrimiento, y, aunque en esos momentos no estaba de humor para hacer caso de nada ni de nadie, tiró de él para acercarlo debajo de la ventana de la oficina para que la luz le diera en la cara, le cogió por la barbilla y miró bien el ojo. El chiquillo lo cerró y dejó escapar un suspiro de felicidad.

¡Abre el ojo, niño!, le ordenó Karitas, dándole tal meneo que él la agarró por la cintura para mantenerse en pie. Así pasaron un buen rato mientras sus respiraciones se unían y ascendían a los cielos, anidando en las nubes que se habían ocultado detrás de la oscuridad, y ella le dijo «no se ve nada» y le soltó, «y deja de perseguirme». Se dio media vuelta y se lanzó a toda prisa hacia la noche que estaba haciéndose negra como el carbón, pero él le dijo en voz bien alta antes de perderla de vista: Tendrás lo que querías, señorita.

## **Karitas**

Mujer con caja de música, 1917

*Dibujo a lápiz*

La nieve arrastrada por el viento se acumula alrededor de la casa como si fuera muselina.

Todo está sereno y silencioso como si estuviera metido debajo de las sábanas, las ventanas han cerrado sus ojos de encaje.

Detrás de los encajes, todo es un desbarajuste. Las chicas están tirándose de los pelos y el estruendo que forman llega hasta la calle.

Me armo de valor, me quito la pañoleta y golpeo la puerta con decisión.

Abre la mayor de las cocineras: Vaya, eres tú, corazón, entra, el viento sopla directo para acá.

¿Podría hablar un momento con la señorita Eugenia?

La cocinera dice que la señora no está en condiciones de recibir a nadie, luego se muerde los labios, dice que ha estado un poquitín indispueta, y tras breve reflexión: Quizá a ti sí quiera recibirte, ve a la sala mientras miro cómo están las cosas.

Entra delante de mí en la sala amarilla, enciende una lámpara de aceite. Miro la vieja silla al lado de la ventana de las flores, que conserva los mejores recuerdos de mi vida. Oigo a alguien subir al piso de arriba, vuelve a bajar un momento después, va directa a la cocina donde vuelve a empezar la pelea. No baja nadie. Las discusiones de la cocina se hacen más violentas. Se han olvidado de que estoy yo en el salón. Paso al vestíbulo. Vacilo, miro la escalera que lleva al piso superior, me levanto el borde de la falda y subo de puntillas. Me recibe un largo pasillo. Las habitaciones de ambos lados están cerradas, todas excepto la última. De ella surge el sonido de una cajita de música.

Camino a tientas, muy despacio, por el corredor a oscuras, miro por la puerta abierta.

La señora Eugenia está a medio vestir junto al lavabo, con una caja de música en la mano. El cabello está suelto, los mechones caen sobre el brazo desnudo. Deja la caja de música, se lava la cara con las manos, la seca con una toalla blanca.

La caja de música termina su vivaz melodía.

La señora Eugenia mira fugazmente a la puerta. El rostro está tenso, bolsas oscuras debajo de los ojos.

¿Está usted indispueta?, pregunto.

¿Tienes costumbre de meterte sin que te llamen en los dormitorios de la gente, señorita Karitas? ¿Es que en tu casa no os enseñan buenos modales? ¿Quieres algo?

Solo quería saber si tenía que volver para dibujar, respondo.

No, exclama bruscamente, la palabra cae como un chorro de agua fría sobre mi rostro. Al cabo de unos momentos me recupero y pregunto si es porque no he pagado las lecciones.

Vuelve a decir que no, así que voy a alejarme de la puerta pero sin darme ni cuenta, digo: ¿Quizá podría usted devolverme el dibujo que tiene guardado en un cajón de abajo, el de mi madre en el baño?

La señora Eugenia dice burlona: ¿Acaso debo esperar que me dibujes después, digamos así como estoy, medio desnuda, en el lavabo? No, no te daré el dibujo de tu mamá porque está guardado en Copenhague.

Cierra de un portazo.

Un mes antes de que la ciudad se llenara de gente llegada de las parroquias vecinas para comprar regalos navideños y participar en fiestas y vísperas, y una semana después de la desdichada visita a la señora Eugenia, Karitas estaba abrumada por sus sentimientos. Las lágrimas se derramaban abundantes en el barbero de fregar mientras retorcia los calzoncillos del comerciante, corrían por sus mejillas en la panadería mientras encargaba tartas para Navidad, como le había mandado su señora, y manaban por su rostro camino a casa en medio de la oscuridad absoluta y el viento helado. Pero qué pinta tienes, niña, dijo Steinunn atónita, no recordaba haber visto nunca a su hija con un aspecto tan lamentable. Pero los sollozos los tenía tan metidos en la garganta que no era capaz de articular una sola palabra comprensible, y solo después de lavarse bien la cara con agua fría y beberse un vaso de leche fue capaz de decir entre gemidos que en realidad no le pasaba nada, que solo había estado pensando. Steinunn, que sabía que los pensamientos podían ser más dañinos para el ser humano que el frío y las inclemencias del tiempo, preguntó si alguien le había hecho algún mal o la había ofendido. No, esa era su respuesta a todo, solamente había estado pensando en el futuro, era horrible, no tenía a la vista nada de nada, absolutamente nada bueno. La lástima de sí misma que mostraba le pareció excesiva a Steinunn, y respondió cortante, haciendo ver a su hija que aún era joven y sana, que tenía todo el futuro por delante, «y no tengo la menor duda de que te casarás con un buen hombre, tendrás muchos hijos y una casa maravillosa». Pero eso es precisamente lo que no quiero, gimió Karitas. Lo que deseo es ir a la escuela igual que mis hermanos y mis hermanas, deseo estudiar igual que ellos, la gente está haciéndose lenguas constantemente de la viuda que abrió las puertas de la escuela a todos sus hijos, pero no es justo, yo no he tenido oportunidad de estudiar nada, no soy más que una lavandera que se pasa el día bregando como una esclava para que los vagos de los chicos puedan ir al colegio.

Había dicho lo que llevaba meses royéndole el corazón, y su rencor afectó tanto a la viuda llegada del oeste que dejó las agujas de punto. Y Karitas siguió lloriqueando: «ya ni siquiera puedo seguir dibujando, con lo muchísimo que me gustaba, la señora Eugenia no quiere volver a verme».

Steinunn no tuvo ocasión de responder a aquellos exabruptos ni de decir nada sobre sus ansias de estudiar porque en el instante mismo en que iba a expresar su opinión llamaron a la puerta con golpes bastante fuertes. Allí fuera había un hombre al que conocía muy lejanamente y que dijo en voz potente: ¡Un saco de carbón para Karitas! Y en un abrir y cerrar de ojos había desaparecido. Steinunn se quedó mirando el saco de carbón como quien ve visiones, pero cuando miró a su hija esperando alguna explicación, los sollozos se transformaron en un chillido horrible: ¡Por qué no le diste a ese hombre unos calzoncillos a cambio del carbón, se lo había prometido!

Las motoras repletas de gente de las poblaciones próximas llenaban la Laguna los últimos días antes de Navidad, y los comerciantes, emperifollados y alegres como unas pascuas, disfrutaban de espléndidas ventas en aquellos pésimos tiempos, como si los habitantes del norte del país se hubieran olvidado de pronto, por completo, de la guerra que asolaba el mundo, ignorasen la carencia de productos y compraran todo lo expuesto en las estanterías. La mujer del comerciante llenó la despensa de tartas y adornó la mesa de Navidad, estaba del mejor humor y a mediodía del día de Nochebuena mandó a casa a la lavandera con cecina y velas en una bolsa. Pero Karitas no sentía en su corazón la misma alegría, pues echaba de menos a sus hermanas, llevaba mucho tiempo esperando que volvieran a casa para celebrar las Navidades, pero no era posible, tenía que seguir en su puesto por si algún nuevo residente de los Fiordos del Este tenía la ocurrencia de venir al mundo durante las fiestas, y la otra no quería abandonar Skagafjörður y sus campos mientras no tuviera bien seguro en la red al pretendiente que estaba pescando.

Era la segunda Navidad que pasaban fuera de casa las hermanas mayores, y a los demás, la casa les parecía muy vacía sin ellas, aunque hacían todo lo posible por crear un ambiente festivo. Páll había tallado un bonito árbol de Navidad que colocaron encima de la mesa que antes adornaba la máquina de coser y pasaron muchas tardes recortando bolsas de papel de colores que colgaron de las ramas. Va a estar todo precioso, dijo Steinunn, que no parecía tomar la ausencia de sus hijas demasiado a pecho, «en cualquier momento uno se puede ver obligado a pasar la Navidad fuera de la casa paterna».

A mediodía, el sol de invierno templó el ala meridional de la casa y los jóvenes se asomaron a la ventana de la cocina para que los rayos les proporcionasen un poco de calor mientras mordisqueaban unas lonchas de pescado seco. Pero los chicos pensaron que era una pena no pasárselo bien mientras se pudiera, así que decidieron bajar al muelle a comprobar si la gente de las parroquias vecinas se había vuelto y a sus casas, y se llevaron a Pétur. Se quedaron sola madre e hija, atendiendo a sus quehaceres con silencio y tranquilidad. Karitas pasaba todo el tiempo posible junto a la ventana de la cocina, para no perderse nada de la escasa luz del sol, miraba a los ciudadanos ir en direcciones opuestas por la calle, atendiendo a sus últimas obligaciones antes de comenzar la fiesta.

La vio llegar, vestida de negro, con sombrero y guantes, hacia el norte.

Mamá, creo que es la señora Eugenia, dijo con tono de duda, y las dos se asomaron a la ventana para mirar. Creo que viene para acá, dijo Steinunn. Yo no puedo hablar con ella, la última vez me dio con la puerta en las narices, exclamó Karitas. Steinunn le echó un brazo sobre los hombros para tranquilizarla, miró a su hija a los ojos: Las mujeres pueden tener días malos, entonces no perdonan a nadie, y menos que nadie a las personas que quieren. Antes de abrir la puerta a la señora, que tocó con suavidad en la madera, lanzó una mirada escrutadora por toda la sala, para cerciorarse de que podía resultar aceptable para una señora del centro de la ciudad.

La señora Eugenia dio los buenos días aún fuera, sobre el camino de gravilla cubierto de nieve, y Steinunn le respondió de igual forma aunque sin franquearle aún la entrada. Hace una temperatura deliciosa, dijo la señora Eugenia con una sonrisa. Steinunn mostró su acuerdo aunque sin sonreír. La señora Eugenia se presentó y preguntó si podía hablar con ella un momento, y Steinunn dijo que naturalmente, faltaría más, y por fin se movió para dejarla entrar. Karitas apretó la cara contra la ventana de la cocina, como si aquello no tuviera nada que ver con ella. La señora Eugenia miró a su alrededor con desenvoltura, contempló con interés el hogar de una mujer del pueblo, mostró su agrado con un gesto de la cabeza y miró con ojos de reconocimiento al ama de casa, que estaba como a la defensiva, esperando acontecimientos, pero que tuvo suficiente fortaleza de ánimo para ofrecer asiento a la recién llegada. Cuando la señora Eugenia se hubo sentado, se quitó los guantes, se puso la falda en orden, se soltó un poco el chal que llevaba anudado con despreocupación por encima del grueso abrigo, pero se dejó el sombrero puesto. Rechazó cortésmente el café y las frutas de sartén que le ofreció Steinunn, con la excusa de que acababa de almorzar, pero que aceptaría encantada un vaso de agua y unas uvas pasas si no causaba mucha molestia a la señora de la casa. ¿Qué tal les va a sus hijos en la escuela?, preguntó una vez las pasas estuvieron sobre la mesa, y Steinunn dijo que el más pequeño era el único que asistía a la escuela en esos días, las hermanas mayores habían concluido sus estudios la primavera pasada y los dos hermanos se habían visto obligados a interrumpir los suyos en la escuela media porque esta se encontraba cerrada a causa de la falta de combustible para calefacción, como era bien sabido.

—¿No había planes de que Karitas asistiera a la escuela femenina en la capital? —preguntó la señora Eugenia.

—¡Ahí también les falta combustible, igual que en las demás escuelas! —espetó Karitas desde la cocina.

—Había planes y no había planes —dijo Steinunn secamente—. También se podía pensar en la escuela media de aquí. Pero luego pasó lo que pasó.

—Karitas es una chica de gran talento y debería salir de casa e ir a la escuela —dijo la señora Eugenia—, más cordialmente aún que antes.

—Lo sé muy bien —repuso Steinunn con pesar—, tiene muchas buenas cualidades y en buena parte es gracias a su energía y su laboriosidad por lo que hemos podido mandar a los chicos al colegio y cubrir los gastos de la casa en esta ciudad.

—Comprendo perfectamente que una madre desee que sus hijos reciban una buena educación, pues más tarde ellos también tendrán que mantener una familia, pero en vista del talento de su hija, yo querría ofrecerle la opción de cursar estudios. Es lo que me ha traído hoy aquí. Yo pagaré la manutención y todos los gastos del centro, y naturalmente también el viaje —continuó la señora Eugenia al ver que la señora no mostraba ninguna reacción.

Karitas se cogió con fuerza al marco de la ventana. Tras una larga pausa dijo Steinunn:

—Tendrá usted que poner una buena cantidad de dinero.

—El dinero no me importa, lo principal es mi voluntad.

Se produjo de nuevo un largo silencio. Finalmente era como si Steinunn Ólafsdóttir hubiera tomado por fin una determinación. Respiró hondo y dijo:

—Muchas gracias por su amable ofrecimiento, pero creo que me encargaré yo misma de que mi hija vaya a estudiar a la capital.

La señora Eugenia tomó un sorbito de agua y al momento dejó otra vez el vaso en la mesa, casi con más fuerza de la debida:

—Yo no había pensado que fuera a estudiar a la capital, sino al extranjero. A la Real Academia de Bellas Artes de Copenhague.

Karitas cayó en cuclillas por la impresión.

Probablemente, la señora Eugenia ya tenía previstas las reacciones de madre e hija a su espléndida oferta antes de salir de su casa y, como es natural, se había preparado cuidadosamente para conseguir llevar sus intenciones a buen fin, pero la conducta de las dos, algo parecido al aturdimiento que se produce al sufrir algún daño serio, la pilló totalmente por sorpresa. Vaciló un instante y se estiró el guante, como si fuera demasiado corto para sus largos dedos, mientras esperaba una respuesta. Karitas seguía en cuclillas debajo de la ventana de la cocina, en un estado anímico extraño, casi mareada, deseando que aquel momento durase toda la eternidad, que no tuviera que moverse de allí en todo lo que quedaba del día, mientras repetía en su mente las palabras real, academia, academia de bellas artes, Copenhague, imaginaba el

mundo que habitaba detrás de ellas, se veía a sí misma saludando con la mano a las pescaderas, sin duda les compraría pescado de vez en cuando, ¿venderían eglefino o bacalao? Pero su madre, que jamás se había dejado embaucar por lindezas ni buenas palabras se recuperó enseguida y la hizo quedarse inmóvil, de rodillas sobre el gélido suelo de la cocina. Preguntó cómo iba a responsabilizarse durante un año entero de los estudios de su hija y del pasaje de regreso si sufría una enfermedad u otro contratiempo, pero la señora supo responder sin demora, añadiendo, con cierto desdén ante el hecho de que alguien fuera capaz de dudar de ella, que no estaba hablando de un año, sino de cinco, y a Steinunn aquello le pareció ya demasiado. No pudo seguir quieta, empezó a pasear por la sala con las manos a la espalda y exigió conocer todas las garantías, así como información pormenorizada de cómo saldría cada penique del bolsillo de la señora para ir a parar al de su hija, y Karitas sintió vergüenza ajena por la mezquindad y las suspicacias de su madre. Pero la señora no se intimidó por el interrogatorio al que la estaba sometiendo Steinunn, le soltó un largo discurso sobre cuentas bancarias, incluso parecía estar gozando aquel momento. Solo cuando Steinunn se detuvo en mitad del salón y preguntó con brusquedad cuáles eran los motivos de su oferta, Eugenia arqueó las cejas con gesto inescrutable.

—¿Cree usted que quizá tengo cosas más importantes que hacer, señora Steinunn? Además, Karitas es una muchacha de grandes dotes y siempre encuentra las palabras exactas a cada situación. Le he dado clases yo misma, y gracias a ello podrá realizar el examen de ingreso nada más llegar allí. A todos los de la Academia les encantaron sus dibujos. Seguramente usted habrá visto los dibujos de su hija, ¿o no?

—He visto alguno que otro —dijo Steinunn.

—¿Habrá visto quizá un precioso dibujo de una mujer en el baño?

¿Una mujer en el baño?

Karitas se puso en pie como impulsada por un resorte y se mordió los nudillos mientras esperaba a ver cómo se desarrollaban las cosas.

—Una mujer en el baño, era una estampa única.

—Esa no la he visto —dijo Steinunn pensativa—, aunque sí que he visto otras estampas bastante decentes, una era de una mujer delante de una jofaina con algo en las manos.

—¡Mamá, la cocina se ha apagado otra vez! —gritó Karitas.

La señora Eugenia dijo que ese dibujo no lo había visto ella, y su voz delataba alegría cuando se levantó de la silla y añadió que zarparía a finales del invierno y que se llevaría a Karitas. ¡Feliz Navidad, señorita Karitas!, dijo en voz bien alta hacia la cocina antes de abandonar la casa. Las dos se quedaron al lado de la ventana de la cocina mirándola mientras volvía a recorrer la calle, ahora hacia el sur. El sol de los brevísimos días de invierno no se había ocultado aún, y pudieron verla volver a su casa.

¿Pensará irse a parir en el extranjero?, se preguntó Steinunn a sí misma.

Todos los miembros de la familia se vieron obligados a pasar la mayor parte del tiempo metidos en la cama en los primeros días del nuevo año.

El frío los había condenado. Las zarpas glaciales del norte habían clavado sus garras en la ciudad, se precipitaban rabiosas sobre la tierra como si quisieran hacerla gemir con una inmensa helada. Cuando se despejó su ira se dejó caer como unas enaguas blancas sobre los húmedos caminos del mar, cerrándolos a toda navegación.

El mar se ha helado otra vez, dijo Steinunn terriblemente cansada.

La ventisca duró siete días seguidos. El combustible se había terminado, de modo que tuvieron que cocinar en un infiernillo de queroseno. Utilizaron hasta el último copo de lana para mantener caliente el cuerpo, y aunque los edredones eran de plumón de éider de primerísima clase, recogido en los Fiordos Occidentales, no bastaban cuando la temperatura descendió hasta los treinta y cinco bajo cero. Todos se instalaron en la sala, los hermanos mayores intentaban calentarse mutuamente metidos bajo un mismo edredón, y madre e hija ponían a Pétur entre las dos cuando se acostaban. Las más de las veces se echaba encima del pecho de Karitas para exprimirle su calor, porque Steinunn no se quedaba en la cama durante el día, estaba en movimiento constante por la casa, para mantener el fuego encendido, para llevarles unos trozos de pan o un poco de gachas a la cama, y entretanto se sentaba al lado de la cafetera para calentarse. El hedor del queroseno era tan horrible que se sentían morir, pero era aún peor salir a hacer sus necesidades. Orinar era toda una hazaña, así que procuraban beber el menos líquido posible. El pequeño Pétur salió de debajo de la cama a cuatro patas, pasmado, con el orinal en la mano. Nunca había visto orina congelada.

Ponte de rodillas para que no se salga, le ordenó Steinunn, irritada por el frío.

La tormenta se calmó pero la helada seguía sujetando a la ciudad entre sus garras. La tierra estaba gélida y blanca. En medio del silencio, la gente oía el crujido de las placas de hielo deslizándose hacia el fiordo. Todos pasaban entre las casas como fantasmas, intentaban apurarse todo lo posible, sabían que al cabo de pocos minutos los dedos de las manos se les quedarían rígidos de frío, y que daba igual llevar guantes de lana o de piel. Temían al frío, pero mayor era el pavor que les producía la simple idea de que pudieran llegar visitantes desde el norte. Se decía que el silencio de la extensión helada solo era roto por el bramido de los osos blancos. Cuando se supo que habían matado ya cuatro de esos animales, las mujeres empezaron a adoptar las disposiciones convenientes. Si la puerta no resiste, subiremos al desván lo más deprisa que podamos, no cabrán por la escalera, que es muy estrecha, y no podrán subir, de eso no hay la menor duda, dijo Steinunn. Sí, pero destrozarán la máquina de hacer punto, dijo Karitas desde la cama. Que se atrevan, dijo Steinunn.

Pero dormían mal, y no solo por culpa del frío.

Cerraron la escuela primaria, y la actividad empresarial se vio muy afectada por el frío y las enfermedades que traía consigo. En la casa del comerciante reinaba un silencio sepulcral. La hija, que padecía una enfermedad tras otra, Karitas había oído hablar de pleuresía, fiebre tifoidea y tisis, estaba en la cama, blanca como la harina. No dejaban entrar a nadie a verla, a nadie se le permitía dibujar para ella. Solo tenía dieciocho años y esperaba la visita de su abuela, que ya no se encontraba en este mundo. Corrían historias de personas que habían muerto congeladas en la cama, y cuando el espectro del hambre empezó a cubrir con su velo a niños y ancianos, las mujeres decidieron que hasta allí habían llegado. Consiguieron que les cedieran una sala de la escuela elemental, instalaron allí unas cocinas y se dedicaron a cocinar para los hambrientos. Todos los días, la sala se llenaba de gente, aunque algunos estaban ya en tan mal estado que había que llevarles la comida a casa. Steinunn participaba, al igual que Jenny. Nunca hablaban de la miseria que presenciaban en los hogares a los que llevaban comida, pero al volver a su casa se quedaban delante de la puerta, en mitad del frío, mirándose la una a la otra y sacudiendo la cabeza.

Las heladas remitieron pero el hielo no siguió su ejemplo. Karitas miraba con angustia la interminable superficie helada y los muelles a los que no arribaba barco alguno. Se moría de ganas de llamar a la puerta de la señora Eugenia para saber lo que pensaba ella sobre la situación, si creía que podrían embarcarse antes de primavera o si habría que posponer el viaje hasta otoño. Era de la máxima importancia saber si tendría que volver a trabajar un verano más en la salazón y el arenque, pues se le estropearía por completo la piel de las manos. Pero no se atrevía a visitarla, también por lo que decía su madre sobre la condición de la señora, que Karitas confiaba en que no fuera sino una simple conjetura. Para ella, todo se limitaba a que la señora había comido demasiado en Dinamarca, todo el mundo sabía que allí cocinaban con mantequilla y hacían bizcochos con huevo. Pero Steinunn estaba tranquila aunque no se dijese una sola palabra acerca del viaje, si bien no disimulaba los preparativos, pues los hacía, tanto en privado como abiertamente, en el otro lado del edificio, donde había una máquina de coser. Tenemos que coser para la señorita, decía Jenny, midiendo a Karitas de arriba abajo, son necesarios por lo menos tres vestidos y a ser posible también una buena capa de abrigo, porque yo nunca he visto un chal de lana islandesa en las revistas extranjeras de modas, y además necesitará otros zapatos, ¿verdad, Steinunn? Y la máquina de hacer punto cantaba también el día entero, de modo que los dos no les faltaba en actividad.

Pero el hielo no desaparecía. Las historias sobre el demonio blanco seguían vivas y coleando, tanto cuando la gente estaba despierta como en los sueños incoherentes de escaleras que conducían a desvanes vacíos, y puertas destrozadas por las blancas zarpas. Una noche se oyó un potente golpe asestado a la puerta exterior. Los hermanos estaban dormidos pero Karitas leía una revista a escondidas debajo de las sábanas y se quedó petrificada. Steinunn no se movió de la máquina de hacer punto, sentada en absoluto silencio, con la cabeza baja, pero al sonar un golpe más lanzó una mirada rápida a su hija y se puso en pie. No te asomes a la puerta, mamá, por favor, le rogó Karitas, pero Steinunn dio un paso adelante y abrió la puerta de par en par.

Al salón no llegaron besos ni saludos. Un huésped entró en silencio y fue recibido en silencio. La nieve caía de sus ropas, se quitó el abrigo, le quitaron los zapatos. Steinunn entró en la sala abrazando a Halldóra, pálida y flaca.

Muévete un poco, Karitas, Halldóra necesita meterse en una cama caliente.

## **Karitas**

La farmacia, 1919

*Dibujo a lápiz*

Las estanterías de roble de la farmacia se comban bajo el peso de las mixturas.

Innumerables cajoncitos con etiquetas blancas y rótulos misteriosos.

El boticario con bigote despacha a dos señoritas. Llevan capas danesas con capucha de piel y manguitos.

Yo entro tosiendo.

El boticario levanta la vista. Le doy los buenos días. Responde moviendo la cabeza. Las señoritas miran también, ni se les ocurre saludarme, vuelven a ocuparse de su compra.

Espero, contemplo la colección de mixturas y las capas danesas.

Suenan entonces unas campanitas, se abre la puerta y entra la señora Eugenia.

El farmacéutico mira a la puerta, todo él se transforma en una amplia sonrisa de bienvenida. Las señoritas miran, sonríen mientras inclinan la cabeza a un lado. Dan los buenos días. El farmacéutico se olvida de las damiselas, pregunta a la señora qué se le ofrece.

La señora no le hace ningún caso sino que me mira a mí a los ojos y dice: Zarpamos en el primer barco.

La farmacia calla.

¿Y el hielo?, digo en un susurro.

Un rompehielos me despejará el paso. ¿Estás indispuesta?

Digo: A mí no me pasa nada, solo he venido a buscar unas medicinas para mi hermana Halldóra, la comadrona. Llegó de los Fiordos del Este enferma, nunca iba al médico a que la examinara porque no tenía tiempo para ponerse enferma. En cuanto una mujer había acabado de parir empezaba otra y ella tenía que ir corriendo de una parroquia a otra y por el fiordo, con un frío como este, allí no había menos hielo que aquí, y acabó tan exhausta que lo único que deseaba era volver a casa y ponerse en manos de un médico aquí, en el norte. Ha llegado con una pulmonía horrible y está tan débil que nuestra hermana Bjarghildur ha venido desde Skagafjörður pese a la enorme cantidad de nieve que hay en todas partes. Ahora se pasa día y noche al lado de Halldóra, bueno, en realidad lo hacemos todos.

Los presentes escuchan su relato sin hacer un solo movimiento.

¿En qué puedo servirla, señorita?, pregunta el boticario con voz baja y cordial.

Bueno, este jarabe para la tos es lo que necesito, respondo, entregándole la receta.

El baúl estaba listo detrás de la cama, en la habitación interior, y las cosas se iban acumulando poco a poco en él, aunque su existencia era tan discreta como si de un homicidio se tratara. La vida giraba en torno al regreso y la enfermedad de Halldóra, como era lógico, y todo el alboroto por el viaje de Karitas sucedía en el peor momento posible y era auténticamente insoportable, en opinión de Bjarghildur. Karitas ni siquiera estaba segura de haber comprendido del todo que se marchaba para una prolongada estancia en el extranjero, pero eso sí, le explicaron muy claro que uno no se va de viaje cuando hay un familiar al borde de la muerte.

—¿Al borde de la muerte? ¿Crees que las cosas están así de mal? —susurró debajo del edredón.

—¿Tú crees que yo habría hecho todo el camino desde Skagafjörður, a caballo y enterrándome en la nieve, si no tuviera más que un simple resfriado? Yo conozco mis obligaciones, aunque haya quien no puede decir lo mismo. Y es que hay algunos que siempre se han comportado como niños, y vale ya de hablar, necesito dormir un poco, si no es demasiado pedir.

Sobre el cercano viaje al extranjero de su hermana pequeña quería hablar lo menos posible, aunque les habían estado diciendo a las dos mayores desde hacía un tiempo, en voz baja pero también con toda claridad, que su hermana pequeña había sido invitada a irse a Dinamarca a estudiar. ¿Y cómo es eso?, dijo Bjarghildur, ¿es que no puede aprender a coser aquí, como todo el mundo? Va a estudiar dibujo, dijo Steinunn, que dejó que los chicos completaran la frase.

En la Real Academia de Bellas Artes de Copenhague, dijeron con orgullo.

Los ojos de los chicos se iluminaron de admiración, Bjarghildur respiró hondo y Halldóra, pese a lo enferma que se encontraba, levantó la cabeza de la almohada por un instante. Pues vaya, dijo Bjarghildur, con la boca abierta y la mandíbula inferior muy baja, como solía hacer cuando sentía que algo les afectaba mucho a ella y a su familia. Pero ¿quién va a pagarlo?, preguntó inmediatamente, con las cejas fruncidas. La señora que le dio lecciones de dibujo el año pasado garantiza su manutención y sus estudios durante cinco años, explicó Ólafur, que conocía perfectamente los malos humores de su hermana y sabía que le desagradaban profundamente las alabanzas de cualquier género a cualquiera que no fuera ella. El muchacho disfrutaba lo incontable sacándola de sus casillas y haciéndola enfadar. La satisfacción por la buena suerte de un miembro de la familia, que ella habría debido compartir, desapareció en un instante, como todos esperaban. No quiso gachas. Se sentó en el borde de la cama de Halldóra y dedicó toda su atención a darle de comer la papilla de avena.

—Pues mira tú —decía malhumorada cada vez que Halldóra conseguía abrir la boca.

—Siempre supe que sería artista —susurró Halldóra entre una cucharada y otra.

—Pues hay otros que también habrían podido estudiar artes, por ejemplo canto, o tocar el órgano, bastaba con que se hicieran notar como alguien que me sé —dijo Bjarghildur—, y claro que sí, hacer monigotes es estupendo, maravilloso, pero ¿dónde piensa encontrar un trabajo cuando vuelva después de andar por ahí holgazaneando?

A esa pregunta nadie podía responder, y menos que nadie la futura artista, que comía sus gachas, muy humilde, mientras hablaban de ella, aunque con la esperanza de que su madre tomase cartas en el asunto y explicara a sus hermanas con voz bien fuerte lo importantísimo que era el irse a estudiar al extranjero. Pero Steinunn no dijo esta boca es mía, siguió agachada en silencio. Tampoco habló cuando Karitas le comunicó el día en que esperaban zarpar. Ah, sí, vaya, pues ya casi estamos, fue lo único que respondió. Ni una palabra de si le causaba algún disgusto que se marchara al extranjero en la situación en que se hallaba su hermana mayor, ni si le dolería mucho su ausencia. Ni si la echaría de menos.

Por las noches, cuando Karitas buscaba la seguridad con una pierna de Bjarghildur encima de su muslo y su cálida respiración sobre el cuello, la atormentaban la incertidumbre y la inquietud. En esos momentos no podía ni pensar en abandonar a su madre y sus hermanos, su hogar tan acogedor, la ciudad en la que había llegado a conocer cada una de las casas y hasta el último dueño de un bote de pesca, y tener que dar tumbos en un barco, mareada todo el rato, sin poder respirar de nervios, pensando en lo que esperaba en Copenhague. No tenía ni la más remota idea de dónde acabaría viviendo ni si encontraría algo decente para comer. Si es que tenía para comer. Y se daba la vuelta con mucho cuidado en la estrecha cama para poner la cara, por un instante, delante del rostro de su hermana y acariciarle suavemente la mejilla, porque la quería mucho, los quería mucho a todos, y sentía vergüenza por lo mala persona que era, porque iba a abandonarlos. Y finalmente se durmió con una opresión en el pecho, decidida a informar a la señora Eugenia, en cuanto llegara la mañana, de que no daría ni un solo paso hacia el extranjero. Pero en cuanto clareaba y oía los graznidos de las gaviotas, volvía a adueñarse de ella el ansia de algo nuevo y el deseo de aprender.

El domingo, cuatro días antes de la gran travesía, le llegó recado de que fuera a casa de la señora Eugenia. Le ofrecieron té junto a la preciosa ventana de las flores donde había pasado sus mejores momentos, y la señora Eugenia le puso sobre la falda un bolso de terciopelo color burdeos, no mucho mayor que un sobre, y le dijo que tenía que guardar allí sus documentos y su dinero. Karitas hizo una mueca, porque dinero no tenía mucho, pues se lo daba todo a su madre. Pero la señora Eugenia abrió entonces el bolsito burdeos y sacó unos billetes de banco daneses. Karitas se echó a reír como una tonta. La señora Eugenia la dejó reír lo que quiso, ella ni siquiera sonrió, y luego le contó las disposiciones que había tomado para ella en Copenhague. Disponería de alojamiento en casa de una amiga suya que regía un hostel, y allí mismo trabajaría de camarera durante el verano, a la vez que aprendería danés antes de la llegada del invierno. Cuando empezara el curso, en otoño, trabajaría en la cocina después de las clases, tanto los días laborales como los festivos. Y podría conservar la habitación. Así lo habían acordado. Y solamente una cosa más, no le estaría permitido salir por las noches.

Karitas explicó a su madre el futuro que la aguardaba en Copenhague, intentó repetir literalmente lo que le había dicho la señora Eugenia, y añadió que estaba segura de que la señora cumpliría su palabra. Steinunn dijo que, por lo que había oído decir, la señora siempre honraba sus promesas. Fue hacia la puerta, echó un vistazo por el salón, donde no había nadie más que Halldóra, que dormía, volvió a entornar la puerta de la cocina, «Ella no es menos acaudalada que su marido, sino que es más rica y fina todavía que él. Y me alegra saber que tiene intención de que trabajes mientras estudias, espero que sea así, me habría apenado mucho saber que te pasabas las fiestas mano sobre mano. Y con lo mañosa que eres, Karitas, debes hacer lo posible por coger las agujas de punto con regularidad, lo cierto es que te las he metido en la maleta, con unos ovillos de lana, e intenta ir a la iglesia de vez en cuando los domingos, si la hostelera te lo permite, y si se opone, no te pongas de mal humor, siéntate a leer la Biblia cuando tengas un momento de respiro. Sé cortés y amable con la gente, no te dediques a chismorrear ni a hablar mal de nadie. Los cotilleos siempre acaban descubriéndose. Tienes que escribirme cartas bien largas y explicarme lo mejor que puedas todo lo que te pasa. Si Dios lo permite las leeré en Reikiavik. Tengo planes de mudarme a la capital el año que viene o el siguiente, para terminar la instrucción de los chicos. Y quiero que recuerdes que tienes que ser responsable y no hacerles ojitos a los muchachos, debes evitarlo como has hecho hasta ahora. Ni aceptar regalos ni invitaciones a comer, porque siempre te pedirán algo a cambio. Mira hacia otro lado si los hombres te dirigen la palabra, pero responde a lo que te pregunten con la mayor cortesía posible. Y no necesito insistir otra vez en que no quiero que salgas a la calle después de oscurecer. Pero por cierto, ¿cómo se encontraba la señora Eugenia?, ¿ya se le nota?».

Esa noche, Karitas se dio cuenta de que su madre le había hecho saber las reglas de la vida.

El padecimiento de Halldóra empeoró en los días siguientes, aunque Karitas rezaba al buen Dios todas las noches para que la hiciera mejorar antes de su partida. Volvieron a llamar al médico. Los jóvenes esperaron en la cocina mientras examinaba a Halldóra y hablaba con Steinunn a media voz. Comprendieron que sería demasiado peligroso trasladarla, además de que el hospital estaba lleno a rebosar, los pacientes tenían que acostarse casi unos encima de otros, habría que ver cómo evolucionaba las próximas veinticuatro horas, podía pasar cualquier cosa, y había que velarla, y luego le dio a Steinunn instrucciones detalladas y salió de la casa, exhausto y muerto de sueño.

Bjarghildur se puso casi pegada a Karitas y le susurró con acritud: Y tú sigues empeñada en irte al extranjero, aunque tu hermana se esté muriendo.

Karitas se cubrió el rostro con las manos y rompió en sollozos. Ólafur decidió hacer algo, le dio unas palmaditas en la espalda, le cogió con fuerza el brazo a Bjarghildur y le preguntó si era incapaz de comportarse con su hermana como es debido, y Bjarghildur se enfadó, le puso la mano en el pecho y le dio un empujón tan fuerte que lo arrojó contra la pared. Páll y Pétur se lanzaron entonces a participar de aquel juego, y la refriega se volvió realmente seria en la cocina.

Dejaron las manos quietas cuando su madre apareció en la puerta. Miró apesadumbrada a sus retoños. No dijo ni una palabra, pero todos comprendieron a la perfección lo que quería decir.

Bjarghildur no quiso dormir con Karitas la última noche, se instaló en la cama de Pétur. Steinunn no se acostó, se pasó toda la noche sentada junto a la cama de Halldóra. Karitas estaba sola en la habitación de dentro, sin poder dormir. Empezaron a dolerle el estómago y los intestinos, tuvo que hacer constantes visitas al retrete. Su madre comprendía muy bien lo que pasaba. No se apartó de la cama de Halldóra más que una sola vez, cuando Karitas pasó a su lado y le cogió las manos, se las frotó y acarició, y dijo: Te vas a enfriar con tanto ir y venir, Karitas. La hija se inclinó y apoyó la cabeza en el regazo de su madre, que le acarició el cabello y el rostro. Así estuvieron largo rato.

Los hermanos pusieron el baúl en una carretilla, se calzaron las manoplas, se bajaron los gorros hasta las orejas y le dijeron que tenía que apresurarse, el barco no podía esperar a una niña tonta como ella. Intentaban mostrarse animosos, pero sus ojos no ocultaban la pena. Karitas besó a Halldóra en la frente y en los ojos, pero Halldóra estaba sumida en un profundo sueño, el rostro tranquilo y blanco, solo su mano se movió, pareció que de forma involuntaria, cuando Karitas se la apretó, un pequeño apretón de manos, un pequeño saludo de despedida.

Me despido de ti aquí, mi queridísima Karitas, y te veré irte, dijo Steinunn. La abrazó en las escaleras, se quedaron mejilla con mejilla escuchando cada una el latido del corazón de la otra. Acuérdate de rezar tus oraciones por las noches, y si tienes miedo a la oscuridad, recita el padrenuestro una y otra vez hasta que Dios te regale el sueño.

Bjarghildur estaba tiesa como un palo detrás de su madre, con los brazos cruzados sobre el pecho: No puedes irte así, como si no pasara nada, mientras tu hermana yace en el lecho de muerte, y ni se te ocurra darme un beso.

No seas así, dijo Steinunn.

Pero Bjarghildur no dio su brazo a torcer. Karitas estaba deshecha.

Los chicos mayores tiraron de la carretilla, Karitas les seguía llena de sufrimiento con el hermano pequeño de la mano. Miró muchas veces hacia atrás con la esperanza de que Bjarghildur fuera detrás de ellos, pero no vio más que el rostro pálido y serio de su madre al otro lado de la ventana de la cocina.

El pequeño Pétur le apretó la mano a Karitas: ¿Hay animales en Copenhague, Karitas? Creo que hay pájaros, le respondió ella, ausente. Bjarghildur dice que hay serpientes venenosas y monos antropófagos, tienes que tener mucho cuidado, Karitas. Ella no pudo seguir reteniendo el llanto que la acechaba desde que despertó, y abrazó a su hermanito llorando desconsolada.

Vieron el barco en el muelle, y el borde azul del mar detrás, el rompehielos había despejado el camino para la señora Eugenia. A la señora no se la veía por ningún sitio, aunque había mucha gente en el puente y aún estaban cargando el buque. Los hermanos treparon a bordo con el baúl y llegó el momento de las despedidas. Karitas miró a sus hermanos, y al momento supo que cuando volviera a verlos serían ya unos hombres hechos y derechos. Y su hermanito, un adolescente al que no llegaría ni siquiera al hombro.

Pero qué pequeña y flojucha que eres, dijo de pronto Páll, como si hubiera leído sus pensamientos. Bueno, es posible que engordes un poquito allí lejos, Karitas, dijo Ólafur con autoridad, y ella los besó a los tres una y otra vez, «y no te olvides de enviarnos cartas y postales y haz el favor de disfrutar la vida al máximo allí lejos». Y ella se secó las lágrimas y dijo que así lo haría, por ellos. Subió vacilante por la pasarela y ellos le hicieron adiós con la mano y añadieron toda clase de gracias hasta que se perdieron de vista. Karitas descubrió a la señora Eugenia, que estaba en la barandilla y se dirigió hacia ella, cuando vio a una persona vestida de azul corriendo hacia el muelle.

¡Es Bjarghildur!, exclamó, y volvió a descender por la pasarela.

Bjarghildur iba a toda velocidad cuando se encontraron, una sonriente de alegría, la otra con el ceño fruncido, pero Karitas no se dio cuenta hasta que se encontraron sobre la arena de la playa. Bjarghildur la agarró por el brazo, prescindió de toda formalidad y le espetó: ¡Y te largas, Karitas Jónsdóttir, dejando a tu hermana moribunda, siempre te arrepentirás! ¿Quieres cargar sobre tu conciencia habernos abandonado cuando más te necesitábamos? Somos una familia y tenemos que mantenernos unidos, ¿qué pasará si mamá enferma y muere? ¡Si te marchas, que el demonio te acompañe en cada paso que des, porque él se instala en las almas de quienes traicionan a sus amigos, de los que no piensan más que en sí mismos, de los petulantes que solo piensan en sus vestidos; ¡acabarás cubierta de escupitajos y de mierda, te lo juro!

Karitas supo en ese momento lo que su hermana le había dicho a Halldóra mucho tiempo atrás, en Seyðisfjörður.

¡Suéltame!, gritó aterrada ante su violencia y sus maldiciones, pero Bjarghildur no la dejaba ir, desfigurada por la cólera: ¡Tú no vas a ningún sitio, mala pécora, y ahora mismo te vas a volver a casa conmigo! Y tiraba de ella, con fuerza de toro, la arrastraba por el borde de la playa y Karitas intentaba soltarse dándole golpes en el brazo, miró hacia el barco, vio a la señora Eugenia vestida de oscuro en la barandilla, todo el mundo había subido a bordo, el barco estaba a punto de zarpar, parecía que se disponían a retirar la pasarela y ella luchaba como loca pero Bjarghildur se hacía más y más fuerte cuanto más se resistía ella, le dio un tremendo bofetón sin soltarla y Karitas cayó, se sintió levantada otra vez de un tirón, arrastrada por el cabello.

Ninguna de ellas vio acercarse a Steinunn. Apareció de repente en la calle, un poco más arriba de donde estaban ellas, vestida de gris, sin abrigo, con gesto adusto, llegó hasta ellas en un instante. Las separó con una sola mano. Sacudió violentamente a Bjarghildur: Cómo eres capaz de algo así, pegaros como chavales de la calle, delante de todo el mundo. Karitas se va a Dinamarca, entérate, y lárgate ahora mismo a casa.

Abrazó a Karitas por un momento, le arregló el mechón de pelo que se le había soltado y dijo: Corre, Karitas, y no dejes que nadie te detenga.

Todos sacudieron la cabeza cuando volvió, enrojecida y jadeante. Volvieron a bajar la pasarela. La señora Eugenia no se había movido del sitio. Estaba allí de pie, señorial, mirando a tierra, y en sus labios se dibujaba una sonrisa. Miró de reojo a Karitas y dijo: Hasta en las mejores familias pasan cosas, ¿verdad?

Karitas no pudo responder, no estaba en condiciones por el momento. En su mente no tenía el rostro desencajado de Bjarghildur sino el rostro de su madre. Sus ojos. Estaban enrojecidos, como si hubiera llorado. Había llorado viéndola caminar hacia el barco. Jamás la había visto llorar. Creía que su madre no lloraba. Y allí seguía, mirándola, mirando a la menor de sus hijas.

Vestida de gris, en la playa.



## **Karitas**

Delantales colgados a secar, 1923

*Dibujo a lápiz*

El viento llega de todas direcciones.

El cielo es gris, los árboles tienen un aspecto lamentable después del invierno.

La calle es corta y angosta, las filas de casas como castillos de naipes de baja altura. La gente está despertando, por las ventanas entreabiertas oigo voces, tintineo de platos, pero nadie se asoma.

La gente no oye nuestros pasos por el viento.

Mis hermanos arrastran el baúl en una carretilla, yo les miro arrobada a los tres, uno tras otro. Ahora son unos hombres de lo más apuestos. Casi me siento tímida pero sé que son ellos los tímidos, porque yo, la más pequeña del grupo, soy mayor que ellos y vengo del extranjero.

La hermana vuelta a casa tras una larga ausencia.

Me hablan de la gente de la capital. Yo les escucho, no aparto los ojos de ellos, hasta que uno señala una casa marrón claro, y dice: Ahí vivimos.

Pero yo no miro la casa, solo veo la ropa lavada, deslumbrantemente blanca, en las cuerdas al lado de la escalera.

Delantales de mi madre.

Tres delantales grandes, blancos y conocidos. Las vueltas cuelgan, las pretinas se retuercen unas con otras.

Y mi madre baja por la escalera.

—¿Atelier?

—Significa taller.

Ya lo sé, el fotógrafo de Akureyri llamaba *atelier* a su taller. ¿Y tienes dinero para el alquiler?

—No, el dinero se me ha terminado. Estaba pensando en ir al norte este verano para la campaña del arenque.

—Dicen que el arenque no se ha dejado ver aún por el norte, aunque junio está ya muy avanzado.

—También quiero montar una exposición de mis cuadros en Reikiavik, pero necesitaré dinero para que me hagan los marcos.

—Tu hermano Páll es muy mañoso, él podría construirte unos cuantos marcos. Con Ólafur no vale la pena hablar, desde que entró a estudiar en la universidad no tiene tiempo para nada que no sean las leyes.

—Tengo que montar una exposición.

—Bjarghildur montó una exposición chulísima de labores manuales en el norte, con las mujeres de la Asociación de Mujeres. Yo nunca lo habría pensado, porque era Halldóra la más hábil con las manos. Y tú nunca pudiste dedicarte a las agujas de tejer, Karitas.

—Jamás pensé que Halldóra fuera a morir.

—No pasa nada si te pones más paté de cordero en el pan, siempre te ha encantado. Coge más bizcocho. Sí, la buena de Bjarghildur se lo ha montado estupendamente en el norte. Desde que se casó con Hámundur se ha encargado ella del trabajo de la vieja señora y desde luego nadie ha visto nunca la granja de Þrastabakki en mejor estado.

—Nunca respondió a mis cartas.

—Pero seguramente habrás conocido a algún hombre en Copenhague, ¿verdad?

—Tenía un amigo que me invitaba a veces a restaurantes y cafés, el año pasado. Creo que no éramos solo buenos amigos. Quería que fuese con él a Roma.

—¿Hay algo que ver allí?

—Todos los artistas van a Roma, mamá.

—¿De verdad? En tus últimas cartas no decías nada de la señora Eugenia, ¿qué fue de ella cuando tuvo el niño?

—Se fue a París con su amante.

—La gente se lo pasa de miedo, me parece.

—Pero a mí me siguió llegando el dinero hasta el año pasado, entonces cesaron las remesas. Por eso estuve tan corta de fondos los últimos meses y no pude ir a Roma.

—Llevas la falda demasiado corta.

—Es la moda de ahora, mamá.

—Ya lo sé, pero en esas cosas tienes que ir con cuidado. Por aquí, la gente ve mal la ostentación. Aunque sea en alguien con una formación tan estupenda. Y por estas tierras los hombres no caen rendidos ante las costumbres extranjeras. ¿Así que piensas irte a Siglufjörður? La gente dice que es un lugar peligroso para las mujeres jóvenes. Vuelven de allí más gordas de lo que llegan. Y necesitas dinero, y con el paro que hay aquí no vas a encontrar mucho donde elegir. ¿No sería mejor, tal vez, ir a casa de Bjarghildur a trabajar de bracara? Su casa es un sitio muy animado y todos ellos son de lo más hospitalarios, sobre todo desde que Bjarghildur aprendió a tocar el órgano y entró en el coro de la iglesia, allí no te aburrirías ni pizca.

—Pienso alquilar un taller y montar una exposición, y necesito una buena suma de dinero. Tengo que trabajar en el arenque. Te voy a pedir que me guardes uno de los baúles, el que tiene mis cuadros.

—Si vas al norte, no te olvides de hacer una visita al cementerio.

—¿Quieres ver mis cuadros, mamá?

—Los miraré a la vuelta de misa.

Dos amigas de infancia, hermanas de leche y muy temerosas de Dios, que se habían propuesto liberar el mundo y consagrar todas sus energías a Cristo mediante actividades benéficas, pero que al mismo tiempo deseaban adquirir bienes materiales antes de seguir su vocación, tuvieron ocasión de poner manos a la obra cuando estaban aún a bordo del barco costero.

Viajaban al norte, a trabajar en el arenque igual que Karitas, y cuando vieron cómo la torturaba el mareo, la acogieron bajo sus alas protectoras y la cuidaron hasta el final del viaje. Las dos eran perfectamente capaces de levantarse de sus literas sin dificultad y de comerse sus provisiones. Vaciaban el cubo de su protegida para que el mal olor no la hiciera vomitar otra vez, le lavaban la cara con mucho cuidado después de cada vómito y le cantaban himnos religiosos en cuanto el mareo se calmaba un poco. Karitas estaba conmovida por su bondad. Las dos eran de Snæfellsnes, ambas tenían ojos castaños, frisaban los treinta años de edad y le dijeron, en un momento en que se hallaba consciente, que estaban felices y contentas de no haber tenido jamás trato con un hombre, y que en consecuencia podían mostrarse ante el Redentor puras e inmaculadas y mirarle cara a cara cuando las quisiera llamar.

Yo me llamo Helga y esta se llama Ásta, nació al empezar el año, como casi todos los hijos de su madre, que todos los años cambiaba de casa donde servir y dejaba a su retoño recién nacido con la señora, y yo nací antes de las Navidades de ese mismo año, pues al tiempo que mamá acogió a Ásta como hija adoptiva se quedó embarazada, aunque ella creía que jamás iba a tener hijos. De modo que fuimos un regalo de Dios, dijo, y nosotras esperamos que gracias a nuestros actos y al amor al prójimo podremos demostrar que es cierto. Ahora te ayudaremos a ponerte de pie, estamos entrando en Siglufjörður, ¿no oyes graznar las gaviotas? Ásta nunca conoció a su madre, que en paz descansa, que iba moviéndose de parroquia en parroquia como un alma en pena que no consigue hallar la paz en ningún sitio. Cuentan que se cayó por un acantilado, desapareció una noche que hacía un tiempo de perros y nadie volvió a verla nunca más. Siéntate aquí con nosotras en cubierta, y mira la ciudad. Aunque la niebla te ciegue la vista, aún puedes entrever por todas partes los barriles de arenque en el muelle, ¿no son como las montañas que rodean el fiordo? Aunque una vez amó a un joven, él tocaba el violín y restauraba iglesias, y corren historias de que habían decidido casarse, pero a fines de otoño un campesino le mandó a buscar ovejas que no habían podido recoger todavía, y cuando estaba buscándolas se desató sobre el páramo una terrible ventisca del norte, se extravió y la gente piensa que debió de caerse en alguna grieta profunda de los roquedales que hay cerca del río. ¿Ves toda esa gente en el muelle y en la ciudad, qué muchedumbre? La gente dice que la población se multiplica por diez en verano, pero la madre de ella se volvió muy rara después de la desaparición del novio, muchas veces salía en plena noche porque había creído oír el violín en los prados y finalmente se marchó de la región en la que vivían los dos. Es mejor que Ásta te lleve el bolso, tú coge el saco de tu ropa de cama y luego yo te sujeto para bajar los escalones, para que no des un traspie, y se dedicó a ir de granja en granja, trabajaba de sirvienta, sobre todo donde había iglesias, creyendo que el joven podría ir por allí a hacer alguna reparación, y como era muy agraciada, los peones no la dejaban nunca en paz, pero estaba siempre con la cabeza en otro mundo y no se daba cuenta de adónde llegarían los arrumacos que le hacían hasta que ya era demasiado tarde. No hay nadie salando, no han llegado los arenques, pero su alma no conocía la paz y cuando nació el niño se lo dejó a la señora de la casa en que trabajaba y le pidió que se ocupara de él mientras ella buscaba al joven; había oído el violín y sabía que no podía estar muy lejos. Pero déjame ver cómo se llama el hombre a quien tienes que ir a ver, Ásta y yo te acompañaremos antes de ir a ver al que se encargará de nosotras, y bueno, no volvió nunca a recoger a su hijo y una noche, cuando una tormenta horrible de nieve recorrió todo el este, la gente la oyó levantarse pero no la oyeron volver, y al día siguiente, cuando clareó y la tormenta amainó un poco, no pudieron encontrarla por ningún sitio. La estuvieron buscando varios días, pero luego se dieron por vencidos, dijeron que se había caído de las rocas, y bueno, ahora ya nos despedimos de ti, gracias por la compañía y que todo te vaya muy bien.

El barracón estaba al lado del mar. Karitas se presentó en la oficina del segundo piso, y tras escuchar los bufidos y las quejas del oficinista por la falta de arenques de los últimos días, le indicaron que fuera al tercer piso, donde se alojaban las arenqueras, en la tercera habitación a la izquierda, y le dijeron que tendría que salir a trabajar en cuanto llegara el arenque. Ante ella había dos literas en una habitación pintada de azul, una estaba vacía y en la otra estaba sentada una mujer joven con las piernas cruzadas, fumando un cigarrillo en una boquilla, como si estuviera en algún salón elegante. Llevaba el pelo muy corto y una falda que le llegaba justo a las pantorrillas.

Buenos días, dijo con voz grave, ¿te apetece un Theofani? Y le ofreció el paquete de cigarrillos.

¿Por qué no?, dijo Karitas tras un instante de reflexión, aunque nunca había acabado de cogerle el gusto al tabaco. Pero la chica le recordaba al mundo que acababa de abandonar pero en el que habría deseado permanecer por más tiempo, y le apetece hacerse amiga suya para mantener vivo el recuerdo. De modo que puso en el suelo el baúl y la bolsa con el edredón, dejó que le encendiera el pitillo, se sentó en la litera de enfrente y allí estuvieron fumando un rato sin decir nada, con gesto un poco irónico, pero a través del humo se formó un lazo entre ellas, y un motivo para conocerse mejor, y soplaron y chuparon los cigarrillos echándose el humo una a otra hasta que la chica dijo: Me llamo Pía y soy de Reikiavik; ¿y tú, de dónde eres?

Karitas abrió la boca pero vaciló antes de responder, pues de pronto se dio cuenta de que no sabía de dónde era, no era de Akureyri, se había marchado de allí hacía ya cinco años, tampoco de Copenhague, eso estaba claro, y difícilmente podía decir que de Reikiavik aunque su madre viviera allí, pues solo había pasado dos noches en su casa. Estaba a punto de decir: Soy del oeste, pero entonces se le ocurrió una respuesta mejor: Me llamo Karitas y vengo del extranjero. Y se desmayó. Cuando volvió en sí, lo primero que se le pasó por la cabeza era que seguía mareada y en mar abierto, pues las hermanas de leche seguían prestándole sus cristianos cuidados y ella seguía vomitando.

¿Cómo se le pudo ocurrir a esta chica fumar con el estómago vacío?, dijo Helga, hablándole en tercera persona, pero me parece que no ha sido nada serio, enseguida se pondrá mejor, porque Ásta ha preparado una papilla de avena que le vamos a meter a cucharadas, y luego la meteremos en la cama bien tapada para que duerma un poquito. Qué suerte que también aquí nos mandaran a Ásta y a mí, nosotras ocuparemos las literas de arriba y podremos cuidarla.

El arenque seguía sin dar señales de vida. Los especuladores sacudían la cabeza, hechos un manojo de nervios, desde principios de siglo lo habían pescado a carretadas, ¿adónde se había ido, qué estaba pasando en las profundidades, se habría dormido, estaría maldito? Las barcas buscaban día y noche y las chicas de la salazón que habían llegado al norte sin apenas dinero empezaban a preocuparse. Los primeros días aún estaban segurísimas de que era un trabajo seguro con el que ganarían un montón, pero ahora las cosas no parecían tan evidentes, pues cuando unas mujeres jóvenes no tenían más que hacer para acortar las horas que ir de un lado a otro y pasear de tienda en tienda, el monedero se vaciaba muy deprisa. En el pueblo había tal cantidad de gente que parecía una gran capital, en los comercios había tal gentío que la gente no podía ni moverse del sitio, y en las tabernas instaladas en casuchas de madera de una planta apenas se podía respirar por la aglomeración y el humo del tabaco, por no hablar del olor a aceite de pescado y el tufo de las ropas marineras.

El barracón se llenó de arenqueras, muchas de las cuales habían hecho un largo viaje con la esperanza de ganar un buen dinero, y se morían de ganas por empezar de una vez. Mientras esperaban el arenque intercambiaban novedades e historias en la cocina, que se convirtió en algo parecido a los acantilados donde anidan las aves, y engullían tazas de café hasta que les entraban náuseas. Las hermanas de leche se pusieron en marcha para encontrar tareas dignas de ellas en aquella ciudad atormentada por el pecado, tal como la llamaban ellas mismas; no osaban entrar en las tabernas, donde los hombres bebían en exceso de aquella pócima amarga llamada cerveza, y se hacían saltar los dientes unos a otros porque no tenían nada mejor que hacer, sino que aguardaban a los pecadores en el dispensario noruego, donde tenían ocasión de ayudar en caso de necesidad, pues no pedían salario alguno por su colaboración. De modo que pasaban muy poco tiempo en la habitación, porque estaban siempre fuera y además porque les disgustaba el constante fumar de Pía, que ellas consideraban una muestra del libertinaje propio de las chicas de la capital. Su peinado y su forma de vestir les causaban gran congoja, y aunque el aspecto de Karitas no era en nada diferente al de Pía, a ellas les daba la sensación de que ella era de otra ralea. Ten mucho cuidado, decían las dos muy serias antes de salir de la habitación con un frufú de faldas, aún no se habían atrevido a usar faldas a la moda, y Karitas entendía sus palabras en el sentido de que no debía permitir que Pía, la capitalina, la llevara por el mal camino.

Muchas veces se tumbaban en sus literas en silencio; Pía fumaba y leía, Karitas pensaba. No sabía nada de Pía, los daneses le habían enseñado a no preguntar demasiado por las cuestiones personales de la gente que acababa de conocer, y a la otra parecía agradecerle la situación y no mostraba demasiado interés por sus asuntos. Nunca preguntaba nada, probablemente para que no le preguntara tampoco a ella. Si charlaban era sobre la salazón del arenque, que esperaban que diera comienzo de una vez. Pía estaba un poco inquieta porque no tenía idea de manipular el pescado, de modo que Karitas le explicó pormenorizadamente el tratamiento del arenque, desde que llegaba a las manos de las chicas hasta que estaba depositado en el fondo del tonel, cortado y salado. También charlaban sobre la gente del barracón y se reían de los que tenían alguna rareza. Una noche, hartas ya de inactividad, metidas en la cama, a punto de dormirse y con las hermanas de leche recitando sus oraciones, Pía les preguntó de pronto si nunca habían pensado en hacerse misioneras.

Se produjo un instante de silencio mientras las ocupantes de las literas de arriba decidían si sería prudente o no responder a su cínica pregunta, y entonces exclamó Helga que tenían intención de asistir a una escuela de misioneras en Noruega, pero que primero necesitaban dinero para el viaje. Tras unas explicaciones tan reveladoras consideró oportuno que las ocupantes de las literas de abajo expusieran también sus propósitos y les preguntó con qué objetivo intentaban reunir dinero. Como Pía siguió callada como una piedra, Karitas no tuvo más remedio que contestar, pues las hermanas de leche le habían hecho a ella algunas confidencias, de manera que les dijo que se había quedado sin un céntimo después de pasar cinco años estudiando en Copenhague y que ahora necesitaba fondos para montar un taller.

Vaya, otra modista, dijo Pía con tedio.

Estuve en la Academia de Bellas Artes, dijo Karitas, cortante.

Entonces serás de lo más mañosa, dijeron las hermanas de leche al unísono. ¿Sabes hacer bordado francés? Karitas tuvo la sensación de que aquel no era ni el lugar ni el momento para hablar de arte, mucho menos para mostrar sus conocimientos, de manera que preguntó a Pía con toda cortesía si podía decirles ella algo sobre sus planes, si quizá lo que deseaba era convertirse en señora importante en Reikiavik. Pía se sentó en la cama: Yo quiero reunir dinero para viajar por Islandia, quiero observar las plantas de los campos de lava, los insectos de la orilla del mar, las truchas de los lagos, los pájaros de los roquedales, los zorros de los páramos y los trols de las montañas. Y volvió a acostarse y se volvió hacia la pared. Pero sus palabras no satisficieron la curiosidad de las otras, como esperaba, sino que provocaron la intranquilidad que dormita en el fondo del alma las noches de verano, cuando el sol ha apagado la llovizna y se ha aposentado, ataviado con rojos vestidos, sobre el fiordo. Deseaban oír algo más sobre la raposa que corretea por los páramos, ver los bancos de truchas subir río arriba, oír al zarapito trinando en el silencio solitario, ansiaban salir a la noche estival. Y se sentaron en el borde de la cama y se lanzaron a hablar, cada una tenía su propia historia que contar, aunque todas trataban de sus encuentros con los irracionales en los campos abiertos, incluso las pulgas de mar debajo de las piedras de la playa tuvieron su capítulo especial. Ya que sus corazones habían podido encontrarse en la naturaleza, se pusieron a hablar de sus madres respectivas, y se enteraron de que la madre de Pía era una gran señora danesa que bebía aceite de hígado de bacalao en copita de plata. Rompió a llorar cuando su hija le anunció su decisión de recorrer los despoblados de aquel país inclemente donde las aves de presa se deslizaban sobre volcanes que vomitaban fuego, eso no era nada femenino y le acarrearía pésima fama, nadie querría a una mujer que se hubiera dedicado a recorrer montañas y eriales vestida con pantalones de hombre, y ella se encargaría de que no consiguiera una sola corona para semejante viaje. Pero la hija se limitó a mirar a su madre con absoluta tranquilidad: «Pues si eso es lo que quieres, mamá, me iré a Siglufjörður a trabajar en el arenque y así conseguiré el dinero.» Y entonces dijo la madre: Dios mío, me desmayo. Y se desmayó.

Miraron con admiración a la heroína que aún no había ganado un solo penique y se sintieron felices y emocionadas, era como si el aire estuviera preñado de valentía y decisión, el sol se había puesto en movimiento tras su siestecilla de medianoche y desde las barcas arenqueras del fiordo llegaron gritos de entusiasmo.

Salieron entonces a la noche estival.

La puerta del barracón se abrió de par en par, el encargado golpeaba con fuerza las puertas de las habitaciones: ¡El arenque!

Escondieron los mechones de cabello debajo de las pañoletas, hasta el último pelo que pretendía seguir libre, se pasaron las manos por las sobrefaldas enceradas, que les llegaban hasta los tobillos, se calzaron los calcetines de lana y las botas hasta la rodilla, metieron las manos en los finos guantes de goma, con las manoplas por encima, y bostezaron, listas para la faena. Las chicas ya acostumbradas salan suficiente para llenar cuatro barriles en una hora, y las mejores salan hasta seis, dijo Karitas, que conocía el oficio de sus años de salazón en Akureyri, y las otras se estremecieron, novatas del campo y la ciudad que jamás habían estado cerca de un arenque, y sintieron frío aunque brillaba el sol. Si el estremecimiento se debía a la tensión nerviosa o al temor o a la falta de sueño, no lo sabían, pero no se arrepentían de los ratos de convivencia de esa misma noche, que las había acercado.

¡Traed sal para acá, chicos!, vociferó Karitas, que sabía comportarse cuando estaban en el arenque, ¡traed otro barril ahora mismo! Como si salase ella sola por tres y no pudiera perder ni un segundo.

**Karitas**  
Barriles de arenque, 1923  
*Acuarela*

El sol brilla en plena noche.

Las barcas navegan veloces hacia el final del fiordo, cargadas hasta los topes se dirigen hacia las explanadas donde preparan el arenque, allí esperan las chicas armadas de tijeras.

Desembarcan los arenques, los meten en las cajas donde se retuercen y brillan como el tesoro de las mil y una noches. No nos dejamos impresionar por los estertores de la agonía, les metemos los dedos y los asfixiamos con frialdad.

Las explanadas están rebosantes de gente, hombres y adolescentes se empujan unos a otros, gritando, vociferando. Como si se hubiera desatado un altercado.

Las gaviotas atruenan.

Competimos unas con otras, sudamos, nos quitamos los jerséis exteriores.

Ese te está mirando, dice Pía.

La miro con ojos interrogantes.

Allí arriba, dice ella, indicándome con la cabeza la proa de una barca arenquera.

No veo a nadie, pregunto qué pinta tiene.

Guapo, dice Pía. Noto un cosquilleo que me atraviesa. Pero no habría tenido por qué molestarme que me mirase un hombre guapo. Lamento un poco no haberme dado cuenta.

Sigue mirándote, dice Pía.

¿Dónde?, pregunto, y un arenque se me escapa de las manos.

Allí, al lado de la carreta, al lado del montón de barriles. Ya le has perdido, se ha ido detrás de los barriles.

Los barriles de arenque están apilados formando montañas imposibles de escalar a nuestro alrededor, por todos lados, no veo a ningún hombre, empiezo a perder las fuerzas, no he dormido, estoy agotada, tengo hambre. Le digo a Pía que se deje de tonterías, que se concentre en el trabajo, que no le pagarán por quedarse mirando a los hombres.

Ese sigue mirando, dice Pía al poco.

¿¿Dónde?!, le espeto a la cara.

Delante de ti, farfulla Pía entre dientes.

Levanto la vista. Miro unos ojos color verde mar.

Es muy guapo. Alto, fuerte pero delgado, el cabello castaño, las cejas oscuras.

Lleva un jersey azul de lana gruesa, una mano en el bolsillo, la otra sujeta un cigarro, postura desenfadada, pero la mirada, esa mirada celestial.

Le veo al sol en medianoche.

Oigo música dentro de mi cabeza cuando me mira.

Tras un día entero de turno de arenque volvieron dando tumbos a los barracones, pidiendo a Dios que produjera una marejada aunque les costara dinero, se metieron como pudieron en las literas, se durmieron cuando aún se estaban quitando la ropa. Los arenques bailaban ante los ojos de Karitas, los barriles, las tinas, los moldes, la gente, la muchedumbre, y aquel hombre, una y otra vez, sin fin, aquel hombre, lo moldeaba mentalmente para poder hacer un boceto, en algún momento, a solas, cuando se le suavizaran las manos. Tenía las manos hechas una pena, rojas, comidas por el arenque, le preocupaban las manos y el olor se le había metido hasta los huesos.

Chillaban como cachorritos cuando las hacían levantarse después de tres horas de sueño, bajaban a la explanada como borrachas, no podían recordar ni qué día de la semana era. La competición había desaparecido, y en cambio intentaban animarse lo más posible unas a otras, apretaban los dientes, se metían ánimos trabajando, como decían las más mayores. Dar patadas con fuerza a los barriles, una vez tras otra, cuando el sueño estaba a punto de adueñarse de ellas, preferiblemente hasta hacerse daño. Les dolía la cabeza por no dormir, pero se burlaban unas de otras, soltaban palabras nada apropiadas en labios de unas chicas decentes, les entraban ataques de risa mientras cortaban los arenques con los labios apretados. En la cuarta jornada de trabajo, con orvallo y viento gélido, cuando tenían la sensación de no haber dormido desde que eran niñas de chupete y el duro trabajo las había puesto malhumoradas e irritables, Ásta, que por regla general nunca decía casi nada, se puso a cantar. Empezó bajito, luego fue canturreando por la nariz, con la boca cerrada, una canción que nadie conocía, pero entonces empezaron a brotar de ella las palabras, un verso y luego otro, eran poemas conocidos por todas, al final cantó una estrofa entera, elevó la voz y las demás callaron y escucharon. Era más fácil trabajar con la canción en los oídos, desearon que siguiera cantando hasta el final de la jornada.

Parad ya esa maldita cancioncita, exclamó el capataz, que consideraba su deber mantener bien alta la alegría del trabajo mediante insultos reiterados, pues las chicas respondían al momento con sus propios denuetos, lo que era motivo de gran diversión, pero ese día no le respondieron, solo le chistaron para que se callara, estaban escuchando una canción. Ansiaban oír música. Mejor si era de una orquesta entera. Mazurcas o polcas. O un vals. En Copenhague había bailes. Valses en los suelos deslumbrantes como espejos de un gran salón donde ardían las luces en refulgentes arañas de cristal y los músicos vestían frac.

Por fin bailarían en el extremo septentrional del mundo.

El salón de baile sería la explanada del arenque, el sol vespertino hacía las veces de araña de cristal, lana islandesa en vez de frac.

Y para entonces, las arenqueras habían dormido doce horas seguidas, y tan profundamente que quienes estaban levantados y echaban un vistazo por los barracones temían que se hubieran ido todas al otro mundo, tanto miedo provocaba el silencio. Después se oyeron susurros y gorjeos desde las literas, risitas y carcajadas: Seguro que al acabar el turno seremos ricas. Tengo que lavarme el pelo, ¿quién ha cogido mi jabón? ¿Dónde está la blusa que colgué en el cuartito? Me muero de hambre, ¿no tendrá alguien un poco de pan negro? ¿Quién dijo que tenía polvos? ¿Alguna piensa hacer café? ¿No habrá que calentar las tenacillas? Se acicalaban unas a otras, se prestaban cosillas que podían tener una importancia decisiva para su imagen, pero las hermanas de leche estaban algo inquietas. Tenían ganas de participar en el baile, pero ¿sería del agrado del Señor, y no afectaría a la decencia, que la vieran a una en brazos de un hombre? Además de que algunos tenían por costumbre pegarse más de lo debido y eran de lo más testarudos, pero por otro lado tenían que mezclarse con la gente, como hizo incluso el Redentor, juntarse con los desamparados.

Creo que será mejor que nos quedemos en casa, dijo Helga con pesar, nuestras viejas faldas están pasadas de moda.

Nadie nos sacará a bailar, dijo Ásta, que por regla general nunca decía nada, somos unos adefesios. Miraron a las damiselas a la moda, con el pelo corto y faldas que apenas les tapaban las pantorrillas, y resignadas volvieron a sus almohadas.

Bailaremos unas con otras, corderitas mías, dijo Pia, os presto unas faldas si sois capaces de ponéros las. Y lo fueron.

La noche era cálida, bastaba con las rebecas. Tuvieron que abrirse paso como pudieron para llegar hasta la explanada, una muchedumbre que parecía arenques en tonel, unos encima de otros, muchos estaban radiantes, otros ilusionados ante la fiesta, tenían por delante la luminosa noche estival, música, vino y chicas guapas, la energía les corría por las venas como ardiente lava. Mazurca, polcas y *reels*, las chicas bailaban unas con otras, con otras chicas y con hombres, del pueblo, de las parroquias vecinas, de la capital, del este, del oeste, se dejaban aunque ellos las apretaran más de lo debido, tanto que ellas creían notar cada parte del cuerpo de los varones además de su jadeante respiración.

Y cuando Karitas se sentó sobre un barril para descansar un poco, volvió a verle. En rápido baile con una chica muy agraciada, como si llevara todo el tiempo bailando, tenía la frente sudorosa y parecía cansado. Pero no le había visto. Le había buscado con la mirada, no le había visto. Y eso que era de los más altos, así que habría debido verle. Y él la vio a ella. Estaba totalmente segura, apartó la vista, él la miraba en cada giro, aunque no se acercó para invitarla a bailar, danzaba con todas menos con ella, pues muy bien, estupendo, no tenía tiempo para tonterías, tenía cosas más importantes que hacer, lo mejor sería volver al barracón, así podía hacer unos cuantos bocetos tranquilamente antes de que volvieran las bailonas. Ellas no intentaban disimular su interés por los de los pantalones. Pia andaba con un noruego colgado del brazo, las misioneras estaban en animada conversación con unos estudiantes de la capital que no hacían más que pasarse la petaca de aguardiente pese a las miradas de reproche de sus interlocutoras. De manera que sí, lo mejor sería volver para casa antes de que los hombres se emborracharan demasiado y empezara la gresca. Se puso en marcha hacia el barracón, despacito, no demasiado convencida, pensando si no estaría ya demasiado vieja y cansada de la vida, lo cierto era que sentía cansancio en las piernas cansadas, los dedos sufrían estrujados en los estrechísimos zapatos de domingo, estaban tan doloridos que se inclinó, se quitó los zapatos, se quedó con los calcetines de seda e hizo un rápido cálculo de cuánto tiempo tardaría en llegar al barracón.

Entonces la levantaron en el aire.

Se llevó tal susto que fue incapaz de articular un solo sonido, pero las manos dejaron caer los zapatos.

Era él, el hombre aquel.

Karitas le miró a los ojos, sintió un débil olor a alcohol y tabaco, a jabón de afeitar y a arenque, y se sintió entre sus brazos como si fueran de hierro. El hombre se inclinó, se puso en cuclillas sin que ella se moviera, para que pudiera recoger sus zapatos. Luego volvió a erguirse y se miraron a los ojos antes de que él se pusiera en camino siguiendo el ritmo de la atronadora música de baile que llegaba de la explanada.

Quiere llevarme en brazos a casa porque vio que ya no puedo ni andar, pensó ella, expectante por saber cómo acabaría la aventura, pero él siguió otro rumbo, pasó de largo por el barracón, continuó por la calle y subió la cuesta. Ella no dijo nada aunque estaba inquieta, no quería hacerle el favor de hablar ella primero, el hombre podía iniciar la conversación justificando lo que hacía. Si es que no era mudo.

La depositó al lado de una gran roca que había rodado desde lo alto de la montaña en tiempos inmemoriales para dirigirse al mar pero se vio detenida por los espíritus ocultos de la comarca, y una vez la hubo soltado, dijo: Eres como una pluma.

Vaya, me alegro mucho de oírte hablar, pensaba que a lo mejor eras mudo, respondió ella, pero, si no te importa, ¿puedes decirme qué estoy haciendo aquí?

Se quitó la chaqueta, la noche era suave, él estaba sudoroso, y la extendió sobre la hierba: Por favor, siéntate aquí. Ella se sentó en la chaqueta del joven, que se sentó a su lado, los hombros de los dos se rozaron, y contemplaron las montañas del otro lado reflejándose en el fiordo. Ella estaba ansiosa por hablar, las palabras peleaban unas con otras en su interior, pero no se rindió, que dijera él algo, el hombre, por qué la había subido hasta allí. Pero él no tenía nada que decir, al parecer no tenía la menor intención de iniciar una conversación. Al final la miró, estiró el brazo, se lo puso sobre los hombros y la apretó contra él. Como si llevaran largo tiempo prometidos. Ella sintió su calor, era terriblemente agradable, pero al mismo tiempo la iba invadiendo una pizca de temor, ¿qué pensaría hacer ahora?, podía hacerse tarde, y entonces dijo él: Esta noche nos hacemos a la mar otra vez.

Ah, vaya, fue toda su respuesta.

Pero creo que no encontraremos arenque. De momento ha desaparecido. Claro que podría volver, pero este verano, no, Karitas.

¿Cómo sabes mi nombre?

Uno pregunta por ahí. Recién llegada de Copenhague, te graduaste en artes de costura, ¿no es eso?

Acabo de volver, respondió ella deprisa, y como la mano de él le acariciaba el costado, se acercaba amenazadora a sus muslos, las palabras surgían de su boca a borbotones, chocaban unas con otras, incoherentes, mientras ella intentaba ordenarlas: Una vez estaba yo sentada en esta misma ladera con mis hermanas, las tres lloriqueando, era una bonita noche de primavera, aunque creo recordar que un poco fresca, y Bjarghildur se comió las gachas que eran para mi difunta hermana Halldóra. Óli trajo un plato y yo otro, y ella se comió los dos. La buena de Bjarghildur siempre tenía apetito, dijo, y le miró profundamente a los ojos para que comprendiera que aquello fue algo muy importante.

¿Por qué lloriqueabais?, preguntó él, escasamente interesado por el apetito de Bjarghildur.

Bueno, pues porque Halldóra echaba mucho de menos a Sumarliði, aunque no decía nada.

¿Y tú echarás de menos a Sigmar?

¿A qué Sigmar?, preguntó ella, confusa.

A este, dijo él, se volvió hacia ella y la tumbó de espaldas.

Ella le dejó que la besara un momento, no creo que eso me haga ningún daño, pensó. Pero él era como todos los hombres, no estaba hecho para besar y quedarse ahí, el Creador le había encomendado una misión más importante y nada parecía indicar que él estuviera dispuesto a escaquearse de su misión. Era evidente que estaba lanzado, cualquiera podía darse cuenta, oh, Dios mío, en qué lío me he metido, pensó ella, y le pegó en la cabeza tan fuerte como pudo. Pero era como apartarse una mosca moviendo un poquito la mano, de modo que le tiró del pelo, porque sabía que a los chicos les dolían los tirones de pelo, y le gritó: ¡¿Pero te has vuelto loco?!

Él se detuvo, cansado como si hubiera estado corriendo: Perdona, me dejé llevar.

Ella tuvo la sensación de haber oído ya esas mismas palabras.

Voy a buscar algo para comer los dos, dijo él como si aquel fuera el siguiente punto de extenso programa, y tú me esperas aquí, no te muevas, y echó a correr colina abajo. Ella le siguió con la mirada mientras se calmaba, él miró hacia atrás para asegurarse de que ella no se movía, y desapareció en la agitación de la multitud. ¿Debería irme, o quedarme?, pensó ella, y metió los pies en los estrechos zapatos, si me voy le pierdo y no volveré a verle nunca, irá a por otra, pero si me quedo aquí, eso podría tener consecuencias muy penosas. Bebió por un instante el aroma de la chaqueta del hombre, luego empezó a bajar la ladera. El baile resonaba por la explanada, la conmoción había prendido en los hombres demasiado alegres. Le buscó con la mirada, esperaba verle o que él la viera a ella, pero le resultaba difícil distinguir a la gente desde lejos. Esperó un momento a la orilla del mar, pensó que debía decirle que su chaqueta seguía en lo alto de la ladera, pero como no había señal de él por ningún sitio, se ajustó el jersey sobre el pecho y subió los hombros para arrebujarse. Tenía ya la mano sobre el pomo de la puerta cuando otra vez la levantaron por el aire. Estaba enfadado. Y tenía la boca ensangrentada. ¿Qué te ha pasado?, tartamudeó ella.

No tuve más remedio que zurrarles a unos tipos de Reikiavik. Pero conseguí una limonada para ti y un poco de aguardiente para mí, vamos otra vez a la colina.

Ella intentó soltarse de sus brazos.

Estate tranquila, prometo que no te haré nada, dijo él, esta noche, no.

Pasaban las noches y el arenque había desaparecido otra vez.

Las hermanas de leche estaban tumbadas en el barracón, rezando cada una en su litera con las manos juntas, y cuando su runrún concluyó, Pía preguntó a Karitas por qué no hacía unos dibujos de las dos, para venderlos como estampas piadosas. Sentaos en mi litera las dos y poneos a leer juntas esa Biblia vuestra, les ordenó, Karitas ha estudiado artes en la Real Academia y va a hacerlos un dibujo inmortal. Las hermanas de leche obedecieron, se descolgaron de las literas de arriba, ya que había mencionado la Biblia, sin apartar los ojos de la artista, «¿no eras modista?», y se sentaron en la litera de abajo un poquitín aturdidas. Les pusieron la Biblia en las manos. Mejor si inclináis la cabeza, una hacia la otra, y lo hicieron de mil amores, sujetad la Biblia las dos, así, eso es, qué bonito, dijo Pía.

He hecho muchos dibujos de mujeres, de muchas chicas en distintas posturas, dijo Karitas mientras trabajaba, pero a nosotras no nos permitían dibujar modelos desnudos, aunque habría sido una práctica imprescindible para estudiar a fondo la musculatura del varón, sus hombros, cuello, brazos, pecho, caderas, muslos, y bueno, todo eso. Teníamos que dibujar modelos de yeso.

Vámonos, Ásta, balbuceó Helga, ruborizada, cogió la mano de su amiga con intención de sacarla de allí. Pía consiguió salvar el dibujo excusando la forma de hablar de Karitas, era habitual que los artistas hablaran del cuerpo humano como si de un paisaje cualquiera se tratara, la regañó por pensar en voz alta y empujó a las hermanas de leche hasta que estuvieron otra vez sentadas en su sitio. Dijo que ella se iba a la cocina a fumar un cigarrillo. Allí la dibujó a ella Karitas más tarde, sentada a la mesa con la taza de café y junto a esta un paño a cuadros, los ojos entornados, un cigarrillo en la comisura de los labios, y se empeñó en quedarse el dibujo. También se guardó el de las hermanas de leche sentadas en la litera con la Biblia sobre la falda. Estas no mostraron el más mínimo interés por quedarse el dibujo, nunca habían visto nada tan espantoso, los hombros torcidos, las narices demasiado grandes, el cabello negro como el carbón y todo revuelto, las caras rarísimas, cuadradas, ellas no eran así, y la Biblia demasiado gruesa y además retorcida, hasta la Biblia, qué exageración, llamarse a sí misma artista y ni siquiera sabe dibujar.

Luego venderé los dibujos y ganaré muchísimo oro y plata, dijo Pía.

Allí estaba él, de pronto, en la cocina del barracón, con su grueso jersey azul, el marinero que buscaba la plata del mar, y preguntó si no era Karitas una de las chicas que dormían allí. Las que estaban en la cocina no pudieron responder, el hombre era tan guapo que sintieron todas un escalofrío, se quedaron mirándole, hasta que Pía tuvo el coraje suficiente de decirle dónde podía encontrar a Karitas. Esta se encontraba en su litera, escasamente vestida, dibujando, no esperaba que pasara nada malo pero se apresuró a subirse el edredón hasta la barbilla cuando un hombre con todo su poder llenó el marco de la puerta. Después de mirarla un rato le preguntó sin más preámbulo si quería salir a dar un paseo con él.

Era pleno día, de modo que Karitas pensó que no había ningún riesgo.

Fueron hacia la ciudad y él le dijo que era del este. No se lo había mencionado cuando estuvieron sentados en lo alto de la colina, y ella le preguntó si a lo mejor había conocido a su hermana, la comadrona. Él dijo que ninguna comadrona había entrado nunca en su casa, que vivía solo desde que su madre abandonó este mundo, tenía una casita cerca del mar y casi nunca estaba en casa, el mar le reclamaba el año entero.

Él quiso saber cosas de ella, y ella pasó largo rato hablando de su familia. Cuando le explicó, con mucha modestia, que en realidad no había estudiado corte y confección en Copenhague, sino dibujo, él se quedó de lo más extrañado. ¿Me estás diciendo que eres artista?, le preguntó, y ella dice que eso era exactamente lo que quería decirle. Él la miró con sus ojos verde mar, exactamente iguales que el mar que tenían a sus pies, y dijo que tenía que demostrárselo. Ella dijo que muy bien y le pidió que aguardase un momento en el muelle mientras ella volvía al barracón a coger su cuaderno de dibujo.

Le dibujó un barco, sin aventurarse en experimentos formales.

Qué buena que eres, dijo él admirado, sin dejar de mirar el dibujo. Ella se animó con sus halagos y dijo sin pensarlo que nunca había podido dibujar a un hombre desnudo, lo que le resultaba de lo más fastidioso como artista. ¡Imaginate si Bernini no hubiera podido ver nunca a un hombre desnudo!, dijo, riendo con algo de rencor. Él se mostró plenamente de acuerdo: Claro, o Einar Jónsson, y se mostró tan molesto como ella por aquella muestra de espíritu reaccionario. Y ella se extrañó de sus conocimientos de arte, no esperaba que tuviese la menor idea del tema, quedó encantada, y él le soltó entonces de sopetón: Puedes dibujarme a mí desnudo si eso puede ayudarte al arte.

Se quedó muda, le dieron palpitaciones, empezó a decir tonterías sobre una estatua que había visto, empezó a dar vueltas a su alrededor por el muelle, hecha un manojo de nervios, hablando sin parar hasta que él la detuvo sujetándola con fuerza por el brazo. Ella aceptó su ofrecimiento. Por el arte. Por su propio futuro como artista.

La condujo a una habitación en casa de un amigo suyo, y cuando entraron cerró y echó la llave.

La recorrió un escalofrío al quedarse con él en una habitación cerrada con llave. Se sintió casi exhausta. Él no dijo ni una palabra, solo pasó la mirada por el cuerpo de ella, arriba y abajo, como si fuera él quien iba a dibujarla a ella, y no al revés. Ella se sentó en una silla junto a la ventana y abrió el cuaderno de dibujo. Carraspeó, cruzó las piernas, sacó unos lápices del bolsillo de su vestido, trazó unos garabatos con ellos, comprobó las puntas de forma muy profesional, volvió a metérselos en el bolsillo, todos menos uno, carraspeó otra vez, se irguió y puso cara totalmente inexpresiva.

Él se desnudó con calma.

Primero se quitó la ropa de cintura para arriba. Ella se volvió rápidamente a mirar por la ventana, luego miró el papel. Luego, él se quitó zapatos y calcetines, luego los pantalones, ella se concentró en la ventana, creyó ver algo. Cuando miró, él estaba tumbado en la cama, completamente desnudo, un cuerpo espléndido. Tenía apoyada la parte superior del cuerpo sobre el hombro derecho, la mano izquierda descansaba sobre la pierna izquierda, que tenía doblada, estiró la pierna derecha y miró desafiante a Karitas.

Ella inició la labor. Pestañeaba una y otra vez, miraba arriba y luego abajo, el lápiz temblaba. Luego dejó de verle a él, veía tan solo su cuerpo. La estructura de las piernas, las líneas de los muslos. Dibujó y dibujó, estaba como en éxtasis.

Hasta que sucedió algo que él no consiguió reprimir. Ella vio cómo sucedía. Primero se quedó rígida, luego empezaron a sonarle los oídos, a hervirle la sangre. El

cuaderno de dibujo se le cayó al suelo. Él se incorporó, la tomó de las manos y la arrastró hacia la cama, hacia él.

El cuaderno de dibujo quedó largo rato en el suelo.

Estaban cada una en su litera escuchando las gaviotas graznando a los arenques que no se dejaban ver. El canturreo de las otras arenqueras les llegaba desde la cocina, les agradaba oír las mientras estaban tumbadas sin hacer nada. Las hermanas de leche se alternaban para estornudar, estaban resfriadas. Vosotras, las de arriba, dijo Pía, ¿por qué no llamáis a Jesucristo y le pedís que nos envíe unos cuantos peces? Empieza a faltarme dinero para tabaco.

—Eso, y pedidle que sean bien gordos para que podamos llenar los barriles más deprisa —añadió Karitas.

—Vergüenza debería daros, no sabéis lo que os espera si tomáis el nombre de Dios en vano. Creo que no es nada sano para nosotras, Ásta, seguir más tiempo en este antro del pecado. Si en los próximos días no aparecen los arenques, nos vamos.

—¿Adónde? —dijo Ásta en un susurro.

—No lo sé, mi queridísima Ásta. Los caminos de Dios son inescrutables, pero Él nos conducirá hacia la luz.

No había hecho más que pronunciar la palabra cuando entró una arenquera a traerle a Karitas una carta que había llegado con el correo. Las de las literas le pidieron que, por Dios, la leyera en voz alta para ayudarlas a matar el tiempo, «esto es, si no hay nada triste, Karitas querida».

La carta de Bjarghildur la interpretaron las de las literas de arriba como un regalo celestial.

Muchos saludos, hermana, empezó a leer la carta, «Aquí en Þrastabakki todo está bien y tendremos más cosecha de heno que en un verano normal». Seguía a continuación una larga explicación de por qué nunca había respondido a las cartas que le enviaba su hermana desde Copenhague, tenía siempre tanto que hacer que nunca encontraba un momento para escribir cartas. Y aunque estuviera garrapateando esas pocas líneas en ese momento, en realidad tendría que estar en el establo con Hámundur porque su mejor vaca lechera, *Flekka*, estaba de parto, el ternero podía llegar en cualquier momento. «Estoy sentada delante del buró de la sala de estar, mordisqueando un bizcocho que hice en la cocina nueva que Hámundur trajo a casa el otro día, conseguí la receta en la última reunión de la asociación de mujeres; dentro de poco empezaremos a preparar las labores de otoño. En esta ocasión tenemos intención de coser un nuevo paño de altar para nuestra iglesia, y recoger dinero para otro órgano, es una idea que tuvimos las que cantamos en el coro de la parroquia. La cosecha de heno ha sido estupenda, como ya te he dicho, y nos faltan trabajadores. Contándonos a todos, somos seis. Aparte de mí, Hámundur y su madre, tenemos un bracero y dos indigentes, pues las tres criadas que tenemos en verano se nos marcharán en otoño, lo que para mí es una auténtica pena, porque está por venir el tiempo de la matanza y además vienen muchísimos invitados. Ahora, Hámundur es alcalde pedáneo, como quizá sepas, y sus compañeros de partido vienen por aquí a celebrar reuniones y se quedan bastante tiempo. Tengo que atenderles bien, como podrás comprender. Me enteré por mamá de que necesitabas dinero, de modo que pensé que podía invitarte a trabajar aquí hasta las Navidades, incluso más tiempo, si quieres. Hámundur y yo siempre pagamos bien a nuestra gente. Aquí se está muy bien, la casa es grande, la comarca es bonita y no queda muy lejos de Sauðárkrúkur. Envíame una línea y dime si puedes venir. Si conocieras a otras chicas que pudieran estar dispuestas a trabajar aquí de criadas en otoño, serán cordialmente bienvenidas.»

Antes me voy a la luna, dijo Karitas.

Él nos ha enviado la luz, susurró Helga.

Las mujeres gozaban el sol otoñal en el patio de la granja de Bjarghildur, contemplaban las caléndulas marchitas del jardín mientras ella recitaba la historia de la granja desde la colonización de Islandia, explicándolo todo por activa y por pasiva, hasta que Karitas no pudo aguantar más y dijo que se iban a hacer todas pis encima después del largo viaje. Bjarghildur hizo entonces una pausa en su conferencia, aunque muy a disgusto, les indicó que dieran la vuelta a la casa por una esquina y señaló hacia el este, y en cuanto volvieron de aliviarse, retomó el hilo, refirió los cambios que habían hecho a la vieja granja de turba, les habló de la edificación de cemento que habían construido detrás del cuarto frontal, que albergaba los tres espacios más grandes y el anexo detrás de los dos aguilonos centrales, donde estaba ahora la cocina, como era costumbre en las mejores granjas. Luego las invitó a entrar en la casa donde continuó la disertación, y todas se vieron obligadas a seguirla, muertas de cansancio y sed, de un cuarto a otro, hasta que Karitas preguntó si sería posible dar un poco de agua a las chicas antes de que se desmayaran.

Bjarghildur las acompañó a la cocina, donde por fin pudieron sentarse un momento, y les sirvió leche, primero llenó el vaso de Pía, porque Karitas se la había presentado como hija del cónsul danés en Reikiavik, y a continuación preguntó con aire desenfadado y campechano, siguiendo el ejemplo de las señoras de grandes casas, qué novedades tenían de Akureyri. Cuando Karitas dijo que solamente habían estado en el cementerio donde reposaba Halldóra, puso gesto de disgusto y relató con toda clase de pormenores la muerte de la hermana mayor, «en la que Karitas no estuvo presente porque tenía que largarse corriendo al extranjero», y las invitadas derramaron abundantes lágrimas en sus vasos de leche, como Dios manda. Pía, que vio cuánto sufría Karitas por aquella descripción, se puso de pie y dijo que la señora no tenía que preocuparse de Karitas y ella, porque iban camino de la capital, tenían planes de continuar viaje a primera hora del día siguiente, pero que en cambio tenía a dos estupendas trabajadoras que eran las hermanas de leche, y que tenían idea de quedarse allí.

No podéis ir tan deprisa, dijo entonces Bjarghildur, cambiando de tono. Necesito gente con urgencia para las labores de otoño, tengo que sacrificar ciento veinte animales, limpiar tripas y coserlas, preparar morecillas, ponerlas en salmuera, hacer salchichas, cocer la carne y envasarla, y antes de empezar la matanza necesito recolectar arándanos y camarinas de la montaña, grosellas de los árboles y coger ruibarbo para hacer compota y gelatina, hay que hacer vino de tomillo y de ruibarbo, y jugo de acederilla, y además hay que moler milenrama para hacer infusión, cosechar patatas, nabos y zanahorias, y hay que hacerlo al mismo tiempo que las demás labores, porque hay que ordeñar y echarles de comer a las gallinas, batir mantequilla y hacer cuajada, hay que lavar toda la ropa y enjuagarla bien en el arroyo, traer leña y sacar las cenizas, y además hay que cocer pan y bizcocho, hay labores de aguja y el paño de altar para la iglesia, ¿y de verdad creéis que todo eso es posible con solo dos criadas?

Se quedaron sin saber qué decir, rascándose incómodas hasta que Pía dijo que bueno, podría resultar interesante lo de ayudarla a hacer vino, ella jamás había participado en un trabajo como ese, pero en cuanto terminaran saldrían para el sur, ¿verdad que sí, Karitas?

Karitas puso mala cara; cuando llegó, Bjarghildur la había saludado en el patio con un simple beso en la mejilla, no hizo la más mínima mención de sus estudios ni de su vuelta al país, ni preguntó qué tal estaba, aunque llevaban casi cinco años sin verse, y en cambio con las otras chicas se deshizo en carantoñas, como si no hubiera recibido una sola visita en muchos meses. De manera que se limitó a encogerse de hombros con cara agria como si la existencia de los demás le resultara totalmente indiferente. Pero en los rostros de las hermanas de leche asomaban la expectación y la ilusión. ¿No podemos hacer ya, ahora mismo, alguna cosilla?, preguntó Helga, inclinando la cabeza a un lado y sonriendo, y Bjarghildur, todavía con el susto encima de los ciento veinte sacrificios que la esperaban, le dijo que podían ir al arroyo a poner en remojo el pescado salado.

La gente de la casa fue entrando en la cocina a echar un vistazo a hurtadillas a las chicas. El bracero, Stjáni, que había ido a recogerlas a Sauðárkrúkur, las indigentes, Ína y Mummi, las dos de casi treinta años de edad, a quienes Bjarghildur había acogido en su casa y cuyos gastos pagaba la parroquia, y su suegra, Þórunn, la vieja esposa del pastor. El señor de la casa no estaba por allí, había tenido que ir a organizar una subasta. Los presentes no hablaron mucho, aparte de la vieja esposa del pastor, que preguntó si la señora no pensaba poner la mesa para sus invitadas en la sala del medio, e indicarles sus alojamientos y recoger sus baúles, que aún seguían en el patio, porque si no, no serían sus invitadas sino solamente sus criadas, y en ese caso más valía que lo dijera bien claro.

La vieja chochea, les susurró cuando entraban de nuevo en la granja de turba. Las hermanas de leche tendrían que dormir al principio en la habitación de la bracara, en la parte interior de la vieja granja de turba, «lejos del bracero, que es un mujeriego», pero en invierno puede hacer bastante frío, así que entonces las trasladaremos donde la vieja señora. A Pía le correspondió la habitación donde había vivido la chica soltera, en la buhardilla, encima de la puerta de la granja, una habitación preciosa con papel pintado azul claro y florecitas rosadas, cualquier otra cosa sería impropia de la hija del cónsul, y Pía le guiñó un ojo a Karitas, que sospechaba que alguien tenía intención de fumar allí sin que la molestaran. Y a la hermana, a la que la señora de la casa no había visto en cinco años, la alojaron con la vieja señora, en la sala más interior de la casa de cemento, «así tendrás buena calefacción, la estufa está en medio de la sala y el calor llega a la salita interior y a la de delante, donde dormimos Hámundur y yo». Karitas, que habría preferido estar sola para poder dibujar en paz, no dijo nada, pues comprendió que su hermana intentaba mostrarle cariño al

disponer así las cosas. Luego tomaron café, precisamente en la sala de en medio, como cuando había huéspedes importantes, y la vieja señora del pastor, que se encontraba en su elemento cuando se sacaba la vajilla de las fiestas, y que se había puesto su vestido tradicional, fue quien llevaba la conversación, como tenía por costumbre desde que llegó allí a vivir y era ella la que tenía en su poder la llave de la despensa. Miró con complacencia a los jóvenes, se volvía hacia unas y otras y toqueteó la falda de Karitas, que estaba sentada a su lado: Preciosísimo, ¿lo compraste en Briem?, ¿es seda o tafetán?

—Ninguna de las dos, creo, me lo hicieron en Copenhague, cuando vivía allí.

—¡Ángela María! De modo que esta personita habla danés. ¿Estuviste quizás en la Escuela de Artes del Tejido con mi hija Þuríður? Ella estaba allí y le dieron un diploma de laboriosidad y buena conducta.

—Þuríður estuvo allí mucho antes que ella, Þórunn —dijo Bjarghildur en voz bastante alta, como si estuviera hablando con una sorda o quisiera dar por concluido ese tema de conversación. Pero la señora del pastor estaba ya lanzada:

—Yo también hablo danés, si quieres puedes practicar el idioma conmigo, y además tengo muchos números del *Illustret Tidende* con el suplemento de labores manuales y corte y confección, y muchas páginas de revistas femeninas de moda.

—Las revistas son de principios de siglo y todo lo que contienen ha pasado de moda hace muchísimo, Þórunn —dijo Bjarghildur.

—Y además lo cuentan todo sobre la familia real —continuó la anciana—, eres bienvenida siempre que quieras a echarles un vistazo, ya que sabes danés.

Por las demás chicas no mostró ningún interés, pues no imaginaba que supieran hablar danés como Karitas y ella. Mientras las jóvenes intentaban hablar de sus familias y de sus conocidos para conocerse mejor, ella no dejaba de charlar con Karitas, se inclinaba hacia ella como si todo cuanto dijera fuera cuestión privada, y hablaba deprisa, como si todo fuera urgentísimo. Karitas no entendía bien lo que le decía, aunque podía comprender que estaba contándole cosas de algunas grandes personalidades que habían destacado en tierras danesas. Bjarghildur decía lamentar no haber conocido a Pía en Reikiavik durante el invierno que pasó en la escuela femenina, las hijas de las familias más principales llamaban mucho la atención en la vida de la ciudad, pero Pía dijo que creía que ese invierno lo pasó en Fionia, en casa de unos parientes suyos. Pero al menos pudo contar de la burguesía de Reikiavik historias y cotilleos que a Bjarghildur le encantaron. Las hermanas de leche no participaban mucho, se comportaban como si hubieran llegado al reino de los cielos, estaban allí sentadas, humildes y simpáticas, respondían con mucha urbanidad cuando alguien les dirigía la palabra, aunque no alteraron la costumbre de dejar que fuera la otra quien hablara en nombre de las dos, y todos callaron cuando Ásta abrió por fin la boca y dijo en voz baja: ¿Aquí hay una iglesia?

La más joven de las dos señoras de la casa vio entonces el cielo abierto, recapituló la historia de la iglesia que mucho tiempo atrás fue arrasada por el viento durante una terrible tormenta, pero había sido reconstruida y era atendida por el pastor de la comarca desde que el viejo pastor, su suegro, se reunió con sus antepasados, y luego continuó hablando sin parar de su propia actividad en el coro de la iglesia y en la asociación de mujeres, y añadió, riendo pretenciosa, que como había aprendido a tocar el órgano en Sauðárkrúkur en esos últimos años, a veces se encargaba ella misma de sustituir al organista si este se hallaba enfermo o tenía otro compromiso. Y a fin de proporcionarles un poco de distracción antes de empezar a trabajar, se acercó despacito al armónium del rincón, «esta banqueta es un banco de matrimonio, lo bordó mi suegra», acarició la banqueta antes de sentarse y empezó a tocar sus salmos favoritos. Después del primero alzó su poderosa voz y cantó con tanto entusiasmo un himno tras otro, que las hermanas de leche juntaron devotamente las manos sin darse ni cuenta. Fue entonces cuando llegó al patio, a caballo, el señor de la casa, pero la voz de la señora era tan sonora, y tan fuerte el acompañamiento, que no le oyeron ni le vieron hasta que apareció en la puerta, llenándola toda entera, con aire autoritario y gorra de alcalde pedáneo, sonriente, el vigor personificado.

Qué estupenda pesca, dijo al mirar al grupito, en broma, todas se dieron cuenta, naturalmente, y entonces saludó a su mujer con un golpecito en el hombro sin apartar los ojos de las demás mujeres. ¿Y dónde anda Karitas?, preguntó entonces, pero no esperó respuesta sino que se acercó a ella, la besó en las mejillas y dijo: Es magnífico ver por fin a la artista, Bjarghildur nunca se cansa de hablar de sus éxitos, está siempre, por todas partes, presumiendo de tener una hermana en la Real Academia de Copenhague.

Karitas se sintió conmovida por la sincera y entrañable bienvenida del señor de la casa. Mencionó que nadie, aparte de sus propios hermanos, había considerado sus estudios nada especial, ni siquiera su madre había dejado traslucir tan claramente su contento. El recién llegado no besó a las otras chicas, les estrechó la mano con tanta fuerza que les hizo daño, al tiempo que expresaba su alegría por tenerlas allí: A mi querida Bjarghildur no le vendrá nada mal tener un poco de ayuda en los tiempos que se avecinan. Tocó suavemente el hombro de su madre, que se había puesto de pie para que él se sentara.

Se granjeó desde el primer momento la simpatía de todas.

Al alba les mandaron subir a la montaña con unos cubos, con Ína, la indigente, a remolque. Ella llevaba el café para las demás en jarras medidas en calcetines de lana, y frutas de sartén en un paño con las esquinas atadas; Bjarghildur les pidió que no le quitaran ojo, tenía la manía de desaparecer; eso lo dijo en voz alta, pero a Karitas le añadió, en voz baja: Ína está chiflada por los hombres y si sabe que hay por ahí una cuadrilla reparando carreteras, se vuelve loca. Karitas transmitió la explicación a Helga y Ásta, que se dedicaron a vigilar estrechamente a la pobre mendiga, conocían demasiado bien a ese género de mujeres que tenían la manía de desaparecer de pronto. Karitas les preguntó mientras subían la montaña, donde las esperaban las bayas en racimos azules y negros, qué había sido del criado que fue padre de Ásta, si se quedó en la casa tras la desaparición de su madre. Ella jamás había llegado a saber esa parte de la historia y ni se le había pasado por la cabeza preguntar, y Helga dijo que su madre lo había enviado a Hornafjörður, a casa de su hermana, en cuanto se enteró de que la criada estaba preñada, «él jamás se enteró de que era padre, y seguirá sin saberlo, y a lo mejor hasta se ha muerto ya», añadió arrojándose sobre una mata de camarinas. Mientras el sol pintaba la comarca de amarillo y violeta, se afanaron por recoger bayas disfrutando de la sensación de libertad en lo alto de la montaña, e Ína se puso a rebuscar por los brezos y a coger arañas, que se metía en el bolsillo del delantal.

Y las arañas se deslizaban por la montaña, frenéticas y salvajes como si estuvieran en celo, preparándose para hacer su entrada en la granja, donde había quince kilos de jugoso ruibarbo cortado en láminas, puestos a remojo en un barreño.

—Se añaden quince gramos de buenas uvas pasas, lavadas y cortadas por la mitad —le dijo Bjarghildur a Pía, que estaba cortando ruibarbo desde las seis de la mañana—, porque las pasas aceleran la fermentación y como el producto adquiere el sabor de la levadura que se ha usado, este es seguramente más exquisito que cualquier otro vino de frutas que se pueda preparar en casa. El vino de tomillo y el de acederilla no se acercan ni de lejos al sabor del vino de ruibarbo. —Luego corrigió la forma en que Pía removía el vino, y se ocupó ella de la tarea cuando fue al ovil. Pía preguntó, muy interesada, cuándo podría beberse todo aquel vino y Bjarghildur dijo, bastante bruscamente, que ese vino no se bebía, se guardaba en botellas en el fondo de la despensa, porque toda casa digna de ese nombre tenía que tener vino en la despensa, debía saberlo, «y a veces Hámundur se lleva un poco a alguna reunión para ofrecer a los compañeros del partido, que no pueden escapar sin probarlo, pero aquí, en esta casa, jamás se bebe alcohol, porque todos saben que a mí me desagrada sobremanera esa maldición de la sociedad. Pero siempre han alabado mi vino, y quiero que sigan haciéndolo».

—¿Y cuánto tiempo es necesario antes de que se pueda probar? —preguntó Pía.

—Pues querida, una vez se añade el azúcar tiene que estar de cinco a seis meses sin remover.

—Para entonces yo y mi habré ido —dijo Pía, mustia.

—Siempre se le podría dar a la señorita un poco de vino del año pasado —dijo la anciana señora del pastor, que estaba siempre presente cuando se preparaba vino, y no paraba de dar consejos en todo lo que se hacía, pues la receta se la había dado una señora danesa y la tenía guardada en la cabeza.

Bjarghildur bajó con paso decidido hacia la despensa, acompañada por Pía, aunque en realidad no debería perder el tiempo tan lamentablemente, para mostrarle la producción del año pasado y del anterior, pero cuando bajaron, lo único que pudo ver Pía, con gran asombro y decepción, fue unas cuantas botellas polvorientas en un estante.

—Ah, pues bueno, Hámundur se ha llevado unas cuantas —dijo Bjarghildur a toda prisa, y no quiso seguir hablando de vino, ni de darle a probar ni un sorbo del más antiguo, si bien no pudo por menos que contar algo de la despensa, aunque no debería estar perdiendo el tiempo así, y le dijo a Pía en confianza que la despensa era lo único de la casa que no acababa de gustarle. Soñaba con una despensa accesible desde la cocina, como las que había visto en Akureyri, en las casas de la gente con posibles, «porque tener la despensa debajo de la cocina, por muy grande y amplia que sea, es un auténtico fastidio, pero claro, estaba así cuando llegué y no es fácil

cambiarlo, pero te lo digo, y no se lo repitas a nadie, estoy empeñada en tener una despensa dentro de la cocina, y sé que Hámundur me la construirá. Sabe hacer de todo, como habrás visto ha montado la conducción de agua desde el arroyo hasta la cocina, no hay muchas granjas con agua corriente, y ahora tiene el sueño de montar una central eléctrica doméstica, y cuando esté hecha, seré la primera señora de la comarca que tenga electricidad». Lo dijo y dejó unos segundos de silencio para que Pía pudiese asimilar tan grandes nuevas, y Pía alabó y puso por las nubes la casa y a sus dueños, aún con la esperanza de poder degustar el vino más antiguo—. Pero como ves, dijo Bjarghildur señalando los toneles colocados a lo largo de la pared del sótano, todo está ya dispuesto para la matanza. Y ahora solo queda bajar la mermelada y el vino, y empezará a triar las ovejas. Y también tendremos que preparar un montón de frutas de sartén, porque quiero montar una carpa y vender café en las majadas, como el año pasado; saqué una barbaridad de dinero. Así que vamos a arremangarnos —dijo con voz fuerte, y se lanzó escaleras arriba.

Cuando las chicas que habían ido a por bayas volvieron con los bolsos repletos, todo el mundo se puso manos a la obra, y las mesas y el suelo de la cocina quedaron cubiertos de cubos, había que limpiar las bayas y meterlas en los calderos de cocer, y colaboraron todas, incluyendo a la anciana mujer del pastor y a Ína, la pordiosera, que había perdido todas las arañas que se había metido en el bolsillo del delantal y lloraba inconsolable sobre los tarros de la mermelada. Aún quedaba ordeñar, sazonar la carne para la cena, preparar salsa de romaza y amasar pan para el día siguiente. Me marchó a Reikiavik, le dijo Karitas a Pía esa noche. Estaban las dos acostadas en el cuartito azul de la hija soltera, donde se habían escapado para fumar, pero Pía le rogó que por lo que más quisiera, que esperase hasta que acabaran de hacer el vino. «Es importantísimo para mí aprender a hacerlo.» Pero cuando Karitas se fue a su cama en la habitación de la anciana, no pude dormir, dando vueltas y suspirando sin entender hacia dónde se dirigía su vida, cuando lo que quería era estar en la capital, en su taller, y pintar. Y pintar y pintar.

—¿Por qué estás tan cariacontecida? —le preguntó su hermana al día siguiente, con las mejillas encarnadas porque las labores de otoño no le daban tregua.

—Tengo que marcharme al sur, Bjarghildur, necesito trabajar.

—¿No estás trabajando ahora? ¿No te dije que te pagaría un jornal?

—Necesito pintar.

—¿Pintar?! ¿Y a eso lo llamas trabajar? ¿Estás mal de la cabeza? ¿Crees que la gente puede entretenerse pintarrajeando en plenas labores de otoño, cuando hay que llenar los pajares? ¿Qué sería del progreso de este país y del futuro de los islandeses si todos pensaran como tú? Me resulta muy duro aceptar que no seas capaz de ayudar en el hogar de tu hermana cuando más falta hace, después de haberte dedicado a pasear por las calles de Copenhague y a comer de gorra durante cinco años, qué quieres que te diga. ¿Es que quieres dejar una vez más en la estacada a las personas que están más cerca de ti?

Los insomnios se incrementaron. No mejoró nada las cosas la circunstancia de que siempre que, por fin, estaba a punto de conciliar el sueño entre la medianoche y la madrugada, oía levantarse a la anciana. Saltaba de la cama mascullando algo, salía renqueante y se quedaba un rato en algún sitio, volvía a entrar y se tumbaba a refunfuñar. Chsss, musitaba en la densa oscuridad, no se saldrán con la suya. La cuarta noche había luna y Karitas se animó a seguir a la anciana. Vio que estaba parada con la oreja en la puerta del dormitorio de la joven pareja. ¿Pasa algo?, susurró Karitas. Chsss, esto no marcha, ahora están los dos roncando, rezongó la anciana.

Bjarghildur lamentaba haber sido tan dura con su hermana, y un día dijo: Muy bien, Karitas, puedes pintar cuando yo me vaya a triar las ovejas. Entonces habrá un poco de pausa antes de que nos pongamos con la matanza. Hámundur dijo que sería estupendo que pintaras un bonito cuadro de la granja. Pero primero tenemos que preparar varios cientos de frutas de sartén. Y puedes dormir conmigo cuando él se vaya al monte a buscar ovejas. Entonces podemos hablar en voz baja debajo del edredón, como en los viejos tiempos.

Karitas no estaba nada segura de que le apeteciese meterse debajo del edredón con su hermana, pero a fin de evitar jaleos y alboroto accedió, y se acostaron las dos una noche después de haber comprobado, en paños menores, cuál de ellas tenía más barriga. Bjarghildur salió victoriosa, pues la comida de la comarca era muy sana, y Karitas le dijo que la vieja se dedicaba a espiar la vida amorosa de ella y su marido. Lleva cuatro años haciéndolo, desde que nos casamos, dijo Bjarghildur, espera un heredero que no se decide a llegar, pero he ido ya al médico y a mí no me pasa nada. Karitas dijo que había que dar tiempo al tiempo. Me temo que cuando llegue será ya tarde, dijo Bjarghildur. Recuerdo que lo tuyo con Hámundur fue amor a primera vista, dijo Karitas.

—Las cosas no son como parecen —suspiró Bjarghildur, poniendo la pierna izquierda encima de los muslos de Karitas—. Ya me habían hecho ojitos otros chicos, y yo a ellos, pero preferí a Hámundur. Vi que tenía futuro. Era de lo más amable y generoso. No hacía más que pedirme matrimonio, pero yo dudaba, porque cuando me tocaba otro hombre, cuyo nombre no pienso mencionar, me corrían escalofríos. Pero ese hombre nunca me pidió, y además era demasiado tacaño. Una noche, cuando estaba trabajando de bracera en la comarca, llegó Hámundur con su caballo, llevaba de la brida otro caballo de silla, el mejor de toda la comarca, desmontó y dijo en voz tan fuerte que le oyeron todos los que estaban en el patio de la granja: Bjarghildur, si piensas casarte conmigo, ya es hora. Aquí tienes un caballo y una silla y si quieres que sea tu marido irás a Þrastabakki a llevármelos mañana por la mañana. Lo hice, y además me regaló ropa danesa de montar.

—¿Qué fue del otro?

—Es un hombre instruido. Vive en la comarca. ¿Y qué pretendientes tienes tú, Karitas?

—Me estoy cayendo de sueño, Bjarghildur.

—Las chicas me contaron que conociste a un hombre guapísimo cuando estabas trabajando en el arenque.

—Ay, Bjarghildur, es muy complicado. Ese hombre era demasiado guapo. No habría podido pintar con él cerca. Lo intenté una vez, me dejó que le pintara, y la cosa acabó fatal.

—¿Cómo que fatal?

—Perdí la concentración, me quedé toda descolocada.

—¿Así que es muy guapo?

—Es tan guapo como una fuente que resplandece con el sol de una mañana de invierno, como una cascada que canta en el sol vespertino del verano. Cuando están cerca de él, las mujeres no pueden articular palabra. No me despedí de él.

—¿Estás mal de la cabeza, te fuiste sin despedirte?

—Ay, quitame la patata de encima, pesa mucho.

Coges quince kilos de azúcar cande blanco y medio kilo de azúcar de caña y lo vas echando poco a poco en una olla a fuego bajo, dijo Bjarghildur mientras se instalaba en la silla y disfrutaba de la admiración de sus sirvientes, los que iban a acompañarla a la tría de ovejas y los que iban a quedarse para atender a la fabricación del vino y las labores domésticas, y tuestas el azúcar hasta que adquiere color marrón claro, lo disuelves entonces en medio litro de agua caliente, eso se hace para dar color al vino. Se colocó el sombrero, que hacía juego con la ropa de montar, Ína le alcanzó los guantes: Y lo viertes todo en la cubeta, luego disuelves veinte gramos de cola de pescado y después echas también el jugo, y por lo que más quieras, ten cuidado de que no se estropee. Lanzó la mirada por las tierras de la parroquia con gesto de autoridad mientras se calzaba los guantes: Y entonces tienes que remover todo lo del barril y distribuir bien la levadura para que se acelere la fermentación, y no te olvides de ordeñar las vacas y echar de comer a las gallinas, que no se os olvide, y echadle un ojo a Þórunn, es algo sonámbula, y ¿está ya todo cargado en los caballos, la carpa, las alfombras, el café, los bizcochos, los envases? pues montad, nos vamos.

Los que quedaban encargados del vino y las labores domésticas la vieron bajar por el sendero en su espléndido caballo de silla acompañada por su corte, las hermanas de leche y las mendigas, montada a mujeriegas como una aristócrata inglesa, con falda de seda y chaqueta entallada, sombrero y guantes a juego. Pía dijo: Va muy elegante tu hermana, aunque no demasiado a la moda.

Una vez la señora de la casa se hubo marchado, se sintieron libres como pájaros, incluso la anciana mujer del pastor, que se puso tan contenta como unas pascuas y hablaba sin pausa, con el firme propósito de que en aquella casa solo se hablara danés, ya que los islandeses ya no estaban, así que estuvieron hablando danés con ella todo el día, pues les resultaba de lo más divertido imitar la erre de los daneses. La anciana sacó sus revistas, las estampó sobre la mesa de la cocina y las invitó a echarles un vistazo, y las jóvenes tuvieron que insistir mucho para hacerle comprender que tenían trabajo que hacer aunque la señora no estuviera en casa. Finalmente consiguieron que se pusiese a moler la milenrama seca que Bjarghildur usaba para su infusión contra la cistitis, y con eso se pasó todo el día. Pía se dedicó a preparar vino mientras Karitas se iba al patio con su cuaderno de dibujo y se instalaba en la cerca, desde donde veía todos los frontales de la granja, sonrientes en la tibia calma otoñal. Hámundur había expresado sus deseos de tener una pintura de verdad, para usar las palabras de Bjarghildur, pero como Karitas se había dejado los colores en

Reikiavik, pensó en hacer un buen dibujo a lápiz, «pero tiene que ser bueno, bueno, como en las estampas de las revistas danesas de Þórunn».

Aunque tenía el encargo de hacer un cuadro que pudiera sustituir a las fotografías, lo que quedaba muy lejos de las formas de creación artística que personalmente prefería, disfrutaba de poderse sentar, por fin, con el bloc y los lápices en las manos. En el silencio podía oír el rumor del arroyo y el cacareo de las gallinas que correteaban por el patio en la leve brisa. Las incluyó en el dibujo. Después le pareció horriblemente solitario y añadió al perro, aunque no estaba allí presente. Pero sus ladridos pedían más vida, de modo que dibujó también el caballo de montar de Bjarghildur en la parte sur de la granja, al lado del taller, junto a otros caballos, y para equilibrar el cuadro puso unas cuantas vacas mugiendo en el lado norte. Pero pensó entonces que no podía dar preferencia a los animales frente a los dueños de la granja, así que los añadió, incluyendo a la anciana y a la pareja. No se puso a sí misma, pero estuvo pensando seriamente si añadir a Pía, cuando oyó a su espalda un silbido: Pon también a los niños, corazón.

No había oído a Þórunn y se asustó un poco, pero entonces preguntó de qué niños estaba hablando.

De los niños, los diez niños que quiere tener Hámundur.

A Karitas le pareció excesivo dibujar diez niños pero, a fin de librarse de la anciana, que zumbaba a su alrededor como una mosca, y para dar aún más vida al cuadro, dibujó dos niños, uno jugando con el perro y el otro donde las gallinas. La estampa, animada y lozana, seguía plenamente el estilo de Brueghel.

También en el interior de la granja trabajaban duramente, el azúcar ya estaba en la olla, las hojas de infusión en una caja de galletas, ya habían horneado pan plano y rosquillas de suero de leche, y Þórunn y Pía estaban felices y sonrosadas. Más animadas de lo habitual, pensó Karitas, y cuando olisqueó el aire no solo notó el aroma del pan recién horneado, sino también un olor mucho más agrio. Pía dijo que no se había atrevido a producir vino sin tener ni idea de cómo sabría una vez hecho, de modo que la viuda del pastor se empeñó en que probara la producción del año pasado, lo que hizo ella también, las dos en connivencia, y tenía que reconocer que quien supiera producir semejante vino sería objeto de las máximas alabanzas en Dinamarca y en Inglaterra, y seguro que hasta en América. A Karitas no le gustaba nada su estado, así que pidió a la anciana que se acostara un momento y la llevó hasta su cama, y a Pía le dijo que saliera y se preparase para un buen paseo.

El día empezaba a declinar cuando se pusieron en camino, Karitas quería ir a buen paso para quitarle el achispamiento antes de oscurecer, pero no habían llegado más que a la iglesia cuando Pía empezó a quejarse de molestias en los tobillos, tenía que sentarse un momento en alguna piedra, pero como por allí cerca no había piedras, entró cojeando en el cementerio, se repantigó encima de una tumba que le gustó, sacó una botella polvorienta con vino producido el año anterior y barbulló: Ven aquí, colega, ven vamos a trasegar esta cosa y a cantar un poco para los del más allá.

Cuando se pusieron en pie, tambaleantes, para regresar a la granja, la oscuridad se había cerrado y los difuntos se habían puesto en movimiento.

Las ovejas entraron en el valle como una blanca extensión de nieve; cuando se acercaron a la granja parecían la lengua de un glaciar descendiendo a toda velocidad. Un espectáculo imponente, dijo la anciana viuda, que llevaba todo el día esperando en el patio de la granja, sentada en una silla desvencijada, a que llegara aquel majestuoso momento. Es increíble, dijo Pía, ¿todos van a quedarse aquí dentro este invierno? Los pobres bichejos los sacrificaremos todos, respondió tan contenta la anciana. Creo que lo mejor será marcharse a la capital, balbuceó Pía, echándose la mano al vientre. Aún seguía algo mareada, aunque su salud había ido mejorando según pasaba el día, pero con Karitas había sucedido al revés, empezó el día con arcadas y tuvo que vomitar, cosa de lo más natural, pero ya había llegado a ese punto en que nadie puede seguir levantado por la debilidad y tiene que quedarse cerca de algún sitio donde poder vomitar. Estaba recostada en un bancal de coles del huerto, con las gallinas paseando acá y allá, y con náuseas constantes, aunque sin llegar a devolver, si bien tenía la sensación de que en cualquier momento echaría hasta la primera papilla.

¿Qué le pasa a Karitas?, preguntó Bjarghildur cuando descabalgó, al ver que su hermana no se encontraba entre los espectadores, y Pía dijo que la pobre chica había cogido algún mal la noche anterior, vomitaba y estaba hecha una pena, que en esos momentos estaba saboreando un nabo bien fresquito, por si acaso dejaba de vomitar, aunque ella personalmente tenía grandes dudas al respecto. Con gran alivio por su parte, la viuda no dijo ni palabra sobre lo que hicieron mientras preparaban vino, fuese porque le pareció aconsejable en vista de la situación, o porque lo había olvidado todo, de modo que pensaron que Karitas debía de haber cogido alguna enfermedad del estómago. Helga habló sin parar con la señora sobre el pésimo estado de salud de su hermana mientras la llevaba a una cama, le lavaba la cara y le hacía tomar un caldo de avena. Pero Karitas no mejoró pese a los cariñosos cuidados, el mareo siguió torturándola el día siguiente y el otro, y miraba con muy mal gesto a Pía: Me da la sensación de que con tu aguachirle casi has conseguido matarme. Pero Pía estaba de mal humor, ella había dicho que tenían que largarse a la capital antes de que comenzara la gran matanza, y ahora ya no podía irse hasta que Karitas hubiese recuperado la salud, aquello era una enfermedad contagiosa, de eso no había duda, porque las dos habían bebido lo mismo esa tarde pero ella no se había puesto especialmente mala.

El señora de la granja metió en el establo las corderas que iban a dejar vivas y los corderos sementales, y los animales destinados al sacrificio los condujo a Sauðárkrókur, pidió que le dieran las vísceras y los estómagos de una parte del ganado, lo trajo todo a casa y lo dejó en un almacén; ya habían sacrificado las reses que iban a usarse para cecinar y para envasar, y Karitas no terminaba de mejorar. No tenía fiebre, pero las náuseas no querían desaparecer. Intentaron ponerla a limpiar los intestinos en el arroyo, «para que pudiera estar al aire libre, por lo menos», pero no toleraba el hedor de las tripas, que la hacía vomitar una vez tras otra. Tampoco pudo dedicarse a coser tripas ya limpias, el sofocante hedor se le metía por la nariz y por la boca, no podía ni tocar la sangre aunque estuviera ya convertida en harina y sebo, y ni siquiera podía cocer los embutidos en la vieja cocina de leña, aunque el olor a salchicha de hígado recién cocida era realmente delicioso. Acabaron por ponerla a recoger patatas con Mummi, el mendigo, que no obtuvo de ella excesiva ayuda, porque se pasaba la mayor parte del tiempo sentada en el suelo dejando vagar por el valle los ojos apáticos.

Esto ya pasa de castaño oscuro, la enfermedad es seria, le dijo Hámundur a Bjarghildur, preocupado, y ella se mostró plenamente de acuerdo con él, pero ninguno de los dos tenía tiempo para llevarla a Sauðárkrókur a que la viera el médico, era la época de más trabajo, los productos de la matanza no podían esperar mucho en el almacén, había que elaborarlos y ponerlos en salmuera mientras estaban aún sanos y no se habían empezado a pudrir, y había que salar carne y curtir pieles. Y él y su mujer se repartían las labores, él con su bracero salando y curtiendo, y ella con todas las mujeres, menos Karitas, preparando las asaduras. Estaban atareadas día y noche en la cocina, cosiendo, removiendo y salcochando las morcillas, ensangrentadas hasta los codos, con hilos de hígado molido en la frente, y las más activas eran Bjarghildur y Pía, como si las dos estuvieran dominadas por un ansia de sangre, enloquecidas con la matanza, dando así rienda suelta a unos instintos cuya existencia desconocían por completo.

Estaban con los últimos embutidos cuando entró Mummi y dijo que creía que la mujer que tenía que recoger patatas con él se había muerto. Todas salieron corriendo a más no poder y se encontraron a Karitas desvanecida encima del patatal.

Fueron a Sauðárkrókur a buscar al médico.

Después de examinar a Karitas con detenimiento en la habitación de la anciana viuda, que suplicaba entre lágrimas que la dejaran estar presente, lo que no consiguió, le dio una palmadita en la mejilla y le dijo que fuera buena y comiera alguna cosa, era fundamental en el estado en que se encontraba, y sería en primavera, probablemente a finales de mayo. Luego entró a grandes zancadas en la cocina, donde le esperaban con los delantales cubiertos de sangre, pidió un café bien fuerte y dijo a aquellas buenas mujeres que intentaran hacerle comer algo nutritivo a la pobre chica, pan seco por las mañanas sería lo mejor al principio, pero en cuanto estuviera más avanzada y hubieran desaparecido las náuseas, tendrían que esforzarse para que se comiera esa salchicha de hígado que estaban preparando.

Todas se sentaron incapaces de hacer nada en el banco de la cocina cuando se marchó el doctor, todas en silencio. Hámundur y el criado, que se habían enterado de la noticia mientras estaban en el prado, entraron apesadumbrados y las acompañaron en su silencio. Al cabo de un rato. Bjarghildur preguntó cómo había podido pasar, y miró ceñuda a Pía y a las hermanas de leche, como si fueran ellas las responsables de lo sucedido.

—Supongo que habrá sucedido lo que suele suceder —dijo Pía.

—Dios sabe que yo no tengo nada que ver —dijo Helga.

—Tenía unos hombros tan bonitos ese hombre... —dijo Ásta, que por regla general nunca decía nada.

El alcalde pedáneo, que vio llegada la ocasión para una pesquisa a fondo sobre el culpable, carraspeó y planteó las preguntas habituales que empleaba en casos semejantes, cuando los implicados eran indigentes a cargo de la comunidad, pero no sirvió de mucho, pues cada vez que abría la boca, Bjarghildur suspiraba: Soltera y embarazada, qué vergüenza para la familia, que yo me tenga que ver implicada en algo sí, Dios mío, qué dirá nuestra madre, hasta que él levantó la voz y dijo: Mi querida Bjarghildur, ¿es que acaso no estoy haciendo lo posible para averiguar quién es el responsable? Bjarghildur perdió entonces el dominio de sí misma, golpeó un estómago vacío que tenía encima de la mesa y dijo que ninguno tenía ni la menor idea del durísimo golpe que aquello representaba para la familia, estaba tan inquieta y excitada que no se atrevieron a llevarle la contraria por miedo a exasperarla aún más. Luego salió como alma que lleva el diablo, dando un portazo, y poco después entró

Mummi y les dijo, temblando de pies a cabeza, que había llegado hasta él hecha un basilisco mientras sacaba patatas, le arrancó la pala de las manos, la blandió en el aire, le ordenó que se largara y se fuera adentro, y se dedicó a dar violentos palazos por todo el patatal.

¡Ángela María!, dijo la anciana viuda del pastor, pero su hijo calló. Finalmente, este pidió un café bien fuerte.

Karitas seguía sin levantarse, tampoco encontraba motivo alguno para hacerlo, su vida había concluido de manera que ya nada importaba si estaba en la cama o levantada. De modo que se quedó acostada pensando en la mejor manera de morir y dónde querría que la enterraran, podría ser un problema porque pensaba que no había sitio alguno que pudiera considerar su hogar, pero cuando intentó centrar su mente en su previsto funeral, su mente empezó a vagar de acá para allá, y fueron los detalles prácticos los que sacaron ventaja, de pronto recordó las cocinas eléctricas del hostel de Copenhague y se puso a pensar en lo distintas que serían las cosas para un ama de casa como Bjarghildur si tuviera máquinas como esa. En el pequeño heraldo de la primavera que vivía en su vientre, o en el hombre que lo había creado, en eso no pensaba, ni siquiera tenía necesidad de evitar posibles pensamientos, no había asomo de ellos. Después de la cocina se puso a pensar en las ollas que utilizaban las chicas en el extranjero, qué fondo tan bueno tenían, y en esas reflexiones nadie le importunaba. Los trabajadores procuraban no hacer ruido, pensaban que era lo más prudente, teniendo en cuenta el mal humor de la señora, aunque tampoco podía excluirse que estuvieran un poquito irritados con la hermana por haber provocado tantas molestias, pues como es lógico, el enfado de la señora de la casa se descargaba principalmente sobre los trabajadores, todos estaban preocupados por el próximo almuerzo y por su propio futuro. De modo que dejaron en paz a Karitas, esperando que Bjarghildur tomara la iniciativa y le cantara las cuarenta. Después podrían perdonarla. Pero Bjarghildur trabajaba en el patatal como tres hombres, hecha una furia, los tallos volaban en una dirección y las patatas en otra, y no respondió cuando Hámundur la llamó a la hora de la cena y le preguntó si no pensaba ir a tomarse unas morcillas con ellos. Y Pía pensó que Karitas ya había descansado suficiente en soledad, entró en su cuarto con una salchicha de hígado y un puré de nabo y le dijo que se echara aquello entre pecho y espalda para que el niño no se quedara como un pajarito.

—Este niño no puede nacer —dijo Karitas—, antes me muero.

—Pues abre la boca, voy a darte de comer. ¿Cuándo lo hizo?

—Ay, no hables de él.

—Tienes que contárselo. Por el niño.

—Nunca lo sabrá, antes me muero. Me moriré si no puedo pintar. Nadie pinta con una criatura colgada del brazo. La señora Eugenia lo dijo muchísimas veces. Dijo que si quería llegar a ser una artista famosa tendría que sacrificarlo todo. Que ni pensar en tener niños. Y ahora ya ves. Ay, Pía, la salchicha me da náuseas.

—¿Piensas venirte conmigo a Reikiavik, o prefieres quedarte aquí?

—Ninguna de las dos cosas, Pía, solo quiero morirme.

—Tú sabrás lo que haces, Karitas.

Después de Pía aparecieron las hermanas de leche para rezar por su alma pecadora, se sentaron en el borde de su cama y recitaron una plegaria tras otra, sin la menor intención de acabar; hacía mucho que rezaban en voz alta y con fervor, de modo que estaban encantadas, y seguramente habrían continuado hasta la medianoche si la anciana viuda no hubiera puesto fin a tanta devoción pidiéndoles que se fueran porque quería acostarse. Le acarició las mejillas a Karitas cuando se quedaron solas y le entregó un montón de ejemplares del *Illustreret Tidende* y le dijo que les echara un vistazo para desahogarse, «y no te preocupes demasiado por esto, florecita mía, todo se arreglará, como siempre, estate segura de que el niño te proporcionará grandes alegrías, siempre pasa con los niños no deseados, acaban convirtiéndose en juristas o en las mujeres más destacadas por su habilidad con las labores, eso sí, es una pena que te pasara a ti en vez de a tu hermana».

Bjarghildur siguió haciendo locuras en el patatal hasta la noche sin una sola pausa hasta que su esposo se acercó a ella con decisión, le quitó la pala de las manos, la abrazó con fuerza, le cubrió de besos el rostro y el cuello, le abrió un poco la camisa, se dedicó entonces a sus pechos y luego se la llevó a la cama.

Por la mañana, el caballo de la señora de la casa había desaparecido. Pía había salido al abrigo de la noche, eligió las mejores cosas de su baúl y las puso en una bolsa, montó el mejor caballo de la comarca y salió al galope por el valle, en medio de la densa oscuridad. Ni siquiera había estrellas. Y no se había oído ladrar al perro. Bjarghildur se puso frenética. Corría furiosa por el patio, apartaba de un manotazo a quienes intentaban tranquilizarla y solo se calmó un poco cuando su esposo y el criado montaron a caballo para iniciar la búsqueda. Pero cuando estaba en el patio dijo que se pensaba quedar allí sentada hasta que volviera a ver a su corcel favorito, y allí se sentó, meciéndose adelante y atrás con una manta que las hermanas de leche habían conseguido echarle sobre los hombros, pero no quiso ni ver las gachas que le sacaron para comer. Era tal el revuelo que Karitas consiguió ponerse de pie y fue a la cocina, no tenía el menor interés por la desaparición del caballo, pero no encontraba palabras para la afrentosa conducta de Pía, que se había marchado sin despedirse de ella, «cómo es posible largarse así, sin despedirse de nadie, y yo que creía que éramos amigas, y ni siquiera me dejó su dirección, no sé dónde vive ni cuál es su nombre completo», gimoteaba, mirando acusadora a Helga. ¿Por qué no se lo preguntaste nunca?, dijo Helga enfadada, ya más que harta de esas hermanas tan chifladas, ella que lo que deseaba era encontrar la luz de su vida, y Karitas se dejó caer en el banco, junto a la mesa de la cocina, esa era la cuestión, ¿por qué no se lo había preguntado nunca, por qué nunca preguntaba nada a nadie, por qué dejaba que todos pasaran de largo sin preguntarles quiénes eran y adónde iban?

Se llama Filippía Gabriela Gamalielsdóttir y vive en Laugavegur, dijo Ásta. Ella sí había preguntado.

Regresaron con el caballo poco después del mediodía, no se habían atrevido a descansar en Sauðárkrókur por el estado de alteración de la señora de la casa, que esperaba en el patio, y dijeron que no había sido muy difícil localizarlo, estaba atado delante del hotel, esperándoles, aunque en cambio a la mujer no la habían encontrado, se había ido en un bote por la mañana, nadie sabía adónde. Y aquí tienes tu caballo, Bjarghildur, dijo Hámundur mirando fijamente a su mujer. Habían descansado un poco y concluido su almuerzo cuando descubrieron que había desaparecido Ína, la indigente. La buscaron por toda la granja, en los apriscos de la montaña, en la iglesia y por todos los alrededores, y al no encontrarla en ningún sitio dedujeron que se había escapado una vez más en busca de hombres. El bracero conjeturó que el reciente estado de buena esperanza de Karitas le había inflamado la sangre y probablemente más aún, la huida de Pía la había enardecido, pero por respeto al señor de la casa, el criado no quiso mencionar el tercer motivo que era el que le parecía más probable, y que se lo mencionó a las hermanas de leche: eran las demostraciones amorosas que el señor había dedicado a su mujer en el patatal la noche antes, y que todos habían podido presenciar. Para el hombre se trataba simplemente de volver a montar y cabalgar en dirección a Hofsós, donde debía de haber un grupo de peones camineros trabajando. El señor de la casa no se extrañó lo más mínimo de tener que ponerse en camino por segunda vez, llevaba puesta la gorra de alcalde pedáneo.

Volvieron mucho después de medianoche con Ína fuera de sí, toda arañada como una gata en celo tras una noche de desenfreno, y Bjarghildur tuvo que acostarse con ella para retenerla allí hasta la mañana. Cuando llegó la hora del ordeño, prácticamente no había podido pegar ojo. Pero el pesado cuerpo de Ína no había encontrado reposo, y su espíritu seguía hecho trizas, pues mientras la gente de la casa desayunaba en condiciones, ella tiró todas sus cosas en el pozo negro al este de la granja, ropas y calzados, peines, espejos y agujas de punto, y aún estaba tirando cosas cuando se la encontró Mummi. Llamó a gritos al señor de la casa, que apareció en el patio, e Ína, que tenía por costumbre tirar sus pertenencias al vertedero cuando los hombres la importunaban, peleó con todas sus fuerzas y se echó a gimotear cuando él y su bracero intentaron hacerla entrar en razón. Lo único que se podía hacer era meterla en un saco de estopa, atarla con una cuerda y hacerla rodar hasta el vertedero, y así lo hicieron los hombres también en esta ocasión. Se quedaron a su lado y le dijeron que no pensaban abrir el saco hasta que se tranquilizara, ella sabría lo que hacía. Después de dar patadas y más patadas enloquecida, dentro del saco, de gritar y soltar toda clase de exabruptos, acabó tranquilizándose y con voz temblorosa prometió ser buena si abrían el saco. Hámundur la llevó a la cocina, mansa como un cordero, la cogió de un brazo y preguntó con voz cansina si las mujeres de la granja no estaban ya hartas de abrían alboroto, pero que él, estaba abarcado de que ya era más que suficiente, tenía que atender a sus obligaciones de alcalde pedáneo y de político, a ver si eran tan amables de poderse dedicar a ellos en paz y tranquilidad. Bjarghildur dijo un tanto ásperamente que a ella le daban igual sus regaños, que hiciera lo que le apeteciera, luego se fue al lado de Ína, le dio unas palmaditas y le hizo unas carantoñas, la hizo sentarse en el banco, cogió un peine y se puso a acicalarle los cabellos encrespados y enmarañados. Mi querida Ína, dijo, las labores de otoño están a punto de terminar, han sido un serio esfuerzo para todos, las mermeladas, los embutidos, las patatas, es demasiado, pero ahora todo eso ha terminado, ahora nos dedicaremos a hacer punto, y ya está.

¿No habría que cocer esta carne para envasarla?, las interrumpió Helga, malhumorada, era como si Bjarghildur no acabara de darse cuenta de que ella y su hermana de leche eran las únicas que no habían perdido los nervios en ningún momento, habían hecho concienzudamente su trabajo con los embutidos, nunca se habían quejado, siempre se habían comportado como Dios manda pero nunca les habían dirigido una lisonja ni una palabra de estímulo, ni una palmadita ni una caricia. Veníos conmigo a la iglesia, dijo, tomando una determinación, tengo que ensayar varios himnos para la próxima misa. Karitas y Þórunn se encargarán del resto de la carne.

Aunque Karitas sabía que nada podía alegrar a las hermanas de leche más que las oraciones y el canto de los salmos en la casa de Dios, que se habían ganado a pulso, además, no se puso a hacer su trabajo cuando se fueron, dejó el envasado y se fue a toda prisa a sacar sus trastos de la habitación de la viuda y a transportarlos al aposento de la soltera, que había ocupado Pía hasta entonces. Cogió las pasas que estaban escondidas en un saco a un lado de la escalera, y se quedó en la cama, comió, aspiró el acre aroma de tabaco que flotaba en el aire y miró las florecitas rosas del papel azul de las paredes. ¿Qué creéis que debo hacer?, preguntó a las flores, pero estas callaron como hacen siempre las flores, aunque estaba plenamente segura de que la respuesta llegaría a su debido tiempo, solo necesitaba un poco de paciencia.

Las vio volver de la iglesia, las hermanas de leche ligeras como plumas después de haber elevado sus almas al cielo, Bjarghildur toda tiesa, aunque no miró a la ventana de su cuarto; de otro modo, la habría visto. Vio a Helga dirigirse al establo, a Ína hacia el arroyo con un cubo en las manos, a Mummi al huerto, al criado desaparecer en un almacén, a Hámundur pasear a caballo por el patio, pero ella no se movió de la cama, oyó ruido de conversaciones mientras cenaban en la cocina, ella no tenía hambre. Que Bjarghildur subiera a buscarla, sí quería que bajara. El cielo se hizo negro azulado, escuchaba el rumor nocturno de los animales antes de echarse a dormir, el cielo se hizo negro como el carbón, encendió la lámpara, las flores del papel pintado amarillaron. Las voces dentro de la granja se acallaron, unas mujeres hablaban en susurros, zumbaban como moscas moribundas, y escuchó el rumor del arroyo, que se movía con lentitud. Nadie subió a su cuarto. Estaba sola bajo el tejado abuhardillado. Entonces sacó el bloc de dibujo, blandió el lápiz, esbozó la imagen de una mujer dolorida que flotaba en el aire con una multitud de arañas por encima, peces boqueantes por debajo, y que había de tener cuidado para no elevarse demasiado en su vuelo y no acabar en las telarañas, ni demasiado bajo, para no ser presa de los peces, y el gesto de la mujer era tan angustiado que Karitas derramó lágrimas sobre su destino, y las lágrimas cayeron en el rostro de la mujer aumentando aún más su pavor. Y entonces sintió una necesidad imperiosa.

Tengo que irme abajo, dijo, igual que la criada que tenían en el oeste, descendió por la escalera y salió al patio, anduvo a tientas junto al muro de la granja, hasta el lado oriental, se puso en cuclillas.

Entonces vio una luz en la iglesia.

También creyó oír un órgano, notas disonantes, por un momento. No había vuelto a entrar, aunque ya había terminado, tuvo la sensación de que la iglesia la llamaba, pero no se movió del sitio, la oscuridad la tenía presa, estaba clavada en la esquina de la granja, los ojos fijos en la iglesia, deseando que el perro rompiera el silencio con sus ladridos. Un débil resplandor emanaba de las ventanas de la granja y alcanzaba el patio, vio un palo de limpiar junto a la puerta de la granja, caminó lentísimamente hacia allí, temblando, lo cogió, lo blandió a su alrededor, golpeó la oscuridad para cobrar ánimos, luego se dirigió hacia la luz de la iglesia. Llevaba el palo delante bien sujeto entre las manos, para poder herir a duendes y fantasmas que salieran a su encuentro en el prado, no percibió a ninguno pero trastabilló en una mata. La tenue luz de la iglesia caía sobre la hierba cubierta de escarcha, la cerca estaba abierta, se aproximó a la puerta de la iglesia, oyó de nuevo el destemplado sonido del órgano. Los fantasmas no tocan el órgano, se dijo a sí misma con voz temblorosa, abrió la puerta con inmensa lentitud, se escurrió silenciosa hacia el interior. Quedó en la sombra, al lado de los últimos bancos, miró asombrada a su hermana. Bjarghildur acabó de tocar el preludio con los hombros en movimiento, se puso en pie, agitó los brazos, su cabello rubio en largos mechones, los ojos cerrados, el rostro blanco como la porcelana, se puso de puntillas, sus movimientos eran suaves, se estiró, el cuerpo esbelto, dio una vuelta, danzó como una bailarina delante del barandal del altar. Entonces abrió los ojos de repente, se quedó en silencio, se volvió despacio hacia la puerta de la iglesia. Su gesto se ensombreció al ver a su hermana. Karitas se acercó a ella con gesto de disculpa, sabía que puede ser muy desagradable que te sorprendan en una situación extraña, iba a alabar sus conocimientos de danza pero se interrumpió al ver el gesto de su rostro, y preguntó: ¿Creíste que era un fantasma?

Las islandesas no temen a los aparecidos, respondió Bjarghildur, con gesto orgulloso, para reforzar sus palabras y también para recordarle el coraje de las mujeres desde la colonización misma del país. Karitas preguntó entonces qué estaba haciendo en la iglesia tan de noche, y Bjarghildur dijo que cumplía sus obligaciones de sacristana de la casa de Dios y segunda organista principal, y que para esa cara obligación no tenía más horas libres que esa, pues los trabajos agrícolas en las grandes granjas productoras no dejaban tiempo libre, como tendría que haberse dado cuenta ya, aunque lo que había que preguntar era por qué había seguido ella hasta allí a la señora de la casa, vamos, si no te importa decírmelo. Karitas explicó que no había tenido más remedio que salir a orinar, porque no había encontrado orinal debajo de la cama, aunque no tenía ninguna intención de hablar de orinales con ella en la iglesia, aunque sí que resultaba extraño que la señora de una casa tan grande no tuviera orinales para todos, teniendo en cuenta además lo lejos que quedaba el retrete y lo difícil que era llegar a él en medio de aquella densa oscuridad, pero al ver luz en la iglesia supuso que allí andaría la señora de la casa, y que sería buen momento para hablar, porque ella no estaba dispuesta a ser la criada de nadie, ni siquiera de sus parientes de sangre, «y pienso irme a la capital, por si te interesa saberlo».

Bjarghildur dijo ajá, después de mirarla un momento, se volvió hacia el órgano, tocó una canción de cuna a la vez que canturreaba: De modo que se va a la capital, vaya, nada menos, soltera y embarazada, sin un céntimo y con las manos vacías, nuestra madre se alegrará muchísimo después de todo lo que se esforzó para criar a sus hijos, darles estudios y educarlos en las buenas costumbres cristianas, para que fueran motivo de orgullo para el país y la nación. Las últimas notas las machacó sobre el órgano, como para castigarlo por algún motivo ignoto.

—A lo mejor me voy al oeste —dijo Karitas, derrotada, porque le daba igual si se iba al sur, al oeste o al este, o si se quedaba en el norte, su desgracia la acompañaría siempre.

—Dejad que los niños vengan a mí —dijo Bjarghildur, señalando la tabla del altar con un suave movimiento de la mano, una imagen deforme del Redentor realizada por un ebanista local, en la que se le veía rodeado de jóvenes rubios con zapatos de piel de oveja—, y yo hago más sus palabras y digo, querida hermana, deja a tu hijo en esta comarca, permítele que corree libre por la verde naturaleza del Creador, que crezca en un hogar campesino islandés donde la salud y la cultura popular alcanzan su cénit.

Karitas miró atónita a su hermana.

—Sí, te lo digo completamente en serio —continuó Bjarghildur.

—No puedo aceptar —dijo Karitas.

—Claro que puedes, mi querida Karitas, y para Hámundur y yo será un gran placer criar a tu hijo. Aquí tendrá todo cuanto necesite, unos padres que le quieran, aquí se hará hombre, un auténtico islandés.

—No quiero aceptar.

—Que si quieres o que si no quieres, ¿qué demonio quieres, Karitas?, ¿no lo has tenido todo, no te fuiste al extranjero a estudiar artes porque sabías hacer garabatos?, ¿me enviaron a mí al extranjero porque sé cantar, porque soy la que mejor canta en toda la comarca, o acaso no es verdad, me mandaron a mí al extranjero? Y luego te regalan un niño en bandeja de plata, por decir así, ni siquiera tuviste que pedirlo, mientras yo, que jamás he rehuido mis obligaciones, que siempre he procurado servir a la gloria de mi país y mi nación, que he estado como una firme roca al lado de mi madre, mis hermanos y mis hermanas, que he acogido indigentes, que he fortalecido las actividades religiosas de la comarca, que he contribuido a la cultura y el progreso, llevo cuatro años esperando un niño, intentándolo una y otra vez. ¿Y lo tengo? ¿Es esto justicia, Karitas? Karitas, muéstrame un poco de aprecio, sé justa conmigo, déjame quedarme con tu hijo.

—Pides demasiado, Bjarghildur.

—Sé sensata, Karitas, ¿no ves cuál es tu situación? Estás sola y no tienes un céntimo. ¿Y qué será de tu arte? ¿No quieres llegar a ser una gran artista, pintar cuadros por todo el país, montar exposiciones, hacerte famosa, viajar al extranjero? Karitas, una mujer de tu talento no puede convertirse en una fregona con un niño a cuestas, ni en un ama de casa de tres al cuarto en cualquier choza del sur, al lado del mar. Tienes la obligación de cuidar tu arte y expandirlo, tienes que agrandar el nombre de la nación islandesa, demostrar al mundo que aquí habita una poderosa estirpe nórdica de grandes campesinos, poetas y artistas. Tienes que gozar de tranquilidad para seguir tu vocación, déjame a tu hijo.

—No puedo, Bjarghildur.

—Karitas, yo soy tu hermana, somos de la misma carne, del mismo espíritu, hermanas, Karitas, hermanas. Por Dios todopoderoso, hermana, dame tu hijo.

La desesperación de su hermana la conmovió. Y dijo para calmarla:

—Si tengo dos, te daré uno.

A primera hora de la tarde no era infrecuente que hubiese un rato sin lluvia cuando rolaba el viento, y entonces aprovechaban la ocasión para tender la ropa. Karitas

se responsabilizó de la colada, que no le provocaba náuseas como el cocinar, y estaba fuera, en la cuerda de tender, con la bolsa de pinzas atada a la cintilla del delantal, cuando se acordó del chico de los ojos bonitos, el de Akureyri. La primera vez que se vieron, él le fue dando las pinzas de tender. Debería de tener ahora la misma edad que ella cuando le daba las trabas, y le preguntó al viento, que rolaba hacia el norte, si volvería a verle algún día, y lamentó no haberle dibujado. Metió la mano en la bolsa, agarró una pinza y la frotó entre sus dedos mientras pensaba en todas las personas que habían desaparecido de su vida, el niño de ojos bonitos, Halldóra y la señora Eugenia, las compañeras de la Academia, Pía y Signar, e intentó recordar a quiénes de todos ellos había dibujado, porque de repente tuvo la sensación de que eso tenía una extraordinaria importancia, solo recordaba haber visto sus rostros una vez los había fijado en una hoja de papel. Entonces apareció un rostro entre las sábanas blancas que ondeaban amenazadoras en la cuerda, era Hámundur, no le había visto llegar. Dijo: Karitas, no sé qué ha pasado entre tu hermana y tú, pero quiero que sepas que, por lo que a mí respecta, eres bienvenida a quedarte aquí todo el tiempo que te apetezca, y además quiero informarte, para que no te pille por sorpresa, que he revelado tu estado al padre de tu hijo, pues estoy del todo convencido de que un padre tiene pleno derecho a conocer la existencia de sus hijos.

Le miró con los ojos muy abiertos, y él se apresuró a añadir que en realidad fue Pía quien había conseguido localizarle, y que Signar se había sentido muy agradecido al saber por fin dónde había ido a parar la chica que se había marchado sin despedirse pero que le había proporcionado preciosos momentos en las tardes de verano.

Dijo que te había estado buscando por todos los fiordos.

¿Y qué piensa hacer ahora?, preguntó Karitas, alisándose el pelo.

Eso no lo sabemos, dijo Hámundur.

Era evidente que tampoco sabía lo que había hablado con su hermana.

No era mucho lo que Karitas podía hacer, aparte de seguir tendiendo ropa y darle vuelta en la sartén a la masa frita, tan poco era, que las hermanas de leche se sintieron molestas, pues aunque ellas eran las únicas trabajadoras a jornal, Karitas recibía alojamiento y manutención gratuitos y habría debido trabajar algo, por lo menos, pese a su estado, «porque no es la primera mujer que se queda encinta en este país». Pero hacían todo lo posible por evitar que sus murmuraciones llegaran a oídos de la señora, que esos días andaba bastante relajada, habiendo recuperado las fuerzas tras los días de matanza, y que estaba organizando las actividades de invierno de la asociación de mujeres y el coro, y que incluso anunció a la gente de la casa, en forma un tanto vaga, la posibilidad de celebrar un festejo en la granja, con acordeón y baile, «vendiendo entradas, naturalmente». Iba de un edificio a otro de la granja canturreando, salía de la cocina y entraba en un almacén, de ahí al taller pasando por el establo, y terminaba su revoloteo en las caballerizas, hablando enfáticamente con su preferido. Sus pisadas despertaban ecos de expectación e ilusión. En cambio, cada paso de su hermana iba acompañado de apatía.

Llegó entonces una ola de frío y empezó a nevar, hasta el punto de que las hermanas de leche temblaban bajo sus edredones en la habitación blanca, a continuación se produjo una ventisca acompañada de grandes heladas y se fueron con sus camas a la habitación interior, donde la anciana viuda del pastor; después desheló y volvieron a mudarse, y un domingo de tiempo tibio y calmo llegaron las mujeres de la asociación marchando como una tropa, en número de doce, igual que los apóstoles, para celebrar una anunciada reunión social. Algunas habían caminado diez kilómetros, trepando collados, cruzando vaguadas llenas de agua, y estaban empaçadas hasta los muslos, pero caminaban a paso ligero y sin dar señal alguna de cansancio. Las invitaron a entrar en el salón del medio, una vez las hermanas de leche se llevaron las ropas de viaje mojadas a la vieja cocina de turba y las viajeras se calzaron los calcetines secos; pero entonces se originó una nevisca tan fuerte que en el interior de la casa se produjo la oscuridad. Pero simplemente se echaron a reír y dijeron a Bjarghildur que acabarían con su despensa si se tenían que quedar allí muchos días porque el tiempo no les permitiera marcharse. Bjarghildur respondió que por ella podían quedarse hasta la primavera, la despensa de la granja estaba llena a rebosar, y luego les sirvieron el café y las frutas de sartén que Karitas llevaba todo el día friendo. Bjarghildur les presentó a su hermana, «graduada en la Real Academia, va a dejar sus primeras huellas como artista aquí mismo, en Þrastabakki; ay, sí, me olvidé de decirte, Karitas, mamá va a enviarte para acá los óleos y los pinceles, y Hámundur te va a construir un caballito nuevo»; pasó la mirada por el grupo de mujeres y añadió: «es que Hámundur es de lo más mañoso». Todas sonrieron cariñosas a Karitas, pero sin poder dejar de lanzar alguna mirada fugaz a su vientre. Alguien había hablado demasiado en su última visita a Sauðárkrúkur.

La presidenta de la asamblea dio la palabra a la presidenta de la asociación, que soltó un discurso sobre los niños pobres de la comunidad, y las hermanas de leche trajeron más café, la tesorera presentó las cuentas y Karitas miró las chaquetas de punto de múltiples colores que llenaban la estancia, la secretaria expuso la necesidad de decidir el comité de la tómbola, y Karitas vio en su imaginación las chaquetillas en la cuerda de tender, tremolando al fuerte viento, y acababan de elegir a los miembros y de comerse otra fruta de sartén cuando se oyó alboroto en la puerta de la granja. Como cuando los hombres dan patadas en el suelo para sacudirse la humedad o la nieve. El dueño de la casa apareció en la puerta de la sala del medio, recorrió con los ojos el alegre grupo de mujeres, que no permitieron que su llegada interrumpiera los trabajos de la reunión, esforzándose todas por hablar al mismo tiempo, descubrió a su mujer y su cuñada, sonrió jactancioso y dijo: Tenemos visita. Luego se apartó de la puerta y apareció la visita.

El visitante entró en la sala y las mujeres callaron como muertas. Algunas se acicalaron el cabello. Otras se ruborizaron y se pusieron la mano en la garganta. Pero ninguna apartó los ojos de él.

Él no dijo ni una palabra.

¡Ángela María!, exclamó finalmente la anciana viuda del pastor.

En realidad, la señora de la casa debería haberse puesto de pie como una flecha para atender al recién llegado, pero, como las demás miembros de la reunión, quedó hechizada por su apostura y casi ni pudo darse cuenta cabal de su papel en su propio hogar ni atender a sus obligaciones de ama de casa. En vista de que el hombre no parecía tener intención de saludar al grupo, pues se limitaba a mirar fijamente a Karitas, que estaba hecha un ovillo al lado del armónium, humedeciéndose los labios con la lengua, se hizo la luz en su mente, saludó muy cordialmente al hombre como si hubiera estado allí montones de veces, le presentó con desparpajo a las participantes en la reunión, aunque a la vez envió a su hermana una mirada acusadora. Karitas se puso en pie entonces y se acercó a él.

Ella levantó la vista y le miró a la cara, él bajó la vista y la miró a la cara, cada uno bebió el rostro del otro y la sala calló.

Recoge tus cosas, te vienes conmigo, dijo él. Luego salió de la sala como si todo estuviera ya hecho.

El frenesí se desató en la sala, las mujeres jadearon como si hubieran estado conteniendo la respiración todo el rato, algunas se pusieron en pie aunque sin saber para qué, la anciana viuda del pastor empezó a recoger las mesas y las hermanas tropezaron una con otra. Fue el dueño de la casa quien tomó las riendas, dijo a las mujeres reunidas que se quedaran sentadas tranquilas, que él no pensaba dejar salir absolutamente a nadie con el tiempo que hacía en esos momentos, le dio una palmadita a su mujer en el hombro y se llevó a Karitas. Signar se encontraba ya en la puerta de la granja. Estaba con las manos en los bolsillos mirando la locura de la tempestad desenfrenada. Karitas le dio un golpecito en el brazo y sin llegarle a decir nada, no había dicho una sola palabra desde la llegada de Signar, le indicó que la acompañara y fue con él a su pequeña habitación de soltera en la buhardilla. Él se sentó en la cama y miró a su alrededor, el baúl delante de la cama y el papel pintado de color azul claro con flores rosas. Finalmente abrió la boca, dijo que jamás había visto flores en las paredes, que esas cosas no se usaban en las casas del este, de donde procedía él, y añadió que tampoco las había visto en las del norte, aunque las flores rosadas eran bonitas y hacían juego con ella, tan lindas, y luego dijo: Estoy cansado, tenemos que acostarnos un rato. Y se tumbó, la atrajo a ella hacia sí y la puso encima de él. Se tocaron, separados solo por la distancia de una mano abierta, y se miraron a los ojos sin hablar, aunque escuchando con atención el chapoteo de la nieve sobre el agua del deshielo. Luego le puso el dedo índice en la frente, lo fue bajando hacia la nariz, los labios, la garganta, el pecho, como si quisiera partirla en dos, acabó en su vientre con un empujoncito y una pregunta en los ojos.

—En mayo —dijo ella.

—¿Cómo te pudiste ir sin despedirte de mí? —preguntó él.

—Me daba miedo que si me despedía de ti volviéramos a hacer lo que hicimos. No sabía que ya estaba hecho.

—¿Por qué no íbamos a poder hacerlo otra vez? —preguntó él.

—Yo no quería ligarme a nadie, soy una artista. No tienes por qué casarte conmigo aunque lleve en el vientre a un hijo tuyo, me puedo quedar aquí. ¿Por qué viniste?

—Vine a buscar lo que es mío. Tú eres mía.

Ella no tuvo más remedio que admirar su confianza en sí mismo.

Él le tomó una mano, se la llevó a los labios, cerró los ojos:

—Te has instalado dentro de mi mente y sé que jamás te dejaré escapar de allí.

Ella levantó la mano sin pensarlo y con los dedos le acarició la frente, las raíces del cabello, las cejas, le parecía tan conmovedor estar instalada en la mente de alguien, y él abrió los ojos, esperando la pregunta que las mujeres suelen dirigir más tarde o más temprano a los hombres enamorados, ella sentía que había llegado ese momento pero él solo le pedía que siguiera acariciándole, y dijo:

—A ver si eres capaz de dormirme.

Se quedaron dormidos los dos aunque su intención no era realmente esa, la espesa nevada producía una sensación de peso en la cabeza, y despertaron confusos y sedientos en medio de una densa oscuridad, ninguno sabía la hora que era. Karitas encendió la lámpara de aceite y pidió a Sigmar que bajara con ella, pero él aseguró que no tenía la menor gana de bajar hasta que se hubieran ido las mujeres aquellas, pero que lo que sí podía hacer ella era subirle una jarra de agua, si le parecía bien, claro. Pero nada indicaba que la asociación de mujeres tuviera planes de marcharse, la tempestad había descargado como por ensalmo y el señor de la casa había ido en busca de jergones de paja para que pasaran allí la noche. En la cocina, las mujeres habían engullido buenas porciones de tasajo y patatas, Bjarghildur había cocido ollas enteras, y estaban saboreando café y azúcar cande, y cuando llegó Karitas no parecían nada acongojadas por el encierro. Estiraron el cuello en cuanto entró ella, buscaron con los ojos a su galanteador, no le vieron y continuaron su incesante charla, y Bjarghildur, que se sentía la jefa de todo aquello y que además parecía algo intranquila, le hizo seña de que la acompañara a la despensa, donde podrían conversar tranquilas las dos. Allí tomó posición delante de ella, con el farol levantado, prestando a los rebosantes anaqueles de la despensa, que recordaba a una abacería, un profundo y cálido color de tierra. Luz y sombra formaban agudos contrastes, botellas, tarros, cajas y cecina y patatas sobre un plato blanco se convirtieron en un motivo realista. El aroma de los restos de comida llenaba la atmósfera.

Bjarghildur dijo que tenía que asegurarse de una vez por todas de que los dos no dormían bajo su techo sin estar casados. Karitas intentó protestar diciendo que acababan de despertarse, pero no lo logró porque Bjarghildur continuó su sermón sobre la moralidad cristiana, hablaba con tal velocidad que apenas ni ella era capaz de entender lo que estaba diciendo, pero finalmente preguntó, reteniendo la respiración: ¿Tienes intención de irte con ese hombre, Karitas?

Karitas dijo que aún no había tomado ninguna decisión, que solamente había bajado a por agua, e intentó explicarle lo bueno que era aquel hombre, aunque ni ella sabía para qué, pero Bjarghildur la cortó rápidamente y preguntó abruptamente: Karitas, ¿qué puede ofrecerte ese hombre? Karitas no respondió a su pregunta, trepó por la estrecha escalera, cogió de la mesa de la cocina una jarra vacía y la llenó de agua en el grifo sin mirar siquiera a la compañera, e iba ya a mitad de camino a la buhardilla cuando Bjarghildur la agarró de la falda y dijo, casi aullando: ¿Es que no piensas darle nada de comer a tu hombre?! Ni remotamente había pensado en ello. Esperó en la escalera mientras su hermana bajaba a la despensa a por el plato de cecina.

—¿Qué puedes ofrecerme? —preguntó a Sigmar al darle el plato.

—Un valle cubierto de hierba, un hermoso fiordo y las montañas con más colores de toda Islandia.

—No me interesan los paisajes.

—Una casita con un buen salón.

—No puedo ni imaginarme convertida en ama de casa.

Rebuscó en su mente, ya que sus dos primeras ofertas habían sido rechazadas, e iba a presentar la tercera cuando la puerta de acceso a la habitación de la soltera se abrió bruscamente y en el quicio apareció la señora de la casa, con sábanas y almohada en las manos. Estamos distribuyendo las camas, dijo. Las mujeres nos organizamos en las habitaciones de abajo, Helga y Ásta duermen contigo, Karitas, y los hombres duermen todos juntos, tú arriba, Sigmar, con el bracero, y aquí tienes una almohada.

Él se puso en pie, tuvo que agacharse para no dar con el techo abuhardillado, puso el plato de cecina con cierta violencia en las manos de Bjarghildur, la sacó empujándola, y dijo con voz sombría: Yo me quedo aquí, y le dio con la puerta en las narices. Luego se sentó en el borde de la cama y empezó a quitarse la ropa, ella estaba sentada delante de él, encima del baúl, observando con curiosidad sus movimientos, y cuando él terminó de desvestirse, dijo: Mi tercera oferta es que puedes dibujarme todas las horas del día.

No tenían sueño, después del rato de siesta, de modo que gozaron de la noche, se contaron historias mutuamente en el débil resplandor de la lámpara de aceite, y contemplando sus cuerpos desnudos.

Por la mañana, el tiempo había mejorado y reunieron todas las cosas de Karitas.

Hámundur preparó caballos para los dos. Solo estaba él fuera de la casa cuando se pusieron en camino, dio muchos besos a su cuñada, rogó a Dios y a los espíritus benéficos que la acompañaran, estrechó con fuerza la mano de Sigmar, se la mantuvo sujeta largo rato sin decir ni una palabra, y les siguió con la mirada mientras abandonaban el patio de la granja.

La miraban silenciosas, eran cinco mujeres bermejas, todas iguales, todas apostadas en un rincón de la sala como si estuvieran posando para un pintor, dos sentadas, tres de pie, sin padecar. Karitas, que volvía en sí después de la travesía, no se atrevía a mover un músculo ni a decir una sola palabra, aún no estaba segura de si eran de carne y hueso o eran elfinas, no estaban en la salita cuando la llevaron allí para descansar, apenas había cerrado los ojos y al despertar estaban allí, contra la pared. Ni siquiera las había oído entrar. Al verlas recordó haber oído decir a su abuela, una vez que fueron de visita, allá en el oeste, sus hermanas y ella escuchaban detrás de la puerta, que se había llevado una enorme sorpresa al comprobar el aspecto que tenían las elfinas en realidad, no eran todas oscuras, como todo el mundo había creído siempre, algunas eran bermejas. Y después no añadió ni una palabra más sobre el tema. Pero Sigmar le había dicho durante el camino a los Fiordos del Este, en algún momento, entre un vómito y otro, había estado todo el rato haciendo lo posible y lo imposible para que se sintiera mejor, que en su pueblo del Borgarfjörður Eystri, donde tendrían su casa, había un gran cerro donde vivían los elfos. Era el más grande del país.

Por eso, Karitas no se sentía demasiado tranquila tumbada en el camastro.

Las náuseas seguían atormentándola, el mareo no había desaparecido del todo, cerró los ojos, escuchó el oleaje, la casa estaba sobre una colina, encima de la playa de piedra, había visto, como envuelto en neblina, al llegar a tierra estaba aún aturdida, el pueblo extenderse de forma irregular por una única calle siguiendo la línea de la playa. No sabía dónde estaba la casa de Sigmar, y no estaba en condiciones de preguntar. Lo pensó dos veces antes de tomar la decisión de abrir los ojos. Ellas seguían allí. Las dibujaría si tuviera el cuaderno, pensó, todas las caras iguales, alargadas de distintas formas, y entonces se dio cuenta de que sus gestos eran hoscos, si no hostiles, lo que le generaba mayor aprensión todavía. Se puso en pie con bastante dificultad, las miró con gesto de disculpa, dijo que tenía que ir a por Sigmar, aunque sabía perfectamente que carecía de todo sentido hablar con los elfos, y salió tambaleándose hasta el pasillo en dirección a la cocina, que estaba en el otro extremo de la casa. Allí estaban los dueños, Sigmar entre ellos.

Vaya, cariño, estás levantada, dijo la señora de la casa, que debía de andar cerca de los sesenta y tenía aspecto simpático aunque era quizás un poco brusca, la hizo sentarse en una silla, dijo que iba a calentarle un poco de leche, y Karitas se sintió aliviada al encontrarse por fin entre personas normales. No hizo mención alguna de las elfinas; hasta su madre, cuando estaban en el oeste, le había dicho que quienes veían lo que estaba oculto a los demás, era preferible que callasen. ¿Se ha reforzado el viento?, se preguntó a sí mismo el señor de la casa. Está rolando, dijo Sigmar. ¿Irás para allá esta noche?, preguntó el dueño, mirando por la ventana. Esa era mi intención, dijo Sigmar. Ninguno miró a Karitas, ni tampoco se miraron uno al otro mientras charlaban. Tienes que llevarte un poco de turba y aceite, dijo el señor. Sigmar calló. ¿Te encuentras un poco mejor, corazón?, preguntó la señora, y Karitas respondió que eso creía. Entonces lo mejor es que nos pongamos en camino, dijo Sigmar sin mirar a nadie.

Caminaron por una calle llena de baches, esquivando los hoyos mayores, él llevaba el baúl de ella y su petate marinero, ella llevaba su bolso de cuero y una bolsa de lienzo en la que la señora de la casa había metido pescado salado y tocino de foca, «para que tengáis algo con que entretener el estómago hasta mañana», y caminaban despacio, él no quería apresurarse mientras ella estuviera aún recuperando la salud después del balanceo que no cesó hasta llegar a puerto. Pero ella tenía la sensación de que nunca podría recobrar la salud. No si seguía con aquello en la barriga. Había empezado a oscurecer, reinaba la neblina en las blancas montañas de alrededor, había una capa de nieve en las hondonadas del valle, también había adornado un poco la aldea, repartida acá y allá en medio de las casas, como si la blanca colada que ondeaba en la cuerda hubiera caído a tierra.

Hoy no ha llovido, dijo Karitas. Tienen que meter la ropa, continuó un poco preocupada, si no, se volverá a mojar. ¿Tienes agua de grifo en casa?, preguntó de pronto. No, pero hay una fuente de la granja vecina, respondió él. ¿En la granja vecina?!, exclamó ella, ¿es que tu casa no está en la aldea? Él no se dio mucha prisa en responder. Falta un trecho, ahí mismo, detrás de esas rocas, dijo entonces. ¿La podemos ver desde aquí?, preguntó ella, casi sin respiración, las cosas empezaban a no gustarle. No, está abajo, más cerca del mar, dijo él, desde allí no podemos ver el pueblo, pero a cambio tenemos el círculo de montañas en toda su extensión, y también el Cerro de los Elfos. Un escalofrío la recorrió. Y esa otra granja que dijiste, preguntó un tanto desabrida, ¿dónde está? Está más arriba, al lado de unas rocas de lava, es un trecho desde nuestra casa y allí puedes ir a buscar agua. ¿Yo?!, dijo ella en voz bien fuerte, ¿que tengo que ir yo a buscar el agua? Él se detuvo, miró a su alrededor, apenas habían llegado al extremo de la aldea, se inclinó y la besó: ¿Estás cansada? Puedo llevarte en brazos, si quieres. No estoy cansada, dijo ella con voz de cansancio, volviéndole la espalda, es que aún no se me ha ido del todo el mareo. Llegaron a una casita de madera acurrucada junto a un pequeño cerro de lava, y el corazón de ella dio un bote, pero se calmó al oírle decir que aquella no era la casa, que allí vivía Kára, la mujer que le ordeñaba la vaca y daba de comer a las ovejas. ¿Tú tienes una vaca y ovejas?, dijo ella como si aquello escapara ya completamente de su comprensión. Como todos, repuso él un poco secamente, y ahí está la fuente, aquí es donde tienes que venir a buscar agua.

Y entonces se vio la casa, sobre el talud de la playa, en la desembocadura del río. Karitas se detuvo y se puso una mano en la cabeza. Una granja de turba, dijo desesperanzada.

Una casa, dijo él con firmeza.

La casa era una larga cabaña con techo de turba, un frontal de madera daba al oeste, el otro al este, una ventanita a mitad del costado meridional, y en el septentrional, el que daba hacia el mar, se veía un pequeño pabellón. Al norte de la casa tengo ovil, taller y almacén, todo bajo el mismo techo, dijo al tiempo que señalaba con el dedo. Es la granja con el emplazamiento más bello de todo el fiordo, solo está eso del agua del demonio, no sé cómo podemos solucionarlo. Me da la sensación de que os debe chorrear bien cuando el viento sople desde el mar, dijo ella mirando la roca, al pie de la cuesta, dejada allí por la marejada.

La puerta no estaba cerrada con llave y entraron a la oscuridad.

El aire era húmedo, olía mal. Hay que airear, farfulló ella, y no se apartó de él mientras trajinaba con la lámpara de aceite, no se atrevía a mirar a derecha ni izquierda, segura de que la granja estaría atestada de elfos y difuntos. Pero cuando él levantó la lámpara y la luz se extendió cálida y amable, ella miró a su alrededor con curiosidad. Se hallaban en el centro de la casa y a ambos lados había puertas abiertas que daban a las habitaciones. Aquí, a la izquierda, es donde dormiremos nosotros, dijo él haciéndole que echara un vistazo al cuarto, donde había dos camas, cómoda y armario, y aquí dibujaremos, dijo al tiempo que iluminaba la habitación de la derecha, que estaba bien amueblada, pues había un diván, una mesa redonda, cuatro sillas con tapicería bordada, un espléndido aparador y una pequeña librería. Ella se quedó tan extrañada ante aquellos muebles que no supo articular palabra. Él se dio cuenta y sacó pecho: Rehice toda la casa cuando murió mamá, tiré todos los trastos viejos y lo compré todo nuevo en una subasta, en Akureyri, después de la temporada de pesca del año pasado, incluyendo la vajilla que ves ahí en el armario. También las camas son nuevecitas, ¿no crees que lo más sabio será probarlas?

Hará falta calentar la casa, dijo ella con un suspiro.

Encendieron la cocina de carbón, se acomodaron. Él juntó las camas, dijo que sería mejor para conservar el calor, trajo agua en dos cubos, dijo que pensaba aligerarle la tarea durante los primeros días, y después cocieron el pescado en una olla torcida. Él sacó el tocino de foca, verdoso porque estaba conservado en sal, cortó una loncha en trocitos, se notaba que se le estaba haciendo la boca agua, se metió el trozo en la boca junto con el pescado, entornó los ojos un instante, y le preguntó si ella no quería. No, creía que no, le había bastado con verle cortar el tocino verde para perder el poco apetito que tenía. Estuvieron sentados a la mesa del comedor sin hablar apenas, él comía y ella miraba en otra dirección. Luego calentaron agua y él dijo que iba a fregar los platos mientras ella hacía las camas. Encontró en un arcón tres fundas de edredón, adornadas con flores azules bordadas, pero no preguntó si eran de las que había desde antes en la granja o si las había comprado en la subasta con todo lo demás. Los edredones estaban plegados a los pies de una de las camas, y mientras ponía la funda estuvo pensando dónde dormiría él antes de irse al norte a por ella. Sacó su propia funda limpia, que llevaba en el baúl, y una vez metió los dos edredones y los puso uno al lado del otro en las camas, vio que no eran muy diferentes, el borde de las dos fundas era azul. Estaba segura de que la madre de Sigmar la habría cosido para él, igual que había hecho la suya, y como consecuencia de sus reflexiones le llamó para preguntar cuántos años tenía cuando perdió a su madre.

—Veinte —dijo él—, se ahogó en una barca de pesca.

—¿En una barca de pesca? —repitió ella, extrañada.

—Sí, ella salía a la mar y se la consideraba buena pescadora —respondió él, y ella no preguntó nada más, se quedó pensativa. Cogió su bolso marrón de viaje, había intentado mantenerlo todo en orden desde que zarparon de Siglufjörður, y colgó sus faldas y los dos vestidos que usaba cuando trabajaba en el arenque. Pero cuando vio las cinturas se percató de que pronto empezaría a engordar y que entonces no tendría falda ni vestido en los que cupiera. Tendría que cortarse ropa nueva, pero cómo hacerlo, no tenía máquina de coser. A decir verdad, con eso no había contado, y se sentó en la cama a pensar, y cuanto más pensaba, más negros le parecían su situación y su futuro. Finalmente empezó a sollozar. Él entró corriendo sin saber qué pasaba, la abrazó y preguntó si se encontraba mal.

—No —gimoteó ella—, no tengo máquina de coser.

—¿Máquina de coser? —repitió él, extrañado—, ¿estás llorando porque no tienes máquina de coser? —La miró incrédulo, y los sollozos se transformaron en amargo llanto. Ella lloraba por su irreflexión y su frivolidad, por su situación y su falta de dinero, y lloraba de una forma tan exagerada que él pensó que tenía que estar pasando algo realmente malo. La hizo acostarse encima del edredón, él se tumbó a su lado, la abrazó con fuerza y a besos restañó sus saladas lágrimas. Ella siguió llorando hasta que los ojos se le hincharon, pero no pudo parar por lo cariñoso y solícito que él se mostraba, no se calmó hasta que le dijo—: Eres muy chiquirritina, ¿no eras la menor de tus hermanas? —Y ella le tuvo que explicar lo del tamaño de las tres, iba conforme con la edad, y su hermano Ólafur se divertía mucho con eso, y brotaron entonces las historias de su infancia, cuando era aún una doncellita inocente. Se olvidó de la máquina de coser.

Mientras los dedos de ella jugueteaban con los cabellos y la frente de él, pues en algo tenía que entretenerse mientras le contaba historias, él dejaba que sus dedos recorrieran su cuerpo como si estuviera confirmando que todo se encontraba en su sitio, y entonces le inflamó la sangre a ella, y se inflamó también la suya propia. Y el carbón ardía tan bien en la cocina que ni siquiera echaron de menos el edredón, aunque se quedaran sin ropa.

**Karitas**  
Jarra de leche, 1923  
*Dibujo a lápiz*

Es ya media mañana.

La claridad se cuela adormilada por la ventana que da a levante, perezosa, en este brevísimo y negrísimo día de invierno.

Estoy sola en la habitación. Escucho, no oigo nada más que el graznido de las gaviotas. Me siento abandonada. Me levanto de un salto, corro en camisón hacia el patio.

El mar se ofrece ante mí hasta donde alcanza la vista.

El fiordo es corto, las montañas a ambos lados son bajas, el peñasco de lava a mano derecha llora, el aire está lleno de fina lluvia, calmo pero glacial.

Tiemblo en mi camisón, entro y cierro la puerta.

Entonces veo la jarra azul en la mesa de la cocina.

Se baña en la luz matutina. La ventana la enmarca.

Está llena de leche. La cojo con las dos manos, trago la leche, bebo largos sorbos hasta quedarme sin aliento. El líquido tibio me corre por todas las venas y por todos los nervios, noto que me lleno de energía, el placer me cierra los ojos. Cuando vuelvo a abrirlos, ante mis ojos se alza el Cerro de los Elfos.

Es un enorme peñasco rocoso, negro en un campo blanco de nieve.

La noche anterior no había llegado a verlo en la oscuridad, no había podido hacerme idea de sus dimensiones. Se yergue como una montaña en medio de la nada, como una pirámide en el desierto, solo le falta el pico, la cima. Sostengo la jarra entre las manos, la miro y luego miro el torreón de roca, me pregunto quién me habrá traído leche en la jarra.

Él salió a pescar antes del alba, esa era su costumbre, pero Karitas no lo sabía aún esa mañana, tan temprano, ¿cómo iba a conocer sus costumbres si ni siquiera conocía a su familia ni su pasado?, y claro, tampoco se le pasó por la cabeza la idea de que hubiera podido marcharse a pescar la primera mañana que pasaba ella en su casa, sin habérselo comentado antes. Estuvo un buen rato sentada en la cama después de beberse la leche de la jarra, sin saber qué hacer, solo cuando miró por la ventana del salón que daba a poniente, pensó en ir a llamar a la puerta de la mujer que ordeñaba la vaca de Sigmar y preguntarle si tenía idea de dónde podía andar. Mientras se vestía, su mente fue despejándose un poco y vio en sus propias manos de dónde había llegado la leche de la jarra azul. Los hombres no solían ordeñar, eso estaba bien claro, al menos en su comarca no lo hacían. Los elfos del oeste no llevaban leche a la gente, habría sido un absurdo, y las cosas no debían de ser muy diferentes en los Fiordos del Este.

La casita de madera estaba abierta de par en par, la puerta daba al sur, pero no vio por ningún sitio a la mujer, aunque había cuatro gatos situados junto al dintel como si fueran la guardia personal de algún rey. Se acercó a la puerta, se quedó a cierta distancia y primero dijo: Eh, ¿hay alguien en casa?, pero al no tener respuesta se acercó, llamó a la puerta abierta y volvió a gritar: Eh, hola. Pero solo le respondió un miao, así que decidió entrar, incluso se le pasó por la cabeza la idea de que podía haberle sucedido algo a la mujer, para comprobar la situación. La casa tenía una sola habitación, que hacía las veces de dormitorio y cocina, y dondequiera que mirase había gatos. Negros, pardos, atigrados y blancos, en la cama, el arcón, la mesa, las sillas, la cocina, el armario, el suelo, las ventanas. Fue incapaz de contarlos. La miraban recelosos. No le gustó cómo pintaban las cosas, pues jamás había visto nada parecido, y estaba a punto de marcharse cuando entró la mujer.

Sobre el hombro iba sentado un gato negro. Lo único que dijo la mujer, como si fuera perfectamente normal que dentro de su casa hubiera una persona desconocida, fue: Bueno, es que fui a la cooperativa a por café y azúcar, y ahora voy a preparar café, si guardas un poco. No lo dijo con tono amistoso ni inamistoso, sino en forma absolutamente natural, quizá con una pizca de sequedad, si se miraba a fondo, y Karitas se limitó a asentir con la cabeza. Estaba sin palabras, jamás había visto un gato sentado en el hombro de una persona. Solo quería saber si había visto a Sigmar, dijo al fin mientras la mujer, que se llamaba Kára si no recordaba mal, atendía a lo suyo. Kára, que estaba junto a la cocina, se volvió, bajó la cabeza y dijo no me acuerdo, aún con el gato en el hombro, y luego miró al suelo como si estuviera intentando recordarlo. Era de estatura mediana, delgada y canosa, ojos azules y pequeños, la barbilla un poco prominente, el rostro lleno de arrugas, debía de ser ya bastante anciana.

Gracias por la leche, dijo Karitas después de esperar largo rato en silencio sin recibir respuesta a la pregunta, y Kára se dio la vuelta otra vez, se quitó el gato de encima y dijo: ¿Qué leche? Los gatos maullaron a coro como si la palabra leche les hubiera llegado al alma. No hizo nada por echarlos de las sillas para sentarse ella y la señora tampoco hizo el más mínimo intento de ahuyentarlos, de modo que se bebió el café de pie. El café la revivió tanto que le entraron ganas de charlar y preguntar, pero aquella mujer no parecía muy habituada a conversar, se bebió casi de un trago el café hirviendo, se limpió los labios con el delantal y salió pitando antes de que Karitas pudiera ni darse la vuelta. No la vio cuando se acercó a la puerta, los gatos seguían en posición de guardia pero era como si las rocas se hubieran tragado a la mujer. Karitas se fue lentamente por el prado, molesta y aburrida.

Él se había marchado a pescar antes del alba, pensando que era la cosa más natural del mundo. ¿O no queremos comer pescado fresco?, preguntó, y frunció las cejas cuando ella le reprochó no habérselo dicho. Ella no tenía nada contra el pescado, refunfuñó, pero habría tenido que decirselo, había pasado mucho miedo por él. Fue entonces como si le hubiera tocado la fibra sensible, y sus ojos resplandecieron, realmente ella había temido por él, se sintió conmovido y la tomó entre sus brazos. Como si ninguna mujer del mundo hubiese temido jamás por él hasta ese momento. La cubrió de besos hasta que no pudo contenerse y la llevó hacia la cama. ¿No sabes pensar en ninguna otra cosa?, preguntó ella, enfurruñada, pues en aquellos momentos tenía más ganas de pescado que de él, pero él respondió: No, Dios lo sabe, no sé pensar en ninguna otra cosa.

Más tarde, después de haberlos tomado a los dos, ella y el pescado, le prometió que la dejaría que le dibujara. Para tenerle la cabeza ocupada y acortarle el rato mientras estaba desnudo como un dios griego, pues imaginaba que le costaría mantenerse mucho rato en aquella postura, Karitas charlaba con él, le preguntó si no le parecía horrible tener que salir a la mar en una barca de remos, en medio de la negrísima oscuridad.

—Los de Borgarfjörður vemos bien en la oscuridad —dijo él, rascándose la entrepierna—. Además, cuando me fui ya era la hora del ordeño, Kára estaba ordeñando y dando de comer a las ovejas.

—Cuando se lo pregunté, respondió que no recordaba haberte visto —dijo Karitas.

—Kára no recuerda nunca absolutamente nada, pero de las bestias sí que se acuerda. Recuérdame que le lleve pescado cuando bajemos a la cooperativa.

—¿A la cooperativa? —preguntó ella, extrañada.

—A la cooperativa, sí, ¿pensabas que solo ibas a comer pescado?

—Sí, claro —dijo ella, avergonzada por un instante de su desinterés por todo lo demás. Se concentró en el dibujo, no siguió preguntando para evitar los aspectos desagradables de la vida cotidiana.

Estuvieron en silencio hasta que él empezó a aburrirse, jugueteaba con sus pantalones, que estaban en una silla a su lado, y entonces preguntó si se lo había pasado bien en Copenhague.

—Aquello era la esclavitud —dijo ella—. Me pasaba los días en la cocina, fregando. Es peor que lavar pescado salado con vendaval del norte. La vieja no me concedía jamás un día libre, podía darme con un canto en los dientes de que me dejara ir a la Academia. Rarísima vez pude ir con mis compañeros de clase de excursión al bosque, y solo una vez fui a un baile.

—Me alegra mucho saberlo —dijo él.

Bajaron a la aldea a comprar harina y arroz, café y azúcar. Antes de regresar, ella se quejó de que no tenía ropa, que la cintura de la falda se le clavaba en la carne, la capa se le estaba quedando demasiado estrecha, se sentía un poco mohína porque tenía la sensación de que él no se interesaba demasiado por su situación. Pasaremos por casa de Högna en cualquier momento para llevarle pescado y comprar nabos, y le podemos pedir que te haga algo de ropa, ella tiene máquina de coser, dijo él como si pensara que con aquello quedaba todo resuelto. ¿Quién es Högna?, preguntó ella, irritada porque hablaba como si ella tuviera que conocer a todos los habitantes de la aldea desde su más tierna infancia, igual que él. La mujer que nos sirvió café cuando arribamos de la travesía, una amiga de mi difunta madre, respondió él, impaciente. A Karitas no le agradó demasiado la idea, no le apetecía lo más mínimo entrar en una casa en la que había estado cuando no era del todo dueña de sus actos, y donde, además, había visto visiones.

Soplabla viento frío del norte y la pleamar llenaba la playa, se ajustó bien la pañoleta por debajo de la barbilla, dejó que le cubriera la cara, él se caló hasta los ojos la gorra de cuero, bajó la cabeza y fue caminando a grandes zancadas mientras tiraba del carrito. Llegó antes que ella a casa de Kára, y le vio sacar del carro un atado de peces y entregárselo por la puerta entreabierta, y que ella lo cogía sin decir ni una palabra. Continuaron bordeando las rocas con el salitre metido en la nariz hasta que llegaron a la calle de los baches. Cuando pasaron delante de la iglesia, cuya parte trasera daba hacia ellos, Karitas dijo: Está mal puesta, las iglesias tienen que estar orientadas a este y oeste, no a norte y sur. Sí, respondió él, pero eso obligaba a construir la iglesia en el Cerro de los Elfos, y nadie quería semejante cosa, la gente no quería. Incluso la reina de los elfos se le apareció en sueños a uno de los regidores y le expresó su deseo de que la iglesia se levantara donde está ahora, con las puertas hacia el sur, probablemente para que desde el Cerro ella pudiera ver quiénes asistían a misa. Pero la tabla de altar es bonita, tendrías que ir a verla. Y se detuvo un momento, entornó los ojos y la miró, y dijo: ¿Quizá te quieres casar? No lo sé, respondió ella con apuro, y continuó caminando. Lo cierto es que no sabía si esa era una proposición de boda o de un apañó práctico.

Unos niños jugaban en la calle, unos adultos circulaban por allí, Karitas miró interesada a su alrededor, pero apenas nadie la miraba a ella, la mujeres con la pañoleta tapándoles los ojos no suelen fijarse en nada. Cuando entraron en la cooperativa, se quitó el pañuelo y se sacudió el pelo con espontaneidad, como hacen las mujeres de Copenhague al entrar en una tienda, pero se sintió muy azorada al ver los ojos de los hombres fijos en ella. Callaron como muertos en cuanto entraron ellos dos. Unos estaban apoyados en el mostrador, otros sentados encima de este, y todos se quedaron boquiabiertos como si no hubieran visto a una mujer desde tiempos inmemoriales. ¿Qué tal si compramos arroz?, dijo Sigmar en voz bien alta después de saludar a los hombres. Sí, dijo ella en voz baja, intentando mantenerse en su sombra. ¿Y si compramos uvas pasas? Sí, respondió ella sorbiendo el aire con fuerza. Respiró más aliviada cuando salieron y mientras él colocaba los productos en el carrito, le preguntó irritada por qué la miraban los hombres de aquella forma. Como si fuera culpa de él. Lo que en cierto modo era así, probablemente le miraban la barriga. Eres muy guapa, respondió él al fin, después de haberla hecho esperar un ratito, por eso te miran embobados. Ah, dijo ella, ya, bueno. Se pasó la mano por el pelo pero no volvió a cubrirselo con el pañuelo. Pero, oye, dime, ¿dónde están las mujeres de este villorrio?, preguntó, mirando al hombre con una pizca más de dulzura.

¿Tú crees que pueden andar matando el tiempo en la cooperativa, charlando todo el día, respondió él ofendido por la pregunta, ellas tienen siempre un montón de cosas que hacer.

Llegaron a la elegante casa de madera, de una sola altura, de Högna, él sacó del carro el otro atado de pescado y ella descubrió un infantil sentimiento de ilusión al oírle decir: Ahora nos darán café bien caliente y pan recién horneado. Había subido la mitad de los escalones de la entrada cuando se dio cuenta de que ella no estaba con él, seguía al lado del carrito toqueteando los sacos un tanto apurada. Tengo un poco de náuseas, dijo pasándose la mano por el vientre cuando él la miró con gesto interrogante, me parece que será mejor quedarme aquí al aire libre mientras me pongo mejor. ¿Crees que no tendrás demasiado frío?, preguntó él, preocupado, aunque sin dejar que la salud de Karitas le apartase de su ansiado café. Acabó de subir las escaleras y entró.

Ella se quedó debajo del hastial que daba al sur, medianamente libre del viento del norte, miró el círculo de grises montañas brumosas, asombrada por la eterna tendencia de la gente a glorificar su terruño. ¿No había dicho Sigmar, cuando estaba intentando traérsela al este, que aquellas eran las montañas más bellas del país? Ella no encontraba belleza alguna en esas montañas, como tampoco en otras, las montañas la aburrían. Se sentía como prisionera con esas montañas siempre a su alrededor. Y lo cierto es que estaba prisionera, prisionera del propio cuerpo, con lo que ya tenía dentro no le cabían tierras ni costas. Ella, que tendría que estar en la capital pintando en un taller como otros artistas que habían dedicado a ello cinco años de largo y riguroso estudio. Todo era culpa del maldito arenque, si hubiera hecho la exposición no habría tenido tiempo de pintarle a él y no habría acabado así, y encima tendría dinero y no necesitaría depender de otros. No tendría necesidad de estar en medio de unas brumosas montañas grises llenas de elfos y trolls.

Tenía húmedos los párpados cuando finalmente apareció él, rojas las mejillas por el café. Pero habían hecho ya una buena parte del camino a casa cuando él preguntó si pensaba decirle por qué lloraba. Qué va, no lloro, dijo ella arrasada en lágrimas porque no quería confesarle que lloraba por su falta de libertad, y luego dijo que era como otras mujeres en su estado: Solo estaba preocupada por la situación económica, el niño va a nacer en mayo y no tengo con qué vestirlo. No tengo ni un céntimo para comprarle lo que necesite.

No debes preocuparte por eso, dijo él, buscaremos a alguien que se encargue. Högna dijo que te cosería algo de ropa y para ella no representará un esfuerzo excesivo coser también algo para el chiquitín que está en camino. Tú compras la tela en la cooperativa, y las demás cosas que te puedan hacer falta, dinero no te va a faltar, tengo suficiente, por lo menos, más que la mayoría. Y siguió hablando y hablando todo el camino sobre aquella fortuna suya que ella no había visto nunca, y le resultaba divertido oírle hablar tanto de una vez, y se olvidó de su falta de libertad. Su fanfarronería masculina, de la que se burlaba sin dejarlo notar, pues le recordaba a sus hermanos. Cuando llegaron a la granja de turba que él llamaba casa, ya estaba de estupendo humor. Encendieron luz y fuego para calentarse, cocieron pescado y nabos y él le habló de sus planes de comprarse un barco, no una barquichuela de dos remos, sino un barquito de cuatro toneladas, para empezar, dijo con el dedo índice bien levantado a fin de añadir énfasis a ese paso fundamental, después otro barco más grande, eso dará dinero, y después un buen barco arenquero.

Entonces necesitarás un buen capitán, ¿no? preguntó ella por decir algo. Yo seré el capitán, respondió él, extrañado por una pregunta tan tonta, diplomado de la Escuela de Náutica. Ella se quedó boquiabierta: Anda, no lo sabía. Y se puso a pensar que en realidad no sabía absolutamente nada del padre de su hijo. No lo sabía porque nunca preguntó nada, dijo él, mirándola fijamente. No te interesa apenas la gente. ¿Qué tonterías estás diciendo?, protestó ella, un poco irritada. Claro que me interesa la gente. Sus rostros y sus cuerpos, dijo él. Y ella supo que tenía razón. Un poco.

Para corregir su desatención intentó preguntarle sobre su infancia y su adolescencia cuando llegaron a casa, pero él no tenía demasiadas ganas de hablar de sí mismo, se limitó a responderle con unos pocos monosílabos, prefería besarla, de modo que ella se rindió pero le preguntó si tenía idea de cuándo pensaba hacerle Högna la ropa. Vendrá a primeros de año con la máquina de coser, respondió él, imagino que se traerá toda la tropa.

¿Qué tropa?, preguntó ella, irguiéndose en su asiento.

Bueno, sus cinco hijas, Guðjóna, Sigurjóna, Magnúsína, Erlendína y Eirika, enumeró él de una tirada, y perdió el resuello.

¿Dónde está la jarra azul?, quiso saber, plantada en la puerta del taller. Él se quedó pasmado, no tenía ni idea de qué jarra azul le estaba hablando, nunca había visto una jarra azul en aquella casa, solo la blanca en la que Kára ponía siempre la leche. Vi una jarra azul la primera mañana, aquí, dijo ella sin dar su brazo a torcer. Pero él se la quedó mirando, risueño, como si Karitas no se hubiera despertado aún del todo, así que ella no dijo nada más y volvió a entrar en la casa. Buscó la jarra azul por todas partes, rebuscó por todos los armarios, miró debajo de las camas, volvió a entrar y salir en el almacén, lo puso todo patas arriba, acabó en el establo con la vaca, que mugió de alegría al verla, pero no encontró la jarra azul en ningún sitio. Se quedó largo rato al lado de la ventana de la cocina acariciando la jarra blanca, que estaba absolutamente segura de que antes había sido azul. Luego se sentó sin saber qué hacer.

Soplaba viento frío del norte, que traía nevadas intermitentes. Se acercaban las Navidades y no tenía nada que hacer. Voy a perder la razón si sigo aquí más tiempo, pensaba. Fue pausadamente hasta la puerta, la abrió, miró el mar, había un bote de desembarco abaraloándose a un buque de navegación costera, y pensó que no sería tan difícil marcharse a la capital, de no ser porque en el mar se mareaba siempre. Sigmar salió del taller y al verla en la ventana preguntó si quería bajar con él a la aldea, pero ella repuso que no tenía ropa que ponerse y añadió que además estaba hecha un asco. Pero que le comprara una cazuela nueva, ya que pensaba ir otra vez al pueblo. Cuando se marchó, ella se acostó y se echó el edredón por encima de la cabeza. Oscureció, fuera y también dentro de su alma, y la casa se empezó a enfriar porque no tenía ánimos para echar carbón en la estufa. En medio del sopor le oyó volver; ya con oscuridad total, le oyó encender la lámpara, arrastrar al salón algo pesado, y entonces apareció en la habitación con una luz en la mano, y dijo:

—Hay una cosa para ti, Karitas.

—¿Una cazuela? —preguntó ella.

—No, me parece que lo envía tu madre.

Entonces se levantó.

Su caballete, los colores en su caja de madera, los pinceles en su tubo, la paleta, los lienzos, la trementina en su botella, todo ordenado con esmero, sujeto con prendas de lana tejidas a mano y a máquina, y dentro un papel marrón de envolver, un chaquetón de lana tres cuartos, holgado, pensado para mujeres encinta. Se acarició la mejilla con la chaqueta y dijo con un nudo en la garganta: Echo tanto de menos a mamá... Y tuvo que sentarse mientras se le pasaba. Las bragas de pierna larga y cintura ancha le hicieron saltar las lágrimas en las comisuras de los ojos, llevaba tiempo sintiendo frío en los muslos, y Sigmar se limitó a esperar mientras manoseaba las prendas y las estrujaba entre los dedos, sin comprender por qué necesitaba mirarlas montones de veces cada una, a él lo que le apetecía era montar el caballete y ver alguna pintura suya en serio. Fueron al taller a construir los bastidores, él quería ocuparse de esa parte del trabajo para servirle un poco de ayuda, «los haré de diversos tamaños y luego tú misma puedes clavar el lienzo según tus necesidades, si yo no estoy por aquí», y ella tenía perfectamente claros los tamaños, y mientras él aserraba y clavaba los clavos, ella hablaba, le contaba historias de pintores de Copenhague: Las chicas hablábamos mucho de sus cuadros y algunas veces nos escapábamos a sus exposiciones, a algunas no les gustaban demasiado los modernistas, incluso se sentían ofendidas ante algunos de los cuadros, decían que eran una porquería, pero a mí me abrían mundos nuevos. Recuerdo cuando vi los cuadros de Vilhelm Lundström, *collages* eran, trozos de tela y cosas de esas, todo recortado, con cierta forma, también pintado, me quedé en éxtasis, y también las composiciones de Olaf Rude, le encantaba Picasso, todo el mundo se daba cuenta, ahora ya no sé si vio sus cuadros en París o en Copenhague, pero da igual, creo que lo que más me gustaba de todo eran las pinturas de Harald Giersing. Utilizaba con gran maestría una escala de colores atenuada, con predominio del negro, magnífica factura, o también naturalezas muertas con objetos cotidianos, todo en esos colores densos, profundos, blancos y negros. Sí, no se dedicaban a pintar montañas y caras como algunos siguen haciendo todavía, ¿entiendes?, aunque esos tipos sí que sabían pintar, sería una vergüenza no conocerlos, iban todos juntos, ¿entiendes?, iban a Berlín, París, Roma, yo estaba casi camino de Roma, vaya si tenía ganas de ir, pero no tenía ni un céntimo, y además pensaba que debería volver pronto a casa, ay, pero lamento tanto no haber ido...

Yo me alegro mucho de que no fueras a Roma, dijo él.

Él empujó la mesa del salón contra la pared para dejarle suficiente espacio, luego le puso delante el caballete, justo al lado de la ventana para que tuviera buena luz, y ella se quedó muda con los ojos clavados en el lienzo en blanco. Él se tumbó cuan largo era sobre el diván, demasiado corto para él, se puso un cojín debajo de la cabeza y esperó con paciencia a que a la artista le llegara la inspiración. Tuvo que esperar bastante hasta que ella levantó el lápiz y trazó sobre el lienzo unas líneas incomprensibles aquí y allá, pero finalmente abrió la caja de colores, juguetó con cada uno de los tubos, como si él no estuviera allí, apretó tres tubos, mezcló los

colores en la paleta, los diluyó con la trementina, cubrió entonces de color azul un trozo en medio del lienzo, se quedó inmóvil con el pincel levantado, miró el color, acercó la nariz al caballete y aspiró el aroma. Extendió el color por la superficie como si estuviera sola en el mundo, sin acordarse de la presencia de él a su espalda, hasta que le oyó suspirar como quien es incapaz ya de aguantar despierto. Llevaba mucho rato pintando, le dolía la parte baja de la espalda, cuando él dijo de repente, como si nunca se hubiera llegado a dormir:

—Eso es una jarra azul.

—Esta es la jarra azul que vi aquí la primera mañana —dijo ella.

—Era blanca.

—No, era azul.

—No quieres pintar montañas ni caras, ¿qué es lo que buscas?

—Busco el caos.

—Yo no veo caos ninguno en una jarra azul.

—El caos saldrá, está dentro de mí, llegará cuando haya podido pintar mucho en libertad y haya podido estar sola conmigo misma. Una compañera de clase que fue a Roma me habló de los pintores futuristas italianos. Me fascinaban tanto como los modernistas, bueno, sus objetivos, quiero decir, nunca vi sus obras, pero persiguen la inspiración en la velocidad y la contemporaneidad. Su tema favorito es la técnica, máquinas, coches, aviones, intentan captar la belleza de la velocidad, no la belleza de la quietud como los viejos maestros, ¿no es emocionante? Imagínate, renovar la cultura con la pintura, entonces tendremos también poder absoluto sobre la técnica misma, ¿comprendes?, el pincel, los colores, tengo que pintar y pintar. Y luego esta compañera se fue un día a Berlín, desapareció de mi vida sin más, y yo, que necesitaba hablar más con ella sobre el caos. Todos desaparecen de mi vida, Sigmar, desaparecen como si nada.

—Eso es porque buscas el caos. Si pintaras montañas y caras nadie ni nada te abandonaría.

Ella se quedó en silencio, pensando en su teoría.

—Tengo un hambre atroz —dijo él, poniéndose en pie.

—Tú siempre tienes hambre —dijo ella.

—Y tú, chiquirritina, ¿no tienes nada de nada de hambre? —preguntó, y se puso detrás de ella, la abrazó poniéndole las manos sobre el vientre, le acarició los pechos y los muslos.

No creo que pretenda hacerlo ahora, si es verdad que tiene tantísima hambre, pensó furibunda por las energías amorosas de aquel hombre, pero él consiguió lo que buscaba, quizá porque ella estaba de buen humor y no tenía nada en contra de unas cuantas carantoñas. De modo que se revolcaron en la cama, dos almas con hambre atroz, hasta perder el aliento. Cuando estaban tumbados uno al lado de la otra, intentando decidir cuál de los dos tenía las piernas más bonitas, ella dijo, un poco en tono de regaño, que pronto tendría que dejar esas cosas, y él comprendió perfectamente por qué lo decía, para ella estaba ya resultando algo desagradable por culpa de la barriga. Te dejaré en paz cuando me marche a la costera de invierno, a principios de año, dijo, y lo primero que pensó ella cuando él dijo que se iba, era que entonces sería libre para pintar. Las veinticuatro horas del día, si le apetecía.

Pero por la noche se despertó bruscamente, gritando en la oscuridad: ¡La costera de invierno! ¿Y quién quitará la nieve de la casa e irá a por agua? Él ni siquiera dijo mmm y ella volvió a acostarse. Pero no llevaba acostada más que unos minutos cuando se incorporó de nuevo con los ojos desorbitados: ¡Sigmar, se está moviendo! Eso le hizo moverse. Los dos pusieron la mano sobre el bombo, aún pequeño, que acababa de despertar y daba saltitos, como si hubiera una tercera persona en la cama, y los dos susurraron mientras esperaban la siguiente patadita. Sigmar, dijo ella entonces, no puedes marcharte por la mañana temprano sin decirme adiós.

**Karitas**

Cubos en la nieve, 1924

*Óleo sobre lienzo*

Nieve profunda y silencio sepulcral, como si el mar se hubiera dormido.

Unos cuervos graznan al otro lado de la casa.

Estoy delante de la entrada, con pantalones de hombre. Sin agua.

Profundas huellas en la nieve muestran que alguien ha pasado por allí esa mañana. Poniendo los pies en ellas con cuidado se puede llegar hasta la fuente.

Me asusta el peso del agua pero voy a trancos sobre la nieve amontonada con los ruidosos cubos en las manos.

Al lado del cerro de lava resbalo, me caigo en un hoyo, maldigo aunque sé que las mujeres embarazadas no deben hacerlo, vuelvo a levantarme como puedo, me quito la nieve cuando llego al pozo, donde tengo bajo los pies nieve pisoteada.

Sale humo por la chimenea de casa de Kára. La puerta está cerrada, los gatos no se ven por ningún lado.

Bajo el pozal marrón, vuelvo a subirlo, tirar de él me hace daño en el brazo, lo vierto en uno de los cubos, bajo otra vez el pozal marrón.

El agua salta en todas direcciones cuando la vierto en los cubos, hace un frío asqueroso. Agarro el asa de los cubos, estiro la espalda, son pesadísimos, bajo la cabeza y cuento mentalmente los pasos hasta mi casa.

Vuelvo caminando a trancos, despacio, con cuidado, por el mismo camino. A los pocos pasos tengo que descansar. Repito el descanso varias veces, mis piernas están ya tan hechas al esfuerzo que empiezo a caminar más deprisa.

Me quedan solo unos pasos hasta la casa cuando resbalo y caigo redonda. La nieve cede bajo mi peso, no noto nada, pero sigo con la mirada los cubos que bajan rodando cuesta abajo hacia la orilla del mar. Por fin se detienen allí, mirándose boquiabiertos en solitario silencio, color marrón oscuro en la nieve blanca con el durmiente mar grisáceo detrás de ellos.

Me quedo tumbada en la nieve con los brazos extendidos, mirando los cubos. Me resulta agradable descansar en esa postura, no me apetece levantarme, lamo la nieve y pienso.

Oigo entonces pisadas en la nieve detrás de mí, la voz de Kára: Ponte de pie, pobrecilla, y entra en casa, ahora mismo te llevo yo el agua.

La jarra blanca llena de tibia leche recién ordeñada aparecía en su lugar todas las mañanas, enmarcada por la ventana, con el Cerro de los Elfos detrás, pero Karitas nunca estaba despierta para poder dar las gracias a Kára por su esfuerzo. Ni siquiera salía un poco del sueño profundo cuando entraba la buena mujer, que debía de ordeñar en plena noche, y se le vino a la mente la idea de que sin ella, probablemente se quedaría reseca, pero le traía la leche y el agua, que con frecuencia le duraba varios días siempre que no tuviera que hacer una colada grande. Combinó colores para pintar los cubos de un marrón negruzco, pues había decidido usar tonos más oscuros que los reales, sobre todo con idea de crear contrastes más fuertes, cuando vio lo práctico que sería colocar las cuerdas de tender donde estaban los cubos. Ya corría prisa una colada grande de ropa, y difícilmente podía ella, que era una mujer, ir a pedirle a Kára que le hiciera la colada, aunque se la hubiera estado haciendo a Sigmar cuando este no tenía mujer a mano. Todos pensarían que era una flojucha o una engreída, o las dos cosas a la vez. Otra cosa muy distinta habría sido si fuera la señora de una casa bien, o simplemente la listísima esposa de un alcalde pedáneo de Skagafjörður que ponía a las criadas a dar golpes a la tabla de lavar. Pero ella no era ninguna de esas dos cosas y las fundas de edredón habían llegado a un punto en que seguramente no tendría más remedio que ponerlas a hervir en la cocina, con el caldero grande; si era capaz de levantar aquel maldito caldero. ¿Y dónde iba a tenderlas? Ni hablar de llevar el caldero hirviendo al pestilente almacén donde había calzados que llevaban años guardados allí, no quería que el hedor se metiese en las telas. Lo mejor sería buscar un rollo de cuerda y tender la soga entre los dos edificios. De una u otra forma tendría que organizarlo, y quien tenía que hacerlo era ella, la experta y avezada lavandera. Miró las manos que años atrás lavaban ropa sin parar en Akureyri, después el pincel que descansaba en esas mismas manos, y se dio cuenta de que estaba pensando solamente en las cuerdas de tender, no en el arte. Nada por el estilo les había podido suceder nunca a los viejos maestros.

Se quedó allí sentada como una condenada a muerte pensando si andaba o no bien de la cabeza; si su mente, a fin de cuentas, no se centraba exclusivamente en el arte, ¿o había artistas que pensaban en cuerdas de tender? ¿Podía ser alguien un auténtico artista si su mente no estaba total y absolutamente consagrada al arte? Siguió pensando hasta que empezó a dolerle la espalda y tuvo que levantarse. Así no marchan las cosas, dijo contrariada, así no voy a ningún sitio. Dejó la paleta en la mesa para poder sujetarse la parte baja de la espalda con la mano izquierda mientras pintaba, estaba pugnando con los colores de la nieve cuando un su mente brotó un pensamiento nuevo: naturalmente, le diré que transforme el almacén en lavadero.

El sol teñía de rojo las ventanas como llevaba haciendo ya siete días, y Karitas dejó que le acariciara el rostro, macilento tras las tinieblas de diciembre. Solo cuando empezó a brillar otra vez, se dio cuenta de cuán amargamente lo había echado de menos, pero no festejó su llegada con café y dulces, como era costumbre, en una celebración que había quedado grabada en su alma desde la infancia, y se sintió un poco avergonzada por su dejadez. Claro que le apetecía muchísimo tomarse unas tortitas, pero no se había sentido con fuerzas para hacer la masa y freírlas, aparte de que festejar en soledad el regreso del sol resultaba un tanto triste. De manera que continuó con su trabajo como si no hubiera pasado nada, «si quiero hacer una exposición necesito tener algo de donde elegir», aunque procuró no pensar en cuándo podría hacerla, y en realidad hizo también lo posible por no pensar en qué sería de ella, «pero lo cierto es que ahora tengo tranquilidad y tiempo para pintar y hay que aprovecharlo». Y lo hacía, efectivamente, y el sol le daba fuerzas aunque no saliera ni a la puerta de la casa, pero la luz que entraba en la sala proporcionaba una sensación de alegría, tan cálida y silenciosa, que se sentía mejor consigo misma; la soledad no la hacía sufrir, aunque estaba sola, incluso había empezado a hablar ella sola, cada día le parecía más natural, y la tranquilidad que reinaba fuera de la casa le resultaba agradable, gozaba del ruido del mar, el graznido de los cuervos y el balar de las ovejas en el ovil.

Creyó haber oído mal cuando sintió una áspera voz de mujer que llegaba de lejos pero que la hizo encogerse con la sensación de que aquella voz anunciaba agobio y conmoción, cerró bien los tapones de los tubos como si temiera que alguien fuera a cogerlos. Luego miró por la ventana de poniente.

Una mujer a lomos de un caballo cenizo y otras cinco a pie estaban paradas junto al pozo de Kára, buscaban con la vista algún sendero dejado por pisadas, miraron hacia su casa como un ejército que observa un país por conquistar. El caballo arrastraba un carro, y quien lo montaba daba órdenes, a las demás no se les oía decir nada. Karitas entornó los ojos para ver mejor, no pudo distinguir sus rostros pero los vio blandir palas, parecían dispuestas a retirar la nieve desde el pozo hasta su casa para facilitar el paso del carro. No supo quiénes eran aquellas mujeres hasta que llegaron al patio de delante y sacudieron los bucles de sus cabellos rubios rojizos al sol del invierno. Karitas cogió el cuadro de los cubos, lo puso en un rincón al lado del cuadro de la jarra azul, puso los dos de espaldas, quitó el atril pero no tuvo tiempo de recoger los colores. ¿Y a qué las invito?, pensó aterrada mientras recogía.

Högn y sus cinco hijas rompieron sobre ella como una ola gigante, la arrastraron con ellas a un torbellino enloquecido y volvieron a depositarla en tierra, aturdida y postrada. Sacaron del carro cajas y fardos, y Högn dijo, cuando Karitas salió vacilante al patio con la mano abierta tapándose la boca: Bueno, chiquilla, he venido a coser para ti, hablando como si hubiera ido ella sola. Siguió hablando por los codos, sin pausa, mientras las otras entraban los bártulos, una máquina de coser manual y no de las de pedal, como si pudo ver al momento, estaba madurando el plan de encargar de Reikiavik una de pedal después de la pesquera de invierno, pero no quería proclamarlo a los cuatro vientos por toda la aldea, pues entonces otras querían seguir sus pasos, «y vaya si vive bien el bueno de Sigmar, ¿de dónde sacó este armario tan estupendo, o la vajilla?, ¿quizá lo trajiste tú de la capital?», pero no esperó respuesta, señaló con recelo los colores y los pinceles, que cubrían la mesa: Habrá que quitar eso, como si se tratara de carne podrida o algo peor, y Karitas despejó la mesa a toda prisa para poder colocar sobre ella la plateada máquina de coser. Pero Högn quería también la mesa de la cocina, no le bastaba con una para cortar y coser, y una vez sus hijas trasladaron su mesa al lugar adecuado, toda la casa se puso en marcha como un viejo reloj recién limpio, que volvía a hacer tictac con todas sus fuerzas. Karitas estaba en mitad de la sala mirando el ajetreo, sin poder frenarlo ni un instante, eran como moscas, estaban aquí y de pronto allí, detrás de ella y delante, a veces se daba la vuelta para poder seguir sus movimientos, una se sentó de pronto junto a la máquina de coser y se puso a coser pañales, otra levantó las agujas de punto y se lanzó a tejer una chaquetita de bebé, la tercera puso la colada en remojo, la cuarta se dedicó a fregar suelos y paredes, la quinta registró los armarios y se puso a preparar tortitas.

No tenía que preocuparse ni lo más mínimo por qué podía ofrecerles.

Y todo esto sucedía sin que nadie les indicara lo que tenían que hacer. La que estaba al frente de todo y mandaba a todas estaba pensativa con unas telas para vestido en las manos, hablando entre dientes, hasta que preguntó: ¿Cómo quieres el vestido de mañana, marrón o azul, o a lo mejor lo prefieres verde? Pero no esperó respuesta sino que rodeó con las manos el vientre de Karitas, empujó y apretó, sí, sin duda, es un chico, lo mejor será hacértelo azul. Luego cogió el metro, la midió por detrás y por delante, fue recitando las medidas sin escribirlas, y dijo: Bueno, ahora puedes sentarte un poco, y Karitas se sentó con gesto angustiado, como de quien es simple huésped en su propia casa.

El comportamiento de las hijas no mejoraba, hacían como si ella no estuviese allí; si por pura casualidad levantaban la vista y sus miradas se cruzaban con la suya, apartaban los ojos y miraban malhumoradas a otra parte. A no ser porque de vez en cuando cumplían los mandatos de su madre, que ella lanzaba al aire sin mirarla: Erlendina, café, Magnúsina, tijeras; Karitas habría pensado que eran extranjeras de padre y madre y no comprendían el islandés. Eran tan parecidas, con sus cabellos de color rojizo claro, cejas blancas y ojos azul acuoso, que Karitas no podía distinguir una de otra sin dificultad. Ellas no hacían más que mirarla fijamente, Högn se dio cuenta y puso un gesto socarrón, como si disfrutara viéndola de mal humor, los pesados párpados sobre unos ojos vivarachos le prestaban ese gesto, pero no dijo nada, y si no decía nada, las demás la imitaban, de modo que Karitas intentó iniciar ella la conversación. Y por decir algo y no seguir en silencio, hizo lo primero que se le pasó por la cabeza, preguntó si conocía a Kára, la que vivía al otro lado. Todos conocen a Kára, dijo Högn. Es un poco huraña, dijo Karitas. No tiene nada de qué hablar, jamás sale de la cabaña esa llena de gatos, respondió Högn. Karitas preguntó si es que le había pasado algo alguna vez, confiando en que le contarían alguna historia sobre un difícil duro destino, pero Högn dijo: Eso es lo malo, nunca le ha pasado absolutamente nada, no ha tenido nunca a nadie ni ha perdido nunca a nadie. Pero Karitas continuó: Pero tiene que apreciar mucho a Sigmar, porque es ella la que se ocupa de sus ovejas y la que le ordeña la vaca. No lo aprecia ni lo más mínimo, exclamó Högn. Era a su madre a quien apreciaba. Ah, vaya, dijo Karitas, y tú eras amiga suya, ¿no es así? Todas éramos amigas suyas. Ella salía al mar a pescar, hacía de comadrona, organizaba representaciones de teatro, y se echaba ella sola a andar por el páramo en lo más crudo del invierno, cuando ni los hombres se atrevían. Era una gran mujer y todos lloraron mucho su muerte.

—Por aquí nieva muchísimo en invierno.

—Los veranos son preciosísimos.

—¿El padre de Sigmar también era un gran hombre?

—Era un buen hombre y todo el mundo le apreciaba, pero en cuanto empinaba el codo desaparecía durante meses como un año que dijo que iba a Seyðisfjörður pero acabó en Escocia. Tenía una especie de añoranza de algo, el pobre hombre, se pasaba largos ratos en el peñascal de Kiðubjörg con los ojos clavados en el mar, como si hubiera algo que ver. Los últimos años estaba hecho una auténtica pena, porque anduvo con mal de tripas durante años. Pero nunca se quejaba. Qué va, los de

Borgarfjörður nunca nos quejamos, porque siempre tenemos suficiente para comer.

De la cocina salían exquisitos en su pausa, sobre la mesa pusieron tortitas, y Karitas no había hecho más que devorar unas cuantas cuando trajeron la cena. Y los pañales bien doblados se acumulaban en un buen montón, un jerseycito de bebé estaba ya listo y dos vestidos cortados e hilvanados. Venga, desvístete, dijo Högna, y cuando se quedó en enaguas, las hijas dejaron todo lo que estaban haciendo, se dispusieron a su alrededor, la arrinconaron como los cazadores a su presa, y en cuanto Högna le metió por la cabeza el vestido hilvanado y ellas se agacharon para comprobar el largo y hacer el dobladillo, de pronto tuvo la impresión de que eran sus doncellas y ella la gran aristócrata. Disfrutaba de estar sin hacer nada con otras personas revoloteando a su alrededor, cerró los ojos para poder vivir más intensamente en su imaginación su papel de princesa. Y se acabó. La ola la depositó otra vez en tierra. Recogieron sus trastos tan deprisa como al entrar, se pusieron los abrigos y se arroparon bien, pero dejaron atrás el fruto de los esfuerzos de todo el día, y la máquina de coser. Vuelvo mañana y termino los vestidos, dijo Högna; le dio un rápido beso en la frente y desapareció hacia la noche iluminada por la luna, con su caballo y sus doncellas.

Karitas hizo unos esbozos de la máquina de coser. Había estado todo el día observando su estructura y pensando qué forma era mejor darle y cómo deformarla sin perder su carácter silencioso, la modestia de sus suaves líneas convexas, la voluta de la rueda que daba vueltas a su vida, un círculo tras otro. Puso el caballete en el suelo, sacó los trastos, clavó un lienzo en el tercer bastidor, el más grande de todos, trazó las líneas de la máquina de coser, ocupando toda la superficie. Luego se sentó con los brazos cruzados mientras pensaba en el color negro. La luz se había hecho más tenue, subió la llama de las lámparas, las puso a su alrededor en círculo, estaba como rodeada por una muralla llameante, y entonces se puso manos a la obra con el negro, que en realidad no era un color. Tuvo que descansar varias veces en el transcurso de la noche, no por el sueño sino por el cansancio, que le causaba dolor en el vientre y la espalda. Tuvo que tumbarse y acariciarse el vientre por los lados, no llevaba acostada mucho rato cuando empezaron las patadas. ¿Será que este niño es ave nocturna?, pensó, pues se movía única y exclusivamente por las tardes y por las noches, justo cuando ella no tenía ninguna gana de hablar con él. Le parecía que el bombo había aumentado de forma siniestra en los últimos días, no podía dejar pasar mucho tiempo más sin hacerle ropita, y entonces se acordó del jerseycito y de los pañales que estaban bien plegados en el armario, y fue a por el jersey, que estaba tejido con mucho arte, color ocre. Esto es para ti, le dijo al ave nocturna.

Pintaba mientras estaba levantada, pero en algún momento de la madrugada, cuando se tumbó con la única intención de descansar un momento, se quedó profundamente dormida, con el frasco de trementina en las manos. Cuando abrió los ojos se ofreció a sus ojos una jarra blanca de leche en la mesa de la cocina. Habían apagado todas las lámparas menos una. Bebió la leche a grandes tragos, encendió otra vez las luces y estuvo pintando hasta que llegó la luz del nuevo día. Entonces acercó el cuadro a la ventana, examinó los colores a la luz del día, se tumbó mientras pensaba, pero se quedó dormida.

Se despertó sobresaltada por un golpe seco.

La modista estaba de vuelta, en esta ocasión había venido sola, ya se había quitado el abrigo y miraba el atril como si no pudiera creer sus propios ojos. ¿Se supone que esto es mi máquina de coser?, preguntó, sin mirar siquiera a Karitas para comprobar si estaba despierta y era capaz de responder. Karitas se puso de pie, empezó a recoger, pero Högna, que no había acabado de decir lo que quería decir, la miró con cara de regañina: Pero si esto no es más que un manchurrón negro, cariño, ¿es que no sabes pintar ni un poquito mejor?, que para algo habrás estudiado. Karitas ya había oído comentarios parecidos otras veces y sabía que era inútil explicarle a Högna que los artistas expresan las cosas de manera distinta a los demás, por no hablar de las corrientes y tendencias artísticas; no hizo nada de eso, pero aquellas palabras, pese a todo, le escocieron, y se enfadó consigo misma por molestarse. Volvió la duda de si iba por el buen camino, y el objetivo final no estaba nada claro: si a la gente no le gustaban sus cuadros, ¿de qué serviría empeñarse?, y siguió pensando en todo eso mientras Högna ponía la máquina en funcionamiento y parlotaba sin parar sobre las montañas pléticas de color que tenía ahí mismo para pintarlas; había oído decir que eso era lo que pintaban los artistas serios, no se dedicaban a pintar objetos insignificantes y menos que nada una máquina de coser, lo que no quería decir que su máquina no fuese bonita y que no valiese la pena pintarla, llegado el momento, pero en ese caso habría que hacerlo como es debido y representarla tal y como lo harían los maestros. Daba vueltas a la rueda con gran habilidad, para poner de relieve su maestría en la materia, pero Karitas salió de la casa para serenarse. Durante la hora siguiente no hablaron, como si las dos estuvieran pensativas, una por lo que había oído decir de su trabajo, la otra por su propio trabajo. Preparó café y le ofreció pan y paté de cordero, pues las modistas necesitan comer con regularidad, eso le había dicho su madre cuando Jenný cosía vestidos para ella, años atrás, y ya estaba yéndose la claridad cuando se sentó con el bloc de dibujo delante. La experiencia le había enseñado que las mujeres no querían saber nada de tendencias artísticas cuando se trataba de su propia fisonomía, de modo que se dispuso a seguir los pasos de los viejos maestros al pintar los aristocráticos semblantes de las señoras de la nobleza, se esmeró en la finura de los trazos, embelleció en vez de afeár, acentuó los rasgos, hizo más llenas las mejillas, Högna debió de ser guapa cuando era joven, y sombreó el dibujo con mucho esmero. La Högna veinte años mayor seguía cosiendo como loca, ya tenía muy avanzado el último vestido, y en sus movimientos podía leerse que sabía que la estaban retratando sobre un papel y no estaba del todo tranquila, como si temiese que sus palabras sobre el manchurrón negro fueran a tener consecuencias negativas.

Karitas le entregó el dibujo sin decir nada.

Högna cogió el retrato sin hacer ni un gesto, preparada para lo peor, pero soltó un grito de alegría, medio reprimido, al verse a sí misma. Como hecho por los maestros. Se palpó el rostro, carraspeó y rio bajito. Enrolló entonces el dibujo, lo sujetó con un hilo y se lo metió en la bolsa. Aparte de eso, no dijo ni una palabra sobre su retrato, pero en cambio estuvo muy locuaz al ayudar a Karitas a probarse los vestidos ya terminados, naturalmente esperaba cumplidos y alabanzas por su trabajo manual, y los obtuvo, pues siempre hay que mostrarse agradecidísima con las modistas, le había dicho su madre, y mientras las dos admiraban la obra, Högna dijo montones de cosas sobre el arte, repitió que ahora debería pintar las montañas, no tendría por qué resultarle demasiado difícil, y preguntó si ya había visto la tabla de altar de la iglesia, pintada por el artista local, era preciosa. Y ya que hablaba de la iglesia, le preguntó por qué no había ido a misa con Sigmar en Navidad ni a las representaciones teatrales que hubo entre Navidad y Año Nuevo. Yo participé en la representación, dijo con suficiencia y reprensión, y Karitas necesitó un buen rato para convencerla de que el motivo de su ausencia no había sido ni el ateísmo ni el desinterés, sino simple y llanamente que no tenía ropa que ponerse. Högna lo entendió, pues se había encontrado ella misma en situaciones parecidas más de una vez, «y muchas veces no tenía tiempo ni para coser cosas para mí», y mientras llevaban la máquina de coser al carro, no pudo contenerse y le contó la representación, el convite y el baile de después.

Ah, vaya, hubo baile al final, dijo Karitas, ¿y Sigmar bailó?

Claro que Sigmar bailó, es el mejor bailarín, no solo de todo Borgarfjörður Eystri, sino de todo el país, tú deberías saberlo.

Pero ella no lo sabía, qué curioso.

Había pensado que se alegraría mucho cuando terminara todo el revuelo y volviera a quedarse tranquila con su trabajo, pero cuando miró a la modista y su máquina de coser, se apoderó de ella la sensación de vacío y desapareció el deseo de volver a entrar nunca más en la casa. Deseaba estar con otras personas, escucharlas hablar, verlas comer, verlas bailar. Sola y ensimismada se fue a acostar, pensando que lo mejor sería sumergirse en el mundo de los sueños, mañana sería un nuevo día y volvería a ser ella misma, pero el sueño se hacía de rogar, estuvo despierta hasta la mañana, peleando con amargos pensamientos.

Lo que más le desagradaba era que hubiera bailado.

Pensaba que él no tenía por qué bailar, ya que ella no sabía bailar. Por eso era principalmente culpa de él lo que le pasaba a ella. Y probablemente también tendría ocasión de bailar durante la temporada de pesca de invierno, estaba segura de que las chicas de las islas Vestmann sabrían bailar. Mientras, ella estaba en la cama, sola y abandonada, justo a punto de cumplir los veinticuatro años, gimoteó en la oscuridad, y en su interior sintió una patadita, como si aquel hubiera oído sus palabras. El día de su cumpleaños ni siquiera podría tomarse el chocolate caliente que le preparaba su madre todos los años, y al pensarlo echó tanto de menos a su madre que no pudo evitar el llanto. Cuando apenas se había serenado un poco, volvieron las patadas, ahora más fuertes, perturbando su llanto, y pensó si no sería mejor recoger sus cosas e irse a casa de su madre. Le estaría bien empleado a Sigmar. Vio en su mente con total claridad el momento en que llegaba a casa y la encontraba vacía. Le agradó tanto la idea que dejó de lloriquear hasta que pensó en la espantosa travesía que la esperaba hasta la capital, así como el disgusto que causaría a su madre verla volver a casa sin casar y con un hijo, con todo lo que ella se había esforzado por convertir a todos sus hijos en personas de provecho. Rompió otra vez a llorar hasta que se le agotaron las lágrimas. No puedo comportarme así, soy una persona adulta, le dijo a su ave nocturna, aunque sabía perfectamente que aún no era una persona adulta, de otro modo no se comportaría así.

Los cuervos graznaban a voz en cuello en el tejado, no encontraban nada de comer porque allá fuera todo estaba congelado, y hacían guardia por si aparecía ella,

soltando sus roncros graznidos. Sintió el impulso de echarles unos trozos de carne pero se reprimió, se limitó a mirar el armario donde se guardaba la comida. Desde la cama veía bien la cocina a la luz de la luna, pero la dominaba el antiguo miedo a la oscuridad, creía oír ruidos, pasos, una noche tuvo la sensación de que alguien susurraba en su oído. Por la mañana estaba segura de que todo era un simple zumbido en los oídos, una de esas cosas del embarazo, pero volvió a suceder, y en realidad acabó sintiendo cierta aprensión a dormirse. Quizá lo mejor era dejar a los cuervos que graznaran todo lo que quisieran.

Chillaban todavía más que antes, y al final no soportaba oír más su griterío, fue avanzando paso a paso, primero al orinal, tenía la sensación de pasarse el tiempo orinando, se puso un jersey y en los pies unos calcetines de lana. Al entrar en la cocina notó el calorito de la cocina de carbón, puso las manos un momento por encima de los fuegos, luego cogió el plato de la carne y estaba a punto de cortarla en trocitos para los pobres cuervos, que le daban cierta pena aunque no la dejaran dormir, cuando miró sin querer por la ventana. La luna se reflejaba en una superficie helada, que era en realidad un estanque congelado, más allá se alzaba el negro Cerro de los Elfos. Creyó ver movimiento en el peñasco, pensó que serían caballos pastando y siguió desmenuzando la carne, para hacerlo ni siquiera necesitaba encender luz, pero entonces se percató de pronto de que no podían ser caballos pastando en el hielo y volvió a levantar la mirada.

Cinco mujeres se acercaban desde la roca.

Caminaban una al lado de otra, llevaban largos vestidos grises con grandes cuellos negros, en la cabeza portaban blancos tocados, extraños y elevados en los extremos.

Las manos cayeron sin que pudiera evitarlo, clavó los ojos en ellas. ¿Quiénes eran, caminando a una hora tan tardía, ataviadas de semejante forma, adónde iban? Caminaban con pasos rápidos, primero tuvo la impresión de que iban bajando hacia los arenales, pero luego vio que se dirigían directamente hacia ella. En su agitación dejó caer el cuchillo, corrió de un lado a otro sin saber adónde ir ni si debía irse o quedarse, pensó que tenía que ocultarse pero en ningún sitio se sentía a salvo, finalmente abrió de par en par la puerta, se metió en el ovil, fue al establo de la vaca y se sentó temblando en el taburete de ordeñar, que estaba a su lado. La vaca levantó la cabeza, la miró con ojos soñolientos, recordó que aún faltaba mucho para el ordeño, sin saber si levantarse sobre sus cuatro patas o no. Karitas la acarició y le dio unas palmaditas precipitadas, le susurró y fue como si el animal comprendiera que tenía que quedarse quieta sin hacer ruido.

Esperaron las dos tranquilas, mirándose a los ojos.

Pasó el tiempo, solo oía el rítmico golpeteo de las olas en el borde del mar. Los cuervos ya no graznaban. No se atrevía a entrar, se apoyó en el pesebre, intentaba estar lo más cerca posible de la vaca. Se despertó con un respingo cuando alguien le dio un golpecito. Kára la ayudó a levantarse sin preguntarle qué estaba haciendo en el establo a esas horas de la madrugada. Pero quería su taburete para ordeñar. Vi visiones y me entró mucho miedo, dijo Karitas, castañeteando los dientes. Kára no respondió, pero cuando ya estaba saliendo, le dijo:

—Te presto dos gatos.

—¿Dos gatos, para qué?

—Los mantienen a raya.

Bajó a la cooperativa, caminando como un pato mareado, y compró café, que ella no debía porque le daba palpitaciones y dolor en el pecho, pero que quería tener en casa como las personas normales y corrientes, y también uvas pasas, porque sin ellas la vida se le hacía insoportable. Sería capaz de comer pasas con nata diluida en todas las comidas, en realidad le daba igual si no comía ninguna otra cosa, e iba de vuelta a casa, siempre como un pato, cargada con esos productos, pensando en las miradas que le dirigían las mujeres en la tienda, ya no la miraban fugazmente como antes del nuevo año, sino que se quedaban observándola un buen rato e incluso con cierto retraimiento, como si ella fuera una persona de importancia, y estaba dándole vueltas al tema cuando la llamaron desde una casa de madera de una sola planta.

Era una mujer joven rodeada por un tropel de niños, repartidos en la puerta y las escaleras, y la joven dijo hola, buenos días, ¿no eres tú Karitas, la de Sigmar?, y ella dijo que sí, claro, aunque le resultó extraño oír decirlo así, Karitas la de Sigmar. Y la mujer dijo: Pues yo soy su prima, Karlína, la de Þorfinnur, que está con tu Sigmar en la pesquera de invierno. Karitas no había oído jamás esa expresión, tu Sigmar, pero le agradó saber que en la campaña de invierno iba acompañado por un hombre casado y padre de muchos hijos, así no andaría por ahí haciendo tonterías, y Karlína continuó: Y te dejo mi cuna, por el momento no me hace falta, ¿no necesitas una cuna? No había pensado en ello y sintió un poco de vergüenza, en realidad ni siquiera se le había pasado por la cabeza, ni por un momento, que un día tendría allí a su hijo, pero claro, toda la gente normal tiene cuna, de modo que dijo, ya que esa familia estaba tan estrechamente emparentada con Sigmar: Ay, sí, gracias, te agradezco que me dejes la cuna. Entonces, la joven se llegó hasta ella, pechugona y con un niño en brazos, mejillas rechonchas, ojos cálidos y afables, cabello castaño como Sigmar, le miró la barriga con ojos escrutadores y preguntó: ¿Crees que podrás esperar hasta el final de la campaña?

Eso espero, Karitas dejó escapar un suspiro, feliz de que alguien hablase con ella del tema, estaba preocupada ella misma, y Karlína dijo con una sonrisa de oreja a oreja: Tienes que contar con que te costará bastantes días, yo tardé cuatro en tener a mi primer hijo. Se miraron la una a la otra, Karitas se dio cuenta de que pocas veces había visto un rostro alegre y pensó que resultaría complicado dibujar un rostro así, fijar esa alegría en un papel, y fue como si Karlína le hubiera leído la mente, porque se inclinó hacia ella y le dijo en un susurro: Oye, ¿crees que podrías dibujarme el día que te lleve la cuna? Karitas no podía negarse a su deseo, ya que la buena mujer iba a prestarle la cuna, y Karlína dijo entonces: Si de pronto te vienen los dolores y estás sola, pon una sábana blanca en la ventana, yo me encargaré de que vigilen.

Como si fuera inminente el asedio a la ciudadela.

La marea le proporcionaba consuelo cuando los ahogos parecían a punto de acabar con ella, era como si al mirar las olas no sintiera tanto la presión en la boca del estómago ni la dificultad para respirar, y por las mañanas, cuando iba a vaciar el orinal, hacía ejercicios de respiración, las gotitas de las olas le salpicaban el rostro y hacía acopio de aire preñado de glacial humedad antes de volver a casa con sus gatas. Por las noches, estas se acostaban a sus pies o se instalaban en las hondonadas que se formaban en la colcha, según la postura en que estuviera ella, mirando enfadados hacia el frente; durante el día se acostaban como leones egipcios en el diván de la sala, una en cada extremo, tumbadas como leones egipcios con la cabeza sobre las patas entornando los ojos amarillentos. Entonces se mostraban menos huidizas y ella hablaba con las dos, les pedía su opinión sobre la selección de colores, les hablaba de lo fatigoso que era eso de estar embarazada, «pero las dos lo habéis sentido ya alguna vez, no hace ninguna falta que os cuente cómo es esa parte de la vida, ¿pero creéis que esto no será nada más que un manchurrón negro?».

Höгна había empezado a llevarle pescado, se acercaba dos veces por semana montada en su caballo, no decía nada más que ten esto, jamás descabalgaba pero le miraba inquisitiva la barriga y preguntaba si todo seguía tranquilo. Karitas decía que sí, aunque en su interior todo iba a velocidad de vértigo y un día, cuando dijo que notaba como si el vientre le hubiera bajado, como si se hubiera soltado del esternón y ahora respiraba con más facilidad, Höгна le respondió frunciendo el entrecejo que ya faltaba poco. Y cuando Höгна se hubo marchado, las visitas a las proximidades de su casa empezaron a hacerse más frecuentes, Kára estaba permanentemente paseando fuera de la casa, con sus andares de pato mareado, la veía asomar por acá y por acullá con el gato en el hombro, unas veces en la majada de la colina, o abajo, al lado del mar, los chavalitos iban por la playa buscando cosas, las chicas adolescentes se sentaban en las rocas a mirar, y todo el mundo acababa con un ojo puesto en lo que pasaba en su casa. Se sentía vigilada.

Una noche en que no lograba conciliar el sueño, lo que le sucedía solo rara vez desde que los gatos montaban guardia para proteger su alma, se levantó con mucha dificultad, la noche de primavera había expulsado la oscuridad más negra, y salió a respirar la marea, como decía cuando hablaba a sus gatos, pero no llevaba más que un breve rato en la playa cuando notó como si un dardo la atravesara desde el bajo vientre hasta la espalda. Ya viene, dijo al borde del llanto, y entró en casa toda encorvada, sujetándose el vientre con las manos. Se sentó en el borde de la cama y se meció adelante y atrás. Las gatas se pusieron nerviosas, miraron a izquierda y derecha, bajaron de la cama de un salto y se instalaron en el diván de la sala. Ella intentó con todas sus fuerzas recordar historias de partos, pero no conseguía traer a la memoria nada más que lo que había contado su madre en el barco en el que hicieron la travesía alrededor de todo el país, años atrás, y esos recuerdos solo consiguieron producirle temor. Su madre había sentido dolores y entonces llegaron al mundo su hermana y ella, una en el paternal y la otra en la playa. Halldóra, la mayor, nació en la cama, de eso también se acordaba, lo que representaba cierto alivio, y se puso a pensar en su hermana Halldóra, que precisamente fue comadrona en el este, y sintió gran añoranza de ella, y también de su madre, habría sido tan estupendo que estuvieran allí las dos... y se echó a llorar. El siguiente dolor llegó mucho después, tras llorar a moco tendido y lamentar amargamente su desventura, y todavía sin saber qué hacer. No se atrevía a moverse por miedo a que el niño se le fuera a caer al suelo. Pero al amanecer hizo un esfuerzo, tenía tanto sueño que ya casi no podía mantener los ojos abiertos, quitó la sábana de un tirón y la puso en la ventana. Intenté hacer algo, dijo después, trepé a la cama y me quedé completamente dormida. Despertó con el sol en los ojos y una mujer desconocida delante de su cama. Oyó ajeteo y voces de mujer, y la mujer, que le había quitado de encima el edredón y tenía las dos manos sobre su vientre, dijo con firmeza: Ha llegado el momento, corazón.

La sábana blanca había convocado mujeres desde todas partes. Campaban por sus respetos en toda la casa, a algunas las conocía, a otras no, allí estaban Kára, Höгна y Karlína, dos mujeres que no pudo reconocer y luego la que la había despertado, que era la comadrona. No tenía idea de a qué habían ido todas esas mujeres, aparte de la comadrona, pero con el paso del día fue entendiendo que tenían por costumbre reunirse cuando una mujer estaba a punto de parir, el deber sagrado de estar siempre a mano, por si la comadrona necesitaba alguna cosa. Y aunque le dieran unas gachas, la lavaran por arriba y por abajo, le cambiaran las ropas de cama y fueran siguiendo los dolores que iban y venían, ella se sentía en cierto modo como una intrusa en aquella animada reunión. Las mujeres fregaban y reían en la sala, bebían montañas de café, contaban infinidad de historias divertidas sobre sí mismas y sobre otros. En ocasiones le decían algo, que apretara los dientes, que para eso estaban ellas allí, y reían a carcajadas, a veces se acercaban al dormitorio, la acariciaban felices, le aconsejaban que intentara dormir entre un dolor y el siguiente, que no tuviera miedo, que ellas se harían cargo de todo, y ella quería creerlas aunque no estaba muy convencida. Karlína le susurró: Pero haz lo posible por mantenerlo dentro un poco más, Sigmar viene de camino; y lo intentó, aunque no sabía cómo tenía que hacer una mujer para evitar que saliera. Se fueron yendo a sus casas con el atardecer, dijeron que tenían que preparar la cena para su gente, menos Höгна y Kára, que no se movieron, como si las potencias superiores les hubieran ordenado vigilar a aquella mujer encamada, pero la comadrona bostezaba y se tumbó en la sala. La calma se extendió por la casa, Karitas no se movía de la cama, tranquila bajo la vigilancia de aquellas mujeres, aunque el malestar iba creciendo, se sentía desgarrar por dentro y estaba sudorosa en la espalda y entre los muslos. Hizo lo posible por dormir un poco, pero pasada la medianoche se despertó de golpe, se dio cuenta de que ya no oía el ruido del mar, aquel silencio sepulcral que reinaba fuera y dentro era aterrador, y a tropicón fue hasta el salón donde dormitaban las mujeres, tumbadas o sentadas, y preguntó en voz alta: ¡¿Ya no hay olas?! Todas se despertaron bruscamente a la vez, chocaron unas con otras porque seguían en el mundo de los sueños, fueron a meterla de nuevo en la cama pero entonces le vino un dolor lacerante, soltó un gemido de dolor y la avecilla nocturna empezó su calvario hacia la luz del mundo.

Los dolores eran más fuertes de lo habitual, la comadrona, con la frente perlada de sudor, no paraba de decir: Este niño es demasiado grande, es demasiado grande, pero ¿qué has comido tú durante el último mes? Pasas y nata el día entero, respondió Kára secamente. Karitas chillaba en cada dolor, y sollozaba entre uno y otro: Dejarme morir, dejarme morir, y Höгна, temblorosa y empapada en sudor, musitaba: Deja de gritar, mujer, vas a despertar a todo el pueblo, pero a ella le daba igual, aunque despertara a los muertos, se estaba desgarrando por dentro y gritaba con todas sus fuerzas. Pero entonces salió, por fin, un gusarapillo encogido. Tres días después de salir de cuenta y a la hora debida. La comadrona, segura y ducha en el asunto, le hizo llorar, sus ayudantes se pusieron en cucullas, temblando y agotadas por el esfuerzo.

Lavaron y examinaron al bebé.

Es la viva imagen de Sigmar, dijeron Höгна y Kára. Lo miraron embobadas. Qué bueno es el Señor, hace que se parezcan a sus padres cuando nacen, luego serán como nosotros, dijo la partera. Karitas fijó toda su atención en su hijo cuando, ya lavado, se lo pusieron en los brazos, hizo todo lo posible por encontrar los rasgos de su madre, de sus hermanas, de sus hermanos, incluso de su padre, desaparecido tanto tiempo atrás, pero no encontró el menor parecido entre el niño y su familia. Pero te llamarás Jón, dijo con voz débil. Luego cogieron al futuro Jón, lo metieron en la cuna y la dejaron a ella dormir.

En sueños creyó notar que llegaba él. Distinguió sus movimientos, sintió su olor, y antes de abrir los ojos sabía que le encontraría de pie al lado de su cama. Y así

era. Estaba cansado, como si hubiera corrido, bronceado, la piel casi curtida por las inclemencias del tiempo, pero bello como el primer día, como siempre, sentía deseos de dibujarle en cuanto le veía, pero no lo dijo. Él se inclinó sobre ella y dijo en voz baja: Chiquirritina.

Y ella dijo: Necesitamos una cuerda de tender la ropa.

## **Karitas**

Ropa tendida al amanecer, 1924

*Óleo sobre lienzo*

El sol se alza desde el mar.

La superficie es de color caoba.

El cielo es violeta claro.

Los dos colores se van aclarando, tan despacio que no nos damos cuenta, pero notamos cómo nuestro ánimo se va haciendo más transparente con cada minuto que pasa, hasta que nos abandona, absorbido por el rayo que se forma en el mar encalmado, penetra con enorme celeridad en la dorada bola de fuego.

La felicidad llena nuestro espíritu.

Estamos sentados en las rocas, cogidos de la mano, mirando la salida del sol, la mano de Sigmar es grande y cálida, en sus brazos descansa Jón, abrigado y envuelto en una manta de lana.

La mañana es suave y grata.

Y el sol se elevó, majestuoso como una princesa de cuentos de hadas que despierta de un encantamiento.

El fiordo y las montañas se trocan en gemas.

Estamos como hechizados, apenas osamos respirar mientras se eleva aquel ser de inmensa belleza.

Por fin muevo la cabeza, miro hacia los campos, veo fulgurar el Cerro de los Elfos, nuestra casa como rojo oro junto a la desembocadura, y la ropa de mi colada en las cuerdas, amarilla y alegre.

Tremola con la brisa matutina, leve y juguetona, y su forma, vista desde las rocas, resulta divertida.

Sigmar levantó cuatro postes para las cuerdas, formando un cuadrado, yo nunca había visto ese sistema, pero tendía en todas las cuerdas, y ahora me recuerda a unos niños bulliciosos bailando en corro. Se me escapa como un gorjeo desde dentro, Sigmar cree que es por el sol, y dice: Karitas, tienes que pintar unos cuadros con la salida del sol, el mar y las montañas. Sí, respondo, y enviaré a mamá unos cuantos para agradecerle los vestidos y la ropa de cama que me envió para Jón. Le parece muy bien, pero miro la ropita de cama y los jerséis de Jón, de Sigmar y el mío, que bailan al corro en las cuerdas, y sé muy bien qué es lo que voy a pintar.

Llevamos largo rato sentados en las rocas cuando se me viene la idea de que, como tantas veces, me he olvidado de recoger la ropa antes de acostarme.

No era el pequeño Jón lo que la exasperaba, dormía casi el día entero y todas las noches, sino las mujeres que estaban en permanente trajín de casa en casa y por el puerto, y con el sol naciente crecía el ajeteo, acompañado de idas y venidas y de constantes conversaciones. Llegaban de visita, muchas veces con la tropa infantil detrás, como Karlína, o con las mujeres del vecindario, como Högna, y todas querían enterarse de qué tal se portaba Jón, si Karitas necesitaba algo en especial, y ella les daba muchísimas gracias por su interés, pero en su interior suspiraba molesta porque la legión de visitantes la tenía todo el tiempo preparando café y horneando pan. Afortunadamente, Kára estaba siempre cerca cuando llegaba mucha gente, se iba a la cocina sin avisar y mucho antes de que a Karitas ni se le ocurriera que había que amasar pan, ya estaba ella haciéndolo, con un gesto de desazón. No comprendo por qué me visitan ahora tanto; durante el invierno, cuando estaba sola, no venían nunca, se quejó Karitas a Sigmar, porque nunca encontraba un momento libre para pintar, y la única explicación que podía darle él era que siempre habían estado con idea de ir a visitarla, pero que no pudieron hacerlo hasta que encontraron una excusa suficientemente buena, y la excusa era el pequeño Jón. Él personalmente tenía cosas pendientes con muchas de ellas, o más exactamente, las tenían ellas con él, porque estaban en la temporada alta de hacer acopio de víveres, había que salir a pescar todos los días, había que preparar y salar el pescado, entre medias, segar el heno, los hombres estaban hambrientos y sedientos y no hacían más que aparecer por las cocinas. La cocina de Karitas no era ninguna excepción, porque a la gente no se le pasaba por la cabeza que pudiera estar perdiendo el tiempo con los pinceles en esa época del año.

Estaba trabajando una mañana cuando Sigmar había salido a pescar, había conseguido llegar a una decisión sobre el motivo que iba a plasmar, después de muchos días dándole vueltas, cuando aparecieron en su puerta Högna y otra mujer de la aldea, contentas y sonrientes las dos, le llevaban una exquisita confitura de ruibarbo porque tenían un rato entre sus muchas y graves ocupaciones, se quedaron pasmadas al ver lo que se traía entre manos, preguntaron con total extrañeza qué estaba haciendo. Karitas dijo que estaba trabajando. Ah, sí, claro, dijeron ellas, espantadas, como si la hubieran descubierto en mitad de algo indecoroso aunque, por hacerle un favor, preferían no darse por enteradas, así que se quitaron los abrigos y se acomodaron para la visita. Más tarde, cuando ella les hubo servido café y las escuchó hablar de la chiquillería y de unas viejas del campo a las que no conocía y por las cuales no sentía ni el más mínimo interés, la amiga, que al igual que Högna había estado haciendo todo lo posible por no mirar el caballete, cambió de opinión, lo señaló y dijo: Bueno, ahora hay muchísimo que hacer y yo ni siquiera intento sentarme un momento a dar unas puntadas ni nada por el estilo, para eso hay que esperar hasta el invierno, corazón. Cuando se fueron, al cabo de tres horas de visita, había perdido los ánimos. Se sentó y se quedó mirando al niño en la cuna.

El pequeño Jón dormía. A veces, su madre tenía la sensación de que no era natural que el niño durmiera tanto, lo observaba con frecuencia para cerciorarse de que estuviera vivo, jugueteaba con un dedo en sus mejillas y su boca, que el bebé abría de par en par, creía estar mamando, pero como del dedo no salía nada, el labio inferior empezaba a temblar. Pero Jón no lloraba. «Todo un hombre, igual que su padre», decía Sigmar con orgullo, pero ella no aguantaba verle mucho rato con el labio temblando. Le daba de mamar. Un bebé muy especial, susurraba Kára, que desde el nacimiento siempre encontraba motivos de sobra para llegarse hasta su casa fuera de las horas de ordeño; se había hecho cargo de parte de las labores domésticas sin que nadie se lo pidiera, revoloteaba en silencio, por dentro y por fuera, como una mosca, echaba un vistazo a la cuna cada rato, metía las manos debajo del pequeño edredón y le daba un ligero masaje en los piececitos. A las mujeres de su edad les encantan los bebés que se están callados como gatitos, dijo Sigmar, como si tuviera amplia experiencia con mujeres mayores. Pero él hacía lo mismo que Kára, volvía de la pesca y entraba precipitadamente sin decirle ni hola a Karitas, se colocaba al lado de la cuna, lo miraba, le acariciaba la cabecita, suspiraba con enorme placer: Es que el niño es clavado a mí. ¿Esperabas otra cosa?, era lo que le apetecía a Karitas responderle, y llegó a pensar que no era del todo bueno ser hombre y no poder estar nunca plenamente seguro de que una mujer dijera la verdad al proclamar quién era el padre.

Su madre le había recomendado, en la carta que le envió con los regalos, que se casara con Sigmar. «No sé qué clase de hombre es el padre de tu hijo, pero ahorrador debe de serlo, y a que está juntando para un barco y, mientras siga sin tener afición a emborracharse ni a la vida desenfadada, deberías casarte con él.» Pero ella estaba todo menos segura de si quería o podía. Su hombre nunca se lo había pedido formalmente, no se podía considerar proposición de matrimonio el que alguien diga con un bostezo: ¿Quizá quieres casarte? Como si ella fuera una solterona que tuviera que enmaridarse con el primero que se le pusiera a tiro. Si realmente tenía algún interés, que se lo pidiera como Dios manda. Aparte de eso, no estaba nada segura de si le diría que sí, caso de que se lo propusiera. Entonces se convertiría en esposa de marinero, un papel que no deseaba en absoluto. Toda la vida de él giraba en torno al mar y a aquel barco que tenía planes de comprarse un día, «después de la próxima campaña de invierno tendré bastante», y encima, se extrañó de que ella no se quedara encantadísima con la noticia, y además había olvidado totalmente su ruego de que comprara ollas nuevas, que le hacían falta con urgencia. Y así sería la vida de los dos, en cuanto él hubiera comprado el barco ese de cuatro toneladas, probablemente se pondría a ahorrar para otro de cincuenta toneladas, «porque no tengo la menor intención de pasarme la vida saliendo a pescar en barcas de remos pertenecientes a otros», y ella seguiría sin cacerolas. Sus charlas nocturnas en la cama trataban siempre de los barcos que tenía idea de comprar. Una casa más grande y muchos niños, añadía a veces Sigmar ocupando en la cama todo el espacio de que era capaz, pero jamás mencionaba el trabajo de ella ni cómo podría seguir pintando en una casa grande repleta de niños. Y, sin embargo, él era la única persona que admiraba sus cuadros, se trataba de pinturas realistas de amaneceres y de un niño en la cuna, destinadas a su madre, o de innovador arte formalista que él era absolutamente incapaz de entender. Eres la mayor artista del país, solía decir fascinado, casi sin poder ni respirar, y ella olvidaba sus elogios, pues a veces albergaba la fundada sospecha de que él no entendía ni pizca de pintura y que probablemente jamás había visto más cuadros que los que pintaba ella. Después de aquellas sesiones laudatorias, ella se quedaba mustia y sumisa en cuanto él la miraba, e incluso mostraba interés por la adquisición de barco y por la prevista ampliación de la casa, pero cuando él entraba como una tromba con una cuadrilla de hombres detrás, sus compañeros de pesca, o de siega, o los que pensaban ayudarle en la ampliación, y pedía café y pan para todos inmediatamente, aunque ella estuviera con pincel y paleta en las manos, sentía hervir la furia dentro de sí. Pero nunca se atrevía a dar rienda suelta a su despecho, por miedo a lo que le pudieran decir, o a algo mucho peor que no sabía qué era. Entonces no deseaba de ninguna forma pasar la vida con él. Cuando los hombres le largaban que tenía que dejar a Kára a cargo del niño para ir ella a salar y cortar pescado con las demás mujeres, que le vendría bien moverse y estar en compañía de las mujeres jóvenes de la localidad, ella se sentía hastiada y horrorizada. ¿Ahora tenía que estropearse otra vez las manos salando?, ¿no era suficiente ocuparse del niño y de la casa, además de la pintura, es que encima tenía que ir a salar? Para demostrarle a Sigmar lo importante que era para ella su propio trabajo, se levantó a medianoche y se puso a pintar. ¿Qué estás haciendo, Karitas, cariño?, la llamó él medio dormido. Pues trabajar, le espetó ella, durante el día no tengo un momento para hacerlo con tranquilidad. Ay, chiquirritina, suspiró él, y a pintarás en invierno, cuando me vaya a hacer la campaña.

Él se puso demasiado insistente, y ella empezó a desear el momento de librarse de él con la pesquera de invierno. Aunque aún faltaban muchos meses. Pero entonces se le ocurrió la idea de que ya que tenía tantas ganas de librarse de él, no podía amarle demasiado. Mientras trabajaba, daba vueltas en la cabeza a sus imprecisos deseos, y a veces, cuando estaba sentada en la cama amamantando a Jón, se perdía en ensoñaciones, acariciaba la idea de irse a Reikiavik y montar un taller, seguro que su madre acogería encantada a su nieto, y mientras ella se ocupaba de Jón, Karitas podría pintar. Aunque la gente quizá no quisiera sus cuadros más artísticos, podría ganarse el sustento pintando retratos; se dedicaría a los retratos aunque le resultase aburrido. Quizás hasta podría ahorrar para viajar a Roma. Para ver todas las obras de arte de que les hablaban en Copenhague los que habían viajado a Roma. En su imaginación veía aquellas obras maestras, veía también los palacios y las ruinas de la Antigüedad, los cipreses, los olivos, los frutos de los árboles y la gente, que le habían dicho que era bellísima, feliz y amante de las canciones. Sin duda era debido al sol, que brillaba todos los días, seguramente la gente no podía reprimir sus deseos de cantar al poderoso sol y se imaginaba a sí misma gozando de los placeres de la vida, sonriente y con ropa veraniega, y pensó en Roma tanto y con tanta energía que se olvidó del pequeño Jón, quien aprovechó la ocasión, mamó dos veces y dormitó feliz entre una toma y otra. Sigmar no aparecía jamás en las ensoñaciones, ni siquiera una sola vez paseaba con ella por las calles de Roma. Eso le parecía una señal de que tenía que seguir esos caminos ella sola. Probablemente, lo mejor sería marcharse a la capital a finales de invierno, mientras él estaba aún pescando, así habría menos revuelo. Luego podía comunicarle por escrito que ya no sentía nada por él. Pero que Sigmar podía visitarla cuando le viniese bien. O cuando le viniese bien a ella. Tan segura estaba de sus sentimientos hacia Sigmar, que se quedaba atónita cuando las cosas demostraban lo contrario.

Pero en esos días el sol brillaba en plena noche, lo que ciertamente no sucedía en Roma, y la gente se puso a cantar y bailar. Pero la reunión comenzaba habitualmente con alocuciones y debates y terminaba con bailes y cantos que duraban hasta la mañana siguiente. No podía ser de otro modo ya que habían decidido reunirse. A Sigmar le encantaban la alegría y el baile, más aún después de unos debates que escuchaba con gusto aunque nunca se le ocurriera participar en ellos, «las más de las veces no son más que parloteo inútil sobre nada», pero a Karitas no le apetecía ir a esas reuniones de paisanos, mucho menos con los pechos llenos de leche. De modo que se quedó en casa, para aprovechar el sol vespertino, cuando Sigmar fue para allá, feliz y contento del arreglo al que habían llegado, sacó el caballete y dedicó largo tiempo a hacer esbozos, y seguía con las cuerdas de tender dando vueltas dentro de su cabeza, cuando aparecieron en la puerta dos chavales jóvenes, con Kára horrorizada entre los dos; el gato se le había escapado del hombro, no le gustaba nada que lo dejaran en otras casas, y dijeron en forma un tanto atropellada, aunque

con determinación, que Sigmar le mandaba decir que fuera a la reunión inmediatamente y que entretanto dejara a Kára al cuidado del niño. Karitas no pudo reprimir la indignación: ¿Pero a qué viene tamaña desfachatez? Kára entendió la situación al momento, nada más ver la reacción de Karitas. ¿Si, a qué viene esa mehez? Dijeron a los chicos que volviesen a la reunión a toda velocidad para decirle a Sigmar Hilmarsson que esa orden se la diera a cualquiera menos a ellas. Y cuando estaban saliendo, los chicos dijeron, muy incómodos, que Sigmar les había dicho que si ella decía que no quería ir, vendría él mismo a buscarla y la llevaría a la reunión a cuestas. Las dos mujeres se limitaron a soltar un bufido.

Kára había vuelto ya a su casucha y Karitas se había puesto a trabajar otra vez, aunque sin tranquilidad de ánimo; conocía la tozudez de su hombre desde el primer día, estaba habituado a coger al momento lo que le apetecía, cuando apareció él en persona. Llegó andando a grandes zancadas y con Kára a rastras. Sin decir ni palabra, la empujó hasta la cuna, soltó la mano con que le tenía cogido, se volvió hacia Karitas, demacrada como un fantasma, le pasó un brazo por el cuello y otro por las rodillas, la levantó en vilo y salió con ella en brazos. Ella seguía con el lápiz en la mano. La rabia se le iba metiendo hasta el fondo del alma en el camino, estaba sin arreglar, con el vestido de diario, miraba la mejilla de Sigmar, pensó en matarle cuando hubiera acabado aquello, él la sujetó con más fuerza como si supiera lo que estaba pensando, pero siguió mirando al frente con los ojos entornados, corriendo con ella por prados y pedregales. El zarapito trinaba, zumbaba una agachadiza, los perros saltaban con la lengua colgando, persiguiendo juguetones a las aves, y oyeron la atronadora música de baile que llegaba de la casa de reuniones; a las puertas había un grupo bebiendo, y él la apretó aún más en sus brazos, corrió el último trecho, atravesó el grupo y entró en el edificio, llegó a mitad del salón y la puso en el suelo. Ella se irguió y le arreó un bofetón. Él no respondió al golpe, agarró con las dos manos el cinturón de su falda por detrás y la hizo girar para que bailara. Ella tuvo que poner las manos sobre los hombros de Sigmar para no dar un traspie.

Bailaron y sudaron, el sol se puso y volvió a salir, la noche era joven, y cuando el acordeonista se rindió por fin, la gente salió al sol matutino recién despierto, los amantes pasearon cogidos de la mano hasta las rocas doradas, donde se sentaron a contarse sus sueños. Karitas y Sigmar les seguían, se comportaban con timidez como si acabaran de conocerse y callaban porque se habían reconciliado y ninguno quería ser el primero en decir algo por miedo a provocar nuevas desavenencias. Durante el baile, Sigmar le susurró muchas veces al oído lo bella que era, cuánto la deseaba y cuánto la amaba, y poco a poco la furia de Karitas se fue difuminando. Ya ni por asomo pensaba en matarle. Se sentaron al sol matutino como las demás parejas, ella se tumbó en la hierba y se sintió libre, con el cielo infinito sobre su cabeza. Él le hizo cosquillas con una pajita en la cara y en las plantas de los pies y recogió violetas, sanjuaneras y galios, hizo un ramillete y se lo entregó con una profunda reverencia. Cuando los gallos empezaron a cantar en la aldea se dispusieron a marcharse, era tarde y ella tenía el pecho empapado, y al acercarse a su casa oyeron berrear a Jón. Los dos sintieron mala conciencia y extrañeza a la vez, nunca habían oído a Jón chillar de aquella forma, y además, Kára estaba que echaba chispas, porque había tenido que pasarse toda la noche paseándole en brazos. No se entiende esta mehez, dijo furibunda por la desidia de los padres, y cuando se marchó siguió diciéndoles barbaridades desde el otro lado de la puerta. El pequeño Jón tuvo que mamar de los dos pechos, y mientras chupaba seguía con pucheros y soltando gritos horribles de enfado por su falta de consideración. Cuando se llenó, por fin, el otro varón de la casa quiso teta él también, capricho que le fue concedido sin dudar, y Karitas se quedó extrañada por aquella pasión tan peculiar.

Y en esos momentos no podía imaginarse la vida sin Sigmar.

Pero cuando volvió a empezar el revuelo con la llegada del otoño, había que agrandar la casa, ir al monte a recoger las ovejas, sacrificar los corderos, y ella se vio obligada a participar con él en todo el trajín, empezó otra vez a desear con renovadas fuerzas que se fuera lo antes posible a embarcarse para la pesca, incluso que desapareciera de su vida. En mitad de todo el ajetreo tenía que negociar con unos de Reikiavik que le estaban construyendo el barco, y varias veces por semana se iba a todo correr a la central telefónica para perseguirles, como le contaba a ella cuando volvía, «esa gentuza de la capital siempre con sus malditos incumplimientos de los plazos», y después de cada conversación telefónica trabajaba con más ahínco todavía. Un día le llevó una carta del correo, que no la dejó precisamente de buen humor. Era de Bjarghildur, esposa del alcalde pedáneo y ama de casa modelo. Como de costumbre empezaba la carta excusándose por no haber escrito antes, las muchas tareas de una granja tan grande como la suya no le permitían tomarse un momento libre para escribir, pero que no pensara que se había olvidado del pequeño Jón, dentro de poco le llegaría un baúl lleno de ropa que le serviría hasta los dos años o incluso más. Todas las mujeres de la granja se habían puesto a coser y a tejer nada más se enteraron de su nacimiento, naturalmente la cosecha del heno había interferido en la labor, pero las hermanas de leche no habían dejado las agujas ni un momento, eran unas mujeres muy hacendosas y temerosas de Dios, «conocen perfectamente lo precario de tu situación y quieren hacer por ti lo posible y lo imposible, y aunque, naturalmente, yo me haya encargado de los materiales, el trabajo es casi todo de ellas», y que el baúl llegaría después de la matanza. Como hermana mayor y más sensata, lo de ser más sensata lo decía más en broma que en serio, la animaba a cumplir sus tareas de ama de casa de la forma más honorable, sobre todo durante el tiempo de la matanza, pues da igual si las mujeres vivían con estrecheces o gobernaban una granja de gran tamaño, habían de dar muestras de conducta irreprochable, pues era su deber para con Dios y la patria.

Después de leer la carta, Karitas temblaba de furia, aunque realmente sin saber por qué, enfadada consigo misma por dejar que Bjarghildur la sacara de sus casillas. Preguntó a Sigmar sin pensarlo dos veces, y sin saber por qué, si algún día pensaba limpiar su apestoso almacén y convertirlo en lavadero. Él no acababa de entender lo serio del asunto, no tenía ni la menor idea del contenido de la carta, y preguntó si no podía tener un poquito de paciencia con esa transformación, tal como estaban las cosas, todo el dinero tenía que dedicarse al barco y además tampoco tenía tiempo para montar lavaderos, pues estaba poniendo el tejado del anexo. Fue suficiente. Arrancó de su apacible sueño al pequeño Jón y se marchó a toda prisa, con el delantal puesto, a casa de Karlína. Dejó la sangre para las morcillas en un cubo en medio de la cocina, las tripas a medio llenar y aún sin coser repartidas por las mesas, y le dijo que las hiciera él. Dos horas más tarde fue a buscarles. Se plantó delante de la ventana de la cocina de casa de Karlína sin decir ni media palabra, pero cuando Karlína abrió la ventana y le preguntó si pensaba quedarse allí, dijo con frialdad que le dijera a Karitas que podía volver a casa, que la próxima semana le montaría el maldito lavadero.

Durante el resto del día no se dirigieron la palabra, pero cuando estaban acostados en la cama, él le sopló en el pelo para llamar su atención, porque ella estaba de espaldas, y le preguntó qué le había pasado con las cosas de la matanza. No me ha pasado nada, respondió arisca, lo único es que quiero tener un lavadero como las demás mujeres de la aldea. Eso no le pareció a él explicación suficiente para su repentina escapada, y entonces ella añadió, solo por fastidiarle: No quiero que hasta en el norte del país sepan que vivimos con estrecheces. Entonces él respiró hondo, se dejó caer sobre la almohada y no dijo ni una palabra más.

Aunque en general Sigmar no era hombre de muchas palabras, ella había deseado muchas veces que fuera un poquito más locuaz, su silencio de los días siguientes fue mayor de lo habitual. En silencio se ponía a trabajar con el lavadero, en silencio salaba la carne recién sacrificada y la metía en los barriles, y en silencio terminó el tejado del edificio anexo. Ella le llamaba para que fuera a comer y a tomar café, y él comía y bebía en silencio. Karitas estuvo pensando si debería intentar animarle de alguna forma, podía ser difícil guardar silencio durante días enteros, pero siempre se cohibía ante la frialdad de su gesto. Si quiere estarse callado, allá él, le decía al pequeño Jón, así por lo menos me deja en paz por las noches. Pero una mañana, había empezado ya a clarear el día y ella estaba aún debatiéndose entre el sueño y la vela, él apareció ya vestido y dijo abruptamente, sin importarle si ella le oía o no: Me voy a Hérað a vender pescado, y luego a cazar perdices. Ni una palabra más. Ella se enfadó tanto que no pudo seguir durmiendo. Hace lo que le da la gana, le dijo al pequeño Jón, y lo repitió muchas veces a lo largo del día. Y a mí ni siquiera me gustan las perdices, dijo con amargura cuando el día llegaba a su final.

La noche después de que se fuera a cazar perdices soñó con un hombre. Se acercaba caminando hacia la casa, despacio, como una persona de natural tímido; era alto y moreno, se detuvo delante de la ventana del salón y la miró mientras estaba junto al caballete. Tuvo la sensación de que el hombre iba a decirle algo, y entonces se despertó. Se quedó tumbada un rato pensando en él, no conseguía visualizar su rostro pero recordaba de forma vaga unos ojos de color azul oscuro mientras la miraba. Su forma de quedarle le parecía bastante atractiva y por eso pensaba en el sueño y en el cuidado mientras pintaba y ojodaba de Jón. Cuando se metió en la cama al anochecer, sintió el deseo y la esperanza de volver a verle. Pero no hubo señal alguna de él esa noche ni la siguiente, y menos señal todavía hubo de Sigmar. Intentó aprovechar la tranquilidad para pintar, el pequeño Jón no la molestaba, era un encanto de bebé menos cuando tenía hambre, pero en su interior bullía algo irritante, no estaba nada contenta con Sigmar, sentía como si se hubiera marchado para ponerla nerviosa, para humillarla. Y lo peor era que lo había conseguido, le resultaba muy difícil concentrarse en el cuadro cuando había alguien rondando por dentro de su cabeza. Tras varios intentos frustrados con la colada blanca en la cuerda, se fue a dormir, molesta, sin esperanzas ya de sueños dramáticos. Pero entonces regresó el hombre del sueño.

Tan retraído como la primera vez, aunque se animó a entrar. Estaba en medio de la cocina mirando el dormitorio donde ella se estaba desvestiendo. Se sacó el vestido lentamente por la cabeza, él la miraba con ojos ardientes, ella bajó los ojos, se dio cuenta de que esa mañana había olvidado ponerse ropa interior, y él se acercó a ella, ella sintió como su cuerpo empezaba a arder de deseo, y él se acercó hasta pegarse a ella, le acarició los pechos, de los que empezó a rezumar la leche, luego la tumbó en

la cama, y se tumbó él también, estaba completamente desnudo, y gozaron y ella se dejó hacer, no hizo nada, no hizo absolutamente nada hasta que oyó llorar a su hijo, se puso de pie entonces y gritó para, para, y peleó con él, tenía la sensación de estar despierta, finalmente pudo abrir los ojos, miró a la oscuridad, vio los perfiles del armario y la puerta y supo que había estado soñando. Pero su cuerpo ardía, estaba húmeda, por arriba y también por abajo. Levantó con brusquedad al pequeño Jón que lloraba y se lo puso en el pecho, sudorosa y sin aliento, con la vergüenza en el corazón. Cuando el bebé se cansó de mamar, Karitas fue a la cocina, encendió las lámparas, se lavó el pecho, las muñecas y el bajo vientre, se vistió y llevó las lámparas al salón. Hacía lo posible por no pensar en el hombre del sueño, se concentró en los colores mientras los mezclaba, dejó que su mirada recorriera la superficie del cuadro, hizo unos trazos con el pincel, y otros más, era como si alguien dirigiera su mano, ni una duda, ni un pensamiento, pintó sin prisas hasta que la oscuridad del exterior cedió ante la claridad.

Le oyó llegar y se puso rígida. Estaba como clavada en el suelo, con el pincel levantado. Sintió la mirada de él en su nuca, le entraron violentas palpitaciones, como si fuese culpable de adulterio, no se atrevía a mirarle. Chiquirritina, dijo él, ¿volvemos a ser amigos? Me sentía tan mal sin ti que no pude matar ni una sola perdiz.

Pues mucho mejor, dijo ella con voz apagada, yo no como perdiz.

Cuando los cazadores se marcharon al sur nada más empezar el año, para la temporada de pesca de invierno, las perdices que les habían esquivado en otoño bajaron a la aldea. Se instalaban en las raquíticas ramas de los abedules que sobresalían de la nieve, y las mujeres, que siempre se alegraban muchísimo de verlas, dejaban a los niños en casa mientras ellas iban como podían de una casa a otra. Kára encerró con llave a los gatos, porque aunque mostraban escaso interés por aquellas aves, no podían menos que dedicarse a ahuyentarlas. Karitas oyó sus graznidos una mañana, al salir, las vio pasar entre los arbustos, escarbar en la nieve en busca de alimento, pequeñas y rechonchas pese a la falta de comida, y mientras las observaba en aquella mañana fría y tranquila de invierno, sintió náuseas. Anoche comí demasiada morcilla, dijo, puso las manos sobre su vientre hinchado y tuvo un mal presentimiento. Pero no quiso creer su sospecha, hizo todo lo posible para evitar pensamientos enojosos, se enfascó en el trabajo fuera y dentro de la casa hasta más allá del mediodía; para entonces, el mareo había desaparecido, pero cuando se sentó con el pequeño Jón después de bañarle, volvió a sentirse abrumada. No conseguía recuperar el sosiego, así que vistió a Jón y le arropó bien después de darle de mamar, «y ahora vamos a pasarnos por casa de Karlína, chico, a tomarnos café y tortitas con mucha nata, las mejores del mundo», animada pero temblando por dentro.

Karlína siempre estaba de lo más risueña, pasara lo que pasase. Con seis hijos y tan solo veinticinco años de edad era capaz de cantar mientras hacía la colada y recitar poemas absurdos mientras limpiaba los pañales en el retrete del patio. ¿Nunca te cansas de tanto niño?, preguntó, y ella respondió sin dudarle un instante: Qué va, cariño, no son más que seis, ya podría ir por los nueve, porque empecé a tener niños al cumplir los dieciséis, y aparte de limpiar pañales, no dan tanto trabajo, en realidad. No paraba en todo el día, lavaba cocinaba horneaba limpiaba cosía tejía, ordeñaba y daba de comer a las ovejas cuando no estaba Porfinnur, los hijos no la molestaban para nada y tenía hasta tiempo para charlar con las mujeres que iban a visitarla, y para hacer tortitas con las que agasajarlas.

Karitas miró el grupo de niños: Oye, Karlína, ¿te quedaste embarazada alguna vez mientras estabas todavía dando el pecho? Quería confirmar lo que había oído una vez, intentó preguntar con la mayor naturalidad, como si en realidad careciese de importancia, y como respuesta recibió una risotada: Vaya que sí, corazón, una vez que Porfinnur pasó todo el año en casa, hasta tuve dos en el mismo año, uno en enero y otro en diciembre. Solo hay una época segura, corazón, desde principio de año hasta finales de mayo, porque nos dejan en paz mientras dura la pesquera de invierno. Y se rio de su propia ocurrencia, parecía dispuesta a no dejar de reír, y Karitas dejó escapar unos cuantos ruidos forzados para demostrar que ella también estaba al tanto de esas cosas. ¿No piensas comerte ni una tortita?, preguntó Karlína un poco picada al ver que Karitas no tocaba los dulces, ¿no sabes que estas tortitas son las mejores de todo el pueblo? Sí, vaya si lo sé, dijo Karitas, que alargó una mano temblorosa hacia una tortita enrollada, precisamente estaba pensando por qué son tan buenas. Bueno, son muy buenas porque siempre uso la leche que me queda en los pechos después de dar de mamar, dijo Karlína, que tenía papada. Esa leche es mucho mejor que la de vaca. Karitas palideció: Llevo todo el día con el estómago fastidiado, más vale que me lleve las tortitas a casa y me las coma cuando me vuelva el apetito.

En la oscuridad, sentada en el borde de su cama, daba vueltas a sus posibilidades. Intentó recordar todos los métodos que había oído que usaban las mujeres para librarse de embarazos inoportunos, todos le parecieron bastante fastidiosos menos uno: los sacudiones. Vio a Kára entrando en el ovil, fue tras ella y le pidió que se ocupara un momento de Jón, que tenía que hacer una cosa con urgencia. En la granja cercana al Cerro de los Elfos había caballos. Con pantalones largos de lana debajo del vestido y una cuerda en el bolsillo se acercó al que más le gustó, resguardándose en la oscuridad de los días más breves del invierno, hizo un nudo en la cuerda, condujo al animal hasta la piedra más cercana y montó en la grupa. Salió al campo, dejó que el camino lo decidiera el animal, y lo espoleó apretando las piernas contra los costados, se inclinó hasta que la cabeza tocó las crines, y gruñó: Galopa bruja, galopa bruja, como si fuera una bruja volando en su caballo, lo que en cierto modo hasta le parecía que era la realidad, y daba botes y sacudidas y sacudidas y botes, eso era exactamente lo que buscaba. Volvió a casa a pasos torpes después de dejar al caballo sudoroso en su lugar, tuvo que apoyarse en el marco de la puerta, miró con los ojos enrojecidos a Kára, que la observó de arriba abajo sin decir ni una palabra, pasó a su lado y se fue con gesto de preocupación.

Estuvo media noche esperando que pasara algo.

Cuando quedó patente que el galope de la bruja no había dado ningún resultado, volvió a pensar en las posibles medidas, pero lo único que se le ocurrió fue dedicarse a vomitar a lo bestia, echar el hígado y los pulmones, obligar a aquello a salir. Encontró los puros de fiesta de Sigmar en un estuche dentro de un cajón, cogió dos y una cajita de cerillas, se fue a la trasera de la casa en medio de la oscuridad de la noche, se puso en cuclillas y chupó con todas sus fuerzas, echando el humo a la noche. Ese método resultó bastante efectivo, la invadió un sudor frío por todo el cuerpo, las náuseas aumentaron, el malestar era tremendo, devolvió, pensó que jamás en toda su vida había sufrido tanto como en aquellos momentos, los vómitos se repitieron uno tras otro hasta que creyó que tenía que haber perdido toda la humedad del cuerpo. Volvió a entrar tambaleándose, temblando y tiritando de frío, se metió en la cama y esperó la hora del ordeño. Ni oyó ni vio a Kára cuando esta entró con la jarra de leche, tan silenciosamente se movía la mujer, pero notó que había alguien. Y dijo con voz débil: Ay, Kára, ¿eres tú? Creo que estoy enferma, me siento morir. Se durmió cuando el pequeño Jón estuvo en brazos de Kára, y durmió hasta bien entrado el día, despertó reanimada y sin molestias. Kára estaba a su lado y le preguntó secamente cuando vio que había abierto los ojos: ¿Qué memeces son las que pasan aquí?

Karitas se rindió a la madre naturaleza. Pero la invadió la depresión. Y también las náuseas. Miraba el techo con los ojos muy abiertos: no podría pintar con dos niños en brazos. Ni siquiera intentaba pintar cuando Jón estaba dormido. Pensó que no valía la pena. En cualquier caso no tendría más remedio que abandonar el arte. Pasaron los días, nevaba y el pequeño Jón gateaba por el suelo. Los pantaloncitos que le había regalado Bjarghildur se le habían quedado cortos y estrechos, y cuando se dio cuenta se dijo a sí misma que no podía seguir así, pero era incapaz de ponerse a hacer nada. Y Kára, que les vigilaba constantemente, tenía sus contactos, y un día en que el tiempo estaba más calmo de lo habitual, el viento del norte había rolado hacia otras regiones del país, llenó la costurera con su séquito. Karitas tomó su visita con desgana, se quedó sentada con Jón en el regazo mientras trajinaban, le desvistió y le volvió a vestir para tomarle las medidas, e hizo todo lo que le mandaron. Las hermanas pelirrojas ocuparon toda la casa, mudas como de costumbre, ella no se inmiscuyó, se limitó a preguntar por qué fregaban las paredes, y le respondieron que estaban tan asquerosas de hollín que no había igual en toda la población. ¿Por qué tienes que encender tantas lámparas, mujer?, preguntó Högna. Para tener más luz, respondió Karitas, y lo que decía era la pura verdad, pero Högna repuso, extrañada: ¿Luz? ¿Luz, para qué?

La luz ya no vivía dentro de su alma, pero a comienzos de marzo, cuando el día empezó a alargarse otra vez y había claridad durante casi todo el día, llegó un chico a la carrera desde la central telefónica y le dijo que tenía que ir para allá inmediatamente, que alguien quería hablar con ella por teléfono. Se llevó a Jón, aunque ya pesaba tanto que le daban calambres en los brazos. Pero el niño le daba fuerzas, era agradable tener algo en que apoyarse cuando se recibían malas noticias. Porque a nadie le hacen ir a la central de teléfonos a menos que haya pasado algo malo. Una muerte, alguien que está enfermo o accidentado. Y cuando llegó a la central estaba cansada y jadeante, no solo por la carga sino también por las palpitaciones que era incapaz de refrenar. Le dio el niño a la telefonista, levantó el auricular y dijo con un hilo de voz: Sí, soy Karitas, y esperó la mala noticia. Quien estaba al otro lado de la línea era su madre, que dijo:

—Hola, Karitas, ¿qué cuentas, qué tal tiempo hace por ahí?

—Estupendo —balbuceó Karitas con voz ronca—, un poco frío a ratos pero bastante claro.

—Bueno, no puedo hablar mucho, esto es muy caro —dijo su madre—, pero es por lo de tus cuadros.

—¿Mis cuadros? —exclamó Karitas con voz chillona.

—Sí, pensé que era mejor que lo supieras, porque tu hermano Ólafur acaba de organizar las cosas para una exposición, aquí en la capital, para Pascua, con cuadros de otros artistas jóvenes, dos hombres creo, que han estudiado lo que tú. ¿Estás ahí, Karitas?

—Sí.

—Serán diez cuadros por pintor, si recuerdo bien. ¿Hola, estás ahí?

—Sí.

—Naturalmente no se podrán exponer todos tus cuadros, elegiremos solo diez, y tu hermano Páll ha dicho que él se encargará de hacerles los marcos, el chico es de lo más mañoso; Karitas, ¿estás ahí?

—Sí.

—Mientras estudia ha estado trabajando en una carpintería, y le permiten usar el taller por las noches. ¿Karitas?

—Sí. Sí, ¿de modo que trabaja allí?

—Sí, eso hace, pero aparte de eso, asiste a la Escuela Normal, como sabes. Bueno, Ólafur va fenomenal en la Universidad, en tres o cuatro años será abogado, y tu hermano pequeño tiene intención de matricularse en la Escuela de Comercio este otoño. ¿Hola?

—Hola.

—Bueno, no tengo más que decir. Pero ¿qué tal andáis en el este?

—¿Qué?

—¿Qué tienes que contar? ¿Marcha bien el pequeñín de Jón?

—Ya pesa un montón.

—No habrá empezado a caminar aún, ¿no?

—No, pero ya gatea.

—Dime, ¿hay alguna novedad? Soñé que pasaba algo. ¿Hola, Karitas, estás ahí?

—Sí, sí, desde luego. Algo por el estilo.

—Eso pensaba. ¿Pero qué tal tiempo estáis teniendo?

—Bastante decente. Llegamos a los veinte bajo cero a principios de febrero.

—Fueron dieciocho —dijo en la línea alguien que consideró necesario corregirla.

—Bueno, Karitas, corazón, así son las cosas. Si puedes me escribes unas líneas.

—Lo intentaré. ¿Qué cuadros habéis elegido?

—Ahora no me acuerdo, Karitas, corazón, pero a mí me parecen preciosos. Avísame con tiempo si te casas, para que pueda enviarte alguna cosilla. ¿Karitas?

—Sí.

—Bueno, pues me voy a despedir, todos tus hermanos te mandan recuerdos. Ólafur te escribirá para decirte si le gustan tus cuadros a la gente. Adiós, Karitas, corazón, que Dios te acompañe.

Volvió a casa hablando sin parar con el pequeño Jón todo el camino, diciéndole en confidencia que pronto sería famosa, «entiéndeme, no es que nunca haya deseado llegar a ser famosa, Jón, chiquitín, pero Jón, chiquitín, creo que voy a ser famosa, ¿sabes Jón?», dando chilliditos como una niña pequeña. En cuanto llegó a casa instaló el caballete, colocó en él un cuadro sin terminar y se puso a pintar como si le fuera la vida en ello, «pues mira, Jón, chiquitín, es que tengo que tener cuadros listos para la próxima exposición», y él lo entendía perfectamente y gateaba feliz por todas las habitaciones. Estaba exultante de felicidad, tenía la sensación de estar en el cielo, flotaba en el espacio inundada de jubilosa embriaguez, pintaba mientras hablaba sola, no se dio cuenta de lo que pasaba a su alrededor hasta que oyó la aguda voz de Kára: ¡Pero estás mal de la cabeza, chica, el niño está ahí fuera! Tuvo que reconocer su irresponsabilidad y no volvió a pintar hasta que Jón estuvo metido en la cuna. Después de mediodía se acostó con él y la siesta le permitió seguir pintando hasta entrada la noche.

Llevaba doce noches trabajando sin interrupción cuando volvió a ver a las mujeres de extraños ropajes que descendían del Cerro de los Elfos. Eran las cuatro de la madrugada, había cerrado los tubos de pintura y notó que los cuervos graznaban más fuerte de lo habitual. La invadió el pánico, recordó lo que había sucedido la última vez, cuando los pajarracos hacían el mismo estrépito. Miró por la ventana y las vio acercarse, una al lado de otra, a pasos rápidos, con aquellos extraños tocados. Iba a echar a correr al establo como la otra vez pero se detuvo, no quería despertar al pequeño Jón, de modo que se encerró en el dormitorio y empujó el pesado armario hasta la puerta. Antes cogió el cuchillo grande del armario de la cocina. Se sentó en el borde de la cama delante del pequeño Jón, que no se movió, y esperó. Las oyó entrar en la casa y recorrerla a toda prisa, y cuando entró una violenta ráfaga de viento las oyó abrir y cerrar puertas y armarios, mover muebles, dar fuertes pisotones en el suelo y golpear las paredes, y ella apretaba con tanta fuerza el cuchillo que los nudillos palidecieron. Y entonces todo quedó en silencio. Pero no se atrevía a abrir la puerta y tampoco se atrevía a dejar el cuchillo. Pero cuando clareó y el pequeño Jón despertó y pidió su papilla, no tuvo más remedio que abrir. Pasó la mirada con cautela a su alrededor pero no vio ni un alma, ni ninguna huella de la visita. «Lo han dejado todo en orden», murmuró, y vistió a Jón. Fue con él a casa de Kára por medio de la nieve, no le dijo nada de lo sucedido, pero le pidió de sopetón que volviera a dejarle los gatos.

Una vez los gatos estuvieron de nuevo instalados en la casa, no volvió a notar nada raro y pudo trabajar sin obstáculos. Pero empezó a sentir un sueño enorme durante el día, pese a la siesta de mediodía. Un día, cuando el sol brillaba de tal forma sobre la superficie helada que la gente quedaba deslumbrada al salir al exterior, decidió abrigarse e ir a la aldea con el pequeño Jón para que viera otros niños, y de paso para tomarse ella un café en casa de Karlína. Pero se ahorró la molestia: fue Karlína quien apareció en su casa. Caminaba más pesadamente de lo habitual, se arrastraba casi como si cargara un gran peso sobre la cabeza, llevaba al más pequeño en brazos, otros dos correteaban a su lado. Cuando se acomodaron, necesitó un buen rato para descansar. Luego dijo: ¿Sabes lo que ha hecho tu Sigmar? No, Karitas no lo sabía. No, no lo sabes, dijo Karlína, yo te lo diré. Ha comprado un barco de motor de veinte toneladas, a medias con alguien de Sigluffjörður. Karitas no vio que la noticia fuera tan terrible como para anunciarla con tanto dolor y tanto pesar, y se limitó a decir: Ah, no lo sabía. ¿Pero no era ese el plan? Jamás, Karitas Jónsdóttir, dijo Karlína. El plan era comprar un barco de cuatro toneladas con mi Þorfinnur. Pero mi Þorfinnur acaba de telefonarme para decirme que Sigmar ha cerrado el trato de un barco de veinte toneladas sin ni siquiera hablarlo antes con él. Y ahora, mi Þorfinnur se ha quedado sin barco porque no tiene para comprarlo él solo, necesita un socio y en el pueblo no hay nadie en situación de comprar un barco a medias con él. Y eso que los dos pensaban salir juntos a pescar. ¿Cómo pudo hacerle eso?, preguntó, refiriéndose a Sigmar, y Karitas no supo qué responder, su marido había dicho que ni siquiera tenía dinero para un lavadero, menos aún lo tendría para un barco de veinte toneladas. Karlína se quebraba una vez tras otra al hablar de la compra del barco, y Karitas sintió lástima por ella, pues era terrible ver llorar así a una persona tan alegre. Pero no podía hacer más que darle unas palmaditas en la espalda y maldecir a Sigmar para calmarla. Sigmar se acordará de esta, sollozó aquella mujer tan jovial. Al despedirse dijo que intentaría llamar a Þorfinnur por la mañana para darle un poco de ánimos, está completamente destrozado, dijo entre lágrimas. Y le diré también que a ti te parece muy mal lo que ha hecho, a lo mejor se lo dice él a Sigmar. Sí, dijo Karitas con ardor, y dile que si ve a Sigmar, le diga que me compre los colores.

**Karitas**

Cuna, 1925

*Dibujo al carboncillo*

Por la ventana veo los barcos blancos.

Entran en el fiordo balanceándose, con el pescado.

Debajo de la ventana hay una cuna pintada de blanco.

Una barquita blanca que ha entrado bogando en mi vida.

Mi chiquitín en la cuna. Duerme todo el día en el salón, con los rayos de sol. Tan profundamente que tengo que darle golpecitos en la planta del pie para despertarle.

La calma nos envuelve.

Fuera trabajan como locos. Nunca se ha pescado tal cantidad de bacalao.

Las mujeres lo lavan y lo extienden, los hombres lo salan y lo apilan, por doquier se mire hay pescado, sobre la grava, sobre la tierra, en los tejados, la aldea está atestada de pescado salado. Al mismo tiempo siegan el heno, los hombres con guadaña, las mujeres con rastrillos, en todos los prados de alrededor, almiarés como gigantescas matas de hierba.

Es la época de más trabajo de todo el año.

Entonces entra en el mundo el chiquitín, bogando.

Signar tuvo que ir directamente a trabajar en el arenque en cuanto acabó la campaña de invierno. Yo estoy sola en casa con los niños.

Escasa de colores.

Utilizo el carbón con el que caliento el barreño de lavar.

Los dibujos al carbón se multiplicaron. Para que no se le quedaran las manos negras, metía el trozo de carbón en un trapo, hacía un agujero por donde lo sacaba un poco y luego extendía el color con las yemas de los dedos. Tenía la sensación de dominar la técnica con perfección cuando le llegó la carta de su hermano Ólafur. Era de lo más alegre. En ella, le contaba que sus cuadros habían recibido buenas críticas. «Dijeron, querida hermana, que tenías un delicioso talento para la pintura, el juego de luz y color en el paisaje era muy llamativo, en los cuadros habitan profunda paz y tranquilidad, decían que se podría pensar que eran obra de un varón. Además, vendiste dos, los compró un joyero, ¡dijo que llegarías a ser famosa! Todos estábamos orgullosísimos de ti.» En la carta se adjuntaba el pago de los cuadros. Karitas pasó largo rato mirando los billetes. Era la primera vez que ganaba dinero como pintora, pero en el fondo de su alma no sintió alegría. Habían enviado a la exposición los cuadros que pintó para su madre, con el amanecer, el sol y las montañas. No los cuadros abstractos de sus años de estudio, los experimentos formales que habían de marcar su futuro como artista. Probablemente por miedo a que fueran considerados una porquería. ¿Delicioso talento para la pintura? ¿Cómo había que entender esas palabras? Lo que más la disgustaba era no poder comentar las críticas con Sigmar. Con Kára no había nada que hacer, esos días estaba de lo más seria, ni siquiera sentía la necesidad de recurrir a sus parientes para cortar turba ni para esquilan, tenía que ir ella sola a trabajar en el campo y segar. Por ese motivo no le dirigía la palabra a Karitas. Como si le echara a ella la culpa de que su marido no apareciera por el pueblo. Además, Karlína se mostraba muy arisca y las mujeres de la aldea estaban siempre cortantes. Sigmar había caído en desgracia por su ausencia y por haber comprado el barco con el hombre ese de Siglufjörður, y a ella le tocaba apechugar con el castigo. Pero cierto es que soy yo quien tendría que estar enfadada, y no ella, le decía al pequeño Jón.

Estaba barriendo cuando le vio llegar. El barco costero estaba anclado en el fiordo, lo había visto entrar, también había visto el bote de desembarco, con gente y mercancías, pero no contaba con él. Creía que llegaría a bordo de su barco de motor de veinte toneladas del que todos echaban pestes. Pero apareció caminando tan contento, con su petate marino. Le pareció más fornido. Recordó entonces que una vez había oído decir que los hombres seguían creciendo hasta cumplir los treinta. Cuando le quedaban aún varios metros para llegar a la casa, ella dejó de barrer, fue a la puerta del exterior, con una mano en la cadera, la otra en la escoba, y miró retadora y con los ojos guiñados. Él se detuvo, dejó el petate en el suelo y sonrió como un tonto. Ella le espetó de golpe: Llevas ocho meses sin aparecer por casa. Él reconoció el hecho inclinándose azorado la cabeza. Ella continuó: Llevas meses enteros sin ver a tu hijo y ni siquiera has telefonado para preguntar qué tal iba el más pequeño. No conocía a nadie que tuviera teléfono, dijo; había dejado de sonreír. Y además no tenía tiempo para hacer cola en la central de teléfonos, todo era desembarcar y embarcar otra vez. Ella no atendió a sus excusas: Porfinnur telefoneó muchas veces a Karlína durante la campaña de invierno. Naturalmente era mentira, solo había llamado una vez, pero Sigmar no tenía ni la más remota idea de la verdad, e inclinó la cabeza, avergonzado. Ella siguió machacando: Encima engañaste a Porfinnur, a tu mejor amigo y compañero de infancia, no compraste el barco con él tal como habías prometido, y preferiste hacerlo con uno de Siglufjörður. Él se irguió un poco, sin decir nada, aunque ahora la miraba con resentimiento. Ella apretó aún más las clavijas: Eres el único hombre de la comarca que no ha recogido heno para sus animales. Él clavó entonces los ojos en ella, se echó el petate al hombro y se acercó con paso decidido. Tiró el saco marino a los pies de Karitas, que respiraba deprimida, igual que él, y que no se movió, y él dijo: Muévete. Ella no se movió ni un palmo. No me dejaré atropellar, Sigmar Hilmarsson, exclamó. No tengo ninguna intención de hacerlo, respondió él, la cogió por la cintura con las dos manos, la levantó en el aire, la mantuvo allí unos momentos por encima de su cabeza, como para comprobar si había engordado o adelgazado durante su ausencia, la volvió a dejar en el suelo, a su espalda, y entró en la casa.

Estuvo un buen rato sentado al lado del bebé, mirándolo por todos lados mientras dormía, miró al pequeño Jón que estaba durmiendo la siesta, y siguió observando al crío. Es muy bonito, porque se parece más a ti que a mí, no es tan robusto como Jón a su edad. Claro que es robusto, repuso ella. Tras contemplar al niño durante largo rato, Sigmar le preguntó con los mejores modos si quizá podría ofrecerle algo de comer. Puedes tomar pescado salado, dijo ella con gesto burlón. Ah, sí, gracias, dijo él, pero ¿crees que podría acompañarlo con un poco de tocino de foca? Lo siento, pero no, repuso ella con fingida determinación; utilicé el tocino de foca para encender fuego para el agua de la colada, da una llama estupenda y además tenía que ahorrar carbón, porque lo uso para dibujar ya que hace mucho que se me agotaron los colores. Pero ahora voy a cocerte el pescado en la única porquería de olla que tengo.

Los dos guardaron silencio mientras ella trabajaba, ninguno quería ser el primero en ceder, y habrían podido pasarse días enteros en silencio a no ser por el pequeño Jón. Para gran fastidio de Karitas, Jón sonrió al despertar y ver a su padre, estiró los brazos hacia él, probablemente feliz y contento de ver por fin a un hombre, solo faltó que dijera papá, y Sigmar rio y lo levantó por el aire y no pudo callarse y pregonó lo preciosos que eran sus hijos. Ella cedió entonces y empezó a hablar, también porque llevaba mucho tiempo deseosa de poder hablar con alguien de los niños, y también de su falta de pinturas, de modo que sin siquiera pensarlo le habló de la exposición y de las críticas, que ella misma no sabía muy bien si considerar buenas o malas, pero debían de ser buenas porque él se mostró contento y orgulloso de ella, y su alegría siempre la hizo sentirse feliz. En cuanto cayó la muralla, él no tuvo más que acariciarle el cabello y besarla en el cuello para obtener aquello con lo que llevaba meses soñando, como él mismo le dijo.

En la cama, medio desnudos y con los dos niños a su lado, se sumergieron en la ensoñación. Él le dijo, para quitarse de encima el asunto de una vez por todas, que sí, se había olvidado de comprarle unas buenas cacerolas y lo lamentaba mucho, y que había intentado comprar los colores pero no los había en ningún sitio, había que encargárselos, pero no sabía qué colores eran los que quería, y sobre el tema del barco y Porfinnur, dijo que no hubo forma de ponerse de acuerdo, «él solo quería comprar un barcucho de remos para pescar por aquí en verano, ya que es imposible salir de aquí para la campaña de invierno porque no hay puertos, pero mi sueño es muy distinto y mucho más grande, yo quiero salir a pescar por mi cuenta en la pesquera de invierno, e ir al norte a hacer el arenque, ser el capitán de mi propio barco, porque mi intención es llegar a ser rico, Karitas. Cuando tenía once años, fui con mi madre a Akureyri. Mamá me compró un pan de Viena en la panadería, yo jamás había probado un dulce más rico, y le dije: Mamá, ¿sabes una cosa?, cuando sea mayor seré tan rico que podré comprarme pan de Viena todos los días. Y ella dijo: Entonces llegarás a rico, Sigmar. Cuando haya trabajado suficiente y haya pagado mi parte del préstamo del barco me compraré otro y lo bautizaré con tu nombre. Entonces yo mismo saldré a pescar desde Siglufjörður o Akureyri y nos iremos a vivir allí. ¿En qué ciudad prefieres vivir?». Ella no tuvo que pensarlo más que un instante: Supongo que prefiero Akureyri, las casas de allí son espaciosas y luminosas. Pues entonces nos compraremos casa en Akureyri, dijo él. ¿De un piso o de dos? Eso da más o menos igual, me basta con tener un cuchitril donde pintar, bueno, incluso me daría por satisfecha con la buhardilla. ¿Con la buhardilla? No, es demasiado oscura para usarla de estudio. Pero ¿tendremos electricidad? Sí, faltaría más, en Akureyri hay potencia de sobra. ¿Y agua corriente? Naturalmente. Y hasta tendrás tener teléfono, como los comerciantes.

Callaron y escucharon las olas y el graznido de las gaviotas mientras intentaban imaginarse la vida con electricidad, agua y teléfono, y él dijo entonces: Pero no pienso abandonar esta casa. Este es el lugar más bello de todo el país y necesitaremos un sitio para cuando vengamos todos los veranos. Esta casa será nuestra residencia de verano.

Entonces se acordó de algo, se levantó, rebuscó en su petate, sacó una cajita que se puso sobre la palma de la mano: No te compré cacerolas ni colores, chiquirritina, pero te compré un anillo en una joyería de Reikiavik. Abrió la cajita, sacó el anillo y se lo puso en el dedo. La piedra es de color azul claro igual que tus ojos, dijo, el joyero me dijo que se llamaba Aguamarina. Y además quiero preguntarte una cosa: ¿quieres casarte conmigo mañana? Ella le miró boquiabierta, luego miró el anillo. Él le pasó un dedo por mitad del rostro, como si fuera a cortárselo en dos: Tienes hasta mañana por la mañana para pensarlo.

Él no aceptaba otra posibilidad que la de casarse en la iglesia, de modo que al alba de la mañana siguiente, una vez ella le hubo dado el sí, se fue a toda prisa a la aldea para hablar con el pastor y designar a los testigos, que serían Högna y su marido. Antes del mediodía estaba de vuelta en casa, después de pasar por la de Kára para decirle que se pusiera sus mejores ropas porque iba a ser la madrina de los dos niños. Todas esas personas asintieron a sus deseos sin decir ni una palabra aunque solo era miércoles y no iba a celebrarse misa. Volvió a caballo y con dos caballerías más, le dijo a Karitas que se pusiera su mejor vestido, él mismo vistió a los niños, se fue con la familia detrás, recogió a Kára por el camino y apareció con toda la tropa en la iglesia poco después de mediodía. Högna y Kára, que se tomaron su papel con la mayor seriedad, se habían puesto el vestido tradicional, y Högna, que no dejaba que nadie la mangoneara, en esta ocasión no dijo ni mu, pues sabía que aquel era un momento señalado en la historia de la parroquia, si no en la historia de la iglesia de Islandia, y ella, la mujer, era madrina de boda. Además de los novios había siete personas presentes en los esponsales, incluyendo al organista. Llevaba puestas sus botas de agua nuevas, pues acababa de regresar de la pesca de bajura cuando le mandaron subir a la iglesia. La ceremonia fue austera pero entrañable, todos se esforzaron por cantar lo más fuerte que podían para compensar la ausencia de coro. Karitas estaba distraída, más interesada por la tabla de altar del pintor que por las palabras del sacerdote, pensó que decía muchas más veces de lo necesario que los dos tenían que convertirse en una única persona. Ella habría preferido que dijera que sus almas seguirían siendo distintas, vamos, si no le parecía mal, y además le pareció superfluo mencionar que lo que Dios había unido no debía separarlo el hombre, no había demasiado peligro de que ella se fuese con ningún otro hombre, hiciera Sigmar lo que hiciese. Pero naturalmente, el pastor tenía que leer algo de las escrituras, eso lo entendía ella perfectamente, y luego les bendijo, con lo que ya era una mujer

casada. Ella, que apenas un día antes estaba barriendo la casa, soltera e ignorante de la inmensa fuerza del amor. Bueno, pensó, ya que he acabado en esto, al menos me he llevado al hombre más guapo de Islandia. A continuación procedieron a los bautizos. Kára metida en un vestido tradicional que le quedaba muy grande, pues la buena mujer se había encogido en los últimos años, sostenía a Jón con las manos temblando de nervios, y no se trastabilló ni en una palabra cuando llegó el momento de decirle al pastor el nombre que había de ponerle al niño, pero al coger al bebé palideció, pues se dio cuenta de que, con todo el revuelo, había olvidado por completo preguntarles a los padres el nombre que iban a ponerle. Pero resulta que los padres también habían olvidado acordar un nombre, de modo que Karitas le susurró a Sigmar: ¿Quieres que se llame Hilmar como tu padre? Y él le susurró a su vez, mientras los testigos de la ceremonia contenían la respiración: No, de ninguna manera, busca un nombre bonito, y el primer nombre de varón que se le ocurrió a ella fue Sumarliði. Y allí se quedaron los esposos, con sus hijos Jón y Sumarliði, sin saber qué hacer, pues ninguno había pensado en qué hacer con los invitados al terminar la ceremonia. Algo habría que ofrecer a los padrinos de boda y a la madrina del bautizo, todos emperifollados, a cambio de sus esfuerzos, de modo que Sigmar dijo, por fin, mirando al grupito: ¿Y si nos vamos a casa a tomarnos unas tortitas?

Las mujeres se encargaron de los preparativos y de la realización, de modo que el convite salió estupendamente. Como hacía un tiempo estupendo, pusieron la mesa fuera, en el lado sur de la casa, la cubrieron con manteles blancos, sacaron la vajilla de las grandes ocasiones y sirvieron café humeante y tortitas rellenas de nata, y el esposo trajo vasitos de licor y cigarros puros para los hombres. Incluyendo entre estos al clérigo y al organista con sus botas de goma nuevas. Los hombres hablaron del tiempo y de la pesca en el este y el norte, procurando no hacer mención alguna de la compra del barco para no incomodar al novio en aquel día de fiesta, y las mujeres charlaron de los niños recién cristianados. El festín le recordó a Karitas a la fiesta de jardín de aquellas personas tan importantes de Akureyri, que había visto de jovencita, y decidió para sí que cuando Sigmar y ella se marcharan a vivir al norte, a una casa elegante con electricidad y agua corriente, haría montones de agasajos para tomar una copa en su jardín al atardecer. Al cabo de varios traguitos de aguardiente, Sigmar consideró llegado el momento de dar un paseo a caballo por el campo con la novia, y le tocó a Kára, aún con su traje de fiesta, ocuparse de los chavalitos. Los recién casados cabalaron sonrientes por el campo, deteniéndose de vez en cuando para besarse y mirarse a los ojos, llegaron hasta el fiordo y volvieron para poder contemplar mejor las montañas más bellas del país y su futura residencia de verano.

A Kára le encantaban los niños siempre que se comportaran como gatos, durmiendo la mayor parte del día y calladitos el resto. Aunque Sumarliði cumplía su obligación y no podía decirse lo mismo de su hermano, que había empezado a berrear cuando ella le cuidaba, el chiquitín no le caía tan bien como Jón. El chiquitín es muy lindo, decía ella, pero demasiado flojucho. ¿Por qué no pruebas a darle aceite de hígado de bacalao? Karitas se ponía hecha una fiera cada vez que alguien mencionaba la debilidad de Sumarliði, pero en el fondo de su corazón se daba perfecta cuenta de que al niño le pasaba algo. No tomaba el pecho con el mismo afán que Jón, tenía que darle pellizquitos o golpecitos para despertarle y que chupara, y las pocas veces que tenía los ojos abiertos, estos estaban como lejanos, sin parpadear, dos perlas de color azul claro pero sin vida. A lo mejor es ciego, pensaba ella, o sordo, y chasqueaba los dedos delante de la naricita para comprobar su reacción, daba palmadas, tosía, estornudaba, utilizaba toda clase de triquiñuelas pero él seguía dormidito como un ángel. Por las noches se despertaba muchas veces sobresaltada, para comprobar si respiraba. Una noche, al despertar, vio a Sigmar de pie en medio de la habitación con el niño en brazos, los pequeños labios pegados a sus oídos. Tenemos que llamar al médico para que examine al niño, le oyó ella balbucear, no es normal. Eso era exactamente lo que ella temía.

Cuando Sigmar se había ido a recoger las ovejas al monte, «la última vez que subo a buscar ovejas», llegó Karlína y le susurró un secreto que todos conocían pero del que nadie hablaba. No estaba igual de risueña que antes de la compra del barco, pero sí de buen humor, «he venido a traerte un regalo de boda», sacó un precioso mantel con encajes, le pidió disculpas a la vez que se lo daba, y estuvieron charlando como buenas hermanas sobre los hijos, la boda y el bautizo. Y luego empezaron a hablar de Högn. Karitas dijo que saltaba a la vista que no les caía nada bien a sus hijas, y entonces le dijo Karlína, riendo burlona, algo nada habitual en ella, que era única y exclusivamente porque se habían hecho ilusiones de casarse con Sigmar. Pero, naturalmente, él nunca quiso a ninguna de ellas, porque sabía, como todo el mundo, que solo eran medio humanas. La otra mitad era de un elfo del Cerro, «como si no te hubieras dado cuenta, chica, no se parecen a nadie».

Un escalofrío la recorrió de arriba abajo. No había olvidado la extraña noche en que fue a visitarla el hombre de los sueños. ¿Será hijo de un elfo?, bramó el viento cuando la luz empezó a desaparecer, y ella dormía por las noches con el niño junto al pecho, y durante el día lo ponía en una tela que se sujetaba al cuerpo, por miedo a que alguien se lo llevara si lo perdía de vista. Cuando el médico fue al pueblo a hacer visitas le pidieron que examinase al niño. Lo examinó por arriba y por abajo, completamente desnudo, cerró los ojos, pasó un rato auscultándole, no encontraba nada, dijo, pero el corazón le parecía un poco débil. Vamos a ver, dijo, dale de mamar cada tres horas durante las veinticuatro del día hasta que alcance el peso normal. Y la próxima vez que venga por el pueblo me pasaré a verte. Ni se le ocurrió siquiera pensar que ella también tuviera que dormir de vez en cuando, ni le dijo cómo debía hacer para despertar al niño, de modo que ella siguió con los métodos habituales, dándole azotitos y pellizquitos en los muslos. Estaba muerta de ganas de oírle llorar, cuando se acostaba exhausta muchas veces soñaba que el niño lloraba tanto que se oía el eco en las montañas.

En mitad de los días de matanza iba por la casa como una sonámbula, cosía tripas sin llenarlas, todo se le caía de las manos, le daban arcadas cuando preparaba las morcillas. Sigmar llamó a Kára para que fuera a ayudarla, y allá fue la buena mujer, aunque padecía cólicos y no estaba nada contenta con su decisión de matar todas las ovejas; él se ocupaba personalmente de atender al pequeño Jón y darle de comer. Karitas tenía poco apetito, si acaso conseguía tomar un poco de requesón y uvas pasas, y enflaqueció hasta que llegó a parecer una adolescente impúber. Pese a todo, intentaba dormir un poco por las noches entre las tomas, para poder comportarse de día como una persona, pero parecía una oveja arisca, no aguantaba el menor ruido porque se despertaba y se quedaba completamente despejada. Una noche se despertó sobresaltada por el graznar de los cuervos y agitó desesperada a Sigmar: ¿Has oído algo? Sigmar despertó. ¿Oyes los cuervos? Vienen a por el niño. Él intentó calmarla con palabras cariñosas, consiguió tranquilizarla pero ella despertó y apretó al niño entre sus brazos. Por la mañana, cuando el padre y el hijo mayor estaban ya levantados y ella sentada en el borde de la cama con Sumarliði, a punto de darle unos golpecitos en la planta de los pies, la criatura abrió los ojos. La miró. Una luminosa mirada despejada. Ella creyó que estaba soñando. Pero no pasaba nada malo, la estaba mirando, e incluso creyó distinguir una sonrisa en los pequeños labios. Angelito mío, dijo al tiempo que se echaba a llorar de alegría. Llamó a Sigmar a voces, pero cuando él la oyó, la criatura había vuelto a dormirse.

Ese día, Karitas se quedó dormida. Sigmar y Kára tuvieron que sacudirla y pellizcarla para despertarla a fin de que diera de mamar al pequeño. Sumarliði no la miró a los ojos como por la mañana, pero ella estaba en el séptimo cielo, apretó al bebé contra su pecho, quería dormir un poquito más antes de amamantarle, necesitaba tantísimo dormir..., pero de pronto despertó por completo, algo no era como debía, el niño estaba extrañamente quieto. No se movía. Sus manitas estaban sin vida. Gritó, llamando a Sigmar, saltaron de la cama, encendieron las lámparas, agitaron al niño, lo hicieron rodar sobre la cama, lo cogieron por las piernas, pero estaban sin vida. Se les había ido.

Sigmar fue corriendo al pueblo en busca de la comadrona. Esta declaró que el niño había muerto. Un defecto congénito en el corazón, dijo como si lo hubiera sabido siempre, no habríais podido hacer nada, tenía que acabar así.

Karitas se pasó todo el día sentada con el niño muerto en el regazo.

Volvían a casa después del entierro cuando llegó hasta ellos una chica con una carta que les había llegado a la central de teléfonos. Era de Bjarghildur. Esa noche, después de estar largo rato sentada mirando el suelo, Karitas abrió por fin la carta. Rebosaba pletórica alegría por su gran triunfo. Bjarghildur había sido elegida presidenta de la asociación de mujeres. Explicaba con todo lujo de detalles los motivos, la elección en sí, «que tuvo lugar anteayer en el salón de nuestra casa de Þrastabakki» y el baile que celebró allí esa noche. Que llevaba mucho tiempo sospechando lo que iba a pasar, «había oído indirectas en el sentido de que tenían idea de elegirme a mí, de modo que tomé mis medidas, ya había puesto en orden las salas principales de la casa de piedra antes de que llegara el día de la asamblea, tenía comprometido un acordeonista y hechos todos los preparativos del convite con mucha antelación. Y hasta el Creador debía de querer que yo llegara a ser la presidenta, porque el tiempo se puso de mi parte y se pudieron celebrar todas las cosas previstas e incluso otras inesperadas. Con un tiempo otoñal mucho mejor de lo habitual, las mujeres de la asociación fuimos a las faldas de la montaña después de la asamblea y merendamos allí, recitamos poemas y entonamos canciones patrióticas como corresponde a momentos tan señalados, y cuando bajamos de la montaña al declinar el día, sucedió lo inesperado y más divertido. Lárus, el acordeonista, se había traído a un violinista de Hungría, ya te contaré los avatares de su viaje a nuestro país, y cuando el tal violinista, de ojos oscuros, nos vio a las mujeres bajando por la ladera del monte con el sol de otoño, yo precedía al resto del grupo, se puso el violín bajo la mejilla y empezó a tocar con gran alegría, luego me dijeron que había interpretado la *Danza húngara n.º 1* de Brahms, que es un músico alemán, supongo que no le conocerás, pero es igual, allí llegamos todas a la granja, contoneándonos sonrientes con la danza húngara en los oídos, y más tarde me contaron los que estaban en el patio de la granja que había sido un espectáculo magnífico, todas aquellas jóvenes islandesas

de cabellos rubios bajando la cuesta con paso ágil de cervatillas, sobre el fondo sonoro del violín. Y para abreviar te diré que Hámundur y yo organizamos un baile para cincuenta y siete personas, que estuvieron bailando en Þrastabakki hasta la mañana siguiente, todos con el mayor contento. Bueno, esto era solo un paréntesis, querida hermana, la agradabilísima fiesta queda ya en el pasado y nos esperan las obligaciones. Por lo demás, aquí todo va muy bien y todos gozamos de buena salud, la siega del heno de este verano fue estupenda, al igual que las labores de otoño, pues conservo a las dos muchachas que me proporcionaste y por las que te doy las gracias una y mil veces. Me encantaría saber cómo os va la granja ahí en el este, ¿tenéis más ovejas, o seguís con las veinte cabezas? ¿Hay asociación de mujeres por allí?».

Ella bajaba de la montaña bailando mientras yo le tenía en mis brazos, muerto, dijo Karitas.

Se desató una tormenta que trajo el frío desde el norte, y las olas, de la altura de una persona, saltaban el rompeolas y las rocas y arrojaban gruesos pedruscos antes de retirarse para aprestarse a un nuevo ataque. Cuando lo conseguían golpeaban contra el costado de poniente de la casa y corrían hasta el de levante, cerrando el círculo. Una danza en corro. Karitas despertó y las estuvo escuchando, recordó su enloquecido baile en su bahía natal del oeste, entonces le daba miedo su violencia, ahora deseaba bailar con las olas. Miró al padre y a su hijo, que dormían a su lado, se levantó sin ruido y a tientas llegó a la puerta de fuera. Oyó el viento del norte agitándose enloquecido, y que cuando abrió la puerta penetró con violencia, enfurecido, la golpeó hasta hacerle daño, ella no consiguió vencerlo para salir, no pudo salir. Signar había despertado con el ruido del viento al entrar en la casa, llegó hasta la puerta, la obligó a entrar, luchó contra el viento para cerrar la puerta de un portazo. ¿En qué demonios estabas pensando, mujer?, le dijo mientras la arrastraba hacia el dormitorio, la ira se le disipó al ver el lamentable estado en que se encontraba su mujer, pero ¿adónde ibas, Karitas, cariño?, le dijo al tomarla entre sus brazos. Solo quería despejarme un poco la cabeza, dijo ella, está llena de mierda, de porquería. Él la ayudó a meterse en la cama, la hizo tumbarse al lado de Jón, «abrázalo, chiquirritina, y yo te abrazaré a ti». Ella repitió que necesitaba limpiarse la cabeza por dentro, pero él dijo: Te pondré la mano en la frente y te acariciaré hasta que desaparezca toda la porquería. Así lo hizo, y ella notó al momento cómo se le iba despejando y limpiando la cabeza por dentro. ¿Crees que tendrá mucho frío en la tumba, con el frío que hace?, preguntó ella. No, qué va, dijo él, la tierra es cálida y blandita, además él ya no está allí, chiquirritina, lo sabes muy bien, hace mucho que se fue con Dios, a lo mejor está con tu hermana Halldóra, seguro que sí. Ella calló un instante, pensativa. Sí, tienes razón, dijo entonces, claro que está con Halldóra.

Erán diecisiete los gatos. Casi todos atigrados, algunos negros blancos con la barriga gris, y Kára conocía las necesidades y el temperamento de cada uno de ellos, aunque todos se llamaban igual: Nunca he sacrificado a ningún minino, pero algunos han desaparecido, decía. Karitas no tenía ninguna gana de saber adónde se habían marchado. Iba a casa de Kára cuando la llamaban. Karlína no quería cruzar el umbral de casa de Sigmar Hilmarrsson, iba a la de Kára y hacía que esta fuera a buscar a Karitas cuando quería hablar con ella. Estaba preocupada por Karitas, «que acaba de perder a su hijito y no tiene cerca ni un solo pariente, solo ese hombre perverso, y que se ha quedado hecha un auténtico asco». La abrazaba y la acariciaba, traía dulces, traía tortitas recién hechas y uvas pasas, porque sabía que a Karitas la encantaban. En cuanto llegaba a la choza la hacía sentarse, si había algún minino por medio lo quitaba cogiéndolo por la piel de la nuca, e intentaba que su amiga comiera algo, «porque tú eres la mejor amiga que he tenido nunca, Karitas», decía mientras le daba de comer. Karitas le dejaba hacer lo que le apetecía, se sentaba obediente y fingía escuchar, ella no tenía nada que decir, pero mentalmente contaba los gatos una y otra vez. Kára no se alteraba por el revuelo creado en su choza, se acostaba mientras duraba la visita, dejaba que los mininos se pasearan contoneándose por encima de ella. Al rato, Karlína se despedía, aseguraba que volvería muy pronto, y solo entonces Kára abría la boca para decir: Son diecisiete, Karitas, y te ruego que, si y o tuviera que irme, les des tú de comer.

Un día que hacía tan buen tiempo que todo el mundo se puso de lo más suspicaz, imaginando que allí había gato encerrado, Karlína guiñó un ojo, se quedó un rato larguísimo mirando a Karitas y preguntó: ¿Tú crees que has vuelto a las andadas, Karitas, cariño? Los gatos se tumbaron encima de la barriga de Kára, cerraron los ojos y esperaron respuesta. ¿Cómo se te puede ocurrir semejante desatino?, dijo Karitas en voz baja, poniéndose las manos en el vientre. Lo único que me pasa es que ya no tengo ganas de comer, y por eso no me viene la regla, pero en el momento mismo en que dijo la verdad, se dio cuenta de lo que se le venía encima. Las mujeres sorbieron el aire por la nariz y cerraron los ojos por un momento. Tengo que irme, balbuceó Karitas, levantó al pequeño Jón, que estaba en el suelo, tengo que preparar la comida, añadió, aunque hacía apenas nada que habían almorzado. Con la angustia metida en el corazón y el pequeño Jón en brazos, ya casi ni era capaz de levantarlo, se marchó a casa tambaleándose, buscó a Sigmar con la mirada y le encontró en el taller en penumbra, donde estaba examinando su rifle con la mayor atención. Dejó a Jón en el suelo y dijo jadeante, con el llanto en la garganta: Lo has vuelto a hacer. En sus movimientos pudo ver que él entendió perfectamente lo que quería decir, aunque intentase fingir que aquello no iba con él; levantó la escopeta y sopló en el cañón. Al ver que no decía nada, que no intentaba ni siquiera buscar una excusa, empujó a Jón hacia él, diciendo: Venga, quedatelo, ¿no es eso lo que quieres, cargarte de niños?

Y echó a correr hacia la playa.

Llegó hasta las resbaladizas algas, cruzó los brazos bajo el pecho como si así pudiera guardar mejor el equilibrio, caminó de puntillas sobre los escurridizos guijarros de la playa con la cabeza encogida sobre los hombros hasta llegar a la orilla del mar, donde se sentó sobre la arena con las piernas estiradas. Las pequeñas olas avanzaban hacia ella despacio, palmo a palmo, se retiraban, volvían con una pizca más de decisión, repetían el juego una vez tras otra y ella las miraba fijamente, y luego se miraba los zapatos. Estaban terriblemente gastados y rotos. Recordó sus primeros zapatos de cuero, recordó el aroma del cuero, los primeros días procuraba no ponerse para no echar a perder el olor del cuero, Bjarghildur y Halldóra se burlaban de ella, y recordó también los zapatos que se había comprado en Copenhague. La puntera era un poquito más estrecha, y cuando las chicas se reunieron en la escuela a copiar figuras de escayola, ella intentó estirar una pierna todo lo que podía, para que sobresalieran por el bajo de la falda y todas las presentes pudieran ver sus nuevos zapatos en todo su esplendor, en realidad los zapatos no la dejaron concentrarse en la tarea, lo cierto es que la fastidiaba muchísimo dibujar aquellas estatuillas de escayola, carentes de vida, y seguramente fue por eso por lo que el profesor la riñó por primera y última vez. Aquellos zapatos tenían un ribete granate en el tacón. Qué gustazo los zapatos aquellos, solo los usaba para la escuela, para que le durasen todo el tiempo. Otras estudiantes tenían muchos pares de zapatos y no tenían que pasarse el tiempo fregando hasta bien entrada la noche. Pero no tenían tanto talento como ella. ¿Dónde estaban ahora?

No volveré a pintar, les dijo a las olas.

Retrocedieron cabizbajas, como si la culpa fuera suya. Ella las miró cuando llegaban al mar, que cambiaba constantemente, igual que ella, el cielo estaba ahora gris. La niebla que entraba en el fiordo utilizaba el color gris. Oyó pasos en los guijarros, a su espalda, sabía que era Sigmar que había ido a buscarla y por eso no miró, se limitó a decir en voz suficientemente alta para que pudiera oírlo: No puedo seguir teniendo más hijos, Sigmar, nada más que para perderlos.

Él se sentó detrás de ella, que quedó sentada entre sus piernas, la envolvió en sus brazos.

Mi madre salía a pescar tempranísimo en su barquita, dijo como si estuviera en mitad de un relato y ella hubiera oído el principio apenas unos momentos antes, y casi siempre yo estaba durmiendo. Una vez desperté temprano, pues quería que me dejara acompañarla, pero era ya demasiado tarde, la vi remar hacia el sol de la mañana. Me senté aquí, en la playa, decidido a esperarla, y estuve así largo rato, quizás hasta me quedé dormido un rato, y de repente vi a una chica que venía desde el mar, una chica preciosa, guapa y de perfecto talle, con el cabello tan rubio que parecía arder, llegó hasta mí cimbreado en las olas, y dijo: Este es tu amor, mi querido Sigmar, pero tendrás que vencerla a ella igual que al mar. Y entonces te vi a ti al sol de la mañana en la explanada de las salazones de Siglufjörður y reconocí a la chica salida del mar.

¿Dónde está Jón?, le interrumpió Karitas, sin hacer aprecio de su poético relato sobre una mujer surgida del mar. Está durmiendo la siesta, respondió, un poco decepcionado por lo negativo de su reacción. Nunca dejes solos a los niños, dijo ella enfadada, se soltó de su abrazo y torpemente intentó ponerse en pie. ¿Quieres que te lleve a casa en brazos?, preguntó él cuando los dos estuvieron en pie. No, tengo que darme prisa, está entrando una niebla negrísima. Déjame que te lleve en brazos para sacarte de la niebla. No, dijo ella otra vez, pero él no la escuchó, fue a echársela en brazos pero ella se enfadó, le asestó una bofetada y le dio una patada en la pierna: ¡Quiero que te enteres, Sigmar, que aunque seas más fuerte que yo, no debes intentar imponerte nunca sobre mí, dije que iba a ir yo sola y tienes que entenderlo de una vez! Y él, que era mucho más grande que ella, le sacaba más de treinta centímetros, bajó los brazos como anonadado ante la violencia de su reacción. Perdona, dijo desconcertado, y la soltó. Ella echó a correr por la playa de guijarros, luego caminando a grandes zancadas y de nuevo a la carrera, él iba detrás pidiendo disculpas, e intentó un método más suave: Cariño, Karitas, ¿para cuándo esperas el niño? Ella tardó en responder, le espetó sin volver la cabeza para mirarle: Para mayo, como de costumbre; aunque solo uno de sus hijos había nacido en mayo. ¿Antes o después del día de cierre de la campaña?, le dijo gritando. Tú y tu maldita campaña de pesca, bufó ella en lo alto de la playa, y en ese momento se volvió hacia él, y naturalmente tendré que pasar un maldito invierno más aquí sola y ahogada en la nieve, ¿verdad? Él aprovechó la ocasión, al verla inmóvil, y se apresuró a acercarse a ella: Pero Karitas, cariño, ¿qué te parecería irte a la capital con Jón y quedarte en casa de tu madre mientras yo estoy en la campaña de invierno? A él, la idea le parecía estupenda, y asentía él solo con la cabeza como si esperara que ella se mostrara de acuerdo sin esperar un momento más. Pero había hecho mal los cálculos. Ella no podía ni respirar, de lo indignada que estaba: ¿Cómo se te puede pasar por la cabeza, Sigmar Hilmarrsson, que yo, una mujer casada con un hijo y otro en camino, iba a refugiarme en casa de mi madre como una pordiosera de tres al cuarto? ¿Sabes cuánto le costó convertirnos en personas hechas y derechas? Dio la vuelta entera al país con nosotros para que pudiésemos estudiar todos, y por si no te has querido enterar, señor mío, Halldóra fue a la Escuela de Comadronas, Bjarghildur a la Escuela Femenina, Páll a la Escuela Normal, Pétur está en la Escuela de Comercio, y Ólafur nada menos que en la Universidad de Islandia, ¡y yo, por si lo has olvidado, me gradué en la Real Academia de Bellas Artes de Copenhague! ¿Y ahora pretendes que me largue a casa de mi madre como un perro con el rabo entre las piernas, a mendigar cama y comida, porque tú, el gran señor de Borgarfjörður, tienes que ir de puerto en puerto en lugar de encontrar un trabajo honrado en tierra, como los demás hombres con familia? Iba a continuar, solo le había soltado la mitad del sermón, que había iniciado de forma tan brillante, pero él la cogió con su enorme mano por el cuello del jersey, la levantó en vilo de tal forma que sus pies no llegaban a tocar las piedras de la playa, inclinó la cabeza sobre el rostro de ella, obligándola a mirar sus ojos llameantes, y le espetó furioso: Y yo, pequeña Karitas Jónsdóttir, me he graduado en la Escuela de Marina y he decidido dedicar mi vida a la pesca, arriesgar la vida frente a las costas de Islandia, producir riqueza para la nación a fin de que podamos llevar la cabeza bien levantada como personas de verdad, para que salgamos de estas malditas casuchas de turba y de madera, para que vivamos vidas dignas de personas de verdad, con abogados y artistas, para que podamos alimentar a los marineros de agua dulce y a las viejas llorosas que no tienen el menor respeto por la vida marinera, ¡y acuérdate de que mi oferta para escapar de esta niebla solo la haré una vez! La soltó de forma tan repentina que ella cayó de culo sobre las algas.

Le siguió con la mirada mientras ascendía el talud de la playa, vio que se dirigía hacia la casa, luego le perdió de vista en la espantosa oscuridad. Ella subió también el talud, furibunda y con el trasero dolorido, y apenas reconoció la silueta de la casa echó a correr, no podía permitir que dijera él la última palabra, en su carrera se dio de bruces con él, que estaba en el patio. Tenía la escopeta en las manos. Ella se llevó la mano al pecho, aterrada, no pudo seguir derecha, dijo con un hilo de voz: ¿Vas a matarme, Sigmar? Él no respondió, la apartó de su lado y desapareció en la negra niebla. Ella entró en la casa con los brazos extendidos, cerró con un portazo, echó el pestillo...

La niebla envolvió la casa, oscureció el fiordo, apagó los sonidos, las aves callaron y escondieron el pico bajo el ala. El pequeño Jón despertó cuando ella estaba

encendiendo las lámparas, al principio se quedó desconcertado por aquella oscuridad en pleno día, se puso nervioso y se echó a llorar, no quería bajar de los brazos de su madre. Y ella canturreó y silbó para demostrar que le daba exactamente igual lo que pudiera pasarles a quienes anduvieran vagando por medio de la niebla. Se mantuvo alejada de las ventanas, como con miedo a que si se detenía ante cualquiera de ellas la alcanzaría un disparo, porque ese hombre estaba loco, ella lo sabía perfectamente, un tipo zumbado con una escopeta en algún sitio en medio de la niebla, en su imaginación le veía recorriendo furioso las tierras altas, con la cabeza gacha, disparando a todo ser vivo que se le pusiera por delante, fueran renos o trols. No reconozco a tu padre, le dijo al pequeño Jón, puedo afirmar que no le reconozco, aunque siempre he sido consciente de la brutalidad que vive en su interior, te ruego por lo que más quieras que no seas nunca como él, dijo mientras le ponía un pañal limpio, pero no se contentó con eso, le quitó toda la ropa y se dedicó a lavarlo por todas partes, pues no sabía qué hacer. Después cantó todas las canciones que conocía y el niño la miraba pasmado, con el chupete en la boca; jamás había oído a su madre cantar a gritos. Y ella cantaba hasta desgañitarse mientras atardecía y la niebla se espesaba aún más, le daba exactamente igual lo que pudiera pasarle a Sigmar, y luego calentó agua, dedicó un largo rato a lavar la ropita del niño. Pero cuando la noche se extendió definitivamente sobre el pueblo, no pudo seguir sin hacer nada. En su imaginación le veía en lo alto de las montañas, frenético en medio de la niebla; en cualquier momento podía despeñarse o caer en una profunda grieta; se dio cuenta de lo mal que se había portado con él. Fue lloriqueando a la puerta, quitó el pestillo, quizá después de todo acertaría a volver a casa, con Sigmar nunca se sabía, sería mejor que la puerta no estuviera cerrada. Cuando ya no podía aguantar más abrió la puerta, se dio de bruces con la inmundicia, salió y llamó con un hilo de voz: Sigmar, cariño. Lo hizo varias veces, se sentó al borde de la cama donde Jón se había vuelto a quedar dormido, mira cuánto es capaz de dormir este niño precioso, volvió a salir con una lámpara en las manos, y llamó en voz baja y alegre: Sigmar, cariño. Veía la silueta de los otros edificios como un negro paredón de roca y sintió el deseo de darle unas palmaditas a la vaca, en busca de un poco de seguridad. Levantó la lámpara, la vaca estaba tumbada, rumiando, tranquilísima, sin miedo alguno a las nieblas de este mundo, Karitas se acercó a ella con la luz y vio un bulto en el rincón. Iluminó el rincón. Allí estaba tumbado Sigmar Hilmarrson, durmiendo como un bebé.

Apenas dijeron nada cuando entraron juntos en la casa. Él estaba rígido por haber estado tanto rato tumbado en el establo, cojeaba levemente pero la llevaba firmemente cogida por los hombros, y ella le tenía cogido por la cintura. En la cocina, él le pasó las manos por el pelo y el cuerpo, la besó y ella también lo besó, pero intentó demorar las caricias porque deseaba hablar primero con él, lo otro podía llegar después, pero él quería primero lo otro y después hablar, si acaso, y para conservar la paz, ella le dejó hacer.

En las noches de invierno se daban ánimos hablando. Tenemos que pelear, decía Karitas, cansada, cuando a él le daba por callar, es la única posibilidad, y utilizaba las palabras y las exclamaciones de su madre. Pero cuando ella se ponía a pensar en el pequeño Sumarliði y se quedaba desconsolada, era él quien proclamaba la necesidad de la lucha para conseguir un futuro, y antes de darse cuenta, ella empezaba a seguir sus palabras con interés, pues no era tan frecuente que Sigmar hablara mucho rato seguido. Sin embargo, cuando él callaba no era porque estuviera triste, sino porque pensaba que estar hablando constantemente no era más que inutilidad sin paliativos. Como si a ella le divertiera estar entre personas parlanchinas. Y él estaba simplemente sentado a su lado, le acariciaba el brazo y dividía su rostro en dos con el dedo, e intentaba insuflarle nuevas ganas de vivir hablándole de sus planes para el futuro de ambos y sus hijos, en Akureyri o en Siglufljóður, debían tomar una decisión sobre el lugar donde vivir antes de Pascua, le contaba sus cálculos de los beneficios que obtendría de la pesca de invierno, y que no serían menores en la campaña del arenque, cuánto ganaría ese año, así que, como ella misma podría ver, le daría, no solo para acabar de pagar el barco, sino también para comprar casa y cubrir las demás necesidades de la familia. Ella no quiso interrumpirle para preguntar cuáles eran esas otras necesidades, imaginó que cacerolas, pero cuando él se dio cuenta de lo pensativa que se quedaba, se apresuró a decir: Encargar los colores que necesitas en cuanto vaya a la capital, tú solo tienes que decirme lo que quieres. Entonces ella respiró hondo, y dijo: No puedo pintar con un niño en brazos y otro pegado a las faldas, eso lo sabes. Chiquirritina, en cuanto nos instalemos tendremos una chica que se ocupe de los niños y otra para las labores de la casa, así podrás pintar tranquilamente todo el día. Me parece que no acabas de darte cuenta de lo ricos que vamos a ser, Karitas. Prefirieron no hablar de los meses de invierno que se avecinaban, ni de la separación. Eso no era un tema de conversación demasiado reconfortante. Pero no había duda de que tenía que hacerse a la idea de que, igual que otras mujeres de marineros, tendría que sacar la casa adelante ella sola; era lo que hacía en realidad la aldea entera, era lo que hacían las mujeres cuando los hombres no estaban. Ni siquiera lo veían como un problema, sino como una especie de labor comunitaria, se apoyaban unas a otras, se entretenían unas a otras, se ocupaban de que todo el mundo tuviera suficiente para comer. Muchas no lo veían siquiera como una temporada fatigosa, incluso podían dedicarse a las agujas, no había motivo para quejarse, todo lo contrario. Ella tampoco pensaba quejarse.

Pero una mañana faltó la jarra de leche.

¿Se habrá dormido?, fue lo primero que pensó Karitas, pero sabía muy bien que las mujeres como Kára jamás se dormían. ¿Tendrá gripe y fiebre?, preguntó al pequeño Jón mientras le vestía, no tenía ningún otro interlocutor, Sigmar había salido a pescar con otro hombre al amanecer. El pequeño Jón respondió a su pregunta con un balbuceo sin sentido, pero que daba a entender que quería su leche inmediatamente, de modo que Karitas, preocupada por la salud de Kára, se abrigó bien, y lo mismo al niño, y fue a la cabaña con él en brazos. La helada le mordía las mejillas, el día era aún oscuro y silencioso, pero se percató de que ese tiempo era inmejorable para la pesca.

Kára estaba tumbada al lado del pozo, inmóvil. Estaba boca abajo, una mano descansaba en el asa del pozal, que estaba volcado, el agua que había escapado de él estaba ya congelada. Los gatos paseaban contoneantes alrededor del pozo, encorvados por el frío. Karitas dejó a Jón en el suelo lentamente, se puso en cuclillas, dio la vuelta a Kára con mucho cuidado, la puso de espaldas. Los ojos estaban abiertos, mirando fijos al infinito, como si hubiera visto algo que la hubiera llenado de asombro. Los gatos se acercaron, olfatearon, metieron el hocico en sus grises cabellos, el pequeño Jón puso la mano abierta sobre la fría mejilla, le dio unas tortitas y balbuceó, quería ser bueno con su amiga Kára. Ha estado mirando las estrellas, dijo Karitas a Jón, extrañada. Le acarició la frente y las mejillas, frías como el hielo, le recolocó el jersey. Estaba un poco pensativa. Sí, ha estado mirando las estrellas y se ha deslumbrado, le confirmó a Jón. Y ahora, Jón, chiquitín, tenemos que llevarla a casa antes de que se quede congelada aquí fuera, también tú y yo tenemos muchísimo frío, así que venga, aúpa, vamos a meterla en casa. Puso las manos por debajo de sus hombros, la arrastró hasta meterla en la cabaña, los gatos y Jón la siguieron, se le metían entre los pies mientras se esforzaba por subirla a la cama. Y ahora, Kára va a dormir, Jón, cariño, vamos a tapparla bien y a dejarla tranquila.

Los gatos se instalaron donde quisieron, pero sin subirse a la cama.

Con Jón en la cadera se abrió paso sobre la superficie helada hasta la aldea, a casa de Karlína, llamó a la puerta con las manos entumecidas. Confiaba en que a lo mejor pudieras darme un poco de leche para el pequeño Jón, dijo disculpándose cuando la señora de la casa apareció en el umbral con la tropa de niños a medio vestir detrás de ella. Una vez entró con los niños en la casa, que estaba caliente, y ella y Jón hubieron tomado un vaso de leche cada uno, Karlína preguntó si es que le había pasado algo a su vaca. Karitas dijo que pensaba que Kára no había ido esa mañana a ordeñarla, eso era lo malo. ¿Y por qué no fue Kára a ordeñarla? Karitas frunció las cejas y dijo a bote pronto: Bueno, vaya, me da la impresión de que le ha pasado algo serio. Karlína quiso acompañarla a casa, llamó a su Þorfinnur, que estaba en el taller construyendo una camita nueva, «porque cada vez somos más», y le pidió que se hiciera cargo de los niños mientras ella salía un momento. Pusieron al pequeño Jón en un trineo, «porque no tiene sentido cargarlo, con lo que pesa», y echaron a correr, hablando de lo que esperaban encontrar. En la cabaña de Kára se separaron sus caminos, Karitas dijo que no podía pararse a tomar café, que tenía que cambiarle a Jón sus pantaloncitos, mojados de tanta leche que había bebido.

No supo nada de lo que pasó en la choza hasta avanzado el día, nadie le dijo nada, y solo al atardecer vio a Sigmar y el pastor dirigiéndose hacia la casa. ¿Qué querrá el sacerdote?, preguntó a Jón.

Le comunicaron la noticia con gran prudencia, paseando de puntillas a su alrededor un buen rato, hasta que por fin la informaron de que Karlína había encontrado muerta a Kára. Suponemos que le debió de dar un ataque de apoplejía, dijeron, pero eso tendría que confirmarlo el médico después de la autopsia, cuando le viniera bien aparecer por el pueblo. Lo malo, balbuceó el sacerdote, dirigiéndose a Sigmar, es que no me apetece nada tener el cuerpo esperando en la iglesia hasta la hora del entierro, ahora que estamos casi en Navidades, si bien sería una pésima idea dejarla al cuidado de los gatos, por muy buenos que sean cuando se trata de los ratones. Sigmar explicó por activa y por pasiva que él no podía hacerse cargo del cuerpo, en su casa no había ninguna cama libre que ofrecerle a un cadáver, pero que ciertamente podía construir un ataúd para la pobre mujer, y además lo haría precioso. Qué mala suerte que tuviera que irse al cielo ahora precisamente, tan cerca de las fiestas; el pastor siguió con sus quejas, habrá que organizar el funeral para el día veintitrés, no acabo de entender cómo pudo hacernos esto la pobrecita, una mujer tan sensata debió buscar mejor momento. Karitas estaba atareada cuando llegaron, no pudo sentarse con ellos en la sala, pero al poco apareció con la jarra de café humeante. Apenas dijo

nada. Le ahorraron las disposiciones de índole práctica, inseparables de la muerte de cualquier persona, pues hacía poco tiempo que se había visto enfrentada a ellas y ambos lo sabían, y cuando el pastor se hubo ido, prosiguió trabajando con energía, no tenía nada que comentar con Signar pero unas cuantas veces levantó la mirada como si oyera pasos. Y finalmente dijo: ¿Y cómo es eso, hace mucho que pasó la hora del ordeño y nadie ha ido al establo?

Signar dijo que se temía que ahora tendrían que vender la vaca, ella no podría ordeñar y sacar el estiércol cuando llegara el año nuevo, «me parece que ya tienes más que de sobra con lo tuyo». ¿Dónde está la jarra azul?, preguntó ella entonces. Te refieres a la jarra blanca, la corrigió él. No, la jarra azul, dijo ella, cortante. Él se la quedó mirando un rato y dijo: Ha sido un mal día, chiquirritina, voy a pasarme por el establo y luego nos acostamos tú y yo.

¿Adónde se llevan a Kára?, preguntó a Signar cuando cargaron la caja en un carro para dar inicio al sepelio. Al cementerio, respondió Signar en voz baja, y miró a su alrededor para comprobar si alguien podía haber escuchado la extraña pregunta de su mujer. Claro, es lógico, dijo con voz chillona, pero no entró en más detalles de lo que significaban sus palabras. El cortejo fúnebre fue avanzando lentamente hacia el cementerio, formaban parte de él la mayoría de los adultos del pueblo, los adolescentes que aún no habían recibido la confirmación se quedaron en casa para cuidar de los más pequeños. La nieve caía mansa y un estremecimiento recorría a todos, «fue un verdadero follón excavar la fosa con semejante helada», farfullaban, aunque no era cosa de andarse con quejas, dadas las causas del tremendo esfuerzo. De modo que en torno a la fosa había mucha gente reunida. Karitas se volvió con la cara al viento mientras bajaban el ataúd y se sonó la nariz al tiempo que hacía la señal de la cruz sobre la tumba, pero por lo demás no dejó traslucir demasiado sentimiento, eso pensó la gente, y eso que era ella la más cercana a la pobre mujer, por lo menos en los últimos años. Les pareció también bastante inexpresiva cuando se acercó a la tumba de su hijo después de dar tierra a la ordeñadora, «pero a lo mejor es que es así esa gente del norte o del oeste o de Dios sabe dónde». Tampoco asistió al convite funeral que las mujeres de la aldea organizaron con gran generosidad, en plenas labores navideñas; lo montaron en la escuela infantil; ella dijo que tenía que ir a casa a toda prisa a dar de comer a los gatos. Casi lo había olvidado, le dijo a Signar en un susurro, con cara de preocupación, pero Kára me pidió que les diera yo de comer si ella tenía que irse. Signar, taciturno y sombrío, asistió al convite con el pequeño Jón.

Los gatos maullaron quejosos en la oscuridad cuando ella abrió la choza, pero corrieron hacia ella al percibir el olor de pescado que la acompañaba, se precipitaron hacia la puerta y por unos momentos casi no la dejaron ni entrar. Algunos metieron las garras en la bolsa de tela que Karitas había llenado de colas y cabezas de pescado y se colgaron de ella mientras la llevaba a la mesa, pasito a pasito. Venga, pobrecitos, dejadme que encienda la lámpara y que haga fuego, dijo al tiempo que ponía la bolsa en el suelo. Los diecisiete gatos se lanzaron sobre ella, escarbaron y arañaron, y Karitas les dejó que hicieran lo que quisieran mientras ella ponía agua a hervir y encendía la cocina. Luego los espantó con la escoba para poder coger la bolsa, sacó los trozos de pescado, los echó en la cazuela y esperó a que subiera el hervor. Bueno, dijo entonces, mirando al grupito; estaban todos sentados sobre las patas traseras lamiéndose los hocicos. ¿Os habéis portado bien mientras estaba fuera vuestra mamá? Maullaron a coro. Me alegro mucho de oírlo, dijo ella, se sonó, tenéis que seguir así, añadió mirando con simpatía a su alrededor. Sacó del armario los platitos de la comida, había cuatro, los puso en la mesa para tenerlos a mano, y esperó que rompiera a hervir fuerte. Los comensales se frotaban contra sus piernas y unos con otros mientras maullaban con toda gentileza, y a Karitas se le puso la piel de gallina de placer cuando se frotaron contra sus pantorrillas. La olla empezó a hervir, sacó el pescado del agua hirviente, lo repartió en los cuatro platos, dispuso estos por el suelo a bastante distancia unos de otros. Que os aproveche, dijo muy solemne. Los gatos dieron vueltas alrededor de los platos mientras humeaban, pero después empezaron a sacar trozos poco a poco. Ella se sentó en la cama a mirarlos, feliz. Entonces se quedó adormilada. Así la encontró Signar. En la cama de Kára con diecisiete gatos encima y por todas partes. Todos profundamente dormidos.

Un día antes de que los hombres se marcharan al sur para la campaña de pesca, y unos cuantos días antes de que el sol tiñera de rojo las ventanas una vez más, Signar fue al almacén y volvió con la escopeta en las manos. Habían pasado la mitad de la noche gozando, era la última noche que podían estar juntos antes de la pesquera de invierno, los dos estaban desvelados, así que Karitas creyó que aún estaba un poco aturdido cuando le vio con la escopeta, y le llamó cariñosa: Signar, corazón, no te vayas ahora a cazar perdices. Él se detuvo en el patio y dijo a media voz cuando la vio salir: Métete en casa. Ella desapareció en el interior de la casa al ver la dureza de su mirada, no sabía qué estaba pasando, le entró miedo, ¿qué se le habría metido ahora en la cabeza, a qué pensaba disparar? Se acercó a la ventana de la sala, se ocultó detrás de la cortina y le miró caminar hacia la cabaña de Kára.

Restalló un disparo. Luego otro. Y un tercero. El eco de los estampidos recorrió el fiordo, sumido en el silencio. Las gaviotas callaron. El estampido de los disparos se convirtió en un estruendo ininterrumpido. El pequeño Jón empezó a berrear. Ella se lo sentó encima y lo acunó. Mucho después, cuando todo volvió a estar en silencio y los pájaros ya habían empezado a revolotear delante de la casa, oyó voces. Distinguió las de Signar y el alcalde pedáneo, la tercera no la reconoció. Se acercaban lentamente hacia la casa hablando en voz alta, deteniéndose cuando la excitación aumentaba demasiado, y acabaron delante de la ventana de su casa. Jamás volveré a hacer una atrocidad como esta, oyó que decía Signar, unos trepaban por las paredes, otros se colgaban del techo, a algunos tuve que dispararles tres veces, esos demonios de gatos tienen nueve vidas, me habrían arrancado los ojos a arañazos si no hubiera disparado por la ventana, protegido por los cristales. El alcalde pedáneo dijo en tono quejoso: No podíamos pedirselo a nadie más, Signar, hacía falta un tirador excepcional. Era imposible dejarlos con vida, quién iba a hacerse cargo de ellos, no consigo comprender cómo pudo la vieja hacer tal acopio de animales. Y en una choza de madera como esa. Sin la menor duda, lo mejor es lo que he propuesto, quemar la chabola, así no tendremos que recoger los cadáveres y meterlos en sacos.

¿Tienes café para ofrecernos, Karitas?, el ruego llegó desde el umbral. Entraron. Ella se levantó y fue a la cocina sin saludarles ni mirarles siquiera. La atmósfera era insoportable, así que se dedicaron a charlar con el pequeño Jón mientras les preparaban el café. Signar fue tras ella a la cocina, la miró con mucha prudencia, estaba de espaldas a él, y le dijo: En la choza de Kára no había nada de valor, he estado allí con el alcalde y el sobrino de ella hace un momento, lo único que tenía en buen estado eran unos cubiertos, tenía unos cubiertos estupendos, el sobrino quiso que te los quedaras tú, y bueno, cogí también este cuaderno. Ella le arrancó el cuaderno de las manos, fingió no ver la bolsa harapienta que contenía los cubiertos. Él no supo qué hacer ante su silencio, se fue otra vez con los invitados.

La siguieron con la vista desde la ventana del salón cuando se fue hacia la aldea, con la cabeza descubierta y sin guantes, y el cuaderno en la mano. No se detuvo en casa de Karlína, como habían imaginado, ni tan siquiera miró por las ventanas, continuó en línea recta, la mirada clavada ante ella, hasta el cementerio. Con los pies apartó la nieve de la puerta de las ánimas para poder abrirla. La masa blanca cubría la tumba como una manta de lana. Se santiguó pero le era difícil hablar, se santiguó tres veces con la esperanza de que así se le soltara la lengua. Las palabras estaban atascadas en su garganta, así que se rindió, se secó los ojos y suspiró: Escúchame, ¿quieres que te lea tus poemas, a lo mejor nunca los has oído recitar? Tomó posición delante de la tumba, el tiempo era calmo y reinaba el silencio, y leyó con solemnidad los poemas escritos en delicada caligrafía femenina. De vez en cuando movía las piernas para hacer circular la sangre, levantaba la mirada y la dirigía a la cruz colocada sobre la tumba, para comprobar si la oyente prestaba atención. Eran muchos los poemas y la lectura duraba largo rato, de manera que pidió excusas a la autora y le dijo que tenía que sentarse un momento en el murillo de la tapia para descansar las piernas. Hizo una pausa en la lectura y lanzó una fugaz mirada a la playa. Había mucha gente yendo y viniendo, arrastrando mercancías y equipajes hacia el bote de desembarco, que esperaba al barco costero. Se quedó sentada unos minutos en silencio, sonrió con gesto de disculpa a la cruz de la tumba, se puso en pie y adoptó de nuevo la postura de recitado.

—¿Cómo se te ha podido ocurrir marcharte así cuando sabes que tengo que embarcar? ¿No pensabas despedirte de mí? —dijo una voz en la puerta de ánimas.

Ella continuó la lectura.

—¿No vas a despedirte de mí? —repitió él.

—No nos interrumpas ahora —exclamó ella de sopetón.

—Ven aquí —le ordenó él.

—A este lado de la puerta de las ánimas estoy protegida de los malos espíritus —dijo ella, y siguió leyendo como si aquellas palabras pertenecieran a algún poema.

—Si no vienes, iré a por ti.

Ella cerró el cuaderno con violencia, fue a la puerta de ánimas y se detuvo allí, le miró a los ojos con dureza:

—No vendrás a por mí si yo no quiero.

Él la agarró y la sacó por la puerta. Ella le golpeó la mano:

—¿Ya te has lavado las manos para quitarte el olor a gato muerto?

Estaban uno frente a otra, en silencio, ninguno de los dos apartó la mirada. El baúl y el petate descansaban sobre la nieve recién caída, el barco esperaba en el fiordo. Finalmente dijo él:

—Ya lo entenderás. He vendido las ovejas que quedaban, y la vaca, he acordado con el viejo Stefán que te traerá leche todos los días, Högna te ayudará con el agua de vez en cuando, ahora tienes que ir a recoger al pequeño Jón a su casa, yo intentaré venir antes de irme al arenque, y en otoño nos iremos a vivir al norte.

Levantó su baúl, se echó el petate al hombro y se quedó en silencio por un momento. Luego se inclinó hacia ella para que pudiera mirarle en sus ojos verde mar, estuvo así largo rato. Entonces se irguió y se marchó. Ella no se movió. Él se había alejado ya unos metros cuando se detuvo en seco, dejó los trastos en el suelo, salió corriendo hacia ella, la tomó en sus brazos y le besó el rostro y el cuello. Ella cerró los ojos. Luego la soltó sin mirarla, se marchó otra vez. Y dijo, sin mirar hacia atrás:

—Iré a por ti siempre que me apetezca.

Mientras había luz, la gente pasaba constantemente por las cercanías de su casa, a caballo por el fiordo, hacia el campo o sencillamente para dar ocasión de moverse a sus monturas, cuando se asomaba por la ventana veía hombres y mujeres, y en ocasiones adolescentes, paseando sin rumbo fijo, y por eso tenía la sensación de no estar nunca sola, pero en cuanto la oscuridad se enseñoreaba de todo empezaba a inquietarse, era como estar pendiente de un hilo sin saber cuál era el motivo. Encendía todas las lámparas y procuraba tener suficientes cosas que hacer después de meter en la cama al pequeño Jón; se ponía a hacer la colada y se lavaba ella misma hasta horas avanzadas, se sentía más segura cuando estaba muy atareada. Cuando no podía tenerse en pie se sentaba en el borde de la cama a escuchar el graznido de los cuervos. Si le parecía el habitual, bajaba la luz de las lámparas y se acostaba, pero si era un gañido insolente, se asomaba a la ventana y forzaba la vista, mirando hacia el Cerro de los Elfos. Pero por culpa de la negra oscuridad casi nunca podía ver nada.

Una noche, cuando el graznido era más enérgico, las vio venir. Cinco, como de costumbre, e iban a buen paso. Malditas, balbuceó con los dientes apretados, cogió el cuchillo de cocina, se encerró con Jón en el cuarto, arrastró la cómoda para bloquear la puerta, apagó la luz y esperó. Las oyó entrar en la casa, recorrer el salón, pero de pronto retrocedieron y se marcharon como si alguien las hubiera ahuyentado. Las oyó fuera de la casa, el frufú de las faldas al pasar al lado de la pared, se asomó a la puerta, las vio a la luz de la luna con sus extraños atavíos. Empujó la cómoda para apartarla de la puerta, cogió el cuchillo, iba a ponerlo en su sitio pero oyó un leve ruido en la sala y se quedó rígida.

—¿No pretenderás atravesarme con ese trasto? —oyó que decía una voz jovial desde dentro de la sala. Una suave voz de mujer que reconoció. Una voz que durante muchos años había deseado oír.

—¿Eres tú, Halldóra? —preguntó con voz temblorosa.

—Claro que soy yo, deja ese trasto y enciende la lámpara.

Obedeció sin decir ni una palabra, temblaba al encender la lámpara, luego la levantó para iluminar la sala y allí estaba, era Halldóra, sonriente, con un vestido azul y el pelo recogido en un moño poco apretado en la nuca.

¿Hace mucho que has venido?, preguntó Karitas. No, acabo de llegar, dijo Halldóra, llegué antes que las cinco mujeres esas. Sí, las malditas, dijo Karitas, pero ¿te piensas quedar mucho tiempo? Varios días quizá, dijo Halldóra. Pero ¿Sumarliði no está contigo? ¿Quién le cuida mientras tú estás aquí? No te preocupes por él, dijo Halldóra con un bostezo, está en buenas manos.

Mientras preparaba la cama para Halldóra en el diván de la sala le habló de sus encuentros con las cinco mujeres, y Halldóra le aseguró que estaba totalmente segura de que eran elfinas y no precisamente de las simpáticas, se había dado cuenta al instante, y cuando se cansó, porque estaba fatigada tras su largo viaje, Halldóra aconsejó a Karitas que las ignorase y mantuviese una luz encendida todas las noches. Una candelilla bastará, dijo. Y luego dijo: Pero por lo que más quieras, Karitas, no le digas a nadie que estoy aquí, porque si no, las mujeres se dedicarán a llamarme a hora y a deshora y no estoy en condiciones de recorrer esos campos en medio de la oscuridad más negra y con nieve hasta la cintura. Pero ¿te quedarás hasta que dé a luz?, preguntó Karitas anhelante. Naturalmente haré lo posible, pero no puedo dejar solo mucho tiempo a Sumarliði, dijo la comadrona, y cerró los ojos.

Se sentía completamente distinta ahora que podía conversar con Halldóra mientras hacía las labores domésticas, hasta las más fastidiosas le parecían pasar en un santiamén. Charlaban de todo lo habido y por haber, Halldóra, que apreciaba el arte, estaba loca por saber cosas de sus estudios y de su estancia en Copenhague, y Karitas le contaba cuánto la divertía salir por la mañana y toparse con el bullicio constante, automóviles y carros recorrían las calles adoquinadas, y en verano la gente ponía las tiendas casi en la calle: Era un gusto ver las mercancías al sol, aunque yo no compraba prácticamente nada nunca, tenía que vigilar mucho el dinero, lo necesitaba para colores y lienzos, pero ahora tengo dinero. Signar siempre deja algo al marcharse, pero no puedo comprar colores ni lienzos porque en la cooperativa solo venden comestibles y productos que se puedan usar de forma sensata. Halldóra dijo entonces: ¿Por qué no usas lo que tienes más a mano? No necesitas colores ni arpilleras para crear obras de arte, puedes encontrar arte en todas las cosas que te rodean, piedras, tablas, trapos, herramientas, envases, sí, Karitas, ¿dónde están los cubiertos de Kára, por qué no los usas?

## **Karitas**

Cubiertos del reino de los cielos, 1926

*Assemblage y laca sobre madera*

En el reino de los cielos, los cubiertos son blancos.

Encuentro en el almacén una buena plancha de madera, la meto en casa y la pongo encima de la mesa del salón.

Saco de una bolsa los cubiertos de Kára.

Diecisiete piezas en total, falta un cuchillo para una cubertería de seis personas. Los coloco encima de la plancha. Vuelvo a colocarlos muchas veces pero nunca me siento satisfecha con el resultado. Necesito más cubiertos.

Voy a la cooperativa con intención de comprar más juegos pero se han agotado, como casi todo lo que pueda parecer deseable. Pero a cambio compro pintura de laca blanca, de esa sí que hay, y el dependiente relincha: ¿Vas a pintar la despensa?

Le pido a Karlína que junte cubiertos para mí, viejos y doblados, que no le sirvan ya a nadie, y me dice: ¿Cómo has podido arreglártelas sin cubiertos?

Junta un buen saco.

Estoy feliz a más no poder.

Dedico muchas noches a colocar cubiertos. Luego empiezo a pegarlos, trabajo sucio, el pegamento es fuerte, me da dolor de cabeza. Pego casi ochenta piezas sobre la plancha de madera, sobre todo tenedores, la gente tenía muchos, o quizás usaba más las cucharas y los tenedores y por eso fueron más cicateros con ellos. Luego pinto sobre la plancha.

Todo blanco.

Nubarrones blancos.

En el cielo, la gente come con cubiertos blancos.

Karlína fue la primera persona que vio el cuadro de los cubiertos, aparte de Halldóra, claro, quien dijo que era de lo más vanguardista, como llamaban a esa forma de arte en el extranjero, pero Karlína no acababa de entender las pretensiones de Karitas, se quedó estupefacta y se atragantó aunque desde que entró no había bebido nada. ¿Eso son lo que me parece, son cubiertos?, consiguió exclamar finalmente con un hipido, y Karitas dijo que sí, que eso pensaba, y se puso de estupendo humor por la atención dedicada a su cuadro. Pero cuando Karlína se dejó caer en una silla, se cubrió el rostro con las manos, se meció adelante y atrás mientras repetía una vez tras otra: Dios mío; entonces ya no le gustó tanto su reacción. Después de invocar a Dios varias veces se puso en pie de un salto, paseó nerviosa por la casa, inspeccionó a fondo la cocina y el dormitorio con cara de desesperación, como si estuviera buscando pruebas, salió pitando, volvió a entrar, y entonces Karitas le preguntó: ¿Estás buscando a mi hermana? Tuvo que ir un momento a la cooperativa. Y Karlína volvió a sentarse, todavía no se había quitado ni el abrigo, por debajo se le veía el vestido, que estaba casi reventando por las costuras, y dijo sin levantar la vista: Vaya, ¿así que tu hermana también está aquí? Karitas se dio cuenta de que había tenido un serio desliz y dijo a todo correr: No, era solo una broma, Bjarghildur no puede salir de su casa, con todo el trabajo que le da una granja tan enorme. Karlína quiso saber todos los detalles sobre Bjarghildur, dónde vivía, con quién estaba casada y cuál era la central de teléfono más cercana a su casa. Una vez obtuvo esa información, se puso en pie y se despidió.

Y al ver el cuadro de los cubiertos lo único que hizo fue suspirar, se quejó Karitas a Halldóra al regreso de su hermana. Tienes que estar preparada para ese género de reacción, Karitas, dijo Halldóra, pero la animó a continuar por el mismo camino.

Al día siguiente, apenas habían tenido tiempo de lavarse la cara y estaban limpiando al pequeño Jón cuando vieron a Högna llegar montada a caballo, con el cortejo de sus cinco hijas. Ahí van las malditas, dijo Karitas, y Halldóra preguntó si no harían mejor en esconderse.

Högna miró inquisidora a su alrededor y sus hijas recorrieron la casa con cautela, como si esperasen ver salir fantasmas por los rincones; Högna la miró de soslayo, entornó los ojos: ¿No estabas pintando un cuadro, Karitas, querida? De no haber estado allí sus hijas, Karitas le habría mostrado encantada el cuadro de los cubiertos, pero como no estaba sola, dijo que últimamente no había pintado nada. Högna se comportaba de una forma extrañísima, decía que había ido a tomarle medidas, porque tenía necesidad apremiante de una falda más amplia, pero lo único que hacía era tomarle las medidas con los ojos. Las hijas se dedicaban a limpiar y ordenar todo lo imaginable, vaciaron el orinal, echaron agua en una jarra, trajeron más agua, calentaron agua, echaron agua en un cubo. El pequeño Jón iba de un lado a otro por debajo de sus piernas, haciendo todo lo posible por chapotear en el agua. Una le cogió en brazos con intención de jugar con él, pero Karitas se lo arrebató de las manos. ¿Por qué no pueden coger nunca a Jón?, preguntó Högna, molesta. Le dan miedo los elfos, dijo Karitas, frunciendo el entrecejo.

Se marcharon enseguida. Halldóra salió de su escondite. Dijo que llegó a temer que con tantos escobazos hubieran acabado encontrándola. Halldóra se burló de las hermanas y Karitas se partía de risa, hacía tiempo que no reía tanto, y el pequeño Jón la miraba asombrado. Pero una cosa sí que había que decir de las hijas de Högna: por mucha pinta de elfinas que tuvieran, siempre iban a buscar agua para ella cuando subían a la casa con su madre. Esa tarde, Halldóra y Karitas echaron agua caliente en el bañero grande y se bañaron la una después de la otra. Halldóra le lavó a ella el pelo con jabón aromático, mientras ella le contaba historias de Copenhague. A Halldóra podía contarle cosas que no le decía a Sigmar. Cosas sin importancia, de las que hablan las chicas entre ellas. Pero ¿sabes, Halldóra?, decía, nunca se lo he contado a nadie, pero en el extranjero me sentía horriblemente sola, en la Academia jamás tuve ni una buena amiga, aunque casi todas mis compañeras de clase eran unas chicas estupendas y me llevaban a exposiciones, pero muchas eran de lo más sofisticadas, pertenecían a grandes familias, hasta había algunas emparentadas con el rey, creo, y vaya si me miraban por encima del hombro, yo no era más que una vulgar islandesa y cuando no estaba en la Academia no hacía otra cosa que fregar. A mamá nunca le hablé de ello en mis cartas, no quería que pensara que era una desagradecida. En realidad nunca he tenido ninguna amiga, aparte de Pía, quizá, pero ella desapareció de mi vida en un abrir y cerrar de ojos. Y Halldóra le hizo patente su simpatía, comprendía lo de las amigas, se puso casi tan triste como ella, y entonces Karitas pasó página, no podía aguantar el ver triste a Halldóra, y se dedicó a entretenerla con historias de la gente fina que veía en la Gliptoteca y de las pescaderas del puerto. Estuvieron charlando hasta bien entrada la noche.

La oscuridad las dejó en paz.

Pero Högna y Karlína no estaban dispuestas a abandonar su costumbre de visitarla a horas y a deshoras, así que Halldóra dijo: Esas no te dejarán un momento de tranquilidad. No, pero ¿qué puedo hacer?, preguntó Karitas, desesperada.

Pregúntales si puedes pintarlas. Desnudas.

Así que le pidió a Karlína que posara para ella. Y los ojos de Karlína se animaron, en sus ojos se encendió una chispa, y sus mejillas se cubrieron de rojo, pero cuando Karitas añadió: Sé que a una modelo no le hace demasiada ilusión desvestirse en pleno invierno, en una latitud tan septentrional, aquí no hace tanto calor como en la Roma de Bernini, pero la estufa de esta casa siempre ha dado bastante calor, y el suelo no está frío. Karlína se quedó un rato mirándola, intentaba comprender bien las intenciones de la artista, y luego preguntó, confusa: ¿Quieres que me quite los calcetines? Karitas le explicó mediante gestos qué prendas tendría que quitarse, además de los calcetines, para que el cuerpo quedara bien al descubierto, y claro está, tendría que despojarse de todas, e inmediatamente se puso a preparar las cosas, colocó bien los almohadones en el diván y le indicó cómo tenía que tumbarse, haciéndolo ella misma. Karlína se sentó, completamente roja. Finalmente susurró, acentuando cada sílaba: ¿De manera que lo que quieres es ponerme en ese cuadro con el culo al aire y tumbada aquí? Karitas dijo que sí, que exactamente, «serás una modelo estupenda, Karlína, con esas carnes tuyas tan suaves».

Karlína salió de la casa como una tromba seguida por su ristra de niños. No se dejó ver durante varios días, y las dos hermanas suspiraron de felicidad. Pero poco antes de las fiestas, cuando Karitas no tuvo más remedio que ir a la cooperativa a por uvas pasas y otras cosillas para Halldóra, se topó con Högna. Que no se mostró especialmente afable. Tosió y carraspeó, miró la tripa de Karitas, se aclaró la voz otra vez antes de ponerse muy tiesa y decir: No puedes ir por ahí diciéndole tonterías a una chica tan buena como Karlína. Me he enterado de que querías pintarla desnuda, como Dios la trajo al mundo. Tú, que eres esposa y madre. ¿Cómo puedes hacer algo semejante? Habría sido una ridiculez que Botticelli hubiera pintado a Venus vestida de la cabeza a los pies, repuso Karitas cortante, sin ceder terreno. Högna estiró la espalda. Con un claro tono de desprecio le espetó: Me importan un pito las porquerías que se dediquen a hacer las mujeres en Copenhague, pero aquí en Borgarfjörður ese género de cosas no lo hace nadie, eso está más que claro.

Había puesto furiosas a Karlína y Högna, aunque en realidad no era esa su intención. Lo único que pretendía era librarse de sus constantes visitas. Por un tiempo, al menos. Porque no tenía la menor gana de pintar cuerpos femeninos. Pero entonces empezó a pensar en lo absurdo que era tanto revuelo, porque ella, precisamente ella, graduada de la Academia de Bellas Artes, tenía pleno derecho a pintar mujeres desnudas sin que por ello se vinieran abajo cielos y tierra, y así se lo dijo a Halldóra. Quien se mostró de idéntica opinión.

Pudieron estar en paz varios días, y Karitas organizó zafarrancho en el taller y el almacén, recogió clavos y tornillos, pequeñas herramientas oxidadas, trapos, cortó uno de sus jerséis porque el tejido de punto sería un buen añadido para la estructura general, sacrificó dos plátanos de la vajilla de repuesto, y lo pegó todo sobre una madera. Luego fue a la aldea con intención de comprar pintura marrón, pero de pronto sintió un dolor tan fuerte en el vientre que casi no podía mantenerse en pie. Y es que hacía un viento horroroso, el mar estaba picadísimo, y le resultó prácticamente imposible coger en brazos a Jón cuando se negó a caminar. No me dolió tanto el vientre las otras dos veces, se quejó a Halldóra, es como si el estómago se hinchara y se quedara duro durante varios minutos. Y Halldóra dijo que probablemente sería una niña, se comportaban distinto, y al principio siempre necesitaban mucho espacio.

Las mareas aumentaron en los días siguientes, un día las olas alcanzaron una altura inusitada, saltaron por encima del talud de la playa, rompieron contra la casa. Esta quedó rodeada por el mar, que rompía contra ella por la parte norte, y el agua fue llegando un poco hasta la fachada de mediodía. Karitas estaba sentada en la cama con el pequeño Jón, esperando que el mar se colara por debajo de la puerta y entrara en el dormitorio, pero no pasó nada. Solo llegó a colarse por la puerta de fuera. Esta casa está bien hecha, les dijo a Jón y a Halldóra, mantiene el agua a raya y es fácil de calentar.

Durante la tormenta soñó con una elfina. No se parecía nada a las cinco hermanas, tenía el cabello moreno y era delicada, y decía: El invierno será duro donde vives, pero yo te ayudaré porque en el oeste tú cuidaste de mi colina. No dijo nada más, y cuando Karitas despertó, le contó su sueño a Halldóra sin esperar ni un segundo. Las dos recordaban perfectamente la colina de los elfos de su patria chica del oeste. Su madre les tenía prohibido jugar allí y les pedía que vigilaran para que ningún otro niño lo hiciera. Igual que a nosotros, a los elfos tampoco les gusta que la gente juegue encima de sus casas, les había dicho. Recuerdo que yo la vigilaba como si fuera la niña de mis ojos, le dijo Karitas a Halldóra, pero nunca pensé que un día la elfina pudiera recompensarme por mis desvelos, vaya, imagínate, venir a buscarme aquí, al este. ¿Y cómo pensará agradecerme el favor?

Lo supieron ese mismo día, cuando sintió un dolor lacerante en el vientre. Reconoció esa clase de dolor. ¿Cómo es posible?, le dijo, asustada, a Halldóra, ¡solo estoy

de siete meses! Es muy pronto, no debería ser así, dijo Halldóra, cuelga la sábana blanca. Puso la sábana blanca con la esperanza de que alguien pasara por allí cerca cuando se calmara el viento, y se tumbó, siguiendo el consejo de Halldóra. El pequeño Jón estaba más latoso que de costumbre, no quería jugar con sus juguetes, estaba todo el rato pegado a ella lloriqueando, y se puso contentísimo cuando llegó Karlína a todo correr. Quería cerciorarme de que estabas bien después de la tormenta, dijo fatigada, con la mano en el corazón, y vi la sábana blanca en la ventana de la cocina, pero cariño mío, ¡que no sales de cuentas hasta mayo! Karitas pensaba exactamente lo mismo, y se dedicaron a observar cuidadosamente los dolores, pero estos indicaban sin ningún género de duda que el parto estaba empezando. El médico estaba esos días en el pueblo, lo que fue una auténtica suerte porque la comadrona había ido a Akureyri para una operación, pero el médico había tenido que amputarle la pierna a alguien y por culpa de la tormenta no se pudo marchar, de manera que Högna y Karlína le hicieron montar y luego le acompañaron, también ellas a caballo. El médico se quedó en silencio después de examinar a Karitas y no se mostró muy inclinado a informar a las mujeres al principio, se limitó a preguntar, una vez terminó su exhaustivo examen: ¿Estás sola aquí? Karitas estuvo a punto de mencionar a Halldóra, pero Karlína se le adelantó y dijo rápida: Sí, está aquí sola, pero Högna y yo la vigilemos. El médico dijo que se quedaría en el pueblo hasta por la tarde, a ver cómo se desarrollaban las cosas, y pidió a las mujeres que no se fueran muy lejos. Y no se fueron lejos, se dedicaron a lavar y ordenar. Cada vez que venís laváis muchísimo, protestó Karitas, pero ellas no respondieron, se limitaron a agitar la cabeza y a mirarla con pena. Tardaremos un rato en limpiar bien la sala y quitar todas estas porquerías del taller, dijeron; es un milagro que el niño no se hiciera daño con tanto trasto. Y además, no hay ropa de cama limpia. No ha habido ni un día seco, lloriqueó Karitas desde la cama, pero no la escucharon, discutieron entre ellas cómo sería mejor guardar las cosas, dejar la casa en un estado decente antes del parto. Se turnaban en irse a sus casas a tomar disposiciones sobre sus propios hogares, a coger ropa de cama limpia, y sus agujas de punto, pan y café en buena cantidad, nunca se podía saber cómo se iban a desarrollar las cosas, y trajeron algunas cosillas para tener a Jón entretenido. No necesitaba nada limpio. Es lo único limpio de toda la casa, dijeron en voz alta, para que las oyera la parturienta.

Los dolores parecían ir desapareciendo con el paso de la tarde, no eran tan regulares como antes, y las mujeres se tranquilizaron un poco, desvistieron a Jón, jugaron con él y le cantaron. Llegó la noche. Las mujeres se acomodaron en la sala y se quedaron adormiladas. Pero de madrugada, cuando ya confiaban en que la racha estuviera superada, los dolores volvieron con toda su fuerza. Karitas gimió, sentía como pujos, y rompió aguas. Högna se marchó al pueblo a galope. Karlína puso una olla en la cocina y la calentó todo lo que pudo. Karitas se quejaba dolorida, llamando a Halldóra, que no apareció. ¿Adónde se ha ido Halldóra?, gritó Karitas, pero Karlína le rogó que por lo que más quisiera, aguantara hasta que llegara el médico. Ha tenido que irse con Sumarliði, suspiró Karitas, decepcionada, aunque la aliviaba saber que su hermana estaba con él. Finalmente llegaron el médico y Högna, maltratados por el ventarrón y empapados, la tormenta había regresado con viento fuerte y copiosísimos chubascos de nieve, y en esos momentos empezó Karitas la expulsión. La primera. Eran dos niños.

Nacieron con diez minutos de diferencia. Al pesarlos se comprobó que uno llegaba apenas al kilo, al otro le faltaban doscientos cincuenta gramos para ese peso. El varón pesa un kilo, la chica tres cuartos, dijo el médico con rotundidad, como si estuviera hablando de niños nacidos a plazo, pero le temblaban las manos al cogerlos. Högna y Karlína no pudieron reprimirse, las lágrimas se derramaban sin pausa por sus mejillas al mirar, afligidas, a los niños y a la madre, quien parecía todavía capaz de controlarse. Lo peor es que solo tengo una cuna para los dos, dijo pensativa mientras se secaba el sudor de la frente. Se incorporó apoyándose en el codo, miró preocupada a los niños, que tenían la longitud de un libro, aún con los ojos cerrados y la piel todavía sin formar, y dijo con acritud a las mujeres: ¿Es que no pensáis bañarlos?

Envolvieron a los niños en pañales de franela y los pusieron encima de la cómoda, sobre un paño de lino. Pobres bichejos, dijo el médico, acariciándolos. Se quedó unos minutos mirándolos pensativo, luego se quitó el anillo de bodas y se lo puso a la niña en el muslito. Allí se quedó un rato. Luego recuperó el anillo, se sentó al lado de Karitas, le cogió la mano y dijo: Karitas, corazón, no se puede garantizar que los niños vayan a salir adelante, tienes que ir haciéndote a la idea, pero si viven, llegarán a cumplir los noventa. Le dio buenos consejos, le encomendó que cuidara a los niños, manteniéndolos siempre bien calientes, que les diera el pecho cada dos o tres horas durante las veinticuatro del día. ¿Y cuándo duermo yo?, preguntó Karitas, pero no obtuvo respuesta, pues lo principal no era ella. El médico se marchó al rato y dijo que volvería a visitarla. El silencio se adueñó de la casa, las mujeres estaban como en trance, al lado de la cómoda, de pie, sin saber qué hacer, sin apartar los ojos de los niños, que aún respiraban pero a los que no habían bañado todavía. La madre tomó las riendas. Les mandó que bañaran a los niños, que los envolvieran en algodones, que los colocaran en uno de los cajones de la cómoda, que pusieran entre los dos una botella de agua caliente metida en un calcetín de lana y dejaran el cajón encima de una silla al lado de la cocina.

Después se quedó dormida, física y psíquicamente agotada. Las mujeres montaron guardia. Högna se sentó al lado del cajón de la cómoda, sin apartar la vista de los niños ni un momento, como si creyese que de ese modo no se le escaparían. Karlína vistió al pequeño Jón, que había despertado como nuevo, tan contento, sin la más mínima idea de lo sucedido durante la noche. Se quedó encantado al ver a aquellas diminutas criaturas en el cajón, creyó que eran muñequitas con las que podía jugar, y se puso un poco de morros cuando le entregaron otros juguetes. Por la tarde despertaron a Karitas y le dijeron con gran cautela que parecía que la niña se había ido. La criatura no mostraba señales de vida. Karitas se lo tomó con calma, no mostró apenas reacción alguna. Intentó sacarse leche, y a base de apretar fuerte logró sacar unas cuantas gotas. Esto no bastará, pero tenemos que hacerles comer algo, dijo como si no hubiera oído lo que habían dicho de la niña. Pusieron leche de vaca en un frasco de medicina con cuentagotas y Karitas la fue metiendo en la boca del varoncito. Este chupó y tragó. La niña no daba señales de vida. Vamos a dejarla descansar un poco, dijo la madre. Se metió en la cama otra vez, cogió a Jón y se puso a contarle historias de animales, con los ruidos correspondientes. Las dos mujeres discutían en voz baja en la cocina, no acababan de decidir si deberían empezar o no los preparativos para el entierro de la niña. No podían dejarlos a los dos allí juntos, uno vivo y la otra muerta, pero preferían que fuera su madre quien tomase la decisión. Hirvieron agua para hacer café y sirvieron la comida, todo había que hacerlo con el máximo cuidado, no podían darle un golpe al cajón, se movían como ratones asustados. Al atardecer, cuando Karlína había acostado ya al pequeño Jón y estaba a punto de irse a su casa para atender a sus propios hijos, no pudo evitar echar un último vistazo a las criaturas antes de irse, se limitó a recolocar el algodón para envolver bien a la niña, y entonces soltó un grito. ¡Mueve los piecitos, mueve los piecitos! Karitas y Högna se lanzaron hacia el cajón de la cómoda, no había confusión posible, los dedos de los pies, del tamaño de una cabeza de clavo, se estaban moviendo. Lloraron, rieron y se besaron una a otra. Yo sabía que viviría, dijo Karitas, la elfina había prometido ayudarme. Las otras no preguntaron más detalles sobre aquella mujer, pues para ellas era natural, en cierto modo, que esas gentes intervinieran en los momentos decisivos.

El mundo exterior era de una inmensidad desconocida, pero de puertas adentro quedaba delimitado por un suelo, unas paredes tapizadas de madera, y un techo, una celda cálida y sólida que rodeaban a ella y a los niños. Encendía el fuego durante la noche y también en pleno día, a veces tenía que quitarse ropa por el calor, en enaguas observaba a los niños mientras la nevisca del norte azotaba los cristales, mientras una violenta tempestad de poniente se precipitaba contra el tejado. Aquel fue un invierno duro, como había dicho la elfina, pero a ella no le importaba, embadurnaba de aceite a los niños, cambiaba los algodones, les daba leche con el cuentagotas. Muchas veces aparecía una mueca en sus boquitas cuando el líquido les goteaba en la garganta. Si Högna o Karlína no podían ir a su casa, eran los hombres que no habían podido participar en la campaña de pesca de invierno quienes se hacían cargo de la misión, pugnaban por atravesar la ventisca para llevarle leche, carbón y turba, el combustible nunca era suficiente, y como recompensa les dejaba ver a las criaturas. Podían pasarse la vida mirándolas. Entre una tormenta y otra acudían las mujeres del pueblo, habían estado haciendo prendas de punto y cosiendo vestiditos para los chiquitines, querían comprobar si les venían bien las cosas que habían hecho, y naturalmente no les venían bien, pero más que nada iban para contemplar las criaturitas. Pero solo un momento y tapan bien la boca y la nariz con la mano, les ordenaban Högna y Karlína, que habían erigido una fortaleza para proteger a la madre y a sus hijos, y las mujeres hacían lo que les mandaban, aunque el viento helado se les metía bajo las faldas mientras esperaban a que las autorizaran a entrar en la casa. Se santiguaban y decían muchas veces Jesús al ver a los gusarapos, se asombraban de que estuvieran vivos y alababan la clemencia del Autor. Aunque el médico prefirió no mezclar al Señor en el asunto acudió de visita, ciertamente procuró ocultar su pasmó al ver que los niños no solo vivían, sino que incluso crecían, y dijo: Tienen corazones fuertes.

Su comentario recorrió todo el pueblo. Tenían corazones muy fuertes. Todos asentían moviendo la cabeza como muestra de conformidad. Un corazón de Borgarfjörður. Dudaban que los niños hubieran podido sobrevivir si su padre hubiera sido de la capital.

El padre había recibido el mensaje en el sur por vía telefónica. Y respondió con el mensaje de que telefonaría al este en cuanto bajara a tierra. La tormenta se había calmado un poco cuando avisaron a Karitas para que fuera a la central de teléfonos. Chiquirritina, dijo él por el auricular, han pasado unas cuantas cosillas, según me han dicho. Nada fuera de lo habitual, respondió ella. ¿Es muy chiquitín?, preguntó él. ¿Quién?, respondió ella, que de pronto se puso un tanto cortante. Él guardó silencio por unos instantes, y entonces preguntó: ¿Cómo de pequeños, o de grandes, eran? ¿No te lo han contado ya?, preguntó ella con ironía. Sí, sí, dijo él con mucho apuro, ¿qué hiciste con ellos, dónde los pusiste, teníamos cuna? No, jamás hemos tenido cuna, Signar, los puse en un cajón de la cómoda. Se produjo un largo silencio.

Finalmente, él respiró hondo, puso voz de autoridad y dijo: Intentaremos irnos a vivir al norte este otoño, pero no sé si conseguiré volver por casa entre medias, es de la máxima importancia conseguir dinero para la casa, hay tal cantidad de pesca que salimos otra vez en cuanto desembarcamos, bueno, aquí en el sur no se duerme demasiado a bordo. Tampoco aquí en el este, dijo ella. Antes de despedirse, él dijo: ¿No sería mejor administrarles el bautismo de socorro? No, dijo ella, tendrán el mismo bautismo de cualquier otro niño, no hay más que hablar.

El ruego de su madre en el mismo sentido no la hizo cambiar de opinión. Envió a sus nietos unos libros de salmos. Los acompañaba una carta. Mi queridísima Karitas. Al tiempo que os felicito a Sigmar y a ti, de todo corazón, por el niño y la niña, deseo con toda mi alma que el Todopoderoso proteja a vuestros benditos angelitos. Tu amiga Karlina me dijo por teléfono que eran tan diminutos que cabían en un guante grande de hombre. Desde que recibí la noticia no he podido dormir demasiado, y lamento muchísimo no poder estar cerca de ti para ayudarte. Pero sé, mi queridísima hija, que Dios Todopoderoso no se aparta de vosotros y algo ha de significar que trajera a los niños tan pronto a este mundo. Pese a ello no deberías retrasar mucho su bautismo, y les envío junto a esta carta unos libros de salmos en los que pondrás sus nombres cuando los hayan recibido en el bautizo. Tienes una letra de lo más bonita. De todos los que vivimos en la capital solo hay cosas buenas que contar, tus hermanos gozan de muy buena salud aunque hace unos días padecí de artritis y por las mañanas me cuesta empezar a andar. Y por lo demás, el tiempo ha sido aceptable.

Y en el norte también había sido tolerable, naturalmente llovía a cántaros de mala manera y, cuando escribía la carta, casi toda la nieve se había derretido, pero la señora de Prastabakki estaba estupendamente, como de costumbre, aunque como es lógico se quedó muda con la noticia que Karlina le contó por teléfono, «mi queridísima Karitas, los hijos son un don de Dios, de eso no hay duda, pero no logro comprender por qué arroja sobre los hombros de una artista una carga tan pesada».

¿Una carga? ¿Vosotros sois una carga?, preguntó Karitas a los niños, que dormitaban encogidos a los lados de la botella de agua caliente, solo los puños asomaban de la ropa. Luego se sentó al lado del cajón de la cómoda e intentó no enfadarse. Jón trepó hasta llegar a su regazo y ella le dijo que su tía Bjarghildur vendría de visita en cuanto terminara la siega del heno. Él no comprendió, y ella añadió: Pero entretanto vendrá papá. Quizá. Papá, dijo él, contento, e intentó que su madre le hiciera saltar sobre las rodillas. Pero Halldóra no se ha dejado ver, es lo que pasa con las comadronas, las van a buscar en mitad de la noche, y claro, tenía que irse con el pequeño Sumarliði. Pero es probable que le ponga a tu hermanita el nombre de Halldóra, ¿qué te parece, Jón, cariñito? ¿Y no sería lo mejor ponerle Sumarliði a tu hermanito? Entonces sus nombres estarán unidos aunque ellos dos nunca pudieran casarse. Es una lástima que unos que tanto se quieren no puedan unirse.

Aunque el día empezara a alargarse, la oscuridad los enterraba toda la noche, pero ella ya no le tenía miedo, pues las luces ardían y cuidaba a los niños como si fuera claro día. Cada dos horas tomaban sus gotas de leche y disponían de una botella nueva de agua caliente colocada entre los dos, y luego calentaba la casa entera hasta que ella empezaba a sudar, y la casa crujía y crepitaba por la diferencia de temperatura entre el interior y el exterior. Entre tomas se acostaba, pero nunca conseguía terminar los sueños, pues se despertaba sobresaltada, como si la estuvieran zarandeando. Ya era hora de la siguiente toma. En una ocasión en que estaba allí Högna, de visita, la miró con gesto escrutador y le preguntó cuándo era la última vez que había dormido una noche entera. Karitas no consiguió acordarse. Tienes que dormir, dijo Högna, estás empezando a desvariar. De modo que se hizo cargo ella de la guardia nocturna, se sentó junto al cajón de la cómoda y se pasó la noche entera haciendo punto. Karitas durmió catorce horas seguidas y se despertó toda lozana.

La limpieza general de primavera estaba en marcha en todas las casas cuando volvieron los hombres poco después del día de fin de la campaña, el once de mayo. Algunas mujeres solo estaban a medias con las labores de dentro de la casa, porque también habían tenido que atender a las ovejas y ayudar a las vecinas que habían de guardar cama o que andaban muy apuradas por alguna enfermedad, y Karitas pertenecía a este grupo, aunque la luz hubiera entrado ya en su casa, en el sentido figurado de la expresión. Los gemelos habían doblado el peso y habían abandonado el cajón de la cómoda. Ya parecían niños más que muñecas, vestían ropas de franela y estaban acostados, pie contra pie en la cuna de Karlina, envueltos en una diminuta manta de lana, debajo de un edredón de pluma. En el sentido literal, la luz no parecía haber hecho acto de presencia, todas las paredes estaban negras de hollín, pues las lámparas llevaban el invierno entero encendidas sin pausa, y a las mujeres les desagradaba sobremanera esa porquería, fuera en sus propias casas o en cualquier otra. Una mañana entró en escena todo un ejército de mujeres y aunque no hubo falta de personal para la tarea, el espacio era tan limitado que apenas nadie podía mover un pie sin tropezar con alguien. Qué raro que los niños aguantaran aquel aire tan enrarecido, dijeron las mujeres, que iban de una habitación a otra según las necesidades y se tomaban el tiempo necesario para hablar con ellos en los balbuceos de un idioma que no está descrito en ningún sitio. Todo fue fregado, aireado y lavado, aprovechando, de paso, para cocer pan y reír muchísimo, y en esas estaban, en delantal y arremangadas, cuando llegó a todo correr un chaval a informarles que acababa de llegar el barco de los hombres.

Tiraron las escobas y echaron a correr hacia la aldea, mientras Karitas daba vueltas en redondo en la casa enjabonada, sin saber si fregotearse ella antes que los niños, o al revés. Decidió empezar por sí misma, le pareció más seguro oler bien en los sitios adecuados y se frotó bien con jabón los sobacos. Aunque la despedida en el cementerio había sido bastante fría, así al menos lo recordaba, sentía un cosquilleo en su interior, conocía a ese hombre, antes o después se le echaría encima. Pero se lavó a sí misma, y a los niños, por arriba y por abajo, preparó café y sacó pescado salado y tocino de foca sin que pasara nada. Se puso a esperar, a oír pasos, no hacía más que salir al patio y volver a entrar.

Cuando las nubes de primavera que sobrevolaban el fiordo hubieron mostrado todos sus matices de color, Karitas vio por fin que alguien se acercaba. Pero no era el hombre que ansiaba ver, sino Karlina, sola y cabizbaja. No saludó a Karitas con la mano ni llamándola en voz alta cuando la vio en el patio, sino que continuó con la cabeza gacha y se acercó a ella en silencio. Cuando miró a Karitas a los ojos fue como ver al diablo, tenía el ceño fruncido y la boca crispada. Te traigo una bolsa, barbotó, te la envían desde la capital, a lo mejor son tubos de colores, eso creo, y echó el saco sobre el regazo de Karitas. Lo inmediato habría sido interesarse por el remitente, pero la ira que inundaba tan a las claras a aquella mujer exigía una pregunta distinta: Karlina, cariño, ¿te has peleado con Þorfinnur? ¿¿Que sí me he peleado, que si me he peleado?!, vociferó Karlina, ¿cómo vamos a pelearnos si no está aquí? Algo serio había pasado, no cabía la menor duda, y Karitas intentó hacerla entrar en casa para calmarla y conversar, pero la otra se resistió: ¡Que no, que yo no entro en casa de ese tío! Así que era eso. ¿Y dónde está Sigmar?, preguntó Karitas, casi sin poder respirar. ¡En el mar, en el mar, se fue directamente al arenque y se llevó a mi Þorfinnur! Ese es el quid del asunto. Lo primero que pensó Karitas era que el hombre se había liado con otra mujer. Pero de eso no dijo ni palabra, las cosas ya estaban lo bastante mal. De modo que se fue directamente al arenque, dijo apenada, y ¿qué piensan hacer en el norte un mes entero?, hasta ahora el arenque no se ha dejado ver hasta finales de junio. Karlina chilló: ¡No importa nada de nada cuándo venga el maldito arenque del demonio, lo peor es que mi hombre se haya rebajado hasta el punto de trabajar de marinero para ese mal bicho con el que estás casada! Karitas dirigió su mirada hacia el mar, que para algunos hombres tenía más atractivo que el que pudieran tener sus hijitos que estaban en la cuna, apretó la bolsa contra su pecho y se dispuso a entrar en la casa sin decir una palabra más, pero Karlina la cogió del hombro, ya estaba furiosa: Karitas, ¿cómo consiguió Sigmar que mi Þorfinnur se rebajara de ese modo? Karitas la miró a los ojos: Sigmar tiene un atractivo infernal.

## **Karitas**

Cocina de carbón, 1926

*Óleo sobre lienzo*

Noche de verano en el este.

Calma atemporal.

Cada pequeño sonido se pone en movimiento, vuela entre montañas, se desliza sobre el fiordo, trepa por el valle.

Canción de amor de unos amantes, el murmullo y el susurro que precede y sigue a los abrazos.

Estoy sentada, junto a mis chiquitines, retengo la respiración para oír mejor a los amantes en las rocas arreboladas.

Estoy sentada, con las manos en la falda, la mirada fija en la cocina, en ella, la negra, la de marcadas formas.

Ya había peleado antes con ella pero me rendí, era tan fuerte como las antiguas colonizadoras del país, no era posible someterla. Pero quizás es que no me acerqué a ella como era debido, quizá no la respetaba suficiente. Pero ella ha salvado a mis hijos, ha mantenido el fuego, lo ha avivado hasta que la casa se estremecía de calor.

Su sonido había sido mi canción de amor. La cocina de carbón.

Me dirijo al almacén, cojo un bastidor de los grandes, lo pongo en el caballete, lo hago todo muy despacito para no despertar a los niños, mezclo colores, pinto la máquina directamente sobre el lienzo. Llena la superficie del cuadro, negra y llameante a la vez. Hay en ella un movimiento que no se puede ver, solo se percibe.

Es idéntico al movimiento que bulle en mi interior. Una pequeña brasa que espera astillas para avivarse. No son las grandes cosas las que cambian el mundo, sino los objetos cotidianos y las palabras no pronunciadas.

Pinto hasta el alba, termino el cuadro. Lo tenía pintado en mi mente antes de empezarlo con mis manos.

¿Cómo van los gusarapitos?, preguntaba siempre el anciano cuando traía la leche por las mañanas, y cada vez, Karitas respondía: Van a pedir de boca. Y el buen hombre volvía a su casa con la certeza, en el fondo de su corazón, de que era la leche tibia de su vaca, recién ordeñada, la responsable de que los niños estuvieran tan bien. Le parecía más conveniente llevar él mismo la leche cuando nacieron los gusarapos, pues los chavales tienen la inclinación de haraganear, le dijo a Karitas, y a ella le caía de miedo aquel anciano, pues era la única persona, aparte de los niños, a la que veía a diario. A veces venía Karlina a llevarse al pequeño Jón a su casa, para que pudiera jugar con otros niños y no se convirtiera en un solitario, haciendo tanto énfasis en la palabra «solitario», que Karitas empezó a disculparse por vivir tan aislada de todo, tenía razón, estaban muy apartados del pueblo y casi siempre solos, pero no sabía qué hacer para solucionar la situación. A lo que repuso Karlina: «Bueno, pero ¿por qué no vas a Reikiavik, con tu madre, o a Akureyri, a casa de tu hermana, a qué estás esperando?» Pero si Karitas se quejaba de su soledad, sin que hiciera falta preguntarle, Karlina le daba la vuelta al asunto y explotaba: ¿Me quejo yo, Karitas, con seis hijos? ¿Es que no están solas todas las mujeres de marineros, teniendo que bregar con casa y niños?

La expresión «mujer de marinero» la enojó. Ella era una artista. Era como si todos hicieran todo lo posible por olvidarlo. Pero aunque tampoco el anciano se acordara de que ella era una artista, a él no se lo echaba en cara. Están un poco nerviosillos, se quejó una mañana, cuando apareció con la leche. Vaya por Dios, dijo él para mostrar su simpatía. Llevo muchas noches sin dormir, ellos se turnan para estar despiertos, se lamentó otra mañana, cuando él le entregaba la lechera. Vaya plan, dijo él.

Aunque él no gastara más palabras, debió de informar a las personas adecuadas de la situación de los gusarapitos, pues un día llegó Högna trotando en su caballo, no había hecho más que desmontar cuando empezó con lo que la traía allí. Si tú no duermes, Karitas, te volverás loca. Yo me pasé despierta todas las noches atendiendo a mis hijas y al final empecé a hacer disparates. Un día estaba tan confusa por la falta de sueño que estuve a punto de meter en el barreño de fregar a una de las niñas, en vez de la ropa. Estás que da pena verte. Tienes que tener gente contigo, tal como están las cosas. Karitas se mostró de acuerdo con toda sinceridad, pues le horrorizaba la idea de meter a un niño en agua hirviendo, pero dónde encontrar gente que pudiera quedarse con ella, ese era el problema, en la aldea no había más que mujeres de marinero y todas tenían de sobra con lo suyo y los suyos. Högna lo sabía perfectamente, y sacudió la cabeza sin saber qué hacer. Se entristeció aún más al mirar a los niños, que en esos momentos dormían en paz, pues estaban agotados por haberse pasado la noche en vela, y dijo: Van bien, y engordan, de eso no cabe duda, pero ¿por qué no duermen de noche? Karitas dijo que los dos chicos estaban tranquilos, pero que la niña no les dejaba dormir, se pasaba la noche berreando, la pobrecita, debía de tener dolor de barriga. Había que estar paseándola en brazos todas las noches, una tras otra. Ahora me voy a casa a preparar la comida pero volveré esta tarde y me ocuparé de los niños para que esta noche puedas dormir, dijo Högna. Cumplió su palabra. A medianoche había tomado el control de la casa. Le dijo a Karitas que se acostara con los chicos en el dormitorio, ella se fue al salón con la nena y dijo como quien da una orden, antes de cerrar la puerta: Duermes, Karitas.

Y vaya si lo intentó. Apretó los ojos, se hizo un ovillo, se volvió a estirar, dio vueltas en la cama, intentó pensar en algo bonito, en un motivo para el próximo cuadro, era algo que casi siempre conseguía dormirla, pero todos los nervios de su cuerpo estaban en tensión, incontrolables. Cuando Högna se despidió a la mañana siguiente, las dos estaban hechas una pena por la falta de sueño, con las mejillas pálidas, desgastadas e incapaces de expresarse de forma comprensible. Esto no puede seguir así, consiguió decir Högna de forma más o menos coherente, hay que tomar medidas aunque no sé qué clase de medidas vamos a poder tomar. Karitas, que se avergonzaba de no haber conseguido dormir pese a todas las molestias que se había tomado aquella mujer, dijo: Mi hermana pensaba venir después de la siega y quedarse aquí hasta que vuelvan del arenque, sí, quizá Bjarghildur pueda solucionar esta situación.

Sin duda, todos recordarían por mucho tiempo a la mujer con ropa de montar que desembarcó allí un día. Pero no eran únicamente las ropas de montar lo que la hacía tan memorable, sino su forma de comportarse, dando órdenes a diestro y siniestro con una mano enguantada, órdenes a las que todos obedecían sin chistar aunque en ningún sitio estuviera escrita la obligación de hacerlo; y también lo bien que olía. La gente no estaba acostumbrada a que nadie oliera bien en plena temporada de siega del heno. Los hombres no tardaron en darse cuenta de las circunstancias, ellos se daban perfecta cuenta de que se trataba de toda una dama, incluso quizá de una aristócrata, e hicieron todo lo posible por complacerla, dieron prioridad a su cofre y su baúl a la hora de embarcar en la chalupa, le ofrecieron la mano para que no tropezara, para bajar a la lancha y para saltar de esta a tierra, aunque quizá fueron incluso demasiados los que se la ofrecieron, y en el muelle echaron las demás cosas y se hicieron cargo al momento del equipaje de la señora y lo depositaron en un carro. No tuvo que esperar mucho para montar a caballo, pues los de pies más ligeros corrieron en busca del mejor corcel disponible, y entretanto los demás trajeron un cajón de madera en que la invitaron a aposentarse, y con exquisita cortesía charlaron del tiempo con ella mientras esperaba. Otros pasajeros tuvieron que acarrear sus bártulos por su cuenta. Cuando todo estaba listo para cabalgar y le preguntaron adónde quería dirigirse, ella dijo que iba a casa de su hermana, la artista del lugar. Eso debía de guardar alguna relación con Sigmar, fue lo único que se les ocurrió decir, y como ella frunció las cejas, repitieron con bastante orgullo: Sigmar es nuestro armador más importante.

Todos a caballo y muy solemnes, acompañaron a la dama y el carro, la gente interrumpía el trabajo al verlos pasar y se secaban el sudor de la frente, estaban agobiados de calor, con veinte grados de temperatura nada menos, pero la gran señora no miraba a izquierda ni a derecha y no se veía en ella ni una gota de sudor pese a lo excesivo de sus ropas de montar. La comitiva apareció en el campo de lava y Karitas pensó que se trataría de un cortejo fúnebre que se había equivocado de dirección, pero reconoció las ropas de montar y salió al patio de la granja. Bjarghildur desmontó con gracia, pero al ver a su hermana al lado de la barraca, en un primer momento se quedó como congelada, luego se acercó a ella despacio, con gesto de asombro, la midió de arriba abajo con los ojos, y dijo indignada: ¡Si pareces un muerto viviente! Miró después enfadada a su cortejo, como si fueran ellos los culpables del aspecto de su hermana, y dijo secamente: Muchas gracias, podéis iros. Más tarde, los hombres se mostraron de acuerdo, al hablar sobre la mujer, en que la despedida en el patio podía haber sido un poco más cordial. Pero metieron su equipaje en la casa.

Las hermanas se besaron, olvidándose por un instante de sus diferentes lugares en la escala social, se miraron en los ojos como hacían en la cama de Akureyri, pero entonces la hermana mayor recordó dónde estaba, miró a su alrededor y dijo: De modo que aquí es donde malvive la artista, nada menos. Karitas no estaba realmente en condiciones de pensar en sus propias condiciones de vida y no pudo responder al comentario; se limitó a acariciar al pequeño Jón, que había metido la cabeza debajo de su falda cuando apareció la mujer. Aunque por regla general no tenía miedo a las personas. Pero los niños de la cuna se libraron de tener que oír ni el más mínimo, Bjarghildur se quedó entusiasmada al ver a los gusarapos, levantó el edredón, los acarició, se inclinó sobre ellos, los olió y bisbiseó: Pero qué preciosidades, con sus mejillas regordetas, ¡qué cielitos! Acabo de empezar a darles papilla, dijo Karitas con debilidad. Bjarghildur no hizo mucho caso: Y mamá, que dijo que eran diminutos, tengo que telefonar a Reikiavik para contárselo, pero bueno, no nos quedemos mano sobre mano, tenemos que sacar las cosas antes de hacer la comida y poner un poco de orden por aquí, traigo ropa para ti y para los niños, la hicimos en Þræstakki, y manteles y algunas exquisiteces, carne en conserva y uvas pasas, que a ti te gustan tanto, ¿y yo dónde duermo?

Pese al torbellino que entró en la casa con la señora llegada del norte, Karitas sintió cómo su existencia se hacía más luminosa, hasta el punto de que ya no se sentía como colgando de un hilo, otra persona compartía ahora sus responsabilidades, se ocupaba de los niños y decidía qué había que cocinar y cuándo había que irse a la cama. Bjarghildur no quería dormir en la sala, dijo que la cama del dormitorio era mucho más blanda, y si Karitas no quería irse a otro sitio, tendrían que dormir juntas, claro que eso ya lo habían hecho antes. Cambiaron a los niños y les lavaron el culete mientras intercambiaban noticias en voz baja; les dieron de comer antes de ponerlos a dormir, y Bjarghildur se inclinó sobre la cuna y dijo con severidad: Y ahora, a dormir. Luego se metieron las dos en la cama y hablaron en susurros, habían pasado muchísimas cosas en la familia de Bjarghildur, y la gusarapita que llevaba tres meses sin dormir una noche seguida obedeció la orden y no hizo el menor ruido.

Cuando mejor duermen los niños es cuando oyen a las mujeres susurrar.

Karitas estaba segura de que no iba a poder dormirse cuando Bjarghildur dejó de hablar, esperaba el relinchito que precedía al llanto, pero se quedó dormida por fin a medianoche. A la mañana siguiente despertó tan repuesta que pudo tomarse un poquito de gachas sin que le dieran náuseas. Al mismo tiempo, le resultaba un tanto agobiante seguir la furiosa actividad que se puso en marcha dentro y fuera de casa, al tiempo que prestar atención a las especulaciones de su hermana sobre los malos matrimonios y las aficiones aventureras de los marineros, que atentaban contra la sana forma de vida de la nación islandesa en los campos del país, y se daban a la bebida y a las mujeres en explanadas de preparar arenque, entre despojos de pescado. Leía un pasaje de las escrituras antes de acostarse y nada más levantarse, siempre en voz alta, porque era cristiana, y al sol de la mañana ponía una mesa junto a la pared de mediodía, colocaba el mantel y espantaba las moscas con la Biblia. Abría de par en par puertas y ventanas, «hay que expulsar ese aire enrarecido tan típico de la marinería», y colgaba de las cuerdas todas las cosas que podían colgarse a airear. Las horas de las comidas eran regulares, pero se quedaba sin palabras criticando la dejadez del marido, que aún no había instalado agua corriente, y se compadecía de las mujeres que tuvieran que guisar en esas porquerías de ollas abolladas. La hora de la limpieza de niños y ropas la fijaba ella: Porque en las buenas casas de mi comarca,

Karitas Jónsdóttir, las labores domésticas se llevan a cabo siguiendo un programa estricto, desde la mañana hasta la medianoche, aunque rijan hábitos diferentes en hogares de marineros y entre las mujeres que jamás han asistido a la escuela femenina de economía doméstica.

Pero aunque el sueño después de medianoche en las buenas casas campesinas fuera algo natural, no podía decirse lo mismo en las casas de marineros. La niña volvió por sus fueros, se pasaba la noche berreando y las hermanas se turnaban para pasearla. Entre un paseo y el siguiente, ninguna de las dos conseguía pegar ojo. El llanto infantil, el ruido más desgarrador del mundo, contiene un reproche que las llevaba a creerse culpables, por muy inocentes que fueran en verdad. La niña necesita el aire puro y sano del campo, dijo Bjarghildur, este mar constante, la sal por todas partes en estas aldeúchas marítimas ponen muy enfermitos a los niños, se les mete toda clase de inmundicias. Ni imaginas todo lo que llega del mar, bacterias extranjeras de todas clases.

Pero para cuando Högna y Karlína se decidieron a ir a saludar a la gran señora llegada del norte, la aldeúcha marinera se había transformado en uno de los lugares más bellos del país, incluso hasta más bello, quizá, que el Skagafjörður. El campo de aquí es precioso, decía Bjarghildur abriendo los brazos, rodeado por el círculo de montañas más hermoso que he visto en toda mi vida, los colores son tan grandiosos que te sientes pletórica de veneración y conmovida por el poder del Creador. Y se le saltaban las lágrimas al ensalzar la aldeúcha, y las mujeres, abrumadas por sus alabanzas, se secaban las lágrimas que brotaban por la comisura de sus ojos. Competían unas con otras en encomiar el lugar, y cuando Bjarghildur señaló, como por azar, cuánto le apetecía contemplar los campos y el pueblo en un paseo a caballo, echar un vistazo a la escuela y la iglesia para poder hablar de las peculiaridades del lugar cuando regresara a Prastabakki, decidieron satisfacer sus deseos, dijeron que se iban a casa a hacer la comida y que volverían con dos caballos después de la cena, y que ellas cuidarían de los niños para que pudiera aprovechar el sol vespertino, y así Karitas le enseñaría el pueblo.

Solo daremos una vuelta, dijo Bjarghildur cuando subió a la grupa, ataviada con sus ropas de montar, iremos en la dirección del sol, empezaremos en el campo y terminaremos en el pueblo. Un valle herboso, dijo cuando llevaban ya un rato cabalgando, me recuerda al valle de nuestra bahía del oeste, aunque aquel era más pequeño, hablaba como un poeta que va preparando mentalmente un dítirambo, qué segura y tranquila era nuestra existencia cuando vivía nuestro padre, todos los días eran soleados. Pero recibimos una buena educación de nuestra madre, Karitas, nos inculcó hermosas normas de vida, honestidad y virtud, respeto a hombres y animales, honradez de palabra y obra, y también, no por último menos importante, dijo que siempre habríamos de mantener nuestras promesas. Dejaron que los caballos se lanzaran al galope, ellas se inundaban así de aire fresco, estaban ya en la parte de poniente y Karitas dijo: Ahí está el cementerio, voy a entrar a hacer una visita. ¿Es eso aconsejable, hermana querida, en la condición en que te encuentras?, dijo Bjarghildur, pero también ella desmontó y entró por la puerta de las ánimas. Pobre gusarapito, dijo cuando se detuvieron ante la fosa del pequeño Sumarliði, no pudo aguantar el salitre. Karitas protestó: Nosotros crecimos con el salitre y aquí seguimos. El salitre solo causa la muerte a quienes están ya enfermos, en el extranjero piensan que ejerce una buena influencia sobre la salud. El niño estaba enfermo de nacimiento, el destino de algunas criaturas no es vivir. Bjarghildur suspiró: Lo único que saben hacer los extranjeros es matarse los unos a los otros. ¿Y quién está enterrado ahí?, preguntó cuando Karitas se detuvo ante la tumba de Kára. Una mujer, no es más que una mujer, dijo Karitas haciendo tres veces la señal de la cruz sobre la fosa. Pero el aire fresco había desaparecido de su interior, cabalgó detrás de su hermana, abstraída, en dirección al pueblo. Allí se acercaron a la escuela. Bjarghildur se contentó con mirarla por fuera: Un edificio realmente espléndido, así que aquí acuden en busca del saber, me recuerda a nuestra madre, para ella el saber poseía una importancia extrema, y logró su objetivo, educó a todos sus hijos, aunque no todos hayan conseguido obtener el mismo provecho de su formación, claro, pero ahora, nuestro deber es educar a nuestros propios hijos, mi querida hermana, yo misma he puesto de relieve el valor de la educación para el progreso de la nación islandesa, tanto en las asambleas de la asociación de mujeres como en las reuniones para el perfeccionamiento de los campesinos de mi comarca. Aunque no parezca habitual que sea una mujer quien pronuncie conferencias sobre el avance del país en reuniones de este género, me acogieron como oradora para tratar el tema de la escuela, y se hicieron lenguas de mi discurso. Pero quizá deberíamos ir ahora a ver la iglesia, para mí será muy provechoso ver cómo es el coro de la iglesia de esta comarca.

Cuando entraron, Bjarghildur cerró la puerta, se detuvo unos momentos y aspiró el aire: Nada hay parecido al olor de una casa de Dios. Tenemos que acercarnos al paño de altar. Vaya, ¿así que tan buenas costureras son las mujeres de aquí? Tomó el paño entre los dedos, un tanto confusa, examinó la costura por todas partes, y dijo en voz baja: Han ido a la escuela femenina. Karitas señaló con el dedo la tabla del altar: Eso lo pintó su artista local. Bjarghildur echó un breve vistazo al cuadro, enarcó las cejas: Ah, ya, bueno, cualquiera puede salpicar colores, pero solo quienes saben cómo hacer bien las cosas son capaces de coser un paño de altar. Cuando por fin consiguió apartarse del altar, había sido toda una prueba para su fuerza psíquica examinar aquella costura tan artística, estaba un poquito nerviosa, preguntó dónde se situaba el coro durante la misa. Karitas no lo sabía, no recordaba haber visto ningún coro, solo había entrado en la iglesia una vez, cuando bautizaron a los niños, y entonces estuvo solo el organista, le explicó, aunque no hizo mención de la boda ni de los dos entierros. En cambio, añadió después de frotarse la frente con un dedo: Los pequeños se llamarán Halldóra y Sumarliði.

Por un instante se produjo el silencio en la iglesia, Bjarghildur miró de soslayo a su hermana, se soltó un botón de la chaqueta de amazona para respirar mejor, se dejó caer en el primer banco y dijo con alegría: Siéntate a mi lado, hermana queridísima, hemos de orar juntas por sus almas. Bjarghildur se santiguó y juntó las manos, Karitas miró el órgano, estudió sus líneas y sus ángulos, echó un nuevo vistazo a la pintura de Jesucristo, mientras a su lado oía un murmullo incesante, la de su hermana era una plegaria larga y vasta, con abundantes invocaciones. Finalmente concluyó con un amén y la señal de la cruz, Bjarghildur respiró hondo, miró el paño del altar, luego a su hermana a los ojos, y dijo: Aquí, en la casa del Señor, te pregunto, hermana mía, si recuerdas tu promesa. Karitas no recordaba haberle prometido nunca nada, preguntó: ¿Qué promesa, Bjarghildur?

—Sí tengo dos, te daré uno.

Karitas miró a su hermana: ¿Dos qué, Bjarghildur, cuadros? Sabes perfectamente a lo que me refiero, dijo la hermana secamente, y entonces se dio cuenta Karitas de lo que quería decir. Se quedó atónita, lo único que pudo decir fue: Pero chica, ¿te has vuelto loca?

Te estoy ofreciendo mi ayuda, dijo Bjarghildur, hablando muy deprisa, y dando un giro al asunto, añadió con tono severo que no estaba acostumbrada a que la llamaran loca, estamos hablando de prohibirla por un tiempo breve. Se puso en pie, tomó posición al lado del armonio, puso una mano sobre el borde de este, se recolocó las ropas de montar y dijo en un suspiro «hermana mía», con sononete de párroco: Nuestra vida no es sino un reflejo de la vida del Redentor, pero en nuestro desamparo y nuestra debilidad hemos de fijar nuestra mirada en Su inmensa luz, hemos de intentar vivir en Su fulgor ayudándonos unos a otros en amor y fe. Te ofrezco mi mano para ayudarte, Karitas, me ofrezco a prohibir a tu niña durante un tiempo a fin de que pueda gozar de salud y calma en el límpido aire del campo, te ofrezco la posibilidad de reposar, pues estás débil y cansada, para que puedas atender a tus hijos vigorada y robustecida. Y Bjarghildur continuó, hizo una larga perorata como las que suelen pronunciar los sacerdotes; Karitas oyó algunas cosas, otras no, y hacia el final se redujeron las expresiones teológicas y su lugar fue ocupado por cuestiones prácticas de la vida diaria.

A la niña le vendría fenomenal el aire limpio del campo, quizás entonces empezaría a dormir bien y si padeciera de algo, aparte del estómago, se la podría llevar con regularidad al médico de Sauðárkrókur. Tienes que pensar, antes que nada, en la niña y su salud. No puedes estar siempre pensando en ti, Karitas, aunque sea eso lo que has estado haciendo hasta ahora. Por si fuera poco, tú necesitas tanto como la niña recuperar tu salud, si las cosas continúan así llegará un momento en que no podrás ni levantarte de la cama. Me pregunto si no habrás contraído una obstrucción intestinal o si tendrás gusanos en la tripa. Deberías decírmelo. Pareces una muerta viviente. Y además es una auténtica pena ver a los niños, flacos y pálidos, con bolsas debajo de los ojos por la falta de sueño, y con la desnutrición que eso conlleva. Si quienes más te quieren no toman las riendas, las tomarán, más pronto o más tarde, las Potencias Superiores. ¿Es eso lo que quieres? ¿Tal vez estás esperando a morir todos en esta casucha de pescadores? ¿Quién te va a ayudar si no es tu hermana? No puedes confiar en un marido que no aparece durante meses y que no está claro si aparecerá algún día, y te lo preguntaré directamente, mi querida hermana, ¿estás totalmente segura de que no se ha buscado otra mujer?

Esto sí que lo oyó. Levantó la mirada de oscuras ojeras.

—¿Sigmar? No, Sigmar no se buscará otra mujer. A él le basta con una. —Rio—. No, Sigmar no ama a otras mujeres. —Rio más fuerte—. Solo yo sabe lo que ama Sigmar. —Y rio muy fuerte, echando la cabeza hacia atrás.

—Pero ¿estás en tu sano juicio, chica, cómo puedes reírte aquí dentro, es que has perdido la razón por completo? —Bjarghildur miró avergonzada a su alrededor y luego la cogió por los hombros.

Arrastró por la nave de la iglesia a su hermana, que no paraba de reír, y la sacó a la noche de agosto.

Aún había luz.

El crepúsculo envolvió la casa.

Tres mujeres estaban sentadas a la mesa de la sala mientras ella estaba tumbada en el dormitorio decidiendo si era mejor ponerse de lado en la cama para poder ver la sala y seguir la conversación de las tres, o seguir el consejo de su hermana y echar un sueñecito mientras los niños estaban tranquilos. Decidió hacer ambas cosas, darse la vuelta en la cama para verlas, y dormirse arrullada por su charla, si le entraban ganas de dormir. Dentro de la casa reinaba la penumbra, solo había algo más de luz en la sala, que tenía dos ventanas, pero el color de los jerséis se había quedado algo apagado, había adquirido cierta tonalidad gris verdosa. Hablaban en voz baja para no despertar a los niños, ella oía palabras dispersas, punto de cruz, punto llano, ella nunca había tenido el menor interés por las labores de aguja y sus oídos se cerraron. Miraba con los ojos entornados las siluetas de las tres, las sombras de las mejillas, los seis puños sobre el tablero de la mesa, le entró modorra y cerró los ojos. Le hacía bien saber que estaban allí al lado, llevarse a sus sueños los gorjeos de las tres. Creyó oír luego la voz de su hermana: Tiene que marcharse de aquí si pretende mejorar. Y la oscura voz de Högna: Alguien tendrá que ocuparse de ella, está demasiado sola. Entonces se dio cuenta de que estaban hablando de ella, e iba a intentar levantar la cabeza de la almohada para decirles que estaría perfectamente, que habría mejorado antes del invierno, pero entonces oyó a Karlína decir: Pero es que quiere estar sola, ella piensa distinto que nosotras, es una artista, esa es su cruz. Y la áspera voz de Bjarghildur: No, su cruz son los niños.

Y se produjo un silencio y la palabra «cruz» empezó a zumban en sus oídos, intentó decir algo, que supieran que estaba despierta, pero tenía la cabeza demasiado pesada y no conseguía articular palabra. Solo oía las voces como un zumbido incesante que poco a poco se iba extinguendo: Alguien tendrá que preocuparse por ella. ¿No puedes llevártela tú al norte? Yo me llevo a la niña, más no puedo hacer. Alguien tendrá que preocuparse por ella. Alguna buena mujer que consiga hacerla engordar. Tengo una prima que se ocuparía estupendamente de ella y le devolvería el vigor con sus infusiones de hierbas. Mandémosla allí antes de que se quede escuálida. Mandémosla antes de que vuelva Sigmar. ¿Dónde vive esa pariente tuya? En Örafi.

El barco zarpó hacia el norte con la nenita. La pequeña no dijo ni pío mientras la preparaban, vistiéndola con franela y lana, como si supiera lo que estaba pasando. Que iba a separarse de su mamá porque era muy revoltosa. Y, entretanto, su mamá estaba sentada en el borde de la cama, muy triste, sin decir ni pío, como si supiera que le iban a quitar a la niña porque era muy mala madre. Le dieron a su hija para que se despidiera de ella, «no tienes por qué estar tan alicaída, mi querida Karitas, serán solo unos meses, mientras las dos os recuperáis y recobráis la salud», y cerró los ojos y acarició con sus labios todo el rostro de la nenita, se embebió de su delicioso aroma. Luego se la quitaron. Se volvió de espaldas cuando Bjarghildur intentó despedirse. El barco zarpó hacia el norte y la casa se quedó en absoluto silencio. Los chicos no se movían, ella se metió en la cama y se volvió hacia la pared.

Otro barco iba rumbo al sur. Era el que esperaban las mujeres. Habían encontrado una mujer que viajaría con ella hasta Hornafjörður. Metieron en el baúl las prendas llegadas del norte. ¿No quieres también la falda de lana, Karitas, cariño? ¿Y la falda verde, para cuando vayas a la iglesia? ¿Quieres llevarte todos los zapatos? Mira, metemos también tu caja de colores, así podrás pintar cuadros, Örafi es precioso.

Ella no respondió.

La noche antes de la llegada del barco pasó largo rato vomitando. Se había puesto el camisón pero tuvo que quedarse fuera, en el fresco aire de la noche, pues no la abandonaba la sensación de que iba a devolver. Pero en el estómago no quedaba ya nada por digerir, de modo que las arcadas cesaron. A las mujeres les disgustaba mucho cómo se presentaban las cosas. La pobre mujer tenía que estar lista para el viaje en cuanto llegara la mañana. Yo me quedo a dormir en el diván esta noche, dijo Högna. La obligó a tomar un poco de caldo de avena, le puso en la frente una cataplasma fría mientras le contaba historias de la prima de Karlína en Örafi, que era célebre por su buen corazón y que sabía curar todas las dolencias, con su mera presencia y sus infusiones de hierbas.

La oscuridad de agosto se extendió sobre ella y se quedó adormilada, escuchando el crepitar de la casa, que se producía cuando chocaban el calor de dentro y el aire frío de fuera. Högna se había quedado dormida en el diván de la sala y roncaba.

Karitas se estaba quedando profundamente dormida cuando llegó desde fuera un graznido que se unió a los ronquidos.

Han venido los cuervos, balbuceó entre los dientes apretados, y se incorporó. Las cosas se desarrollaron como de costumbre, un bronco cántico ininterrumpido en el tejado, que terminó en un chillido infernal. Malditos rapiñeros, maldijo en voz baja, no creáis que me dais miedo, y se levantó y salió al patio vestida solo con el camisón. Trepó dificultosamente al barril de madera que había al lado de la fachada, se subió al altillo y de ahí al tejado, se sentó torpemente en el aguilón y avanzó muy poco a poco.

Entonces vio a los cuervos. Estaban en el aguilón, los dos negros como el carbón, la miraban sin moverse. Eran del tamaño de gatos muy grandes.

Se asustó, fue como si por un instante le desaparecieran las fuerzas, pero entonces la furia se inflamó en su interior, una ira infinita, perdió el control, se lanzó hacia ellos, rugió agitando las manos, abrió los brazos, gritó y rio cuando por fin los expulsó del gablete.

Desde lejos parecía la cruz de una casa.



**Karitas**

Cuarto de huéspedes, 1939

*Collage*

Visillos blancos de encaje, cielo azul.

La fachada de la granja da hacia el mar, por detrás se alzan la montaña y el glaciar, el pico más elevado del país.

Un gigante dormido que arrasa las tierras con fuego y cenizas en cuanto abre un ojo.

Detrás de los encajes la gente se siente a salvo, pero hasta el último de sus nervios da testimonio del poder de aquello de allí arriba.

En el cuarto de huéspedes hay una ventana alegre. Dos camas con colchas tejidas, una estantería con libros, un armario con la vajilla de las fiestas, una mesita con el lavamanos, una silla francesa de mimbre recuperada de un pequeño velero varado muchos años atrás, y en medio de la sala una mesa con cuatro sillas.

Sobre todo reinan la virtud y el buen gusto femeninos.

Pero en ese cuarto de huéspedes duermen únicamente hombres.

Eso explica los contrastes del cuadro, la blanca franja de encaje, los pedazos de papel pintado con decoración floral, un trapo tejido, de colores brillantes, frente a los toscos colores oscuros y los pedazos repintados de un saco de estopa.

El hijo pequeño de la señora de la casa duerme en la habitación de invitados.

Es un hombre de mundo, ha viajado hasta Reikiavik y a las islas Vestmann.

Pero si llegan huéspedes de la capital tendrá que dejarles su sitio.

En primavera llegaban visitantes acompañados de los vadeadores.

Karitas empezaba a ponerse nerviosa, no hacía más que dar vueltas alrededor de la señora de la granja, seguía sus pasos como un perrillo en cuanto salía al patio, la escoltaba a la vieja cocina, subía pasito a pasito, a su lado, la escalera de la buhardilla, donde estaba el dormitorio común, y volvía a bajar, caminaba tras ella por el pasadizo cubierto que llevaba al establo, esperaba en el umbral mientras ella se dedicaba a sus ocupaciones y luego se ponía a su lado a mirarla mientras cambiaba el agua del cubo en el que las mujeres ponían los paños de sus menstruos. Y Auður la dejaba que la persiguiera a todas partes, como si no hubiera nada más natural que tener a aquella mujer detrás todo el día, se lo tomaba con la mayor tranquilidad, pero después de tirar el agua manchada de sangre y de poner agua fresca en el cubo esmaltado, no pudo evitar decirle: ¿Hay algo que te tenga preocupada, corazón?

Karitas metió las manos debajo del peto de sus pantalones de trabajo, dijo que no había nada que la tuviera preocupada, que solo se preguntaba si a lo mejor se sabía algo de quiénes irían esa primavera a la comarca, bueno, aparte de los niños que iban a veranear allí, si tenía idea de quiénes más iban a venir, vamos, qué adultos, y no se podía quedar quieta un momento, como si fuera a salir corriendo en cuanto oyera la respuesta. Pero Karitas, nadie va a venir a por tí, dijo Auður, como le decía todas las primaveras, puedes estar completamente tranquila. ¿Por qué iba a venir a buscarte ahora ese hombre, después de tantos años? ¿No lleva mucho tiempo viviendo en el extranjero? Sí, eso creía ella, «pero se me ocurrió que a lo mejor quería llevarse a los chicos». ¿A los chicos?, preguntó Auður, extrañada. No hizo acto de presencia para la confirmación del pequeño Jón, el año pasado. No, pero a lo mejor es que no pudo, dijo Karitas, defendiendo otra vez a Sigmar, aunque no sabía por qué. Auður la miró, le acarició la muñeca, y dijo: Vamos a la cocina, nos tomamos un cafelito y oímos unos versos.

Un instante breve de pecado, mínimo aunque fuera, perdura la vida entera, pues llantos y gemidos ha heredado, recitó Auður mientras bebían a sorbitos la hirviente infusión. Y Karitas intentó hallar el instante de pecado, si ella era la culpable de lo sucedido, nunca estaba segura, pero entonces dijo Auður: Pero no importa nada quién pecó, quizás hasta fui yo, pues tengo veinte años más que tú y he tenido más tiempo para pecar, pero qué importa eso, lo pasado, pasado está, y no hay ninguna necesidad de darle más vueltas. Pero de lo que sí estoy segura es de que tu marido sigue queriéndote, pues de otro modo hace mucho que habría pedido el divorcio. Si, tú estabas enferma cuando viniste a esta casa, pero vaya si has mejorado en estos años, para mí fue una auténtica bendición teneros aquí a ti y a tus hijos, ya no puedo vivir sin vosotros y no comprendo cómo podía hacerlo antes de vuestra llegada. Eso decía la señora, que tenía ocho personas que alimentar, aparte de ella misma, y que por eso mismo no estaba en mala situación desde el punto de vista social. Pero cariño mío, continuó, quizá deberías empezar a pensar qué es lo que quieres, si sigues queriendo a tu marido tendrás que atravesar los ríos, pero si quieres seguir aquí, lo que espero y deseo, llegará un día en que tengáis que arreglar vuestros asuntos, por los niños. Pensaba hacerlo el verano que viene, cuando Sumarliði reciba la confirmación, dijo Karitas, aunque no estaba nada segura de si realmente lo iba a hacer, o cómo, aunque decirlo no costaba nada. Porque faltaba mucho para entonces. Pero a pesar de los discursitos primaverales de la señora, que se producían todos los años acompañados del café correspondiente, no lograba tranquilizarse hasta que veía a las personas que acompañaban a los vadeadores. Si veía muchos hombres a caballo, llegaran del este o del oeste, cogía a sus hijos, les lavaba la cara, les peinaba bien, ella se quitaba los pantalones largos de trabajo y se ponía un vestido, luego les hacía sentarse con ella en la buhardilla, les mandaba que se portaran bien y que le leyeran algo en voz alta, mientras ella se instalaba junto a la ventana para escudriñar a los viajeros. Hacía lo mismo cada primavera. No podía evitarlo. Pero eran los niños de verano los que llegaban con los hombres, temblorosos de expectativa e ilusión, dispuestos a pasarse día y noche despiertos en el campo, y sus propios hijos, fuera de sí de alegría, les acompañaban a las granjas donde se alojarían.

Después, los ríos inundaban los arenales a ambos lados de la comarca y solo los pájaros podían llegar hasta ella, volando.

El arroyo corría por un barranco al que nunca llegaba el viento, de modo que las mujeres podían enjuagar la colada allí, y golpear los calcetines con la maza. ¡Al arroyo, no!, gritó Karitas a sus hijos, pero ellos se metieron directamente en el arroyo porque era juguetón y transparente. Se empeñaban en meterse por muy helado que estuviera, recién salido del glaciar, «a ver quién aguanta más con las piernas dentro», y se dedicaban a hacer payasadas porque su madre estaba con la cabeza en otro sitio y la mirada fija en el agua. Había sujetado entre unas piedras la cesta de mimbre con la colada, así que podía pensar con tranquilidad mientras el arroyo flirteaba con las fundas de edredón. Pero después de pasar un buen rato mirando cómo el arroyo desaguaba en el mar, decía: Venga, chicos, a retorcer. Y no había que decírselo dos veces, cada uno cogía un extremo de la funda y daban vueltas con todas sus fuerzas, pero no conseguían nada por mucho que retorcieran, lo sabían perfectamente desde antes de empezar, pues uno de ellos era zurdo. De modo que el esfuerzo no desembocaba en dejar la ropa bien retorcida, sino en risotadas y peleas, y entonces Karitas perdía la paciencia, mientras estaba tumbada cuan larga era al lado del arroyo, se ponía en pie de un salto, arrebatada a los niños la funda chorreante de agua, les daba un cachetito y les decía que se largaran de allí sin esperar ni un momento, esas tonterías no le gustaban nada. Los hermanos no se esperaban semejante enfado, normalmente les dejaba chapotear mientras aclaraban la ropa, así que se quedaron un poco cohibidos y, encima, su madre les dijo, molesta: Y decide a Hallgerður que salga a ayudarme. Y entraron en la granja, cariacontecidos y empapados hasta los huesos, y en un santiamén apareció en el arroyo la chica soltera, que estaba sentada en el patatal de delante de la granja, dedicada, como tantas otras personas en aquellos fríos días de primavera, a pensar. Ponía cara de extrema seriedad, como si intentara resolver los más enigmáticos arcanos del universo, con el pelo suelto y enmarañado, pues se llamaba Hallgerður y sabía, aunque no hubiera leído las sagas medievales, ni falta que le hizo nunca, que su nombre acarrearía la obligación de llevar el pelo muy largo. Sus hermanos se lo habían recordado muchas veces. Lavado con jabón verde y orines, resplandecía al sol de primavera, y Karitas miraba sus bucles con envidia mientras retorcían entre las dos una funda de edredón, blanca como flor de harina, casi hasta olvidó sus amargos pensamientos y a los traviesos de sus hijos, y justo en ese momento, la de abundantes y hermosos cabellos tuvo la ocurrencia de preguntar. Hallgerður nunca hablaba de nada, se limitaba a preguntar, y como su memoria no tenía mucho alcance en el tiempo, por motivos hereditarios que rara vez se mencionaban en voz alta, hacía con frecuencia la misma pregunta, una y otra vez, y en ese momento planteó otra vez lo mismo, enarcando las cejas para dar más énfasis a sus palabras: ¿Dónde está tu marido?

En el sur, en una ciudad preciosa, entonó Karitas la salmodia de siempre, sabiendo que esa respuesta sería suficiente para la muchacha igual que las demás veces, pero quizá porque su mente seguía flotando en el pasado, añadió, dirigiendo ahora sus palabras a la funda de edredón: De mi cama se fue al mar, navegó hacia el sur y hacia el norte, hizo fortuna con la plata del mar, la gente hablaba del Rey de la Pesca porque sabía siempre dónde encontrar el pescado, así que tras un verano largo y fecundo de arenque, volvió por fin a su fiordo en el este, pero su mujer y sus hijos habían desaparecido. Vamos a poner la funda en el barreño de madera al lado del otro, Hallgerður, y se enfadó mucho y corrió como un loco al pueblo, luego regresó al mar, navegó otra vez hacia el norte, junto a otros socios tenía un barco espléndido, pero una noche de horrible tempestad perdió su barco. Sujeta la esquina de la sábana, anda, Hallgerður, y retuerce con fuerza, y se hundieron en el mar frío y profundo, una enorme ola se los llevó al fondo y se ahogaron todos menos él. Pon las sábanas blancas ahí en el barreño y ahora vamos a empezar con los calcetines de lana, y cuando una barca llegó al lugar del naufragio, por la mañana temprano, él estaba agarrado a un aro salvavidas, solo en medio del mar, y lo sacaron del agua, pasó muchos días en el hospital, había perdido a sus camaradas y a su barco en las fauces de ese monstruo feroz y ávido que todo lo mata, todo lo devora, y decían que la furia no le dejaba dormir. Ve colocando los calcetines en la piedra después de enjabonarlos, y entonces fue un noruego y le ofreció embarcarse con él a Noruega, y el médico le recomendó que fuera, porque la furia le estaba haciendo perder el seso. Coge el macillo para quitar la porquería de los calcetines, y su idea era pasar el invierno en Noruega y venir a Óræfi en primavera con los vadeadores, para recoger a su mujer y sus hijos. Tenemos que dar fuerte a los calcetines con los macillos para que se les vaya la mierda, pero entonces empezó a transportar adoquines de Noruega a Italia con marineros noruegos, y un día que hacía buen tiempo se quedó en Roma. Dales con más fuerza, Hallgerður, más fuerte, para quitarles la mierda, y no se ha vuelto a saber nada de él, aunque algunos que le conocen afirman que ahora tiene otro barco y otra tripulación. Vamos a poner los calcetines en una canasta y los aclaramos en el arroyo, pero él nunca ha visto a sus hijos más pequeños, Hallgerður, y yo aún no he ido a Roma.

Los hombres no salían del cuarto de huéspedes mientras las mujeres se lavaban. Se iban reuniendo allí uno tras otro después de la cena, sin necesidad de que nadie les mandara salir de la cocina, nadie había pronunciado una sola palabra al respecto, simplemente pensaban que su presencia en aquel lugar no era deseada, aunque ninguno de ellos pudiera explicar a qué se debía semejante idea. Pero el murmullo de las mujeres si se les preguntaba algo, una indiferencia llamativa, alguna arruga en el ceño, todo daba a entender que ellas tenían otras cosas a las que dedicarse, en vez de atenderles a ellos. De modo que se iban yendo para allá como si fuera eso justamente lo que tenían pensado hacer, y no había hecho más que irse el último cuando las mujeres sacaban la tina y la colocaban encima de la mesita que había junto a la ventana de la cocina. Pero no es que celebrasen un gran baño comunal en la cocina, simplemente fregaban los platos o se sentaban en torno a la mesa grande, zurcían calcetines o cosían botones mientras una estaba junto a la ventana con la tina delante y se iba pasando cuidadosamente el guante de baño por el rostro y el pecho, bajo los brazos y quizás entre las piernas, y lo hacía tan rápida y ágilmente que las que estaban dedicadas a los remiendos o calentando agua para la siguiente no se daban ni cuenta hasta que les tocaba el turno. La primera era Auður, pues tenía que apurarse a fin de organizar la merienda cuando llegara el momento, luego le tocaba a su hermana Hrefna, luego a Hallgerður, la hija pequeña, pues la mayor, Guðrún, ya no vivía en casa, y por último Karitas, pues había sido la última en llegar. Nunca hablaron de alterar el orden aunque Karitas fuera mayor que la hija soltera. A la anciana Bergþóra, que estaba siempre en cama, la lavaban todas las mañanas en la buhardilla después del ordeño. En esa tarea se turnaban sus hijas, Auður y Hrefna, y por eso la anciana olía siempre bien. Pero en el cuarto de huéspedes, el hijo más viajado, Skarphéðinn, les leía sagas medievales a los chicos, para ayudarles a entrar en la edad viril, o esa era al menos la teoría, pues en realidad la ceremonia se celebraba en honor de Hallur, que veía amanecer en casa de su hermana Auður porque en toda la comarca no había suficientes candidatas femeninas al matrimonio, y la lectura consistía en que Skarphéðinn leía en voz alta un buen trozo, de pronto se callaba y miraba a Hallur, que carraspeaba unos momentos y luego recitaba la continuación de memoria, habitualmente de modo literal, mientras miraba el suelo. ¡Vaya si lo hace bien!, exclamaba siempre Höskuldur, el hermano mayor, que vivía en la granja vecina pero solía ir allí por las tardes dando un paseíto, y los hijos de Karitas, boquiabiertos ante tanta sabiduría, no decían esta boca es mía. Lo que era tanto más agradable para los presentes, pues ellos se encontraban en esa fase de la masculinidad en que las voces se transforman en gallos. Pero cuando se acercaban las diez de la noche se ponían en marcha uno tras otro hacia la cocina, buscando cualquier cosa y murmurando, y entonces era como si nada hubiera cambiado ni sucedido durante su ausencia, las mujeres estaban allí sentadas tan tranquilas, cosiendo botones, y la señora de la casa tenía ya preparado el café de la noche. Encendían entonces la radio y mientras se comían los pastelitos en silencio escuchaban las noticias de las diez. Por regla general, los hombres bostezaban y se iban a la cama en cuanto acababa el programa, pero en las últimas semanas, Hallur y los chicos mostraban un interés inmenso por las guerras y las movilizaciones, decían que en Europa todo estaba a punto de saltar por los aires, y no podían disimular su alegría por tal situación, pues las noticias internacionales eran una variación muy bienvenida frente a las constantes informaciones sobre la depresión económica de Reikiavik y otros lugares del país. Lo que ellos querían era charlar sin pausa sobre la guerra submarina, y no tenían la menor duda de que estaba a punto de repetirse. Pues nosotras nos vamos a ir yendo a acostar, decía entonces Auður, y despejaban las mesas para dejarles bien claro que su guerra consistía en manejar caballos y ovejas. Luego le hacía una señal a Karitas, que enviaba a sus hijos a la cama mientras ella se iba a la vieja cocina a recoger sus trastos.

La mesa de la cocina era suya en cuanto la gente de la casa se iba a acostar, y la limpiaba cuidadosamente con un trapo antes de colocar encima un bastidor vacío, sacaba entonces de una gastada caja de madera un cartón, periódicos viejos, planchas metálicas abolladas, un saco de estopa y lo colocaba todo a la izquierda del bastidor mientras bisbiseaba consigo misma y preparaba el pegamento. Manipulaba los trozos de material como si de perlas de Oriente se tratase, y empezaba a rasgar, a romper, a recortar, muy lentamente. Con frecuencia se le acababa el pegamento antes de terminar el trabajo, mucho después de medianoche, solo rasgaba y recolocaba, volvía a recolocar y pensaba en voz alta. Sucedió también que el cuadro adquiría forma en su mente mientras estaba dedicada a sus tareas durante el día, y entonces podía pegar y pintar en cuanto llegaba la noche. Una vez, poco después de empezar con los *collages*, mientras trabajaba enfervorecida, bajó la señora de la casa a prepararse una infusión de hierbas, y cuando vio el bastidor lleno de toda clase de cosas rotas se quedó pasmada, y un tanto espantada, al ver que la artista diplomada se dedicaba a romper cartón y otras clases de basura: ¿Pero qué es esto, corazón? Y Karitas prefirió no mentir a aquella buena mujer que se encargaba de que ella pudiera disponer de la mesa de la cocina en cuanto acababan las noticias de las diez, dijo que era un *assamblage*, no tradujo la palabra porque jamás había pensado mucho en cómo se podría traducir al lenguaje normal, y la señora se atragantó con la infusión. Pero no hizo comentario alguno ante aquel trabajo, aunque no lo tuviera en especial

estima, sino más bien al contrario, solamente dijo antes de desaparecer para subir de nuevo a la buhardilla: «No dejes que el arte te tenga en vela demasiado tiempo, necesitas dormir para conservar las fuerzas.»

Las atenciones que le prodigaban y el inequívoco reconocimiento de su quehacer artístico reforzaban a Karitas en su determinación de no abandonar nunca Öraefi. En ningún sitio había mejor luz, llegaba del cielo, del mar, del glaciar, se sentía bañada en luz el año entero y cuando tenía luz en los ojos y en el alma, no había sombras que la acosaran. Y pensaba de todo corazón, y se lo decía a sí misma muchas veces cuando la congoja le oprimía el pecho, que jamás había sido tan libre. Quiero que me entierren aquí, decía poniendo las manos abiertas sobre la hierba para sentir la fuerza del glaciar. Pero cuando Skarphéðinn entró a todo correr en la cocina patria, ya desvestido para acostarse, pues había sentido necesidad de hacer aguas tras una larga lectura de las antiguas sagas, quería tomarse un vaso de agua una vez aliviado, y bramó: maldición, malgastar electricidad para iluminar semejante basura, en ese momento, ella pensó que, quizás, en realidad no quería que la enterrasen bajo el glaciar. Desde que llegó ella, el joven había tenido ciertos sentimientos hacia ella, bastante imprecisos y no siempre igual de fuertes, pues dependían del estado del tiempo y del crecimiento de la vegetación, y desde que volvió otra vez a pintar y dibujar, una vez que había vuelto a dormir como las personas normales por las noches y el estómago le había mejorado gracias a las infusiones de hierbas de Auður, él entraba con cierta frecuencia en la cocina cuando los demás estaban ya acostados. Y no en calzones, desde luego, aunque sí, muchas veces, peinado con agua. Skarphéðinn era un hombre bien parecido, como el resto de la familia del glaciar, ágil y de elevada estatura, siete años más joven que ella, a quien la idea de entablar convivencia con el otro sexo producía sudores fríos. Le resultaba irritante que, justo cuando se consideraba libre del yugo de las eternas necesidades amorosas de los hombres, que no originaban nada más que niños a montones y noches en vela, cuando se consideraba a salvo entre arenas y grandes ríos, las agresiones fueran a llegar desde dentro. Él se colocaba a su espalda, le echaba el aliento en el pelo, le tocaba un rizo como quien no quiere la cosa, se frotaba contra ella, y después de intentos por el estilo, ella perdía la paciencia, invadida ya por la ansiedad. No me parece nada razonable que se dedique a incordiarla, le dijo a la señora de la casa, dando un claro tono quejoso a su voz para no perder la infinita compasión de la buena mujer, y el hijo recibió una buena reprimenda. Por ese motivo se mostraba agresivo con Karitas en ocasiones, sobre todo en primavera, cuando despertaba la naturaleza, y se comportaba unas veces como un adolescente enamorado, y otras como un hermano malhumorado. Pero a fin de no atormentarle más de lo debido, ella hacía lo posible para no tentarle con su feminidad: llevaba el pelo muy corto y usaba pantalones largos.

Auður se quedó muy preocupada al conocer las ansias amorosas de su hijo. Incluso después de echarle la bronca. Tendré que mandarle otra vez a la capital para que salga a pescar en la temporada de invierno, dijo arrastrando las palabras al tiempo que metía en la olla una cabeza de cordero salada. Cuando vuelve después de estar embarcado está muy tranquilo, y a lo mejor por allí puede encontrar alguna mujer. Las de la comarca son todas parientes, nunca se sabe lo que puede salir de semejante mezcolanza, dijo mientras vertía sagú en una cazuela. Yo y mi difunto Grímur éramos primos, y los efectos se dejaron sentir en mi Hallgerður, aunque no haya perjudicado a nadie más, dijo mientras ponía patatas a cocer. Las ganas de mujer de su hijo la dejaron unos días casi sin energía, hizo entonces un esfuerzo, se agenció una novela en la granja vecina y al poco había recuperado vitalidad y tranquilidad. Sin embargo, siempre estaba intentando colocarle libros a Karitas, y lo hacía siempre de una forma muy peculiar, diciendo: Si ves que no te duermes y tienes ganas de leer, lee *Hombre y tierra*. El título del libro hacía referencia al destino de las personas y sobre todo al amor, y Karitas prefería no leer nada sobre esas cosas. Si lo hacía, tenía que salir para poner las manos abiertas sobre la hierba y notar la fuerza del glaciar. Por eso prefería estar despierta con sus cuadros en vez de con libros que la despojaban de su energía. Lo peor para ella era que solo podía trabajar en sus cuadros durante el invierno. Como si la luz fuera celestial en la época en que se hacía acopio de víveres.

Los niños de verano llegaban antes del parto de las ovejas, pálidos y enclenques tras la larga permanencia dentro de su casa de la capital durante los días de lluvia, pero radiantes de ilusión, y toda la comarca les estaba esperando con panecillos recién hechos. El aire vibraba de expectación; hasta los animales notaban que pasaba algo, balaban, ladraban y relinchaban a ver quién hacía más ruido, era un gusto recibir a los veraneantes, en ese momento podía decirse que por fin había llegado la primavera. Se distribuían por las granjas, que formaban una pequeña comunidad, iban a las del centro, a las de levante y a la del sur, aunque ningún niño acudía a casa de ellos, la segunda granja de poniente, donde estaban ya los hijos de Karitas. Pero eso no impedía que en la casa hicieran grandes cantidades de panecillos dulces, los niños iban de granja en granja el primer día para saludar a los recién llegados, y naturalmente había que llevar algo para agasajarlos. Al mismo tiempo que los niños de verano, llegaban de la capital otras cosas, como mercancías y paquetes de los parientes, libros, periódicos, manteles, y el correo, que no faltaba nunca. Cuando Karitas se había cerciorado de que no había llegado nadie para ella y se sentía más tranquila, se quitaba la falda y se ponía otra vez los pantalones, pero empezaba el nerviosismo que acompañaba siempre a la llegada del cartero. Aunque al principio no tenía el menor deseo de leer las cartas que le traía la primavera, y que esperaba con ansiedad durante muchas semanas, sufría por los sentimientos que la abrumaban al acabar la lectura. Desde hacía muchos años recibía dos cartas cada primavera, una de Bjarghildur, la otra de Karlína. Una le traía noticias de su hija; la otra, del marido, o mejor dicho, le contaba que no había de él ninguna noticia. Ambas cartas la dejaban desfallecida, aunque naturalmente le resultaba más fácil leer la de Karlína. El tiempo acaba cubierto de musgo, igual que la lava. Pero siempre le daban palpitaciones al leer las cartas de Bjarghildur; tenía que apretarse la mano contra el pecho mientras leía, tanto dolor que le causaban. Los primeros años habían sido los peores, cuando su hija era aún pequeña y luminosa. Tenía una foto de la niña con cinco años, tan lindísima, con sus bucles rubios, la frente alta y unas mejillas regordetas que ansiaba besar. Había cosido la foto a un estuchito con dos capas, una de tejido impermeable para llevar el estuche colgado del cuello o junto al pecho, debajo de la ropa, sin que el sudor y las lágrimas lo estropearan. Nunca se quitaba el estuche excepto para lavarse en la tina al lado de la ventana. Auður sabía lo que contenía el estuche. Le preguntaba por su hijita cuando veía que había terminado de leer la carta. Es muy tranquila y buena y habla muy bien, decía Karitas. Más tarde: Hámundur bebe los vientos por ella, le ha regalado el caballo más caro y más dócil de todo Skagafjörður. Cuando llegó a la edad escolar: Han puesto Prastabakki en alquiler y se han ido a vivir a Sauðárkrúkur para que pueda asistir allí a la escuela. Y cuando llevaban ya varios años viviendo en Sauðárkrúkur: Sigue siendo la mejor del colegio, todos los maestros dicen que es la alumna más destacada que han tenido nunca. Es magnífico recibir tan estupendas noticias de la hija de una, decía Auður, abriendo los manos en señal de asombro, pero Karitas se pasaba un dedo por el labio inferior y decía con los ojos fijos en el prado de la granja: Me odiará siempre por haber dejado que me la quitaran. Auður le cogió la barbilla y preguntó cómo se le podía ocurrir semejante locura, la niña tenía una vida regalada, iba a la escuela y recibía las mayores atenciones, menuda catástrofe se produciría si todos los niños prohijados que había en Islandia odiaran a sus madres, ¡medio país ardería de odio! Quizá sea justo eso lo que pasa, dijo Karitas, sintiendo el frío que bajaba desde el glaciar. Auður entornó los ojos mientras trataba de encontrar una respuesta apropiada a aquella nueva teoría sobre el país y sus gentes, no encontró ninguna que le pareciera adecuada y se limitó a decir: Probablemente los islandeses tenemos demasiados hijos, no hay forma de controlarnos, bueno, será cosa de la naturaleza.

Las cartas del este trataban las más de las veces de la naturaleza, en sentido literal y también en sentido figurado, después de ocho años de pausa en su regalo de niños al mundo, hecho cuyas circunstancias Karlína se cuidó mucho de especificar, volvió a animarse y parió dos hijos más, «no sé por qué, mi querida Karitas, pero en algo hay que entretenerse», pero apenas mencionaba a Sigmar, sobre todo desde que se fue a Italia y dejó de aparecer por allí, aunque indicaba con regularidad que Högna se ocupaba de la casa común y que hacía limpieza en primavera y antes de Navidad. Aunque las noticias que llegaban del este distaban de ser dramáticas, lo habitual era que Karitas abriese las cartas de Karlína con mano temblorosa.

Pero esta vez solo había una carta. ¿Solo una?, preguntó al cartero, me tienen que llegar dos cartas. El cartero lo lamentaba mucho, pero no podía hacer nada. ¿Estás seguro de que no se te cayó la otra al cruzar el río?, preguntó Karitas, con el ceño fruncido, cogiéndole del brazo. Auður tuvo que intervenir: Pero Karitas, a lo mejor Bjarghildur ha cogido alguna infección y no ha podido escribirte. Pero no logró convencer a Karitas, llevaba todo el invierno esperando noticias de su hija, aunque solamente fuera para saber las notas que le habían puesto en el colegio, si era la primera en aritmética, si crecía como Dios manda, era horroroso no recibir carta del norte. Llamaré a mamá a Reikiavik, ella tiene que saber algo, le dijo enfadada al cartero, le empujó como si le estuviera impidiendo el paso y salió al patio como una tromba sin mirar a derecha ni izquierda, y se puso en camino hacia la granja del centro.

Las hermanas de la granja del centro tenían ya puesta la mesa de la sala de visitas, como hacían siempre a principios de abril, a fin de estar preparadas cuando llegaran los primeros huéspedes de primavera. Ponían la vajilla de las fiestas sobre un mantel blanco bordado, con tiras de croché en los bordes, y las tazas boca abajo en los platillos a fin de que no les entraran pelusas durante la espera. En ocasiones, la mesa esperaba, preparada y sin tocar, durante todo el verano, pues no hacían acto de presencia ni un diputado ni siquiera un sacerdote, pero ellas sabían lo poco segura que era la situación política en la capital, y nunca se podía saber si de pronto convocaban elecciones a todo correr, ya había pasado, y entonces los diputados llegaban a galope tendido a la caza de votos, así que la experiencia las había enseñado a

estar siempre disponibles por sí acaso. En cambio, a la gente de la comarca nunca la invitaban a entrar en la sala, tanta pompa no estaba hecha para cualquiera, pero todos tenían acceso al teléfono y, gracias a ello, las hermanas estaban perfectamente enteradas de los asuntos personales de todos sus vecinos. ¿Quieres llamar ahora?, preguntó una de las hermanas, desconcertada, ¡pero si el cumpleaños de tu madre no es hasta octubre! Ya lo sé, balbuceó Karitas, era difícil romper reglas y costumbres. Desde hacía unos años llamaba a su madre el día de su cumpleaños, y su madre correspondía telefoneándola en febrero, cuando ella cumplía los años, o más bien era al revés, en realidad era su madre quien había inaugurado aquella estupenda costumbre, prefería llamar por teléfono en vez de escribir, porque la artritis la tenía mártir. Se había ido a vivir a Akureyri una vez concluida su misión de proporcionar formación a sus hijos, «me encuentro mejor con la vegetación del norte», y se había instalado en el piso superior de una casa magnífica justo debajo de la colina, nada lejos de la de Jenný, quien le dejaba usar su teléfono. Las hermanas y Karitas esperaron al lado del teléfono, precisamente era hora de servicio telefónico, pero hacía falta un buen rato para que la llamada llegase hasta el norte pasando por todas las centralitas, además del tiempo que necesitaría Jenný para ir a casa de Steinunn y darle el recado, y luego el tiempo necesario para que volvieran las dos, sin olvidar la lentitud del caminar de ambas a causa del reuma, y al rato una de las hermanas miró a la otra, que observaba detenidamente el reloj, y finalmente, cuando sonó el timbre, dijeron, como un coro bien entrenado: Coge ahora el auricular, al tiempo que movían la cabeza muy serias para dar énfasis a sus palabras. Esperaron con solemnidad un instante detrás de Karitas mientras esta levantaba el auricular y decía bien fuerte «diga», luego se retiraban muy corteses, se iban a la cocina y dejaban la puerta entornada.

—¿Ha pasado algo?

—Nada en absoluto, pero ¿tú qué tal estás de tu artritis, mamá?

—Siempre estoy mal después del invierno, el frío se me mete en las articulaciones, ¿los niños están bien?

—Estupendamente, no podían estar mejor. Jón está creciendo tanto que no tenemos que hacerle dobladillo en los pantalones. Sumarliði no es igual de alto, pero es más fuerte.

—¿Y tú qué tal sigues?

—Yo estoy bien, pero ¿tienes noticias de la pequeña Halldóra? No me ha llegado carta de Bjarghildur.

—Ah, es eso. Sí, sí, tu pequeña Halldóra está estupendamente, mira que es maja la chica, se aprende los libros como Dios manda, aunque según dice Bjarghildur no es igual de habilidosa con las manos, ha intentado enseñarle a bordar y a hacer punto pero no hay manera, a lo mejor el motivo no tiene que buscarlo demasiado lejos, la pobrecita, pero es una gran amazona y ya está bastante grande y crecida para su edad.

—Bueno, solo quería saber si algo no anda bien, no entiendo que Bjarghildur no me haya escrito como de costumbre.

—Ya, sí, Bjarghildur. Bueno, ha estado un poquitín indispueta, sí, sí, pero he estado pensando que por qué no me mandas a Jón a casa, aquí al norte, el otoño próximo, así podrá ir preparándose para el instituto. Tu hermano Páll da clases aquí.

—¿A Akureyri? ¿Al pequeño Jón? ¿A mi Jón? Ni se me ha ocurrido pensar en eso. Lo pensaré, lo pensaré.

—Lo mejor sería que me mandarás a los dos niños.

—¡Ni se te ocurra mandarlos al norte en plena época de recolección! —dijo enfáticamente alguien en la línea telefónica.

—Bueno, corazón, pues ya verás. También quería decirte, de paso, que los dibujos que hiciste antes de marcharte, el otro año, han ido todos a parar a Reikiavik, los tiene tu hermano Ólafur, y también le dije a Högna, la de Borgarfjörður, que le enviara todas las pinturas que hiciste allá en el este, de modo que ahora todos tus cuadros están en la capital.

—¿Ah, sí? Vaya, mira. Fíjate. Pero ¿qué dijiste, que Bjarghildur está indispueta?

—Sí, tiene en el estómago lo mismo que tuviste tú cuando estabas en su casa, el verano que fuiste al arenque.

—¿Te refieres a cuando volví del extranjero? ¿Lo mismo, lo mismo que tuve yo en Siglufjörður?

—Eso mismo, así es.

—¡Pero eso es imposible!

—No hay nada imposible en esta vida.

—¿Y cuándo, cuándo crees que se le pasará?

—No recuperará la salud hasta septiembre, según parece.

—Vaya, así que es eso. Pues vaya. Bueno, tengo que despedirme, mamá.

—Muy bien, hijita, cuida bien a los chicos y cuídate tú también.

Nada más acabar la conversación telefónica fue pitando a donde estaban las hermanas, las miró, incapaz de decir una palabra, las dos se pusieron a retorcer el dobladillo de sus delantales, sin saber qué hacer, y entonces exclamó, como si la culpa fuera de ellas: ¡Mi hermana Bjarghildur está embarazada! Las hermanas se miraron una a otra mientras decidían cuál podía ser la reacción que convendría mostrar ante aquella noticia, y entonces dijeron: Ah, pero qué bien. ¡¿Bien?! dijo Karitas, asombrada, ¡a estas alturas, cuando ya tiene cuarenta y uno! Bueno, bueno, no pasa nada, dijeron las dos a coro, ya eran dueñas de sí y le dieron unas palmaditas tranquilizadoras, nosotras podemos hasta mucho después de los cincuenta. Y no pasará nada con tu hermana, añadieron al ver que ella estaba más alterada de lo habitual tras su llamada al norte. Y ella salió corriendo a su casa cruzando el prado, con el nudo que se le ponía siempre en la garganta cuando oía la voz de su madre, además de que estaba muy afectada por la noticia. A mitad de camino recordó la carta de Karlína, aún sin leer, que llevaba en el bolsillo del pantalón, y pensó: Las desgracias nunca vienen solas. Y así era. Karlína la informaba en pocas palabras que se había quedado viuda. Su esposo se había perdido en el páramo durante una violenta ventisca, cuando perseguía a unas ovejas que no habían podido recoger aún. Había sucedido ocho meses atrás y Karlína concluía su breve carta diciendo que ahora estaban las dos en el mismo barco, solas con los niños. Karitas tuvo que sentarse en el prado: ¿A cuántos hombres han matado el mar y las ovejas en Islandia? Pensó que ahora lo más adecuado sería enviarle unas líneas a Karlína. No lo había hecho nunca. Tampoco había respondido nunca a las cartas de su hermana. Solamente había enviado a su hija dibujos de sus hermanos y de los caballos de la granja. Soy una resentida igual que mi hermana Halldóra, se dijo a sí misma, y se quedó asombrada de su descubrimiento.

En la luz nocturna, cada vez más duradera, empezó a no poder conciliar el sueño.

## **Karitas**

Llegada de un barco, 1939

*Collage*

El barco viene una vez al año.

Atiborrado de mercancías, desde Viki y desde la capital.

Todos los que tienen condiciones físicas para hacerlo se acercan hasta la bocana del abra, con carretillas y carros de caballos, y comienza la descarga. Los hombres se acercan remando hasta el barco, llenan sus botes con comestibles, telas, utensilios, y en la playa han levantado unos tinglados que utilizan para arrastrar hasta la orilla maderas y hierros, materiales de construcción que los botes son incapaces de acarrear a bordo.

Yo estoy un poco apartada, observo las operaciones, tengo que quedarme en la granja con las mujeres que no van a ninguna parte, tienen otras cosas que atender, pero el barco me atrae hacia él.

Miro el barco, veo al mismo tiempo cautiverio y libertad.

Conozco el universo al que solo pueden llegar los barcos.

Un mundo al otro lado del mar.

La playa bulle.

Personas, perros, caballos, carretillas, carros, cajas, cajones, maderas, hierros, tinglados, el barco.

Utilizo trocitos, tirillas y retales para crear el caos. Colores cálidos en la playa, fríos para la cortante luz que lo envuelve todo.

Las mercancías son trasladadas en numerosos viajes al edificio que hay debajo del acantilado, el edificio habilitado como pequeña cooperativa de compras en un lado, y que sirve de matadero en el otro.

Al día siguiente, cuando la gente ha descansado del ajetreo de la descarga, van allí a recoger sus encargos, el resto se almacena en el edificio, café, azúcar grano, golosinas y bebidas para las Navidades.

Tela para vestidos destinada a las solteras que aún viven en casa.

Las mujeres asomaban la cabeza con regularidad por la puerta exterior de la granja, miraban al mar, al tiempo que aprovechaban para estirar la espalda, las labores domésticas las dejaban encorvadas, luego volvían a entrar si no se veía a nadie camino de casa, la comida la tenían ya lista. Una de las veces que salieron a tomar el aire vieron a Jón que se acercaba renqueante. Con el jaleo que había en la bocana, alguien le había clavado sin querer una vara de hierro en el muslo; como la herida sangraba, le metieron a toda prisa en la cocina, le quitaron los pantalones manchados de sangre, limpiaron con alcohol la horrible herida abierta; aquello tuvo que doler y escocer pero él no se quejó, tan solo apretó los dientes, y las mujeres alabaron su valentía. Luego fueron a por hojas de sauce glauco y se las pusieron en la herida para detener la hemorragia. Vaya si tiene largas las patas nuestro Jón, dijo Auður mientras sujetaba las hojas sobre la herida, y Karitas también miraba a su niño, sentado en un taburete, en calzoncillos, dejando ver sus largas piernas, las dos sabían que las dos estaban pensando lo mismo: cuando llegue a adulto, ¿Jón será uno de los hombres más altos de Islandia? Apenas ha cumplido los quince y ya es mucho más alto que las mujeres. Todo lo que comía lo usaba exclusivamente para crecer a lo largo, se le podían contar las costillas y se veían las rótulas sobresaliendo en las rodillas, parecía todo puro hueso, como si le hubieran quitado la carne. Pero vaya si es cumplidor nuestro Jón, dijo Auður cuando consiguió parar la hemorragia, y no exageraba, en la comarca no había otro chico tan bien dispuesto como él, recio para trabajar, nunca se quejaba, siempre afable con todos, lo tomaba todo con serenidad. Justo al contrario que sus padres, pensaba Karitas. La laboriosidad seguramente la habrá sacado de alguien que yo me sé, decía, pues jamás mencionaba por su nombre al padre de los chicos cuando estos podían escucharla, pero la afabilidad debe venirle de mi padre, que se llamaba como él, de esto estoy segurísima. No contaba con que hubiera heredado nada de ella, pues no tenía ni idea de qué podía haberle transmitido. Pusieron hojas frescas sobre la herida, ahora por el envés para ayudar a salir el pus, y la vendaron. Vente conmigo a la buhardilla, dijo Karitas, tenemos que buscarte otros pantalones. Cada uno tenía un arcón al lado de su cama y ella abrió el de su hija, iba a sacar unos pantalones limpios pero el muchacho dijo: Yo lo hago, mamá, y ella comprendió que el chico no quería que hurgara en sus cosas. Que desde el punto de vista material no eran muchas, por cuanto ella sabía, pero en ese instante descubrió que su chiquito estaba creciendo y alejándose de ella. Guardó silencio mientras él se vestía, y en el dormitorio comunal no se oía un ruido, excepción hecha del tintineo de las agujas de la anciana Bergþóra, que estaba sentada en su cama sin decir palabra y que al final se llevaría todas las palabras a la tumba, como se encargaba ella misma de recordarlas a todos. El chico iba a bajar en cuanto terminó de vestirse, pero Karitas le dijo: Siéntate aquí un momento, Jón. Y la anciana tejió más deprisa.

Oye, Jón, ¿quieres ir a la escuela?

Él la miró con sus ojos claros, extrañado, como si su madre no se hubiera enterado de que asistía a la escuela durante la mayor parte del invierno. La escuela intermedia y luego el instituto, añadió ella. Tu abuela te acogerá en su casa de Akureyri mientras estudias. Él dejó en el infinito la mirada de sus grandes ojos, ni siquiera sabía cómo era físicamente su abuela ni si era persona agradable, pero Karitas dijo: Tu abuela es muy buena, Jón, creyente y sabia, pero allí hay que trabajar. La respiración del muchacho se aceleró: Pero también me gustaría trabajar aquí. Lo comprendo perfectamente, respondió ella, mirando de reojo las mejillas del muchacho para comprobar si ya le estaba saliendo la barba. Pero dentro de poco tendrás que empezar a pensar en lo que vas a hacer cuando seas mayor. Hace mucho que lo tengo pensado, dijo el muchacho, mirando a su madre con decisión en la mirada. Seré campesino y viviré aquí, en Öraefi. Ah, ya, vaya, dijo ella tras un instante de silencio, en su voz parecía haber cierto tono de alivio, pero no quiso rendirse tan rápido: Pero si te encanta leer, Jón, ¿no quieres ser un hombre instruido y pasarte el tiempo leyendo? Yo me quedo aquí, repuso él, impaciente; la descarga del barco estaba en plena marcha en la playa, no podía seguir perdiendo el tiempo en charlas inútiles, se puso de pie y bajó la escalera deprisa, aunque renqueando. Ella se quedó sentada, pensativa, y estaba a punto de levantarse cuando la anciana Bergþóra dijo: Sí, deja al chico que haga lo que prefiera, los campesinos de Öraefi viven de miedo, siempre tienen comida de sobra, corderillos pájaros focas y truchas, y en invierno se pueden ir a la campaña de pesca. Karitas se dio media vuelta como una peonza en cuanto oyó estas últimas palabras, se quedó un instante mirando a la anciana, y entonces echó a correr escaleras abajo como alma que lleva el diablo, casi se cayó, salió al patio, corrió detrás de Jón, que renqueaba bien rápido por el prado hacia la playa, y le gritó con voz atronadora: ¡Jón, este otoño irás a la escuela en Akureyri, entérate!

¿No envías también a Sumarliði al norte, cariño?, preguntó Auður con prudencia, pues la madre no andaba de muy buen humor esos días. No, primero hay que controlarle un poco, respondió Karitas cortante, como si la educación del chico se hubiera salido de su cauce, como si se le hubiera concedido excesiva libertad, y no disimulaba que la culpa no la tenía ella sola, aunque no lo sugiriera directamente. Primero irá Jón, y Sumarliði un año después, dijo Karitas, y en la manera de andar de la señora de la casa se adivinaba que para ella representaba un alivio saber que podría conservar a Sumarliði un poquitín más. El chico era el favorito de las mujeres, desde el primer día le habían estado mimando y dispensando toda clase de carantoñas. A diferencia de Jón, que no dejaba que nadie le tocara, con la única posible excepción de su madre, y solo cuando a él le parecía bien, y si alguien le daba un besito en la mejilla se la frotaba para quitárselo como si fuera una porquería cualquiera. Todas le dejaron por imposible. En cambio, Sumarliði, cuando no recibía la carantoña sin pedirla, iba a buscarla él mismo, cuando aún gateaba se subía al regazo de las mujeres, cuando ya se podía mantener de pie les abrazaba las piernas, y más tarde el vientre, se calentaba las manos en sus axilas, les ponía la mejilla en la espalda cuando estaban dedicadas a sus labores, se metía en la cama con ellas cuando sentía frío en los pies, y ellas le colmaban de besos, le daban todos los besos que de otro modo se habrían echado a perder a causa de su prolongada falta de compañeros. Con él encontraban un desahogo para sus necesidades de amor y gracias a eso se mantenían siempre en espléndido equilibrio. Y ellas comían en la palma de su mano. Pocas cosas había que Sumarliði no consiguiera, o prácticamente ninguna. Y además, ellas le consideraban extraordinariamente guapo, y ladeaban la cabeza sonrientes, a la izquierda y a la derecha, mientras bebían sus bellos ojos, sus largas pestañas, su boca tan besable, y suspiraban antes de depositar un largo beso en su nuca. Cuando los besos eran ya excesivos y las labores de la casa estaban esperándolas, se disculpaban diciendo: Los prematuros necesitan mucho cariño, imaginaos, este chiquitín solo pesaba un kilo. Luego le regalaban con alguna exquisitez o un caramelo, como para incrementar el peso que tuvo al nacer. El chico era de todas y cada una le educaba a su modo y manera, aunque con mucho cuidado para no espantarle nunca y que les cogiera antipatía. Esos eran los mimos de que hablaba Karitas, la despreocupación derivada de hacer siempre lo que le apetecía. Pero solo había una mujer a la que corría llorando si se sentía dolido, solo una capaz de consolarle, o de castigarle si era preciso. Pero él también conocía sus puntos débiles, y ahora Karitas se daba cuenta de que se lo había ganado a pulso. A su hijo mayor podía enviarlo a casa de su madre, curtido y orgulloso como era, nunca la pondría en evidencia, pero imaginaba con disgusto el gesto de su madre al ver al pequeño representando su papel de niño mimado.

Estaba reconviendo constantemente a sus hijos, se ponía hecha un basilisco por cualquier cosa. Come bien, Jón. Tu abuela no tiene por qué aguantar que nadie se coma las gachas como un cerdo. Sumarliði, basta ya de hacerle muecas a Jón mientras coméis, y no estoy dispuesta a que sigas riñendo con los chicos de las granjas de levante. La gente de la casa se comía las gachas y las morcillas en silencio, no estaban acostumbrados a rapapolvos así a la hora de comer, pero se cuidaban mucho de inmiscuirse en las regañinas cuando daban las noticias en la radio, pues en esos momentos no había lugar para discusiones. Aunque era evidente que no entendían lo que se le había metido en la cabeza a aquella mujer. Ella se quedaba con la mirada fija en su vaso de leche, con el entrecejo arrugado, sufría como si tras un prolongado sueño la despertaran con una patada en la espinilla. No es nada agradable que te despierten así, y se concentraba en la blanca leche, su mente se alejó entonces hacia el glaciar que se alzaba por encima de la granja, y que podía derrumbarse sin previo aviso, porque ¿no se habían producido ya otras veces convulsiones de la corteza terráquea, movimientos subterráneos que nadie podía ver, pero ¿en qué estaría ella pensando, venirse a vivir con sus hijos debajo del glaciar, adónde iban a escapar si al volcán se le ocurría abrir un ojo? El glaciar al norte, desiertos de arena y caminos intransitables entre barrancos al este y al oeste, el gélido y mortal océano al sur. Debajo del glaciar, un volcán que escupía fuego, llamas lava ceniza, no había escapatoria, y ella con los niños. Enterrada viva por la ceniza con los niños abrazados, como los habitantes de Pompeya. Hablaban mucho de Pompeya cuando estaban organizando el viaje a Roma, hacía ya muchos años. Como si ella siempre hubiera sentido deseos de ir a Pompeya. Ahora, todo aquello había quedado en nada.

¿Cuántos perecieron en la última erupción en el glaciar?, preguntó bruscamente cuando todos guardaban silencio.

Todos dejaron de comer por un momento, los hijos miraron ilusionados a los hombres, encantados de que su madre dejara de regañarles para dedicarse a cuestiones geológicas, pero los hombres no dejaban que erupciones antiguas, recientes o futuras les estropearan el noticiario radiofónico, y no respondieron a su pregunta. Fue al apagar el receptor cuando la señora de la casa propuso alegremente al grupito, probablemente había estado pensándolo mientras comían morcillas en salmuera de la matanza del otoño anterior: ¿Y si vamos a por carne fresca?, cuando los métodos educativos de la madre despertaron la indignación de todos. Pues ella dijo malhumorada: Los chicos no irán al pedregal a aporrear págalos ni a la boca del río a juntar focas para los hombres. Los que habían de ir de caza se pusieron en pie con cara de malas pulgas sin dignarse siquiera mirar a la preceptora, y se dijeron: ¿Se pensará que los de Öraefi viven del aire? Los hijos de Karitas se pusieron en pie al mismo tiempo que los hombres, dirigieron a su madre una mirada de reproche, sin intentar disimular la decepción que les provocaba, pero ella siguió sentada, mirando atentamente los platos vacíos. Según los miraba iba creciendo en ella el deseo de hacerlos añicos. Y justo entonces le vino la idea de destrozar unos cuantos platos, juntar los trozos sobre la superficie de un cuadro, pegarlos y pintarlo todo de blanco. Estuvo dando vueltas a aquella nueva idea mientras las mujeres recogían los platos

para fregarlos. Hrefna dijo: Los chicos tienen que aprender a apañárselas solos, a aportar comida a casa igual que los demás hombres, ¿y cómo van a aprender a hacerlo si no les dejas ir a cazar con ellos? Karitas dijo: Ellos irán a la escuela y no tendrán ninguna necesidad de cazar ni de pescar. Para eso falta mucho tiempo, un verano entero, rezongó la otra. Pero no fue mucho tiempo, el tiempo voló, pronto perdería a sus hijos, que harían su vida adelante, y se arrepentía de no haber gozado más de ellos cuando eran pequeños, cuando se le colgaban del cuello y de la falda, cuando se acurrucaban a su lado en la cama. Aquellos días no volverían jamás. Entonces solo pensaba en dormir y estar tranquila, y en cuándo podría ser libre otra vez. Y ahora, cuando se le iban a marchar, todos los días eran como la primavera islandesa, fríos y desapacibles.

Se llevó un susto cuando alguien le tocó el hombro: era Hrefna, que le dijo en un susurro: Ven conmigo a la despensa, te voy a enseñar una cosita. Y cuando estuvieron en el interior de la despensa, a la que solamente tenían acceso Auður y Hrefna: Y ahora nos tomaremos una gollería. Buscó a su alrededor con la mirada por si había alguien, aunque estaban completamente solas en la despensa, antes de abrir una caja y sacar un puñado de grandes tabletas de chocolate. Este chocolate llegó con el barco, dijo otra vez en un susurro, rompió una porción, se la metió en la boca a Karitas, rompió otra que se metió en la suya. Chuparon el chocolate en silencio, mirándose las bocas una a otra, dejando que la pastilla se les derritiera en la boca y los dientes, se la extendieron por las encías, entornaron los ojos, los abrieron de nuevo, se miraron interrogantes la una a la otra, se pusieron de acuerdo con la mirada en prolongar el placer, se metieron en la boca otra porción y así siguieron hasta que casi cien gramos hubieron seguido el único camino apropiado, para animar a la más joven y satisfacer la necesidad de dulce de la mayor. ¡Oh, Dios, no podemos acabárnoslo!, dijo Hrefna, tapándose la boca con la mano. Pero para entonces se habían terminado la tableta entera.

Aunque el chocolate hacía dormir bien, tal como aseguraba Hrefna, y pocas personas eran capaces de roncar con más profundidad y entusiasmo que ella, Karitas se quedó en vela. Ciertamente se dormía antes de medianoche, como todos los demás, pero habitualmente se despertaba sobresaltada hacia las tres, o antes. Al principio se tomaba el insomnio con tranquilidad, escuchaba los relinchos de la agachadiza al descender de lo más alto y el zumbido del abejorro al chocar con el cristal de la ventana. Pero cuando las noches en vela se prolongaron, empezaron a acosarla negros pensamientos en las claras noches de primavera. Se incorporaba y se quedaba apoyada sobre el codo, pasaba la vista por la sala llena de cabezas durmientes, Hallgerður y Hrefna que dormían en las camas del mismo lado que ella, Bergþóra y Hallur en las camas de enfrente, las camas vacías de los hijos que se habían marchado de casa, la alcoba de matrimonio en el extremo, donde dormía sola la señora de la casa, y se volvió al otro lado, miró la cama junto a la ventana, donde dormían sus hijos, pie contra pie, aunque había espacio de sobra en el lecho, oía la respiración tranquila de todos ellos, mezclada con ruidos de distinta fuerza, y se preguntó a sí misma: ¿Por qué solo yo estoy despierta? Intentó encontrar una explicación, hurgó profundamente en sus pensamientos, intentó mantener la concentración, pensar con lógica, pero perdía el hilo, los pensamientos volaban cada uno por su lado, y justo en ese momento sucedió, cuando notaba que estaba a punto de quedarse dormida, cuando sentía que los músculos se relajaban, en ese instante fue como si una zarpa le agarrara el corazón, era una lucha a vida o muerte, tuvo que sentarse para poder respirar, sudaba, finalmente pudo reclinarsse de nuevo sobre la almohada, dominada por una sensación que la aterraba. ¿Estaré endemoniada?, pensó, tiró asustada del edredón hacia su rostro y lamentó que en toda la comarca de Örafi no pudiera hallarse ni un solo gato.

No, en la comarca nunca se han visto gatos, no los necesitamos porque aquí no hay ratones, dijo Auður con orgullo, pasándose la mano por la barbilla mientras recordaba: Pero es verdad que mi abuela vio un gato en Hornafjörður, contó que le dio repelús que se restregara con sus piernas. Pero nosotros nunca hemos visto ratones, solo hemos oído lo que contaban de ellos los niños de veraneo, unas historias todo menos bonitas, añadió con un estremecimiento, quiso cambiar de tema pero Karitas dijo sin poder contenerse: Los gatos son animales buenos y si por mí fuera, la granja estaría llena de gatos, ¡a lo mejor así dormía mejor! Y se lanzó con un ímpetu exagerado a fregar el suelo hasta que las tablas se quedaron casi blancas de tanto frotar. Auður calló, luego le dio un golpecito en la espalda con mucho cuidado mientras ella estaba a cuatro patas: Cariño, levántate un momento para que te pueda ver la cara. Karitas obedeció, pero cuando estuvieron una frente a otra, Auður fue incapaz de decir una palabra en un primer momento al verle el rostro; le colocó bien la camisa, jugueteó con los botones, dijo: Si no recuerdo mal, creo que mi prima Karlína me explicó que allí en el oeste había unos gatos que velaban por ti. Pero no vamos a discutir por eso ahora, lo que sí sé es que el insomnio te está atormentando últimamente, y eso me disgusta mucho. La falta de sueño es una maldición con la que tienes que cargar, cariño, habrá que buscarle remedio de una u otra forma. Prométeme que pensarás en ello de aquí a la hora de la cena.

En el patio, al sol vespertino, mientras los hombres orinaban y predecían el tiempo, ella se puso a su lado, movió la cabeza de levante a poniente y dijo al mismo tiempo: Sí, el aire aquí fuera es de lo más refrescante, no es nada sano andar haciendo el tonto dentro de casa a estas horas. Pienso, Skarphéðinn, si no sería mejor que Karitas fuera mañana contigo y los chavales a cazar págalos, cuando era niña nunca pudo disfrutar de la experiencia. Además, le vendría de perillas algo de movimiento al aire libre. No hubo más, la señora de la granja había expresado su voluntad y se actuó en consecuencia, les gustara o no a los demás. Karitas estuvo a punto de protestar ante aquella decisión inesperada, pero cuando sus hijos dieron a entender claramente que les parecía una apetecible novedad ir con su madre a cazar págalos, ella optó por callar aunque no sin dirigir una mirada fría a la señora de la casa: Yo nunca en la vida he matado ningún ser vivo, ni siquiera una mosca. Auður le susurró al oído: Corre un poco y cánsate todo lo que puedas, no hace ninguna falta que le des a nada.

Salió a caballo con los chicos camino del pedregal, todos armados con garrotes. Skarphéðinn no dijo ni palabra, de modo que Karitas dedujo que no le agradaba nada llevar a una mujer en el grupo. Pero cuando empezó la cacería y él se dedicó a emplear su garrote como si fuera un guerrero blandiendo la espada en una batalla decisiva, asestando golpes a izquierda y derecha, como poseído de enorme furia, Karitas se percató de que su presencia excitaba las ansias asesinas del joven. Los págalos enloquecieron, se lanzaban en picado sobre su cabeza mientras ella corría por el pedregal en vez de acosar a los polluelos, como le habían dicho que hiciera. Sus hijos perseguían a los pollos, les asestaban violentos golpes como si no hubieran hecho otra cosa en toda su vida y si los págalos adultos se arriesgaban a posarse, los aporreaban a ellos también. Karitas estaba horrorizada por aquella falta de compasión, sentía una congoja terrible y las violentas palpitaciones se le habían subido hasta la garganta cuando Skarphéðinn dijo que ya era bastante. Hicieron lazos, a los que sujetaron los cuellos de los pollos y de unos cuantos adultos que habían intentado proteger a su descendencia como hacen siempre los progenitores, a costa de su propia vida, y los hijos de Karitas le dijeron para animarla: La próxima vez lo harás mejor, mamá. Ella no respondió. Se negó a llevar los trofeos a casa con ellos, se lanzó al galope muy por delante de ellos. Llegada a casa le dijo secamente a la señora que prefería fregar suelos el día entero antes que ir a robarles las crías a los pájaros, y Auður dijo con una chispa en los ojos: Vaya, si tienes las mejillas rojas y parece que te ha pegado el sol, es un buen presagio.

Pero si había pensado que la locura de la cacería y el aire fresco permitirían a Karitas dormir bien, se equivocaba. Los chicos durmieron como págalos descalabrados, en realidad durmieron así todos los del dormitorio común, pero los chillidos de los págalos siguieron vivos en la cabeza de Karitas la mitad de la noche, y por la mañana, cuando la señora vio sus ojos hinchados y la tristeza de su rostro, dijo: Pues vaya, no ha sido suficiente. Pero era como si Auður estuviera obcecada con la idea de que solo el esfuerzo y el aire libre podían proporcionar descanso a quienes sufrían de insomnio. Y ya que aún no había empezado la siega del heno, no vio más solución que enviarla a cazar focas en la bocana del río, con los hombres y los niños. No, ahí no voy, dijo Karitas, tajante. Claro que sí, claro que vas, cariño, que puedas dormir es mucho más importante que unas crías de foca o de págalos muertas.

Otra vez tuvo que montar para seguir a los hombres y los niños. Höskuldur, el otro hermano, se había unido a la expedición, llevando con él unos cuantos veraneantes, y cuando llegaron a la desembocadura desmontaron pero ella se quedó tranquilamente sobre la grupa de su caballo. Yo espero aquí, dijo sin ambages a sus chicos, que se fueron hacia la cresta de la playa, escrutaron en todas direcciones, uno señaló con el dedo hacia el poniente: Un rebaño grande. Los hombres cogieron los garrotes de gruesos y pesados mangos, en sus semblantes se leía el instinto del cazador. Los chicos se acercaron a ella a la carrera, casi la hicieron bajar de la silla, «por favor, mamá, ven con nosotros», como si les diera vergüenza tenerla allí sin hacer nada mientras los demás se dejaban la piel para conseguir comida para todos. Se dejó convencer, con el corazón en un puño.

La foca macho había dormido al sol, absorbiendo la blancuzca calma, las hembras dirigían sus grandes ojos curiosos hacia el glaciar, se creían a salvo con sus crías en aquel lugar de inmensa belleza, adormiladas. Pero entonces, con un movimiento de cabeza, los hombres hicieron a los niños la señal que les encomendaba llegar a la desembocadura vadeando por las aguas someras, ir congregando a los animales y empujándolos a la playa. Allí les asestarían el golpe mortal. Un golpe fuerte en la nariz. Y entonces volarían hacia la paz infinita, incluso por encima del glaciar si así les apetecía; podrían descansar en las blancas extensiones, cerca del sol. En un instante, la desembocadura se convirtió en un ensangrentado campo de batalla. El agua se tiñó de rojo, y también las ropas, el pelo, las manos, la sangre les salpicaba a chorros.

Karitas se había dejado engastar por los chicos para ir hasta allí, su intención era aplaudirlos igual que cuando recogían las ovejas y las hacían entrar en el aprisco, pero cuando empezó a correr la sangre de los animales, fue como si la sangre se le helara a ella en las venas. Se quedó rígida en la boca del río con los brazos extendidos, los ojos fijos en el agua ensangrentada, mirando los ojos de las focas. Ve a la playa, mamá, gritó Jón, empujándola para que caminase, y ella tropezó con las crías, subió corriendo a la playa, intentando ahogar los gritos, empapada y ensangrentada. Pero allí estaba Skarphéðinn esperándola. La sujetó por el brazo, la atrajo hacia sí casi con violencia, temblando de excitación reprimida, la mantuvo agarrada sin soltar, acercó su rostro al de ella, un instante de calma mientras miraba sus labios con ojos inflamados, y entonces bramó: Intenta ser útil, mujer. Si eres incapaz de reunir las focas como los niños, aquí tienes la porra, dales fuerte en la nariz, ¡muestra de lo que eres capaz! Y con brutalidad le metió la porra en la mano, le agarró con fuerza la muñeca: ¡Y la sujetas así! Ella se soltó, blandió la porra y le golpeó a él en la nariz. La sangre salió a borbotones sobre su rostro. Ella soltó la porra, subió a todo correr el talud de la playa, llegó hasta arriba a cuatro patas, se puso de pie, corrió como una loca furiosa hacia los caballos.

Fue a casa a galope tendido, descabalgó y entró furibunda en la granja. El olor a págalo asado llenaba los sentidos y se tuvo que tapar la boca y la nariz, subió corriendo a la buhardilla, sacó ropa de su arcón, se arrancó las prendas que llevaba puestas, las dejó en el suelo mientras con manos temblorosas se ponía ropa interior limpia. Bergþóra levantó la mirada: ¿Noto olor a sangre? Karitas no respondió, hizo un gurrño con las ropas malolientes y mojadas, sacó un jersey limpio, pantalones y toalla, salió corriendo y en paños menores bajó hasta el arroyo. Llenó el hueco de las manos con agua helada, se la echó sobre los brazos y las piernas, se mojó otra vez, metió la cabeza en el arroyo, se quedó jadeante de frío, se empapó el pelo, lo retorció, se estaba secando cuando vio a su lado los pies de Auður. Creo que he matado a tu Skarphéðinn, dijo con voz temblorosa. Auður se inclinó, le entregó el jersey: ¿Y eso cómo puede ser? Le di un golpe en la nariz, creo que se desangró. Auður le dio los pantalones: Yo diría que para acabar con Skarphéðinn Grimsson no basta con un golpe en la nariz. Miró hacia el sur, se hizo sombra con la mano: Y debo de tener razón, ahí viene montado en su caballo. Era el caballo el que traía a Skarphéðinn a casa, él no veía bien con el jersey ensangrentado tapándole la boca y la nariz, la cabeza inclinada hacia atrás, el pobre hombre estaba seriamente herido, las mujeres salieron dando gritos. Le ayudaron a desmontar, le guiaron hasta el cuarto de huéspedes, se pusieron todas a su alrededor, le sacaron las botas y las ropas, le quitaron el jersey de la cara y se lamentaron a gritos. Karitas huyó al establo.

Skarphéðinn recibió los mejores cuidados de que se disponía allí. Le limpiaron la cara con alcohol, la untaron de bálsamo, examinaron la nariz con el máximo cuidado, no estaban seguras de si estaba rota o si la ternilla se había desviado, pero él dijo que tenía un dolor horrible, y ellas se desesperaban por no poder quitárselo. Tenían gotas de alcanfor, gotas Hoffmann y cordiales, pero no analgésicos, solo algo para el estómago y los gases, y tras deliberar entre ellas un rato, decidieron darle eso, siempre sería mejor que nada. Luego le ofrecieron págalo asado para comer.

Las focas las arrastraron hasta la casa. Hallur se ocupó de despellejarlas y salarlas, raspar las pieles y colgarlas a secar en la puerta del almacén, y al día siguiente comieron carne fresca de foca, con tocino de foca salado el año anterior. Karitas no tenía apetito de carne fresca, ni de págalo ni de foca. Le daban asco las dos, lo que no causó malestar a nadie porque en esos días a nadie le importaba su apetito o su falta de apetito. Sus chicos se mostraban evasivos si intentaba hablar con ellos, estaban todo el rato con el héroe acostado en el cuarto de huéspedes, ciego de los dos ojos. En la comarca no habían visto jamás en la vida unos ojos tan amarrotados, rojos y violáceos, y hundidos. Parece un monstruo, se decían los chicos en voz baja. Karitas fingió indiferencia, vació los orinales de toda la gente después de un sueño breve e intranquilo, sacó con la pala los excrementos del ganado, porque el otro estaba incapacitado, se pasó el día entero inclinada sobre el barreño de fregar, con los ojos inyectados de sangre.

Cuando los hombres se fueron, bordeando el mar, al cabo Ingólfshöfði a cazar frailecillos y araos, Auður llamó a Karitas, que estaba junto al arroyo arrancando a golpes la porquería de los calcetines; en la cocina la esperaba el café recién hecho. Karitas sabía que había llegado el momento de recibir una severísima amonestación, y dijo en cuanto tuvo ocasión: Nunca tuve intención de pegarle. Auður enarcó las cejas: ¿Pegarle? No, estoy totalmente segura de que no tenías ninguna intención de hacerlo, pero he estado dándole vueltas al asunto y creo que estar al aire libre no es suficiente para librarte del insomnio. El cuerpo obedece a la voluntad del alma, eso es lo que yo creo, de modo que lo mejor, cariño mío, será preguntarte si hay algo que aflige tu espíritu de alguna forma especial. A lo mejor es que estoy endemoniada, dijo Karitas, rendida. Auður se atragantó y preguntó en voz baja si veía difuntos. No, no he visto ninguno, respondió Karitas, aunque no estuviera del todo segura, y añadió que a lo mejor era por culpa de los ronquidos de los demás, no quiso especificar que eran sobre todo los procedentes de la alcoba de matrimonio, pero lo cierto era que tampoco podía dormir cuando no roncaba nadie. Profundamente pensativas las dos, estuvieron sorbiendo la ardiente infusión hasta que Auður preguntó, como si simplemente se le acabara de ocurrir la idea, si le haría el favor de pasarse un momento por la granja del centro a llevarle a Þorgerður el *Consejero práctico para la mujer*. Justo después del almuerzo, mientras los hombres dormían la siesta, así la encontraría menos atareada. Debía darle las gracias por prestárselo, y decirle a Þorgerður que había probado la receta del fricasé de cordero, «y mira a ver si me podría dejar los poemas religiosos del Hombre del Norte, que quiero leerlos». Las señoras de las granjas de la comarca no tenían por costumbre perder el tiempo yendo a las otras casas, tenían otras cosas que atender, solo se veían cuando había misa o reuniones de otro tipo, o cuando se reunían para tejer. Nunca se visitaban, excepto que hubiera algo urgente que solucionar, o si tenían que usar el teléfono o dar un recado, cuando tenían que llevarle a alguien el horno de pan o, en contadas ocasiones, para tomar prestado un libro o para devolverlo. Pese a lo limitado de su trato, todas lo sabían todo sobre todas las demás.

Þorgerður, que era mayor que Auður, una mujer seria y de hablar pausado, cogió el libro, le dio vueltas entre las manos por unos momentos, dijo: ¿Usó alguna de las recetas? Sí, la receta del fricasé de cordero, dijo Karitas, y ahora quería que le prestases el libro de poemas religiosos del norte. Ah, eso dijo, preguntó Þorgerður pasando la mirada por el prado cercano. Ah, pues habrá que buscarlo. Y añadió en voz baja: Siéntate aquí al sol en esa banqueta mientras busco el libro para que se lo lleves, pero tenemos que hablar en voz baja porque los hombres fueron a acostarse. V volvió al poco, sin libro, y con otro taburete, se sentó a su lado, qué tiempo tan estupendo que hace, y dijo como si para ella no representase novedad alguna: Sí, la buena de Auður está fascinada por la religión. ¿Quizá tú también, tú lees mucho la Biblia? Karitas dijo que prácticamente nunca, pero que cuando era pequeña sí que la leían mucho en casa. Þorgerður preguntó si creía en Dios y en Jesús el Cristo y Karitas dijo que pensaba que sí, aunque últimamente no había pensado demasiado en ello. ¿Cuánto crees?, preguntó Þorgerður de sopetón, y Karitas se quedó muda de sorpresa ante una pregunta como aquella tan poco tiempo después del almuerzo, y dijo: Ya, bueno. Añadió entonces, casi se le trastabillaba la lengua, que no iba a la iglesia más que cuando no había otro remedio, que allí había siempre un lío horrible. Þorgerður bisbiseó: No habrá habido nada dando vueltas a tu alrededor, ¿verdad? ¿Como qué?, preguntó Karitas, extrañada. Þorgerður le dijo que no tenía por qué hablar tan fuerte, le hizo chis y miró a su alrededor: ¿No habrás visto ningún difunto últimamente? No, respondió Karitas sin vacilar, con el rostro de la mujer casi pegado al suyo. Ah, vaya, bueno, entonces estupendo; pero si te llegara a pasar, lo mejor que puedes hacer es colocar la Biblia en la almohada y rezar y rezar sin parar. Piensa en Dios y en Jesús el Cristo, intenta imbuirte de Él, deja que fluya sobre ti, que se sumerja en ti, sé un reverbero de Su vida. Karitas tuvo la sensación de que la mujer se estaba ahogando, se inclinó sobre la pared, cogió unos ranúnculos que sobresalían en el muro de piedra y los agitó delante de la nariz de la señora, como si de un abanico se tratara, y dijo con cierta irritación: Ni el padre ni el hijo celestiales me han prestado jamás ayuda alguna, me arrebataron a un hijo y a mi hermana. Luego permitieron que Bjarghildur se llevara a mi hija. A lo mejor me estaban castigando por viajar al extranjero cuando mi obligación era quedarme con mi madre, mis hermanos y mis hermanas. Bjarghildur dijo que el demonio me acompañaría a cada paso, porque él se instala en las almas de quienes traicionan a sus amigos. Þorgerður le cogió la mano, ladeó la cabeza y susurró: En la hora de la angustia aparece todo género de dioses que se asemejan más a demonios que a personas, pero no dejes que te reconcoman el remordimiento, vuelve tu rostro hacia el Señor, dile que estás arrependida y ruegale que te conduzca hacia la luz. Karitas habló en alta voz: ¿Quién dice que tengo remordimientos? Más bien creo que es Bjarghildur quien debería tenerlos, me arrebató la niña y ahora está embarazada, ¡con cuarenta cumplidos! Þorgerður se encogió al tiempo que la mandaba callar, pero Karitas ya no podía detenerse: ¡Pero por suerte ya no tendré más hijos, porque el amor me está vedado! Se levantó hecha una furia y se habría marchado a todo correr si Þorgerður no la hubiese agarrado por el chaquetón. Le dio unas palmaditas para calmarla, carraspeó y dijo vaya vaya sin decir nada comprensible, luego añadió que iba a entrar un momentito a por el libro para que se lo llevara a Auður. Al poco volvió a salir con el *Consejero práctico para la mujer* en una mano y un lápiz en la otra, y le susurró que resultaba que no había encontrado el libro de los poemas religiosos, que probablemente se lo habría prestado a alguien, pero le pidió que le volviese a llevar aquel libro a Auður, «dile que pruebe la receta de los risoles, a mí me resultaron francamente exquisitos. Y dale recuerdos de mi parte, bueno, y dile que creo recordar que Hildigunnur tiene unos poemas de amor de un Hombre del Norte. A lo mejor le apetece leer eso, y a que no encuentro los poemas religiosos».

Esa noche, en vela, intentó llegar a una conclusión sobre si creía o no en Dios. No estaba nada segura, pero envidiaba a quienes estaban dispuestos a dejar que Cristo

fluyera sobre ellos. Estaban tan seguros de su propia existencia... Ellos no pasaban las noches en blanco. Hasta ese momento se había forzado a sí misma a quedarse quieta y en silencio en la cama, cambiando si acaso de postura, pero empezó a dolerle la espalda y se tuvo que sentar. Se sentó y miró con ojos entumecidos a sus chicos y a las otras personas que dormían, se recostaba y volvía a sentarse, dormitaba unos minutos, se despertaba con un respingo por el zumbido de los abejorros. Algunas mañanas se despertaba como una anciana décrepita que hacía improbables esfuerzos para salir de la cama, porque eso alargará la espera de la muerte.

Auður la miró preocupada mientras comía penosamente las gachas con cuajada, y dijo: El sueño no puede contigo, cariño mío, eso está más que claro.

Pero era curiosa la avidez lectora de Auður en pleno verano. Una preciosa tarde estival, cuando los hombres y los muchachos se habían ido a los bajíos a echar redes para anguilas y pescar truchas, le dijo a Karitas, como si hubiera tenido de pronto una ocurrencia: Oye, a lo mejor podrías ir un momento a ver a Hildigunnur en la granja de levante a por ese libro tan chulo que dijo Þorgerður. Pienso que su gente habrá ido a algún sitio a entretenerse, de modo que estará sola y no verá mal un poco de compañía. De paso podrías llevarle el *Consejero práctico para la mujer*; en la última misa dijo algo de que quería hacer tarta princesa al estilo sueco. Dile que en el libro hay una receta de eso.

Otra vez tuvo que recorrer Karitas a grandes zancadas el prado y desde la granja de levante llegaba una canción cuando se acercó, o más bien el canturreo de quien cree estar solo, y cuando apareció en la explanada de delante de la casa, la señora se llevó un buen susto. Aspiró el aire con la boca muy abierta como si la hubieran pillado in fraganti, llevaba en las manos una prenda de vestir que se apresuró a arrebujar, sobre las losas y la hierba había vestidos y faldas extendidos. En la pared de la casa colgaba el vestido tradicional, saludando solemne al sol vespertino. Estaba aireando, sí, aireando mis trapos, dijo jadeante, y giró sobre los talones como si intentara decidir si era mejor continuar con la labor o si resultaría preferible recogerlo todo, ya que tenía visita. No quiero interrumpir, dijo Karitas, solo venía a buscar los poemas de amor del Hombre del Norte, para Auður, y a dejarte a cambio el *Consejero práctico para la mujer*, incluye una receta de la que habías estado hablando, al parecer. Hildigunnur se estaba recomponiendo, cogió el libro, miró a Karitas un instante: Ah ya, eso te dijo. Lo dijo Auður, claro. ¿Te acuerdas de qué receta era? Karitas se acordaba perfectamente porque las princesas están relacionadas con las historias de amor y felicidad eterna, cosas que, una vez obtenidas, hacían que la vida de las señoras de su casa volviera a transitar por los derroteros convenientes. La mujer entró con el libro, dijo que iba a buscar unos refrescos para las dos, y Karitas se acomodó sobre un taburete en medio de los vestidos, con la sensación de estar en compañía de buenas mujeres. Hildigunnur volvió con paso ágil, llevando una bandeja con vasos de leche y bizcocho de Navidad, dijo como si no recordara bien de qué iba el asunto: Bueno, así que la buena de Auður quiere los poemas de amor, ¿no era eso? Luego busco el libro. Bueno, no es ninguna tontería leer cosas sobre el amor, Karitas, querida, porque es muy complicado y una persona normal y corriente no consigue hacerse con él cuando raya en el frenesí. Tú deberías saberlo perfectamente, ya que estás casada. ¿Has sabido algo de tu marido? No, respondió Karitas, más interesada en el bizcocho que en su marido desaparecido. Hildigunnur se acercó despacito: Es de lo más raro que ese hombre no se deje ver nunca, con la esposa tan buena y tan guapa que tiene, porque sabrás, Karitas, que eres un auténtico deleite para la vista. Karitas no encontró motivos para contradecir sus últimas palabras; saboreó el bizcocho, se puso un poco enfadada: Sí, habrá encontrado alguna italiana y se habrá olvidado de que está casado. La voz de Hildigunnur tembló un poco al hacer la pregunta, porque era un tanto indiscreta: Pero ¿tú no le has olvidado a él, sigues pensando en sus abrazos? Bah, qué más da, dijo Karitas, que siguió masticando. Hildigunnur frunció el ceño: Vaya, corazón, ¿por qué no te decides a rehacer tu vida? Ni me lo planteo, dijo Karitas con voz gangosa. Hildigunnur se irguió, se estremeció al ver que el asunto tomaba un rumbo nuevo: Come más bizcocho, más bizcocho, te aseguro, mi querida Karitas, que tal como veo yo las cosas, ninguna mujer debe ir sola por la vida. Las mujeres que lo hacen se ven en la tesitura de ir languideciendo con el tiempo, cada año están más flacas porque no tienen un hombre que lleve el sustento a la casa, no tienen más remedio que aceptar lo que los demás quieran darles. El hogar de las mujeres está en el abrazo del hombre, solo allí se les hace corto el tiempo. Karitas dijo: Menuda tontería, por lo que yo sé, Auður está contenta y feliz y no tiene marido, y por lo que veo, tú sales adelante sola perfectamente en la granja, acabas de sembrar tus ropas por todas partes, como si fueran semillas en el surco.

Este último comentario no debía haberlo hecho, Karitas se arrepintió al momento. En realidad, la ocurrencia no era nada estúpida, y además le permitía imaginar un tema estupendo para un cuadro. Pero las ropas extendidas por allí se convirtieron de pronto, por algún motivo, en algo desagradable para las dos. Saltaba a la vista que Hildigunnur ardía en deseos de recogerlo todo, no paraba de toquetear su falda, pero se contenía, evidentemente estaba decidida a conservar la dignidad, solamente dijo: Ah, vaya, ya entra la brisa. Será mejor que vaya a por el libro. Volvió con el grueso *Consejero práctico para la mujer*, dijo que acababa de acordarse de que los poemas amorosos del Hombre del Norte los había prestado: Pero devuélvele el libro a Auður, de momento no tengo horno, está estropeado, según me dicen, pero en cambio tengo aquí una estupenda receta de la tarta Alexander, por si a Auður le apetece. Le entregó el libro, le dio saludos de despedida y estuvo a punto de dejarlo ahí, pero no pudo contenerse, seguramente quería tener la última palabra en lo que habían estado hablando, y le soltó con voz estridente: ¿No se te ha pasado por la cabeza que a lo mejor tu marido está muerto?

Auður estaba en el establo, sentada encima de la calavera de un toro grande mientras ordeñaba, en profunda conversación con su hija Hallgerður, cuando Karitas entró como una tromba, con gesto hosco, y le entregó el libro: ¡Aquí tienes otra vez este maldito libro de recetas del demonio! No sirve de nada. Continuó entonces: Y no pienso volver a ir de acá para allá para que las tías esas me suelten sermones. ¡No están bien de la cabeza, ahora va tu amiga de la granja de levante y me suelta como si tal cosa que mi marido está muerto! Madre e hija ladearon la cabeza y la miraron atentamente. Pero no pareció que la afirmación de que su marido podía haber muerto afectara a Auður, al contrario que los comentarios de Karitas sobre las vecinas. Se puso en pie, carraspeó varias veces, se apretó el libro sobre el pecho mientras iba de un lado a otro del establo, muy pensativa, dio unas palmadas en el lomo a las vacas, una tras otra, y dijo: Muchos creen que las vacas son estúpidas, pero es porque no tienen ni idea. Cuando llueve, vuelven a casa ellas solas, esperan hechas una sopa delante del establo y te miran con ojos de reproche. Unas son sensatas, otras son bobas. Esta, *Héla*, por ejemplo, es grande y fuerte, muy señorona y bondadosa. En cambio, *Rifa*, la del pesebre de al lado, tiene un carácter desabrido, aunque cada día se vuelve más dócil, mira las palmadas que le doy, parece que no quiere, sacude la cabezota pero levanta el rabo y eso la traiciona. Bueno, y esta es *Sunna*, siempre muerta de curiosidad y de lo más presumida. Y esta de aquí es *Rauðbrá*, la más bonita de todas. Estupenda, con unas formas magníficas. Auður acarició a la vaca: Y tiene unos ojos preciosos. Y la vaca miró con ojos de admiración a su dueña. Y esta continuó: Y está siempre lavándose, nunca se le ve una mancha, la piel siempre le huele estupendamente. Y Auður metió la cara en la piel y la olió, y la vaca también la olisqueó a ella con cariño. Y Auður suspiró, se acercó al siguiente pesebre: Y mi *Hyrna*, que parirá en otoño y que por eso aún no da leche, siempre muy tierna pero nunca se queda quieta. Y luego tenemos a *Dúlla*, que es la más pequeña y más fresca, y *Frekja*, que cuando era pequeña le robaba la leche a las demás terneras, y esta es *Lína*, la más sabia de todas, y luego esta, *Madame Fenja* en persona, una estupenda vaca lechera.

Auður se detuvo en el centro del establo, sosteniendo el libro de cocina en las manos con humildad, como un sacerdote que sostiene en las manos el libro de salmos, ladeó la cabeza, miró al infinito con melancolía. El sermón había concluido. El mensaje había llegado a su destino. Karitas miró unos instantes a las *mesdames* del establo. Hizo una inclinación ante las señoras. Y salió caminando de espaldas.

Hace falta mucha luz para pensar con claridad, dijo la señora de la casa un sábado por la noche, mirando distante por la ventana de la cocina. A nadie se le pasó por la cabeza responderle, pues estaban comiendo y además ya se habían acostumbrado a sus reflexiones sobre lo divino y lo humano, que con frecuencia carecían de cualquier relación con el tema de conversación hasta ese momento. Como todos esperaban, no añadió nada más. Las noticias de la radio ya no se vieron alteradas por parloteos innecesarios, y todos olvidaron al momento las palabras que había pronunciado. Sin embargo, Karitas las recordó doce horas más tarde. Después de las noticias de las diez, esa misma noche, cuando las mujeres ya se habían lavado y los hombres estaban enredados con las antiguas sagas, todos habían empezado ya a bostezar y farfullar un «ah, ya» cada dos palabras, Auður dijo que andaba con idea de subir al monte al día siguiente a recoger hierbas, y que se llevaría a Karitas. Que volverían tarde. Todos dijeron sus ah, ya, excepto Hrefna, que dijo que quería ir también, pero Auður repuso que no era posible, pero que le dejara sus zahones a Karitas, y la chaqueta de lana, allí arriba haría bastante frío a primera hora de la mañana. A Karitas ni le preguntó. Pero se quedó pasmada y dijo: No me hace ninguna falta subir a la montaña, las montañas me aburren, de esas caminatas lo único que saco es dolor de piernas, ¿hay que ir ahora, no se hace siempre en primavera, es que no puede ir Hallgerður? Pero Auður repuso: ¿Te parece que es demasiado pedir que por una sola vez me acompañes a recoger hierbas? Punto final. Sacaron las ropas de más abrigo. ¡Pero si es verano!, dijo Karitas casi chillando. No obtuvo respuesta. La señora de la casa preparó comida para las dos en una bolsa de cuero, y seguía aún en ello cuando Karitas se fue a acostar. Poco antes de la hora en que solía desaparecerle el sueño, la despertaron. Miró a Auður malhumorada y dijo en voz baja: ¡Pero si aún es noche cerrada! Tampoco esta vez obtuvo respuesta.

A las tres de la madrugada se pusieron en camino hacia el este, cruzando el prado, con mochilas a la espalda y bastones de caminar en las manos, tomaron la dirección de la ladera que subía desde la granja de más arriba, y que enseguida se hizo muy escarpada. A esas horas, los pájaros están en silencio. También ellas iban en silencio, dejaron atrás la pendiente, Karitas no entendía por qué habían tenido que salir tan temprano, ella había pensado que se pondrían en camino quizás a las seis, o más tarde, cuando el sol se hubiera llevado la calima. Llegaron a una zona llana, y entonces preguntó, por fin: ¿Por qué salimos tan temprano? Para llegar antes que el sol, respondió Auður, y entonces alcanzaron otra pendiente, casi cortada a pico. Auður trepó por ella, decidida y con paso seguro, Karitas se arrastraba por detrás, resbalando casi a cada paso. Empezó a sudar, las pantorrillas le dolían, le tiraban las ingles, el corazón parecía salirsele por la boca, se detuvo, se puso la mano en el pecho. Había perdido de vista a Auður en la niebla azulenta. Se le pasó entonces por la cabeza la idea de que a fin de cuentas esa mujer no era más que una rencorosa, que pretendía vengarse de la agresión a su hijo, que su intención era hacer que se perdiera en las montañas. Miró hacia atrás, vio a sus pies un precipicio, se sintió mareada, confusa, pensó: No puedo ni subir ni bajar, me moriré aquí. Oyó entonces que la llamaba: Sube hasta aquí como puedas, descansaremos un poco. Babeaba de cansancio cuando alcanzó a Auður, tuvo que tumbarse cuan larga era en la cuesta, agotada, pero Auður se sentó bien tiesa, miró en torno suyo con gesto risueño aunque no se veía demasiado lejos, dijo: Pero qué tiempo más bueno. Abrió la bolsa, sacó una botella: Venga, bebe un poco de agua y te sentirás mejor. Karitas lo dudaba, la noche seguía metida en su cuerpo, preguntó sin fuerzas cuándo empezarían a recoger hierbas. Ya falta poco, respondió Auður tirando de ella para ponerla en pie. Otra vez andando con terrible esfuerzo detrás de la señora, le parecía una eternidad, no veía nada más que el desgajadero, dio un traspie en las piedras, cayó al suelo y gimoteó: Auður, sigue tú sola, yo me vuelvo abajo. Auður se sentó entonces a su lado, también ella estaba un poco fatigada, y abrió la bolsa: Vamos a tomarnos unos trozos de pan, luego continuamos un trecho corto, muy, muy despacito, y lo peor habrá pasado. Qué alto crecen las hierbas, se lamentó Karitas.

Llevaban muchísimo tiempo trepando, ya estaba irritada y molesta consigo misma cuando Auður dijo: Ya ha terminado lo peor. Ella también se dio cuenta y respiró más contenta, pero entonces vio el glaciar por delante, en todo su esplendor, y se sintió sobrecogida: Auður, ¿no hemos ido demasiado lejos?, aquí no hay ni una mala hierba. No obtuvo respuesta, empezó a sospechar que la mujer no estaba en sus cabales, probablemente se había extraviado por completo, aunque no lo quiso decir. Fue tras ella mientras pensaba qué debería hacer en esos momentos, la cogió del hombro y preguntó con voz alegre para no asustarla: Oye, Auður, ¿has llegado alguna vez hasta aquí? Sí, respondió Auður, como quince veces. Y le dio uno de los bastones y continuó, resuelta. Llegaron a la nieve. Un nevero muy duro. Ella siguió detrás de Auður con fría inquietud en el pecho, hasta que la señora se detuvo y dijo: Hemos llegado a Sléttubjörg, tenemos que ir al este, hacia Kambabrunir, para mirar las montañas desde allí.

El sol matutino, recién despertado, hacía cosquillas a las cimas de las montañas, mientras por debajo de estas, en las tierras bajas, seguía reinando la bruma. Karitas no había visto nunca montañas desde arriba, se quedó sin respiración. ¿Son así desde arriba?, dijo atónita, y Auður asintió, con gesto beatífico: Sí, ¿no son preciosas mis montañas? Karitas hubo de hacerse a la idea ineludible de que se hallaba en las cimas más altas de su país, que había llegado allí sola y sin ayuda, tan grande había sido su coraje, abrazó a Auður rebosante de felicidad: ¡Imagínate, estoy aquí arriba! Las dos rieron. La belleza del lugar las llenó de solemnidad. Debemos de estar a mil doscientos metros de altura, dijo Auður. Es bueno reparar desde aquí arriba, con los ojos, la propia vida. Rememorarla, escoger de ella lo mejor y guardarlo, quitar lo peor y tirarlo. ¿No lo recuerdas todo en un mismo instante? Karitas miró las cimas de los montes, llanas unas, afiladas otras, cada una representaba un capítulo de su propia vida, tuvo la sensación de que era capaz de recordarlos todos, excepto uno, quizá; había un capítulo que no recordaba. Lo recuerdo todo, menos los días justo antes de venir a vivir a Öraefi, dijo; tampoco recuerdo el viaje por mar a Hornafjörður, o cuando vadeamos los ríos. Fueron malos días.

La experiencia más amarga se vuelve útil en algún momento, dijo la mujer de Öraefi con voz más oscura de lo habitual. Miró hacia atrás la blanca extensión, deseosa de seguir avanzando. ¿Avanzar?, dijo Karitas, recelosa, aunque un momento antes su humor era muy otro, ¿cuándo empezamos a recoger hierbas? Al bajar, respondió Auður con la mayor tranquilidad. Pero esto es peligrosísimo, exclamó Karitas, ¡la gente se cae por las grietas y se mata! Auður la miró con gesto severo: La vida está repleta de grietas. Porque cada paso que damos es muy importante. Las personas caen en las grietas, pero con coraje y perseverancia consiguen salir de ellas. ¿Has caído tú en alguna grieta? ¿No sigues tú dentro de una? Continuó en un susurro: Las grietas están cerradas todavía. Ahora bajaremos a la punta del roquedal y comeremos algo de nuestras viandas.

Karitas apoyó el bastón en el suelo, miró hosca a la mujer que tenía delante, no habría debido despojarla de la alegría del viaje haciéndole recordar los malos tiempos, buscó con todas sus fuerzas palabras hirientes para pagarle con la misma moneda. Aún no las había encontrado cuando se sentaron con los hatos de cuero que Auður sacó de su bolsa, pero las grietas de su vida hicieron más profunda la herida de su mente. Devoraron cabeza de cordero salada, patatas cocidas, pan negro con una gruesa capa de mantequilla, y Karitas seguía enfadada. Auður dijo entonces: Tu madre es una mujer con todas las de la ley. Pierde a su marido en el mar y se lanza al mundo con seis hijos para conseguirles una educación. Da la vuelta al país entero con ellos, metidos todos en una bodega oscura, pero llega a su destino, se dedica a limpiar pescado y a tejer prendas de lana, y logra que todos sus hijos vayan a la escuela. Esa mujer jamás perdió de vista su misión. Las gentes de los Fiordos del Oeste siempre han sido recias. Y personas muy metidas en la magia, desde luego. ¿Y ella también?, dijo Auður. Karitas dijo: Sí, y también creía que estaban llegando nuevos tiempos para las mujeres, una nueva era, eso decía, una nueva era para las mujeres. ¿Ah, sí, eso decía?, siguió Auður. Luego la miró directamente a los ojos: Bueno, cariño mío, ¿qué tal si nos metemos en el glaciar?

Karitas no podía creer a sus oídos. ¿Estás diciendo, preguntó, señalándose a sí misma con el dedo, que nosotras dos, unas mujeres, que nosotras vamos a subir al glaciar? Auður arqueó las cejas, sonriente: Hay mujeres que han subido ya al glaciar, eso lo sabes tú tan bien como yo. La última vez fue hace dos años, una excursión hasta aquí arriba con los chicos, ¿te acuerdas, cuando tú no quisiste acompañarnos? ¡Sí, pero ahora somos solo dos!, dijo Karitas. ¿La caminata va a ser más difícil porque seamos solo dos?, preguntó Auður. Yo me conozco al dedillo estos andurriales, vengo por aquí con cierta regularidad, así se refuerzan los pulmones, añadió. Guardó las vituallas y se puso en pie: ¿No sería magnífico ir hasta ese picacho de allí que parece un botón, nunca lo habrás podido ver desde la playa, para poder contarle luego la hazaña a tus hijos? Estarían la mar de orgullosos de su madre. Karitas pugnaba consigo misma, sin saber qué contestar, y Auður se aprovechó de ese momento de vacilación. Cogió la bolsa de Karitas, sacó los crampones, dijo que tenían que atarse una a otra, sacó una cuerda de su bolsa, se la ató a la cintura, anudó el otro extremo a la cintura de Karitas dejando una buena distancia entre las dos, y dijo: Bueno, se hace así, y ahora vamos allá.

Un velo de bruma cubría la absoluta blancura del glaciar, Karitas luchaba con imágenes y memorias de su vida, era como si exigieran volver a la vida en aquella calma letal. Algunas eran claras, coloristas, otras indistintas, grises, desaparecían en la niebla, aparecían de nuevo, desaparecían, aquella calma la alteraba. Se detuvo. ¿Qué pasa ahora?, preguntó Auður. Es como si el silencio me estuviera devorando, bisbiseó Karitas, poniéndose una mano en la cabeza. Auður tiró de ella para hacerla avanzar. Al poco volvió a detenerse. ¿Estás segura de que este es el camino correcto, y si nos perdemos con la niebla? Aquí todo es blanco, muerto, no hay punto alguno de referencia. Auður gritó hacia su espalda: Yo voy por el camino correcto, pero ¿vas tú por el camino correcto? Si alguna vez has tenido la sensación de estar en el camino correcto, intenta encontrarlo de nuevo.

Karitas había renunciado a entender a aquella persona y, lo que era aún peor, había renunciado a entenderse a sí misma: No estoy bien de la cabeza, esto no es real, estoy en medio de un sueño, soy un fantasma. Cuidado, aquí delante hay una grieta pequeña, oyó que decía Auður, tenemos que pasar por un puentecito. Karitas se sujetó bien a Auður, sin mirar a izquierda ni derecha, no podía pensar en su propia vida pero tampoco en su propia muerte, tuvo los ojos clavados en la nuca de la mujer hasta que dejaron atrás la grieta. Para entonces no tenía ya energías para reprocharle haberla arrastrado a aquel infernal recorrido. Pensaba: Quizás estoy durmiendo, o muerta, y no lo sé, y entonces vio en su mente a Halldóra y a Kára y a su hijo pequeño, que solo una vez había llegado a abrir sus ojitos claros, y de pronto se sintió bien allí arriba en aquella niebla y aquel silencio de inmensa blancura, poder pensar en ellos en paz, poder sentirlos, caminaban a su lado, escalaban con ella hacia una altura infinita, y ella miraba tan solo hacia abajo. Sentía la respiración y los latidos de su corazón tan ruidosos en aquel silencio insondable, ansiaba poder expresar aquella sensación pero era incapaz de hablar, como si al hacerlo pudiese molestar incluso al Todopoderoso. Se sobresaltó cuando Auður dijo: ¿Qué te parece nuestro botón, te gusta? Karitas miró hacia arriba, sin prestar mucha atención. Miró el blanco promontorio. Es un cerro, confirmó. Bien dicho, dijo Auður. Ahora, vamos a tomar un bocado.

Mientras comían los alimentos gélidos, se le vino a la cabeza la idea de que habían alcanzado el destino final del blanco viaje. El sol había ajustado las cuentas a la niebla, le había hecho saber bien claro quién mandaba en un país tan cercano al cielo, Auður y ella estaban envueltas en la claridad del cielo sin nubes. No se encontraba mal, todo lo contrario, por eso no temía el descenso, ya conocía el camino. Entonces dijo Auður: Mira al noroeste, allí verás la cima más alta del país, ¿no es preciosa, iluminada por el sol, no te apetece subir allí? No, mi querida Auður, rio Karitas, porque sabía que la mujer estaba bromeando, hasta allí no voy. ¿Hasta dónde quieres llegar, entonces?, preguntó Auður. Nos queda muy poco hasta la cima después de esta subida larga y dura. ¿No lamentarías toda tu vida haber dejado que el desánimo te

impidiera llegar hasta arriba? Dejo la decisión en tus manos, cariño mío. Tú decides adónde vamos. ¿Subimos a la cima, o descendemos?

En lo más hondo ya imaginaba que el viaje no había concluido, aunque se hubiera hecho ilusiones de lo contrario. Pero no veía ningún sentido en seguir subiendo, el paisaje no podía ser muy distinto allí arriba, pero al mismo tiempo, la flojera de ánimo estaba muy mal vista en la comarca de Öraefi. Bueno, podríamos seguir un poco más, si te empeñas, balbuceó, responsabilizando a Auður por aquella temeridad. Tú decides, dijo Auður, así que vamos allá.

Caminaron por la llanada del glaciar con el sol riendo en la mejilla derecha, y ella pensó que lo mejor sería aguantar, de todos modos jamás volvería a subir a las montañas, se lo prometía a quien las hubiera creado. Y sin embargo se extrañaba de lo descansada que se sentía de pronto, poseía una energía extra cuya existencia jamás había imaginado, y su mente gozaba de una calma extraña, como si sus pensamientos hubieran huido de ella, se sentía mucho más ligera. La pesadez del silencio desapareció, todo se volvió leve y libre. Es como si estuviera entrando en el reino de los cielos, pensó. Y le apeteció hablar, charlar, aunque no sabía de qué, hacía tanto tiempo que no charlaba despreocupadamente, pero de pronto recordó a Pía, que quería ver los trols de las montañas, y dijo hablando sola, pues la mujer que la precedía no era nada charlatana, que lo que Pía tenía que haber hecho era preparar a este glaciar, pues ella nunca tuvo lo que se dice un monte cerca, y al mencionar a Pía se vio impulsada a describir mejor su personalidad y sus ideas, y le habló a Auður de los años del arenque y de su estancia en Þrastabakki, cuánto se interesó Pía por la fabricación del vino y cómo empinaron el codo las dos en el cementerio, y le dio tal ataque de risa que se dobló y tuvo que detenerse para sujetarse la barriga. Y Auður se detuvo también, pues las dos estaban unidas por la cuerda, y la dejó que se hartara de reír, y no había hecho más que recuperar la compostura y pudieron seguir un trecho, cuando se le vino a la memoria el recuerdo de lo que hizo Bjarghildur al enterarse de que Pía había desaparecido con su caballo favorito, siguió imparables, describiendo los gestos de su hermana con las almohadas en las manos, en la buhardilla donde estaba con Sigmar, que le cerró la puerta en las narices, y si conocía bien a su hermana, con lo presuntuosa que era, seguro que un día se vengaba y le cerraba a él la puerta en las narices.

¿No lo ha hecho ya?, dijo Auður, cortante. Karitas se quedó inmóvil. Fue como salir de un trance. Ya estamos en la cumbre, dijo Auður, vamos a sentarnos ahí, al noreste, a descansar un poco. Se dejaron caer sobre la nieve, sin decir nada, Karitas sentía opresión en el pecho, un zumbido en los oídos, como si la cabeza se estuviera llenando de inmundicia, le dolía el cuerpo y se sintió inmensamente cansada. Y entonces dijo Auður, dándole unos golpecitos en el muslo: Aquí no comeremos nada, lo habitual es comer en la cima. ¿En la cima?, preguntó Karitas, alarmada. ¿Piensas subir toda esa cuesta?, dijo, contrariada. Y no esperó respuesta, porque en ese momento fue como si todo se rompiera en su interior, como si los diques cedieran ante el empuje de la marea y los guijarros se desperdigaran por su cuerpo, no tenía más remedio que echar fuera aquel horror, aquel maldito salitre. Las lágrimas se derramaron por sus mejillas como un alegre arroyo liberado del hielo, se le llenó la nariz, se encontró con un problema apremiante, no tenía pañuelo, intentó echar los mocos soplando a izquierda y derecha, cerrándose el agujero contrario de la nariz, los mocos acabaron en sus pantalones. No acabo de entenderlo, sollozó mirando a su alrededor. ¿Por qué me siento así en un lugar desprovisto de toda clase de vida? Auður dijo: Por el fuego que hay debajo de ti. No se movió pero miró al cielo, ladeó la cabeza como si estuviera escuchando el canto de pájaros lejanos. Luego metió la mano en su bolsa, sacó un paño de cocina: Toma, suénate con esto, cariño mío. Lo he perdido todo, lloró Karitas sobre el paño, a mis hijos, a mi hermana, a mi Kára, a mi marido, todo ha desaparecido, todo ha desaparecido. Auður le acarició la espalda, firme y decidida: Desde el momento mismo en que nacemos nos estamos dirigiendo hacia la muerte, y no está en tu mano impedirlo, y tampoco en la mía. Pero cuando perdemos algo podemos llorar, eso sí que está en nuestra mano. Ay, Auður, es tan terrible perder a un hijo, no hay nada tan espantoso en el mundo. Uno se pierde a sí mismo en el camino. Y ahora Dios se está vengando de mí, lloró Karitas. ¿Por qué iba a vengarse de ti, y no de mí?, dijo Auður. Hay tantas cosas que no sabes, tampoco las sabía Karlína, por eso no te las pudo contar aunque te lo dijera todo sobre mí, nadie las sabe. Lloró aún más fuerte. Auður le dio unas palmaditas: Todos tenemos secretos, yo también tengo uno pequeño, pero me lo guardo, pues así ha de ser. Sería un espanto que todos se dedicaran a destapar sus secretos por todo el mundo habitado. Tú te perdiste a ti misma, eso es cierto, pero no intentes volver a encontrarte. Eso no es posible jamás. Busca otra Karitas nueva. Y ahora dime si subimos a la cima o no. Tú decides. Karitas miró la pendiente con desgana: ¿Hay más cimas por aquí? Esta es la última cima, dijo Auður con energía, poniéndose en pie. Ay, a mí no me importa nada lo que hagamos, lloró Karitas, escondiendo el rostro en las manos. Pues bueno, eso significa que vamos a la cima, dijo Auður, así que levántate, podrás seguir con tus lloros mientras subimos.

Y así lo hizo. Dejó que Auður la llevara a la cima más alta del país sin dejar de llorar. De la nariz brotaba más agua cuando se hacía difícil plantar el bastón en la nieve helada, tenía que parar para sonarse con el paño de cocina mientras Auður esperaba. Miró el terreno, dijo que era toda una diferencia llevar buenos zapatos y crampones, sacudió la cabeza como recordando el calzado que se usaba en los viejos tiempos. Daba un tirón de la cuerda cuando quería que siguieran avanzando, y a veces tenía que ponerse a cuatro patas para vencer la resistencia de Karitas, cada vez que esta se veía acometida por un nuevo acceso de llanto y casi no podía tirar de ella. Habían ascendido buena parte del camino, jadeantes las dos, cuando Auður se detuvo de repente, miró hacia atrás y dijo: A pesar de todo lo que has perdido, te queda algo intacto, el arte. Creo que eres una artista grandísima y que te harás famosa. ¿Eso crees?, preguntó Karitas. Cesó de llorar, de pronto. Sí, dijo Auður, me lo dice algo aquí dentro. Los cuadros tuyos que he visto son un poco raros, eso sí, pero en ellos hay un hechizo que no puedes entender. Quizás el mejor arte es el que no puedes entender. Prosiguieron un trecho hasta que Auður se detuvo para descansar y dijo: Karlína me contó que eres una maravilla haciendo retratos. ¿Por qué no me has hecho a mí ninguno? Bueno, vaya, dijo Karitas, recuperada del cansancio gracias a la montaña, solo tenías que decírmelo, mujer.

Y llegaron arriba y Karitas preguntó, desconfiada, para asegurarse del todo, si ya habían llegado a la cima. Auður dijo que eso pensaba, más cerca del reino de los cielos no podrían llegar en este país, de eso estaba segura. Y quedaron en silencio, casi como avergonzadas, como si las hubieran arrojado al suelo de mármol del palacio del sol y desconocieran las costumbres de la corte. Se sentaron espalda contra espalda, movieron la cabeza lentamente de izquierda a derecha, se dieron la vuelta. La niebla había desaparecido, veían el país entero. Cumbres blancas y azules, armonía y belleza absolutas. El silencio absorbía sus almas, la conciencia de las dos se abrió, todo se volvió liviano. Auður respiró hondo, dijo: ¿No vale la pena subir hasta aquí, nada más para gozar de esta sensación? Así era el mundo antes de que lo modeláramos nosotros, dijo Karitas. Y tuvieron que abrazarse, viendo que cualquiera de las dos echara a volar hacia la magnificencia celestial sin que la otra pudiera retenerla. Un segundo, y aquella sensación había pasado ya.

Karitas olió el aire. Olfateó a su alrededor como un perro en busca de rastro. Puso cara de extrañeza:

—Noto olor a mar.

—¿Olor a mar? ¿Aquí arriba? Eso no me lo creo.

—Noto el olor de las algas y de la cubierta de los barcos.

—Eso debe de presagiar algo, quizá tengas por delante un viaje por mar. A menos que haya alguien que esté viniendo hacia ti por mar.

Sacaron las provisiones, pensaban que se habían ganado una buena comilona. Masticaron, chasquearon los labios, devoraron trucha cecina patatas, a lo que sumaron higos secos uvas pasas chocolate. No existía un manjar más exquisito para Karitas, quien, con la boca llena de pasas, dijo con una pizca de arrogancia: Es posible que Sigmar haya llegado a Roma, pero a la cumbre más alta de Islandia no ha subido nunca. Auður acabó de mascar y tragar antes de decir: Hace mucho que tengo la sensación de que tienes la cabeza puesta en otros países, quizá deberías viajar para alcanzar el final del camino antes de que termine la vida. Karitas se sintió aliviada: Querida Auður, eso es precisamente lo que sentía deseos de decirte, creo que lo mejor será que me vaya de Öraefi. Auður asintió, no pareció tomárselo a mal. Karitas continuó entonces: Lo peor es que hace mucho que agoté todo mi dinero. Yo te daré el dinero, dijo Auður. No, eso no puedo aceptarlo de ninguna manera, repuso Karitas, casi atragantándose. Has trabajado para mí durante trece años y te lo has ganado, dijo Auður. Pero Auður, en tu casa hemos podido vivir y comer mis chicos y yo, y te estoy enormemente agradecida por ello. No tienes por qué estar agradecida, dijo Auður hablando muy deprisa, te pagaré, venderé unos caballos.

Habían llegado antes que el sol, como era el deseo de Auður, pero ya las había alcanzado, retozaba con la nieve blanca como harina, y se arrojaban rayos uno a otra. La luz era tan fuerte y deslumbrante que tenían que protegerse los ojos haciéndose sombra con la mano. Me parece que lo mejor será irnos marchando, dijeron las dos, y se despidieron cordialmente de la cima, sacaron los trozos de cuero y se deslizaron patinando sobre el trasero hasta donde pudieron.

El sol había arrancado su poder al glaciar, fundía la nieve con su insolente calor y hacía todo cuanto podía por encender fuego en el rostro de aquellas mujeres que se habían entrometido en su reino mientras dormía. El viaje fue difícil y complicado, tenían que atravesar el hielo medio derretido, tenían los pies mojados, la cara les sudaba, sentían dolor detrás del globo ocular, pero iban orgullosas de sí mismas. Auður tenía cara de haber terminado un buen día de trabajo, estaba locuaz, hablaba en voz alta recordando su infancia y las innumerables excursiones a las montañas, «siempre he sido muy montañera», a lo que siguió una retahíla de historias de hombres famosos y sus mejores aventuras. Karitas escuchaba con una oreja mientras su mente intentaba poner orden en su vida y en su futuro. El tiempo pasaba tan rápido en el descenso, que ya estaban en Sléttubjörg cuando Auður dijo de pronto, como si se hubiera acordado de ello en el momento oportuno: Oyeme, cariño mío, por el momento no debemos decir nada de nuestro viaje al glaciar. Los hombres se espantarán si se enteran, quieren ser ellos los guías en viajes como este, no confían en las

mujeres. Pero Hrefna y yo subimos aquí a veces, a escondidas, haciendo creer que salimos a recoger hierbas, porque es estúpido para la salud. Hagámosles creer que nos hemos quedado en las faldas de la montaña entre las hierbas, si no te importa, en otoño les contaré a tus chicos tu ascensión a la cima. Te lo prometo. Y para que la quemazón del sol no nos delate, he traído un poco de harina blanca que nos echaremos por la cara antes de llegar al prado de la granja.

Extenuadas, pálidas, el aire del glaciar en los pulmones y bullendo en su interior, los ojos brillantes, entraron en la granja hacia las cuatro. Auður se bebió una taza de café, dijo luego que iba a tumbarse un rato antes de ponerse a hacer la comida. Karitas sorbió el café hirviente arrimada a una pared con sus chicos, muerta de ganas por hablarles de su viaje hasta la cima, pero se contuvo tal como habían acordado, aunque sí dijo que las montañas eran impresionantes y majestuosas. Los chicos pensaban que había sido toda una hazaña llegar hasta el glaciar, «y viste perfectamente el glaciar, ¿verdad, mamá?», y la trataban como si hubiese estado ausente mucho tiempo. Se acurrucaron con ella. Y entonces les dijo, mientras estaban sentados muy juntos, que los tres se marcharían para siempre de Öraefi cuando llegara el otoño. Ellos dos irían a la escuela en Akureyri. Primero irían todos a Reikiavik a ver a Ólafur, el hermano de Karitas, y luego al norte. ¿Iremos en autobús?, preguntó Sumarliði, emocionado. Ella dijo que seguramente. Y que ella les acompañaría al norte o iría más tarde a verles. Lo principal era encontrar un buen trabajo y un buen alojamiento para poder estar siempre juntos. Aún no sabía si eso sería en el norte o en el sur del país. ¿Crees que papá volverá?, se atrevió a preguntar Jón, ya que la conversación había tomado ese rumbo, sentándose sobre las piernas. Ella respondió que creía que no. Bostezó entonces, intentó llevar la conversación por otro camino y dijo: Me parece que voy a subir a tumbarme un poco, como Auður. Pero Jón no la dejaba: Mamá, Skarphéðinn dice que estabas enferma y loca cuando nos trajiste a Öraefi; ¿es verdad? Los dos pusieron gesto de preocupación mientras esperaban su respuesta. Ella se pasó la mano por la cara quemada por el sol, los labios le ardían. Y les dijo sin mirarlos: Otra estupidez de Skarphéðinn. Es que está enfadado conmigo y no dice más que disparates. Eso sí, enferma sí que estaba cuando vine, no conseguía probar bocado y llevaba muchas semanas sin dormir, muchos meses. La gente se cansa si no duerme. Se puso en pie con intención de irse, se detuvo, se plantó delante de ellos y dijo pensativa: Y eso que tenía la impresión de estar todo el tiempo durmiendo. Estaba durmiendo pero mientras dormía sabía que no me había podido dormir.

Los hombres habían montado una plataforma de baile al pie del acantilado y habían levantado tiendas para que las mujeres pudieran vender comida y bebida en la gran fiesta de verano. Los preparativos se habían prolongado toda una semana, las mujeres estuvieron en la cocina hasta entrada la noche, día tras día, preparando toda clase de exquisiteces, queso de suero y pudín inglés, algunas llegaron a trabajar a deshoras, cosiéndose ropa nueva. Karitas puso a sus hijos sus mejores camisas, ella se puso una falda y hasta mediodía fueron llegando visitantes de todas partes con las alforjas llenas a rebosar, empezaban el día temprano para poder deambular de granja en granja a saludar a la gente de la comarca antes de comenzar las fiestas al aire libre. Habían llegado ya los dos acordeonistas, llenando de animación la granja, Guðrún y su hermana Hallgerður se divertieron dando unos pasos de baile ante la gente congregada, para irse calentando con vistas al baile vespertino, y en la cocina había tal aglomeración que Auður tenía que abrirse paso a codazos con la jarra de café en la mano. Más tarde, la gente se fue reuniendo al pie de las peñas, los niños excitados y ruidosos, los jóvenes con risitas y cuchicheos, y comenzaron los juegos al aire libre. Los niños compitieron en carreras de relevos, carreras de parejas y lucha islandesa, y cuando los adultos se hubieron hinchado a café, estuvieron dispuestos ya para la actividad principal, el tiro de sogas entre hombres y mujeres.

Karitas, que, igual que los años anteriores, se encargaba de llevar comida y bebida desde la granja hasta el peñascal, se sentó al lado de la tienda a tomar un café durante un momento de pausa por los juegos, y estuvo viendo la sogas moverse a izquierda y derecha según los tirones que daba cada grupo, con el correspondiente acompañamiento de gritos y explosiones de risa, miraba los pájaros que graznaban por encima de la gente congregada, miraba los caballos en los prados segados. El heno ya estaba en los pajares, pero los campos sin cultivar seguían llenos de hierba, y en cuanto recogieran esta, ella reuniría sus bártulos y se iría con los vadeadores. Se concentró en el juego de la sogas. Los hombres estaban a punto de ganar, las mujeres pidieron a gritos que acudiera alguna más: ¡Karitas, ven! Ella no sabía qué hacer, no le agradaban los juegos de fuerza pero decidió ayudarlas por una vez, y se puso en pie de un salto. Se situó la primera en la fila y sujetó la sogas, mirando fijamente a sus hijos, que tenía enfrente. La alegría del triunfo en los ojos de estos la espoleó, ¿esos mocosos se creían que iban a doblegar a su madre? Redobló sus fuerzas, dio un violento tirón a la vez que animaba a voces a las que tenía detrás. Y tiraron y enseñaron los dientes, gruñeron y soltaron alaridos como fieras salvajes en una sangrienta batalla, se mostraron tan horripilantes que los chicos cedieron un instante y ellas se aprovecharon de la debilidad, dieron un violento tirón y ganaron. Quedaron tiradas en la hierba, con los ojos cerrados. Pero aunque los cuerpos estuvieran exhaustos, las almas nunca habían estado más llenas de vida. Gracias a la victoria. Porque el equipo vencedor estaba dominado de un júbilo tal que, cuando comenzó el baile en la plataforma, sus derrotados oponentes hubieron de esforzarse al máximo para hacerlas girar. El sol vespertino era cálido y alegre, el baile no aflojaba y las mujeres sudaban y bebían a grandes tragos leche y suero hasta que los rostros se les hinchaban, mientras los hombres echaban mano a las botellas de licor que sacaron disimuladamente de las alforjas. Pero ninguno parecía ebrio, todos estaban de lo más pacíficos, excepción hecha de unos pocos que no sabían bailar y querían disimular su ignorancia con extrañas presas de lucha. Nadie les hacía caso. Y unos y otras cantaban si la melodía tenía letra, y Karitas bailaba con Hrefna como tenía por costumbre, no había en la comarca nadie que bailara tan bien como Hrefna, pero en la danza en corro solía acabar emparejada con algún hombre, lo que no le importaba con tal de que no fuera de los que tomaban rapé, y de pronto vio a Skarphéðinn delante de ella. Los ojos chispeantes, porque había empujado bastante el codo, pero humilde y casi vergonzoso. Este granuja sigue colado por mí, pensó ella, y si las circunstancias hubieran sido otras, le habría castigado con su frialdad, pero la noche era hermosa y ella se sentía profundamente alegre, aunque no acababa de saber por qué, de manera que dejó que la cogiera con fuerza por la cintura. Pero con los hombres pasaba como con los cachorros, se tomaban demasiadas confianzas si no les mantenía a raya a base de mostrarse altanera e indiferente. La soltó, la recuperó al poco, quitándose la a un famoso jinete, y apretó más las manos en su cintura. Skarphéðinn bailaba bien, eso no se podía negar, vigoroso e indómito, era más que posible que ella notara que algo se encendía en su interior. Decidió acabar sin más tardanza, pero siguió bailando, le agradaba sentirse en brazos de un hombre vigoroso.

Los acordeonistas tuvieron que parar un momento para humedecer la garganta y dar descanso a los dedos, ella dio las gracias por el baile y se quedaron sin nada que decirse una vez calló la música. La gente seguía de estupendo humor aunque ya fuera medianoche pasada, los hijos de Karitas se entretenían practicando complicados ejercicios gimnásticos con los demás niños, a nadie se le pasaba por la cabeza irse a acostar, la costumbre era ir de allí directamente a recoger las vacas para llevarlas al establo en cuanto concluía la reunión. La noche de verano era larga y clara, e invitaba a aprovecharla al máximo bailando. Los gritos de los pájaros habían cesado, en su lugar se alzaban desde los peñascales notas melancólicas que penetraban en el corazón de los jóvenes que aún no estaban emparejados. Unos paseaban de dos en dos mientras descansaban los músicos, otros se sentaban a charlar, nadie parecía tener sueño. Pero Karitas bostezó. Skarphéðinn fijó la mirada en ella. Estaba sentado entre dos muchachas que habían ido ex profeso a por él, no querían que se les escapase otra vez para bailar con una mujer que llevaba un montón de tiempo casada, lo que dejaron claro a la mujer en cuestión con una mirada desabrida. A Karitas le dio igual, pues no tenía el menor interés por quitárselo. Pero los hombres de la estirpe de los glaciares no suelen permitir que se les escape la presa. Cuando la danza se reanudó, ella pensó en ir a la granja a por alguna cosa que creía necesitar, desapareció entre los peñascos y subió al prado. Él la siguió, la llamó: Escúchame, ¿ya te vas a la capital? No, respondió ella, no me iré hasta el otoño. A eso me refería, dijo él, haciendo que se detuviera. Le cogió las dos manos, se las apretó con tanta fuerza mientras intentaba encontrar las palabras adecuadas, que ella creyó que le iba a hacer polvo los huesos, y por fin dijo: Yo puedo ir a la capital también, si quieres. Ella entendió aquello como algo parecido a una declaración de amor. Los caballos que había a su alrededor estaban totalmente inmóviles, clavando en ellos la mirada y observando atentos lo que sucedía. Como si fuera algo complicado. Pero no había necesidad de mostrarse irritada con alguien que bailaba tan bien como él, y dijo: Me encantaría verte en Reikiavik. Aquellas palabras hicieron al joven sentirse visiblemente aliviado, se puso de buen humor, volvió a estrujarle las manos: ¿Te puedo dar un beso en la mejilla? Ella no vio motivo para decir que no, aunque su comportamiento le parecía de lo más extraño. Pero él no hablaba en broma. Tiró de ella con decisión, acercándola hacia él, le echó la cabeza un poco hacia atrás y le dio un largo beso de amor, directamente en la boca. No sé qué decir, dijo ella al final, con un suspiro. Y echó a correr, mientras él se quedaba atrás, nervioso e incómodo como si no estuviera del todo seguro de haber hecho bien las cosas. En la puerta de la granja, ella miró atrás un instante. Le vio desaparecer otra vez entre las peñas.

La anciana dormía el sueño de los justos en la buhardilla, ella no había besado a nadie. Karitas se echó el edredón por encima de la cabeza en cuanto se desnudó. Intentaba convencerse de que el hombre estaba tan extenuado que ni sabía lo que hacía, y que ella había tenido suerte de escapar solo con el susto. Pero solo llevaba unas horas durmiendo cuando despertó bañada en sudor, abochornada. Un hombre había ido a ella. En un sueño, le recordaba, se preguntó qué estaría haciendo allí, al lado del Vatnajökull, ¿no debería seguir en el este? Recordaba sus ojos, los había visto antes, no podía recordar dónde, pero le recordaba a aquel hombre, nunca había olvidado aquel sueño que tuvo en el este. Ahora, bajo el glaciar, en la buhardilla de dormitorio comunal, entre personas intachables, se había repetido. Estaba enardecida por dentro, le zumbaban los oídos, estaba empapada por arriba y por abajo, sentía hervir la sangre. Se pasó la mano por el cuerpo, desesperada, para comprobar si la ropa

interior estaba en su sitio, fue un alivio sentir que la llevaba puesta, pero sacudió la cabeza y miró avergonzada a su alrededor. ¿La habría visto alguien retorcerse debajo del edredón? Enfrente de ella dormía la anciana, las otras camas estaban aún vacías. En la madrugada oyó las vacas mugir en el patio de la granja.

## **Karitas**

La caravana del heno, 1939

*Assemblage*

Se forman espejismos sobre las arenas calientes por debajo de los prados.

Miro hacia el ardiente sol, me protejo los ojos con la mano, veo la caravana del heno avanzando lentamente. Mi chico va sentado en el caballo de delante, lleva de las riendas a otro que arrastra el carro, luego viene el siguiente y así uno tras otro, cabeza con cola, la caravana entera. Cinco caballos, cuatro carros, cuatro pacas de heno en cada carro.

La caravana recuerda a una serpiente reptando lentamente, prado arriba, hacia el pajar.

En oblicuo sobre la superficie del cuadro.

Por encima un cielo blanco de sol.

Por debajo la hierba verde oscura.

Utilizo arpillera para el heno, cartón para los carros, cuero para los caballos. La astilla de madera es el muchacho.

En el patio está la señora de la casa con golosinas en las manos, para los chicos. Ruibarbo azucarado con nata por encima.

Mima a mi chico. Él le lleva el heno.

Cuando vuelve de los prados por la tarde, ya le tiene la cama caliente.

Ha metido en unos calcetines de lana dos botellas de agua hirviendo, coloca una a los pies, la otra junto a la almohada.

Los carros tirados por caballos eran el único medio de transporte que habían visto los chicos, pero Sumarliði creía saberlo todo sobre los automóviles. Mientras la gente se tumbaba en las tiendas de los prados, después del almuerzo, Karitas estaba sentada con sus chicos al lado de un almiar, hablándoles de la vida que les esperaba al otro lado de los arenales, del bullicio de la ciudad, del tráfico callejero, y ellos hacían una pregunta tras otra, Jón sobre los edificios, Sumarliði sobre los automóviles. Sabía que había autobuses de línea que viajaban hasta Reikiavik desde el otro lado del arenal, y estaba más que impaciente por sentarse en uno y escuchar con sus propios oídos el sonido del motor. Todo es cosa del encendido, mamá, decía solemne como si hubiese hallado la solución para la liberación de la humanidad. Hablaban de estas cosas una y otra vez mientras la gente dormitaba en las tiendas de campaña, pues tenían poco tiempo para hablar de lo que no fuera la sazón de la cosecha de heno. Trabajaban el día entero, desde el alba hasta pasada la medianoche, mientras duraba el tiempo seco, y Karitas solía estar en los prados, rastrillando, o en casa, donde las mujeres guisaban y cocían pan, con el sudor corriéndoles por todas partes. Solo Bergþóra, vieja y ciega, disfrutaba de días tranquilos. Los glaciares decidían las horas de reposo de los demás, los hombres notaban por el olor si iba a empezar una riada. Sobre los prados flotaba un fuerte hedor a azufre, que si llegaba desde el Hólajökull anunciaba tiempo seco, y entonces gritaban: ¡Esparcir! Pero si venía del Stigajökull, anunciaba lluvia, y entonces gritaban aún más fuerte: ¡Recoger! Ese pronóstico meteorológico no fallaba nunca.

Cuando llovía, las cosas se ralentizaban y las mujeres cosían vestidos y delantales.

Auður le había dicho a Karitas que probablemente tendría que hacerse un vestido nuevo y quizá dos faldas, ya que se iba a marchar a Reikiavik, quedaba poco para la partida, quizá ni había pensado en ello, ¿verdad? Y tenía razón, Karitas había estado ocupada con el equipo de los chicos, los futuros escolares, y buscó la ayuda de Hildigunnur, que era la más mañosa haciendo pantalones. Para ella era de gran importancia que su madre les recibiera bien vestidos e impecables, sabía que si llegaban a su casa con aspecto descuidado, hablaría de desidia total. Pero lo mismo pensaba Auður, era como si fuera ella quien mandara a Karitas a vivir al proceloso mundo que se extendía fuera de la comarca de Öraefi, y los comentarios laudatorios o críticos que recibiese su forma de vestir, se aplicarían por extensión a todas las mujeres de la región. Tienes que ir decentemente vestida para pasear por las calles de la capital, le dijo, y aunque intentaba disimular, no conseguía esconder el dolor que le causaría su ausencia. Probablemente, vestidos y faldas habrían quedado más embastados que cosidos, para salir del paso, sin demasiado esfuerzo y dedicando a la labor solamente las horas muertas, de no ser porque Guðrún, la hija mayor, que vivía en una de las mejores casas de la comarca, fue casualmente a visitar a su madre. La hija mayor tenía en común con el hijo mayor de la señora de la casa el ser muy viajada, pues no solo había ido a Reikiavik, sino que había estado trabajando allí, en un obrador de galletas y en un hospital, dos años antes de casarse.

¿Qué creéis que estáis haciendo?, preguntó, mirando indignada los cortes de tela que había encima de la mesa. Se lo dijeron: Un vestido de algodón para Karitas. ¿Y qué patrón seguís? Bueno, el vestido que le hicimos a Hallgerður hace unos años, las dos son casi iguales de talla. Ese vestido está pasado de moda desde hace un montón de tiempo, dijo Guðrún con frialdad. Hallgerður rompió a llorar: Lo sabía mamá, lo sabía desde el primer momento. Auður palideció con las tijeras en el aire. Hrefna creyó que debía intervenir en el asunto, puesto que había hecho llorar a Hallgerður: Ya que entras aquí como si nada, como una sabihonda experta en la moda de la capital, haz algo por compartir tu sabiduría. La falda no es aún lo bastante ancha, dijo Guðrún molesta, tenéis que cortar esto al bies. Auður dijo, muy dolida: Pero si usáis tanta tela no quedará casi nada para delantales. No si lo hacéis así, dijo Guðrún, y las presentes se pusieron entonces a gesticular, con excepción de la que, a su debido tiempo, se pondría el vestido en cuestión. Ella estaba junto a la ventana, lavando jerséis en un barreño. Cuando la conversación derivó hacia la longitud de las mangas y las voces se elevaron, apareció de improviso la anciana Bergþóra con sus agujas de punto. Cómo había podido bajar sola y sin ninguna ayuda era un misterio insondable para todas, pero no había hecho más que acomodarse en un rincón al lado de la cocina, cuando Hrefna dijo con malos modos: Pero vamos a ver, un momento, ¿cuánto tiempo hace desde que la señorita?, pues así llamaba siempre a su prima, aunque estuviera casada y tuviera derecho a otro título, ¿estuvo en Reikiavik? Cinco años, ¿no es verdad? ¿Y cree que desde entonces la moda no ha cambiado? Las mujeres bajaron los brazos. Guðrún miró un instante a Karitas, que estaba concentrada en su barreño de fregar. Al ver que esta no le prestaba atención ninguna, Guðrún dijo con hostilidad: Bueno, no será nada difícil comprobar si tengo razón, basta con que llame a una amiga mía que vive en la capital, ella está siempre a la moda. Se dio media vuelta y se fue como una exhalación por el prado hacia la granja del centro, a casa de las dos hermanas.

Las mujeres no tuvieron que esperar mucho con sus tazas de café su regreso, con cuatro mujeres a remolque, las hermanas, dueñas del teléfono, así como Þorgerður y Hildigunnur, que estaban precisamente en el teléfono por los líos en que andaban metidas a causa de la Asociación de Jóvenes. Pensaron que sería mejor acompañar a Guðrún, pues se habían enterado de cómo andaban las cosas: todas habían oído la conversación telefónica con la dama capitalina y disponían de los conocimientos de corte y confección exigidos por la moda de Reikiavik. Cuando se dispusieron todas en torno a la mesa, nueve en total, madre e hijas, hermanas, primas, todas más o menos estrechamente emparentadas, dando muestras de su sabiduría en la forma que tenían por costumbre en casos semejantes, es decir, quitándose la palabra de la boca una a otra, Karitas dejó de entender lo que decían. Entendía, sin embargo, que Guðrún estaba en lo cierto en lo referente al ancho de la falda, aunque no contaba con los innumerables cambios que se habían producido en solapas, cuellos y mangas. La solapa tenía que llevar botones, el escote redondo, con cuello blanco y fruncidos pequeñitos en los brazos, así como hombreras. Y además las faldas van más cortas, dijo Guðrún. ¡Otra vez!, exclamaron las mujeres tapándose la boca con la mano, suspiraron y dieron gracias a Dios por no alargarlas. Eso habría sido mucho peor para los vestidos viejos. Sus cavilaciones se relacionaban también con el futuro uso del vestido, si estaría dedicado al uso diario o quedaría solamente para las grandes ocasiones, pensaban que era importante a la hora de hacer el cuello, pero Auður dijo, aunque tuvo que cortar el aire con las tijeras para hacer callar al coro mientras hacía uso de la palabra, que no importaba si era para una cosa u otra, la buena chica tenía que ir bien vestida también de diario, porque se alojaría durante varios días en la residencia de su hermano, un abogado casado con una mujer de estupenda familia de funcionarios, y esa mujer tenía que enterarse de cómo vestían de diario las de la comarca de Öraefi. Por un instante miraron de reojo a Karitas, que retorció jerséis con todas sus fuerzas, y entonces se precipitaron de nuevo sobre el vestido a medio coser, como cirujanos sobre un paciente exánime.

Cuando la agrupación femenina se congregaba en la cocina, las conversaciones se hacían tan enérgicas y virulentas que nadie se percató del hombre que por segunda vez llegaba todo ensangrentado. Skarphéðinn se había clavado un espetón de hierro, en el taller, tenía una raja encima de una ceja y sangraba a chorros, el rostro estaba todo ensangrentado, la camisa y los pantalones manchados, no había ni un hilo limpio, como si acabara de sacrificar un toro bravo. Iba solo a ver si las mujeres podían darle un esparadrapo, de paso a lo mejor podían limpiarle un poco, pero se llevó un buen susto al ver que eran tantas y tan ruidosas, reculó, pero hubo de entrar otra vez porque la hemorragia no le dejaba ver ni valerse. Karitas fue la única que le vio esta vez, ni siquiera intentó advertir a las demás mujeres, le hizo señas de que se sentara en el taburete al lado de la ventana, fue a por agua limpia y trapos, le limpió la cara y la herida, puso sobre esta una hoja de sauce gluco, gasas y un paño, fue a buscarle ropa limpia, le llevó al establo por la cocina vieja, para que se cambiara, y todo sucedió sin que ninguna de las mujeres que estaba junto a la mesa se dignara tan siquiera levantar la vista. Estaba tirando el agua del barreño cuando una imagen se adueñó de su mente. Se quedó inmóvil unos segundos, veía mentalmente la estructura, las líneas, el vestido encima de la mesa de operaciones, cortado, hilvanado. Dejó el barreño, fue corriendo a la cocina vieja, hurgó en sus cajas, sacó un lápiz y bloc de dibujo de buen tamaño, se coló en la cocina, se puso junto a la ventana, se sentó, se lanzó a dibujar frenéticamente.

Una levantó la vista inesperadamente. Miró pasmada a Karitas. Otra se percató de su asombro y su silencio, miró ella también, no quedó menos extrañada. Finalmente callaron todas, algunas dieron media vuelta para poder mirarla junto a la ventana. Y ella las dibujaba, miraba arriba y abajo, el lápiz volaba sobre el papel, y de pronto fue como si recordaran que esa mujer para la que iban a hacer el vestido era una artista, y hasta con estudios superiores en el extranjero. Estaban inmóviles, como clavadas al suelo, sin atreverse a mover un dedo, seguras de que estaba dibujándolas a ellas, se irguieron, se apartaron el pelo de las sienes, pusieron gesto solemne, era obvio que así tenían que aparecer sus rostros, su cuerpo, su ropa, para hacerse inolvidables en el mundo entero. La mujer del lápiz había tomado las riendas, estaba a punto de marcharse a la capital, se llevaría el cuadro en el que aparecían todas ellas. ¿Noto olor a sangre?, preguntó la anciana Bergþóra.

La ropa hervía en el caldero negro encima del molino de estiércol que estaba en la cocina vieja, y Karitas la removía con la vara. Pocas veces había hervido sus paños del mes con tanta alegría como en esos momentos. Le entró cierto miedo porque el hombre del sueño se había presentado otra vez ante ella, aunque sabía que era imposible quedarse preñada sin la presencia de un hombre de carne y hueso. Pero la experiencia le había enseñado a no conceder a nada valor absoluto sin excepción. De modo que cocía los paños con una sonrisa de alegría en los labios, los fue sacando del caldero y dejándolos al lado de las sábanas mojadas. Cargada con la ropa limpia bajó hasta el arroyo, tan contenta, relajada en su fuero interno, desde ese momento nada podría evitar su marcha a Reikiavik. Enjuagó las sábanas y los paños, charló consigo misma, habló del tiempo, de aquella extraña calma día tras día, ¿sería un anuncio de tormentas o quizá de algo aún peor, se pondría a nevar antes de que hubieran metido en el pajar el heno de los campos, no era eso lo que parecía indicar el tiempo?

En los prados oyó decir mamá, estás hablando sola, era Jón detrás de ella, su voz delataba preocupación. Ya que estáis aquí vamos a retorcer la colada, dijo sin

conceder la menor importancia a su comentario. Y tú quédate callado mientras Jón retuerce la ropa, le dijo a Sumarliði, el zurdo. Estaba de buen humor y se puso a soltarles un sermón, como hacía con frecuencia en los últimos tiempos, a enseñarles urbanidad e informarles de muchas cosas sobre la vida en Akureyri. Les dijo por tercera vez dónde estaba situada la escuela, cuántas tiendas había, qué direcciones del viento anunciaban, qué clase de tiempo, cómo tenían que vestirse, «porque en el norte supongo que usarán botas de agua, igual que aquí, vamos, entre semana, pero a la escuela tenéis que ir con zapatos de cuero, de modo que cuando estemos en Reikiavik iremos a que os hagan unos a medida». Y tampoco podía olvidar los nombres de los familiares y sus rasgos principales, por si se les habían olvidado, porque «os alojaréis dos noches en casa de mi hermano Ólafur antes de seguir al norte, y como sabéis, mi hermano Ólafur es un hombre importante, tiene un título estupendo, es abogado, como ya os he dicho, bueno, y mi hermano Páll es maestro, creo que os dará clases en Akureyri, y mi hermanito Pétur es un comerciante destacadísimo de Reikiavik, no recuerdo si os lo he dicho ya, pero bueno, creo que tiene una tienda en Laugavegur, en pleno centro, pues sí, los chicos, vuestros tíos, tienen todos unos títulos estupendos, y también vuestras tías, Halldóra era comadrona y Bjarghildur es ama de casa, graduada de la escuela femenina, vaya. Calló, les quitó la funda de edredón que Jón había retorcido con mucho cuidado, mientras su hermano y él escuchaban. Pues sí, continuó Karitas, todos tienen unos títulos estupendos. Yo soy la única sin título.

Pero tú eres artista, mamá, dijo Jón con sinceridad. Eso no está asociado a ningún trabajo, así que no es un título, repuso ella, que de pronto se había enfadado. Pero de todos modos tú eres una señora, mamá, dijo Sumarliði, ¡y eso es un título! Ay, sí, señores míos, suspiró ella, sigo siendo señora, que desde luego es un título que tenemos casi todas.

Cuando salió por la mañana, Karitas percibió el extraño ruido del viento, como un remoto aullido quejumbroso. Miró al cielo del sur, sobre el mar, las nubes habían tomado posiciones de este a oeste, recordaban una larga cordillera montañosa de aflados picos, estaban silenciosas, parecían esperar órdenes de arriba. Se quedó mirándolas y escuchando con el cubo lleno de pantalones de hombre mojados, no acababa de decidirse a acercarse a las cuerdas de tender, pero se fue desplazando lentamente, pegada a la pared de la granja sin apartar los ojos de las nubes. Sacó los pantalones del cubo, los sujetó con pinzas, sintió en su interior que pasaba algo, miró fugazmente al cielo. Las nubes que tan quietas estaban se movían ahora rápidas, como barcos de guerra navegando a toda máquina para enfrentarse unos contra otros, y el aullido del viento se acercaba. Lo dejó todo en el suelo y entró corriendo en la casa. Auður preguntó si el tiempo no era lo bastante seco. Karitas dijo que el tiempo estaba perfectamente, pero que el viento se comportaba de una forma muy extraña. Auður pensó que algo pasaba, también sus vacas se comportaron de una forma un tanto rara mientras las ordeñaba. Salieron las dos al patio a observar las nubes. Habían cesado el ataque, ahora navegaban tranquilas. ¿Pero no oyes el viento?, preguntó Karitas, y Auður aguzó el oído. Dijo que no oía nada, pero que la naturaleza solía comportarse de formas extrañas durante los cambios de estación, en esos días solían escucharse crujidos y chasquidos que llegaban de alguno de los glaciares, como si dentro de ellos estuvieran moviendo todos los enseres caseros de un lado a otro, ¿podía ser eso el ruido que oía ella? No, a mí me parecía más bien el aullido de un perro atormentado, dijo Karitas.

Las dos trabajaron pensativas toda la mañana, no se dieron cuenta de que Hallgerður había desaparecido hasta que Skarphéðinn salió del taller con una silla de montar que tenía que probar su hermana. En un abrir y cerrar de ojos salieron los hombres en su busca, montaron a caballo y galoparon hacia el sur de la comarca, la última vez que la joven había desaparecido de repente, como ahora, la encontraron en un almiar, ahora acabaron encontrándola más abajo, junto a la desembocadura, escasamente vestida. Se puso hecha un basilisco, pues afirmó que estaba liberando a las truchas de un sortilegio. La metieron en la cama como si fuera una niña chica, aunque ya había cumplido los veinte. ¿Dónde está tu marido?, le preguntó a Karitas, enfadadísima, mientras le ponía unos chapines de lana limpios. Y para calmarla, Karitas no tuvo más remedio que soltarle la salmodia de siempre «en el sur, en un hermoso valle», aunque lo que más le apetecía era darle un bofetón por su ocurrencia. Auður no dejaba traslucir expresión alguna, aunque la jovencita soltera de la casa se hubiera comportado indebidamente, sirvió el almuerzo con la calma y el temple que la caracterizaban, pero dijo que después de comer se acostaría igual que los hombres. Pero Hrefna estaba muy inquieta, le susurró a Karitas mientras fregaban la loza: ¿Cómo crees que saldremos adelante en invierno, cuando estemos solas con ella porque os habréis marchado todos, incluyendo a Skarphéðinn, y no quedará en casa más hombre que Hallur, que ya se está haciendo mayor? ¿Te nos imaginas a Auður y a mí saliendo a todo correr en busca de esa pobre chica, en medio de una ventisca? Después de fregar, se fue a la despensa, hecha un manojo de nervios, y se hinchó a chocolate, aunque la idea era guardarlo hasta las Navidades. Tengo que comérmelo, me duelen un montón las caderas, dijo con la boca llena.

Karitas estaba en el patio escuchando el viento lejano, que seguía sonando hostil, y viendo bailar las nubes sobre el mar, cuando Skarphéðinn le tocó el hombro. ¿Quieres venir conmigo un momento al cuarto de invitados? Skarphéðinn no tenía por costumbre convocarla a conversaciones privadas, de modo que Karitas se quedó algo extrañada; pero fue con él. Oye, dijo él, era evidente que tenía ensayado lo que iba a decir, no queda más que una semana para que te vayas, pero yo, en cambio, no podré irme hasta después de recoger las ovejas del monte y hacer la matanza, de modo que me será imposible entretenerte durante el viaje a la capital, así es que se me ocurrió que a lo mejor te apetecía tener algo para leer en el camino. Quiero regalarte un libro. Karitas miró los estantes que guardaban los tesoros de la casa, las Sagas de Islandeses, completas, y dijo después de pensarlo un momento que él era un adalid grande y generoso, pero que ella nunca había tenido interés excesivo por las sagas antiguas, y que además no le parecía nada apropiado privarle a él de esos libros. Nadie los guardaría tan bien como el guerrero mismo. ¿Quizá prefieres algo más reciente?, preguntó él, vehemente, ella no sabía qué responder pero él abrió su baúl, que estaba repleto de escritos, hurgó en él y extrajo tres libros. Los sopesó unos instantes entre las manos, y eligió uno: Esta es una magnífica historia que te permitirá olvidar el tiempo: *El aviador de Tsingtau*, que trata de un capitán de barco alemán y aviador, piloto, decimos en la actualidad, era de Berlín y a comienzos de la guerra estaba en China, de ahí viaja a América, consigue llegar por extrañas vías hasta Gibraltar, de ahí sube a Inglaterra, donde es encerrado en un calabozo del que consigue escapar, llega a Holanda y finalmente vuelve a Alemania para servir a su patria, pues la guerra aún no había terminado, qué va, aún faltaba, y bueno, es un libro terriblemente entretenido. Pero será mejor que escriba una dedicatoria para que no quede la menor duda de a quién pertenece ahora. Ella le dio las gracias y salió mientras él cerraba con llave el cuarto de invitados para poner sus ideas en claro. Ella se sentó en un trébede en el patio, miró la dedicatoria que le había escrito, no pudo menos que sonreír. Saludo a Karitas con mi agradecimiento por una cálida noche de verano, Skarphéðinn Grímsson. Pensó que era una dedicatoria muy sincera, y como no había nadie que la molestara, los chicos estaban ocupados en alguna otra cosa, empezó a leer el libro, leyó con avidez y se olvidó por completo de vigilar las nubes. Cuando oyó carraspeos en la casa, levantó la mirada y vio que las nubes estaban deshilachadas por efecto del viento.

Los chicos fueron a por las vacas y las trajeron al establo cuando empezaron a mugir. Competían a ver quién mugía más fuerte, con los ojazos muy abiertos, el escalofriante ruido recordaba a un coro de las huestes infernales y los chicos les hacían chis, les gritaban, les ordenaban que dejaran de mugir, pero ellas mugían más fuerte aún, el establo se estremecía, los caballos que andaban por los pastos estaban aterrorizados, los perros corrían como locos por el pradito de la granja, jamás se había oído semejante estruendo en aquel lugar. Todos entraron espantados en el establo, a todo correr. ¡Qué demonios está pasando aquí!, aulló Skarphéðinn, y decía verdad, parecía que todos los demonios anduvieran sueltos por los pesebres. La gente corría de una vaca a otra sin saber qué hacer, les daban palmadas, intentaban tranquilizarlas pero todo fue inútil hasta que Auður cogió entre las manos la cabeza de *Fenja*, la vaca coronela, la apretó contra su pecho, mantuvo a la vaca sujeta con fuerza. Y esta calló, y al mismo tiempo lo hicieron las demás, todas al unísono. Los de la granja se quitaron el sudor de la frente. Auður dijo: Esto es presagio de algo. Se puso a ordeñar a *Fenja*, que de repente había cambiado de humor, adoptó una actitud respetabilísima, como si no hubiera sucedido nada en absoluto.

Pero cuando se sentaron a cenar, todos se mostraban bastante poco habladores. Se miraban a hurtadillas unos a otros con la esperanza de que alguien ofreciese una explicación racional del comportamiento de las vacas, quizá guardaban en la memoria historia de vacas que mugieron ante alguna catástrofe inminente, pero ni siquiera la anciana Berghóra conseguía entender lo sucedido. Sea lo que sea lo que ha pasado, esto es un presagio, afirmó Hallur con total certeza, y encendió la radio. Cuando llegó a la granja la primera noticia de la noche, todos dejaron de comer. Se miraron unos a otros con la boca abierta.

Fuera, en el gran mundo, había estallado la guerra. Los alemanes habían invadido Polonia. El locutor sonaba excitadísimo.

Ahí está, ya lo tenemos, dijo la anciana. La señora de la casa, que siempre comía de pie, se sentó en el taburete al lado de la cocina. Los hombres se lanzaron a discutir en cuanto el locutor terminó de transmitir las noticias a la nación, ellos hacía mucho que se maliciaban la inminencia de una guerra submarina. Rescataron lo que sabían de la guerra que había asolado el globo veinte años antes y presagiaron la nueva guerra que estaban seguros de que concluiría muy pronto, habida cuenta de que los ejércitos y las armadas poseían una capacidad y una potencia de fuego mucho mayores, por no mencionar el equipamiento de unos soldados perfectamente adiestrados. ¿Cómo son los soldados?, osó preguntar la anciana, que jamás en los días de su vida había visto a ninguno de esos seres legendarios, si bien sospechaba que debía de tratarse de personas de alguna clase. Y le ofrecieron detalladas descripciones, y la conversación en torno a la mesa adquirió ardor y brío, una noticia como aquella no llegaba a sus oídos todos los días, pero la señora seguía sentada al lado de la cocina, callada como una muerta. Pues sí, mamá, dijo Skarphéðinn, ya sabemos por qué mugían tus vacas. No, Skarphéðinn Grímsson, repuso ella, aún no sabemos por qué mugían.

A la puesta de sol, esa misma tarde, la comarca se puso en movimiento. Con brisa del sureste, los hombres se dedicaron a ir de granja en granja para cerciorarse de que todos habían oído las noticias de la radio y comprobar, de paso, lo que podía saber el vecino sobre los preliminares de la guerra y sobre los generales al mando, y predecir su curso y resultado. Así estuvieron hasta las noticias de las diez, todos yendo y viniendo, se quedaron de pie en la cocina o se sentaron en cuanto pudieron, y discutieron muy en especial sobre las posibles medidas que podría adoptar el Gobierno islandés. Karitas se estaba aburriendo del vocerío de la cocina y, además, pensaba que sus hijos eran demasiado jóvenes para tanta cháchara bélica, y dijo un poco cortante, para que todos entendieran que ya era hora de irse a la cama, que el Gobierno islandés no cambiaría para nada la situación mundial, eso lo sabía ella perfectísimamente después de todos los años que estuvo viviendo en Dinamarca. Tras esas palabras, cada uno se marchó a su casa. Ella salió a las cuerdas de tender, con la cesta vacía para recoger la colada antes de acostarse.

El silencio envolvía los prados, el aire vespertino era fresco, había luna nueva. Las perneras de los pantalones chocaban unas con otras, impulsadas por la brisa, estaban resacas por las acometidas del viento, y se quedó totalmente callada, gozando del silencio tras la bulla de la cocina. Ladeó la cabeza como si hubiera descubierto una nueva dimensión en la existencia de la ropa tendida, se acercó a las cuerdas, dio vueltas a su alrededor, miró las perneras desde todos los puntos de vista. Volvió a aproximarse, las ató unas con otras para que pareciese que estaban bailando al corro en la luz crepuscular.

Desde el este llegó el sonido de cascos de caballo, indistinto al principio, Karitas no sintió necesidad ninguna de averiguar quién llegaba desde el este a unas horas tan avanzadas de la noche, probablemente hombres deseosos de discutir sobre la guerra. El sonido creció en el silencio de la noche, aunque ella pensó que sobre todo crecía

dentro de su propia cabeza, oía un grupo entero de caballos, vio en su mente una partida de jinetes que se acercaba al galope a una granja en tierras norteañas, y a una chica joven que se interponía en su camino. Miró hacia el este, vio que eran dos los jinetes, cabalgaban rápido con la luna en la espalda. Una fuerte racha de viento agitó de repente los pantalones de las cuerdas, las perneras le golpearon el rostro. Intentó sujetarlas, estiró el brazo para agarrar las pinzas de la cuerda, ya no oía el ruido de cascos pero se le puso toda la piel de gallina. Los jinetes habían detenido sus caballos al otro lado del arroyo. Siguió con las manos en las perneras de los pantalones, sin moverse. Los hombres aguardaban a ver qué pasaba. Uno de ellos desmontó. Avanzó lentamente hacia el barranco. Por la silueta podía verse que llevaba ropas de montar de estilo extranjero, con botas de montar altas y estrechas. Por un instante se tapó el rostro con las manos y ella solo pudo ver el humo que surgía de él, había encendido un cigarro. Fumó unos momentos con una mano en el bolsillo, contemplándolas a ella y la granja. Ella también aguzó la vista, aún con las manos en las perneras. Entonces, él tiró el cigarro al barranquillo y bajó por él, ella le perdió de vista, volvió a aparecer en la orilla donde ella se encontraba. Caminó hacia ella, alto, esbelto, directo hacia las cuerdas de tender.

Sus movimientos le resultaban conocidos.

Se aferró a las perneras de los pantalones, sentía que las piernas no la sostenían. Cuando él llegó a su lado, se apoyó con una mano en el poste de la cuerda, metió la otra en el bolsillo, dijo: ¿Chiquirritina?

Ella arrancó los pantalones de la cuerda, se metió las pinzas en el bolsillo, echó los pantalones en la cesta. Lo hizo con parsimonia, tomándose mucho tiempo, como si junto a las cuerdas solo estuviera ella, miró al cielo como para atisbar si había estrellas, sacó un paño y se sonó, se abrochó un botón, dijo sin mirarle: Creí que vendrías a buscarnos hace trece años.

El compañero de viaje, que esperaba al otro lado del arroyo, había perdido la paciencia. Ella le vio coger al caballo de las riendas y bajar al barranco, oyó crujir la hierba al acercarse a donde estaba ella. Los dos hombres se quedaron uno al lado del otro, esperando cortésmente a que les hicieran el caso debido. Ella dejó los últimos pantalones encima del montón de la cesta, se irguió y les miró por fin. Su rostro era más oscuro, más marcado, pero su mirada era la misma. Maldito sea, pensó ella, sigue igual de guapo. Y él le devolvió la mirada sin pestañear. El otro hombre, una cabeza más bajo aunque era de estatura mediana, se inclinó con gesto serio, dijo en tono de pregunta: ¿*Signora* Ilmarsson? Le besó la mano. Ella creyó que estaba soñando. Se inclinó, iba a coger en brazos la cesta de la colada pero el extranjero reaccionó a toda velocidad, intentó librarla de la molestia, cogió la cesta pero ella se la arrancó de las manos, echó a correr y entró en la casa. Abrió la puerta de un empujón, las ruidosas conversaciones cesaron al instante. Por su semblante, los que estaban en la cocina se dieron cuenta de que la guerra que había estallado en el mundo no tenía demasiada importancia en comparación con el enorme suceso que ella les iba a comunicar. En vista de que no se decidía a hablar, había tenido tiempo de sobra para decidir la mejor forma de informar de lo sucedido, la señora salió de su rincón y lanzó una mirada circunspecta a la gente de la casa, como para invitarles a que recordasen la infalibilidad de las vacas. Dijo: ¿Qué quieres contarnos, cariño mío?

Karitas miró a sus hijos: Ahí fuera está vuestro padre, que quiere veros.

El anuncio de una riada del glaciar difícilmente habría tenido mayor efecto. Los chicos se quedaron rígidos, todos los de la casa se miraron unos a otros como paralizados. Fue Auður quien dijo: Vaya, qué bien que acabo de preparar frutas de sartén.

Los chicos salieron a ver a su padre. Karitas les observaba desde la puerta, les vio con la cabeza gacha en total desamparo, los hombros encogidos hasta las orejas, pegados uno al otro, miraban fijamente al hombre que ella les había anunciado que era su padre. Alto, con ropas oscuras de *tweed*, chaleco, botas altas de cuero. Como un aristócrata dando un paseo vespertino por sus tierras. Él no hizo ningún esfuerzo por tocar a sus hijos, los examinó de arriba abajo con gesto adusto, como si fueran cazadores furtivos. Ellos se apretaron aún más. Karitas empezó a hervir de furia. Estuvo a un pelo de recuperar a sus hijos de un tirón, cuando el padre dio un paso al frente y los tomó a los dos entre los brazos. Los abrazó con fuerza, puso la mejilla sobre la cabeza de uno, luego sobre la del otro, olió sus cabellos. Ellos seguían en absoluto silencio. Karitas entró, tuvo que abrirse paso a codazos, la gente de la casa se había congregado junto a la puerta. Estiraban el cuello, miraban unos sobre la cabeza de los otros, con la mirada fija en aquellos recién llegados de elegantes ropas.

Si esa misma noche, hasta un momento antes, la conversación en torno a la mesa de la cocina había sido muy animada, ahora se volvió tensa. El sol de los países meridionales no había vuelto a Sigmar más locuaz, el extranjero desconocía el idioma y Skarphéðinn, que por regla general no tenía dificultad alguna para tratar con desconocidos, no decía ni media palabra, ceñudo. Hallgerður y Hrefna, agobiadas por la timidez que les provocaba la presencia de unos hombres tan principales y elegantes, levantaban de vez en cuando la mirada, bruscamente, como para asegurarse de que Sigmar era de carne y hueso, e incluso Auður se sentía cohibida, intentaba pensar solo en cómo agasajarles, pero no acertaba a pensar con claridad. Los chicos parecían en trance y Karitas estaba con los brazos cruzados al lado de la puerta de la cocina vieja, los ojos fijos en la ventana que tenía delante. Solo Hallur, quien, sin embargo, nunca había contado las artes de la conversación entre sus puntos fuertes, intentó charlar con los visitantes aunque por su torpeza en la materia lo único que hizo fue someterles a interrogatorio. Les preguntó de dónde venían, adónde se dirigían. Venimos de Hornafjörður, respondió Sigmar mirando a Karitas al hablar, y nos dirigimos a Akureyri. Hallur pudo preguntar entonces qué tal tiempo hacía en Hornafjörður. Sin duda, la conversación habría girado única y exclusivamente en torno a las condiciones climatológicas reinantes en la esquina suroriental del país si Auður no hubiera recuperado el temple. Sucedió en cuanto la mesa estuvo bien servida de café y frutas de sartén. Y es que el café parecía capaz de soltar la lengua a los más expertos en no abrirla. Preguntó quién era el hombre que le acompañaba en su viaje y todos contuvieron la respiración. Sigmar pidió que le excusaran un momento, dijo que había sido un desacierto, naturalmente, tenía que presentar a su amigo: Andrea Fortunato, de Roma. El romano hizo una leve inclinación de cabeza al oír su nombre, miró con afecto a los presentes, que apartaron la mirada. Karitas no pudo evitar lanzarle una mirada esquivada al saber de dónde era. Vio un rostro delicado pero viril, cabello negro, aspecto sensible, pero entonces se topó con los ojos verde mar del hombre de Borgarfjörður y volvió a dirigir toda su atención a la ventana. Pero el de Borgarfjörður había visto el destello de sus ojos y añadió: Karitas siempre quiso ir a Roma pero fue imposible, de modo que le he traído Roma.

La atmósfera no mejoró con aquel comentario, de modo que Auður preguntó por pura cortesía si era cierto que en Roma hacía siempre un tiempo espléndido. Y miró alegre al hombre llegado de allí. Sigmar miró al romano, que estaba a su lado, y le habló en extranjero. Al parecer le estaba diciendo lo que había preguntado la señora de la casa. El romano se irguió en su silla y empezó a hablar en aquella lengua extrañamente cantarina. Levantó los brazos, describió su país y su pueblo en un largo discurso, explicó en detalle el clima meridional, jugueteó con los dedos en el aire, se quitó de la frente un sudor imaginario pero luego cambió el gesto de forma instantánea y se abrazó con fuerza, como para calentarse. La gente de la casa tenía los dulces levantados en la mano, mientras escuchaba con interés, sin saber si morderlos o esperar a que el extranjero hubiera terminado su discurso. Nadie dijo ni una palabra hasta que Auður miró a Sigmar y preguntó qué había estado diciendo con tanta elegancia aquel hombre. Ha dicho que en verano puede hacer mucho calor, y que en invierno hace frío, respondió Sigmar. Como no preguntaron al romano nada más sobre el calor del estío, la conversación se quedó atascada de nuevo. Finalmente, Skarphéðinn sorbió con fuerza por la nariz varias veces y preguntó a los recién llegados, sin mirarlos, si sabían que había estallado una guerra. Sigmar bebió con tranquilidad un sorbo de su café, luego miró a Auður como si la pregunta la hubiera hecho ella: Hace tiempo que tenemos claro que muy pronto estallaría una guerra mundial. Los presentes pensaron que era una pura exageración utilizar la palabra guerra mundial para una invasión de los alemanes. Aunque, pese a todo, no pudieron evitar un escalofrío. Auður se apresuró a decir: Imagino que los caballeros querrán quedarse a dormir. Y el huésped islandés dijo: Sería un placer para nosotros.

Los chicos habían estado todo el rato sentados a la mesa en silencio, atiborrándose de frutas de sartén, mirando de vez en cuando a su padre y a Karitas, que estaba como un centinela junto a la puerta de la cocina vieja, como si no tuviera nada que ver con los presentes. La señora de la casa, que jamás había experimentado el menor reparo en decir a unos huéspedes que era y ha hora de irse a la cama, llegada ya la hora de dormir, estaba ahora de lo más insegura, y dijo primero: Skarphéðinn, tú duermes arriba, en la antigua pasadizo de tu hermano Höskuldur; vacila un instante antes de decirle a Sigmar: Tú duermes en el cuarto de huéspedes. Luego miró a Karitas con ojos interrogantes. Luego miró al marido y luego otra vez a la esposa. La única pareja casada que había bajo su techo. Sigmar miró a Karitas, esta siguió mirando la ventana que tenía delante, en el cristal se reflejaba la cama común de Borgarfjörður, blanca cálida perfumada, el diván, el caballete, oyó el sonido del mar, miró la nuca de sus hijos. Bostezó: Me subo a dormir.

Abrieron de par en par el cuarto de huéspedes.

Las mujeres abrieron la ventana para dejar entrar el frío aire vespertino, pusieron ropas nuevas en la cama, pasaron un paño por las mesas, sacudieron los visillos, ordenaron los libros. Pidieron a los huéspedes que entraran. Estos cogieron sus alforjas.

Skarphéðinn recogió su ropa de cama y subió al dormitorio con ella y una sonrisa sarcástica en los labios. Todos fueron yéndose a dormir, como si todo fuera igual que de costumbre y no hubiera llegado nadie nuevo. Karitas estaba tumbada con los ojos abiertos, el alma y el cuerpo aletargados, igual que alguien recién rescatado de

una profunda grieta en el glaciar. El silencio del dormitorio era opresivo, más de uno tenía dificultades para conciliar el sueño tras los dramáticos acontecimientos de la tarde y la noche, pero finalmente la polifonía de las respiraciones indicó que el sueño había salido triunfante. Más que dormir, Karitas dormitaba, al menos esa sensación tenía, de vez en cuando se levantaba sobre un codo para comprobar que sus chicos dormían tranquilos en su cama. Al llegar la madrugada se durmió profundamente. Soñó que Sigmar llegaba hasta ella, le pasaba el dedo hacia abajo por la cara como si quisiera partirla en dos. Cuando despertó, la gente ya había bajado. Se quedó tumbada en silencio e intentó calcular la hora que podía ser, escuchó los sonidos de la granja. Oyó la risa amanerada de Hrefna en la cocina, la voz alegre de la madre y las hijas, voces de hombre. Era evidente que la gente estaba descansada a esas horas tempranas de la mañana y que todos tenían mucho que contar. Estiró el brazo para coger el orinal de debajo de la cama, lo colocó debajo del edredón y estuvo sentada un buen rato, malhumorada, pensando qué hacer. Por eso se pasó tanto rato en el orinal.

Su ausencia de la cocina había roto el freno que cerraba la boca de la gente de la casa en presencia de personas importantes. Se dio cuenta según bajaba la escalera. Todos parecían felices con sus gachas de avena. Oyó comentar que alguien había contado historias sobre su estancia en el soleado país del romano, oyó a la señora de la casa decir que era un gusto que se lo hubiera pasado tan estupendamente al sol, allá en el sur. Entró ella entonces en la cocina y todo el personal quedó en silencio. El romano se puso en pie de un salto e hizo una leve inclinación de la cabeza, los islandeses no se movieron de sus asientos. Cuando comprobaron que no tenía intención de darles los buenos días ni de hacer siquiera un gesto de saludo, Sigmar se puso en pie, miró al grupito como si fuera la tripulación de su barco, dio las gracias por las estupendas gachas y las sabrosas morcillas y miró entonces a sus hijos: Venga, chicos, vamos a ensillar. A Karitas le dijo al pasar delante de ella: Los chicos se vienen conmigo a caballo a Skaftafell. Entretanto, tú recoge vuestros trastos. Mañana por la mañana temprano volvemos a Hornafjörður. Lo dijo con extraordinaria cortesía, y entonces se fue hacia la puerta como si el asunto estuviera zanjado. Pero no pudo dejar de mirar atrás un momento para ver el gesto que ponía Karitas, quien, familiarizada con la forma de proceder de su marido, recordó su comportamiento en Skagafjörður en tiempos ya lejanos, y de pronto su mente se aclaró por completo. Aparentó no haberle visto ni haber oído lo que dijo, se limitó a mirar a Auður y preguntó con una pizca de asombro: ¿Adónde ha ido Skarphédinn? ¿No íbamos a ir los dos a Salthöfði? La gente de la casa sintió que algo les oprimía el pecho, se fueron levantando de la mesa con muchos bueno, venga, y se dieron la mayor prisa para salir los primeros. El capitán miró a su esposa con frialdad, hizo luego una señal a sus hijos para que salieran con él. El extranjero se quedó allí solo mirando, inquieto, a las dos mujeres. Auður le sonrió, pero al mismo tiempo dijo sin mirar a Karitas: Ha sido una tontería por tu parte decir eso, cariño mío. El extranjero entendió aquellas palabras como una invitación a comer más, y así lo hizo. Pero Karitas no estaba de humor para escuchar reprimendas, salió a toda prisa hacia el patio, se detuvo y miró a su marido y sus hijos ensillando los caballos. ¿Adónde creéis que vais?, preguntó a sus hijos. Ellos bajaron los brazos, mirándose uno a otro. Nos vamos a Skaftafell con nuestro padre, dijo Jón, intentando sonar resuelto. ¿Os he dado yo permiso para ir?, preguntó ella. Ellos se esperaban cualquier cosa menos una objeción como aquella, no supieron qué responder, se quedaron mirando a aquella mujer delgada, vestida con pantalones, que había sufrido tan enorme transformación en una sola mañana, y fue Sumarláti quien resolvió la situación. Conocía el camino al corazón de las mujeres, se acercó a su madre, la abrazó, le susurró sonriente: Mamaíta, déjanos ir, volveremos esta noche. Y ella le acarició la cabeza: Id pues, pero tened cuidado con los zorros.

Fueron hacia el oeste y apenas se habían perdido de vista cuando lamentó haberles dado permiso. Ahora, Sigmar Hilmarrson tendría el día entero para interrogarles sobre lo que hacía y dejaba de hacer ella desde que sus caminos se separaron, y si conocía bien a sus hijos, estos lo contarían todo y con todo lujo de detalles. En cambio, ella seguiría sin tener ni idea de qué vida había llevado él en el país del sol durante trece años nada menos. Auður leyó sus pensamientos y le dijo que había hecho bien autorizándoles a ir, más pronto o más tarde tendrían que conocer a su padre, y tenían todo el derecho de hacerlo, y él tenía que saber cómo habían vivido y crecido y a qué se dedicaban aquí, en Örafi. ¿Ah, sí?, dijo Karitas con amargura, pero ¿no tendríamos que saber nosotros en qué ha estado metido en el extranjero todos estos años? Antes de que Auður tuviese tiempo de dar su opinión, pues seguramente habría conseguido ya alguna información, Karitas entró en la casa a toda prisa, echó calcetines en un cubo, puso a hervir los paños, colocó la manopla de lavar encima de la tabla y se lanzó sobre todo aquello como si quisiera arrancarles la vida. Todos tenían que seguir con sus labores la mañana entera, por muy grandes que fueran los acontecimientos que habían tenido lugar en la granja y en el mundo, había que volver a la normalidad antes de poder entrar de lleno en esos asuntos, se enfrascaron en sus tareas, pues las había de sobra, estaban ya en marcha los preparativos para las labores de otoño. Karitas golpeaba los calcetines con las mazas de madera al lado del arroyo, con tal cólera que el agua parduzca salpicaba a chorros. No vio ni oyó nada hasta que Auður le tocó el brazo: Creo que jamás te he visto en un estado de nervios como ahora. Deja los calcetines inmediatamente para que podamos hablar. Y no se anduvo con preámbulos y comenzó la conversación que había planeado, y que a fin de cuentas acabó convirtiéndose en un monólogo; dijo, apuntando con el dedo hacia la granja: El hombre de ojos oscuros del cuarto de huéspedes resulta ser un erudito muy sabio, que escribe libros sobre los antiguos romanos y sus años de dominación de España, o eso dijo Sigmar esta mañana antes de que bajaras tú, y que conocía al romano y a su familia desde hacía muchos años, y que eran socios en la propiedad de un barco, en una ciudad llamada Náboli; de modo que ya sabes, cariño, dónde ha estado todos estos años, y ha venido en su barco, que le está esperando en Hornafjörður. Lo otro que quería decirte es lo siguiente: seguíis siendo marido y mujer, y por el bien de vuestros hijos tenéis que ponerlos de acuerdo sobre el futuro. Y también querría que te aclarases de una vez en lo que atañe a mi Skarphédinn. Se llevó un buen disgusto cuando apareció de repente tu marido, desde entonces está de lo más desequilibrado. Esta mañana no quiso comer, se largó al taller sin decir ni palabra a nadie, ¿oyes los golpes? Me temo que no piensa salir de ahí, pero anda, vaya sí es guapo tu marido. Una se pone mala al mirar hombres como él.

Al ver que Karitas no respondía a su largo discurso, pues tenía la mente en el barco que les esperaba en Hornafjörður, lo que le provocó cierto fastidio, Auður dijo, al tiempo que se alejaba de ella: Eso es todo, pero a mi Skarphédinn le habría hecho feliz que el extranjero supiese hablar islandés, habrían podido platicar un montón sobre los grandes héroes de la historia de cada uno.

De modo que ha venido en barco, dijo Karitas, ¿y de cuántas toneladas?

Los esposos no se hablaban, todos se habían dado cuenta de ello, y eso que dormían bajo el mismo techo después de trece años de separación, pero a las mujeres les parecía una verdadera lástima que el extranjero no hablase islandés, se encontraban ante muy serias dificultades a la hora del almuerzo. Se habían dedicado con afán a la cocina, cocinando cecina, recogiendo nabos frescos, preparando salsa blanca, cocinando pan plano y guisando sopa dulce de pan, pero cuando llegó el momento de servirle el almuerzo, todas sufrieron un ataque de timidez y discutieron quién sería la más adecuada para llamar a la puerta del cuarto de invitados, donde llevaba toda la mañana sin decir ni pío. Podía estar dormido como un leño y a lo mejor no tiene apetito, dijo Hrefna, que se negaba a tocar a la puerta, aunque se había esmerado mucho más de lo habitual con la sopa dulce. Él no sabe hablar como yo, dijo Hallgerður toda encorvada, aunque por lo general le daba igual si la gente hablaba o callaba. No sé, seguro que le interrumpiría en sus trabajos eruditos, dijo Auður, quien se daba cuenta de que la tarea acabaría tocándole a ella, de modo que se concentró en la cecina sin decir una palabra más. Pero entonces entró Karitas, empapada hasta las rodillas, y las demás la miraron con gesto autoritario: Tú vas a llamar a su puerta, porque has estado en el extranjero.

Dio unos golpes breves en la puerta con el nudillo del dedo corazón, y abrió con decisión. El romano estaba sentado a la mesa, la cabeza inclinada, mirando los objetos que había colocado allí, al parecer con la más absoluta precisión. Unos libros en el extremo izquierdo, un florero y unos vasos en el centro, un despertador a la derecha. ¿Es que iba a pintarlos?, fue lo primero que se le ocurrió pensar. Él se levantó al verla e inclinó la cabeza como parecía ser su costumbre invariable cuando había mujeres cerca de él, pero al toparse con la fría mirada de Karitas volvió a sentarse a toda prisa. Ella estaba de pie junto a él, con los brazos cruzados sobre el pecho, mirando a aquel extranjero que sabía más del padre de sus hijos, y esposo suyo, que ella misma, y dijo: No sé cómo serán estas cosas allá en el sur, en vuestro país, donde seguramente os pasáis las noches bailando y los días durmiendo, pero aquí en la comarca de Örafi tenemos por costumbre comer el almuerzo a su hora. Pero como las mujeres de aquí nunca han visto un extranjero y no saben si esa clase de gente gusta de la cecina como nosotros los islandeses, o si chupan el alimento del sol, le han pedido a la fregona de la granja que pregunte al señor si no le sería mucha molestia pasar a la cocina para que todas puedan verle mejor.

Señaló la dirección de la cocina con el brazo extendido, y él comprendió que le había invitado a sentarse a la mesa después de explicarle el menú y cómo se había guisado. Las mujeres no supieron dónde mirar cuando él entró en la cocina, tenían un montón de cosas que atender, como bien podía ver el extranjero, aunque consiguieron darle a entender con muchas gesticulaciones que tenía que sentarse. Dispusieron los alimentos delante de él para que solo tuviera que extender la mano, le llenaron el vaso de leche, carraspearon y se dedicaron a entrar y salir en la cocina. Desde todos lados iban observando cómo utilizaba cuchillo y tenedor, cómo los ponía en el plato en cruz, boca abajo, antes de llevarse el vaso de leche a los labios, era evidente que para él resultaba algo perfectamente natural tener a su alrededor un grupo

de mujeres dedicadas con exclusividad a ocuparse de que comiera bien. No había duda de que la cecina le encantó, pues miró a la señora con ojos afables y dijo *buono*, y ella lo comprendió perfectamente, pues asintió con la cabeza aunque sin mirarle. Los martillazos que llegaban del taller fueron el motivo de que todas recordaran sus obligaciones para con los demás hombres, iban a llamarles cuando entró Hallur. Refunfuñó al ver al extranjero, pero encendió la radio a toda prisa, se sentó y dijo que era imposible controlar a Skarphéðinn, que estaba de un humor de perros. Ni le había respondido cuando le preguntó si no pensaba entrar a almorzar. Auður lanzó una rápida mirada a Karitas, se fue a por su hijo, volvió al poco con el cuello hinchado como solía suceder cuando algo la afectaba mucho, pero no dijo ni una palabra.

Pero las noticias mundiales se derramaban sobre la mesa del almuerzo desde el aparato de radio. Al parecer, la guerra declarada por los alemanes el día anterior había pasado desapercibida en las ciudades de todo mundo, incluso las alemanas, pues los berlineses disfrutaban del buen tiempo en las terrazas de los cafés, dijo el locutor con voz tensa. Lo mismo podía afirmarse de ingleses y franceses, según las últimas noticias llegadas del Reino Unido, lo que produjo a Hallur una considerable decepción. Él confiaba en una reacción más energética por parte de los ingleses. Hrefna vio que su hermano estaba apenado y dijo: A lo mejor se ponen a ello cuando acabe el fin de semana.

Lloviznaba en el aire y los asuntos mundiales estaban tranquilos. El extranjero desapareció de nuevo en el cuarto de huéspedes con una inclinación de cabeza. Cesaron los golpes en el taller. Vieron al hijo, que había rechazado el desayuno y el almuerzo por razones desconocidas, salir al patio de la granja llevando un caballo de las bridas. Auður reaccionó al instante, metió en una bolsa de cuero cecina del almuerzo y unos panes planos y corrió hacia él. Volvió a entrar como una exhalación y dijo que pensaba ir a Salthöfði para preparar las mesas de la matanza, ve tú con él, le dijo a Hallur, quien se levantó obediente como de costumbre, y a su hermana y a su hija les ordenó: Después de fregar subís al peñascal a por bayas, recoged varios bidones, necesitaremos más jugo para el invierno. Miró con cara cansina a Karitas y dijo: Cariño, ¿no tienes que recoger tus cosas? Antes de que nadie pudiese contradecirla, desapareció en la despensa.

Cuando se quedó sola, Karitas no tenía ni idea de qué hacer. No podía fregar los suelos como solía hacer otros sábados porque había huéspedes en la granja, no habría colada grande hasta después del fin de semana, y si en algún momento se le había pasado por la cabeza recoger sus trastos porque ya iba faltando menos para su viaje a la capital, en aquella nueva situación ni se le ocurría hacerlo. Pensarían que estaba obediendo las órdenes de Sigmar Hilmarsson. Le daban ganas de echarse una siesta con la anciana Bergþóra, pero sabía que en cuanto pusiera la cabeza en la almohada empezaría en su mente un carrusel de imágenes de los tiempos pasados, y quería evitarlo para no perder la cabeza ni el equilibrio del alma. No quería imágenes, ni en color ni en blanco y negro, de todos modos las había pintado hacía ya mucho desde todos los puntos de vista posibles. En los bastidores no había nada más que lienzo en blanco, como al principio, nadie sabía lo que había debajo, ni siquiera ella se acordaba. ¿O sí se acordaba? Pero entonces recordó de pronto sus *collages*, guardados en cajas en la cocina vieja, algo tendría que hacer con ellos cuando se fuera, conservar los mejores y llevárselos, tirar los demás. Fue a por los cuadros, los colocó encima de la mesa de la cocina pero no había sitio suficiente, tuvo que utilizar también el suelo. Sus mejores cuadros de Óræfi cubrían la mesa y el suelo y, mientras los contemplaba, intentaba recuperar en su memoria todo lo que había pintado a lo largo de su vida, pero al hacerlo le venía a la mente su vida entera y tuvo que frotarse la frente y las sienas con las yemas de los dedos para aplacar las agujas que se le clavaban en la cabeza. No se dio ni cuenta, no oyó que se abría la puerta a su espalda, solo sintió un olor desconocido que llegaba hasta su nariz, y miró. En la puerta estaba el extranjero, con la mirada fija en sus cuadros. Pasó un instante y ella levantó los brazos, los dejó caer con fuerza sobre el pecho del hombre, le empujó hacia atrás, le hizo pasar el umbral, y cerró con un violento portazo.

Tuvo que ir a buscar las vacas, pues sus hijos no estaban allí, cuando le vino la idea de que su marido y sus hijos no regresarían. Una excursión a Skaftafell, seguramente estarían ya mucho más allá de las lagunas. Sigmar era el hombre que se iba, el hombre que no volvía. En un instante perdió el control de sus nervios, azuzó a las vacas, les dio golpecitos en las ancas, les pidió por lo que más quisieran que por una única vez intentaran darse prisa, pero las dejó al pie del prado de la granja y fue corriendo al taller. Cogió una silla de montar y se dirigió a la parte occidental del prado a por un caballo, cuando salió Auður y le pidió que esperase un momento, «¿adónde piensas ir, cariño?», Karitas le dijo que iba a perseguir a su marido, que se le había llevado a sus hijos. Auður dijo que la persecución no tendría demasiado éxito, pues el hombre llevaba un día entero de ventaja, además de que sería una tontería salir tras él ahora, «pues falta poco para la cena y además no entiendo qué puede estar haciendo tu marido en el oeste si el barco está esperándole al este». Tú no conoces a ese hombre, dijo Karitas, pero yo sí. ¿Para qué crees que ha venido hasta aquí si no es para llevarse a los chicos?, y ¿quién dice, aparte de él mismo, que ha llegado al este, no es posible incluso que haya ido a Reikiavik? Pero me pareció oír que te pidió que reunieras los trastos de los tres, dijo Auður, incapaz de comprender aquellas cavilaciones, que vendría a buscaros a los tres, y estoy segura de que estarán aquí antes de que anochezca. Pero dime, ¿no arde aún un ascua entre vosotros? Ni una brasa queda entre nosotros, respondió Karitas con frialdad. Permaneció una o dos horas en el patio de la granja, mirando hacia el oeste, no quiso comer ni beber, estaba tan disgustada que todos optaron por dejarla en paz, excepto Auður, que salía con regularidad y decía: Seguro que vienen de camino.

¡No te lo había dicho!, exclamó al ver aparecer tres jinetes con el cielo azul oscuro a su espalda. Uno grande y de anchos hombros, los otros dos pequeños, no había duda alguna, eran el padre y los hijos que volvían. Cuando los hijos entraron al paso en el prado a lomos de sus caballos, se notó en sus rostros que la excursión ecuestre había hecho aumentar su vigor y su virilidad. Llevaban las cabezas bien altas, los pechos hinchados, sus semblantes mostraban un gesto de orgullo desconocido hasta entonces. Karitas hizo como si el padre no fuera sino viento, y dijo con tono de mando a los chicos: A la cocina vieja. Es sábado por la noche, por si se os había olvidado, y tenéis que lavaros el pelo.

## **Karitas**

Cubo de madera sobre taburete, 1939

*Dibujo a lápiz*

Noche en la cocina vieja.

La fría calma del glaciador yace sobre el tejado.

La llovizna humedece el ventanuco debajo del alero.

La centrifugadora de la leche, la mantequera y el molinillo de café reposan a la sombra sobre el banco, junto a la pared revestida de madera. Enfrente hay un viejo baúl silencioso.

En la cocina calentada con sirles hierve agua en la olla negra.

Del techo cuelga una bombilla, ilumina un cubo de madera sobre un taburete en el suelo de madera refregada.

Lavo el pelo a mis chicos.

Les hago inclinarse sobre el cubo, les pongo jabón verde en el pelo, froto para hacer espuma. Con una jarra grande les vierto agua templada sobre la cabeza, y se la enjuago con esmero.

Su padre, que ha venido a sacarnos de la comarca, está al lado viendo cómo les lavo.

Los cuatro estamos alrededor del cubo.

Callamos juntos en la calma del glaciador.

Las mujeres pensaron que la afirmación de Karitas de que ya no quedaba ni una brasa entre ella y su marido no era muy creíble. Hrefna aseguraba haber visto un chisporroteo sobrevolando el cubo ante el que estaban los esposos, frente a frente. Aunque no se hubieran dicho ni una sola palabra y Hrefna hubiera interpretado las chispas como señal de amor, Auður mantenía una opinión distinta, pues tenía más experiencia que Hrefna en esos temas. Saltaba a la vista que a ella no le gustaba nada cómo pintaban las cosas. En la atmósfera había algo amenazante, le recordaba a eso que la gente de otras granjas de la comarca creía percibir en algunas majadas apartadas, donde los fantasmas hacían de las suyas, y que les producía escalofríos por todo el cuerpo. Los más jóvenes de los hermanos tuvieron el suficiente buen juicio para poner tierra por medio, Skarphéðinn mandó recado a Hallur de que pensaba alojarse en casa de su hermano Höskuldur, tenían que escribir juntos un artículo para el boletín de la asociación de jóvenes, y cuando Hallgerður se enteró, pensó que tenía que ir urgentemente a visitar a su pariente de la granja del medio, que incluso se quedaría a dormir, porque era una cosa importantísima. El extranjero no se movía de su alojamiento excepto para comer, de modo que en la cocina no estaban más que los hermanos de más edad, a quienes la sensación de incomodidad producía dolores de barriga. Yo quiero tranquilidad en mi casa para poder dormir, decía Auður. Entró en la cocina vieja, donde reinaba un silencio punzante, le dijo a Sigmar, que miraba a su mujer con ojos penetrantes: Ya te he preparado la cama, para cuando quieras. Le indicó que fuera para allá y no se movió hasta que se hubo marchado. Habían transcurrido veinticuatro horas desde la llegada de los huéspedes y Karitas seguía haciendo como si Sigmar no fuera nada más que viento.

Madre e hijos terminaron el sabatino lavado de cabeza. Karitas secó los cabellos de sus chicos hasta que estos se quejaron, pero con ello les volvió el habla, después de tener que soportar las gélidas rachas de viento que se habían estado deslizado por encima del cubo. Habrías tenido que ver las caras de los chavales de las otras granjas cuando pasábamos por delante con papá, dijo Sumarliði, y ella comprendió que debía prestar atención a lo que le quisieran contar. Los dos compitieron en describir el viaje, hacía mucho tiempo que no se les veía tan entusiasmados y parlanchines, cómo reaccionó la gente de la comarca al verlos acercarse montados a caballo, acompañados por aquel hombre de magnífica postura y elegantes ropas. Todos se habían quedado tan pasmados que casi ni fueron capaces de saludar, «¡y habrías tenido que ver la cara que ponían cuando les decíamos que era nuestro padre, el capitán de un barco que estaba esperándonos en Hornafjörður!». Al recordarlo se daban golpecitos uno a otro. A ella no le fue difícil imaginar las reacciones de la gente al ver a Sigmar, o el gesto que seguramente pondrían las mujeres. Y sin embargo no fue esa parte del relato lo que la mantuvo despierta en esta ocasión, sino los comentarios que llegaron después: Y los otros chavales dijeron, mamá, que siempre habían creído que no éramos hijos más que de una criada pobre, ni se imaginaban que tuviéramos padre, ¡y mucho menos uno así de rico! Eso lo dijo Sumarliði. Jón estaba más pensativo cuando ella les deseó las buenas noches y los arrojó con el edredón como de costumbre. El muchacho dijo: Mamá, papá va a Akureyri en su barco, irá por el este, preferimos ir con él.

De modo que marido y mujer tenían que hablar, aunque no podrían hacerlo sin apoyo externo, Auður tuvo que mediar en el juego. A la mañana siguiente, en lugar de servirles el desayuno en la mesa, como a los demás, ensilló sus mejores caballos, metió viandas en una bolsa y les pidió que tuvieran la amabilidad de irse a dar un paseo a caballo y conversar, que ella quería paz en su casa si a ellos no les importaba, y ellos comprendieron que se trataba de una orden y no de un ruego, y montaron sin decir una sola palabra. Bajaron al paso por la ladera hasta la vereda, pasaron entonces a una ambladura rápida. Los hijos se instalaron en el tejado para poder ver el mayor tiempo posible a sus padres, a los que jamás habían visto juntos. Jón sí, claro, pero cuando vivían juntos en Borgarfjörður era tan pequeño que le era imposible recordar ni un suspiro en la casa, cuando los ardores amorosos de sus padres alcanzaban su cénit. Pero allí iban los dos hacia el este, a los peñascales, ella con un gesto pétreo que el sol que brillaba en el brezal ni siquiera intentaba ablandar.

Llevaban cabalgando un rato considerable cuando él se decidió a iniciar la conversación hablando del tiempo, miró en todas direcciones, dijo como hablando consigo mismo: Parece que el viento va a rolar, y entonces ella dijo bruscamente: ¿Qué buscas, Sigmar, a qué has venido? Y él se dejó ya de palabrería cortés, fue directo al grano y dijo que pensaba que ella no tenía derecho a mostrarse tan despectiva ni arrogante, que no fue él quien se largó con los niños, sino ella. Aquello fue como prender fuego a un barril de aceite, ella arremetió contra él con tal rabia que hasta ella misma se asustó de su propia furia, pero era algo que llevaba guardado en su interior tanto tiempo que brotó de ella como una ráfaga de disparos, y lo que resultó más extraño es que él se pudiera mantener sentado en la silla durante la acometida. Y ella le hizo recordar los meses, las semanas, los días, las horas, hasta el último minuto que se había visto obligada a pasar sola con sus hijos enfermos y llorando mientras él acumulaba dinero y bailaba feliz en el sur, y rompió a llorar mientras le hablaba de los instantes más dolorosos. Pero se secó los ojos y se quitó los mocos con el dorso de la mano y dijo: Pero entérate, Sigmar Hilmarsson, no tengo ni el más mínimo interés por saber con quién estuviste enredando durante tres años. Tu vida ya no me importa absolutamente nada.

Hizo al caballo amblar al galope.

Él la siguió a toda velocidad, bastante avergonzado tras la dramática exposición, y habían llegado a las colinas, donde las majadas, cuando ella detuvo el caballo, se volvió hacia él y le espetó: ¿Quieres comer aquí o prefieres algún otro sitio? Él dijo que le daba exactamente igual dónde comieran, y descabalgaron los dos. Ese soleado domingo, él iba vestido con sus ropas de montar extranjeras y sus botas altas de cuero, y ella, como de costumbre, con pantalones de trabajo, calcetines de lana y botas de goma. La distancia que les separaba cuando se sentaron en la hierba podía explicarse tal vez por sus diferencias en la forma de vestir. Como si perteneciesen a castas distintas y eso les impidiera sentarse uno al lado de otro. Pero los dos empezaban a sentir calor pese a la diferencia, él se quitó la chaqueta y ella las botas de agua y los calcetines de lana. Él se sentó junto a una roca y se puso a mirar al sur, con el mar enfrente, ella se apoyó en unos matojos de hierba y miró al norte, a la montaña. Se quedaron allí sentados mirando en direcciones opuestas mientras mordisqueaban el pan plano, separados por cuatro metros de distancia. Ella observaba fijamente las verdes cortaduras verticales de la montaña, las había visto muchas veces y siempre la había llenado de asombro lo lúcido que fue el Creador con las formas y con cuánta habilidad mezclaba los colores, luego deslizó los ojos hacia los farallones del extremo occidental de la montaña y contempló las negras formaciones rocosas que recordaban a siluetas de trols, monstruos de bocas abiertas, un hombre y una mujer. El blanco glaciar servía de fondo. El hombre y la mujer miraban al oeste, uno estaba detrás del otro y un poco más alto, pero nunca se logró saber cuál de los dos dominaba al otro, siempre parecían cambiar de posición si se apartaba la vista por un momento. Ella se concentró en los contrastes de colores allá arriba, él se limitaba a mirarle los pies. Para calmar las olas tempestuosas que se habían alzado poco antes, intentó cambiar el rumbo de la conversación diciendo que muchas veces tenía que hacerse difícil a la gente vivir en una comarca tan apartada. Ella no sabía qué le había llevado a hablar de las condiciones de vida de la gente de la comarca, pero respondió que la gente no conocía la palabra «difícil» hasta que llegó la radio a la comarca. Pero es que en la comarca estáis muy atrasados respecto al resto del mundo, alegó él, que habría debido saber que semejante afirmación haría que la sangre de su mujer volviese a hervir. Y así fue, en cierta medida, pues ella dijo con acritud: En lo referente a aparatos y herramientas, quizá sea cierto, pero en lo tocante a sabiduría y talento, está muy por delante de los que cometen la estupidez de aparecer por aquí sin que nadie les haya invitado.

Chúpate esa. No dijo nada más pero, lógicamente, ya estaba encendido el fuego bajo el puchero y no lo dejó ahí, sino que dijo, y con gran arrogancia: Aunque mis hijos hayan gozado de estupendo trato en esta comarca y hayan crecido aquí, he decidido darles una educación, enviarlos a Akureyri a casa de mi madre para que estudien allí, y tengo intención de llevarlos yo personalmente. Camino al norte pasaremos unos días en Reikiavik, en casa de mi hermano el abogado, que se podrá encargarse de los trámites del divorcio, que ahora resultarán mucho más fáciles, por supuesto, ya que el desertor ha acabado por entregarse.

No tenía más remedio que atormentarle, pensaba Karitas, pues era un auténtico suplicio tenerle allí, delante de ella, con su altanería. Pero en lugar de provocarle para ponerle furioso y hacer más áspera aún la conversación, le estaba excitando, aunque no se daba ni cuenta, estaba llevándole en una dirección muy distinta. Él se puso de pie y ella vio lo que iba a pasar. ¡Séntate!, le ordenó, pero naturalmente él no obedeció, eso era imposible en Sigmar, y se sentó a su lado. Fueron sus delicados pies sin calcetines lo que le empujó hacia ella, le acarició el empeine como hipnotizado, pasó la mano por los dedos de sus pies y ella casi ni se atrevió a respirar, pues si lo hacía, notaría el aroma de la piel del hombre y, si lo olía, trece años podían convertirse en un solo día. Él le cogió la mano, preguntó: ¿Dónde está el anillo que te regalé en el este, el de la piedra que se llamaba aguamarina? Ella dijo con solemne afectación: El aguamarina está en brazos del soldadito de plomo que me regaló el chico del norte cuando yo era joven y libre, y ahora los dos están en el fondo de mi baúl.

Él apartó la vista, miró hacia el monte. Dijo entonces: ¿Sigues buscando el caos?

Se puso a la defensiva, sabía que él estaba sacando a relucir una conversación sobre el arte que tuvieron en el saloncito de su casa de Borgarfjörður, que estaba intentando adquirir ventaja. Pero no intentó detenerle, sentía tantos deseos de ver cómo se iba a comportar esta vez... Él jugueteaba con las perneras del pantalón de ella, metió la mano por dentro y le acarició la pantorrilla. Qué calientes tiene siempre las manos, pensó ella, sintiendo crecer el caos dentro de su cabeza. Recordó entonces que a ella le correspondía la siguiente jugada. Con los niños no se puede tener caos, ellos quieren normas y seguridad y eso es lo que han encontrado en esta comarca, el caos tuvo que esperar. Él dijo: Mi amigo dice que ha visto cuadros tuyos, dice que los tenías repartidos a tu alrededor. Ella se enojó: Déjame la pierna en paz. Tenía que

recoger unos *collages* en los que he estado trabajando después de las noticias de las diez de la noche, pensaba deshacerme de ellos antes de irme a Reikiavik. Vio que se sobresaltaba. Quitó las manos de sus piernas pero acercó su rostro al de ella, y ella le miró los labios. Deseó que los dos fueran pájaros volando en un hermoso universo azul. ¿Cómo es posible?, pensó ella notando las lágrimas apelonadas en la garganta, con lo mucho que le odia. Él dijo: Cada cuadro tuyo es único. Por tus venas corre el arte, en vez de la sangre que tenemos los demás. No puedes deshacerte ni de un solo cuadro.

Ahora dirá las palabras mágicas, pensó ella. Se apresuró a torcer los labios en una mueca ofensiva y preguntó irónica: Bueno, ¿ya has conseguido llegar a ser tan rico como pretendías, Sigmar Hilmarrson? ¿Puedes comprarte pan de Viena todos los días?

Él ahuyentó una túpula con la mano.

Chiquirritina, he venido para ofrecerte una casa. Dos o tres pisos, como prefieras, agua corriente en el fregadero y la bañera, luz hasta en el último rincón, electricidad y teléfono, un salón para tus huéspedes en el piso inferior, dormitorios para nosotros y los chicos en el segundo, y un taller para ti en el de arriba.

Esperaba respuesta. Ella le miró el rostro, sintió su aroma sin respirar hondo, sabía que en cualquier momento podría arrojarse sobre su presa, Sigmar era un magnífico cazador, ella había visto en una ocasión un halcón lanzándose sobre una perdiz blanca. No te has afeitado, dijo ella. Habría debido decir algo más inteligente, pues ahora se dibujó sobre los labios de él aquella sonrisa que le arrebatava las fuerzas para resistir. Se acercó a ella, más y más cerca hasta que ella se vio a sí misma reflejada en los ojos de él, pero cuando los labios estaban a punto de encontrarse otra vez tras una larga separación, él movió los suyos hasta la oreja de ella y susurró: Y tú no te has peinado, chiquirritina. El cielo se arqueó sobre ellos en el instante que todas las personas ansian. Él puso su mejilla sobre la de ella. Pero entonces llegó una pequeña ráfaga de viento del este, agitó los rizos del cabello de él y sopló sobre los pies desnudos de ella. Ella escapó de él escurriéndose bajo su abrazo.

No puedo soportar la cruz de tener que vivir en tu casa. Y deja de llamarme chiquirritina, yo no soy menos que tú.

Se puso en pie tambaleándose, recogió la bolsa y ya estaba montando cuando él la hizo bajar al suelo. La sujetó con las dos manos, dijo: ¿Qué cruz es esa? Ella se llevó las manos al pecho, cogió un instante el estuche que contenía el retrato de su hija pequeña, se lo arrancó y se lo puso con violencia en la palma de la mano. Le permitió mirar por un instante la fotografía de su hija, suficiente para ver sus propios sentimientos reflejados en los de él, remordimiento, pena. Cuando lo hubo visto bien le arrancó el retrato de la mano, dijo: No te lo doy, es el único que tengo. Pero la niña es igual que tú, ¿no te parece? Se guardó el retrato y se echó hacia atrás: Bueno, ya hemos charlado como quería Auður y podemos volver a casa a comer. No te lo puedo garantizar, pero creo que habrá carne de caballo ahumada y gachas de ruibarbo.

Fue delante de él todo el camino. Creyó oírle gruñir y refunfuñar, pero no estaba segura de si no sería más que el zumbido que tenía dentro de la cabeza, o el viento al rolar, pero al entrar en las tierras de la granja se decidió a mirar, y comprobó que seguramente aquellos ruidos procedían de él, pues jamás había visto a Sigmar tan sombrío. Fue una desdichada coincidencia que Skarphéðinn decidiera, justo en esos momentos, irritar al gran capitán. Se lo podría haber ahorrado, dijo Auður más tarde. Si, vaya ocurrencia maldita de todos los demonios que tuvo, dijo Hrefna, soltando una maldición por primera vez en la vida, según afirmaron todos. Pero estaban en el patio de la granja, sin contar a Hallur y el extranjero, Auður, Hrefna, Hallgerður, Skarphéðinn y los dos chicos, al sol del mediodía, contemplando un semental que había llevado Höskuldur para enseñárselo. Y en cuanto llegaron los esposos, Skarphéðinn apartó la mirada del semental, hizo una mueca extraña y le gritó a Karitas: Por si me olvido, he metido en tu baúl un libro que quiero regalarte, dedicado igual que el primero, con mi agradecimiento por una cálida noche de verano.

Con eso empezaron a arder las brasas. Bastaron unas palabras.

Pero justo en ese momento, cuando todos se pusieron a pensar cómo armarse para la batalla, desde la casa llegó Hallur a la carrera, con los brazos levantados, contento a más no poder: ¡Ha empezado la guerra, lo han dicho en las noticias del mediodía! El primer ministro británico la ha declarado esta mañana, dijo: ¡Este país está en guerra con Alemania! Bajó los brazos y calló al ver que no se producía reacción alguna. Todos estaban como paralizados por la manifestación de Skarphéðinn, de ahí que no concedieran ni la menor atención al mensaje que el primer ministro del Gobierno británico había enviado al mundo. Pero había estallado la guerra, de eso no quedaba ninguna duda.

Probablemente, Skarphéðinn distinguió en la penetrante mirada de Sigmar y su postura amenazante que lo mejor sería largarse lo antes posible, pues de pronto dio un salto, se subió a lomos del semental y escapó cuesta abajo a galope tendido. Y Sigmar detrás. Todos se quedaron inmóviles al lado del patatal, mirando lo que hacían sin decir nada, el extranjero salió en calcetines y con un libro en la mano, todos miraban a los campeones galopar ladera abajo hacia el peñascal. Höskuldur rechinó los dientes, dijo: Maldita sea. Bajó a Karitas de la silla, subió él y se lanzó también tras ellos como alma que lleva el diablo. La gente de la casa recuperó entonces el habla, los chicos se pusieron de lo más excitados, intentaron salir corriendo a coger caballos y salvar a su padre de las horribles garras de Skarphéðinn, pero vieron que los jinetes hacían una gran curva abajo del todo y se dirigían otra vez hacia la granja al galope, Skarphéðinn por delante. Sin darse ni cuenta, todos se echaron hacia la pared de la casa, Karitas sujetó a los chicos por los hombros, tiró de ellos hacia sí. La veloz cabalgada se acercaba, entraron en los terrenos de la granja y siguieron como si quizá tuvieran intención de acabar la disputa peleando en el patio. Pero qué va. En el tejado de la vieja granja de turba, al oeste del taller, había dos mangos de guadaña y varios rastrillos y, sin detener el caballo, Skarphéðinn agarró un mango y siguió galopando hacia el oeste, con el arma levantada en el aire. El de Borgarfjörður, reputadísimo cazador y diestro tirador, hizo lo mismo, cogió el otro mango desde el caballo y continuó la persecución de su enemigo. Y finalmente miraron a Höskuldur, que intentó imitarles, con la diferencia de que tuvo que agarrar un rastrillo porque ya no quedaban mangos de guadaña. El extranjero aplaudía entusiasmado en el patio, y de sus labios brotaba una riada de palabras. Pero las mujeres no estaban nada entusiasmadas. Les veían alejarse a galope tendido hacia los peñascales, estuvieron mirando hasta que se perdieron de vista, Se van a matar todos, dijo Hallgerður. Los chicos soltaron un grito, se soltaron de su madre y entonces, por fin, intervino Auður. Adentro de casa con los niños, ordenó, y como la madre parecía no ser del todo dueña de sus actos, fue Hrefna la que cumplió la orden de su hermana. Agarró a los chicos por el brazo y los obligó a entrar. Salió al poco, con la cara roja y los ojos destelleantes. Vete para allá abajo e intenta parar esta locura, le dijo entonces Auður a Hallur, que llevaba todo el rato allí parado con las manos en los bolsillos, ensimismado y pensando en las declaraciones de Chamberlain. Y llévate al romano, dijo ella, con la voz agriada, va a hacer falta bastante gente para detener a Skarphéðinn. Ella ignoraba el temperamento de Sigmar, lo que quizá no venía mal dado el giro que habían tomado las cosas, pero Karitas lo conocía suficientemente bien y le entraban náuseas al pensar en lo que podía suceder. Fue muy despacio al huerto de las patatas y se sentó en un bancal. Los hombres cogieron caballos y se fueron, resueltos y sublimes como suelen estar los hombres que salen de casa para enfrentarse al combate. El romano había conseguido ponerse las botas de cuero.

Las mujeres se quedaron allí con los brazos cruzados sobre el peso, sin tener ni la más remota idea de qué hacer. Se ponían las manos por encima de los ojos de vez en cuando y miraban hacia el sur por si veían adónde iban los hombres, pero solo conseguían deslumbrarse. Karitas pasaba las manos por la hierba del patatal: Ya va siendo hora de recogerlas. Si, la idea era empezar después del fin de semana, repuso Auður. Volvió a mirar al sur, inquieta. Finalmente dijo con gravedad: Y que nos hagan esperar así para almorzar.

Pero la anciana Bergþóra, en su sitio de la buhardilla, tenía que tomarse sus gachas de mediodía, pasara lo que pasase, a fin de poder acostarse después del almuerzo, y por eso entró Hrefna a ocuparse de ella. Volvió a salir enseguida y preguntó si no querían que sacara una pizca de carne de caballo para que fueran entreteniendo los dientes con algo, vamos, mientras esperaban que los hombres volvieran para comer. No les pareció mal, pues ya iban teniendo hambre, pero quisieron saber qué había hecho Hrefna con los chicos. Bueno, los encerré en la despensa, dijo Hrefna, orgullosa, allí tienen comida y bebida de sobra y pueden entretenerse contándose cosas mientras los hombres se quitan la tontería a tortas. Las otras la miraron pasmadas. No por haber tratado con tanta dureza a los muchachos aquella solución era realmente la mejor para mantenerlos lejos de tanta agitación, pero por otro lado, jamás, por lo que ellas podían recordar, se había dado el caso de que entraran hombres en la despensa, así que aquello era ya toda una novedad. De modo que no tenían que preocuparse de que los muchachos tuvieran algo para comer, y se sentaron todas en el patatal a saborear la carne de caballo, y Hrefna tenía que entrar una vez tras otra para volver a llenar los platos, a fin de cuentas estaban todas medio muertas de hambre, y finalmente acabaron tomándose de postre las gachas de ruibarbo con nata. Después de lamer bien los cuencos empezaron a hablar otra vez de las patatas y si no sería aconsejable comprobar cómo andaba la cosecha, aprovechando que estaban allí mano sobre mano, esperando. Se recordaron las unas a las otras que el año anterior las patatas habían salido demasiado grandes, eran mejores las de tamaño mediano, como las del otro año, pero claro, las mejores eran las pequeñitas, de eso no cabía ninguna duda, y más valía separarlas y guardarlas para después del otoño. Trajeron una pala, la hundieron en el suelo y sacaron patatas, examinaron cada una de las que sacaban y todas vieron con claridad que la cosecha no podía esperar más. De modo que trajeron otra pala y una caja de madera, dos mujeres sacaban las matas, las otras quitaban las hierbas y todas charlaban sobre las labores de otoño, calculando la cantidad de animales para el sacrificio y si no harían bien en reducir el número de toneles de cecina, ya que se iban los chicos. Karitas comía tan poco que no afectaba al total ni en más ni en menos, pero entonces dijo ella, mientras quitaba despacio

la tierra de las patatas: Me ha ofrecido una casa de tres pisos en Akureyri para que vivamos todos juntos, con teléfono electricidad y bañera, *atelier* en el tercero y sala para huéspedes en el primero. Quiere que nos marchemos con él en su barco para ir a Akureyri por la ruta del este del país.

El anuncio resultó tan abrumador que tuvieron que sentarse en los bancales. Jesús María y José, dijo Hrefna, en cuanto vi a tu marido imaginé que llegarías a ser toda una señora fina. Las demás callaban mientras imaginaban a Karitas en semejante situación. Hallgerður dijo: Si te vas con él a Akureyri por el este no podrás enseñarle a la gente de Reikiavik el vestido que te hemos hecho. Con una observación tan aguda de Hallgerður no habían contado, y enmudecieron. Se rascaron la frente. Los chicos quieren ir al norte con su padre, ¿no tiene una que acompañar a los hijos?, dijo Karitas. Yo no les dejo ir solos con él. Hrefna dijo: ¿Y no trae cuenta ir con él al norte en su barco, que es gratis? El viaje en autobús hasta la capital cuesta un ojo de la cara. Miraron entonces a Auður, de donde llegaban siempre las respuestas.

Las patatas de siembra están ya bastante viejas, dijo Auður haciendo saltar unas patatas sobre la palma de su mano, bueno, como nos pasa a todas. Se puso en pie, volvió a su trabajo y las demás siguieron su ejemplo. Continuaron charlando del tamaño y la forma de las patatas, y Karitas les dijo que su madre contaba que cuando se puso de parto de Bjarghildur estaba sacando patatas, y que la niña brotó, por así decir, entre las hierbas del patatal. Y les contó la historia tal como ella la había oído, así como la historia de su propio nacimiento, y todas escucharon con atención, jamás habían oído nada parecido, claro, esas cosas seguro que podían pasar en el oeste, pero de pronto, en medio de su relato, Karitas enmudeció. Se quedó mirando al infinito. Como si estuviera viendo aquella historia a una luz nueva y distinta. ¿Será posible, dijo con lentitud, que mamá hubiera fabulado las historias? Casi nunca contaba historias, pero las que contaba eran extrañas, casi fabulosas. Las otras carraspearon. Auður se aclaró la garganta: No, cariño mío, las madres nunca mienten, aunque eso sí, la vida es pura mentira.

Pero aquellas historias, que les parecieron largas pero muy poéticas, les proporcionaron mayor energía, se afanaban en el huerto como si esperasen descubrir niños pequeños bajo la hierba, y el sudor salpicaba desde sus frentes. En cambio, Karitas, que acababa de descubrir las dotes poéticas de su madre y estaba empezando a ver muchas otras cosas desde un prisma diferente, se quedó tan sumida en sus reflexiones que hubo de sentarse otra vez. Las demás dejaron que se quedara sentada tranquilamente, porque a todo el mundo le viene bien pensar, pero Auður dejó de sacar patatas, se apoyó en la pala, dijo: ¿Hay algo que te angustie y en lo que yo pueda ayudar? No, Auður, solo es que empecé a pensar en el caos. ¿El caos? dijeron todas a coro. Se secaron el sudor y tuvieron que sentarse inmediatamente. Cuando volví a casa al terminar mis estudios, dijo Karitas, haciendo lo posible por aclarar sus pensamientos, me puse a buscar caos en el arte, había oído cosas sobre eso que contaban los que habían estado en los países del sur, y me sentí fascinada, quería que mis cuadros pudieran interpretarlo, pero cuando me ponía a pintar, las formas se hacían dominantes en contra de mis deseos, pero el caos seguía dormitando en mi interior y hoy, en los peñascales, mientras miraba las cortaduras verdes de la montaña, las rocas que parecen trols, descubrí que el caos había vuelto a despertar, lo sentí crecer en mi interior, agitándose como un potrillo salvaje. Tengo que entrar en el mundo del caos.

Las demás no sabían a ciencia arte lo que quería decir con «caos», aunque se enteraron perfectamente de lo que decía sobre los peñascos y las cortaduras, conocían las sensaciones que las invadían cuando miraban aquella obra de la creación, y al potrillo salvaje que saltaba dentro de ellas lo conocían todas aunque no lo confesaran nunca en voz alta. Pero una sola palabra fue suficiente para recordarles el semental que habían estado mirando a mediodía, y la pelea que seguramente se estaría produciendo donde las colinas. Volvieron a mirar al sur por si veían algo. El sol había desaparecido, había entrado el frío, las nubes estaban ya formadas en posición de lluvia. Auður dijo: Ya han pasado como tres horas desde que se fueron, tienen que haber terminado de pelearse hace un montón de tiempo. Hrefna era de la misma opinión: No hay persona viviente capaz de pelear tanto tiempo, tienen que haberse ido a Salthöfði a reparar el matadero, estaban al lado. Karitas, que no lo veía tan claro, dijo: No sería lógico pensar que Sigmar se pusiese a hacer esas cosas, y el extranjero mucho menos. ¿Dónde está tu marido?, preguntó Hallgerður. Exacto, Hallgerður, cariño, creo que mi marido se ha largado. Tiene la costumbre de desaparecer sin avisar.

¿Y me van a hacer esperar también para la merienda?, dijo Auður con voz cansina.

Hrefna dijo que se olvidaran de hacer tortitas como tenían pensado, porque nadie iba a venir a merendar. Pero eso era más de lo que Hallgerður podía aguantar, lo prometido es deuda, deberían saberlo. Se sentó en el bancal y se echó a lloriquear. Venga, dijo Karitas bruscamente, porque a ella también le apetecían unas tortitas bien calientes, ya habéis hecho llorar a Hallgerður. Las hermanas se miraron un tanto confusas, pensaban que no tenía sentido ponerse a hacer tortitas ya que ninguno de los hombres iría a merendar. Tenemos frutas de sartén en la despensa, dijo Hrefna, pero justo entonces se acordaron de los muchachos encerrados, y gracias a ello salieron de su apatía. Aunque aún no eran hombres de verdad, en realidad, no les faltaba demasiado y podían hacer tortitas pensando en ellos, porque ya era hora de dejarlos salir, el disparate ese de todos los demonios debía de haber terminado ya, allí abajo. Hrefna entró de lo más animada en la casa y al cabo de un minuto salieron los dos chicos a todo correr y orinaron en el patio tanto que salpicaban. Sumarliði estaba al borde del llanto, habían tenido que aguantar y sufrir lo indecible, encerrados en la despensa. Con hambre y sed, además, pues no se habían atrevido a penetrar en las cámaras del tesoro, ni siquiera a abrir aunque fuera una lata de galletas.

La anciana Bergþóra había bajado a trompicones y llegó hasta la puerta, miró hacia el mar con ojos ciegos: ¿Huelo sangre? No, Bergþóra, respondió Karitas con aspereza. Hueles pis.

Hallgerður fue la primera en ver movimiento de gente llegando de la playa. Para entonces, las mujeres se habían metido ya en el cuerpo unas cuantas tortitas, habían bebido una jarra entera de café y habían recuperado fuerzas para explicar a los muchachos la extraña conducta de algunos hombres, aficionados a desaparecer de repente, cuando Hallgerður señaló con el dedo hacia la ventana y dijo: Entierro. Había visto muchas veces transportar ataúdes desde las casas hasta el cementerio en carros tirados por caballos, había visto el comportamiento de las personas en esas circunstancias, iban más despacio de lo habitual, cabizbajos. Era un entierro.

Corrieron a asomarse a las ventanas. Forzaron los ojos, se empujaron unas a otras, no podían ver bien, salieron corriendo al patio. Entonces distinguieron a lo lejos tres hombres a caballo, arrastrando un carro. Parecían venir subiendo desde el mar, iban todo lo rápido que permitían las ruedas pero la pesadumbre que se notaba en ellos despertó en Karitas ciertos recuerdos. En su mente vio un carro de caballos en un páramo blanco. Vio a la mujer con todos sus hijos y sus pertenencias en un carro. Recordó el silencio, los grisáceos colores de la bruma cuando mar y cielo se apagan poco antes de la nevada, sintió el olor del baúl, de los sacos, de la lana con la que se abrigaba, oyó el zumbido que surgía de todas partes en el gélido silencio.

Hace veinticuatro años y vuelvo a ver un carro de caballos, pensó en voz alta.

La comitiva estaba ya entrando en los terrenos de la granja cuando vieron quiénes eran. Hallur montaba el caballo que arrastraba el carro, detrás cabalgaban Höskuldur y Andrea, el extranjero. Entonces supieron que los otros dos ni siquiera podían tenerse en pie. Evitaron pensar en el estado en que podrían encontrarse los que iban tumbados en el carro, si aún podrían cantar y hablar como personas. Las mujeres siguieron allí petrificadas hasta que Auður y Karitas sujetaron a los chicos por los hombros, para esperar que pasara lo que tuviera que pasar. Karitas sentía como una zarpa que le agarraba el corazón, en esos momentos comprendió a la perfección lo desdichada que sería la vida sin Sigmar. Aunque en realidad él nunca estuviera con ella. Supo en ese momento que no sentía deseo alguno de vivir si él se iba. Sus sentimientos se transformaron en sus opuestos en cuanto vio, poco después, que estaba vivo. Algo semejante le sucedió a Auður. Fue una reacción de obstinación.

Hallur descabalgó una vez detuvieron el carro en el patio de la granja, dijo con gravedad que no había tenido más remedio que dejarlos sin sentido para poner punto final a la pelea. No pude hacer otra cosa, dijo, aunque saltaba a la vista que estaba orgulloso de lo que había hecho. Se estaban matando los dos, llevaban más de tres horas peleando a vida o muerte y ninguno estaba dispuesto a ceder. Es que no lo comprendo, dijo mirando a los presentes, en Örafi no estamos acostumbrados a las peleas. Los hombres estaban tumbados en el carro, aturdidos del golpe en la cabeza, uno al lado del otro, y tan extenuados que no podían hablar ni moverse. Ensangrentados y empapados de la cabeza a los pies, sucios hasta las cejas de barro y fango, andrajosos y llenos de cortaduras. Skarphéðinn incapaz de caminar por una llave de lucha que le había dañado la columna vertebral, de modo que Hallur y Höskuldur tuvieron que meterlo en la granja sujetándole entre los dos. Sigmar entró tambaleante con ayuda del extranjero. Por un instante, Karitas percibió en su gesto una infamia atroz cuando los dos hombres cruzaron el umbral, y esa visión bastó para apagar los sentimientos que albergaba un momento antes. Hrefna susurró a su hermano Hallur, aunque en voz tan alta que todos pudieron oírlo: ¿Se peleaban por Karitas? Pero él dijo que en su opinión era más bien cosa de agricultura y pesca, el campesino y el marinero han solventado siempre así sus discusiones y desencuentros.

Acostaron a los dos campeones en el cuarto de huéspedes, los hombres les quitaron las harapientas ropas y se pusieron a lavarlos una vez quedaron medio desnudos. Las mujeres estaban en la puerta, cabizbajas. A continuación hicieron una somera inspección del estado físico de los dos y comprobaron que los dos tenían heridas y cortes por diversos sitios, los ojos amarrotados, las orejas rojas como brasas, y varios dientes sueltos. Auður y Hrefna se ocuparon al momento de las heridas visibles, utilizaron alcohol y hojas de sauce glauco y luego las vendaron, pero como ninguno de los dos era capaz de hablar, necesitaron mucho tiempo para descubrir

otras lesiones. A la hora de la cena habían conseguido descubrir que los dos estaban seriamente magullados, pero que el estado de Skarphéðinn era bastante peor. Tenía la columna tan torcida por la llave de lucha que no podía mover ningún miembro, además tenía un hombro dislocado, las contusiones en los oídos y el cuello le impedían tragar, y en el ardor del combate hasta se había mordido la lengua. En cambio, Sigmar tenía esguinces en codos y tobillos y un zumbido constante en los oídos por el golpe en la cabeza. Como en la granja carecían de analgésicos, les dieron las medicinas que utilizaban para el estómago y los gases intestinales, pensando que más valía eso que nada, por si acaso les calmaban un poco los dolores, pero los remedios no sirvieron de mucho y tuvieron que aguantar constantes gemidos de dolor procedentes del cuarto de huéspedes, tan fuertes eran a ratos que Hallur tuvo que mandar que les cerrasen la puerta para poder seguir el desarrollo de la guerra en las noticias vespertinas. En su opinión, las mujeres no tenían ningún interés por los asuntos extranjeros, y como Höskuldur se había ido a su casa a cenar, se dedicó a explicar la situación al extranjero punto a punto, utilizando para ello manos y gesticulaciones. Los alemanes seguían en Polonia, los ingleses habían ordenado movilización general. Andrea Fortunato parecía comprender lo que le contaba el islandés, pero no estaba contento como de costumbre, sino silencioso y triste. Se alegró, sin embargo, cuando las mujeres sacaron sus ropas de cama del cuarto de huéspedes, le acompañaron a la buhardilla, el dormitorio común, y le empujaron a la cama de Skarphéðinn, diciendo que ahí era donde tenía que dormir. Se sentó en la cama, conmovido, acariciando el somier de madera. Como si siempre hubiera albergado el sueño de dormir en un dormitorio común islandés. Abajo, en la sala, vigilaban a los hombres. No había que correr riesgos, no se podía saber si a lo mejor empezaban otra vez, dijo la señora, que se sentó a velarlos con Hrefna para ayudarla a aplicar los cuidados necesarios. A los chicos los dejaron sentarse al lado de su padre hasta la medianoche, y le estuvieron hablando con gesto dolorido. Karitas no asomó por allí. Solo una vez entró en el cuarto y preguntó si tiraba aquellos andrajos o si intentaba lavarlos.

**Karitas**

Luna sobre el mar, 1939

*Dibujo a lápiz*

Blanca luz plateada.

En el frescor nocturno, el arroyo serpentea por el fondo del barranco, el prado, los pastos, hasta el mar, donde se une al mar infinito. Una esfera al rojo blanco junto al horizonte recibe al arroyo, lo absorbe hacia la blanca luz plateada.

La luna está sobre el mar.

La noche es bella, una noche para el amor.

Él está sentado en la ladera del barranco, se echa hacia atrás, me mira. Yo estoy sentada al lado del arroyo, le veo serpentear hacia la luna, estoy enjuagando mis ropas para iniciar mi gran viaje más allá de los ríos con todo limpio. Saco mi vestido de la cesta de mimbre, lo dejo danzar con el agua en movimiento, a la luz de la luna.

Quiero plasmar la belleza en un lienzo, pero no me apetece pintar un paisaje. Pero mientras retuerzo el vestido me viene una idea. Veo ante mí una nueva forma.

Un vestido retorcido flotando en el aire.

Encima, un anillo amenazante.

Mis dedos se han quedado rígidos en las gélidas aguas glaciares, pero en mi interior siento algo cálido. Oigo otro tono, veo otras formas, otros colores.

Siento que todo cambia a mi alrededor.

Ha comenzado un tiempo nuevo.

Miro atrás, a los viejos tiempos.

Corren con el arroyo hacia el mar.

Fue requeante hacia ella, bajó al arroyo, con un brazo en cabestrillo, dijo que quería hablar del viaje al norte con los chicos. Para entonces habían pasado doce horas desde la reyerta en las colinas. Ella estaba lavando su ropa, con la agitación del día había olvidado que necesitaba ropas limpias para su viaje, y le agradaba sentarse al lado del arroyo en una noche de otoño iluminada por la luna y pensar. De ahí que se llevara un susto al verle, no esperaba que se fuera a levantar tan pronto, Skarphéðinn seguía tumbado y tomando solo alimentos líquidos. Él estaba de pie a escasa distancia de ella y como no decía nada, él empezó, como de costumbre, a hablar del viento, si rolaría antes de que fuera noche cerrada, pero esas reflexiones se fueron diluyendo porque dentro del barranco nunca llegaba el viento. Pasó entonces a otro asunto, dijo que su amigo, Andrea Fortunato, pensaba quedarse en Örafi. Ya lo había acordado con Auður y permanecería allí todo el invierno. Ella estaba encantada de tenerle allí, pues se le iban los chicos y más adelante se marcharía también Skarphéðinn para la campaña invernal de pesca. Ante el gesto de asombro en el rostro de Karitas, se sintió obligado a ser más explícito: Bueno, es solo algo provisional, él tiene que estar escondido una temporada, allá en el sur hay unos canallas con ganas de matarle que le persiguen por todas partes. Y piénsalo, ¿hay mejor escondite que Örafi? Ella dijo: No, no conozco ningún escondite mejor, y a ves, tú tardaste trece años en encontrarme. Pero no hablemos ahora de eso, dijo él, pues le parecía inútil darle más vueltas a lo sucedido en el pasado; mi amigo Andrea, que entiende mucho de arte, me dijo que había visto tus cuadros un momento, eso ya te lo dije, y me preguntó qué estaba haciendo una artista tan buena en una comarca perdida como esta. Yo le dije que tu estancia aquí había terminado y que ahora irías a Akureyri, donde te dedicarías a tu arte en un taller suficientemente amplio.

Eso dijo, y quedó convencido de que el asunto estaba ya hablado y decidido.

Los chicos se quedarán en casa de mi madre como estaba acordado, y les llevaré yo pasando por Reikiavik, dijo ella, menos cortante de lo que pretendía, porque el comentario del italiano había tocado una cuerda sensible dentro de su pecho. Sigmar utilizó entonces el método que tan buenos resultados le había dado siempre que quería hacer valer sus deseos. Se sentó en una piedra detrás de ella, al lado del arroyo, haciéndole sentir en la espalda su calor y su masculinidad, su cálida respiración juguetón que con los rizos que cubrían la nuca de la mujer, y le hizo entender con palabras muy bien elegidas que era única, distinta a las demás personas, pues ella tenía el arte y eso la situaba en una posición superior a la del resto, y él, que no era más que un hombre corriente, había entendido ya hacia mucho que no le llegaba ni a la altura de los talones. Pero precisamente porque no era más que un hombre corriente, sentía grandes deseos de dejarse ver con los chicos que había tenido con ella, hacer que los viera su tripulación, en realidad ya les había dicho a los hombres de a bordo que volvería con su esposa y sus hijos. También los chicos querían dejarse ver con su padre, lo sabía perfectamente, todos los chicos querían tener un padre fuerte, era algo que formaba parte de su naturaleza.

Y ella escuchaba sus palabras mientras sacudía el vestido en el agua helada.

Al ver que no respondía, él la abrazó con fuerza por los hombros, la hizo volverse: Karitas, mi honor está en juego.

Ella dijo: Tú solo piensas en tu honor, ¿qué hay de mi honor?

Él ocultó el rostro entonces en sus cabellos, le murmuró al oído: Karitas, ¿estaba pensando yo en mi honor cuando te dejé que me dibujaras completamente desnudo?

Aquella palabra despertó recuerdos que solo ellos dos podían compartir y liberó de sus cadenas sentimientos que ninguno sabía que aún se encontraban allí, y menos aún sabían lo poderosos que eran. Después, ella tuvo la sensación de que no había sido capaz de contenerse, de que la decisión la tomó la carne, no la mente. La luna colgaba encima del mar, bebieron agua del arroyo y ella dijo: Qué raro, en los viejos tiempos, cuando acabábamos, yo siempre pensaba con total claridad.

El barco les esperaba en Hornafjörður.

Zarparemos hacia Seyðisfjörður, allí subirán a bordo dos personas y seguiremos por la ruta más corta hasta Akureyri, explicó por tercera vez el capitán a Hallur, que le había preguntado cómo tenía pensado hacer el viaje. De ello no hay que deducir que Hallur empezara a tener problemas de oído o a olvidar las palabras, era simplemente que estaba charlando en el patio mientras la gente se despedía y montaba a caballo. Era la costumbre. Andrea, el extranjero, no decía mucho, menos aún las mujeres, Hallgerður observaba con pena a los viajeros, Hrefna repetía con los ojos húmedos: No me gustan nada de nada las despedidas. La señora de la casa mantenía su muda dignidad aunque nadie dudaba que sería ella quien más les echaría de menos. Padre e hijos estaban ya a caballo, esperando a Karitas: ¿Qué la hace retrasarse siempre? Pero ella entraba en la casa una y otra vez a buscar una u otra cosa que creía haber olvidado, luego una vez más para despedirse de la anciana Bergþóra y de Skarphéðinn, que seguía encamado. Este le dijo cuando ella le dio un beso en la mejilla: Ese hombre tuyo tiene una fuerza de todos los demonios, me pregunto si será posible enrolarse en su barco. Sigmar estaba ya impaciente, harto de las idas y venidas de su mujer, preguntó si alguien podía entrar a buscarla. Auður encontró a Karitas en el pasadizo cubierto que conducía al establo. Estaba sumida en profundas reflexiones, con los ojos fijos en el cubo donde se echaban los paños de la menstruación. Solo me estaba despidiendo de las vacas, dijo sin apartar la mirada del cubo. Como Auður vio que no se movía, la cogió con prudencia por el brazo y la fue llevando hacia fuera. Ya era hora, dijo Sigmar, ¿y si arrancamos de una vez? Los vadeadores no pueden pasarse el día entero esperándonos. Pero entonces fue como si Auður recordara algo que hubiera estado a punto de olvidar. Dijo: Bueno, ahora que me acuerdo, chicos, siempre quise contaros que vuestra madre subió conmigo hasta la cima más alta de Islandia, a principios del verano. Y no flaqueó en toda la subida.

En el patio de la granja se hizo un silencio embarazoso. La gente no estaba acostumbrada a que la señora de la casa contase mentiras, e interpretaron su anuncio como fruto de la emoción de la despedida. Hallur se sonó la nariz, padre e hijos se removieron en las sillas. Y entonces dijo Sigmar, muy afable: Nunca he tenido la menor duda de que Karitas alcanzaría las más altas cimas. Pero ¿y si nos ponemos ya en camino?

Fue entonces cuando Karitas dijo: Me parece que prefiero ir por Reikiavik, las mujeres me hicieron un vestido para que me lo pusiera en la capital y me viera todo el mundo. Además, mis cuadros están en Reikiavik.

La gente necesitó un tiempo para entender el sentido de sus palabras, pero entonces los chicos tiraron de las riendas de sus caballos, como si los latidos de su corazón se hubieran hecho más violentos de pronto, aunque no consiguieron articular palabra, solo clavaron la mirada en su madre, incrédulos. Los caballos se intranquilizaban.

Lo he soñado, dijo Sigmar. Karitas hizo como que no oía sus palabras y se puso en medio de sus hijos, les cogió las pantorrillas, miró a uno y luego al otro: Y vosotros iréis directamente a casa de vuestra abuela nada más llegar al norte, porque será ella quien se ocupe de vosotros, quien se encargará de que vayáis bien vestidos, con el pelo recortadito, bien peinados y con las uñas limpias, y en su casa comeréis a sus horas y os dará la merienda para el colegio, y vigilará para que os estudiéis bien las lecciones y la Biblia y verá que os comportéis con los demás con cortesía y buenos modales.

La gente se pasaba la mano por la cara, tosía, el padre se volvió hacia el mar para que no pudieran verle los ojos, y los chicos comprendieron por fin que su madre hablaba en serio. Desmontaron inquietos, preguntaron anhelantes si ella también iría al norte más adelante, «¿tú vendrás en el autobús, mamá?», y naturalmente, ella dijo que en primavera se pondría en camino en cuanto desapareciese la nieve, y empezó a darles besos y no parecía ir a acabar nunca. Y ellos la abrazaban intentando comportarse como hombres, le dijeron que se llevara un recipiente por si tenía que vomitar, mucha gente se mareaba en los viajes en autobús, y le pidieron que por lo que más quisiera tuviese mucho cuidado al atravesar los ríos. Vosotros también sed prudentes al cruzar los ríos, dijo ella. Sigmar no descabalgó. Se volvió hacia ella un instante y la miró con sus ojos verde mar. Ella pensó en cuántos años pasarían hasta que volviese a verlos.

Se dirigieron hacia el sol que estaba alzándose en el viento de levante. Ella siguió mirándoles hasta que la luz la cegó.

Desde el establo llegaban los gratos mugidos de las vacas esperando el ordeño. Ellas no tenían necesidad de viajar, ellas nunca cruzarían los ríos. Karitas no se había quitado aún las ropas de viaje, no hacía más que dar vueltas alrededor de Auður, la seguía donde quiera que fuese, acabó con ella en el establo. Auður acarició a *Fenja* con amor, como una mujer joven que acaricia a su novio, se sentó en el cráneo de buey, puso la frente sobre el vientre de la vaca, apretó las ubres, tiró de ellas. Llevaba un buen rato ordeñando cuando dijo: Vaya si fuiste rápida en tu decisión.

Nadie suele echarse atrás una vez ha montado en la silla. Pensé que lo mejor era que no lo supieran hasta el último momento, dijo Karitas. ¡Como que me voy a poner otra vez a viajar por mar para pasarme el viaje vomitando! Pero ya lo he dicho, me voy mañana por la mañana con los niños de verano. Auður dijo que siempre sabía que acabaría perdiéndola. Pero tienes a tu extranjero, dijo Karitas. Es un hombre estupendo, dijo Auður. Karitas dijo: Pero no esperarás que él vaya a por las vacas como hacían mis chicos, ¿verdad? Auður acarició a *Fenja* con la mejilla: Ya lo sé, pero será bueno tenerle cerca. Karitas creyó ver un destello en sus ojos, aunque no estaba segura, de modo que optó por la prudencia, a fin de cuentas era ella la señora de la casa, y dijo como de pasada: ¿No es veinte años más joven que tú? Y Auður dijo, también como si no fuera algo que careciese para ella de cualquier importancia: No, dieciocho.

La leche fluía al cubo. Karitas la miraba fascinada, vio su vida entera en aquel cálido líquido blanco. ¿Sí, cariño?, dijo Auður en tono de pregunta. No me gusta nada la idea de despedirme de ti, me temo que no volveré aquí nunca más. Auður se acercó a ella, la abrazó: Ha sido estupendo tenerte aquí. Tendré que pensar que volverás después de un tiempo, si no, seré incapaz de aguantar tu pérdida. Como bien sabes, a mí no me van los viajes, ni al otro lado de los ríos ni a otros mundos. Pero una cosa sí que voy a pedirte mientras aún puedo abrazarte: Intenta venir a mi entierro, me encantará que estés.

## Karitas

Cruzando los ríos, 1939

*Dibujo a lápiz*

Los ríos y la arena.

Un día de viaje cruzando arenales desiertos y turbios ríos parduzcos.

El vadeador dice que es imposible cruzar el río por la crecida, la caravana tendrá que dar un rodeo por la montaña en marea baja. Todos se calzan crampones por encima de los zapatos antes de subir al borde del glaciar, los caballos llevan herraduras con clavos. Caminamos por el glaciar en fila india, cada uno lleva su caballo de las riendas, agarra por la cola al caballo que va por delante. Un grupo de veinte personas, jóvenes que acuden a la capital para la temporada invernal de pesca, mujeres jóvenes que van a trabajar en un hospital o un taller, los niños de verano que vuelven a casa y a la escuela. Delante de mí camina una niña de nueve años, la más pequeña de todos, que se ha pasado todo el verano trabajando casi como un adulto. Se maneja bien, sabe que no debe pisar sobre una grieta, pues podría abrirse. Las cuatro horas de recorrido por el glaciar la sigo con los caballos pensando en lo que irán a hacer, miro en su curiosa forma de moverse, ellos nunca pisan una grieta.

Caballos de vadeo. Fornidos, tranquilos, con un buen remolino de pelo en las ingles.

Bajamos del glaciar, vemos placas de hielo cubriendo la arena por todas partes. Nos quitamos los crampones, vamos montados por arenales y ramales del río. Por ningún sitio asoma del suelo una brizna de hierba, en el cielo no hay pájaros, solo un profundo silencio amenazador. Pero tengo sensaciones gratas, me siento libre. En el refugio en mitad de los arenales descansamos, comemos algo. Nos sentamos fuera, el tiempo es aceptable, contemplo a la gente, las mujeres con cazadoras gruesas, botas y pantalones bombachos, los hombres con ropa semejante pero con zuecos y gorras. Saco un puñado de uvas pasas de mi bolsa de provisiones, se las meto en el bolsillo a la niña y le digo que se las vaya comiendo poco a poco durante el viaje.

Del oeste llega un vadeador a caballo, se dirige hacia nosotros, empapado hasta la cintura, saluda a los viajeros y a su colega del este. Están al lado del refugio, hablando. Ninguno de los dos es alto, pero ambos son ágiles, fuertes, animosos. Sin ellos no llegaríamos a ningún sitio. Montan otra vez.

Vadeadores a caballo. Arenal, mar y cielo al fondo.

La gente recoge sus cosas, el vadeador del este se despide, cabalga de nuevo hacia Skaftafell.

Superamos el río más peligroso dando un rodeo por el glaciar, pero ahora hay otro esperándonos, hinchado, pardo. El vadeador lleva de las riendas el caballo de la niña para tantee la fuerza de la corriente. Deja a la niña en el pedregal del otro lado mientras nos va haciendo pasar a los demás. Me pregunto qué estará pensando la niña, sola en el pedregal con el rugiente río separándola de los demás. Él nos acompaña uno a uno para cruzar un poco más abajo, pero los caballos tienen que nadar. El río borbotea, el caballo no toca fondo, pero me doy cuenta de lo bien que nada, me siento más segura, aunque cuando llegamos al guijarral de la otra orilla estoy exhausta. Los caballos de vadeo, experimentados y acostumbrados a todo, ni siquiera se sacuden el agua al salir. Nosotros tiramos la que se nos ha metido en las botas. Estoy empapada hasta la cintura. La niña sonríe con fe infantil, me dice que mientras esperaba se ha comido las pasas.

Atardece, queda el último río ancho y estoy muerta de cansancio por la cabalgada y los apuros pasados, no pienso más que en hacer todo lo posible por no caerme de la silla. Miro a la niña, no comprendo el aguante que pueden llegar a tener los niños. El vadeador nos lleva a un pasil que había encontrado por la mañana. El agua llega solo al vientre.

Hemos atravesado los ríos y las arenas.

Estamos en otra comarca.

Ha anochecido. La gente se distribuye por las granjas para pasar la noche. Yo no conozco a nadie donde alojarme, pero el vadeador ya se ha encargado de ello, nos lleva a la niña y a mí a una bonita granja muy iluminada. No me ha dirigido la palabra en todo el viaje más que un par de veces, pero ahora se vuelve hacia mí y me pregunta muy cortés: ¿Vuelves al este la primavera próxima?

Yo reflexiono un momento, luego digo que no.

Primero tengo que dar toda la vuelta al país.